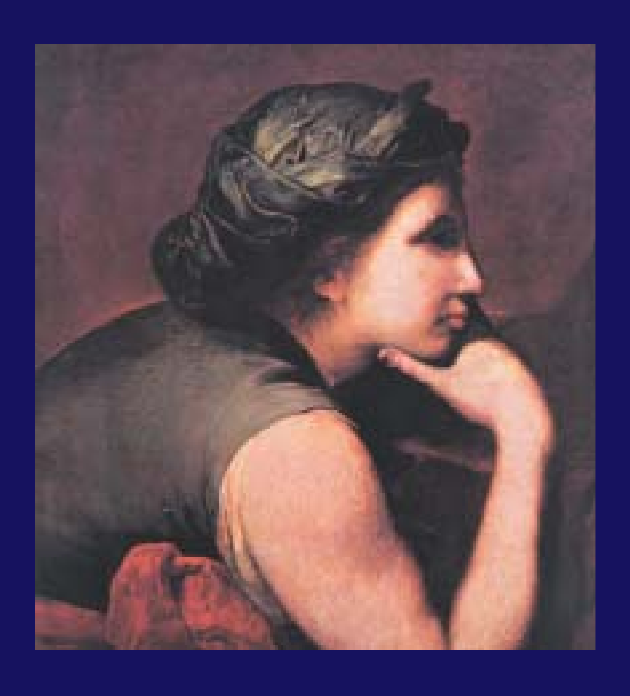
ROBERT BURTON

ANATOMÍA DE LA MELANCOLÍA

I

PREFACIO DE
JEAN STAROBINSKI



ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE NEUROPSIQUIATRÍA
HISTORIA

ANATOMÍA DE LA MELANCOLÍA

I

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE NEUROPSIQUIATRÍA
HISTORIA/2



ROBERT BURTON

ANATOMÍA DE LA MELANCOLÍA

I

PREFACIO DE
JEAN STAROBINSKI

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE NEUROPSIQUIATRÍA
MADRID
1997

Título original: The Anatomy of Melancholy (1621; ed. de 1632)
Traducción: Ana Sáez Hidalgo.
Revisión técnica: Ramón Esteban Arnáiz

Título original del prefacio: Démocrite parle. L'utopie mélancolique de Robert Burton (1984)
Traducción: Julián Mateo Ballorca.



Edición: Asociación Española de Neuropsiquiatría
C/ Villanueva, 11. 28001 Madrid. Tf. y Fax: (91) 431 49 11
ISBN: 84-921633-1-3
Depósito Legal: VA. 221.–1997
Detalle de la cubierta: José Ribera, Sibila de «El triunfo de Baco», Madrid.
Impresión: Gráficas Andrés Martín, S. A. Paraíso, 8. 47003 Valladolid.
Distribución: Siglo XXI. C/ Plaza, 5. 28043 Madrid
Colaboración técnica: SmithKline Beecham, S. A.
Responsables de la edición: Fernando Colina y Mauricio Jalón.

ÍNDICE

SEGUNDA SECCIÓN

Miembro I

Miembro II

Miembro III

Habla Demócrito

La utopía melancólica de Robert Burton

La máscara del melancólico

En el frontispicio de la *Anatomy of Melancholy* de Robert Burton, aparecen, ya desde la tercera edición (1628), diez figuras emblemáticas, grabadas por Le Blon: están envolviendo al título de la obra. Al estar numeradas, permiten seguir un recorrido, aclarado por un poema descriptivo. Empecemos por el final. La décima figura es la del autor, en posición inferior central. El retrato ocupa un cartucho ovalado, enmarcado a su vez por una zona rectangular. El autor nos es presentado con hábito negro de eclesiástico, engalanado con una gorguera de encaje blanca: el personaje sostiene un *libro cerrado* en sus manos. En el espacio que envuelve al cartucho del retrato, pueden verse distintos emblemas: esfera armilar (instrumento del astrólogo), escuadra de agrimensor, escudo de armas, *libro abierto*... El poema explicativo no ofrece ninguna interpretación de esos objetos accesorios. Se conforma con hacer hincapié en la diferencia entre la apariencia exterior y la mente del autor:

> En último lugar, aquí está
> presentado el rostro del autor;
> y, en el hábito que lleva
> su imagen aparece al mundo,
> ningún arte puede mostrar su mente,
> que deberás adivinar por sus escritos.

El retrato *presenta* un rostro, pero *no revela* lo que ninguna imagen puede revelar: la mente *(minde)*. Para adivinarlo, se nos recomienda apartarnos de la imagen y recurrir a los textos –que es lo que ya estamos haciendo al leer el poema explicativo, el cual a su vez nos remite al libro que viene a continuación. ¿Qué libro? Por supuesto, el *libro cerrado* que el autor tiene en sus manos, y que no es otro que el voluminoso tratado que acabamos de abrir por la primera página. No es difícil explicar las imágenes que rodean al retrato: sobre todo la esfera armilar (emblema del cosmos) y el libro abierto (emblema del saber erudito); son las fuentes en las que ha bebido el autor. El grabador no ha olvidado indicar, debajo del retrato, el nombre del autor: *Democritus junior.* Evidentemente, se trata de un pseudónimo –el mismo que nos proponen a la vez el título inscrito en el espacio central rodeado por las figuras del frontispicio, y la gran página del título que, en las ediciones tardías, se encuentra enfrente: el provocativo nombre de *Democritus junior* aparece así tres veces en el espacio de dos páginas...

Partiendo del último término que es el retrato de Demócrito, examinemos, en orden inverso, las diferentes figuras del frontispicio: las imágenes 8 y 9 representan los remedios tradicionales de la melancolía, la borraja, portadora de virtudes humidificadoras, el eléboro, purgativo y vomitivo, que expulsa el exceso de bilis negra; la figura 7 nos presenta, encadenado por los pies, un maníaco *(maniacus);* la figura 6, un supersticioso *(supertitiosus),* arrodillado, con un rosario entre las manos, en éxtasis: se trata, por supuesto, de un papista; el *hypocondriacus* (figura 5) y el *inamorato* (figura 4) se dan la réplica de un extremo a otro de la página; lo mismo ocurre, en el nivel superior, con los emblemas animales de la *solitudo* (figura 3) y de los celos (*zelotypia,* figura 2). El lugar dominante, en la parte alta de la página, está reservado a *Democritus Abderites* (figura 1): está sentado bajo un árbol, en el exterior de un jardín; su rostro está inclinado, apoyado en la mano izquierda, según un gesto que se suele atribuir a los melancólicos; su actitud repite exactamente la del *hypochondriacus;* con su mano derecha, sostiene una pluma, que ha separado momentáneamente del libro abierto sobre sus rodillas; no escribe, sueña:

> El viejo Demócrito, bajo un árbol,
> está sentado sobre una piedra, con un libro en sus rodillas;
> en torno a él cuelgan muchos cuerpos
> de gatos, perros y otras criaturas parecidas,
> que anatomiza,
> en busca de la sede de la bilis negra.
> Por encima de su cabeza puede verse el cielo
> y a Saturno señor de la melancolía.

En efecto, el signo astrológico de Saturno –♄– domina con toda evidencia el cartucho superior. El cuadrante de las figuras tiene su punto meridiano en la persona del filósofo que experimenta y que razona sobre la bilis negra, pero sobre el que recae la temible influencia de Saturno. El mismo planeta, como es sabido, puede favorecer las hazañas del espíritu, o sus peores desarreglos[1]: el saber y la locura. Pero aquí, por una especie de cortocircuito, se trata de un saber aplicado a sondear las causas de la locura. (Las demás figuras también están dominadas por su tema astrológico).

Por su posición culminante, el viejo Demócrito está representado como la figura *mayor,* con relación a la cual el autor del libro, su imitador tardío, sólo tiene provisionalmente como identidad propia el epíteto que le califica de menor, haciendo de él a la vez su descendiente lejano y su inferior. En cuanto

[1] Al comentario versificado del frontispicio sucede otro poema, «The author’s abstract of melancholy», que se desarrolla en estrofas contrastadas *(«dialogikôs»);* al estribillo «Nada tan suave como la melancolía», responde, a una estrofa de distancia, el refrán opuesto: «Nada tan triste como la melancolía». Sobre la iconología de la melancolía, se completará la obra clásica de R. Klibansky, E. Panofsky, F. Saxl con el libro reciente de Maxime Préaud, *Mélancolies*, París, Herscher, 1982. Se encontrará en él una reflexión original y una documentación muy inesperada.

al libro producido por *Democritus junior,* debe su título a la actividad de su antepasado epónimo: es una anatomía –abertura, disección e inspección metódicas– que pone al desnudo, en sus formas múltiples, todos los aspectos del mal que aflige a aquéllos que, en sus tipos más destacados, acaba de ofrecernos el frontispicio.

La obra se anuncia así como el inventario y el reconocimiento de una serie de dependencias: dependencia del autor con respecto a su predecesor remoto; dependencia del «viejo Demócrito» con respecto al astro al que debe a la vez su genio y su melancolía. Pero, a la vez, se anuncia la posibilidad de una liberación; conocer las causas de la melancolía, consignarlas en el libro, es abrir la vía al acto terapéutico. Ya, a ras de tierra, humildemente, las plantas saludables nos enseñan que la naturaleza nos ha dotado de un medio de contrarrestar al astro fatal. El libro confrontará, pues, una fatalidad astral y un esfuerzo de liberación; ambos quedarán estrechamente vinculados; hasta el final de la obra, el mal no dejará de ejercer su amenaza; pero también hasta el final, la esperanza de la curación, el optimismo del recurso curativo no dejarán de animar a su autor.

El autor se explica sobre sus intenciones en un largo *Satyrical Preface,* que va alargando al ritmo de las seis ediciones sucesivas.

Pero primero, ¿por qué se ha enmascarado? La frase inicial atribuye al lector esta interrogación: «Amable lector, supongo que sentirás gran curiosidad por saber qué bufón o actor enmascarado es el que se presenta tan insolentemente en este teatro del mundo, ante los ojos de todos, usurpando el nombre de otro; de dónde es, por qué lo hace y qué tiene que decir»[2].

El lector es emplazado como si el pseudónimo le hubiera exasperado y seducido a la vez. La voz que le apostrofa intenta conquistar su atención y su benevolencia, como requieren las reglas del exordio. Bajo la máscara pseudonímica, alguien habla en nombre de un yo encubierto que, al reivindicar su derecho al secreto, se afirma con brío; el autor da prueba de autoridad, primero, negándose a revelar su identidad: «No consiento que me reconozcan». Por eso, no tardará en dar las razones que le han empujado a «usurpar» el nombre de Demócrito...

[2] p. 41. Salvo indicación especial, todas las citas están tomadas del tomo I, y más particularmente del «prólogo satírico», que ocupa las páginas 10 a 141 de la edición ofrecida por A. R. Shilleto, 3 vol., Londres y Nueva York, 1893 [pero que corresponde a nuestra edición, pp. 41-127, por la que citaremos aquí]. El texto puede leerse hoy en los tres volúmenes de la Everyman's Library. La tercera parte del tratado, que se refiere a la melancolía amorosa, ha sido traducida al italiano: *Malinconia d'amore,* trad. Attilio Brilli y Franco Marucci, prólogo de Attilio Brilli, Milán, Rizzoli, 1981. Excelente prólogo y repertorio bibliográfico.

Sobre Burton y su libro, puede consultarse Lawrence Babb, *Sanity in Bedlam,* Michigan State University Press, 1959; Jean Robert Simon, *Robert Burton (1577-1640) et l'Anatomie de la Mélancolie,* París, 1964; Stanley E. Fish, *Self-Consuming Artifacts. The Experience of Seventeenth- Century Literature,* Berkeley, 1972, pp. 303-351. Sobre la melancolía en el Renacimiento, véase, François Azouvi, «La peste, la mélancolie et le diable, ou l'imaginaire réglé», *Diogène,* 108, 1979, pp. 124-143.

Pero, desde un principio, el autor ha insertado en sus palabras citas de Séneca y de Plutarco: las citas, latinas o inglesas en el texto, desempeñan el mismo papel de alarde y ocultación que el pseudónimo Democritus con respecto al nombre propio. El autor, cuando quiere hablar de manera más contundente, habla con la voz de los demás. Acude sobreabundantemente a esos recursos de la retórica como *auctoritas*, «chrie»... Se dice a sí mismo por medio del texto de los maestros, a los que detrae para su uso personal. Ese es, ciertamente, un rasgo de pedantería, que puede actuar primero como signo de reconocimiento de una cultura compartida, entre «scholars» y lectores letrados. La acumulación inmoderada de los adornos tomados en préstamo (de los «emblemas supernumerarios» o de los «sobrepesos», como dice Montaigne) es uno de los aspectos de la exuberancia en la que se complace el Renacimiento tardío; en el plano de la escritura erudita, es una de las eflorescencias de cierto barroco. La página, entreverada de cursivas, se alza sobre el delicado mantillo de las notas y referencias. El discurso adornado tiende a convertirse en tejido abigarrado, muestrario políglota. (Este libro nos trae uno de los más hermosos ejemplos de marquetería de citas: no puede separarse el modo de progresar de su *inventio* del de su *atesoramiento.* De ahí la mezcla de frescor y de decrepitud que, para nosotros modernos, constituye el encanto híbrido de este libro).

Es una suma: toda la «física», toda la medicina, todas las opiniones morales, una gran parte del legado poético de la tradición greco-latina y cristiana nos son ofrecidas mediante alusiones, fragmentos, briznas unidas entre sí. Eso eximirá a muchos lectores apresurados de tener que recurrir a los antiguos: cabe una biblioteca en ese libro. En él, encontramos reunidos a todos los Maestros cuya autoridad se tambaleará en el siglo siguiente y cuyo nombre mismo se perderá en el olvido. En Burton aún son regiamente acogidos: es el banquete de Sardanápalo de la erudición clásica. Nunca más volverá a haber tantos invitados en un libro; nunca más tantas sentencias, flores, frutos, palabras doradas, recetas de farmacia, presentados en el mayor desorden. Este libro, según propia confesión, nació de un «vasto caos y confusión de libros», y vendrá a añadirse él mismo a este caos: «Por mi parte, soy uno de ellos, *nos numerus sumus* (somos el gran número)»[3]. Este libro, lo reconoce, es un centón. La frecuencia del recurso a la cita, en un autor que se declara a sí mismo melancólico, nos invita también a interrogarnos sobre la relación entre la melancolía y la inserción perpetua de un discurso prestado en el seno de un discurso propio. Si, por un lado, es atestación de un saber, por otro, también es un reconocimiento de «insuficiencia» (para emplear, una vez más, una expresión de Montaigne). Ceder de manera tan constante la palabra a quienes consideramos más ocurrentes podría ser la consecuencia del sentimiento de

[3] p. 48.

inferioridad, incluso de despersonalización, que padece la conciencia melancólica: necesita soportes, apoyos exteriores, fiadores. No dispone de recursos propios en cantidad suficiente. Se atiborra de sustancia ajena para colmar su propio vacío. Y, sin embargo, de manera paradójica, Burton pretende confesarse a nosotros, y tomarnos al tiempo como objeto de su libro[4]. La autoafirmación sólo le resulta posible a costa de una dependencia verbal que hace indefinidamente sospechosa la integridad del yo cuyas «confesiones» leemos. Quien para decirse a sí mismo necesita todas las grandes voces del pasado deja su propia identidad a la discreción del lector. Burton lo dice y, para decirlo, no deja de apelar a una cita que embellece: añade «el hombre de la Luna» a una frase latina tomada en préstamo: «Si te gusta el contenido y te resulta de utilidad, suponte que el autor es el hombre de la Luna o quien quieras» (*Modo haec tibi usui sint, quemvis auctorem fingito.* Wecker)[5]. Al final de su «prólogo satírico», Burton se disculpará de la misma manera: invocará a Erasmo, para declarar: no soy yo quien ha hablado: *... I will presume...* «Me atreveré a responder con Erasmo en un caso similar: no soy yo, sino Demócrito, *Democritus dixit.* Debes tener en cuenta qué es hablar por uno mismo o por otra persona, con un hábito y un nombre usurpados; hay diferencias entre aquel que obra o actúa con el papel de un príncipe, un filósofo, un magistrado, un necio y el que lo es en verdad; y cuánta libertad han tenido los antiguos satíricos; esto es un centón recogido de otros, no soy yo, sino ellos los que lo dicen»[6]. Y hasta esa manera de apartarse tiene sus ejemplos y sus precedentes en otros autores... Todas sus declaraciones más incisivas no han sido dichas, a fin de cuentas, por nadie: nadie ha hablado «*outis elegen*, no es para nadie, *neminis nihil*»[7]. La anulación (a la vez risueña y melancólica) del autor le confiere libertad completa: la de decirlo todo así como la de negarlo todo. No debe nada al lector; hará todo lo que exige el lector: «Lo negaré todo, mi último refugio, lo desmentiré todo, renunciaré a todo lo que he dicho»[8].

Si la despersonalización, el sentimiento de la insuficiencia han podido hacernos pensar por un momento en lo que hoy designamos con el término «melancolía» (o «estado depresivo»), en cambio, la libertad juguetona, el flujo verbal, el ligero desorden de las ideas que reinan a través del largo «prólogo satírico» nos inducirían más bien a pensar en lo que, en las dolencias cíclicas, se opone a la melancolía, a la vez que le sucede: la locuacidad y la verborrea inagotables del estado maníaco, la euforia que da la seguridad de poder acometer cualquier cosa: aquí un cuadro de la locura en el mundo en toda su amplitud, donde todos los pueblos, todos los individuos, todas las épo-

[4] «Me he abierto completamente, lo sé, en este tratado, he expuesto toda mi intimidad.» (p. 50); pero también, dirigiéndose al lector: «Tú mismo eres el tema de mi discurso» (p. 41).

[5] p. 41.

[6] p. 125.

[7] p. 126.

[8] p. 127.

cas están incluidas, con la única excepción de «Nicholas Nemo» o «el Señor Nobody»...[9]

Pero, ¿es verdaderamente necesario buscar un rasgo de carácter, una disposición psicológica, de acuerdo con nuestros conocimientos modernos, en el autor que se expresa en el prólogo de la *Anatomy of Melancholy*? ¿No es acaso ceder a la ilusión que quiere provocar en nosotros quien se ha puesto la máscara? De hecho, sólo ha querido escribir una sátira, y para ello ha adoptado la máscara acerba y risueña del autor satírico. Hace uso del *Yo* versátil, atrevido y escandalizado requerido por ese tipo de discurso. Se ha ocultado para denigrar mejor la locura del mundo, según el código prescrito por la retórica del género. Demócrito es uno de los nombres que pueden darse a la voz satírica, cuando ésta lleva en sí misma a la vez la risa y la ciencia. En lo cual, una vez más, Burton se ajusta a modelos preestablecidos.

No será, pues, nada extraño que el prólogo se inicie con un retrato de Demócrito, elaborado a partir de las fuentes más variadas: el pseudo-Hipócrates, Diógenes Laercio, Luciano, Juvenal, etc. Este retrato heteróclito lleva consigo ciertos retoques. Ningún autor antiguo hizo de Demócrito un melancólico: Burton no vacila en atribuirle este temperamento: «Demócrito [...] era un hombrecillo anciano y fatigoso, muy melancólico por naturaleza, receloso de compañía en sus últimos días y muy dado a la soledad»[10]. Tras haber desarrollado el retrato legendario del filósofo de Abdera, Burton hace el suyo: con toda seguridad, no es la réplica exacta de aquél cuyo nombre usurpa: no ha viajado, no destaca en las matemáticas ni en las ciencias naturales, no ha sido invitado a dar leyes a una ciudad; en su calidad de *fellow* de un colegio de Oxford, simplemente ha leído muchos libros, sin demasiado método. Pero prevalecen las similitudes: y el autorretrato, construido a golpe de citas, acaba encontrándose con el original antiguo, construido a su vez por citas yuxtapuestas: idéntica afición a la soledad, idéntico carácter melancólico («Saturno fue el señor culminante de mi nacimiento»)[11], idéntica risa de todas las cosas («me río de todo»)[12], idéntico tipo de vida privada, idéntico celibato de viejo estudiante («vivo como estudiante colegiado, como Demócrito en su jardín»)[13]. Todas ellas constituyen otras tantas buenas razones para embozarse y ocultarse, como otros lo han hecho antes que él, bajo el nombre de Demócrito. El modelo antiguo ha sido retocado para oponerlo mejor a su répli-

[9] Aquí Burton remite al «Nemo» de Ulrich von Hutten (p. 123): el poema personifica la palabra Nadie, lo cual permite atribuir a un individuo ficticio las virtudes que *nadie* posee. Nadie (no) está mentalmente sano. Este juego retórico se prolongó con un juego iconológico: hubo, en el Renacimiento, retratos del «Señor Nadie»: cf. Enrico Castelli, *Simboli e immagini*, Roma, 1966, pp. 57-65 (bibliografía).

[10] p. 42.

[11] p. 43.

[12] p. 43.

[13] p. 43.

ca moderna; el autorretrato, a su vez, ha sido trabajado de tal manera que pudiera ser el eco de la imagen legendaria. Para el viejo Demócrito y su hermano menor, una sola preocupación: mirar, escuchar, comprender, entregarse a la «vida teorética». Y un único proyecto: hablar de la locura y de sus causas en un gran libro. Pero este libro sobre la locura del viejo Demócrito se ha perdido. ¡Qué pérdida para el mundo! Ese libro perdido, sin pretender igualarlo, podemos soñar con sustituirlo, y Burton se ha atrevido a hacer frente a esta tarea. El pseudónimo implica para él la obligación de reescribir la obra desaparecida. Nada menos. Mientras para otros el nombre de Demócrito evoca el atomismo, o simplemente la risa perenne, para Burton, va estrechamente asociada a la actividad monográfica, que trata de la locura, y que atañe a la condición humana por entero: la razón del pseudónimo *Democritus junior* se basa en el retrato del filósofo elaborado por Hipócrates: «...Cómo, al ir a visitar a Demócrito un día, lo encontró en su jardín de Abdera, en las afueras de la ciudad, bajo un cenador sombrío, con un libro en las rodillas, ocupado en su estudio, a ratos escribiendo y a ratos paseando. El tema de su libro era la melancolía y la locura; y a su alrededor había cuerpos de muchos y diversos animales recientemente diseccionados y anatomizados por él, no porque despreciase a estas criaturas divinas, como dijo a Hipócrates, sino para investigar la sede de esta atrabilis, o melancolía, de dónde procede y cómo se engendra en el cuerpo humano, con el fin de conseguir curarla mejor en sí mismo, y con sus escritos y observaciones enseñar a otros el modo de prevenirla y evitarla. Hipócrates ensalzó esta su buena intención: el nuevo Demócrito, puesto que el libro quedó inacabado y está ahora perdido, “como sustituto de Demócrito”, *quasi succenturiator Democriti*, se atreve por tanto a revivirlo y a proseguir y acabar en este tratado»[14].

De paso, la máscara se ha movido: se nos revela un nombre, Roberto, como sujeto del saber. «*Experto crede Roberto*. De algo puedo hablar por experiencia»[15]. Más adelante, cuando tome prestada una línea de una obra de su hermano mayor, una nota nos hará saber que éste se llama W. Burton, y de ahora en adelante lo sabremos todo: el autor sostiene su máscara en la mano. Más adelante en la obra, en el capítulo de la *Corrección del aire* (t. II, p. 79, 2.ª parte, sec. II, miem. iii), evocará su pueblo natal, Lindley en el Leicestershire, «propiedad y morada de mi difunto padre Ralph Burton». No esconde su verdadera identidad; en las páginas liminares, no buscaba más que un efecto literario.

Burton no pretende restituir el libro perdido. Lo reescribe frente a un nuevo presente, apoyándose en nuevas pruebas, en otra lengua, citando mil testigos que han llegado después de Demócrito: pero se trata siempre de una misma locura: el mundo no se ha vuelto más sensato, el autor no se ha vuelto

[14] p. 45.
[15] p. 46.

menos melancólico. Hablará, pues, de sí mismo al hablar de la locura del mundo. Y hablará, a la vez, de nosotros, sus lectores. «Tú mismo eres el tema de mi discurso»[16]. A fuerza de tomar prestada la palabra de los demás, es cierto que se ha vuelto impersonal, pero a la vez universal. Y, sin embargo, pretende haber recibido la experiencia de la melancolía del fondo de sí mismo, y, por el melancólico trabajo del escritor, es a sí mismo a quien intenta curar, según el antiguo método que consiste en buscar el remedio en el mal. Y, ya que tantos individuos se parecen a él, podrá sin duda prestarles servicio:

«“Nos rascamos donde pica”. Yo estaba no poco molesto con esta enfermedad, a la que llamaré mi Señora Melancolía, mi Egeria o mi Genio Maligno, *malus genius.* Y por esta causa, como aquel a quien le pica un escorpión, sacaría “un clavo con otro clavo”, *clavum clavo,* calmaría un dolor con otro dolor, el ocio con el ocio, como “una tríaca de veneno de serpiente”, *ut ex vipera theriacum,* haría un antídoto sacándolo de lo que fue la causa primera de mi enfermedad. [...] Por lo que a mí respecta, puedo quizás afirmar con Mario en Salustio, “lo que otros oyen o leen, lo he sentido y practicado yo mismo; ellos consiguen sus conocimientos a través de los libros, y yo los míos melancolizándome”. *Experto crede Roberto,* cree en la experiencia de Roberto. De algo puedo hablar por experiencia, “una experiencia desgraciada me ha enseñado”, *aerumnabilis experientia me docuit,* y puedo decir con el poeta, “la experiencia de la desgracia me ha enseñado a socorrer a los desgraciados”, *haud ignara mali miseris sucurrere disco.* Ayudaría a otros por simpatía»[17].

Por muy lleno de incisos y ramificado que esté, el Prólogo de Burton deja ver una estructura relativamente sencilla. Tras la introducción en la que el autor capta la benevolencia del lector disculpando su pseudónimo, su estilo, sus negligencias, su intrusión (por no ser médico, sino eclesiástico) en un campo que no es el suyo, el tema conductor del texto es la acusación de la locura general del mundo. Tal acusación se basa en cierto número de autoridades. Unas son religiosas (Biblia, Evangelios, Padres de la Iglesia, teólogos), otras son literarias y filosóficas, a pesar del juicio de los apologistas cristianos que sitúan a los filósofos paganos en los rebaños de la locura. Burton, tras haber evocado rápidamente los diálogos de Luciano (una de las grandes fuentes de la «risa humanista»), parafrasea y prolonga considerablemente las invectivas de Demócrito contra la locura de los hombres, según la *Epístola a Damageto* del pseudo-Hipócrates: es el primer momento fuerte del Prólogo.

Cumplidamente puesta de manifiesto, la melancolía universal consiente subdivisiones: puede hablarse de la melancolía de los Estados, de las familias, de los individuos: todo cuerpo, individual o colectivo, puede estar expuesto a

[16] p. 41.
[17] p. 46.

la enfermedad. Y todo cuerpo debe ser objeto de una terapéutica apropiada. El libro atañe, pues, a cada cual, y su utilidad está demostrada de antemano. Desde un principio, en lo que se refiere a la melancolía de los Estados, y sobre todo Inglaterra, Burton, tras haber planteado su diagnóstico, formula una terapéutica: desarrolla lo que llama «an Utopia of mine own»[18], una Utopía de mi cosecha: es el segundo momento fuerte del Prólogo: hace juego, por sus dimensiones, con la imitación libre de la *Epístola a Damageto.* El Prólogo, como una elipse, gira en torno a esos dos focos.

Conviene examinar más detenidamente estos dos pasajes, igualmente centrales, en sus aspectos particulares y en sus relaciones recíprocas.

Demócrito y los Abderitanos

Burton no se ha conformado, pues, con evocar la figura tradicional de Demócrito en las páginas liminares de su Prólogo. Vuelve a la carga, primero para traducir libremente el discurso que le atribuye la carta del pseudo-Hipócrates, luego para hacer de él su portavoz indignado, ante los escándalos del mundo contemporáneo. La referencia a Demócrito, así lo sabe Burton y lo admite desde la primera página, se ha convertido en algo banal: bajo el nombre de Demócrito no es raro que se defiendan las tesis del atomismo, y, por una vía apenas encubierta, las doctrinas de Epicuro. Esa no es la intención de Burton, que, no obstante, se empeña en mantener en la escena al filósofo de Abdera. ¿Qué conserva de él? Primero, como ya hemos visto, la risa y la indignación, esos dos movimientos afectivos que los latinos convirtieron en los resortes principales del género satírico. Tampoco ha olvidado el *topos* que, desde la Antigüedad, hace de la risa de Demócrito la representación antitética de las lágrimas de Heráclito. Esta pareja de figuras ilustres personifica dos actitudes psicológicas opuestas, en una encarnación figurada en la que se conjuga la doble autoridad de la filosofía y del pasado clásico. Es un lugar común que pueden emplear los escritores, los pintores, los decoradores, cuando necesitan simetría contrastada. Heráclito y Demócrito son los modelos a los que debe referirse necesariamente la *quaestio disputata*: ¿es mejor reír o llorar ante la agitación, los errores y las desgracias de los hombres?[19] Generalmente, los humanistas han tomado partido por Demócrito. En el *Elogio de la locura,* se recurre a su ejemplo para expresar la superioridad infinita de la reflexión irónica: «Abundan en [el vulgo] tantas clases de estulticia y todos los días inven-

[18] p. 107.

[19] Nos remitiremos al estudio muy completo de Jean Jehasse, «Démocrite et la renaissance de la critique», en *Études seiziémistes offertes à V. L. Saulnier,* Ginebra, Droz, 1980, pp. 41-64; véase también Henning Mehnert, *Melancholie und Inspiration,* Heidelberg, 1978, sobre todo, pp. 311-325. August Buck, «Democritus ridens et Heraclitus flens», en H. Meier y H. Sckommodau (eds.), *Wort und Text. Festschrift für Fritz Schalk,* Francfort, 1963, pp. 167-168.

ta tantas nuevas, que aún no bastarían mil Demócritos para reírse de todas ellas y sería necesario otro para que se burlara de los demás Demócritos»[20]. En la décima de Hugues Salel que figura al principio de *Pantagruel* (edición de 1534), Rabelais y su libro son definidos a través del paradigma democríteo:

> ... Me parece que veo a un Demócrito
> burlándose de los hechos de nuestra vida humana.

También Montaigne opta por Demócrito (en una página de los *Ensayos* que Pierre Bayle dice saberse de memoria): «No porque sea más placentero reír que llorar, sino porque [el humor de Demócrito] es más desdeñoso, y nos condena más que lo otro; y porque me parece que nunca podremos ser tan despreciados como lo merecemos»[21]. Pero un siglo más tarde, de manera significativa, Fénelon, en sus *Diálogos de los muertos,* mostrará preferencia por Heráclito: sus lágrimas atestiguan un amor por los hombres del que carece el Demócrito legendario. Heráclito declara a su contradictor: «¿Hago mal en apiadarme de mis semejantes, de mis hermanos, de lo que es, por decirlo así, una parte de mí mismo? Si visitarais un hospital lleno de heridos, ¿os burlaríais de sus heridas? [...] Mas nada amáis, y el mal ajeno os alboroza. Es no amar ni a los hombres, ni la virtud que abandonan»[22]. Una moral de la identificación compasiva no puede seguir tomando a Demócrito como modelo: su risa marca una distancia, una superioridad solitaria, de la que se espanta el alma tierna de Fénelon. Alma «sensible», pero poco cristiana, Diderot adopta el mismo partido que Fénelon. Arremete contra Séneca y un pasaje del *De ira* (II, 10) que otorgaba la preferencia a Demócrito: «¡Oh, Séneca!, hombre tan bueno, me enoja que a la disposición de Heráclito, que lloraba sobre la locura de sus hermanos, prefieras la risa cruel de Demócrito, que se burla del infortunio de los humanos»[23]. Indicio de una carencia de amor o de fraternidad, la

[20] Erasmo, *Laus Stultitiae,* 48 [ed. esp.: Madrid, Espasa Calpe, 1969, p. 90]; esta risa va dirigida contra el vulgo y el populacho *(de vulgo plebeculaque).*

[21] Montaigne, *Essais,* I, 50 [ed. esp.: Barcelona, Iberia, 1968, t. I, p. 247]; Pierre Bayle, *Nouvelles lettres critiques sur l'Histoire du Calvinisme,* in *Œuvres diverses,* 4 vol., La Haya, 1727, t. II, p. 318. Al final del capítulo «Sobre los juicios», La Bruyère hace hablar sucesivamente a Heráclito (118) y Demócrito (119): los dos filósofos legendarios permiten variar el tono de una larga crítica de los afanes del mundo.

[22] Fénelon, *Dialogues des morts,* XIV.

[23] Diderot, *Essais sur la vie de Sénèque le philosophe*, París, 1779, p. 338. La risa lengendaria de Demócrito tiene cierto parecido con la de Timón el Misántropo. No es sorprendente que Regnard, en su *Démocrite amoureux,* haya otorgado a su héroe rasgos que recuerdan a los del Alcestes de Molière. Volvemos a encontrar la huella del Demócrito legendario (¿cómo iba a sorprendernos?) en Samuel Beckett: en «Echos's bones», el poema –Enueg I– lleva estas líneas:

> *I splashed past a little wearish old man,*
> *Democritus,*
> *scuttling along between a crutch and a stick,*
> *his stump caught up horribily, like a claw, under his breech, smoking.*

Beckett, en el primero de esos versos, cita literalmente a Burton , que había escrito, p. 12, «Democritus [...] was a little wearish old man, very melancholy by nature»... (véase: Samuel

risa melancólica se vuelve sospechosa (los románticos la convertirán en una manifestación del satanismo).

Al dirigirse a la recopilación de las *Cartas* pseudo-hipocráticas[24], Burton no sólo encontraba una definición caracteriológica, sino una narración ejemplar, una puesta en escena ficticia, y sobre todo una situación oratoria que se prestaba a la amplificación. Y Burton no se privó de emplearla.

Es conocida la historia que inspiró a Sebastian Franck[25], a La Fontaine[26], Wieland *(Die Abderiter):* los abderitanos, alarmados por la rareza de Demócrito, que se había establecido en la afueras de la ciudad, entregado a una soledad dedicada al estudio, riéndose solo, le consideran loco. Piden auxilio a Hipócrates. Éste, habiendo hecho provisión de eléboro, viene a conversar con el presunto enfermo. Oye de él palabras vehementes, pero de suma sabiduría. No le administrará el eléboro; más bien necesitarían este específico contra la locura los ciudadanos de Abdera. La entrevista es anotada por «Hipócrates» en una larga narración, la «Epístola a Damageto». Evalúese la importancia ejemplar del debate. Dos cuestiones, como mínimo, se encuentran implicadas en él. La primera es: ¿Quién está loco? ¿Es el filósofo solitario, que se ha ido a vivir extramuros? A juicio de Hipócrates, el verdadero enfermo es la colectividad, ingenuamente preocupada por curar al gran hombre. Segunda cuestión: ¿Quién es el juez competente? ¿Quién es el árbitro cualificado para discrimi-

---

Beckett, *Poems in English,* Londres, 1961, p. 19). Demócrito reaparece en *Murphy,* por medio de una alusión que hace de él un payaso nihilista: ...«Y Murphy se puso a ver la Nada [...] esa Nada de la que el bromista de Abdera decía que no había nada más real» (Samuel Beckett, *Murphy,* París, 1947, p. 176; [ed. esp.: Barcelona, Lumen, 1970, p. 187]).

[24] Se encuentra el texto y la traducción en el tomo IX de la edición de las *Obras completas,* preparadas por Émile Littré (París, 1861). Se trata de las cartas 10-23, pp. 321-399. Cf. Hellmut Flashar, *Melancholie und Melancholiker in den medizinischen Theorien der Antike,* Berlín, 1966, pp. 68-72. Y sobre todo, J. Pigeaud, *La maladie de l'âme,* París, Belles Lettres, 1981.

[25] Sebastian Franck, *Chronica,* 1536. Reproducido en la ed. Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1969, fol. cxxiiiij-cxxvij. Cf. Alexandre Koyré, «Sebastian Franck (1499-1542)», en *Mystiques, spirituels, alchimistes du XVI*[e] *siècle allemand,* París, Gallimard, 1971, pp. 39-74 [ed. esp.: Madrid, Akal, 1981, pp. 35-67]; Jean Lebeau, «"Le rire de Démocrite" et la philosophie de l'histoire de Sebastian Franck», en *Bibliothèque d'humanisme et renaissance,* t. XXXIII, Ginebra, Droz, 1971, pp. 241-269: a través de Demócrito, S. Franck expresa su visión trágica del «mundo al revés».

[26] En La Fontaine, Demócrito medita retirado, pero ya no se ríe. Lo mismo ocurre en Diderot. Hace de Demócrito «uno de los primeros genios de la Antigüedad». Viajero, legislador, científico, soñador, acusado de locura: los rasgos ofrecidos por la doxografía permiten romantizar al personaje: «Sus conciudadanos le llamaron para administrar los asuntos públicos: se comportó, a la cabeza del gobierno, como se esperaba de un hombre de su carácter. Pero su inclinación dominante no tardó en llamarle de nuevo a la contemplación y a la filosofía. Se retiró a lugares salvajes y solitarios; erró entre las tumbas; se dedicó al estudio de la moral, de la naturaleza, de la anatomía y de las matemáticas; agotó su vida en experiencias; hizo disolver piedras; exprimió el jugo de las plantas; diseccionó animales; sus conciudadanos imbéciles le tomaron unas veces por mago y otras por insensato. Su entrevista con Hipócrates, al que habían llamado para curarle, es demasiado conocida y demasiado incierta, para que la mencione aquí» (Denis Diderot, *Œuvres complètes,* t. XIV, París, 1972, pp. 201-202). Demócrito, presentado por Diderot, se convierte en el primero de los enciclopedistas... La información utilizada, como en los renacentistas, procede sobre todo de Diógenes Laercio.

nar salud y locura? Con toda seguridad, no el vulgo; ni siquiera el médico; pero sí el filósofo, sumergido como por casualidad en estudios sobre la locura cuando Hipócrates vino a verle. El filósofo, en las acusaciones que lanza a su vez, incluye la actividad práctica del médico; ésta forma parte del ajetreo fútil de los hombres, que olvidan la dicha única, que es contemplar la verdad. Este apólogo, obra de un autor anónimo tardío, coloca a Demócrito en situación de contra-atacante: tiene derecho a dar rienda suelta a una agresividad vengativa, a una risa destructora. Este texto, que Bajtin incluyó con toda razón entre las fuentes de la doctrina de la risa en el Renacimiento[27], no puede ser considerado, con todo, como un modelo de la risa popular: por el contrario, se trata de una risa que reconforta al sabio, tan a menudo humillado, al hombre de la élite intelectual, frente a todos los demás, vulgo, ricos y reyes confundidos: la risa de Demócrito no perdona más que a los animales.

Existe, pues, continuidad entre la vehemencia acusadora de la *Epístola a Damageto* y las invectivas satíricas que Burton desarrolla, de su propia cosecha, por mediación de la mirada de un Demócrito supuestamente resucitado y situado en presencia del mundo actual. No obstante, esta continuidad se produce a costa de una modificación capital. El Demócrito del texto antiguo, en fin de cuentas, no era melancólico; sólo aparentemente; se interesaba por las causas de la locura, pero él mismo estaba a salvo de ella. En el Renacimiento[28], la melancolía extiende su imperio, se anexiona nuevos territorios y recluta nuevos sujetos: en Melanchton, o en Laurent Joubert[29], Demócrito, con su risa, encarna uno de los diversos *tipos* de la melancolía. (Suele citarse, como apoyo, un texto de Pablo de Egina, que declaraba que «de los melancólicos, unos ríen siempre, otros siempre lloran»)[30]. Para Burton, que se define a sí mismo como un melancólico que busca la curación en la actividad estudiosa, ello facilita la identificación completa con el predecesor de quien se vale. De hecho, llama en su auxilio a todos los autores a los que evocará Bajtin, con Luciano a la cabeza, como los inspiradores antiguos de la filosofía de la risa en el Renacimiento: necesita su garantía común. Ni siquiera excluye a Heráclito: risa y llanto alternados o mezclados (esta «pasión mixta») forman parte del mismo reino de la melancolía. Se trata de una risa seria, de una risa sin alegría, de una risa que, quiérase o no, se excluye del mundo, y que, contrariamente a la de Rabelais, no posee en sí misma ninguna virtud terapéutica. La risa democrítea y menipea de Burton no expresa más que la conciencia del mal: no es portadora de liberación alguna. La libertad que atestigua no deja de ser una clarividencia impotente, totalmente privada de la virtud de *inclusión* que Bajtin atribuye a la

[27] Mijail Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais* [ed. esp.: Barcelona, Barral, 1971, p. 66].

[28] Melanchton, *De Anima, II; Corpus Reformatorum* XIII, col. 83 ss. Citado por Klibansky, Saxl y Panofsky, en *Saturno y la Melancolía* [ed. esp.: Madrid, Alianza, 1991, p. 105].

[29] Laurent Joubert, *Traité du ris*, París, 1579; reimpreso en Ginebra, Slatkine, 1973, p. 274.

[30] Pablo de Egina, *Tratado de medicina*, III, 14.

risa: «A veces me reía o mofaba con Luciano, y acusaba satíricamente con Menipo, me lamentaba con Heráclito y a veces estaba "riéndome a carcajadas con humor burlón", *petulanti splene cacchino,* y de nuevo "la bilis me roe el hígado", *urere bilis jecur,* y me dolía ver que no podía corregir tales abusos. Aunque pueda congeniar con él o con ellos en esta manía, no por tal motivo me oculto bajo su nombre [Demócrito], sino en un hábito desconocido, para tener más independencia y libertad de expresión. O, si quieres saberlo, por la razón y el motivo que Hipócrates cuenta por extenso en su *Epístola a Damageto*»[31].

Todos los rostros, todas las máscaras pueden servir a la crítica melancólica y docta de un mundo delirante, devastado a su vez por el exceso de la melancolía.

La Utopía

En la Epístola a Damageto y en los otros textos de la «novela» hipocrática, el error inicial (la imputación de locura) es reparado por el propio Demócrito, que atrae la convicción de Hipócrates: la locura, el desorden están en todas partes; es a los abderitanos a quienes habría que administrar el eléboro. Pero, una vez emitida esta hipótesis irrealizable de una farmacoterapia colectiva, Demócrito se conforma con enmendar una falsa opinión y advertir que el mundo, allá donde miremos, no es más que bajeza. No se propone nada para corregir el mundo y sanarlo. El mal es considerado irremediable, y la risa atestigua que el único recurso consiste en levantar acta sin aceptarlo. De ahí el exceso de amarga satisfacción cuando Demócrito observa que los hombres se castigan a sí mismos al correr a su destrucción. Burton, en cambio, no se limita al acto de acusación por el que Demócrito se rehabilita ante el médico. No le basta con corregir la imputación de locura que pesa sobre el filósofo, y mostrar que el mundo vive al revés. Este mismo mundo al revés pide ser enderezado. Aquí nace la tentación utópica, como si la energía acusadora se transmutara en fantasía planificadora.

El vínculo entre melancolía y utopía es, al menos, doble: nos ofrece un aspecto relativo al objeto (el Estado), y un aspecto que implica a la personalidad del utopista.

Por una parte, el desorden, las violencias, la usurpación generalizada del poder o de la riqueza, las querellas y procesos que aquejan a los Estados (y sobre todo a Inglaterra) son comparados con un desarreglo melancólico que perturba el «temperamento» del cuerpo social. La analogía atribuye al macro-

[31] p. 44. Sobre la influencia de Luciano en el Renacimiento, hay que releer a Robert Klein, «Le thème du fou et l'ironie humaniste», en *La forme et l'intelligible,* París, Gallimard, 1970, pp. 433-450 [ed. esp.: Madrid, Taurus, 1982, pp. 393-408].

cosmos político las afecciones del microcosmos individual. Es importante oponerles, ya sea en concepto de remedio, ya sea como criterio que justifique su condena, el modelo de una sociedad sanamente constituida.

Por otra parte, Burton no nos deja ignorar que la propia percepción del desorden universal deriva de una mirada melancólica, de una mirada que recibe de la melancolía su superioridad perspicaz, según la teoría aristotélico-ficiniana de la «genialidad» vinculada a la atrabilis. Y si, según Burton, la sátira «democrítica» debe a la melancolía su excedente de clarividencia, detenta el poder de reconocer en lo más recóndito de sí misma una parte de sombra que la hace cómplice de la locura del mundo, y que corresponde, esta vez, al aspecto maléfico de la melancolía. La utopía no será solamente un proyecto destinado a cambiar el rostro del mundo, constituye una empresa autoterapéutica. Parece tener como finalidad implícita consolidar los cimientos profundos del yo, a la vez que desarrolla explícitamente la fórmula que pondría remedio al caos del mundo[32].

La imaginación utópica, por propia decisión, va a volver a poner en orden el mundo que, provocando la indignación y la risa satíricas, se había desplegado ante nuestros ojos como el reino del desorden. No hay nada más revelador que el geometrismo simple y simplificador que regula en Burton (como en tantos otros) la división de las provincias, la implantación de las ciudades y de los pueblos, la planificación de las metrópolis provinciales del país de utopía: «Cada provincia tendrá una metrópoli, que estará situada más o menos como un centro en una circunferencia». La forma de las ciudades será «regular, redonda, cuadrada o rectangular, con hermosas calles anchas y rectas, casas uniformes, construidas de ladrillos y de piedra»... Pocas leyes, pocos legistas, y pocos procesos. Una regla general: el trabajo asiduo, que debe extenderse a toda la superficie del territorio. No quedará estéril ni un acre: «Donde la naturaleza se oponga, se remediará por el arte». Burton quiere en todas partes tierras bien cercadas; nada de pastizales comunes, pues «lo que es común no es de nadie». La propiedad individual queda pues salvaguardada. Anti-igualitario, mantiene «diferentes órdenes y grados de nobleza», a la vez que reprueba las legislaciones que excluyen de los honores a las personas de la plebe. Los plebeyos enriquecidos honradamente deben poder acceder a la nobleza. Predi-

[32] La utopía de Burton ocupa las páginas 107 a 115 de la presente edición: análisis y comentarios en Pierre Mesnard, «L'utopie de Robert Burton», en *Les Utopies de la Renaissance. Colloque international,* Bruselas-París, 1963, pp. 75-88; J.-R. Simon, *op. cit.,* pp. 378-416; se encontrarán consideraciones socio-históricos del mayor interés en Wolf Lepenies, *Melancholie und Gesellschaft,* Francfort, Suhrkamp, 1972, pp. 9-42. Sobre la relación entre utopía y melancolía, véase Judith Shklar, «The political Theory of Utopia: from Melancholy to Nostalgia», *Daedalus,* primavera 1965, pp. 367-381. En la abundante literatura reciente sobre la utopía, recordaremos el hermoso libro de Bronislaw Baczko, *Lumières de l'Utopie*, París, Payot, 1978; Raymond Trousson, *Voyages au pays de nulle part,* Bruselas, 1979, 2ª ed.; F. E. Manuel y F. P. Manuel, *French Utopias. An Anthology of ideal Societies,* Nueva-York-Londres, 1966, y *Utopian Thought in the Western World,* Harvard, 1979 [ed. esp.: Madrid, Taurus, 1984].

cando para su parroquia, Burton desea que los *scholars* provistos de una formación académica sean preferidos a los *soldiers* para las funciones de magistrado. En los detalles de sus disposiciones prácticas, ha podido observarse que la monarquía utópica de Burton no difería radicalmente de la Inglaterra de Carlos I. Pero lo que resulta más chocante en esta ensoñación es su aspecto burocrático, autoritario y «dirigista» (R. Trousson). Burton coloca en todas partes «supervisores» –para el cultivo de las tierras, para la ordenación del territorio, para la distribución de los aparceros, para las obras de arte y los trabajos públicos, para la concesión de los préstamos. La sociedad por él inventada se halla extremadamente vigilada[33]. Y ése es el ámbito en que Burton da rienda suelta a su fantasía: en la página del libro, es fácil escribir: «... Así, dispondré de los gobernadores públicos, de los magistrados propios a cada función, de los tesoreros, ediles, cuestores, vigiliantes de los pupilos, de la fortuna de las viudas, y de todas las instituciones públicas, etc.; les obligaré, una vez al año, a rendir cuentas exactas sobre sus ingresos y gastos, con el fin de evitar la confusión, y que *se haga de tal modo que no roben* (como escribe Plinio a Trajano) *lo que se avergonzarían de confesar.* Ellos mismos serán subordinados de esos oficiales superiores y gobernadores de ciudad, los cuales no serán pobres tenderos ni humildes artesanos, sino nobles y gente de calidad...». Los matrimonios son objeto de una atención particular: no antes de los veinticinco años para los hombres, ni de los veinte para las mujeres; la pobreza no debe ser un obstáculo; más bien hay que obligar a los individuos a casarse en lugar de impedírselo; unos supervisores se ocuparán de que la fortuna que el marido deja a su viuda no sea excesiva; bajo amenaza de graves castigos se prohibirá el matrimonio a los impedidos y a quienes padezcan enfermedades hereditarias corporales o mentales. El autoritarismo en materia de eugenesia y de la legislación matrimonial no es una peculiaridad aislada. Leyes no menos autoritarias rigen la obligación general del trabajo: «...No consentiré ni mendigos, ni bribones, ni vagabundos, ni personas ociosas que no puedan dar cuenta de su vida ni de sus actividades lucrativas.» Los inválidos recibirán pensiones y alimentos; los enfermos serán acogidos en hospitales construidos con este fin. Pero todos los demás estarán obligados a trabajar; no se abusará de sus fuerzas; en días fijos, una vez por semana, cada cual tendrá derecho a un día de asueto, podrá participar en fiestas, en alegres reuniones, donde se cantará y bailará...». Cuando sabemos que, a juicio de Burton, la ociosidad es una de las grandes fuentes de la melancolía, es evidente que la obligación del trabajo equivale a una «prohibición de la melancolía» (W. Lepenies). Los habitantes activos del país utópico no tienen ocasión de volverse melancólicos: cuando

[33] Los «supervisores» de Burton son los descendientes directos de los *Sifograntes* imaginados por Tomás Moro, en el libro segundo de la *Utopía:* «La ocupación fundamental y casi exclusiva de los Sifograntes consiste en evitar que nadie se entregue al ocio, sino que todos se consagren atentamente a su oficio» [ed. esp.: Barcelona, Bruguera, 1981, pp. 92-93].

dejan de trabajar, sólo tienen festejos, en momentos regulados de antemano *(set times).* Aquí, Burton no hace más que esbozar el tema de la *fiesta* en tierra de utopía –tema cuya importancia no dejará de aumentar, para culminar (como ha demostrado Baczko) a finales del siglo XVIII. Pero los ojos de los vigilantes siguen abiertos y algunos delitos son ferozmente castigados: «Un hombre que quiebre será *Catademiatus in Amphitheatro,* deshonrado en público, y quien no pueda pagar sus deudas, ya se haya empobrecido por despilfarro, ya por negligencia, será encarcelado durante doce meses, y si en ese tiempo sus acreedores no han sido satisfechos, será ahorcado. Quien cometa sacrilegio se quedará sin manos; a quien haga un falso testimonio, o haya sido convicto de perjurio, se le cortará la lengua, salvo si la rescata con su cabeza. El asesinato, el adulterio serán castigados con la muerte»... El precio pagado por el establecimiento del orden razonable no es bajo: junto a una asistencia del Estado para los enfermos y los inválidos, hay cárceles, patíbulos, cadalsos en tierra de utopía, para los vagos y los parásitos. No obstante, Burton no tiene ninguna propensión por las empresas guerreras ni por las conquistas gloriosas: sólo quiere ejército con fines defensivos. Contra las demás naciones prefiere rivalizar en cuanto a prosperidad comercial, yendo a buscar a ultramar tierras nuevas o enviando al extranjero observadores directos, atentos a las innovaciones dignas de ser adoptadas en el campo de la técnica o de las leyes. Aquí también, la *mirada* constituye el arma esencial. La sátira del desarreglo general era obra de una conciencia que se mantenía retirada y que juzgaba al mundo «desde arriba», renunciando a participar en su desorden; el proyecto utópico, por el contrario, compromete a la voluntad (o más bien: simula este compromiso), a través de las formas verbales que proyectan al sujeto entre las cosas: *I will, I will have*... La anotación escandalizada, privativa de la sátira, ha cedido así el lugar a la voz imperativa ante la que se abre, si no un futuro esperado, al menos un posible tranquilizador. Pero aquí sólo se trata de un acto verbal, en el que la imaginación *(fantasy)* se suelta las riendas, según una de las modalidades más favorables del temperamento melancólico: la que (debidamente consignada por Burton, muy al tanto de las teorías neo-platónicas del *furor poeticus*) vincula la invención y el arrebato poéticos a las propiedades de la bilis negra favorablemente temperada y suavemente efervescente.

El orden utópico se define como lo contrario de un mundo entregado al desarreglo caótico; restablece el dominio de la razón sobre los elementos que la locura general dejaba al abandono. Pero este dominio exige, como acabamos de hacer constar, la omnipresente vigilancia de una *supervisión* (encomendada a «altos mandos»), y la amenaza de la pena capital para cualquiera que, infringiendo la ley del trabajo, permita que prevalezca el gasto fastuoso sobre la acumulación laboriosa. La violencia, que en el desorden del estado enfermo se malgastaba en los conflictos y los abusos dictados por el interés particular, pasa por completo a manos de la fuerza pública. ¿Reduce la utopía burtoniana la totalidad de la violencia que se desencadena en el mundo enfermo? Parece tener como objetivo eliminar la violencia *actual* que va unida al

desorden, transformándola, por mediación de la ley, en una violencia *potencial,* cuyo monopolio se confía al Estado. Hay desplazamiento de energía –pero a la vez conservación de esta energía, en la coacción institucional y en la espada alzada de una justicia sin piedad. En este nivel, el orden utópico se manifiesta menos como el contrario objetivo de un mundo entregado al desorden melancólico, que como su *envés* subjetivo. Pues si es cierto que vemos oponerse las imágenes de dos mundos radicalmente *diferentes,* hay que reconocer sin embargo que es *el mismo* hombre amargado quien primero percibe y denuncia el sinsentido de las actividades humanas, y quien luego les restituye imaginariamente un sentido y una coherencia extremados. La misma insatisfacción, la misma melancolía están presentes, primero en el atestado del desorden, después en la imagen ficticia de su reparación. La vigilancia implacable de los «supervisores» del mundo utópico hace intervenir, con vistas a mantener el orden, la misma mirada avasalladora, la misma vista dominante a la que Burton había recurrido para establecer el panorama del mal universal. No había omitido ninguno de los ejemplos literarios de la supervisión acusadora o satírica. Había recordado a san Cipriano invitando a Donato a creerse «transportado a la cima de una montaña alta para desde allí contemplar los alborotos y sucesos de este mundo vacilante, sin poder elegir entre reírse o compadecerse»[34]. O también a Caronte que (según el *Diálogo de los contempladores* de Luciano), «fue conducido por Mercurio a un sitio desde el que pudiera ver todo el mundo de una sola vez»[35]... Aunque este mundo agitado se transformara y se convirtiera en el mundo tranquilo tal como debería ser, el puesto de observación permanecería ocupado. Y el filo de la mirada seguiría siendo igual de penetrante. El sadismo que acompañaba a la acusación melancólica del desorden, y que no perdonaba ni siquiera al propio observador, permanece activo y persiste íntegramente en el ejercicio de la autoridad obsesiva que vela por alejar, en la sociedad ideal, todas las causas de trastorno y de melancolía. El goce cruel, presente en la risa que estigmatiza la incapacidad de los hombres para dominar sus pasiones, se encuentra de nuevo en la seriedad del aparato estatal, encaminado a garantizar la perfecta gestión de la vida colectiva. Una energía agresiva se «convierte» en coacción constructiva. Pero esta coacción es más el síntoma último del mal melancólico que su curación. (Es cierto que, buscando bien, encontraríamos utopías «suaves» y permisivas, que sueñan con levantar las prohibiciones. Pero incluso las utopías suaves deben señalar la cesura con el mundo anterior. Es preciso, en algún lugar, *zanjar*).

A decir verdad, la utopía burtoniana se presenta como un simple sueño, como una fantasía «poética». De haberse tratado de un verdadero proyecto político, insertarla, sin previo aviso, en el Prólogo de una gigantesca mono-

[34] p. 59.
[35] p. 65.

grafía sobre la melancolía, donde la teoría política no parece, en un primer momento, destinada a recibir un trato de favor, habría sido proceder de manera harto singular. También podría decirse que esta utopía no es más que la proyección, a escala de un Estado imaginario, de un proyecto personal que anima a Burton en el momento en que escribe su libro: subdivide el Estado en provincias del mismo modo que subdividirá su libro en partes, secciones, miembros, subsecciones. El control que los supervisores ejercen sobre el Estado corresponde punto por punto al deseo que tiene Burton de organizar sistemáticamente, sinópticamente, el inmenso material bibliográfico de la melancolía, que incluye la existencia humana en la totalidad de sus aspectos. Y a quien Burton desea dominar y reconstruir es a sí mismo. La legislación utópica hostiga a los desocupados, porque Burton tiene miedo de su propia ociosidad, que le abandonaría a todos los peligros de Saturno y de la atrabilis conjugados. «No busquéis la soledad, no estéis ociosos»[36]. Esa es la advertencia que retumba al final de la obra; pero Burton, desde su Prólogo, le ha otorgado el alcance más general, al erigirlo en regla de toda vida común.

Saturno reina sobre este territorio bien ordenado, como reinaba en los campos de la edad de oro. Acabo de leer en ello una confidencia indirecta de Burton sobre su deseo de orden. También podría leerse como una revelación muy valiosa sobre el reverso negro de toda utopía. Las imágenes venturosas que elabora el «principio de esperanza» presuponen la acusación previa de un mundo tenebroso. Pero cuanto más violenta, más ásperamente melancólica es la acusación, más riesgos existen de ver persistir esta violencia, disimulada, en la imagen de dicha que se ofrece en compensación. La severidad de la acusación se traslada a la virtud que la institución quiere garantizar... En este punto, habrá que abandonar el concepto de melancolía, que en Burton y sus contemporáneos es todavía una noción acomodaticia, que sirve para designar todas las aberraciones del pensamiento y del sentimiento –la locura por entero. Para caracterizar psicológicamente la violencia utópica en el lenguaje de hoy, recurriríamos a la idea de *obsesionalidad,* y mejor aún a la de paranoia. Desde luego, estas denominaciones acuden con más facilidad a nuestro pensamiento, en una época en la que despertamos de la utopía, y en la que sabemos que los mundos que hemos soñado demasiado perfectos, demasiado armoniosos, llevan en sí mismos, mezcladas con su rigor y racionalidad excesivas, todas las pulsiones de muerte que deseaban superar. Al enmendarse, el caos melancólico se convierte en organización persecutoria.

Para los lectores de antaño, la utopía de Burton no era más que un hallazgo entretenido de la *inventio* retórica, elaborada para hacer eco a Tomás Moro. Sacó partido de la libertad que Horacio concede a los pintores y a los poetas... El utopista es declarado inocente por su propia melancolía: por saber dema-

[36] T. III, p. 494 de la edición de Shilleto.

siado bien que su mundo imaginario es a la vez posible e irrealizable, se resigna a verse privado del mismo a la vez que multiplica sus perfecciones. Y podemos volver a esta lectura, que acoge favorablemente la paradoja y que no imputa a Burton las aberraciones cuya responsabilidad efectiva incumbe sólo a nuestro siglo.

La utopía de Burton es un adorno liminar: invierte, durante algunas páginas, el mundo al revés de la locura. Es una manera de desarrollar plenamente los recursos de la máscara democrítea: ¿no fue el filósofo de Abdera legislador antes de refugiarse en la soledad dedicada al estudio? Cuando, en el cuerpo de la obra, el autor exponga las *rectificaciones* terapéuticas aplicables a todas las causas, a todos los síntomas, a todas las variedades de la melancolía (la que afecta a la cabeza, a los hipocondrios, al cuerpo entero; la que se manifiesta en las pasiones amorosas y en los celos, la que enardece hasta el frenesí las emociones religiosas), no aportará proyecto innovador alguno ni prescripciones apremiantes: compendiará los discursos dispersos de los médicos, de los moralistas, de los teólogos. Dejará oír el concierto de las innumerables voces del pasado, que intentaron exorcizar la melancolía. Al lector le corresponde apreciar libremente los recursos saludables que le proponen con profusión. En todo momento, por metódico que quiera ser el itinerario de Burton, el camino que sigue tiende a adoptar, para nuestro mayor placer, una disposición laberíntica. La melancolía, siempre a punto de emerger de nuevo, siempre combatida, no se deja cohibir con facilidad: erudita y locuaz, la angustia no aplacada enumera interminablemente, de forma grata y tranquila, las razones por las que tendría que sosegarse, y que paradójicamente la perpetúan. Así como tampoco el mal, la actividad literaria no podrá hallar término: «Tejemos la misma tela, retorcemos la misma cuerda una y otra vez, o si es una nueva invención, no es sino una fruslería o una tontería que escriben los tipos ociosos para que lo lean los tipos ociosos que no saben inventar así»[37].

JEAN STAROBINSKI

[37] p. 48.

Sobre Robert Burton
Nota de los editores

Perteneciente a una familia de la nobleza agraria, Robert Burton nace, bajo el signo de Saturno, el 8 de febrero de 1577, en la propiedad paterna de Lindley (Leicestershire). El gran estudioso y escritor, ahora recuperado en su obra maestra, era el cuarto de los nueve hermanos que resultaron de la unión de Ralph Burton y de Dorothy Faunt. Si, por un lado, el mundo familiar va a ser reconstruido, junto con el condado natal, por su hermano y compañero de estudios William Burton en *A Description of Leicestershire* (Londres, 1622), la madre de ambos, por otro, será elogiada expresamente en la propia *Anatomía de la melancolía,* por su filantropía y por sus conocimientos médicos.

En cambio, la experiencia de Robert Burton en las escuelas primarias, con las allí habituales vejaciones, le resultará violenta y desagradable, hasta el punto de diseccionar, en su rara «anatomía», los desórdenes físicos y mentales que llegan a sufrir muchos escolares. A partir de 1593, este «Cardano desengañado» –que será llamado, más tarde, «el Montaigne inglés»– comienza a recibir una rigurosa y bastante severa educación clásica: en el Brasenose College de Oxford, donde ingresa con dieciséis años, sólo estaba autorizado a hablar en latín, lo que repercutirá en la forma de sus escritos. A punto de cerrarse este complejo siglo XVI –tan creador como desgarrado– Burton es admitido en el Christ Church College de Oxford en 1599: allí va a permanecer, no sin algún conflicto, hasta su muerte en 1640, como reconocido hombre de letras (era cuatro años más joven que John Donne), y reputado conocedor de toda la trama melancólica, la antigua y la neogalénica.

Su carrera –«silenciosa, sedentaria, solitaria, íntima»– estará marcada sobre todo por los sucesivos títulos académicos que va logrando de forma paulatina. Culmina inicialmente en 1614, con la obtención del permiso para predicar tras concluir estudios teológicos (aunque los cargos que ostente en la iglesia anglicana sean modestos), y luego en 1626, cuando sea nombrado, a la vez, bibliotecario de la gran institución oxoniense que le acoge. La pasión por los libros de este enciclopedista, además de astrólogo, se percibía bien en los dos mil volúmenes que le rodeaban en sus habitaciones, según ha sido estudiado ya minuciosamente, y que al final de su vida legó a la biblioteca del citado College y a la Bodleian Library.

Es cierto que Burton redactó algunas obras menores y olvidadas: una comedia perdida, *Alba;* otra estrenada en 1618 pero sólo publicada en 1862, *Philosophaster,* que sucede en una fingida universidad andaluza; así como un puñado de poemas. Por contraste, resalta en la primera mitad del brillante siglo XVII inglés esta *Anatomía de la melancolía,* obra fundamental de la cultura

médica y literaria que, desde su aparición en 1621, obtuvo un indudable éxito: requirió enseguida, de hecho, cuatro reediciones, que fueron corregidas y aumentadas progresivamente por su autor, en 1624 y 1628 –allí aparece ya el frontispicio que hemos reproducido–, en 1632 y, finalmente, en 1638, dos años antes de su muerte en Oxford el 25 de enero de 1640. Aún volvió a imprimirse en 1651, siendo ésta la considerada a veces como edición de referencia, aunque últimamente se elige la de 1632 (ampliada con la antes dicha), pues resulta más limpia de erratas y fiable. Nótese que, al igual que en el caso de Shakespeare –casi contemporáneo del «isabelino» Burton, y con quien se le ha cotejado– no se conservan los manuscritos del autor, por lo que las referencias a los impresos resultan cruciales: en nuestro caso, hemos recurrido también a la última de las recién citadas.

El resto de las reimpresiones clásicas de esta obra gigantesca de la cultura europea son las de 1660 y 1676, y su influjo es evidente hasta, por ejemplo, en dos grandes escritores del Setecientos como Laurence Sterne y Samuel Johnson. Pero nuestro autor parece eclipsarse para los libreros ilustrados, hasta el punto de que no vuelve a aparecer en inglés sino en una famosa edición de dos volúmenes de 1800. También, por cierto, se recuperó en Filadelfia, en 1836, y en muy diversas ciudades: el mundo de ideas del romanticismo hacía factible esta rehabilitación, que se mantendría, eso sí, en la centuria de la literatura, de la historia y de la medicina, acentuándose aún en el *fin-de-siècle* (y en los últimos años de nuestra centuria). Pues la publicación más importante, en el siglo XIX, es la de A. R. Shilleto, de 1893 (*The Anatomy of Melancholy*, Londres y Nueva York, en tres volúmenes), reimpresa en 1896, 1904 y 1923; de modo que muchos autores se remiten todavía hoy a ella. En el Centro de Estudios Históricos del CSIC (Madrid) se dispone de dos ediciones clásicas americanas: la de Filadelfia (J. W. More, 1854), y otra de Nueva York (Tudor, 1941, or. 1927) a cargo de F. Dell y P. Jordan-Smith.

Para la traducción de este incomparable trabajo «filosófico, médico e histórico» que ofrecemos se ha seguido una muy reciente edición burtoniana, la realizada por Thomas C. Faulkner, Nicolas K. Kiessling y Rhonda L. Blair (*The Anatomy of Melancholy*, Oxford, Clarendon, 1989-1994, 3 vols.; con una introducción de J. B. Bamborough), si bien no se ha olvidado otra edición inglesa anterior, la que cuidó e introdujo Holbrook Jackson (*The Anatomy of Melancholy*, Londres, J. M. Dent, 1932; reimpresa en 1972). Dada la complejidad extrema de la *Anatomía de la melancolía*, la traductora ha simplificado las referencias (en general, Burton, acompañaba al texto original latino o griego la traducción de sus citas), al tiempo que hemos regularizado, en lo posible, los nombres de los autores y los títulos de las obras usadas por Burton, dejándolos a veces en latín (lengua en la que Burton hubiese querido expresarse) cuando era más fácil su identificación actual, y se ha asumido el riesgo de traducir muchas citas latinas. Añadamos que Ramón Esteban Arnáiz nos ha ayudado decisivamente en la revisión final de esta versión española.

Con respecto a las ediciones en otras lenguas conviene anotar que, pese a

la importancia de este libro, sólo existía, hasta hace poco, una limitadísima y poco fiable selección, la de Antonio Portnoy (*Anatomía de la melancolía,* Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947, 151 pp.). La Asociación Española de Neuropsiquiatría se propuso iniciar esta importante tarea cultural, hace tres años, y ofreció ya un avance del trabajo en marcha con ocasión del número extraordinario de Índices, *Revista de la A. E. N.,* 1995, XV, 56, pp. 7-109. Así que ahora, al fin, se dispone en castellano de la primera entrega de la traducción: advirtamos que no ha de importarle al lector la división en tres partes de esta obra inmensa (que iremos ofreciendo en dos próximos tomos), dada la autonomía de las secciones imaginadas y ofrecidas por Burton.

Sin duda, resulta extraña la tardanza de varios siglos en la recuperación burtoniana, pese a su valor indiscutible, pero hay que reconocer que otro tanto ha sucedido en los países vecinos: todo ello quizá haya estado condicionado por el tamaño de su escrito y, sobre todo, por las mutaciones del gusto y del pensamiento. En Alemania (dejando de lado unos fragmentos relativos a la melancolía amorosa publicados en 1952 por la Manesse Bibliothek, como *Schwermut der Liebe*), el especialista Ulrich Horstmann tradujo a Burton recientemente: *Anatomie der Melancholie. Über die Allgegenwart der Schwermut, ihre Ursachen und Symptome sowie die Kunst, es mit ihr auszuhalten* (Zurich, Artemis, 1988; Munich, DTV, 1991), pero esta primera versión sólo contiene la introducción y una sección de la primera parte. No circula, en cambio, este libro en Francia.

En Italia sólo se disponía de la versión de la tercera parte: *Malinconia d'amore,* Milán, Rizzoli, 1981, traducida por Attilio Brilli y Franco Marucci (con un prólogo del primero); aunque pronto se añadió la versión del prólogo burtoniano, realizada por Giovanna Franci, *Anatomia della malinconia,* Venecia, Marsilio, 1983. En esta última destaca, eso sí, la larga introducción de Jean Starobinski, «Democrito parla (L'utopia malinconica di Robert Burton)», que se ha recogido aquí como prefacio, a partir de la versión, un poco más resumida, que ofreció la revista *Le Débat:* «Démocrite parle. L'utopie mélancolique de Robert Burton» (1984, 29, pp.49-72). El propio Starobinski generosamente nos sugirió traducir esta redacción: le estamos muy agradecidos por todo. Así, gracias a su atención personal, la primera edición española va ilustrada con unas sabias palabras previas, literariamente tan bellas como esclarecedoras del universo de ideas que absorbió el relevante y enmascarado sabio inglés[1].

F. C. y M. J.

[1] La bibliografía sobre el problema de la melancolía y sobre Burton es extensísima. Recordemos, en primer lugar, por su carácter más general: A. J. Lewis, «Melancholia: a historical view», *Journal of Mental Science*, 80, 1934; M. Ciavolella, *La «malatia d'amore» dall'Antichità al Medioevo,* Roma, 1976; S. W. Jackson, *Historia de la melancolía y la depresión desde los tiempos hipocráticos hasta la época moderna*, Madrid, 1989; R. Klibansky, E. Panofsky, F. Saxl, *Saturno y la melancolía,* Madrid, 1991; VV.AA., *Folie et déraison à la Renaissance,* Bruselas,

1976; L. Babb, *The Elizabethan Malady. A Study of Melancholy in English Literature from 1580 to 1642,* East Lansing, Michigan, 1965; J. Starobinski, *Historia del tratamiento de la melancolía desde los orígenes hasta 1900,* Basilea, 1962; O. Diethelm, *Medical Dissertations of Psychiatric Interest Written before 1750,* Basilea, 1971; B.G. Lyons, *Voices of Melancholy,* Londres, 1971; C. Webster, *The Great Instauration: Science, Medicine and Reform 1626-1660,* Londres, 1975; W. Lepenies, *Melancholie und Gesellschaft,* Francfort d. M., 1972; H. Tellenbach, *La melancolía,* Madrid, 1976; J. K. Gardiner, «Elizabethan Psychology and Burton's *Anatomy of Melancholy*», *Journal of History of Ideas,* 38, 1977; F. Azouvi, «La peste, la mélancolie et le diable, ou l'imaginaire réglé», *Diogène,* 108, 1979; G. S. Rousseau, «Literature and Medicine: the State of the Field», *Isis,* LXXII, 1981; M. MacDonald, *Mystical Bedlam: Madness, Anxiety, and Healing in Seventeenth-Century England,* Cambridge, 1981.

A ellos pueden añadirse: H. Mehnert, *Melancholie und Inspiration,* Heidelberg, 1978; M. Préaud, *Mélancolies,* París, 1982; M. Fumaroli, «"Nous serons guéris, si nous le voulons"», *Le Débat,* 29, 1984; R. y M. Wittkower, *Nacidos bajo el signo de Saturno,* Madrid, Cátedra, 1982; C. Gurméndez, *La melancolía,* Madrid, 1990; S. Sontag, *Bajo el signo de Saturno,* Barcelona, 1987; R. French; A. Wear (eds.), *The Medical Revolution of the Seventeenth-Century,* Cambridge, 1989; M. C. Lambotte, *Le discours mélancolique,* París, 1993. Cf. por añadidura la conferencia de W. Lepenies, *La fin de l'utopie et le retour de la mélancolie,* Collège de France, 1992; el n.º extraordinario de *L'Évolution Psyquiatrique,* 59, 4, 1994; así como la revisión panorámica de S. Shapin, *A Social History of Truth: Civility and Science in Seventeenth-Century England,* Chicago, 1994; y la de R. Bodei, *Una geometría de las pasiones,* Barcelona, 1995.

Ya específicamente sobre Robert Burton pueden consultarse, de antemano: P. Jordan-Smith, *Bibliographia Burtoniana,* Palo Alto, 1931; N. K. Kiessling, *The Library of R. Burton,* Oxford, 1988; J. Conn, *R. Burton and the Anatomy of Melancholy. An Annotated Bibliography of primary and second Sources,* Nueva York, 1988; R. L. Nochimson, «Studies in the Life of R. Burton», *Yearbook of English Studies,* IV, 1974. Además cabe destacar los siguientes trabajos: J. L. Miller, «A discussion of Burton's Anatomy of Melancholy», *Annals of Medical History,* 8, 1936; B. Evans, *The Psychiatry of R. Burton,* Nueva York, 1944; J. M. Patrick, «R. Burton's Utopianism», *Philological Quarterly,* XXVII, 1948; A. Brownlee, W. Shakespeare and R. Burton, Londres, 1965; W. R. Mueller, *The Anatomy of R. Burton's England,* Berkeley y Los Ángeles, 1952; L. Babb, *Sanity in Bedlam. A Study of R. Burton's «Anatomy of Melancholy»,* East Lansing, Michigan, 1959.

Destaquemos más recientemente: J. Starobinski, «La mélancolie de l'anatomiste», *Tel Quel,* 10, 1962; W. B. Bean, «Bedlam in Sanity, Burton's *Anatomy of Melancholy*», *Archives of Internal Medicine,* 3, 1963; J. R. Simon, *Robert Burton et l'«Anatomie de la Mélancolie»,* París, 1964; R. L. Colie, «Some Notes on Burton's Erasmus», *Renaissance Quarterly,* XX, 1967; S. E. Fish, *Self-Consuming Artifacts. The Experience of Seventeenth-Century Literature,* Berkeley, 1972; B. H. Traister, «New Evidence about Burton's Melancholy», *Renaissance Quarterly,* XXIX, 1976; R. Fox, *The Tangled Chain. The Structure of Disorder in the Anatomy of Melancholy,* Berkeley, 1976; J. B. Bamborough, «Burton and Cardan», en J. Carey (ed.), *English Renaissance Studies,* Oxford, 1980; M. Heyd, «R. Burton's sources on Enthusiasm and Melancholy», *History of European Ideas,* Oxford, 1984, t. V; D. L. Hodges, *Renaissance Fictions of Anatomy,* Amherst, 1985; U. Horstmann, *Der lange Schatten der Melancholie. Versuch über eine angeschwärztes Gefühl,* Essen, 1985; M. O'Connell, *Robert Burton,* Boston, 1986; M. Heusser, *The Guilded Pill,* Tubinga, 1987; D. C. T. Cox-Maksimov, «Burton's *Anatomy of Melancholy: Philosophically, Medically and Historically», History of Psychiatry,* VII, 26-27, 1996.

El argumento de la portada

Se ven aquí diez cuadros diferentes,
reunidos en uno solo por el arte de un grabador.

1. El anciano Demócrito está sentado bajo un árbol,
sobre una piedra, con un libro en las rodillas.
A su alrededor hay varias figuras,
de perros, gatos y similares criaturas,
de las que hace una anatomía
para ver la sede de la cólera negra.
Por encima de su cabeza, aparecen el cielo
y Saturno, señor de la melancolía.

2. A la izquierda, un paisaje que representa los celos
aparece ante tus ojos.
Un martín pescador, un cisne, una garza,
dos gallos de pelea puedes discernir,
dos toros bramando a cual más
en un combate que concierne a Venus.
Todos ellos son símbolos, no digo más.
Imagina el resto por lo anterior.

3. El siguiente, el de la Soledad,
expresa perfectamente su retrato
con un perro y un gato dormidos; un gamo, una cierva,
liebres y conejos van por el bosque,
los murciélagos y los buhos por encima del umbrío enramado
revolotean en la oscuridad melancólica.
Obsérvalo bien: si no está como debiera,
culpa al grabador, y no a mí.

4. En la columna inferior está
el *Inammorato*, con los brazos cruzados,
con la cabeza baja, conciso y educado,
seguro que está componiendo alguna cantilena.
A su alrededor están el laúd y los libros,
como síntomas de su vanidad.
Si todo esto no lo representa suficientemente,
acércate la pintura más a los ojos.

5. El hipocondríaco se apoya en el brazo,
el flato en el costado le hace mucho daño
y le afecta terriblemente, Dios lo sabe,
tiene muchos dolores y aflicciones.
A su alrededor, botes y vasos

recién traídos por el boticario,
expresan aspectos de Saturno,
que ves simbolizados en el cielo.

6. Bajo ellos, arrodillado,
se puede ver a un supersticioso:
ayuna y reza, con los ojos fijos en su ídolo,
atormentado entre la esperanza y el temor.
Queriendo ganar el cielo
quizá se preocupe por el infierno más que tú.
¡Oh, pobre alma! Te compadezco.
¿Qué estrellas te han inclinado a ser así?

7. Pero ved al loco enfurecido abajo a la derecha,
con mirada furiosa, una visión espantosa.
Desnudo, está atado con cadenas,
gime desgañitado, sin saber por qué.
Obsérvalo, porque, como en un espejo,
es tu iracundo retrato.
Mantén su imagen siempre presente,
entre él y tú no hay diferencia.

8 y 9. La borraja y el eléboro ocupan dos escenas,
plantas soberanas para purgar las venas
de melancolía y alegrar el corazón,
y curarle de los vapores negros que lo hacen fantasioso.
Para limpiar del cerebro las nieblas brumosas
que nos embotan los sentidos y entorpecen el alma.
Las mejores medicinas hechas por Dios
para esta enfermedad, si se emplean bien.

10. Ahora, lo último, para rellenar un espacio,
se presenta la cara del autor.
Y con el hábito que viste
se presenta su imagen al mundo.
Ningún arte puede expresar bien su mente,
que podrás adivinar por sus escritos.
No han sido ni el orgullo ni la vanagloria
(aunque otros lo hacen normalmente)
los que le han impulsado a hacer esto: si lo quieres saber
el impresor lo necesitaba.
Por tanto, no frunzas el ceño ni te rías de él,
no te burles ni le quites méritos.
Pues, seguramente, igual que se lo haces tú a él,
él hará lo mismo contigo otra vez.
Entonces, míralo, contempla y ve,
igual que te gusta, le gustarás a él.

Y por ello, me quedaré a la vista
a tu disposición, lector. *Adieu.*

Un nuevo Demócrito a su libro

No me atreveré a decir: «Ve, libro, feliz»,
sino «que el tiempo te haga provechoso».
Ve donde quieras, corre de boca en boca,
y haz que se imite el genio de tu dueño.
Anda entre las Gracias y saluda a cualquier
sacerdote de las Musas, si es lector tuyo.
Vivirás en campos y ciudades, entrarás en los palacios de los reyes,
humilde, plácidamente, te mostrarás sin maledicencia.
Si un noble o un héroe se fijase en ti,
sé complaciente, que te lea hasta donde quiera;
lo que desea la nobleza, lo que desea el héroe,
es quizá que un libro agradable le pueda complacer.
Si algún Catón moroso, algún severo senador,
quisiera ver casualmente este libro,
o un magistrado, sé reverente
o pasa desapercibido, las águilas no cazan moscas.
No tienen tiempo de gastar sus horas fugaces con fruslerías,
y tampoco los busco; mi lector será como yo.
Si una matrona seria recurre a ti,
o te lee una dama ilustre o una condesa,
lo que les guste o disguste quizá
no lo has de tener en cuenta.
Pero si una doncella ilustre se digna a tocar
tu papel, o se detiene en tus páginas,
hazte fácil, y recuerda que eres unas cuantas hojas,
para que las más apropiadas lleguen a sus ojos.
Si una criada generosa o una niña buena
han de ver tus bromas, consiéntelo, muéstrate gustoso,
di: «ojalá mi notable dueño estuviese presente
ahora», pues prefiere a éstas.
Si un togado conocido o desconocido para mí,
ya se dedique a la escuela elemental, o al púlpito
o al liceo, hojea estas fruslerías,
si le ves examinando los errores,
dile: «excusa al autor, pues quisiera
haber tachado muchas cosas que ahora desaprueba».
Si un melancólico o un dulce amante,
o un cortesano o ciudadano, o un caballero seductor
se acercan, preséntate, y ten fe en el seguro lector,
quizá lea muchas cosas aquí que no son inútiles.
Ha de tener cuidado con aquello de lo que huye y con lo que ama,
quizá estas páginas le expliquen muchas cosas.
Pero si un médico se coloca ante ti, sé amigable

y respetuoso, y pórtate sin deshonra:
pues alguno e incluso varios de los escritos que en ti encuentre,
tal vez le sirvan de gran ayuda.
Si un abogado se mete en estas páginas,
que no tenga nada conmigo, pues son una muchedumbre pésima,
a no ser que se trate de un hombre bueno, experto en leyes sin fraude;
entonces, que lea, que quizá con ello será más docto.
Si un lector sensato, fácil y benigno,
vuelve sus ojos hacia aquí, que lea lo que quiera,
es benévolo, indulgente; no temas nada, muéstrate libremente,
no se ofenderá con tus errores,
alabará algunas cosas. Si viene un orador inepto,
que pide las cosas pulidas, elegantes, bien sazonadas,
ciérrate rápido, libro, para que ninguna palabra tosca,
que no sea adecuada, le ofenda el estómago.
Pero si es algún poeta no distinguido, de la plebe,
acógele, pues aquí leerá muchas historias inventadas;
soy uno de ellos, aunque Apolo no me es favorable,
un cualquiera no puede ser un vate grandilocuente.
Si es un lector crítico, un orgulloso censor molesto,
Zoilo y Momo, si es un grupo de gente rabiosa,
enseña los dientes, protesta y no te muestres,
aunque la turba envidiosa se manifieste con protestas maliciosas.
Huye, para que no vaya a ti toda la multitud,
desprécialos, sean cuales sean las bromas que hagan.
Aunque se irriten, ladren, llenen de rumores, vacuas
lamentaciones, no te preocupes, les gusta lo injusto.
Di la verdad si la casualidad te depara un huésped más puro,
a quien no le gustan los chistes, los pasatiempos ni los juegos,
y te reprocha las trivialidades e inmundicias. Dirás
que tu señor tiene una musa lasciva y jocosa,
y, sin embargo, no es tan lasciva, si se sopesa, sino más bien que
aunque su página sea lasciva, su vida es honrada.
Si un espectador bárbaro, indocto y rudo se entromete
en esta cosecha, le harás huir con un palo,
expulsa a los tontos, te digo, ¿de qué me vale un tonto?
Esto no les conviene al estómago.
Pero mejor no expulses a nadie, recíbelos con cara alegre,
a unos y a otras, a éstos y a aquéllos.
Todo el que venga será agradable, quien vaya
será un huésped agradabilísimo, fácil y difícil para mí.
Pues si me critica, si a alguno le gusta criticar,
con la crítica me hace mejorar.
Pero si me alaba, y no me dejo llevar por las alabanzas,
que baste contraponer lo bueno con lo malo.
Esto es lo que nos gustaría mandar a nuestro librillo,
y lo que mandó decir el dueño al despedirse.

Resumen de la melancolía por el autor

Cuando voy solo, meditabundo,
pensando sobre diversas cosas previstas,
cuando construyo castillos en el aire,
falto de tristeza y falto de temor,
complaciéndome con dulces fantasmas,
me parece que el tiempo corre veloz.
    Todas mis alegrías son, ante esto, tonterías,
    nada es tan dulce como la melancolía.
Cuando estoy paseando solo,
recordando lo que he hecho mal,
me oprimen los pensamientos,
me sorprenden el temor y la tristeza,
aunque me quede quieto o siga,
me parece que el tiempo va muy despacio.
    Todas mis penas son, ante esto, alegrías,
    nada es tan triste como la melancolía.
Cuando actúo para mí mismo y sonrío,
me entretengo con pensamientos agradables,
al lado de un arroyo o en un verde bosque,
sin que nadie me oiga, me busque o me vea,
me bendicen cientos de placeres,
y me coronan el alma de felicidad.
    Todas mis alegrías son, ante esto, tonterías,
    nada es tan dulce como la melancolía.
Cuando me tumbo, me siento o paseo solo,
o suspiro y me aflijo, dando grandes lamentos
en una oscura arboleda, o una incómoda cueva,
con descontentos y furias,
y mil miserias a la vez,
y en mi corazón y mi alma la pesadumbre se acomoda.
    Todas mis penas son, ante esto, alegrías,
    ninguna es tan amarga como la melancolía.
Me parece oír, me parece ver
una dulce música, una maravillosa melodía;
villas, palacios y hermosas ciudades,
ahora aquí, luego allá; el mundo es mío.
Bellezas sorprendentes, damas galantes brillan,
todo lo que es agradable o divino.
    Todas las demás alegrías son, ante esto, tonterías,
    nada es tan dulce como la melancolía.
Me parece oír, me parece ver
fantasmas, duendes, demonios, la fantasía
me presenta cientos de figuras horribles,
osos sin cabeza, negros y monos,

alaridos lastimeros y visiones temibles,
mi alma está triste y lúgubre se atemoriza.
Todas mis penas son, ante esto, alegrías,
ninguna es tan detestable como la melancolía.
Me parece que cortejo, me parece que beso,
me parece que estoy abrazando ahora a mi dama.
¡Oh, días felices! ¡Oh, dulce contento!
Paso el tiempo en el paraíso.
Estos pensamientos todavía pueden conmover mi fantasía,
como si pudiera estar siempre enamorado.
Todas mis alegrías son, ante esto, tonterías,
nada es tan dulce como la melancolía.
Cuando recuerdo los temores del amor,
mis suspiros y lágrimas, mis noches en vela,
mis ataques de celos, ¡Oh, duro destino mío!
Ahora me arrepiento, pero es demasiado tarde.
Ninguna tormenta es tan mala como el amor,
ni puede mostrarse tan amarga para mi alma.
Todas mis penas son, ante esto, alegrías,
nada es tan duro como la melancolía.
Amigos y compañeros, marchaos,
es mi deseo estar solo.
Nunca estoy tan bien como cuando mis pensamientos y yo
lo gobernamos todo en privado.
Ninguna joya, ningún tesoro es como éste,
es mi deleite, mi corona, mi gloria.
Todas mis alegrías son, ante esto, tonterías,
nada es tan dulce como la melancolía.
Mi única enfermedad es estar solo,
soy un animal, un monstruo,
no me gusta la luz ni la compañía,
y encuentro en ello mi desgracia.
La escena ha cambiado, mis alegrías han desaparecido.
El miedo, el descontento y la tristeza arriban.
Todas mis penas son, ante esto, alegrías,
nada es tan fiero como la melancolía.
No quiero cambiar mi vida con la de ningún rey,
estoy encantado. ¿Puede traer más alegría
el mundo que la de reír, y sonreír siempre,
pasando el tiempo con entretenimientos agradables?
No me molestéis, no;
es tan dulce la satisfacción que siento.
Todas mis alegrías son, ante esto, tonterías,
nada es tan divino como la melancolía.
Cambiaría mi situación por la de cualquier infeliz
que puedas traer de la cárcel o las mazmorras;
mis penas ya no tienen cura, es un infierno.
No puedo seguir viviendo con este tormento,
Ahora, desesperado, aborrezco la vida,
dejadme una soga o un cuchillo.
Todas mis penas son, ante esto, alegrías,
no hay maldición como la melancolía.

Un nuevo Demócrito al lector

Amable lector, supongo que sentirás gran curiosidad por saber qué bufón o actor enmascarado es el que se presenta tan insolentemente en este teatro del mundo, ante los ojos de todos, usurpando el nombre de otro; de dónde es, por qué lo hace y qué tiene que decir. Aunque, como dijo Séneca[1], «soy un hombre libre, y puedo elegir lo que voy a decir, ¿quién me puede obligar?». Si se me exigiese, respondería tan presto como el egipcio de Plutarco[2], cuando un curioso quería saber lo que tenía en su cesta: estaba tapado porque no debía saber lo que contenía. No indagues en lo que está oculto, si te gusta el contenido «y te resulta de utilidad, suponte que el autor es el hombre de la Luna o quien quieras[3]», no me gustaría que se me conociera. Sin embargo, para satisfacerte de algún modo, que es más de lo que necesito, te daré un motivo por el que he usurpado el nombre, el título y el tema.

En primer lugar, el nombre de Demócrito, para que ninguno se engañe por este motivo esperando un pasquín, una sátira, algún tratado ridículo (como yo mismo habría hecho), alguna doctrina prodigiosa, una paradoja del movimiento de la Tierra, «de los mundos infinitos en un vacío infinito causado por la colisión accidental de átomos en el Sol». Todo esto lo mantenían Demócrito, Epicuro y su maestro Leucipo en la Antigüedad, y recientemente lo han retomado Copérnico, Bruno y algún otro. Además, siempre ha sido una costumbre común, como observa Aulo Gelio[4], «para los más humildes escritores e impostores, introducir muchas ficciones absurdas e insolentes bajo el nombre de tan noble filósofo como es Demócrito, para conseguir más credibilidad y por medio de ellas ser más respetados», como suelen hacer los artistas, «que firman con el nombre de Praxíteles una estatua suya». Pero no es mi caso.

> «Aquí no encontrarás ni centauros, ni gorgonas ni harpías, nuestra página sabe a hombre»[5]. Mi tema es el hombre y la humanidad.

Tú mismo eres el tema de mi discurso.

> «Lo que hacen los hombres, sus deseos, temores, iras, placeres, alegrías, idas y venidas, es el asunto de mi libro»[6].

Mi intención al usar su nombre no es distinta a la de Mercurio Gallobélgico o Mercurio Británico al usar el nombre de Mercurio, o Demócrito Cristiano[7], etc. Aunque hay otras circunstancias por las que me he ocultado bajo esta máscara, y ciertas consideraciones particulares que no puedo expresar hasta que no haya trazado una breve caracterización de Demócrito y de lo que era con un epítome de su vida.

Demócrito, según lo describen Hipócrates[8] y Diógenes Laercio[9], era un hombrecillo anciano y fatigoso, muy melancólico por naturaleza, receloso de compañía en sus últimos días y muy dado a la soledad[10]. Fue un famoso filósofo en su época, coetáneo de Sócrates[11], completamente dedicado a sus estudios y a su vida privada al final de sus días; escribió muchas obras excelentes. Fue un gran teólogo, según la teología de aquellos tiempos; un experto médico, político, matemático excelente, como lo atestigua el *Diacosmus*[12] y el resto de sus obras. Le gustaban mucho los estudios de agricultura, según dice Columela[13], y a menudo lo encuentro citado por Constantino[14] y otros que tratan de ese tema.

Conocía la naturaleza y las características distintivas de todos los animales, plantas, peces, pájaros, y, según dicen algunos, podía entender sus cantos y sus voces[15]. En pocas palabras, era un erudito en todos los campos, un gran estudioso. Y he encontrado que algunos[16] cuentan que, con la intención de poder contemplar mejor las cosas, se sacó los ojos, y fue ciego por voluntad propia en sus últimos años, y aun así veía mejor que todos los griegos, y escribió sobre todos los temas[17]; «no hay nada en todas las obras de la naturaleza sobre lo que no escribiera». Fue un hombre de ingenio excelente, de profunda agudeza. Para instruirse mejor, viajó en su juventud a Egipto y Atenas, para consultar a hombres sabios, «admirado por algunos, despreciado por otros». Después de una vida errante se estableció en Abdera, una ciudad de Tracia; allí se le envió para que fuese su legislador, regidor y secretario concejil, según dicen algunos; y según otros, nació y creció allí. Comoquiera que fuese, allí vivió en un jardín en los suburbios, dedicándose totalmente a sus estudios y a su vida privada, «salvo cuando a veces bajaba al puerto»[18] y «se reía cordialmente ante la variedad de objetos ridículos que veía»[19]. Así era Demócrito.

Pero, a propósito, ¿cómo me atañe esto? o ¿en qué me baso para usurparle el hábito? Realmente confieso que compararme con él por cualquier cosa de las que he dicho hasta aquí, sería una falta de pudor y una arrogancia. No me atrevo a hacer ningún paralelismo, «me supera infinitamente, soy insignificante, no soy nada, no tengo grandes ambiciones ni esperanzas»[20]. Sin embargo, diré esto de mí mismo, y espero que sin sospecha de orgullo ni de presunción: he vivido una vida tranquila, sedentaria, solitaria, apartada, «a solas con las musas», dedicado a mis estudios, en la universidad, casi tanto como Jenócrates en Atenas, «casi hasta la vejez», para aprender la sabiduría, como hizo él, inmerso la mayor parte del tiempo en mi trabajo. Porque he sido educado como estudiante del colegio más ilustre de Europa[21], y casi puedo fanfarronear con Paolo Giovio[22], «durante treinta y siete años he aprendido muchas y muy convenientes cosas a la luz de la Biblioteca Vaticana, celebérrima en todo el mundo»; durante treinta años he seguido siendo alumno, teniendo acceso a bibliotecas tan buenas como las que tuvo él[23], y sería, por tanto, enfadoso si viviese como un holgazán y fuese un miembro inútil e indigno de una sociedad tan sabia y noble o si escribiese algo que fuera de alguna manera deshonroso para tan real y magna fundación. Hay algo que sí he hecho, aunque

sea de profesión teólogo; sin embargo, como dijo Escalígero, «arrebatado por un torbellino de ingenio», teniendo una mente inconstante e inestable, sentí un gran deseo (incapaz de conformarme con ser superficialmente hábil en una sola cosa) de adquirir unos rudimentos de todo, «de ser alguien en los saberes generales, nadie en los particulares», cosa que recomienda Platón[24] y, siguiendo sus ideas, Lipsio lo aprueba y apoya[25] «como adecuado para imprimirlo en todos los espíritus curiosos, no ser un esclavo de una sola ciencia o explayarse en un solo tema, como hace la mayoría, sino vagar por otros caminos, alguien que puede echar mano a todo, tener un remo en cada bote, probar de cada plato, dar un sorbo de cada taza», lo cual, según dice Montaigne[26], lo hacían muy bien Aristóteles y su sabio compatriota Adrian Turnebe. Siempre he tenido este espíritu errático, aunque no con el mismo éxito; como un *spaniel* inquieto, que ladra a todo pájaro que ve, dejando su presa, yo he seguido todo menos lo que debía, y me debo lamentar con razón y verdaderamente, «el que está en todas partes, no está en ninguna», lo que hizo Gesner[27] con modestia. He leído muchos libros, pero con poco éxito, a falta de un buen método; me he volcado con confusión en diversos autores en nuestras bibliotecas con pocos resultados, a falta de arte, orden, memoria y juicio. No he viajado más que por mapas o por cartas, en los que mis pensamientos desatados han vagado libremente, habiéndome deleitado especialmente con el estudio de la cosmografía. Saturno fue el señor culminante de mi nacimiento, y Marte el planeta que gobierna mis costumbres, en conjunción perfecta con mi ascendente, ambos afortunados en sus cosas, etc. No soy pobre, no soy rico; tengo poco, no necesito nada: todo mi tesoro está en la torre de Minerva. Y como nunca podría conseguir mayor elevación, por eso no me endeudo, tengo suficientes medios (gracias a Dios) por parte de mis nobles y generosos protectores, aunque todavía vivo como estudiante colegiado, como Demócrito en su jardín, y llevo una vida monacal, «suficiente entretenimiento para mí», apartado de los tumultos y problemas del mundo, (como dijo Daniel Heins) en algún lugar alto por encima de todos vosotros. Como «el filósofo estoico, que ve todas las épocas, pretéritas y presentes con un solo golpe de vista, veo y oigo lo que se hace fuera, cómo otros corren, se mueven, se alborotan y se atormentan en la corte y en el campo»[28]. Lejos de pleitos porfiantes, «me suelo reír conmigo mismo de las vanidades de la corte, de las intrigas de la vida pública». Me río de todo, «seguro puedo estar de que mi pleito no se pierde, mis barcos no naufraguan», mi grano y mi ganado no se descarrían, mi oficio no quiebra, y «tampoco tengo mujer ni hijos, buenos o malos, a los que mantener». Un mero espectador de las fortunas y aventuras de otros hombres, de cómo representan sus papeles, que me parece se me presentan de maneras variadas, como si de un teatro o una escena se tratase. Todos los días recibo nuevas noticias y rumores de guerras, plagas, incendios, inundaciones, robos, asesinatos, masacres, meteoros, cometas, espectros, prodigios, apariciones; de ciudades tomadas, plazas sitiadas en Francia, Alemania, Turquía, Persia, Polonia, etc., revistas militares y preparativos a diario, y cosas similares que permiten estos

tiempos tempestuosos, batallas guerreadas, con muchos hombres muertos, combates singulares, naufragios, piraterías, batallas navales, tratados de paz, alianzas, estratagemas y nuevos peligros. Una enorme confusión de promesas, deseos, acciones, edictos, peticiones, pleitos, alegaciones, leyes, proclamas, demandas, ofensas, llegan diariamente a nuestros oídos. Nuevos libros cada día, panfletos, hojas volanderas, historias, catálogos completos de volúmenes de todo tipo, nuevas paradojas, opiniones, cismas, herejías, controversias filosóficas, religiosas, etc. Ahora nos llegan noticias de matrimonios, mascaradas, momos, entretenimientos, jubileos, embajadas, justas y torneos, trofeos, triunfos, algazaras, holganzas, juegos; y luego, de nuevo, como en una nueva escena, traiciones, engaños, robos, grandes villanías de todo tipo, funerales, entierros, muerte de príncipes, nuevos descubrimientos, expediciones; asuntos ya cómicos, ya trágicos. Hoy sabemos de la denominación de nuevos lores y oficiales, mañana de la deposición de algunos grandes hombres, y otra vez de la concesión de nuevos honores; a uno se le indulta, a otro se le encarcela; el uno lo logra, el otro fracasa; éste prospera, su vecino cae en la bancarrota; ahora con abundancia, y luego otra vez con escaseces y hambre; uno corre, el otro va a caballo, riñe, ríe, llora, etc. Todo esto lo oigo diariamente, noticias tanto privadas como públicas. Entre el esplendor y la miseria del mundo, alegría, orgullo, perplejidades y cuidados, honestidades y villanías, sutilezas, bellaquerías, candor e integridad, todos mezclados entre sí, ofreciéndose. Yo vivo mi vida, en completa soledad, como he vivido hasta ahora, y así sigo, en vida solitaria, y con mis propios disgustos personales, exceptuando que, algunas veces, «para no ocultar nada», como cuando Diógenes iba a la ciudad y Demócrito al puerto a ver las nuevas modas, he salido para recrearme a pasear y mirar al mundo, y no he podido por menos que hacer alguna pequeña observación, «no tanto para hacer duras críticas como para contar simplemente los hechos», no como ellos, para burlarme o reírme de todo, sino con una mezcla de ambos.

> «Vuestras perturbaciones excesivas han sido a menudo objeto de mi risa y de mi mal humor»[29].

A veces me reía o mofaba con Luciano, y acusaba satíricamente con Menipo, me lamentaba con Heráclito y a veces estaba «riéndome a carcajadas con humor burlón»[30], y de nuevo «la bilis me roe el hígado»[31], y me dolía ver que no podía corregir tales abusos. Aunque pueda congeniar con él o con ellos en esta manía, no por tal motivo me oculto bajo su nombre, sino en un hábito desconocido, para tener más independencia y libertad de expresión. O, si quieres saberlo, por la razón y el motivo que Hipócrates cuenta por extenso en su *Epístola a Damageto,* donde relata cómo, al ir a visitar a Demócrito un día, lo encontró en su jardín de Abdera, en las afueras de la ciudad, bajo un cenador sombrío[32], con un libro en las rodillas, ocupado en su estudio, a ratos escribiendo y a ratos paseando. El tema de su libro era la melancolía y la locura, y a su alrededor había esqueletos de muchos y diversos animales recientemente

diseccionados y anatomizados por él, no porque despreciase a estas criaturas divinas, como dijo a Hipócrates, sino para investigar la sede de esta atrabilis o melancolía, de dónde procede y cómo se engendra en el cuerpo humano, con el fin de conseguir curarla mejor en sí mismo, y con sus escritos y observaciones enseñar a otros el modo de prevenirla y evitarla[33]. Hipócrates ensalzó ésta su buena intención: el nuevo Demócrito, puesto que el libro quedó inacabado y está ahora perdido, «como sustituto de Demócrito», se atreve por tanto a revivirlo de nuevo y a proseguirlo y acabarlo en este tratado.

Ya tenéis una razón para el nombre, pero si el título y la inscripción ofenden vuestra gravedad, si fuera suficiente justificación acusar a otros, podría hacer muchos soberbios tratados, incluso sermones, que estuvieran precedidos por nombres mucho más fantásticos. Aunque es una especie de norma hoy en día poner un título fantástico a un libro que se va a vender. Pues, al igual que las alondras caen en una trampa, muchos lectores necios se pararán y se quedarán mirando como transeúntes tontos a un cuadro extravagante en una tienda de pinturas, pero no mirarán una buena obra. Y realmente, como observa Escalígero[34], «nada invita más a un lector que un argumento mal buscado o descuidado, y nada se vende mejor que un panfleto grosero», «sobre todo cuando tiene el sabor de la novedad». «Muchos» dice Aulo Gelio[35] «están muy pagados de sus inscripciones», «y son capaces» (como dice Plinio citando a Séneca[36]) «de hacer vagabundear por el camino a quien ha ido a buscar una comadrona para su hija, ahora preparada para dar a luz». Por mi parte, tengo honorables predecesores de lo que he hecho[37]: citaré uno como muestra, Antonio Zara, Obispo de Pedena, su *Anatomia ingeniorum* en cuatro secciones, miembros, subsecciones, etc., se puede leer en nuestras bibliotecas.

Si alguien hace objeciones al tema o la forma de tratar este asunto y se pregunta por sus motivos, puedo alegar más de uno: escribo sobre la melancolía para estar ocupado en la manera de evitar la melancolía. No hay mayor causa de melancolía que la ociosidad, y «no hay mejor cura que la actividad», como sostiene Al Razí[38]; y no obstante, «estar ocupado con tonterías no tiene ningún sentido». Pero oye sin embargo a Séneca: «es mejor hacer cualquier cosa que no hacer nada». Por tanto, escribo y estoy ocupado en esta labor entretenida, «para evitar la pereza de la ociosidad con una especie de empeño agradable», como dice Vectio en Macrobio, y así convertir el ocio en útil negocio:

> «Decir a la vez cosas agradables y adecuadas a la vida, deleitando al lector al mismo tiempo que se le instruye»[39].

«Con este fin escribo», dice Luciano, como aquellos que «recitan a los árboles y declaman a las columnas a falta de oyentes». Como confiesa ingenuamente Pablo de Egina, «no para añadir algo que fuese desconocido u omitido, sino para ejercitarme»; un camino que, si alguno sigue, creo que sería bueno para sus cuerpos y mucho mejor para sus almas. O quizá escribo como hacen otros, por la fama, para mostrarme a mí mismo («tu saber no vale nada a menos que otro sepa que lo sabes»). Podría ser de la opinión de Tucídides, «sa-

ber algo y no expresarlo, es exactamente como no saberlo». Cuando tomé por primera vez en mis manos esta tarea, como dice Giovio[40], «he emprendido este trabajo siguiendo un impulso interior», mi objetivo era éste o «aliviar mi ánimo escribiendo»[41], pues tenía una especie de apostema en la cabeza, del que deseaba librarme y no podía imaginar mejor evacuación que ésta. Además, no me podía contener, pues «nos rascamos donde pica». Yo estaba no poco molesto con esta enfermedad, a la que llamaré mi Señora Melancolía, mi Egeria o mi Genio Maligno. Y por esta causa, como aquel a quien le pica un escorpión, sacaría «un clavo con otro clavo», calmaría un dolor con otro dolor, el ocio con el ocio, como «una tríaca de veneno de serpiente», haría un antídoto sacándolo de lo que fue la causa primera de mi enfermedad. O, como hizo aquel del que habla Felix Platter[42], que pensó que tenía las ranas de Aristófanes en su estómago, que todavía gritaban «¡croac, croac, croac!», y por ello estudió medicina durante siete años y viajó por casi toda Europa para aliviarse. Yo, para hacerme bien, me volqué en los tratados médicos que podían ofrecerme nuestras bibliotecas o que me aconsejaban mis amigos particulares[43], y he sacado estos dolores. ¿Por qué no? Gerolamo Cardano asegura que escribió su libro *De Consolatione* después de la muerte de su hijo para consolarse, como hizo Cicerón al escribir sobre el mismo tema con motivos semejantes, después de la partida de sus hijas –ya sea si el libro es suyo o si algún impostor lo adscribió a su nombre, cosa que Lipsio sospecha como probable. Por lo que a mí respecta, puedo quizás afirmar con Mario en Salustio, «lo que otros oyen o leen, lo he sentido y practicado yo mismo; ellos consiguen sus conocimientos a través de los libros, y yo los míos melancolizándome». Cree en la experiencia de Roberto. De algo puedo hablar por experiencia, «una experiencia desgraciada me ha enseñado», y puedo decir con el poeta, «la experiencia de la desgracia me ha enseñado a socorrer a los desgraciados»[44]. Ayudaría a otros por simpatía, como hizo aquella virtuosa dama en otros tiempos: «siendo ella misma una leprosa, donó todos sus bienes para construir un hospital de leprosos»[45]. Yo consumiré mi tiempo y conocimiento, que son mis mayores fortunas, para el bien común de todos.

Sí, pero deduciréis que esto es un trabajo innecesario[46], «cocer la col dos veces», lo mismo una y otra vez con otras palabras: ¿con qué fin? «Que no se omita nada que pueda decirse bien», así pensaba Luciano sobre un tema semejante. ¿Cuántos médicos excelentes han escrito volúmenes y han elaborado tratados sobre este mismo tema? No hay nada nuevo aquí, lo que tengo lo he tomado de otros, mis páginas me gritan: «¡eres un ladrón!»[47]. Si la severa sentencia de Sinesio es verdad, «es una ofensa mayor a los muertos robarles los trabajos que robarles las ropas», ¿qué pasará con la mayor parte de los escritores? Me presento ante el tribunal junto a los demás, soy culpable de una felonía de este tipo, «el acusado se declara culpable», estoy satisfecho de ser castigado con los demás. Es cierto, muchos están poseídos por la manía incurable de escribir, y «componer muchos libros es nunca acabar»[48], como descubrió Salomón en la antigüedad, sobre todo en esta época en que se escribe a toda

prisa[49], en la que «el número de libros es innúmero»[50], como dijo un hombre notable; «las prensas están presionadas» y con el ánimo excitado, pues cada hombre quiere exhibirse, todos han de pavonearse, deseosos de fama y honor[51] («escribimos todos, tanto ignorantes como doctos»), escribirán sin importar qué ni de dónde lo han sacado. «Fascinado por este deseo de fama[52], incluso en medio de las enfermedades» hasta menospreciar su salud, y apenas capaces de sostener una pluma, deben decir algo, sacarlo, «y hacerse un nombre» dice Escalígero, «aunque sea para el hundimiento y la ruina de muchos otros». Todo esto para ser considerados escritores, «para ser saludados como escritores», para ser contemplados como sabios y eruditos entre el vulgo ignorante, para hacerse un nombre en una habilidad inútil, para conseguir un reino de papel; «sin esperanza de ganancias, pero con gran esperanza de fama en esta época precipitada y ambiciosa», es la crítica de Escalígero[53]. Y los que apenas son oyentes deben ser maestros y profesores antes de ser oyentes capacitados y adecuados. Se precipitarán sobre todo el conocimiento, civil o militar, sobre los autores religiosos y profanos, rastrearán los índices y los panfletos en busca de notas, al igual que nuestros mercaderes hacen exóticas escalas; escriben grandes tomos, cuando con ello no son más eruditos, sino más charlatanes. Normalmente buscan el bien común, pero, como observa Gesner[54], son el orgullo y la vanidad los que les inducen, no hay nada nuevo que merezca ser señalado, sino que es lo mismo con otros términos. «Tienen que escribir para que los tipógrafos no estén desocupados o para demostrar que están vivos». Como boticarios, hacemos nuevas mezclas cada día, las vertemos de una vasija en otra, y al igual que los antiguos romanos tomaron todas las ciudades del mundo para embellecer su mal situada Roma, nosotros sacamos la crema de los ingenios de otros hombres, elegimos las flores de sus jardines cultivados para embellecer nuestros estériles argumentos. «Rellenan sus flacos libros con la enjundia de las obras de otros» (así lo critica Giovio[55]). «Ladrones iletrados», etc. Un error que encuentra todo escritor en los demás, como hago yo en este momento, a pesar de cometer el error él mismo, todos ladrones[56]. Hurtan a los autores antiguos para rellenar sus nuevos comentarios, arañan el muladar de Ennio, y el pozo de Demócrito, como yo. Por todo esto llega a ocurrir «que no sólo las bibliotecas y las tiendas están llenas de nuestros pútridos papeles, sino también nuestros servicios y retretes»; sirven para ponerlos bajo los pasteles, para envolver las especias, para evitar que la carne asada se queme. «Con nosotros en Francia», dice Escalígero[57], «todos tienen libertad para escribir, pero pocos tienen dicha habilidad; hasta ahora, los eruditos honraban el conocimiento, pero ahora las nobles ciencias se ven envilecidas por escritorzuelos ruines e iletrados», que escriben ya por vanagloria, por necesidad, para conseguir dinero, ya como parásitos para halagar y conversar con los grandes hombres, y publican «necedades, desechos y sandeces»[58]. «Entre tantos miles de autores, apenas encontrarás uno por cuya lectura seas un poco mejor, sino mucho peor», por cualquiera de ellos se corromperá en vez de mejorar en algo.

> «Quien lee tales cosas, ¿qué aprende, qué sabe sino sueños y frivolidades?»[59].

De modo que a veces ocurre que, como antiguamente condenaba Calímaco, un gran libro es un gran perjuicio. Cardano considera un error de los franceses y alemanes[60] el que garabateen inútilmente, no les prohibe escribir con tal de que inventen algo nuevo por sí mismos; pero simpre tejemos la misma tela, retorcemos la misma cuerda una y otra vez, o si es una nueva invención, no es sino una fruslería o una tontería que escriben los tipos ociosos para que lo lean los tipos ociosos, ¿y quién no puede inventar así? «Debe tener un ingenio estéril quien en esta época de garabatos no pueda inventar nada». «Los príncipes muestran sus ejércitos, los ricos hacen ostentación de sus casas, los soldados de su fortaleza y los eruditos dan rienda suelta a sus juegos»[61]; deben leer, deben oír, quieran o no.

> «Que lo que se ha escrito lo conozcan todos, los que van y vienen, y hasta los niños y las abuelas»[62].

«¡Qué compañía de poetas ha traído este año!», se queja Plinio a Sosio Sinesio, «en el mes de abril, no hay día que no recite uno u otro»[63]. ¿Qué catálogo de libros nuevos han sacado todo este año, toda esta época, digo yo, los mercados de Frankfort, o nuestros mercados? Dos veces al año, «desplegamos nuestros ingenios y los ponemos en venta»[64], «no hacemos nada, pero con gran gasto de energía». De modo que, como desea Gesner[65], si no se tiene una rápida reforma a base de edictos principescos o de serios inspectores para restringir esta libertad, esto seguirá hasta el infinito. «¿A quién podemos encontrar que sea tan devorador de libros?» ¿Quién puede leerlos? Como ya ocurre, tendremos un vasto caos y confusión de libros, estamos oprimidos por ellos[66], nos duelen los ojos de leer y los dedos de pasar páginas[67]. Por mi parte, soy uno de ellos, no lo niego, sólo puedo decir en mi favor esta frase de Macrobio, «todo es mío y nada es mío». Al igual que una buena ama de casa teje con varios vellones un solo trozo de tela, o una abeja junta la cera y la miel sacándola de muchas flores y lo mezcla de nuevo «con lo que liban las abejas en todas las flores del bosque»[68]. Yo he reunido laboriosamente este centón sacándolo de diversos autores[69], y sin perjudicar a ningún autor, sino que le he dado a cada uno lo suyo. Jerónimo alaba tanto a Nepociano[70] porque no robó versos, páginas o tratados completos, como hacen algunos hoy en día, ocultando los nombres de los autores, sino que dijo que esto era de Cipriano, esto de Lactancio, aquello de Hilario; igualmente ha citado a Minucio Felix, a Victorino, y hasta a Arnobio. Yo cito y me remito a mis autores, aunque algunos charlatanes iletrados lo consideran pedante, como disimulo de su ignorancia, opuesto a su fino estilo afectado; yo debo y quiero utilizarlo; «lo he tomado, no lo he robado». Y lo que dice Varrón en el libro sexto de *De Re Rustica* sobre las abejas, «no hacen daño ni molestan a nadie cuando extraen la miel», lo puedo decir de mí mismo ¿a quién he perjudicado? El material es suyo en su mayor parte, «está claro de dónde lo he tomado» (cosa que Séneca aprueba), «sin embargo,

se convierte en algo diferente a lo que era en su origen». Lo mismo que hace la naturaleza con el alimento de nuestros cuerpos, incorporarlo, digerirlo y asimilarlo, «yo asimilo lo que he ingerido», arreglo lo que tomo. Les hago pagar tributo por adornar este mi *Macaronicon;* sólo el método es completamente mío. Debo usurpar lo que decía Wecker siguiendo a Terencio, «no podemos decir nada más que lo que ya se ha dicho antes; sólo la estructura y el método son nuestros, y muestran a un erudito»[71]. Oribasio de Pérgamo, Aecio de Amida, Avicena, sacan todo de Galeno, pero siguiendo cada uno su método particular. Nuestros poetas roban a Homero; él vomita, ellos lo lamen, como dijo Eliano. Los teólogos todavía usan las palabras de Agustín literalmente, y nuestros tejedores de historias hacen lo mismo: el que llega el último es normalmente el mejor,

> «Hasta que una época posterior, más afortunada, produzca algo mejor».

Aunque hubo en la antigüedad muchos gigantes en medicina y filosofía, sin embargo, puedo decir con Fray Diego de Estella[72] que «un enano sobre los hombros de un gigante puede ver mucho más que el gigante mismo», puedo añadir, alterar y ver más allá que mis predecesores[73]. Y, para mí, escribir siguiendo a otros no es mayor perjuicio que para el famoso médico Eliano Montalto escribir sobre las enfermedades de la cabeza en pos de Jason Pratis, Heurnius, Hildesheim, etc. Hay muchos caballos para correr en una carrera, un lógico, un retórico tras otro. Haz frente a lo que te plazca,

> «Aunque me ladres tanto como quieras y me ataques con gruñidos perversos».

Lo resuelvo así. Y por lo que respecta a todos los demás errores, barbarismos, dialecto dórico, estilo improvisado, tautologías, imitación simiesca, rapsodia de harapos reunidos y tomados de una cloaca, excrementos de autores, juegos y vanidades desarreglados, sin arte, invención, juicio, ingenio ni conocimiento, toscos, sin pulir, rudos, fantásticos, absurdos, insolentes, indiscretos, mal compuestos, indigestos, vanos, groseros, ociosos, obtusos y secos; lo confieso: en parte es afectación. No puedes pensar de mí peor de lo que yo ya lo hago. No merece la pena leerlo, lo admito, no deseo que pierdas el tiempo recorriendo un tema tan vano; quizá yo mismo estaría reticente a leer a quien escribiera así, no merece la pena. Todo lo que digo es esto, que tengo precedentes para ello[74], lo que Isócrates llama «refugio para los pecadores»; otros son absurdos, vanos ociosos, iletrados, etc., otros han hecho lo mismo y acaso más, y quizá tú mismo, «sabemos que alguien te ha visto también», etc. Todos cometemos errores, lo sabemos y pedimos perdón, etc. Tú me censuras, y yo lo he hecho con otros, y puedo hacerlo contigo[75], nos chocamos a nuestra vez, etc. Es la Ley del Talión, una cosa por otra. Ve ahora, censura, critica, búrlate y murmura.

> «Por muy burlón que seas, no puedes decir contra mis fruslerías muchas cosas que yo mismo no haya dicho»[76].

Así, como cuando las mujeres riñen, yo grito «puta» primero, en las censuras de algunos temo haberme excedido; «ensalzarse es de vanagloriosos, pero vituperarse de tontos». Puesto que no me sobrestimo, no me subestimaré. No soy ni uno de los mejores ni uno de los peores de entre vosotros. Y así como estoy una pulgada o tantos pies o tantas parasangas por detrás de ellos, puedo estar quizá una pizca por delante de ti. Sea como fuere, bueno o malo, lo he intentado, me he puesto en un escenario, debo soportar las censuras y no puedo escapar de ellas. Es totalmente cierto, el estilo nos delata, y al igual que los cazadores encuentren su pieza por las huellas, así el genio del hombre lo revelan sus obras[77], podemos juzgar mucho mejor el carácter de los hombres por su forma de hablar que por su fisonomía; esta era la norma de Catón el Viejo. Me he abierto completamente, lo sé, en este tratado, he expuesto toda mi intimidad, y seré censurado, no lo dudo; pues, a decir verdad con Erasmo, no hay nada tan impertinente como el juicio de los hombres. Sin embargo, esto es un gran consuelo: nuestras censuras son tan variadas como nuestros gustos.

> «Tengo tres invitados que parecen disentir, pide cada uno que se le dé gusto con comidas diferentes»[78].

Nuestros escritos son como muchos platos; nuestros lectores, invitados; nuestros libros como la belleza, que uno admira y otro rechaza; se nos aprueba según la inclinación de las fantasías de los hombres. El destino de los libros depende del capricho del lector. Lo que es más placentero para uno es más amargo para otro. Hay tantos pareceres como hombres: lo que tú condenas, él lo recomienda. Lo que a ti te atrae, para otros es repulsivo y amargo[79]. Él da importancia a la materia, tú estás totalmente a favor de las palabras; a él le gusta un estilo suelto y libre, tú estás totalmente a favor de una composición pulcra, versos vigorosos, hipérboles, alegorías; él desea un frontispicio delicado, ilustraciones seductoras, como las que ha grabado el jesuita Jerónimo Nadal para sus *Adnotationes et meditationes in Evangelia*[80] para atraer la atención de los lectores, cosa que tú rechazas; lo que uno admira otro lo desbarata como lo más absurdo y ridículo. Si no se ajusta a su humor, su método, su concepto, si se debiera omitir o añadir lo que le gusta o disgusta[81], eres un idiota, un burro, un holgazán, un perezoso, eres un vago; o, si no, es algo de pura industria, una colección sin ingenio ni invención, un simple juego. Cuando algo está hecho, todos piensan que es fácil; cuando la calle está hecha, olvidan lo incómoda que era antes[82]. Así se valora a los hombres, sus trabajos los envilecen individuos indignos como cosas sin valor, ¡quién no habría podido hacer eso mismo! Cada uno abunda en su propio sentido, y mientras cada uno tenga su particular disposición, ¿cómo se podrá dar gusto a todos?

> «¿Qué debo elegir o no elegir? Lo que él manda, lo rechazas tú»[83].

¿Cómo esperaré expresarme convenientemente ante el humor y el pensamiento de cada hombre o satisfacer a todos?[84] Algunos entienden demasiado

poco y otros mucho, se precipitan sobre la lectura de los libros igual que en el saludo de la gente, juzgando no por el carácter, sino por las vestimentas que llevan, como apunta Agustín[85], sin atender a qué se escribe, sino a quién lo escribe; la fama del autor crea la demanda[86], sin valorar el metal, sólo la estampa que hay sobre él; miran sólo el continente y no el contenido. Si no es rico ni está en buena posición, o no es educado y valeroso, o un gran doctor cargado con grandes títulos aunque no esté bien cualificado, es un asno; ese lector, como criticaba Baronio de las obras del cardenal Caraffa[87], «no es más que un puerco que rechaza a cualquier hombre por su pobreza». Algunos son demasiado parciales, como los que sobrestiman a los amigos, otros vienen con prejuicios para censurar, envilecer, infamar y mofarse; quienes quizá juzgan cualquier cosa que hago como despreciable. Algunos son como abejas en busca de miel, otros como arañas que reúnen veneno. ¿Qué haré en este caso? Como si un huésped holandés viene a una posada alemana y no le gusta el precio, la comida, el alojamiento, etc., el hospedero replica con tono arisco, «si no te gusta esto, vete a otra posada»[88], yo determino: si no te gusta mi escrito, ve a leer otro. No tengo en mucha consideración tu censura, sigue tu camino, no es como tú quieres ni como quiero yo, pero cuando los dos lo hayamos hecho, lo que dijo Plinio Segundo a Trajano[89] probará ser cierto: «el trabajo ingenioso de un hombre no sale adelante si no existen una materia, un tema, una ocasión y el apoyo de quienes recomiendan su lectura». Si fuese acusado y refutado por ti y otros como tú, seria aprobado y recomendado felizmente por otros, y así ha ocurrido (hablo por experiencia), y lo puedo decir con Giovio en un caso semejante[90] sin jactancia: «por esto he merecido la amistad íntima de eminentes militares, clérigos y nobles, y he ganado su favor así como las alabanzas de muchas personas respetables»[91]. Del mismo modo que algunos hombres notables me han honrado, otros me han difamado, y lo seguirán haciendo. En la primera edición de este libro se verificó lo que dice Probo de las *Sátiras* de Persio[92]: «cuando se editó el libro, la gente empezó a admirarlo y a arrancarle partes ávidamente», lo puedo aplicar en cierto modo a esta mi obra. La primera, segunda y tercera ediciones se agotaron rápidamente, se leyeron ávidamente y, como ya he dicho, no fueron tan aprobadas por algunos como rechazadas con desdén por otros. Pero esta era la fortuna de Demócrito, fue objeto tanto de admiración como de desprecio[93]. Fue el destino de Séneca, ese maestro del ingenio, del conocimiento y del juicio, sorprendentemente culto[94], el mejor de todos los escritores griegos y latinos, en opinión de Plutarco; el «renombrado censor del vicio», como lo denomina Quintiliano[95], «filósofo serio y muy erudito que escribió tan excelente y admirablemente bien», no pudo gustar a todas las partes o escapar de la censura. ¡Cómo fue vilipendiado por Calígula[96], Aulo Gelio, Quintiliano y el mismo Lipsio, su principal defensor! El mismo Quintiliano dice: «tiene muchos tratados y oraciones pueriles, demasiado negligente a veces, y descuidado»; como observa Aulo Gelio, un estilo vulgar y banal, con ideas mordaces y torpes y una cultura mediocre, y eso que él mismo es un escritor sencillo y superficial. En algunas partes tiene defectos e im-

pertinencias, dice Lipsio[97] y, al igual que en todas sus demás obras, ocurre especialmente en sus *Epístolas*, algunas están llenas de vanas sutilezas, a veces se enreda y confunde, sin ninguna complejidad de argumento, mezcla muchas cosas ametódicamente, a la manera estoica. Si a Séneca y a otros hombres famosos que podría nombrar se les ha fustigado así, ¿qué puedo esperar yo? ¿Cómo puedo esperar agradar, siendo como soy apenas la sombra de tan grande filósofo? «Ningún hombre es tan perfecto –sostiene Erasmo[98]– como para satisfacer a todos, sólo la prescripción de los antiguos puede truncar una discusión». Pero, como he probado con Séneca, esto no siempre ocurre, ¿cómo lo evitaré? Es el destino común de todos los escritores, y debo, digo, aguantarlo. No busco el aplauso; no voy a la caza del favor de la plebe inconstante[99], no estoy deformado hasta ese punto, no me gustaría ser difamado[100]:

> «Suficiente alabanza para mí si no me desdeñas, ¡oh, amable lector!»[101].

Temo las censuras de los hombres buenos, y someto mis trabajos a su aceptación favorable,

> «Menosprecio las lenguas de los esclavos»[102].

Como al ladrido de un perro, desprecio con seguridad las infamias maliciosas y groseras, las burlas, calumnias de los maledicentes y detractores, y desdeño al resto. Por tanto, lo que he dicho, aun con delicadeza, dicho queda.

Sin embargo, una o dos cosas sí que habría deseado rectificar, si hubiese podido, por lo que respecta a la forma de manejar este mi tema; por ellas me debo disculpar y, con mejor parecer, informar al benévolo lector. No era mi intención prostituir mi musa en inglés o divulgar secretos de Minerva, sino haberlo expuesto de forma más concisa en latín, si hubiese conseguido imprimirlo. Cualquier panfleto grosero en inglés es bienvenido entre nuestros interesados editores; lo imprimen todo,

> «Forjan libelos en cuyas páginas cacarean monas desnudas».

Pero con el latín nunca comercian; cuál sea uno de los motivos para esto nos lo dice Nicholas Carr en su discurso sobre la parquedad de escritores ingleses: que muchos ingenios florecientes han caído en el olvido, yacen muertos y enterrados en nuestra nación[103].

Otro error fundamental es que no he revisado el original ni enmendado el estilo, que ahora fluye remiso, como fue concebido en un principio, pero me falta tiempo libre, confieso que no es ni como me gustaría ni como debería ser.

> «Cuando reviso este tratado que he escrito, me avergüenzo y lo considero muy inadecuado»[104].

Y lo que es más grave, en la materia misma, hay muchas cosas que no apruebo ahora mismo y que escribí entonces, cuando era más joven e insensa-

to[105], de las que gustosamente me retractaría, pero es demasiado tarde; ahora sólo puedo implorar perdón por lo que está mal.

Podría haber observado, si hubiera sido prudente, el precepto del poeta, «guarda tu obra durante nueve años», y haber tenido más cuidado. O, como habría hecho el médico Alejandro de Tralles con el lapislázuli, lavarlo cincuenta veces antes de usarlo; debería haber revisado, corregido y enmendado este tratado. Pero, como he dicho, no tuve tiempo, ni amanuenses o ayudantes. Pancrates en Luciano[106], que necesitaba un sirviente, ya que se iba de Menfis a Copto en Egipto, cogió la jamba de una puerta, y después de pronunciar algunas palabras mágicas –Eucrates, el narrador, estaba presente en ese momento– la hizo ponerse de pie como un sirviente humano, traerle agua, girar el asador, servir la cena, y cualquier otro trabajo que quisiera, y cuando hubo hecho todos los servicios que deseaba, convirtió al hombre otra vez en un palo de madera. Yo no tengo dicha habilidad para crear nuevos hombres a placer ni medios para asalariarlos, no tengo un silbato para llamarle, como el patrón de un barco, y para hacerle correr, etc. Yo no tengo tal autoridad, ni benefactores tales como el noble Ambrosio lo era de Orígenes[107], al que le concedía seis o siete amanuenses para que escribieran al dictado; por ello, debo hacer mi oficio yo mismo, y por tanto me he visto forzado, como hace una osa con sus oseznos, a sacar a la luz yo solo esta masa informe; no he tenido tiempo de darle forma, como hace la osa con sus cachorros, sino sólo de publicarlo como se escribió en un primer momento, lo primero que me venía a la cabeza, con un estilo improvisado, como hablo normalmente en mis otros trabajos[108]. He expresado lo que me dictaba mi ingenio, siguiendo una serie de notas confusas, y escribiendo de forma tan poco deliberada como cuando hablo normalmente, sin afectación de grandes palabras, frases ampulosas, términos sonoros, tropos, versos vigorosos –que como las flechas de Acesta prendían fuego según volaban[109]–, esfuerzos de ingenio, exhibiciones de estilo, elogios, adornos hiperbólicos, elegancias, etc., que conmueven a tantos. Yo soy bebedor de agua[110], no bebo nada de vino, que tanto desarrolla a nuestros modernos ingenios; soy un escritor desaliñado, llano, rudo, llamo a las cosas por su nombre, y tan libre, tan desaliñado, lo que piensa mi mente lo escribe mi pluma, llamo al pan, pan y al vino, vino[111]; escribo para la mente, no para los oídos. Doy importancia a la materia, no a las palabras, recordando lo que decía Cardano, «las palabras por el tema y no el tema por las palabras», y buscando, con Séneca, «qué escribo, antes de cómo lo escribo». Pues, como piensa Filón, «el que se preocupa de la materia, descuida las palabras, y los que sobresalen en el arte de hablar no tienen profundos conocimientos».

> «Sus palabras brillan con oropeles, pero no tienen nada dentro»[112].

Además, el sabio Séneca había observado que «cuando ves un tipo atento a sus palabras y pulcro en su discurso, sábete que, con certeza, la mente de este hombre está ocupada con cháchara, no hay consistencia en él»[113]. El len-

guaje pulido no es un adorno masculino, y como se dijo de un ruiseñor, «no eres más que una voz», etc. Soy, por tanto, en este aspecto, discípulo declarado de Apolonio, alumno de Sócrates[114], descuido las frases, y trabajo únicamente para instruir el entendimiento de mis lectores, no para agradar a su oído. No es mi intención componer pulcramente, que es lo que requiere un orador, sino expresarme bien y claramente como me viene. Del mismo modo que corre un río: a ratos precipitado y rápido, a ratos torpe y lento; a ratos directo, a ratos tortuoso; a ratos profundo, a ratos superficial; a ratos turbio, a ratos claro; a ratos ancho, a ratos estrecho; así fluye mi estilo: a ratos serio, a ratos ligero; a ratos cómico, a ratos satírico; a ratos más elaborado, a ratos descuidado, según lo requiere el tema presente o según me veía afectado en ese momento. Y si te dignas a leer este tratado, no te parecerá diferente del camino que recorre el viajero común, a veces despejado, otras impracticable; aquí abierto, allí cercado; árido en un sitio, con mejor suelo en otro: por bosques, arboledas, colinas, cañadas, llanuras, etc. Te conduciré por montañas escarpadas, valles resbaladizos, hierba húmeda y campos fértiles[115], a través de una gran variedad de objetos que quizá te gustarán y seguramente te disgustarán.

Por lo que respecta a la materia en sí o al método, si fueran erróneos, te ruego consideres lo que decía Columela, «los esfuerzos de un solo individuo no pueden acabar algo completamente o consumarlo», nadie puede observarlo todo. Hay, sin duda, muchos errores, puede ser justamente tachado, alterado y corregido con argumentos de Galeno, Aristóteles, de los grandes maestros. Es un buen cazador, sostiene uno[116], el que coge algunas piezas, no todas; yo me he esforzado lo más posible. Además, no soy experto en este tema, no voy a hacer surcos aquí, este no es mi campo de trabajo, no soy más que un aficionado, lo confieso, un extraño, arranco una flor aquí[117], otra allá, pero puedo garantizar que si un censor riguroso criticase lo que he escrito, no encontraría tres únicos errores, como Escalígero en Terencio, sino trescientos, tantos como ha encontrado en las *Sutilezas* de Cardano, tantos errores notables como descubre Laurembergius, recientemente profesor en Rostock, en la *Anatomia* de André du Laurens[118], o el veneciano Francesco Barocci en Juan Sacrobosco. Y aunque esto sea la sexta edición, en la que debería haber sido más minucioso, corregido todos esos deslices anteriores, sin embargo era tan difícil y tedioso que, como los carpinteros descubren por experiencia, a veces es mucho mejor construir una casa nueva que reparar una vieja; podría escribir lo mismo antes que alterar lo que ya está escrito. Por tanto, si algo debiera estar fuera de lugar, como puedo garantizar que está, solicito una amonestación amistosa, no una invectiva amarga, «que las Gracias sean compañeras de las Musas, pero que las Furias se mantengan alejadas»[119]. De otro modo, como en las controversias ordinarias, podemos disputar y posiblemente maltratarnos, pero ¿con qué fin? Somos eruditos, digo yo,

> «Ambos jóvenes arcades, igualmente inspirados para cantar y responder según lo pida la canción»[120].

Si reñimos, ¿qué conseguiremos con ello? Molestarnos y ofendernos, divertir a otros. Si fuese culpable de un error, lo admitiré y me corregiré. Si he dicho algo que sea contrario a las buenas costumbres o a la verdad, en las letras sagradas o divinas, que se haga como si no lo hubiera dicho. Mientras tanto, solicito una censura favorable de todos los errores cometidos, las composiciones rudas, pleonasmos, repeticiones tautológicas (aunque Séneca me corrobore, «nunca se dice en exceso lo que nunca se dice bastante»), perturbaciones en las oraciones, números, errores de imprenta, etc. Mis traducciones son a veces más paráfrasis que interpretaciones, no literales, sino que, como autor, uso de mayor libertad, y sólo se ha tomado lo que correspondía a mis propósitos. A menudo se insertan en el texto citas que hacen el estilo más duro o a veces se ponen en los márgenes. He citado a autores griegos, Platón, Plutarco, Ateneo, etc., tomando sus traducciones, puesto que el original no estaba disponible. He mezclado lo sacro con lo profano, pero espero no haberlo profanado, y en la referencia a los nombres de los autores, los he ordenado accidentalmente, no cronológicamente; a veces los más modernos antes que los antiguos, según me los iba sugiriendo la memoria. Algunas cosas se han alterado y expurgado aquí, en la sexta edición, otras se han enmendado, muchas añadido, porque muchos buenos autores han llegado a mis manos desde entonces[121], y no es ningún perjuicio, ni algo indecoroso ni una equivocación.

> «Jamás ninguno echó tan bien la cuenta de su vida, que los negocios, los años y la experiencia no le enseñasen algo nuevo, y le avisasen de algo, de manera que lo que él se pensaba saber no lo sabía tan ciertamente, y lo que tenía por mejor acabó recházandolo»[122].

Pero ahora estoy resuelto a no sacar este tratado otra vez nunca más, «nada en demasía», en el futuro no añadiré, alteraré o retiraré nada; lo hecho, hecho está. La última y mayor objeción es que, siendo teólogo, me he mezclado con la medicina. Es lo que le objetaba Menedemo a Cremes, «¿tengo tanto ocio o tan poca ocupación míos propios como para buscar los problemas de otros hombres, que no me conciernen?»[123]. ¿Qué tengo que ver con la medicina? Que los médicos se ocupen de lo que es propio de los médicos. Los Lacedemonios estaban una vez en un consejo tratando cuestiones de estado[124], un tipo libertino habló maravillosamente bien y ajustado al caso, su discurso recibió una aprobación generalizada. Un serio senador se adelantó, y quería por todos los medios que se rechazase el discurso, aunque fuese bueno, porque no tenía un autor mejor; en cambio, si algún hombre bueno dijese el mismo discurso, se debería aceptar. La propuesta fue admitida y el discurso registrado en el acto, y así permaneció el buen discurso, y se cambió al mal autor. Dices lo mismo de mí, melindroso como eres, y permitirías quizá que esto que he escrito sobre medicina no estuviera fuera de lugar, si lo hubiera hecho otro, un médico profesional o similar; pero ¿por qué me metería yo con este tratado? Escúchame lo que digo: hay otros muchos temas adecuados para

tratarlos, lo puedo garantizar, tanto humanos como divinos, que podría haber elegido si hubiese escrito sólo para lucirme. En ellos soy más experto y me podrían haber complacido mucho más, y podrían haberme satisfecho más a mí y a otros. Pero en ese momento estaba fatalmente empujado contra esta roca de la melancolía, y arrastrado por esta corriente que, como un riachuelo, se ve sustraída del principal canal de mis estudios, en la que me he regocijado y ocupado en mis horas de ocio, considerándola como un tema muy necesario y útil. No es que la prefiera a la Teología, a la que reconozco como la reina de las profesiones, de la que todas las demás son asistentas, sino que en la Teología yo no veía tanta necesidad. Pues si hubiese escrito positivamente, habiendo tantos libros de ese tipo, tantos comentadores, tratados, panfletos, exposiciones, sermones, que varias parejas de bueyes no podrían arrastrarlos, y si hubiese estado tan adelantado y hubiese sido tan ambicioso como muchos otros, podría haber impreso quizás un sermón en Paul's Cross, un sermón en St Mary en Oxford, un sermón en Christ Church, o un sermón ante el muy honorable, el reverendísimo. un sermón ante el muy venerable, un sermón en latín, en inglés, un sermón con nombre o sin él, un sermón, un sermón, etc. Pero siempre he estado tan deseoso de ocultar todos mis trabajos de este tipo como otros lo han estado de imprimir y publicar los suyos. Haber escrito en controversia habría sido cortar una cabeza de la Hidra, «una disputa genera otra»[125], tantas duplicaciones, triplicaciones y enjambres de preguntas, en esta guerra santa que se combate con la pluma[126], que tras haber empezado una vez, nunca acabaría. Se preferiría con mucho, como observó el papa Alejandro VI hace tiempo, «irritar a un gran príncipe que a un fraile mendicante»; un jesuita o un seminarista, añadiré, pues son una sociedad incontestable, deben y quieren tener la última palabra; y proceden con tal avidez, insolencia, mentiras abominables, falsedades y amargura en las preguntas que, como dijo Horacio, no sé lo que les instiga, si es la ciega furia, o el error, o la temeridad[127]; estoy seguro muchas veces de lo que ya hace tiempo se había dado cuenta Agustín[128], con esta tempestad de discusiones la serenidad de la caridad se ve obnubilada, y hay demasiados espíritus conjurados ya de esta manera, en todas las ciencias, y mejor que nosotros podrían decir cómo calmarse, pero se enojan con tanta furia y meten tal barullo que, como dijo Quintiliano[129], «habría sido mejor para algunos haber nacido mudos, así como iletrados, que enloquecer hasta su propia destrucción».

«Habría sido mejor no escribir; en callar no puede haber ningún daño».

Es un error generalizado, como lamenta sobre los médicos el danés Severin Longberg, «siendo hombres infelices como somos, pasamos los días en cuestiones y disputas infructuosas», sutilezas intrincadas, sobre la lana de las cabras, sobre el reflejo de la luna en las aguas, «dejando mientras tanto sin tocar los tesoros más importantes de la naturaleza, donde se encontrarán las mejores medicinas para todo tipo de enfermedades, y no sólo las descuidamos,

sino que las obstruimos, condenamos, prohibimos y nos mofamos de otros que desean indagar sobre ellas». Estos motivos me han inducido a decidirme por este tema médico.

Si algún médico, mientras tanto, concluye, ¡zapatero, a tus zapatos!, y se siente agraviado porque me haya entrometido en su profesión, le diré en pocas palabras que no me comporto con ellos de manera diferente a como lo hacen ellos con nosotros. Y por si le sirve de ventaja, conozco a muchos de su bando que han tomado las órdenes esperando un beneficio; es una mudanza habitual. ¿Por qué no podrá un teólogo melancólico, que no puede sacar nada si no es con la simonía, profesar la medicina? Drusiano, un italiano –Tritemio le llama Crusiano, pero erróneamente– «porque no era afortunado en su práctica, abandonó su profesión y escribió después sobre teología»[130]. Marsilio Ficino era a la vez sacerdote y médico, y Thomas Linacer tomó las órdenes en sus últimos años[131]. Los jesuitas profesan ambas cosas al mismo tiempo, muchos con el permiso de sus superiores, son cirujanos, rufianes, alcahuetes, y comadres, etc. Muchos vicarios rurales pobres, a falta de otros medios se ven empujados al engaño y a convertirse en truhanes, charlalanes, empíricos, y si nuestros codiciosos protectores nos mantienen en estas duras condiciones, como hacen habitualmente, harán que la mayoría trabajemos en algún comercio, como hizo Pablo, y que acabemos convirtiéndonos en capataces, preparadores de malta, vendedores ambulantes de frutas, ganaderos, o que vendamos cerveza, como han hecho algunos, o algo peor. De todas maneras, al emprender esta tarea espero no cometer ningún gran error o falta de decoro. Si se considera todo justamente, me puedo justificar con Georg Braun y Hieronimus Hemingius, los dos famosos teólogos que (por tomar una o dos líneas de mi hermano mayor[132]), atraídos por «un amor natural, el uno hacia la pintura y los mapas, las prospecciones y los placeres corográficos, escribió el extenso *Teatro de las ciudades;* el otro, hacia el estudio de las genealogías, compuso el *Theatrum Genealogicum*». O si no, puedo excusar mis estudios con el jesuita Leonhard Lessius en un caso similar[133]. Es una enfermedad del alma sobre la que voy a tratar, que pertenece tanto al dominio de los teólogos como al de los médicos; ¿quién no sabe qué concierto existe entre estas dos profesiones? Un buen teólogo es o debería ser un buen médico, un médico espiritual al menos, como nuestro Salvador se llama a sí mismo, y lo fue en verdad (Mt 4, 23; Lc 5, 18; Lc 7 y 8). Sólo difieren en su objeto; para uno es el cuerpo, para el otro el alma, y usan diferentes medicinas para curar: uno cura el alma por el cuerpo, el otro el cuerpo por el alma, como bien nos informó nuestro regio profesor de medicina en una de sus sabias lecciones no hace mucho[134]. Uno ayuda contra los vicios y las pasiones del alma –ira, lujuria, desesperación, orgullo, presunción, etc.– aplicando dicha medicina espiritual; del mismo modo el otro utiliza remedios apropiados para las enfermedades corporales. Siendo ésta una enfermedad común al cuerpo y al alma, y de tal cariz que necesita curación tanto espiritual como corporal, no podría encontrar mejor tarea en la que ocuparme, un tema más oportuno, tan necesario, tan útil y en general que incum-

be a todo tipo de hombres, que participe igualmente de las dos ciencias y requiera un médico completo. Un teólogo puede hacer poca cosa él solo en esta enfermedad mixta, y un médico en algunos tipos de melancolía, mucho menos; juntos hacen una curación completa.

«Unidos en la amistad se encuentra ayuda recíproca»[135].

Y es adecuado para ambas, y espero que no resulte poco conveniente para mí, que soy teólogo de profesión y médico por devoción. Tuve a Júpiter en mi sexta casa; digo con Beroaldo[136], «no soy médico ni totalmente experto en medicina; en la teoría de medicina he pasado algunas fatigas, no con la intención de practicar, sino de satisfacerme a mí mismo, que fue asimismo la causa de tomar en un primer momento este tema».

Si estas razones no te satisfacen, buen lector, haré como el generoso prelado Alejandro Munífico, en un tiempo obispo de Lincoln, «después de haber construido seis castillos», indica William Candem[137], «para quitar la envidia de su obra» (las mismas palabras que William de Newbury dice de Roger, el rico obispo de Salisbury, que en tiempos del rey Stephen, construyó el castillo de Sherborne y el de Devizes), para desviar el escándalo o las imputaciones que de ello se podían inferir, construyó varios edificios religiosos. Si mi discurso es excesivamente médico, o sabe demasiado a humanidad, te prometo que después te compensaré con algún tratado de Teología. Pero espero que esto baste cuando hayas considerado mejor la materia de mi tema, la melancolía, la locura, y las razones siguientes que eran mis motivos principales: la difusión de la enfermedad, la necesidad de curación, la utilidad o bien común que revertirá en todos los hombres por su conocimiento, como aparecerá más por extenso en el siguiente prefacio. Y no dudo que al final dirás conmigo que diseccionar este humor correctamente a lo largo de todos los miembros de este nuestro *microcosmos* es una gran tarea, como corregir los errores cronológicos de la monarquía asiria, averiguar la cuadratura del círculo, las ensenadas y estuarios de los pasos del noreste y noroeste, y un descubrimiento tan bueno como el de ese hambriento español[138] de la *Terra Australis Incognita*, un problema tan grande como el conocer con exactitud el movimiento de Marte y Mercurio, que tanto atormenta a nuestros astrónomos, o rectificar el calendario gregoriano. Por mi parte, estoy muy impresionado y espero, como hizo Teofrasto mediante sus *Caracteres*, «que nuestros hijos, ¡oh amigo Policles!, sean mejores gracias a lo que hemos escrito, corrigiendo y rectificando lo impropio en ellos con nuestros ejemplos, y aplicando nuestros preceptos y precauciones en su propio beneficio»[139]. Y, al igual que el gran capitán Zisca quería que se hiciese un tambor con su piel cuando muriese, porque pensaba que con su sonido haría huir a los enemigos, no dudo de que las siguientes líneas, cuando en el futuro se reciten o se lean, disiparán la melancolía (aunque yo ya no esté) como el tambor de Zisca pudo aterrorizar a sus enemigos. Sin embargo, déjame dar un consejo a mi lector presente o futuro que sea en verdad melancóli-

co: que no lea los síntomas o pronósticos en la parte siguiente[140] para que no se aplique a sí mismo lo que lee, exasperándose, atribuyendo cosas explicadas en forma general a su propia persona (como hace la mayor parte de los melancólicos), para que no se altere ni se perjudique, y consiga en conclusión más daño que bien. Por tanto, les aconsejo que recorran esta parte con precaución, «arroja piedras al hablar (como decía Agrippa en su *Filosofía oculta*[141]), que tengan cuidado los lectores de que no les rompa el cerebro». El resto, no dudo que lo puedan leer con seguridad y para su provecho. Pero estoy siendo demasiado tedioso; continúo.

Si alguien duda de la necesidad y validez de lo que he dicho, espero que haga un pequeño examen del mundo, como aconseja Cipriano a Donato, «imaginándose transportado a la cima de una alta montaña, y desde allí, que contemple los alborotos y sucesos de este mundo vacilante, y no podría elegir si reírse o compadecerse de ello»[142]. San Jerónimo, gracias a su gran imaginación, encontrándose en el desierto se imaginó que veía a la gente bailando en Roma, y si tú lo imaginas o sales para verlo, pronto te darás cuenta de que todo el mundo está loco, melancólico y que delira, que está hecho (como lo expresó Epichthonius Cosmopolites no hace muchos años en un mapa) como la cabeza de un loco (con el lema «una cabeza que necesita eléboro»). Es una cabeza demente, un paraíso de dementes o, como dice Apolonio, «una prisión común de bobos, tramposos, lisonjeros, etc., y necesita ser reformada». Estrabón, en el noveno libro de su *Geografía,* compara Grecia con la figura de un hombre, comparación que aprueba Nicholas Gerbelius en su exposición del mapa de Sophianus. El pecho se abre desde los Montes Acroceraunios en el Épiro al promontorio de Sunion en el Ática, Pages y Megara son los dos hombros, el istmo de Corinto el cuello y el Peloponeso la cabeza. Si se mantiene esta alusión, seguro que es una cabeza loca: Morea puede ser la locura[143]; y, por decir lo que pienso, los habitantes de la Grecia moderna se apartan tanto de la verdad y de la verdadera religión en la actualidad como aquella Morea de la imagen de un hombre. Examina el resto del mismo modo y encontrarás que los reinos y provincias son melancólicos, las ciudades y familias, todas las criaturas, vegetales, sensibles y racionales, que todos los tipos, sectas, edades, condiciones están desacompasados, como en la mesa de Cebes, antes de que vengan al mundo ya están ebrios por la copa del error, del más alto al más bajo tienen necesidad de la medicina, y encontrarás que esas acciones particulares de Séneca[144], en las que padre e hijo probarán que el otro está loco, pueden generalizarse; Porcius Latro argüirá contra nosotros. Pero, en verdad, ¿quién no está demente, melancólico, loco?, ¿quién no es un enfermo mental?[145]. La demencia, la melancolía, la locura, no son sino una enfermedad, cuyo nombre común a todas es Delirio. Alejandro de Tralles, Gordon, Jason Pratis, Savonarola, Guianerio, Montalto, las confunden haciéndolas diferenciarse según sean mayores o menores. Así lo hace David (Sal 75, 4): «dije a los necios, no os portéis tan locamente»; y una vieja paradoja estoica dice: «todos los necios están locos»[146], aunque algunos están más locos que otros. ¿Quién no es necio,

quién está libre de la melancolía? ¿A quién no le ha alcanzado más o menos en hábito o disposición? Si es en disposición, «las malas disposiciones producen malos hábitos si perseveran», dice Plutarco[147], y los hábitos o son o se convierten en enfermedades. Es lo mismo que mantiene Cicerón en la segunda de sus *Tusculanas:* «los dementes están enfermos, y también todos los que están trastornados en la mente». Pues, ¿qué es la enfermedad, sino, como la define Gregorio de Tolosa, «una disolución o perturbación del orden corporal que constituye la salud»?[148]. Y ¿quién no está enfermo o indispuesto? ¿En quién no reinará la pasión, la cólera, la envidia, el descontento, el temor y la pena? ¿Quién no sufre esta enfermedad? Dame permiso y verás por medio de qué testimonios, confesiones y argumentos lo demostraré, que la mayoría de los hombres están locos, que tendrían tanta necesidad de peregrinar a Anticira (como hacían en tiempos de Estrabón[149]) como en nuestros días corren a Compostela, a nuestra señora de Siquem o a Loreto para buscar ayuda; es probable que sea un viaje tan próspero como el de Sir Walter Raleigh a la Guayana, y hay mucha más necesidad de eléboro que de tabaco.

Que los hombres están afectados, melancólicos, locos, aturdidos, lo testimonia Salomón (Ecl 2, 12): «y me dediqué a investigar la sabiduría, la locura y la necedad, etc.». Y versículo 23: «pues todos sus días son dolor, su oficio penar y su corazón no descansa ni durante la noche». De modo que tomes la melancolía en el sentido que quieras, propia o impropiamente, como disposición o hábito, para placer o dolor, desvarío, descontento, temor, tristeza, locura, parcial o totalmente, verdadera o metafóricamente, es todo lo mismo. La risa misma es locura, de acuerdo con Salomón, y, como lo considera San Pablo, «la tristeza terrena trae la muerte». «Los corazones de los hijos de los hombres son malos y la locura está en sus corazones mientras viven» (Ecl 9, 3). Los mismos sabios tampoco son mejores; Ecl 1,18: «donde abunda la sabiduría, abundan las penas, y quien acumula sabiduría, aumenta su dolor». En el capítulo 2,17, él mismo odiaba la vida, nada le agradaba, odiaba su trabajo; todo, según concluye, es «aflicción, pena, vanidad, vejación del espíritu»[150]. Y aunque fuese el hombre más sabio del mundo, un santuario de sabiduría, y tuviese inteligencia en abundancia, no se justificaría a sí mismo o a sus acciones. «Soy el más estúpido de los hombres. No tengo inteligencia humana» (Pr 30, 2). Sean las palabras de Salomón o las palabras de Agur, el hijo de Jakeh, son canónicas. David, un hombre cercano al corazón de Dios, confesó esto de sí mismo (Sal 73, 21 y 22): «era tan estúpido y tan ignorante, que era incluso como una bestia ante ti». Y censura a todos de tontos, Sal 53; 32, 9 y 49, 20. Les compara a las «bestias, caballos y mulas, los cuales no tienen entendimiento». El apóstol Pablo se acusa de la misma manera (2 Co 11, 21): «¡Ojalá pudierais soportar un poco mi necedad! ¡Hablo neciamente!». «Toda la cabeza está enferma –dice Isaías– y el corazón está pesaroso» (Is 1, 5). Y les da menos importancia que a los bueyes y burros, «el buey conoce a su dueño, etc.». Lee Dt 32, 6; Jr 4; Am 3, 1; Ef 5, 6. «No seáis locos, no os engañéis, Gálatas locos, ¿quién os ha embrujado?» ¿Cuántas veces se les ha puesto este

epíteto de locura y necedad? Ninguna palabra es tan frecuente entre los Padres de la Iglesia y los Teólogos, ya puedes ver qué opinión tienen del mundo y cómo valoran las acciones humanas.

Yo sé que nosotros pensamos de una forma bien diferente, y sostenemos que en su mayor parte son hombres sabios aquellos que tienen autoridad, los príncipes y magistrados, que los hombres ricos nacen sabios, que todos los políticos y hombres de estado deben serlo, además ¿quién se atreve a hablar contra ellos?[151] Por otro lado, nuestro juicio está tan corrompido que consideramos como necios a hombres sabios y honestos. Esto lo expresó muy bien Demócrito en una de sus *Epístolas* a Hipócrates: «los abderitas consideran una virtud la locura», al igual que la mayor parte de los hombres vivos. ¿Te diré el motivo? La Fortuna y la Virtud, la Sabiduría y la Necedad, sus iguales, contendieron una vez en los juegos olímpicos[152]; todo el mundo creía que la Fortuna y la Necedad llevarían la peor parte y les compadecían. Pero ocurrió de forma totalmente diferente. La Fortuna era ciega y no le importaba dónde o a quién golpeaba, sin respetar las normas, como los gladiadores cuando luchan con los ojos vendados, etc. La Necedad, precipitada y desconsiderada, no se responsabilizaba de lo que decía o hacía. La Virtud y la Sabiduría cedían terreno[153], la gente las silbaba y las echó. La Necedad y la Fortuna eran admiradas y, desde entonces, sus seguidores también lo son; a los bribones y los locos normalmente les va bien y merecen lo mejor ante los ojos y opiniones de los humanos. Muchos hombres buenos no tienen buena fortuna en sus épocas. Akish (1 S 21, 14) consideraba a David un loco. A Eliseo[154] y el resto no se les consideraba de modo diferente. La gente se reía de David (Sal 71, 6): «me he convertido en un monstruo para muchos». Y normalmente somos considerados necios por Cristo (1 Co 14): «a nosotros, necios, una locura nos pareció su vida, y su muerte una ignominia» (Sb 5, 4). A Cristo y sus apóstoles los censuraron de forma similar (Jn 10; Mc 3; Hch 26). Y así a todos los cristianos en la época de Plinio: se les atribuyó la misma demencia[155]. Y fueron llamados no mucho después, secuaces de la locura, destructores de la sociedad, innovadores corruptos, fanáticos, perros, malhechores, brujos, hombrezuelos galileos[156]. Es normal entre nosotros considerar a hombres honestos, devotos, ortodoxos, excelentes, religiosos, sinceros, como idiotas, burros que no pueden o no quieren mentir y disimular, engañar, halagar, adaptarse a la situación en que han nacido, hacer buenos negocios, suplantar, prosperar, ser complacientes con sus patronos; inútiles para aprender los modos habituales de ascender, observar con rectitud las leyes, maneras y costumbres, alabar sinceramente, defender con fortaleza, aprobar las opiniones, no dudar nada, creer todo, aceptar todo, no censurar nada, y todo lo que conduce a la promoción y la seguridad, lo que hace al hombre feliz sin dificultad y realmente sabio en nuestros días. Hombres que no pueden adaptarse a su tiempo, como hacen otros, manejar y dejarse sobornar[157], etc., sino que temen a Dios y tienen conciencia de lo que hacen. Pero el Espíritu Santo, que sabe mejor cómo juzgar, les llama necios. «El insensato ha hablado de corazón» (Sal 53, 1). «Y sus

acciones manifiestan su locura» (Sal 49, 13). «Pues ¿qué puede ser más necio que procurarse un castigo eterno por un pequeño placer?», como nos inculcan Gregorio y otros.

Sí, incluso todos los grandes filósofos que el mundo siempre ha admirado, cuyas obras estimamos en tanto, que dieron preceptos de sabiduría a los demás, inventores de las artes y de las ciencias: Sócrates, el hombre más sabio de su tiempo, según el oráculo de Apolo, a quien sus dos discípulos Platón[158] y Jenofonte[159] tanto ensalzan y engrandecen, con los títulos honorables de «el mejor y el más sabio de todos los mortales, el más feliz y más justo»; y Alcibíades le alaba incomparablemente[160]. Aquiles era un hombre valioso, pero Brásidas y otros lo eran tanto como él; Antenor y Néstor eran tan buenos como Pericles, y lo mismo el resto, pero ninguno antes o después de Sócrates, ninguno de los antiguos ni de los contemporáneos fueron nunca así, ni le igualarán ni se le acercarán. Incluso los siete sabios de Grecia, los druidas británicos, los brahmanes indios, los gimnosofistas etíopes, los magos de los persas, Apolonio –del que Filóstrato dijo, «sabio desde la cuna»–, Epicuro, tan admirado por su discípulo Lucrecio;

> «Cuyo genio excedía en tanto a los genios de los hombres como el sol naciente oscurece a una estrella».

O el tan renombrado Empédocles,

> «Que apenas parece engendrado en la estirpe humana»[161].

Todos aquellos de los que leemos tales elogios hiperbólicos[162], como de Aristóteles, que era la quintaesencia de la sabiduría misma, un milagro de la naturaleza[163], una biblioteca viviente, como escribe Eunapio de Longino, lumbreras de la naturaleza, gigantes de la agudeza, quintaesencias de la agudeza, espíritus divinos, águilas en las nubes caídas del cielo, dioses, espíritus, lámparas del mundo, autoridades. Ninguna época futura producirá un hombre semejante, monarca, milagro, maestro de la agudeza y el conocimiento, Océano, Fénix, Atlas, un prodigio, un portento de hombre, un museo de todo el mundo, el producto más perfecto de la naturaleza humana, el esposo de la Naturaleza,

> «Al que, merecidamente, el mundo de la cultura rinde homenaje reconociéndolo como rey».

Como escribieron Eliano de Protágoras y Gorgias, podemos decir de todos ellos que distan tanto de los sabios como los niños de los hombres, eran niños con respecto a ellos, pequeños, no águilas sino milanos, novicios, iletrados, eunucos de la sabiduría. Y aunque eran los más sabios y los más admirados en su época, como el mismo Eliano pensaba de Alejandro, así pienso yo de ellos, que había en su ejército diez mil tan valiosos que podían ser capitanes (si hubiesen estado en el puesto de mando) tan valientes como él; había miríadas de

hombres más sabios en aquellos tiempos, y sin embargo todos por debajo de donde deberían estar. Lactancio en su libro *De sapientia*[164] demuestra que son tontos, necios, burros, locos, tan llenos de principios absurdos y ridículos y posiciones chifladas que en su opinión nunca una anciana o persona enferma desvarió más. Demócrito tomó todo de Leucipo y dejó, dice, «la herencia de su locura a Epicuro», enloqueciéndole aunque de sabiduría, etc.[165] Lo mismo sostiene de Platón, Aristipo y el resto, sin hacer diferencias «entre ellos y las bestias, salvo en que ellos pueden hablar»[166]. Teodoreto en su tratado *De cura graec. affect.*[167] demuestra claramente lo mismo de Sócrates, al que sin embargo el oráculo de Apolo confirmó como el hombre más sabio de todos los vivientes, y le declaró libre de la enfermedad, al que han admirado dos mil años, al cual algunos respetan tanto como a Cristo, y sin embargo, en realidad, era un idiota iletrado, como le llama Aristófanes[168], burlón y ambicioso, como le denomina su maestro Aristóteles, bufón ático, como Zenón, enemigo de todas las artes y ciencias, como Ateneo, para los filósofos y viajeros un burro obstinado, un calumniador, una especie de pedante. Por sus modales, como lo describe Teodoro de Cirene, un sodomita[169], ateo (convicto por ello por Anito), iracundo, bebedor, mordaz, etc., compañero de taberna, según la confesión del propio Platón[170], un bebedor empedernido; y según todos los demás, era el más embrutecido, un verdadero loco en sus acciones y opiniones. Pitágoras era en parte filósofo, en parte médico o en parte brujo. Si deseas oír más de Apolonio, un gran hombre sabio, a veces comparado por Juliano el Apóstata con Cristo, te remito al docto tratado de Eusebio contra Hierocles, y para todos ellos al *Piscator* de Luciano, el *Icaromenipo,* la *Necromancia.* Sus acciones y las opiniones que citaban y apoyaban eran en general tan prodigiosas, absurdas, ridículas, que sus libros y elaborados tratados estaban llenos de desvaríos, cosa que Cicerón en la epístola *A Ático* había observado hacía mucho, «la mayor parte de los escritores deliran en sus libros». Sus vidas eran opuestas a sus palabras, recomendaban la pobreza a los demás y ellos eran los más codiciosos, exaltaban el amor y la paz y sin embargo se perseguían unos a otros con odio y malicia virulentos. Podían dar preceptos para la prosa y el verso, pero ni uno de ellos (como les dice Séneca en un sitio[171]) podría moderar sus instintos. Su música nos enseñó compases conmovedores, etc., cómo subir y bajar los tonos, pero ellos no se podían contener de modo que en la adversidad no desafinasen lamentablemente. Medirán el suelo con la geometría, establecerán los límites, dividirán y subdividirán, pero no pueden prescribir sin embargo cuánto es suficiente para un hombre, o mantenerse dentro del compás de la razón y la discreción. Pueden cuadrar círculos pero no entender el estado de sus propias almas; describir líneas rectas y curvas, etc., pero no saben lo que es correcto en esta vida, de modo que, como dijo aquél, creo que toda la Anticira no les restaurará la razón. Pues si estos hombres[172], que tenían el corazón de Zenodoto, el hígado de Crates, la linterna de Epícteto, estaban tan embotados y no tenían más cerebro que los escarabajos, ¿qué pensaremos de los hombres comunes?, ¿qué del resto?

Sí, pero deducirás lo que es cierto de los ateos, si se comparan con los cristianos (1 Cor. 3, 19): «la sabiduría de este mundo es necedad a los ojos de Dios», «terrena y diabólica» como la llama Santiago (3, 15). «Se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció» (Rm 1, 21), «jactándose de sabios, se volvieron estúpidos» (versículo 22). Se admiran sus ingeniosos trabajos aquí en la tierra, mientras que sus almas se atormentan en el fuego del infierno. En cierto sentido, los cristianos son Crasianos, y si se les compara con esa sabiduría, no son mejores que necios[173]. ¿Quién es sabio? Sólo Dios, replica Pitágoras. «Sólo Dios es sabio» (Rm 16), determina Pablo, «sólo Él es bueno», como bien asegura Agustín *(De natura boni),* «y ningún hombre vivo se puede justificar ante sus ojos». «Dios miró desde el cielo a los hijos de los hombres, para ver si había alguno insensato» (Sal 53, 2-3), pero todos están corruptos, se equivocan. «Ninguno hace el bien, ni uno siquiera» (Rm 3, 12). Job agrava esto (4. 18): «mirad que no se fía de sus mismos siervos, y aun a sus ángeles achaca desvarío» (5, 19) «¡Cuánto más en aquellos que viven en casas de arcilla!». En este sentido, todos estamos locos, y sólo las Escrituras son la fortaleza de Minerva[174], nosotros y nuestros escritos somos superficiales e imperfectos. Y con ello quiero decir que, incluso en nuestros negocios normales, no somos mejores que los dementes. Todas nuestras acciones, como dijo Plinio a Trajano[175] «nos echan en cara la demencia», todo el curso de nuestra vida no es sino cuestión de risa: no somos moderadamente sabios, y el mismo mundo, que debería al menos ser sabio en razón de su antigüedad, como lo considera Hugo de Prado Florido[176], «está cada día más loco que el anterior, cuanto más se le critica es peor; y como un niño, se le coronará con rosas y flores». Somos imitadores simiescos en este aspecto, «asnos de dos pies», y cualquier sitio está lleno de «burros metamorfoseados de dos piernas, de silenos metamorfoseados, pueriles», como niños de dos años que duermen en los brazos de su padre. Giovanni Pontano, en el diálogo *Antonius,* se ríe de un anciano que debido a su edad estaba un poco tonto, pero como él advierte allí, «no os maravilléis de él solamente, pues toda la ciudad delira del mismo modo, somos una compañía de dementes»[177]. No preguntes con aquél personaje del poeta, «¿que locura obsesiona a este anciano?»[178], sino ¿qué locura nos obsesiona a todos nosotros? Pues estamos todos locos, no una vez, sino siempre, al mismo tiempo, y todos tan enfermos como él, y no digas que un anciano está en su segunda niñez, que una anciana delira, sino dilo de todos nosotros, jóvenes y viejos, todos desvariamos, como prueba Lactancio siguiendo a Séneca. No hay diferencia entre nosotros y los niños, salvo que ellos juegan con muñecos de trapo y juguetes por el estilo, y nosotros nos divertimos con fruslerías mayores. No podemos acusar o condenar a otro de ser culpable de imperfección, ni decir a la ligera[179], o como Mitio reconvenía a Demea, «estás loca, fuera de ti»[180], pues nosotros mismos estamos igual de locos, y es difícil decir quién es el peor. Es más, es así en todo el mundo, es Fortuna y no Sabiduría la que rige la vida[181].

Cuando Sócrates se esfuerza por encontrar a un hombre sabio[182], y con ese

fin consulta a filósofos, poetas, artistas, concluye que todos los hombres son dementes, y aunque esto produce ira contra él y mucha envidia, sin embargo lo confiesa abiertamente en cualquier compañía. Cuando Supputius en Pontano[183] viajó por toda Europa para hablar con un hombre sabio, volvió al fin sin cumplir su objetivo, no pudo encontrar a ninguno. Cardano coincide con él, «hay pocos (por lo que he podido percibir) que estén en su sano juicio»[184]. Así lo dice Cicerón, «veo que todo se hace necia e imprudentemente».

> «Uno se tambalea hacia un lado, otro hacia otro, pero es el mismo error el que les engaña a todos».

Todos desvarían, pero no de la misma forma, no del mismo tipo de locura, «Uno es codicioso, otro lascivo, un tercero ambicioso, un cuarto envidioso, etc.»[185]; como bien ha ejemplificado el estoico Damasipo en el poeta,

> «Todos están igual de locos que tú»[186].

Es una enfermedad congénita en todos nosotros[187], hay un semillero de necedad, «que si se excitara o siguiera adelante, correría hasta el infinito, y varía de modos infinitos, del mismo modo que nosotros nos dedicamos a distintas cosas», dice Baltasar de Castiglione[188]. Y no se le extirpa tan fácilmente, pues se agarra con mucha fuerza; como afirma Cicerón, «profundas son las raíces de la locura, así nos hemos criado y así continuaremos»[189]. Algunos dicen que hay dos errores principales en el ingenio: el error y la ignorancia, a los que se reducen todos los demás; por la ignorancia desconocemos cosas necesarias y por el error las conocemos falsamente. La ignorancia es una privación, el error un acto positivo. De la ignorancia viene el vicio, del error la herejía, etc. Pero distingue todos los tipos que quieras, divide y subdivide, pocos hombres están libres o no afectados de uno u otro tipo. Así agita la ignorancia a la mayoría de los locos, como encontrará el que examine sus propias acciones y las de otros hombres.

Caronte, según lo imagina con agudeza Luciano[190], fue conducido por Mercurio a un sitio tal en el que pudiera ver todo el mundo de una sola vez; después de que hubo visto y mirado, Mercurio quiso saber de él qué había observado: le dijo que había visto una multitud enorme y confusa, cuyas habitaciones eran como toperas, los hombres como hormigas, «podía discernir las ciudades como enjambres de abejas, donde cada abeja tenía un aguijón, y no hacían más que picarse unas a otras, algunas dominando como abejorros más grandes que los demás, algunas como avispas sisonas, otras como zánganos». Sobre sus cabezas revoloteaba una compañía confusa de perturbaciones, esperanza, temor, ira, avaricia, ignorancia, etc., y llevaban colgando una multitud de enfermedades, que se les enredaban entre las patas. Algunos alborotaban, otros luchaban, cabalgaban, corrían, suplicando con vehemencia, disputando acaloradamente, por tonterías y fruslerías y todo tipo de futilidades. Sus ciu-

dades y sus provincias son meras facciones: ricos contra pobres, pobres contra ricos, nobles contra artesanos, éstos contra nobles, y así el resto. En conclusión, los condenó a todos como locos, necios, idiotas, burros. «¡Oh necios, oh locos!», exclama, «esfuerzos locos, acciones locas, locos, locos, locos. ¡Época frívola!»[191]. El filósofo Heráclito, después de una seria meditación sobre las vidas de los hombres, cayó en el llanto, y con lágrimas continuas deploraba su miseria, locura y necedad. Por otro lado, Demócrito se echó a reír, pues la vida de los demás le parecía ridícula, y se dejó llevar de tal modo por la ironía que los ciudadanos de Abdera le tomaron por loco, y entonces mandaron mensajes al médico Hipócrates para que ejerciera sus habilidades médicas sobre él. Pero la historia la cuenta por extenso Hipócrates en su *Epístola a Damageto,* la cual, puesto que no es impertinente para este discurso, insertaré palabra por palabra casi como la dice el mismo Hipócrates, con todas las circunstancias atinentes a ella.

Cuando Hipócrates llegó a Abdera, la gente de la ciudad vino a congregarse alrededor de él, algunos llorando, otros implorándole que hiciera todo lo posible. Después de una pequeña comida, fue a ver a Demócrito, y la gente le siguió; le encontró (como he dicho antes) solo en su jardín en los suburbios, «sentado en una piedra bajo un platanero, sin calzas ni zapatos, con un libro en las rodillas, diseccionando varias bestias y ocupado en su estudio». La multitud se quedó en los alrededores para ver desde allí el encuentro. Hipócrates, después de una breve pausa, le saludó por su nombre, y él le respondió casi avergonzado de no poder llamarle por el suyo, o de haberlo olvidado. Hipócrates le preguntó qué estaba haciendo. Él respondió que estaba «ocupado en la disección de varias bestias para encontrar la causa de la locura y de la melancolía»[192]. Hipócrates alabó su trabajo, admirando su felicidad y su holganza. «Y ¿por qué –dijo Demócrito– no tienes tú esa holganza?». «Porque me lo impiden –replicó Hipócrates– los quehaceres domésticos que es necesario que hagamos para nosotros, para los vecinos y los amigos; gastos, enfermedades, flaquezas y mortalidades que ocurren; la mujer, los hijos, siervos y ocupaciones parecidas que nos privan de nuestro tiempo». Demócrito, ante este discurso, empezó a reír abundantemente (mientras sus amigos y la gente que estaba allí lloraban lamentando su locura). Hipócrates le preguntó la razón por la que se reía. Él dijo: «por las vanidades y rivalidades de este tiempo, por ver a los hombres tan carentes de cualquier acción virtuosa, que van a la caza de oro de forma tan alocada, sin poner fin a sus ambiciones, que se esfuerzan tan infinitamente para una gloria breve, y para ser favorecidos por los hombres, porque hacen minas tan profundas en la tierra para buscar oro y muchas veces no encontrar nada, perdiendo sus vidas y fortunas. A algunos les gustan los perros, a otros los caballos, algunos desean ser obedecidos en muchas provincias y sin embargo ellos mismos no saben qué es la obediencia[193]. Algunos amaron profundamente a sus esposas al principio, y después de un tiempo las abandonan y las odian; engendraron niños, dedicándoles muchos cuidados y coste para su educación, y sin embargo cuando crecen y se hacen hombres los

desprecian, descuidan y dejan desnudos a merced del mundo. ¿No expresan estos comportamientos su necedad intolerable? Cuando los hombres viven en paz, desean la guerra, detestando la tranquilidad, deponiendo a los reyes y ascendiendo a otros en su lugar, asesinando a otros hombres para procrear hijos con sus mujeres. ¿Cuántos extraños humores hay en los hombres? Cuando son pobres y están necesitados, buscan las riquezas, y una vez que las tienen no las disfrutan, sino que las esconden bajo tierra o, si no, las gastan como manirrotos. ¡Oh, sabio Hipócrates!: me río de que se hagan tales cosas, pero sobre todo cuando no se saca con ello ningún bien y cuando se hacen con malos propósitos. No se encuentra verdad o justicia entre ellos, pues todos los días pleitean unos contra otros: el hijo contra el padre y la madre, hermano contra hermano, parientes y amigos hacen lo mismo; y todo esto por las riquezas, de las que después de la muerte ya no pueden ser poseedores. Y, sin embargo, se difamarán y matarán, cometerán todo tipo de acciones ilegales, despreciando a Dios y a los hombres, a los amigos y al país. Dan mucha importancia a muchas cosas sin sentido, estimándolas como una gran parte de su tesoro, estatuas, pinturas y bienes muebles semejantes, que han comprado caros, y tan habilidosamente elaborados que sólo les falta el habla[194], y sin embargo odian a las personas vivas que les hablan[195]. Otros emprenden cosas difíciles: si habitan en tierra firme, se trasladarán a una isla, y de ahí a tierra de nuevo, no siendo de ninguna manera constantes en sus deseos. Ensalzan el coraje y la fuerza en las guerras y se dejan conquistar por la lujuria y la avaricia; en pocas palabras, son desordenados en sus mentes, como lo era Tersites en el cuerpo. Y ahora creo, oh noble Hipócrates, que no deberías reprenderme si me río al percibir tantas necedades en los hombres; pues ningún hombre se reirá de su propia necedad, sino de la que ve en otro, y así sólo se ríen unos de otros. El borracho llama glotón al que sabe que está sobrio. A muchos hombres les gusta el mar, a otros la agricultura, en pocas palabras, no pueden llegar a un acuerdo sobre sus propios negocios y profesiones, mucho menos en sus vidas y acciones».

Cuando Hipócrates oyó estas palabras, pronunciadas de tan buena gana y sin premeditación para declarar la vanidad del mundo, lleno de contradicciones ridículas, respondió «que la necesidad ha impulsado a los hombres a tales acciones y que diversas voluntades se suceden del mandato divino para que no estemos ociosos, no siendo nada tan odioso para ellos como la pereza y la negligencia. Además, los hombres no pueden prever los hechos futuros, siendo natural esta incertidumbre de los asuntos humanos; de lo contrario, no se casarían si pudieran predecir las causas de su aversión o separación; o los padres, si supiesen la hora de la muerte de sus hijos, no se preocuparían de ellos tan tiernamente; o un agricultor no sembraría si pensase que no iba a haber cosecha; o un mercader no se aventuraría al mar si previese un naufragio; o no sería magistrado, si iba a ser depuesto. ¡Ay, noble Demócrito! todo el mundo espera lo mejor y con ese fin actúa, y por tanto no hay tal causa u ocasión de risa».

Demócrito, al oír esta pobre excusa, se rió de nuevo a carcajadas, dándose cuenta de que le había entendido mal y no había comprendido bien lo que decía sobre las perturbaciones y la tranquilidad de la mente. «De manera que, si los hombres gobernasen sus acciones con discreción y prudencia, no se declararían necios como hacen ahora y él no tendría razones para reírse; pero (dice él) se envanecen en esta vida como si fueran inmortales y semidioses, por su falta de entendimiento. Bastaría para hacerlos sabios el que pudieran considerar la mutabilidad de este mundo y cómo cambia de rumbo, que nada es firme o seguro. El que ahora está arriba, mañana estará debajo; el que hoy se sentaba a este lado, mañana se le arroja al otro: pero sin considerar estas cuestiones, caen en muchas inconveniencias y problemas, anhelando cosas inútiles, y codiciándolas, precipitándose hacia muchas calamidades. De modo que si los hombres no intentasen más de lo que pueden alcanzar, llevarían unas vidas tranquilas, aprendiendo a conocerse a ellos mismos, limitarían su ambición[196], percibirían que la naturaleza provee de lo suficiente sin buscar tales superfluidades, tales inutilidades, que no traen consigo nada más que pesar y molestias. Igual que un cuerpo grasiento está más sujeto a enfermedades, así los hombres ricos lo están a las absurdeces y necedades, a muchos desastres y grandes inconveniencias. Hay muchos que no hacen caso de lo que les pasa a otros por culpa de las maledicencias, y por lo tanto se destruyen de la misma forma por su propia culpa, por no prevenir peligros manifiestos. Esto es, ¡oh, más que loco!, dice, lo que me da motivos de risa, sufriendo las consecuencias de vuestras impiedades: vuestra avaricia, envidia, malicia, enormes villanías, motines, deseos insaciables, conspiraciones y otros vicios incurables; además, vuestro disimulo e hipocresía[197], manteniéndoos un odio mortal unos a otros, y sin embargo poniéndoos siempre buena cara, desenfrenándoos en todo tipo de sucias lujurias y transgresiones de las leyes, tanto naturales como civiles. Después de un tiempo vuelven a dar de nuevo en muchas de las cosas que han dejado: la agricultura, la navegación, y lo dejan otra vez, volubles e inconstantes como son. Cuando son jóvenes, desearían ser mayores, y cuando son mayores, jóvenes. Los príncipes recomiendan una vida privada. Los hombres comunes están ávidos de honor. Un magistrado recomienda una vida tranquila, un hombre tranquilo desearía estar en su puesto y ser obedecido como lo es él, y ¿cuál es la causa de todo esto sino que no se conocen a ellos mismos? Uno disfruta destruyendo, otro construyendo, otro estropeando un país para enriquecer a otro y a sí mismo[198]. En todas estas cosas son como niños, en los que no hay juicio ni consejo, y se parecen a las bestias, salvo que las bestias son mejores que ellos, pues están satisfechas con su naturaleza. ¿Cuándo se verá a un león que esconda oro bajo la tierra, o a un toro que contienda por un pasto mejor?[199]. Cuando un jabalí tiene sed, bebe lo que necesita, y nada más, y cuando tiene el estómago lleno, deja de comer; pero los hombres son inmoderados en ambas cosas; como ocurre con la lujuria, los animales desean la cópula carnal en determinados momentos: los hombres siempre, arruinando por tanto la salud de sus cuerpos. ¿Y no es motivo de risa el ver a un loco de

amor atormentándose por una criada? Llora, grita por una perra deforme, un ser desaliñado, y podía elegir entre las mayores bellezas. ¿Existe algún remedio para esto en la medicina? Yo anatomizo y disecciono a estas pobres bestias para ver las causas de sus destemplanzas, vanidades y necedades; y sin embargo, si mi gentil naturaleza pudiera soportarlo, tal prueba debería hacerse en el cuerpo humano, que, desde la hora de su nacimiento es miserable, débil y enfermizo[200]. Cuando se amamanta, se deja guiar por otros, cuando crece, experimenta la infelicidad, que es fuerte, y cuando es anciano, vuelve a ser niño de nuevo y se arrepiente de su vida pasada»[201].

Y aquí, tras ser interrumpido por uno que traía libros, empezó otra vez con que todos están locos, son descuidados y estúpidos. «Para probar mis palabras anteriores, mira en los tribunales o en las casas privadas. Los jueces dan sus sentencias de acuerdo con sus propios intereses, haciendo claras injusticias con los pobres inocentes para satisfacer a otros[202]. Los notarios alteran las sentencias y pierden sus escrituras por dinero. Algunos hacen dinero falso, otros falsifican los pesos. Algunos abusan de sus padres, y corrompen a sus propias hermanas, otros hacen largos libelos difamatorios y pasquines, difamando a hombres de vida honesta y exaltando a los que son lujuriosos y viciosos; algunos roban a uno, otros a otro. Los magistrados hacen leyes contra los ladrones y ellos son los mismísimos ladrones[203]. Algunos se matan y otros se desesperan por no poder satisfacer sus deseos. Algunos bailan, cantan, ríen, se regalan y banquetean mientras otros suspiran, languidecen, se afligen y se lamentan por no tener carne, bebida ni ropa. Algunos se emperifollan el cuerpo y tienen la mente llena de vicios execrables[204]. Algunos se apresuran a levantar falsos testimonios, y decir cualquier cosa por dinero[205], y aunque los jueces lo saben, sin embargo por un soborno hacen la vista gorda y consienten que falsos contratos venzan sobre la equidad. Las mujeres se pasan el día vistiéndose para gustar a otros hombres de fuera, y van como puercas por casa sin preocuparse de gustar a los que deberían hacerlo, a sus propios maridos. Viendo que los hombres son tan inconstantes, embotados, inmoderados, ¿por qué no me voy a reír de aquéllos a quienes la necedad les parece sabiduría? No se van a curar y no se darán cuenta».

Se hizo tarde, Hipócrates le dejó; apenas se había alejado un poco cuando todos los ciudadanos se agolparon en torno a él para saber qué le había parecido. Hipócrates les dijo en pocas palabras que a pesar de los pequeños descuidos en sus atavíos, en su cuerpo y en la dieta, el mundo no tenía un hombre más sabio, más erudito, más honesto, y que se engañaban mucho diciendo que estaba loco[206].

Así consideraba Demócrito el mundo de su tiempo, y esta era la razón de su risa; y tenía un buen motivo.

> «Antiguamente, Demócrito hizo bien en reírse, tenía un buen motivo, pero ahora mucho más; esta nuestra vida es más ridícula que la suya o la de sus predecesores»[207].

Nunca hubo tantos motivos para la risa como ahora, nunca tantos necios y locos. No basta con un Demócrito para reírse, en estos días necesitamos «un Demócrito que se ría de Demócrito»[208], un bufón que se mofe de otro, un demente que se burle de otro, un gran Demócrito estentóreo tan grande como el coloso de Rodas. Pues ahora, como dijo en su tiempo Juan de Salisbury[209], «todo el mundo hace el tonto». Tenemos un nuevo teatro, una nueva escena, una nueva *Comedia de los errores*, una nueva compañía de actores; los ritos de la diosa del placer (como imagina ingeniosamente Calcaginus en sus *Apólogos*) se están celebrando por todo el mundo, donde todos los actores están locos y dementes y a cada hora cambian sus vestidos y cogen el del siguiente. El que hoy era marinero será boticario mañana; un rato herrero, otro filósofo, en estas fiestas de la diosa del placer. Ahora un rey con su corona, sus ropajes, cetro, servidores; pronto lleva delante un burro cargado como un carretero, etc. Si Demócrito estuviese vivo ahora, vería extrañas alteraciones, una nueva compañía de falsos enmascarados, burladores, asnos cumanos, máscaras, mimos, marionetas pintadas, apariencias, sombras fantásticas, bobos, monstruos, tarambanas, mariposas. Y muchos de ellos lo son realmente, si es verdad todo lo que he leído[210]. Pues cuando antiguamente se solemnizó el matrimonio de Júpiter y Juno, se invitó a todos los dioses a una fiesta junto con muchos hombres nobles. Entre ellos vino Crysalo, un príncipe persa con una escolta magnífica, rico con sus atavíos de oro, sus ropajes alegres, con una presencia majestuosa, pero, por lo demás, un asno. Los dioses, al verle venir con tanta pompa y estado, se levantaron para hacerle sitio, juzgando al hombre por su hábito; pero Júpiter, dándose cuenta de lo que era, un tipo ligero, fantástico y ocioso, les convirtió a él y a su séquito en mariposas; y así continúan todavía, a menos que alguien sepa lo contrario, revoloteando con trajes coloreados; los hombres más sabios las llaman *crisálidas,* es decir, doradas por fuera, pero zánganos, moscas, y cosas sin valor. Hay multitud de cosas semejantes, etc.

> «Encontrarás por todas partes donde vayas tontos avaros y sicofantes pródigos».

Muchos añadidos, mucho aumento de locura, necedad, vanidad, observaría Demócrito si ahora se pusiese a viajar o si pudiera dejar Plutón para venir a ver las modas, como hizo Caronte en Luciano, para visitar nuestras ciudades de Moronia Pia y Moronia Foelix[211], estoy seguro de que se partiría el pecho de tanto reír. Si Demócrito estuviera vivo, ¡cómo se reiría![212].

Un romano satírico de su tiempo pensó que todo el vicio, la necedad y la locura estaban en su apogeo, toda virtud periclitando[213].

El historiador Josefo acusó a sus compatriotas judíos de jactarse de sus vicios, publicar sus necedades y de que se disputaban entre ellos quién debería ser más famoso por sus villanías[214], pero nosotros les sobrepasamos mucho más en locura, estamos mucho más allá,

> «Daremos, luego, una progenie más depravada»[215].

Y el último fin (sabes cuál es su oráculo) es cómo ser el peor. No se puede negar, el mundo cambia cada día, las ciudades caen, los reinos cambian, etc., las modas cambian, las leyes se alteran, como observa Petrarca[216], cambiamos de lengua, hábitos, leyes, costumbres, maneras, pero no de vicios, no de enfermedades; no, los síntomas de la necedad y la locura son todavía los mismos. Y como un río que vemos mantiene el mismo nombre y el mismo sitio, pero no el agua, y sin embargo siempre corre, nuestros tiempos y las personas cambian, pero los vicios son los mismos y siempre lo serán[217]; mira cómo desde antiguo cantaban los ruiseñores, los gallos cacareaban, las vacas mugían, las ovejas balaban, los gorriones gorjeaban, los perros ladraban, y todavía lo hacen, nosotros todavía mantenemos nuestra locura, todavía hacemos el tonto, y el espectáculo no se ha acabado todavía; todavía tenemos los mismos humores e inclinaciones que nuestros predecesores; nos encontrarás a todos semejantes a nosotros y nuestros hijos, y así continuará nuestra posteridad hasta el final. Pero hablemos de los tiempos presentes.

Si Demócrito estuviese vivo ahora y no viese más que la superstición de nuestra época, nuestra locura religiosa[218], como la llama Emmanuel Meteren[219], tantos cristianos profesos, y sin embargo tan pocos imitadores de Cristo; tanta charla de religión, tanta ciencia, tan poca conciencia; tanto conocimiento, tantos predicadores, tan poca práctica; tal variedad de sectas, tal tira y afloja de todas partes, «enseñas que se oponen a enseñas»[220], etc., tradiciones y ceremonias tan absurdas y ridículas. Si se encontrase a un capuchino[221], un franciscano, un jesuita fariseo, un hombre-serpiente, un monje tonsurado, con sus ropajes, un fraile mendicante, o si viese a su señor coronado tres veces, el Papa, el sucesor del pobre Pedro, el siervo de los siervos de Dios deponer a reyes con su pie, pisotear el cuello de emperadores, hacerles estar de pie descalzos y con las piernas desnudas a sus puertas, sostenerle su brida y estribo, etc. ¡Oh, si Pedro y Pablo estuvieran vivos para ver esto! Si Demócrito observase a un príncipe arrastrarse tan devotamente para besarle el dedo del pie[222], y los cardenales con su capelo, pobres párrocos antaño, ahora compañeros de príncipes; ¿qué diría? La locura intenta entrar en el mismísimo cielo. Si se hubiese encontrado con alguno de los peregrinos que van descalzos a Jerusalén, a Nuestra Señora de Loreto, a Roma, a Santiago de Compostela, al sepulcro de Santo Tomás de Canterbury, a arrastrarse ante esas reliquias falsas y excéntricas. Si hubiese estado presente en una misa, y hubiese visto besar de tal modo las patenas en la paz, los crucifijos, adulaciones, chapuces, sus diversos atavíos y ceremonias, figuras de santos, indulgencias, perdones, vigilias, ayunos, fiestas, señales de la cruz, golpes en el pecho, arrodillarse en el Ave María, las campanas, junto con tantas otras cosas[223], espectáculos agradables para la plebe ruda, orando en jerigonza, musitando el rosario. Si hubiese oído a una anciana decir sus oraciones en latín, la aspersión del agua bendita, la ida en procesión,

> «Multitudes de miles de monjes que avanzan con estandartes, cruces e imágenes sagradas, etc.»[224].

Sus breviarios, sus bulas, sus rosarios, exorcismos, pinturas, cruces curiosas, fábulas y charlatanerías. Si hubiese leído la *Leyenda dorada, El Corán* de los turcos, o el *Talmud* de los judíos, los comentarios de los rabinos, ¿qué habría pensado? ¿Cómo crees que se habría visto afectado? Si hubiera examinado más particularmente la vida de un jesuita, habría visto a un hipócrita que profesa la pobreza, y sin embargo posee más bienes y tierras que muchos príncipes, tiene infinitos tesoros e ingresos[225], enseña a otros a ayunar y actúa como un glotón él mismo, como un barquero, que rema hacia un lado y mira hacia otro; hace votos de castidad, habla de la santidad, y es sin embargo un notorio alcahuete y un famoso fornicador, un individuo lujurioso, un verdadero cabrón[226]. Monjes de profesión, los que deberían renunciar al mundo y a sus vanidades, son sin embargo una chusma maquiavélica[227] interesada en todos los asuntos de estado[228]: hombres santos, pacificadores y sin embargo llenos de envidia, lujuria, ambición, odio y malicia, incendiarios, una plaga extendida del país, traidores, asesinos; así se llega al cielo, y esto es hacer más de lo que se debe y hacer merecer el cielo a ellos y a otros. Si Demócrito hubiese visto, por otra parte, a algunos de nuestros queridos y curiosos cismáticos en el otro extremo, que aborrecen las ceremonias y preferirían perder sus vidas y modos de vida a hacer o admitir cualquier cosa que los papistas hayan utilizado antes, aunque en cosas indiferentes (sólo ellos son la Iglesia verdadera, la sal de la tierra, aunque sean los más insulsos de todos); formalistas por temor y adulación servil, giran como veletas, una chusma de oportunistas preparados para aceptar y mantener lo que se propone o se propondrá con esperanza de ascenso. Son una nueva compañía epicúrea, al acecho como los buitres, aguardando las presas de los bienes de la Iglesia, y preparados para levantarse ante la caída de cualquiera: como dijo Luciano en un caso semejante, «¿qué piensas que habría hecho Demócrito si hubiese sido espectador de estas cosas?».

O si hubiese observado a la gente común seguir como ovejas a uno de sus compañeros, arrastrados por los cuernos a un barranco, algunos por ardor, otros por temor, dar crédito a todos, no examinar nada, y sin embargo preparados para morir antes de renunciar a ninguna de estas ceremonias a las que han estado acostumbrados; otros, por hipocresía, frecuentan sermones, se golpean el pecho, alzan sus ojos al cielo, fingen fervor, desean reformarse, y son sin embargo usureros declarados, embaucadores, monstruos de hombres, harpías, demonios, que en sus vidas no han hecho nada mejor .

Qué habría dicho si viese, oyese y leyese sobre tantas batallas sangrientas, tantos miles de muertos a la vez, tales ríos de sangre, capaces de mover molinos, por la culpa y la furia de uno solo, o para divertir a los príncipes, sin ninguna causa justa, «por títulos vanos, dice Agustín, por prioridad, por alguna criada o alguna tontería similar, o por un deseo de dominación, vanagloria, malicia, venganza, necedad, locura» (todo buenas razones, por las que el mundo entero se agita con guerras y asesinatos), mientras los mismos hombres de estado, entre tanto, están seguros en casa, regalados con todos los deleites y placeres, están a sus anchas y siguen sus deseos, sin considerar cuán intole-

rable miseria soportan los pobres soldados, sus heridas, hambre, sed, etc., las lamentables preocupaciones, tormentos, calamidades y opresiones que acompañan a tales conductas. Ellos no lo sienten ni se dan cuenta de ello. «Así han empezado las guerras, por decisión de unos pocos capitanes viciosos, cerebros de mosquito, pobres, disolutos, hambrientos, lisonjeros parásitos, calaveras inquietos, innovadores impacientes, inmaduros; para satisfacer el despecho de un hombre en particular, su lujuria, su ambición, su avaricia, etc.». Tales causas provocan las guerras con todos sus crímenes. La flor de los hombres, los hombres honestos, bien proporcionados, educados cuidadosamente, capaces tanto en el cuerpo como en el alma, perfectos, son llevados como bestias al matadero en la flor de su edad, orgullosos y con sus fuerzas plenas, sin remordimientos ni compasión; son sacrificados a Plutón, sacrificados como ovejas, para pasto de los demonios, cuarenta mil a la vez[229]. Quizá en alguna ocasión, digo, fuese tolerable, pero estas guerras perduran por siempre, épocas enteras, nada resulta más familiar que este cortar y mutilar, las masacres, asesinatos, devastaciones. Si una trompeta lejana resuena en el cielo, no se preocupan por el perjuicio que provocan, con tal de que se puedan enriquecer para el presente, soplarán las brasas de la contienda hasta que el mundo se consuma en llamas. El asedio de Troya duró diez años y ocho meses, murieron ochocientos setenta mil griegos y seiscientos setenta mil troyanos en la toma de la ciudad, y después fueron asesinados doscientos setenta y seis mil hombres, mujeres y niños de todas clases[230]. César mató a un millón, el turco Mahomet II a trescientas mil personas[231]. Sicinio Dentato luchó en cien batallas, ocho veces venció en combate singular, tuvo antes cuarenta heridas, fue recompensado con ciento cuarenta coronas, aclamado nueve veces por su buen servicio. M. Sergio tuvo treinta y dos heridas; el centurión Scevola, no sé cuántas; cada nación tiene sus Héctores, Escipiones, Césares y Alejandros. Nuestro Eduardo IV estuvo en veintiséis batallas a pie[232], y como lo hacen los demás, él se precia de ello, porque concierne a su honor. En el cerco de Jerusalén murió un millón cien mil por la espada y el hambre. En la batalla de Cannas, se mató a setenta mil hombres, como anota Polibio[233], y otros tantos en nuestra batalla de Abbey; y no es nada nuevo luchar de sol a sol, como hicieron Constantino y Licinio, etc. En el asedio de Ostende (la academia del demonio), una pobre ciudad en cierto modo, un pequeño fuerte, pero una gran tumba: ciento veinte mil hombres perdieron sus vidas, además de que ciudades enteras, aldeas y hospitales se llenaron de soldados mutilados; había máquinas de guerra, explosivos y cualquier cosa que el demonio pudiese inventar para perjudicar, con dos millones y medio de balas de hierro de cuarenta libras disparadas, tres o cuatro millones de oro consumido. «Quién puede (dice mi autor) sorprenderse lo bastante de sus corazones de piedra, de su obstinación, furia, ceguera; quién, sin ninguna posibilidad de éxito, aventura a los pobres soldados y les lleva sin compasión a la matanza? ¿No puede llamársele justamente rabia de bestias furiosas que corren sin razón hacia sus propias muertes?[234]. ¿Qué plaga, qué furia trajo algo tan malvado, tan brutal como la guerra por primera vez a las

mentes de los hombres?[235]. ¿Quién ha hecho que una criatura tan tierna y pacífica, nacida para el amor, la misericordia, la moderación, desvaríe de este modo, se enfurezca como las bestias y corra hacia su propia destrucción? ¡Cómo puede la naturaleza reconvenir a la humanidad, «te hice inocente, tranquilo, una criatura divina»! ¡Cómo pueden reconvenirlo Dios y todos los hombres buenos! Sin embargo, como se conduele uno[236], se admiran sus acciones y se les considera como héroes. Ellos son las almas valientes, los galanes del mundo, sólo a ellos se les admira y sólo ellos triunfan, tienen estatuas, coronas, pirámides, obeliscos para su fama eterna, el genio de la inmortalidad les asiste. Cuando Rodas fue sitiada, las zanjas estaban llenas de cadáveres muertos[237]; y cuando el dicho Gran Turco Solimán sitió Viena, el nivel de los cadáveres llegó a lo alto de los muros. Hacen de esto un entretenimiento y matarán a sus amigos y confederados, contra juramentos, votos, promesas, por traición u otras causas. Astucia o arrojo, ¿qué más da, tratándose de enemigos?[238]. Ligas y leyes militares («en el fragor de las armas las leyes callan»[239]) para su propio provecho; se pisotean la leyes de los dioses y de los hombres, sólo la espada lo determina todo, para satisfacer su lujuria y su animosidad; no se responsabilizan de lo que intentan, dicen o hacen; es raro encontrar fidelidad y honestidad entre los que van a la guerra[240]. Nada es tan común como ver al «padre contra el hijo, el hermano contra el hermano, pariente contra pariente, reino contra reino, provincia contra provincia, cristianos contra cristianos»[241], de los que no tuvieron ninguna ofensa en pensamiento, palabra u obra. Se consumen infinitos tesoros, se queman villas, se saquean y arruinan ciudades florecientes, lo que «a la memoria le horroriza recordar», excelentes campos despoblados y abandonados, en la desolación, se expulsa a sus antiguos habitantes, el mercado y el tráfico decaen, se desflora a las doncellas, doncellas sin casar aún, y a los varones adolescentes. Las honestas matronas gritan con Andrómaca, «quizá se vean obligadas a yacer con los que antes han matado a sus maridos»[242]; a ver a ricos, pobres, enfermos, sanos, señores, siervos, todos consumidos o tullidos, etc., y cualquier cosa que pueda sugerir una mente criminal y una inclinación perversa, dice Cipriano, y cualquier tormento, miseria, perjuicio, el mismísimo infierno que puedan inventar el demonio, la furia y la rabia para su propia ruina y destrucción[243]. La guerra es una cosa tan abominable, como concluye Nicholas Gerbelius, que es el látigo de Dios, causa, efecto, fruto y castigo del pecado[244], y no la poda del género humano, como la llama Tertuliano, sino su destrucción.

Si Demócrito hubiera estado presente en las últimas guerras civiles de Francia, esas guerras abominables –las guerras, detestadas por las madres– «donde en menos de diez años se ha aniquilado a un millón de hombres», dice Collignius y se han destruido veinte mil iglesias; además el reino entero está destruido (como añade Richard Dinoth[245]). Han matado tantos millares de hombres con la espada, con hambres, guerras, con un odio tan fiero, que el mundo estaba asombrado. O si hubiese estado en nuetros últimos campos farsalios en tiempos de Enrique VI, entre las casas de Lancaster y York; cien mil hombres

muertos, escribe uno[246]; según otro se extinguieron diez mil familias[247], «de lo que cualquier hombre no puede sino maravillarse, dice Comineo, por la bárbara crueldad, la fiera locura cometida entre hombres de la misma nación, lengua y religión». ¿Por qué este furor, ciudadanos?[248]. «¿Por qué se enojan de manera tan feroz los gentiles?», dice el profeta David (Sal 2, 1). Pero nosotros podríamos preguntar, ¿por qué se enojan de manera tan feroz los cristianos? ¿Por qué la juventud desea la guerra y corre a las armas?[249]. Si es inadecuado para los gentiles, mucho más lo es para nosotros ser tan tiránicos como los españoles en las Indias Occidentales que mataron en cuarenta y dos años (si podemos creer a Bartolomé de las Casas[250], su propio obispo) a doce millones de hombres con tormentos sorprendentes y refinados: «no mentiría, dice él, si dijese cincuenta millones». Omito las masacres francesas, las Vísperas Sicilianas, las tiranías del Duque de Alba[251], nuestra Conspiración de la Pólvora, y esta «cuarta furia», como la llama uno[252], la Inquisición española, que hace sombra a las diez persecuciones de los cristianos. Así es como el impío Marte maltrata el universo[253]. ¿No es éste un mundo loco, como lo denomina Jansen Gallobelgicus[254], una guerra loca? ¿No están locos, como concluye Escalígero[255], los que dejan batallas tan frecuentes como memoriales perpetuos de su locura para todas las épocas? ¿Crees que todo esto habría forzado a Demócrito a reirse, o más bien le haría cambiar su tonada, alterar su tono y llorar con Heráclito[256], gemir, rugir y mesarse los cabellos por conmiseración, quedarse atónito[257]; o, como imaginan los poetas que quedó Niobe por el dolor, estupefacta y convertida en piedra? Todavía no he dicho lo peor, lo que es más absurdo y loco de estos tumultos, sediciones, guerras civiles e injustas[258]: lo que se comienza por necedad, se continúa criminalmente y acaba en miseria[259].

A tales guerras me refiero, pues no todas se deben condenar, como falsamente piensan los fantasiosos anabaptistas. Nuestras escuadras cristianas son absolutamente tan necesarias como las líneas romanas y como las falanges griegas; ser soldado es una de las profesiones más nobles y honradas que puede haber en el mundo, de la que no se ha de prescindir. Son nuestras mejores murallas y baluartes, y por lo tanto reconozco como cierto lo de Cicerón[260]: «todas nuestras cuestiones civiles y nuestros estudios, toda nuestra defensa, diligencia y nuestro encomio están bajo la protección de las virtudes guerreras, y siempre que hay sospecha de tumultos, nuestras artes cesan». Las guerras son muy importantes, y los guerreros son más útiles al estado que los agricultores, como defiende Máximo de Tiro[261], y el valor es muy encomiable en un hombre sabio; pero se equivocan mucho, según la observación de Galgaco en Tácito, pues denominan, con nombre incorrecto, virtud al robo; el asesinato, la rapiña, raptos, matanzas, masacres, etc., son bonitos pasatiempos, como apunta Juan Luis Vives. «Normalmente, a las sanguijuelas más cerebro de mosquito, a los más ladrones, a los villanos más desesperados, los bribones traicioneros, asesinos inhumanos, a los miserables temerarios, crueles y disolutos, los llaman espíritus valientes y generosos, capitanes heroicos y valerosos, hombres bravos en las armas»[262], «soldados valientes y renombrados, pero

están poseídos de una convicción insensata de falso honor», como se queja Pontus Heuter en su *Rerum Burgundicarum libri sex.*

Por todo esto, se da que a diario se ofrezcan tantos como voluntarios, dejando a sus dulces esposas, hijos, amigos por seis peniques –si los pueden conseguir– al día, para prostituir sus vidas y sus cuerpos, desean enrolarse, hacer de centinelas escondidos, dar el primer asalto, estar en primera línea de la batalla, marchando con valentía entre el alegre clamor de tambores y trompetas, con tal vigor y celo, tantos estandartes ondeando al viento, armaduras brillantes, movimientos de plumas, bosques de lanzas y espadas, variedades de colores, coste y magnificencia, como si entrasen triunfantes y victoriosos en el Capitolio, y con tal pompa como cuando el ejército de Darío marchaba al encuentro de Alejandro en Isso. Desprovistos de todo temor, corren a los peligros inminentes, a la boca de los cañones, etc., para que la espada del enemigo se despunte con su propia carne, dice Marino Barlesio[263], para conseguir un nombre de valor, honor y aplauso, que no dura nada, pues esta fama es un mero fogonazo, y, como una rosa, se va en un instante. De los quince mil mercenarios muertos en batalla, apenas quince se recuerdan en la historia, o uno solo, el general quizá, y después de un tiempo su nombre y el de los otros se borran igualmente, y la misma batalla se olvida. Los oradores griegos, con gran ingenio y elocuencia, exponen las derrotas renombradas de las Termópilas, Salamina, Maratón, Micale, Mantinea, Queronea, Platea. Los romanos han puesto por escrito sus batallas de Cannas y de los campos Farsalios, pero casi no han terminado de escribirlas y ya no oímos nada de ellas. Y sin embargo este supuesto honor, aplauso popular, deseo de inmortalidad por estos medios, el orgullo y la vanagloria, les incitan (muchas veces temeraria e imprudentemente) a matarse a ellos mismos y a muchos otros. Alejandro estaba afligido porque no había más mundos para que él los conquistase, y algunos lo admiran por eso, eran las palabras de un príncipe, pero como el sabio Séneca[264] le censura, eran las palabras de un loco de manicomio; y esa frase que el mismo Séneca destina a su padre Filipo y a él, yo la aplico a todos: «hicieron tanto mal a los hombres mortales como el agua y el fuego[265], elementos crueles cuando se enfurecen[266].

Lo que es todavía más lamentable, están persuadidos de que este infernal tipo de vida es sagrado, prometen el cielo a los que arriesgan sus vidas en una guerra santa, y por estas guerras sangrientas, como las persas[267], griegas, y romanas de antaño, o como actualmente hacen los turcos con el vulgo, les alientan a luchar, a que mueran miserablemente[268]. «Si mueren en el campo de batalla, van directamente al cielo, y serán canonizados como santos» (¡Oh invención diabólica!), les ponen en las crónicas, para su eterna memoria; mientras en verdad, como sostienen algunos, sería mucho mejor (pues la guerras son el azote de Dios contra el pecado,mediante ellas castiga la displicencia y necedad de los hombres mortales) que tales ejemplos brutales se suprimieran, porque no conducen en absoluto a los buenos modales o a la buena vida[269]. Pero lo considerarán así de cualquier modo, y así «ponen una nota de

divinidad en la plaga más cruel y perniciosa del género humano», adoran a esos hombres con grandes títulos, grados, estatuas, imágenes, honor, les aplauden y recompensan mucho por sus buenos servicios: no hay gloria mayor que la de morir en el campo. Así encomia Ennio al Africano; Marte y Hércules[270], y no sé cuántos además en la Antigüedad fueron divinizados, llegaron así al cielo, pero eran en realidad carniceros sanguinarios, destructores malvados y alborotadores del mundo, monstruos prodigiosos, cancerberos, plagas salvajes, devoradores, vulgares ejecutores de la humanidad, como prueba verdaderamente Lactancio, y Cipriano dice a Donato. Luchaban desesperadamente en las guerras, y se arrojaban a la muerte (como los celtas en Damasco, con valor ridículo, que pensaban que era un deshonor abandonar un muro en ruinas, proclive a caer sobre sus cabezas); los que no corran a la punta de una espada o los que traten de evitar el disparo de un cañón, son viles cobardes y no hombres valientes. Con esto, la tierra se revuelca en su propia sangre, se excita un deseo loco de guerra con todos sus horrores[271], y aquello por lo cual, si se hiciera en privado, un hombre sería ejecutado rigurosamente, «que no es mucho menos grave que el asesinato en sí mismo; si el mismo hecho se realizase en público en las guerras, se llamaría valor, y se honraría al interesado por ello»[272]. El vicio, cuando es próspero y afortunado, se llama virtud[273]. Juzgamos todo como lo hacen los turcos, por los éxitos, y en su mayor parte, como nota Cipriano, en todas las épocas, países, lugares, la magnitud de la maldad del hecho justifica al ofensor, cuanto mayor es el crimen antes se le concede la impunidad. Se corona a uno por lo que a otro se le atormenta[274]. A uno se hace caballero, *lord*, conde, gran duque (como anota Agrippa[275]), por lo que a otro se le habría colgado en la horca para escarmentar al resto,

«Si otro hubiese hecho lo mismo se le habría llevado ante el juez»[276].

Se colgó a un pobre ladrón de ovejas por robar provisiones, apremiado quizás por necesidad del frío intolerable, el hambre y la sed, para evitar morir de hambre; pero un gran hombre en el poder, seguramente puede robar provincias completas[277], destruir a miles de personas, saquear y depredar, oprimir a voluntad? huir, pulverizar, tiranizar, enriquecerse con saqueos del vulgo, puede ser incontrolable en sus acciones, y después de todo ello, ser recompensado con títulos pomposos, honrado por sus buenos servicios, y nadie se atreverá a encontrar un error o murmurar sobre eso[278].

Cómo se habría conmovido Demócrito al ver que un miserable malvado o «demente, un verdadero idiota, de pocas luces, un asno de oro, un monstruo de hombre tiene a muchos hombres buenos, sabios, eruditos que le sirven con toda sumisión, como un apéndice a sus riquezas[279], por un solo motivo: porque tiene más riqueza y dinero; y le honran con títulos divinos y epítetos ampulosos», sofocan con panegíricos y elogios a quien saben que es un tonto, un necio, un infeliz codicioso, una bestia, etc., «porque es rico»[280]. Al ver un asno con piel de león, un cadáver sucio y repugnante, una cabeza de Gorgona hen-

chida de parásitos, tomar para sí títulos gloriosos, pero que vale menos que un niño, que es como un asno cumano, un sepulcro blanqueado, un templo egipcio. Al ver una cara mustia, una complexión enfermiza, deforme, como un cangrejo, un esqueleto corrompido, una mente venenosa y un alma epicúrea, adornada con perlas orientales, joyas, diademas, perfumes, objetos exóticos y elaborados, tan orgulloso de sus trajes como un niño con zapatos nuevos. Al ver a una buena persona de semblante angelical y divino, un santo, una mente humilde, un espíritu dócil, vestido con andrajos, mendigando y casi a punto de morir de hambre. Al ver a un chiflado desaliñado y despreciable en sus vestiduras, con un abrigo andrajoso, pero educado en su discurso, de espíritu divino, sabio; al ver a otro de trajes limpios, pulido, lleno de cortesía, pero falto de gracia, ingenio, diciendo disparates.

Al ver tantos juristas y abogados, tantos tribunales y tan poca justicia; tantos magistrados y tan poca preocupación por el bien común, tantas leyes y sin embargo no menos desórdenes; un tribunal, un campo sembrado de litigios; un tribunal, un laberinto; tantos miles de pleitos en un solo tribunal a veces, resueltos de forma a veces violenta. Al ver al mayor malhechor a menudo administrando justicia, al más impío ocuparse de la religión, al más ignorante presidir la cultura, al más vago organizar el trabajo, y al más insensible en la distribución de la caridad. Al ver a un cordero ejecutado, a un lobo dictar sentencias[281], a un bandido que es distinguido y a un ladrón sentado en la tribuna, a un juez que castiga severamente a los otros, comportarse mal él mismo, el mismo hombre comete el robo y lo castiga[282], castiga un robo y es él mismo el ladrón[283]. Las leyes alteradas, malinterpretadas, interpretadas a favor o en contra, lo que hacen con el juez los amigos, sobornarle o influirle de alguna forma; como una nariz de cera, buena hoy, nada mañana[284]: o firme en esta opinión y maleable en esta otra. Retrasada la sentencia, cambiada a gusto del juez, siempre el mismo caso: «uno privado de su herencia, otro la consigue con falsedades por medio de favores, hechos o testamentos falsos»[285]. Las leyes se hacen y no se observan, o si se ponen en ejecución, son los tontos los que son castigados[286]. Pongamos por caso la fornicación: el padre desheredará y desposeerá a su hijo, casi le echará: «¡Vete, villano, no aparezcas más ante mi vista!»; se atormenta miserablemente a un hombre pobre quizá con la pérdida de su patrimonio, sus bienes, su fortuna, su buen nombre, para siempre desgraciado, abandonado, y debe hacer penitencia hasta el último extremo, un pecado mortal, y todavía llevar la peor parte; no ha hecho nada más, dice Tranio en Plauto[287], que lo que hacen normalmente los caballeros. No hay nada nuevo, nada extraño, nada diferente de lo que hacen otros[288]. Pues en una gran persona, un *Sir* respetabilísimo, un grande honorabilísimo, no es un pecado venial, ni siquiera un pecadillo, no es una ofensa en absoluto, sino algo común y habitual, nadie se da cuenta de ello; lo justifica en publico y quizá se jacta de ello,

> «Pues lo que sería vergonzoso para Titio y Seyo, ciudadanos honrados, eso mismo era decoroso para Crispino»[289].

Muchos pobres hombres, hermanos menores, etc., a causa de una mala conducta, de una educación ociosa (pues posiblemente no se les educa en ningún tipo de vocación) se ven impulsados a mendigar o robar, y entonces se les ahorca por robo[290]. Entonces ¿qué puede ser más ignominioso?: un príncipe no estará menos desacreditado por las frecuentes condenas de sus súbditos que un médico por las muertes frecuentes de sus pacientes; es culpa del gobernante. Como hacen los maestros, que castigan a sus alumnos antes de decirles dónde se equivocan. «Era más necesario ver la forma de que no hubiese más ladrones ni mendigos, a base de una buena instrucción y de evitar las ocasiones, pero si se les deja a su aire como ahora, corren hacia su propia destrucción»[291]; extirpar igualmente las causas de las riñas, el exceso de juristas, y conciliar controversias, pleitos que duran años y años, por algún otro medio más rápido. Mientras que ahora por cualquier tontería y fruslería recurren a las leyes; los tribunales son un manicomio, y la rabia de los litigantes no tiene límites[292]; están preparados para cortarse las gargantas unos a otros por cuestiones de intereses, «exprimir la sangre –dice Jerónimo– del corazón de sus hermanos». Difaman, mienten, deshonran, murmuran, injurian, levantan falso testimonio, juran, abjuran, luchan y riñen, gastan sus bienes, vidas, fortunas, amigos, se arruinan unos a otros para enriquecer a cualquier harpía de abogado que se ceba en los dos y grita: «Vamos, Sócrates, vamos, Jantipa»; o algún juez corrupto, que como el milano de Esopo, mientras el ratón y la rana luchaban, se llevó a ambos[293]. Normalmente se ceban uno en otro como aves rapaces, bestias brutas, peces devoradores, sin punto medio: o engañan o son engañados, o despedazan a los otros o son despedazados[294]; como los cubos de un pozo, cuando uno sube el otro baja, uno está vacío, el otro está lleno; la ruina de uno es una escalera para otro, tales son nuestros procedimientos ordinarios.

¿Qué es el mercado? Un lugar, de acuerdo con Anacarsis, donde se engañan unos a otros, una trampa. ¿Qué es el mundo mismo? Un vasto caos, una confusión de tipos diversos, tan variable como el aire, un manicomio, una tropa turbulenta llena de impurezas, un mercado de espíritus vagantes, duendes, el teatro de la hipocresía, una tienda de picardía y adulación, un aposento de villanías, la escena de las murmuraciones, la escuela del desvarío, la academia del vicio; una guerra donde quieras o no debes luchar y vencer o ser derrotado, en la que o matas o te matan; en la que cada uno está por su propia cuenta, por sus fines privados, siempre en guardia. Sin caridad, amor, amistad, temor de Dios, alianza, afinidad, consanguinidad, la religión cristiana puede contenerlos, pero si se les ofende de alguna manera o se toca esa cuerda del interés, se vuelven malvados[295]. Los viejos amigos se convierten en crueles enemigos en un instante por tonterías y pequeñas ofensas, y los que antes estaban deseosos de manifestar todo tipo de muestras mutuas de amor y amabilidad, ahora se ultrajan y persiguen unos a otros a muerte, con un odio mayor que el de Vatinio, y no se reconciliarán. Mientras les sea provechoso, se aman o se pueden beneficiar mutuamente, pero cuando no se pueden esperar más ventajas, como hacen con un perro viejo, le cuelgan o le disparan. Catón[296] con-

sidera un gran indecencia utilizar a los hombres como a zapatos viejos, o cristales rotos que se arrojan al estercolero; él no tendría el coraje de vender un viejo buey, mucho menos para echar a un antiguo sirviente; al cual los otros en vez de recompensarle, le ultrajan, y cuando le han convertido en instrumento de su villanía, como hizo el emperador de los turcos Bayaceto II con Acomethes Basa[297], se libra de él, o en vez de recompensarle, le odia a muerte, como hizo Tiberio con Silio[298]. En una palabra, cada hombre sólo se preocupa por sus propios intereses. Nuestro *summum bonum* es el interés, y la diosa a la que adoramos, la Reina Moneda, a la que ofrecemos a diario sacrificios, que gobierna nuestros corazones, manos, afecciones, todo[299]: la diosa más poderosa, por la que se nos ensalza, humilla, eleva, estima, la única guía de nuestras acciones[300], por la que rogamos, corremos, galopamos, vamos, volvemos, trabajamos y disputamos como lo hacen los peces por una miga que cae en el agua[301]. No tienen importancia la virtud (eso está bien para las obras de teatro), la sabiduría, el valor, el conocimiento, la honestidad, la religión ni cualquier cualidad por la que seamos respetados, sólo el dinero, la grandeza, el cargo, el honor, la autoridad[302]. La honestidad se considera necedad; la picardía, una norma; se admira a los hombres por lo que parecen[303], no como son, sino como parecen ser; tal cambio, mentira, debastamiento, conspiración, contraconspiración, temporización, jactancia, fraude, hipocresía, «que necesariamente uno ofenderá mucho a Dios si está conforme con el mundo», actuando en Creta como los cretenses, «o si no, vivirá en el desprecio, la desgracia y la miseria»[304]. Uno aparenta la temperancia, la santidad, otro la austeridad, un tercero, un tipo afectado de sencillez, mientras en realidad él, y él, y él y el resto son hipócritas, ambiguos[305], apariencias, como tantas pinturas giratorias, por un lado un león, por el otro un cordero[306]. ¿Cómo se habría quedado Demócrito al ver estas cosas?

Al ver a un hombre convertirse en cualquier cosa, como un camaleón, o como Proteo, que se transforma en todas las formas posibles, representar veinte partes y personajes a la vez, ser oportunista y variar como el planeta Mercurio, bueno con lo bueno, malo con lo malo; tener una cara, un aspecto y un carácter diferentes para cada uno con el que se encuentra; capaz de adoptar todas las religiones, humores, inclinaciones, de mover la cola como un *spaniel*, con obediencias fingidas e hipócritas, de enfurecerse como un león, ladrar como un perro, luchar como un dragón, morder como una serpiente, tan manso como un cordero y sin embargo enseñar los dientes como un tigre, llorar como un cocodrilo, insultar a algunos, y aun así otros le dominan, aquí mandan, allí se rebajan, tiranizan en un sitio, se les frustra en otro; un sabio en casa, un necio afuera, haciendo reír a la gente.

Al ver tanta diferencia entre las palabras y los hechos, tantas parasangas entre la lengua y el corazón, a los hombres que, como actores, representan una gran variedad de papeles y dan buenos preceptos a otros, mientras que ellos mismos se arrastran y revuelcan sobre el suelo[307].

Al ver a un hombre declarar amistad, besarle la mano a quien querría ver

decapitado[308], sonreír con la intención de perjudicar, o engañar al que saluda[309], alabar a su amigo indigno con elogios hiperbólicos; a su enemigo, aunque buen hombre, envilecerle y deshonrarle, así como a todas sus acciones, con el mayor rencor y malicia que se pueden inventar[310].

Al ver a un sirviente con dinero como para comprar a su señor, al que lleva la maza siendo más valorado que el magistrado[311], lo que Platón prohibe completamente en el libro 11 de las *Leyes* y Epicteto abomina. A un caballo que cultiva la tierra le alimentan con paja, y un rocín ocioso tiene forraje en abundancia; el que hace zapatos va descalzo, el que vende carne casi se muere de hambre, un trabajador a jornal se marea de hambre y un zángano prospera.

Al ver a un hombre comprar humo en vez de mercancías, castillos construidos por cabezas de necios, hombres que siguen las modas como monos en las ropas, gestos y acciones, y «si el rey se ríe, todos se ríen»;

> «Si te rieses, él se reiría a carcajadas; te ve llorar y las lágrimas brotan de sus ojos»[312].

Alejandro se inclinaba, y así lo hacían sus cortesanos[313]; Alfonso volvía la cabeza, y así lo hacían sus parásitos. Sabina Popea, la mujer de Nerón, llevaba el pelo de color ámbar, y así lo hicieron todas las mujeres romanas al instante; su aspecto era el de todas[314].

Al ver a hombres totalmente llevados por las emociones, admirados y censurados por opiniones sin juicio; una multitud desconsiderada, como los perros de un pueblo, si uno ladra, todos ladran sin motivo. En la medida que gira la rueda de la fortuna, si un hombre está favorecido o recomendado por algún grande, todo el mundo le aplaude; si cae en desgracia, en un instante todos le odian[315], y como el sol cuando se eclipsa: antes no lo tenían en cuenta, ahora lo contemplan y fijan la mirada en él.

Al ver a un hombre que tiene el cerebro en el estómago[316], las tripas en la cabeza, que lleva cien robles a la espalda, que devora cien bueyes en una comida, es más, devora casas y ciudades, o como los antropófagos, que se comen unos a otros[317].

Al ver a un hombre crecer como una bola de nieve desde la más baja mendicidad a los títulos de venerabilísimo y honorabilísimo, colocarse injustamente honores y oficios; a otro no cuida su mente y daña su alma para acumular riquezas que no disfrutará, que su hijo pródigo fundirá y consumirá en un instante[318].

Al ver la envidia de nuestros tiempos, a un hombre aplicar sus fuerzas, medios, tiempo, fortuna, para ser el favorito del favorito del favorito, etc., el parásito del parásito del parásito, cuando podría despreciar ese mundo servil, porque él ya tiene suficiente para vivir.

Al ver al mocoso de un mendigo hirsuto, que alimentado únicamente de mendrugos, se arrastraba y lloriqueaba, llorando por todo, y que a cambio de un viejo sayuelo portaba un cartel, que ahora se mueve entre seda y satén, valerosamente montado, jovial y educado, y que ahora desprecia a sus antiguos

amigos y familiares, descuida a su familia, insulta a sus mayores, altivo con todos ellos.

Al ver a un sabio rebajarse y arrastrarse ante un paisano iletrado por carne para la comida. Un escribano mejor pagado por una obligación; un halconero que recibe mayor paga que un estudiante; un abogado que gana más en un día que un filósofo en un año, mejor remunerado por una hora que un estudiante por doce meses de estudio; el que puede pintar a Thais, tocar el violín, rizar el pelo, etc., gana ascensos antes que un filólogo o un poeta.

Al ver a una madre cariñosa, como la mona de Esopo, abrazar a su hijo hasta la muerte; a un marido consentidor hacer la vista gorda ante la deshonestidad de su esposa, y demasiado perspicaz en otros asuntos[319]. Uno tropieza con una paja y salta una piedra; roba a Pedro y paga a Pablo. Con una mano araña dinero injusto, compra grandes haciendas mediante corrupción, fraude y engaño, y con la otra distribuye liberalmente entre los pobres, da el resto a obras pías, etc. Escatima en lo pequeño y derrocha en lo grande; los ciegos juzgan sobre los colores; los sabios callan y los necios hablan; encuentran los errores ajenos, pero ellos lo hacen peor[320]; denuncian en público lo que hacen en secreto[321], y lo que Aurelio Víctor alaba de Augusto, lo censura en un tercero, siendo él mismo el más culpable.

Al ver a un pobre tipo o a un sirviente asalariado arriesgar su vida por su nuevo señor, que apenas si le dará su paga al final del año; un colono del campo trabajar como una bestia, cultivar y afanarse por un zángano pródigo y ocioso que devora toda la ganancia o la consume lascivamente con gastos absurdos; a un noble que encuentra la muerte por una bravata, y matarse por un pequeño fogonazo de fama; a una cortesano temblar ante un albacea testamentario, y no temer al fuego del infierno; desear y anhelar la inmortalidad, desear ser feliz, y sin embargo evitar por todos los medios la muerte, un paso necesario para llegar a ello.

Al ver a un tipo temerario como los antiguos daneses, que preferiría morir antes que ser castigado, con un humor atolondrado abrazar la muerte con alacridad, y sin embargo despreciar el lamento por sus propios pecados y miserias o la partida de sus amigos más queridos[322].

Al ver a los sabios humillados, a los necios preferidos; a uno que gobierna ciudades y villas, y sin embargo una mujer tonta le domina en casa; manda en una provincia, y sin embargo sus criados o sus hijos le prescriben leyes[323], como hacía en Grecia el hijo de Temístocles, «lo que quiero, dice, lo quiere mi madre, y lo que quiere mi madre, lo hace mi padre». Al ver a los caballos ir en una carroza, y a los hombres tirar de ella; a los perros devorar a sus dueños; a las torres construir albañiles; a los niños mandar; a los ancianos ir a la escuela; a las mujeres llevar los pantalones; a las ovejas destruir ciudades, devorar a los hombres, etc.[324] Y en una palabra, el mundo vuelto del revés. ¡Oh, si viviera Demócrito!

Insistir en cada particular sería uno de los trabajos de Hércules, hay tantos ejemplos ridículos como moléculas en el sol[325]. ¡Cuánta vanidad hay en las

cosas! ¿Y quién puede hablar de todo? «Por un crimen se conoce a todos los demás», toma esto como una muestra.

Pero todo esto es obvio para el sentido, trivial y conocido, fácil de discernir. ¿Cómo se habría conmovido Demócrito si hubiese visto los secretos de sus corazones?[326]. Si cada hombre tuviese una ventana en el pecho, cosa que Momo quería haber tenido en el hombre de Vulcano, o lo que Cicerón deseaba tanto, que se escribiera en la frente de cada hombre lo que pensaba, o que se pudiera hacer en un instante lo que hizo Mercurio por medio de Caronte en Luciano, tocándole los ojos para hacerle discernir inmediatamente rumores y susurros,

> «Esperanzas y deseos ciegos, sus pensamientos y acciones, susurros y rumores y las preocupaciones volátiles».

Que pudiese abrir las puertas de las alcobas y penetrar los secretos de los corazones, como deseaba Cipriano[327], abrir puertas y candados, hacer saltar los pestillos, como hizo el Gallo de Luciano con una pluma de su cola; o el anillo invisible de Giges, o algún cristal de rara perspectiva, o el *otacusticon*[328], que multiplicaría las imágenes de tal modo que un hombre podría oír y ver todas a la vez (como hizo el Júpiter de Marciano Capella con una lanza que tenía en la mano, que le presentaba todo lo que se hacía a diario en la faz de la tierra[329]), observar los cuernos de los cornudos, las falsificaciones de los alquimistas, la piedra filosofal, nuevos proyectos, etc., y todas las obras de la oscuridad, votos necios, esperanzas, temores y deseos. ¡Cuánta risa le habría producido! Habría visto molinos de viento en la cabeza de un hombre, el nido de un abejorro en la de otro. O si hubiese estado con Icaromenipo en Luciano en el lugar de los secretos de Júpiter, y hubiese oído una plegaria por la lluvia, otra por el buen tiempo; una por la muerte de sus esposas, otra por la de su padre, etc. «Pedir de las manos divinas lo que les sonrojaría si algún hombre lo oyese»[330], ¡cuán confundido se habría quedado! ¿Crees que habría dicho, él o cualquier otro hombre, que estos hombres están en su sano juicio? ¿Puede todo el eléboro de Anticira curar a estos hombres? Seguramente no, «un acre de eléboro no lo conseguirá»[331].

Lo que más se debe lamentar es que están locos como la ciega de Séneca, y no reconocerán ni buscarán ninguna curación para ello[332], pues «pocos ven sus enfermedades, todos las aman». Si una pierna o un brazo nos molestan, deseamos por todos los medios remediarlo, y si padecemos una enfermedad corporal, mandamos buscar a un médico[333]; pero las enfermedades de la mente no las tomamos en cuenta[334]. La lujuria nos perturba por un lado, la envidia, la ira y la ambición por el otro. Las pasiones nos despedazan, como caballos salvajes, unas en disposición, otras en hábito; uno es melancólico, otro loco[335]. ¿Y quién, de entre todos los que buscamos ayuda, reconoce su error o sabe que está enfermo?[336]. Como aquel tipo estúpido que apagó la vela para que las pulgas que le picaban no le encontrasen; otro se refugia en un hábito que no es el suyo, o en títulos prestados, para que nadie le pueda descubrir. Cada uno piensa

para sí «me considero sano», estoy bien, soy sabio, y se ríe de los demás. Y es un error común que ridiculicemos y rechacemos en nuestros tiempos como absurdo lo que nuestros antepasados han aprobado, la dieta, el vestido, las opiniones, humores, costumbres, modales. Los ancianos consideran a los jóvenes locos[337], cuando son meros tontos; y, según los marineros, cuando ellos se mueven, la tierra permanece quieta; el mundo tiene mucho más ingenio, ellos desvarían.

Los turcos se burlan de nosotros, nosotros de ellos; los italianos de los franceses, considerándolos tipos necios; los franceses se mofan a su vez de los italianos y de sus diversas costumbres; los griegos han acusado a todo el mundo (salvo a ellos mismos) de barbarie, y el mundo les envilece de la misma manera hoy; nosotros consideramos a los alemanes como tipos testarudos y atolondrados, criticamos muchas de sus modas; ellos piensan lo mismo de nosotros con el mismo desprecio; los españoles se ríen de todos, y a su vez todos se ríen de ellos. Así, somos todos necios y ridículos, absurdos en nuestras acciones, carruajes, dieta, vestido, costumbres y deliberaciones; nos burlamos unos de otros y nos señalamos con el dedo unos a otros[338], mientras, en conclusión, estamos todos locos, «y los más asnos son los que más esconden sus orejas»[339]. Si un hombre cualquiera se decide por algo o se forma un juicio, considerará como idiotas y asnos a todos los que no piensan como él[340], a los que no tienen las mismas opiniones; «los hombres consideran que sus deseos son siempre apropiados»[341], son necios todos los que no piensan como él. No dirá con Ático, «que cada hombre disfrute de su esposa»; sino que sólo la suya es buena, y desprecia a todos frente a sí mismo, no imitará a nadie, no oirá a nadie sino a sí mismo[342], como dijo Plinio, «un ejemplo para sí mismo»[343].

Y lo que Hipócrates reprendía antiguamente en su epístola a Dionisio se verifica en nuestros tiempos, «lo que él mismo no tiene o no aprecia, lo considera una superfluidad», una cualidad ociosa, una mera vanidad en los otros. Como el zorro de Esopo, cuando había perdido su rabo, habría querido que todos los demás zorros se cortaran los suyos. Los chinos dicen que los europeos tenemos un ojo, y ellos dos, y todos los demás están ciegos (aunque Escalígero los considera también brutos, meras bestias[344]). Así, sólo tú y tus secuaces sois sabios, los otros son indiferentes, el resto son meros idiotas y asnos. Así, sin reconocer nuestros propios errores e imperfecciones, nos burlamos de los otros con seguridad, como si sólo nosotros estuviésemos libres de fallos y fuéramos espectadores del resto, considerando algo excelente, hacernos felices con las aberraciones de otros, mientras él mismo es mucho más imperfecto que el resto; cambiando el nombre, el cuento habla de ti, se te puede llevar por la nariz como un necio. Es lo que uno llama «la mayor exhibición de locura», o bien ser ridículo ante otros, y no percibirlo, o darse cuenta de ello, como Marsias cuando disputaba con Apolo, «pero sin darse cuenta de que se le tenía como ridículo», dice Apuleyo[345]. Es su propia causa, es un loco convicto, como bien infiere Agustín, «a los ojos de los sabios y de los

ángeles parece como ante nuestro entendimiento el que anda con los talones hacia arriba»[346]. Así, tú te ríes de mí, y yo de ti, los dos de un tercero, y él vuelve lo del poeta contra nosotros de nuevo; «acusamos a los otros de locura, de necedad, y nosotros mismos somos los más tontos»[347]. Pues es un gran signo y propiedad del necio (apuntado por el Ecclesiastés 10, 3) insultar con orgullo y presunción, difamar, condenar, censurar, y llamar a los otros necios («no vemos lo que contiene la mochila que llevamos a la espalda»), tachar en otros aquello en lo que nosotros somos muy defectuosos; enseñar lo que no seguimos nosotros mismos: que un hombre inconstante escriba de constancia, que un vividor profano prescriba reglas de santidad y piedad, que un tonto incluso haga un tratado sobre sabiduría, o quien con Salustio injurie a los ladrones de países, y sin embargo él mismo sea por oficio uno de los más lastimosos saqueadores[348]. Esto demuestra su debilidad, y es un signo evidente de indiscreción de tales individuos. «¿Quién de nosotros merece más ser crucificado?»[349]. «¿Quién es el loco ahora?». O quizá en algunos sitios «estamos todos locos en compañía y así no se ve la locura[350]»; «la conjunción del error y de la locura llevan igualmente a lo absurdo y lo extraño».

Ocurre entre nosotros como ocurrió en la Antigüedad (al menos en la crítica de Cicerón[351]) con C. Fimbria en Roma, un temerario, un cerebro de mosquito, un tipo loco, y así estimado por todos, salvo por los que estaban tan locos como él mismo. Ahora tal caso no se tiene en cuenta[352].

> «Cuando todos están locos, donde todos están igualmente afectados, ¿quién puede discernir a un loco del resto?».

Pero pongamos por caso que lo perciben, y alguno está tan manifiestamente convicto de locura, y ahora se da cuenta de su locura, sea en acción, gesto, habla[353], o en un vano humor que tiene como tendencia a la construcción, jactancia, charla, gasto, juego, cortejo, escritura, cháchara, por el que resulta ridículo ante los otros, por lo que desvaría, y lo reconoce así[354]; sin embargo, con toda la retórica que tienes, no puedes hacerle volver, sino que, por el contrario, perserverará en su desvarío. Es «una locura amable y una aberración gratísima de la mente», tan agradable, tan deliciosa, que no puede dejarla[355]. Sabe su error, pero no buscará renunciar a él; dile cuál será el resultado: la mendicidad, el dolor, la enfermedad, la desgracia, la vergüenza, las privaciones, la locura, sin embargo «un hombre enfadado preferirá la venganza, uno lascivo a su prostituta, un ladrón su botín, un glotón su estómago antes que su bienestar»[356]. Habla a un epicureísta, a un codicioso, a un ambicioso, acerca de su comportamiento irregular, sácale de él un rato, gritará enseguida que le has hundido, y como «un perro vuelve a su vómito»[357] él volverá de nuevo a ello. No valdrán ni persuasiones, ni consejos, digas lo que digas,

> «aunque grites y confundas el mar con el cielo»,

hablas a un sordo. Lo demuestra lo que hizo Ulises a Elpenor y Grillo y al res-

to de sus compañeros: «los hombres convertidos en cerdos»[358], incontestable su humor, serán cerdos siempre, machácales en un mortero, seguirán siendo lo mismo. Si un hombre estuviese en una herejía, o en alguna opinión equivocada, establecido como lo están algunos de nuestros ignorantes papistas, convence a su entendimiento, muéstrale las diversas locuras y absurdas vanidades de esa secta, fuérzale a decir, «me inclino ante la realidad», házselo tan claro como el sol: seguirá en su error, displicente y obstinado como es[359]; y como dijo Cicerón, «si me equivoco en esto, me equivoco voluntariamente y no quiero que se me quite este error»[360]; lo haré como lo he hecho, como lo han hecho mis antecesores, y como hacen ahora mis amigos[361]: desvariaré por la compañía. Dime ahora, ¿están locos estos hombres o no?[362]. «Responde, digo»[363]. ¿Son ridículos? «Coge el juez que quieras». ¿Son sensatos, sabios y discretos?, ¿tienen sentido común? «¿Cuál de los dos está más loco?»[364]. Por mi parte, soy de la opinión de Demócrito, les considero a todos merecedores de risa, una compañía de tontos, chiflados, tan locos como Orestes y Atamante[365], que pueden ir, «montar el asno» y navegar todos hacia Anticira en la «nave de los locos» para ir en compañía todos juntos. No necesito mucho esfuerzo para demostrar lo que digo de otra forma, ni hacer una solemne declaración ni jurar, pienso que me creeréis sin juramentos. Dilo en una palabra: ¿están locos o no? Os lo pregunto a vosotros, aunque seáis también vosotros mismos dementes y locos, y yo, como loco, os haga la pregunta. Pues ¿qué dijo nuestro Mercurio en la comedia? «Es una tontería pedir sensatez a los insensatos».

«Me someto a vuestra censura, así que ¿cuál es vuestra opinión?»[366].

Pero ya que he propuesto al principio que los reinos, provincias, familias, eran melancólicos así como los hombres concretos, los examinaré en particular, y todo lo que he dilatado hasta ahora casualmente en términos más generales, ahora insistiré en ello más en particular, lo probaré con argumentos, testimonios, ilustraciones más especiales y evidentes, y resumiéndolo. «Ahora escucha por qué todos están tan locos como tú»[367].

Mi primer argumento está tomado de Salomón, una flecha sacada de su carcaj sentencioso: «No seas sabio ante tus propio ojos» (Pr 3,7) y «¿Has visto a un hombre que se cree sabio en su propia vanidad? Más se puede esperar de un necio que de él» (Pr 26,12). Isaías se lamentaba de los hombres «que son sabios ante sus propios ojos y para sí mismos discretos» (Is 5,21). Pues de esto podemos colegir que es una gran equivocación[368] y que se engañan los hombres que piensan demasiado bien de sí mismos, es un argumento especial para considerarles locos. «Muchos hombres –dice Séneca– habrían sido sabios sin duda, si no hubiesen tenido la opinión de que ya habían conseguido la perfección del conocimiento, incluso antes de que hubiesen llegado a la mitad del camino», demasiado precoces, demasiado maduros, «demasiado rápidos y preparados, en un instante son sabios, píos, maridos, padres, sacerdotes, capaces y diligentes para todos los oficios»[369], teniéndose en un concepto demasia-

do bueno de su mérito, valor, habilidad, arte, conocimiento, juicio, elocuencia, sus partes buenas, y eso lo echaba a perder todo. Todos sus gansos son cisnes, y eso prueba claramente que no son más que necios. En otros tiempos no había sino siete sabios, ahora apenas podrías encontrar otros tantos necios. Tales envió a Bías el trípode de oro que encontraron los pescadores, y que el oráculo mandó que «se diera al más sabio»[370], Bías a Solón, etc. Si dicho trípode se encontrara ahora, todos lucharíamos por él, como lo hicieron las tres diosas por la manzana de oro, somos así de sabios: tenemos mujeres políticas, niños metafísicos; cualquier memo puede cuadrar un círculo, descubrir el movimiento perpetuo, encontrar la piedra filosofal, interpretar el *Apocalipsis*, hacer nuevas teorías, un nuevo sistema del mundo, una nueva lógica, una nueva filosofía, etc., dice Petronio: «nuestro país está tan lleno de espíritus deificados, de almas divinas, que es más fácil encontrar entre nosotros un dios que un hombre», tenemos tan buena opinión de nosotros mismos que es una prueba segura de gran demencia.

Mi segundo argumento se basa en un lugar semejante de las Escrituras, que, aunque ya ha sido mencionado antes, sin embargo se repite por algunos motivos (y con el permiso de Platón, puedo hacerlo, «no hace mal a nadie decir una cosa buena dos veces») «Locos –dice David– por sus transgresiones», etc. (Sal 107,17). De aquí infiere Musculus que todos los trasgresores deben necesariamente ser necios. Así lo leemos en Rm 2, 9: «La tribulación y la angustia están en el alma de cada hombre que obre el mal»; pero es que todos hacen el mal. E Isaías dice: «mis sirvientes cantarán con alegría y vosotros[371] lloraréis con el corazón triste y el espíritu atormentado» (Is 65, 14). Así lo ratifica el asentimiento común de todos los filósofos. «La deshonestidad –dice Cardano– no es más que necedad y locura». Muéstrame un hombre honesto[372]. «No hay un criminal que no esté loco», es el aforismo de Quintiliano para el mismo fin.

Si nadie es honesto, nadie sabio, entonces, todos son dementes. Y puede ser bien considerado así; pues «¿quién puede considerar de otro modo a quien va hacia atrás toda su vida, va al oeste cuando debe ir al este?». ¿O quién mantendrá que es sabio (dice Musculus[373]) «el que prefiere los placeres momentáneos a la eternidad, el que gasta los bienes de su señor en su ausencia, para ser inmediatamente condenado por ello?». «En vano es sabio el que no es sabio para sí mismo». ¿Quién dirá que un hombre enfermo es sabio, cuando come y bebe hasta destruir la templanza de su cuerpo? ¿Puedes considerar sabio o discreto a quien le gustaría de buena gana tener buena salud y sin embargo no hará nada que se la procure o mantenga? Teodoreto en el platónico Plotino «mantiene que es ridículo que un hombre viva según sus propias leyes, que haga cosas que son ofensivas para Dios, y que aún espere salvarse, y cuando descuida voluntariamente su propia salvación, y menosprecia los medios, que piense que le salvará otro»[374]. ¿Quién dirá que estos hombres son sabios?

Un tercer argumento se puede derivar del precedente. Todos los hombres se ven arrastrados por la pasión, el descontento, la lujuria, los placeres, etc.[375],

normalmente odian las virtudes que deberían amar y aman los vicios que deberían odiar. Por lo tanto, más que melancólicos, están completamente locos, son bestias brutas y faltas de razón, como sostiene Crisóstomo; o mejor, son muertos y enterrados vivos, como concluye con certeza Filón el Hebreo[376] de todos aquellos que se ven arrastrados por las pasiones o padecen cualquier enfermedad de la mente. «Donde hay miedo y tristeza», mantiene Lactancio firmemente, «allí no puede habitar la sabiduría»[377].

> «Quien tiene deseos, debe temer siempre, quien vive en el temor, no puede ser considerado por mí como libre».

Séneca y el resto de los estoicos son de la opinión de que donde existe la mínima perturbación, no se puede encontrar la sabiduría. «¿Qué hay más ridículo –como se pregunta Lactancio– que oír como azotaba Jerjes al Helesponto, atemorizaba al monte Atos y cosas semejantes?». Por hablar *ad rem*, ¿quién está libre de la pasión?[378]. Como determina Cicerón[379] siguiendo un poema antiguo, «ningún mortal puede evitar la pena y la enfermedad». La pena es un compañero inseparable de la melancolía. Crisóstomo alega, mucho más allá todavía, que son mucho más que locos, verdaderas bestias atontadas y faltas de sentido común. «Pues ¿cómo sabré, dice, que eres un hombre, si coceas como un burro, relinchas como un caballo detrás de las mujeres, rabias de lujuria como un toro, devoras como un oso, picas como un escorpión, rastreas como un zorro, tan insolente como un perro?; ¿diré que eres un hombre, si tienes todos los síntomas de ser una bestia? ¿Cómo sabré que eres un hombre?, ¿por tu forma? Eso me asusta más, pues veo una bestia con la forma de un hombre»[380].

Séneca[381] llama a lo de Epicuro un discurso heroico, «un loco siempre empieza a vivir» y lo considera una sucia ligereza en los hombres, poner todos los días nuevos intereses en su vida, pero ¿quién lo hace de otra forma? Uno viaja, otro construye, uno para este negocio, otro para aquél, y los viejos están tan mal como los demás. «¡Oh, la locura de la vejez!», exclama Cicerón. Por lo tanto, jóvenes, viejos y de edad mediana, todos son estúpidos, todos desvarían.

Eneas Silvio Piccolomini[382], entre muchos otros, establece tres formas de descubrir a un loco. Está loco el que busca lo que no puede encontrar; está loco el que busca lo que, al encontrarlo, le hace más daño que bien; está loco el que, teniendo una variedad de modos de llevar sus propósitos a buen fin, coge el que es peor. Si es así, creo que la mayoría de los hombres están locos; examina sus cursos y percibirás pronto cuán tontos y locos son la mayor parte.

Filippo Beroaldo[383] considera a los borrachos, bebedores y a los que se deleitan excesivamente en la bebida, como locos. El primer jarro calma la sed, así lo determina el poeta Panyasis en *Ateneo;* «el segundo alegra»; el tercero por placer, «el cuarto les hace locos». Si esta proposición fuese cierta, ¡qué catálogo de locos tendríamos! ¿Qué serán los que beben cuatro veces cuatro?

«¿No les trastorna la bebida más allá del furor y la locura?». Soy de su misma opinión, son mucho más que locos.

Los abderitanos tachaban a Demócrito de loco, porque a veces estaba triste y a veces de nuevo muy alegre[384]. «Sus paisanos –dice Hipócrates– le consideran loco porque se ríe», «por eso él aconseja a todos sus amigos de Rodas que no se rían demasiado ni estén demasiado tristes». Si los abderitanos nos hubiesen conocido y hubiesen visto cuánta burla y sonrisa burlona hay en esta época, sin duda habrían concluido que todos estamos fuera de nuestros cabales[385].

Aristóteles en su *Ética* sostiene que «sabio y feliz son términos permutables», «un hombre honesto es tan bueno como sabio». Es la paradoja de Cicerón, «los hombres sabios son libres, pero los necios son esclavos». La libertad es poder vivir de acuerdo con las propias leyes, como queremos nosotros mismos. ¿Quién tiene tal libertad?, ¿quién es libre?

> «Es sabio el que puede dominar su propia voluntad, valiente y constante consigo mismo. Al que ni la pobreza ni la muerte ni los vínculos le pueden atemorizar; el que frena sus deseos, desprecia los honores y es justo y recto»[386].

Pero ¿dónde se encontrará a un hombre tal? Si en ningún sitio, entonces *è diámetro* todos somos esclavos, sin sentido o peor. «Ningún hombre malo es feliz». Pero ningún hombre es feliz en esta vida, nadie es bueno, por lo tanto ninguno es sabio. «Los buenos son pocos y raros»[387]. Por una virtud, encontrarás diez vicios en la misma persona; «hay pocos Prometeos y muchos Epimeteos». Podemos quizá usurpar las palabras o atribuirlas a otros honoríficamente, como Carlos el Sabio de Francia, Felipe el Bueno de Burgundia, Luis el Piadoso, etc., y describir las cualidades que tendría un hombre sabio, como hace Cicerón con el orador, Jenofonte con Ciro, Castiglione con el cortesano, Galeno con algún temperamento, o como un aristócrata es descrito por los políticos. ¿Pero dónde encontraremos a ese hombre?

> «Un hombre bueno, sabio, una vez consultado Apolo, apenas se pudo encontrar uno entre un millón».

Un hombre es un milagro en sí mismo, pero Trimegisto añade, «el hombre sabio es una maravilla mayor», «muchos llevan el tirso, pero pocos son Bacos».

Alejandro, cuando se le presentó el rico y costoso cofre del rey Darío, y todo el mundo le aconsejaba qué llevar en él, lo reservó para guardar las obras de Homero, como la más preciada joya del genio humano, y sin embargo Escalígero[338] vitupera la musa de Homero, «nodriza de locura», impúdica como una cortesana que no se sonroja por nada. Jacob Mycillus, Gilbertus Cognatus, Erasmo y casi toda la posteridad, admiran el genio exuberante de Luciano, sin embargo Escalígero lo rechaza en su censura y le llama el Cerbero de las musas. Sócrates, a quien todo el mundo ha magnificado tanto, es condena-

do por Lactancio y Teodoreto como un necio. Plutarco ensalza el genio de Séneca sobre todos los griegos. Sin embargo, Séneca dice de sí mismo «cuando me apetece recrearme con un necio, me miro a mí mismo, y ya lo tengo»[389]. Cardano, en *De Subtilitate* (libro 16), cuenta doce filósofos supereminentes y agudos por su valía, sutileza y sabiduría: Arquímedes, Galeno, Vitrubio, Architas Tarentinus, Euclides, Geber, el primer inventor del álgebra, el matemático Al-Kindi, ambos árabes, con otros. Pero «su gran triunvirato», más allá de los demás, está formado por Ptolomeo, Plotino e Hipócrates. Escalígero (*exercitat.*, 224) se mofa de esta su opinión, llama a algunos de éstos carpinteros y mecánicos, considera a Galeno el «borde del vestido de Hipócrates». Y el mismo Cardano[390] acusa en otro sitio, tanto a Galeno como a Hipócrates, de aburrimiento, oscuridad y confusión. Paracelso les tiene por meros idiotas, menores de edad en medicina y filosofía. Escalígero y Cardano admiran a Suisset el Calculador «cuyos talentos eran casi sobrehumanos» y sin embargo Luis Vives[391] llama a sus ideas «simplezas suiséticas»; y Cardano, contradiciéndose a sí mismo, en otro sitio condena a los ancianos con respecto a los tiempos presentes, «nuestros mayores, comparados con la presente generación, se pueden llamar con justicia niños»[392]. En conclusión, los mencionados Cardano[393] y San Bernardo no admitirán a nadie en su catálogo de hombres sabios, más que a los profetas y apóstoles[394], cómo se consideran a sí mismos, ya lo habéis oído antes. Somos sabios en lo mundano, nos admiramos a nosotros mismos y buscamos el aplauso, pero escucha a San Bernardo: «cuanto más sabio eres para otros, más necio para ti mismo»[395]. No puedo negar que haya una locura permitida por el cielo, una furia divina, una locura santa, incluso una embriaguez espiritual en los mismos santos de Dios; «locura santa», la llama San Bernardo –aunque no como el blasfemo Conrad Vorst[396], que lo entendería como una pasión que acontece a Dios mismo– sino intrínseca a los hombres buenos, como Pablo, «estaba loco», etc. (2 Co), y deseaba «ser anatematizado por los demás» (Rm 9). Tal es la embriaguez de la que habla Ficino[397], cuando el alma se eleva y se extasía con el sabor divino del néctar celestial, que los poetas descifraron como el sacrificio de Dionisos; y en este sentido se puede decir con el poeta, como nos exhorta Agustín[398], «seamos todos locos y borrachos»[399]. Pero normalmente nos equivocamos y vamos más allá de nuestro cometido, nos tambaleamos al lado contrario y no somos capaces de hacerlo[400]. Y así como dijo un sacerdote egipcio[401] de los griegos, «vosotros, griegos, sois siempre niños», así también «vosotros, británicos, franceses, alemanes, italianos», etc., sois una compañía de necios.

Proceded ahora de las partes al todo, o del todo a las partes, y no encontraréis otro resultado; las partes se tratarán más ampliamente en este prólogo. El todo debe ser la conclusión de un sorites o inducción. Toda la multitud está loca[402], es «una bestia de muchas cabezas», precipitada y temeraria sin juicio, un tumulto ruidoso. Roger Bacon lo prueba siguiendo a Aristóteles[403], «lo que la comunidad considera como verdad es en su mayor parte falso». Siempre se oponen a los hombres sabios, y como todo el mundo es de este humor *(vul-*

gus), y tú mismo eres parte *de vulgo*, uno de la comunidad; y éste, y aquél, y también el resto. Por tanto, como concluye Foción, no harán caso de nada de lo que digas o hagas, como meros idiotas o asnos. Empieza entonces por donde quieras, ve hacia delante o hacia atrás, elige todo el paquete, pestañea y elige, los encontrarás todos parecidos, «como los arenques de un barril».

Copérnico, sucesor de Atlas, es de la opinión de que la Tierra es un planeta, se mueve e ilumina a otros, como hace la Luna con nosotros. Thomas Digges, William Gilbert, Kepler, Origanus y otros defienden esta su hipótesis con seriedad, y que la Luna está habitada; si fuera así, que la Tierra es una luna, será esa la causa de que seamos también volubles, vertiginosos y lunáticos dentro de este laberinto sublunar.

Podría producir tales argumentos hasta que cayera la noche, y si quisieras oír el resto

> «se haría de día antes de que se acabase la historia».

Pero de acuerdo con mi promesa, descenderé a los particulares. Esta melancolía se extiende no sólo a los hombres, sino también a los vegetales y a los animales. No hablo de esas criaturas que son saturninas y melancólicas por naturaleza, como el plomo y minerales semejantes, o plantas como la ruda, el ciprés, etc., y el mismo eléboro del que trata Agrippa[404], peces, pájaros y animales como liebres, conejos, lirones, etc., búhos, murciélagos, pájaros nocturnos; sino de la artificial, que se percibe en todos ellos. Si cambias de sitio una planta se marchitará, lo que se percibe especialmente en los datileros, así como puedes leer por extenso en *De Agricultura* de Constantino[405] la antipatía entre la viña y el repollo, el vino y el aceite. Pon un pájaro en una jaula, morirá de tristeza o un animal en un corral, o sepárale de sus crías o de sus compañeros, y mira qué efectos le causa. ¿Quién no percibe estas emociones comunes de las criaturas sensibles, el temor, la tristeza, etc.? De todos, los perros son los que están más sujetos a esta enfermedad, de tal modo que algunos sostienen que sueñan como los hombres, y por la virulencia de la melancolía se vuelven locos; podría relatar muchas historias de perros que han muerto de pena y han perecido por la pérdida de sus dueños, pero son normales en cualquier autor[406].

Los reinos, provincias y cuerpos políticos son asimismo sensibles y están sujetos a esta enfermedad, como ha demostrado por extenso Botero en su *Politica*[407]. «Como en los cuerpos humanos –dice– hay diversas alteraciones que proceden de los humores, del mismo modo hay muchas enfermedades en una república, que suceden de forma diversa por muchas destemplanzas», como se puede percibir por sus síntomas particulares. Así que donde vieres un pueblo civil, obediente a Dios y a los príncipes, juicioso, pacífico y tranquilo, rico, afortunado y floreciente[408], viviviendo en paz, unidad y concordia, un país bien cultivado, muchas ciudades bien construidas y populosas, donde, como decía Catón el Viejo[409], «la gente es limpia», educada y refinada, «donde se vive bien y felizmente», lo que los políticos ponen como fin principal de una

república, y lo que Aristóteles (*Política*, 3, 4) llama el «bien común»[410], Polibio (libro sexto) «una condición deseable y escogida», ese país estará libre de melancolía. Como ocurría en Italia en tiempos de Augusto, ahora en China, y también ahora en muchos otros países florecientes de Europa. Pero donde veas muchos descontentos, injusticias habituales, quejas, pobreza, barbarie, mendicidad, plagas, guerras, rebeliones, sediciones, motines, disputas, ociosidad, sedición, epicureísmo, que la tierra esté baldía, yerma, pantanosa, enfangada, desierta, etc., ciudades decaídas, villas humildes y pobres, pueblos abandonados, la gente escuálida, fea, incivil; ese reino, ese país es necesariamente infeliz y melancólico, tiene un cuerpo enfermo y necesita ser reformado.

Ahora bien, esto no puede llevarse a cabo correctamente hasta que las causas de estas enfermedades se quiten primero, que normalmente proceden de su propio descuido o de alguna inconveniencia accidental, como estar situada la nación o ciudad en un mal clima, demasiado al norte, estéril, en un lugar calmo, como el desierto de Libia, los desiertos de Arabia lugares carentes de agua; como los de Lop y Belgiam en Asia, o con malos aires, como en Alejandreta, Bantam, Pisa, Durazzo, San Juan de Ulloa, etc., o en peligro de continuas inundaciones marinas, como en muchos lugares de los Países Bajos; o en cualquier otro sitio cerca de malos vecinos, como los húngaros con los turcos, los podolios con los tártaros o cualquier otro país fronterizo donde viven siempre con temor y que por razón de las incursiones hostiles muchas veces quedan desolados. Así están las ciudades por las guerras[411], incendios, plagas, inundaciones, bestias salvajes[412], decadencia del comercio, puertos obstruidos, la violencia del mar, como puede testimoniar Amberes últimamente, Siracusa en la antigüedad, Brindisi en Italia, Rye y Dover entre nosotros, y muchas otras que en nuestros días recelan de la furia y rabia del mar, y trabajan contra ello, como los venecianos a un precio inestimable.

Pero las enfermedades más frecuentes son las que proceden de ellos mismos. Como, en primer lugar, cuando la religión y el servicio divino se descuidan, innovan o alteran, o donde no temen a Dios, no obedecen a su príncipe, donde el ateísmo, el epicureísmo, el sacrilegio, la simonía, etc., y todas esas impiedades se cometen libremente de modo que el país no puede prosperar. Cuando Abrahan vino a Gerar, y vio una mala tierra, dijo que con seguridad en aquel lugar no había temor de Dios. Cipriano Echovius[413], un corógrafo español, recomienda entre todas las ciudades de España a Barcelona, «en la que no hay mendigos, ni pobres, etc., sino que todos son ricos y están en buena posición» y da como razón «que todos eran más religiosos que sus vecinos». ¿Por qué fue saqueada Israel tan a menudo por sus enemigos, llevada a la cautividad, etc., sino por su idolatría, su descuido de la palabra de Dios, por el sacrilegio, incluso por culpa de un Akán? ¿Y qué podemos esperar que tengan tales multitudes de Akanes, ladrones de iglesias, defensores de simonías, etc., cómo pueden esperar florecer los que descuidan los deberes divinos, los que viven en su mayor parte como epicúreos?

Otros perjuicios comunes son generalmente nocivos para un cuerpo polí-

tico: la alteración de las leyes y costumbres, ruptura de privilegios, opresiones generales, sediciones, etc., observadas por Aristóteles[414], Bodin, Botero, Melchor Junius, Hemingus Arnisoeus, etc. Sólo señalaré las más importantes: la confusión, el mal gobierno que procede de los magistrados inexpertos, perezosos, ávidos, codiciosos, injustos, irreflexivos o tiránicos, cuando son necios, idiotas, infantiles, orgullosos, obstinados, parciales, indiscretos, opresores, frívolos, tiranos, incapaces o ineptos para tales oficios[415]. Muchas ciudades nobles y reinos florecientes han sido desoladas por esos motivos, todo el cuerpo del estado gime bajo tales cabezas[416], y todos los miembros están necesariamente descontentos, como en estos momentos esas buenas provincias de Asia menor que gimen bajo el peso del gobierno turco; y los vastos reinos de Moscovia, Rusia, bajo un duque tiránico[417]. ¿Quién ha oído nunca de países populosos más civilizados y ricos que los de Grecia y Asia Menor, «abundantes en todo tipo de riqueza, multitud de habitantes, fuerza, poder, esplendor y magnificencia»? ¿Y ese milagro de países, la Tierra Santa, que en un ámbito de tierra tan pequeño[418] podía mantener tantas villas y ciudades, y producir tantos guerreros? Egipto era otro paraíso, ahora bárbaro y desierto, y casi yermo por el gobierno despótico de un turco autoritario, «sometido a una intolerable esclavitud», dice uno[419]; no sólo el fuego y el agua, los bienes o las tierras, sino que «es tal su esclavitud que sus vidas y sus almas dependen de la voluntad y el poder insolentes del vencedor». Es un tirano que estropea todo dondequiera que vaya, de tal modo que un historiador se queja: «si un antiguo habitante los viese ahora no los conocería; si los viese un viajante o extranjero, su corazón se apesadumbraría al contemplarlos»[420]. Mientras Aristóteles señala que cada día «se encuentran con nuevas cargas e impuestos»[421], como aquellos por los que Zósimo (libro 2) estaba tan apenado, «pues los hombres prostituyen a sus mujeres, los padres a los hijos para pagar las cuestaciones», etc., y tienen que estar necesariamente descontentos; como mantiene Cicerón[422], de ahí vienen «esas quejas y lágrimas de las ciudades», «súbditos pobres, miserables, rebeldes y desesperados», como añade Hipólito[423], y como observó uno de nuestros paisanos no hace mucho en un estudio del gran Ducado de Toscana[424], donde la gente vivía muy apenada y descontenta, como se mostraba en sus quejas múltiples y manifiestas de este tipo: «que el estado era como un cuerpo enfermo que hubiese tomado las medicinas tarde, cuyos humores todavía no se hubieran estabilizado bien, y tan debilitado por las purgas que no le queda más que melancolía».

Mientras los príncipes y soberanos son inmoderados en la lujuria, hipócritas, epicúreos, sin religión salvo en lo exterior, «¿qué hay tan frágil e inseguro?». ¿Qué destruye antes sus patrimonios que los deseos delirantes y rabiosos sobre las esposas e hijas de los súbditos, por no decir cosas peores? Los que deberían dar ejemplo de todas las acciones virtuosas, son muchas veces cabecillas de todo perjuicio y comportamiento disoluto, y por eso sus países se ven con plagas, «y ellos mismos se arruinan a menudo, son desterrados o asesinados por la conspiración de sus súbditos»[425], como le ocurrió a

Sardanápalo, Dionisio el Joven, Heliogábalo, Periandro, Pisístrato, Tarquinio, Timócrates, Childerico, Apio Claudio, Andrónico, Galeazzo Sforza, Alejandro de Medici, etc.

Mientras los príncipes o grandes hombres sean maliciosos, envidiosos, sediciosos, ambiciosos o emuladores, despedazarán una república, como los güelfos y gibelinos, alterarán su tranquilidad, y con asesinatos mutuos la dejarán desangrarse hasta la muerte[426]; nuestras historias están demasiado llenas de tan bárbaras inhumanidades y de las miserias que salen de ellas.

Mientras que sean como sanguijuelas, hambrientos, ávidos, corruptos, codiciosos[427], «esclavos de la avaricia», voraces como lobos. Como escribe Cicerón, «el que manda, sirve; y el que manda a las ovejas debe dedicarse a su interés», pero los hay que prefieren su bien privado antes que el bien público. Pues bien, como dijo Salustio hace tiempo, «el interés privado siempre obstaculiza el servicio público». Lo mismo ocurre si son iletrados, ignorantes, empíricos en política, «donde falta el talento, la virtud y el conocimiento»[428] (Aristóteles. *Política*, 5, 8), sabios sólo por herencia, y en puestos de autoridad sólo por derecho de nacimiento, favores, o por sus riquezas y títulos. Debe haber un error, un gran defecto[429], porque como afirma un filósofo antiguo[430], tales hombres no son siempre aptos. «De un número infinito, pocos son senadores, y de esos pocos, menos son buenos, y de ese pequeño número de hombres buenos y nobles, hay pocos que sean doctos, sabios, discretos y competentes, capaces de desempeñar tales cargos», esto debe conducir al caos de un estado.

Pues «tal y como son los príncipes, así es la gente»[431], y lo que muy bien dijo Antígono Gonata en otros tiempos, «el que enseña al rey de Macedonia, enseña a todos sus súbditos»[432], todavía hoy es un dicho cierto.

> «Pues los príncipes son el espejo, la escuela, el libro donde los ojos de sus súbditos aprenden, leen y miran».
> «Los ejemplos de los vicios nos corrompen más rápidamente cuando se nos dan en casa, pues nos penetra en el ánimo el prestigio de sus autores»[433].

Sus ejemplos se siguen pronto, sus vicios se imitan. Si son profanos, irreligiosos, lascivos, sediciosos, epicúreos, facciosos, codiciosos, ambiciosos, iletrados, así será la mayor parte del vulgo: ociosos, pródigos, inclinados a la lujuria, borrachos y, por lo tanto, pobres y necesitados («pues la pobreza engendra sedición y villanía»)[434], preparados en cualquier ocasión para el motín y la rebelión, siempre descontentos, quejosos, murmurantes, envidiosos, aptos para todo ultraje, robo, traición, asesinato, innovación, en deuda, embaucadores, proscritos: «de pésima reputación y vida disoluta». Había un antiguo aforismo de un político: «los que son pobres y malos, envidian a los ricos, odian a los buenos, aborrecen el gobierno presente, desean uno nuevo, y les gustaría que todo se volviese patas arriba»[435]. Cuando Catilina se rebeló en Roma, tuvo una compañía de pícaros licenciosos, que eran sus familiares y compañeros, y así lo mismo ha pasado con la mayoría de vuestros rebeldes en todas las épocas: Jack Cade, Tom Straw, Robert Kett y sus compañeros.

Donde son generalmente sediciosos y litigiosos, donde hay muchas discordias, muchas leyes, muchos pleitos, muchos abogados y muchos médicos, es un signo manifiesto de un estado destemplado y melancólico, como mantenía hace tiempo Platón[436]. Pues donde bulle tal clase de hombres, buscarán su propio provecho, de modo que el cuerpo político enferma, que de otra manera estaría sano. Es un mal general en nuestros tiempos, una dura plaga, y nunca hubo tantos de «los que ahora se multiplican» (dice Mat. Geraldus, legista él mismo)[437] «como las langostas, no los padres, sino las plagas del país, y en su mayor parte una generación de hombres orgullosos, malos, codiciosos y litigiosos». Una nación que exprime los bolsillos, una compañía clamorosa de buitres con toga[438], «que viven de la injuria y de la sangre de sus conciudadanos»[439], ladrones y sembradores de discordias. Son peores que cualquier asaltante del camino; «se encargan de hacer la paz, pero son en realidad los verdaderos perturbadores de nuestra paz, una compañía de harpías irreligiosas, alguaciles que arañan y pellizcan» (me refiero sólo a nuestros vulgares picapleitos; respeto y honor, a su vez, a todas las buenas leyes y a nuestros legistas notables, que son tantos, oráculos y pilotos de una república bien gobernada»[440]), sin arte, sin juicio, que hacen más daño, como dijo Livio[441], que la enfermedad, las guerras, el hambre o las dolencias»; «y causan una destrucción mucho mayor de la república», dice Seselio[442], en otro tiempo famoso civilista en París. Como la hiedra hace con el roble, abrazándolo durante tanto tiempo que consigue sacarle el corazón, así hacen ellos con los lugares donde habitan. No se ha de tener en cuenta ningún consejo, ni justicia, ni discurso, a no ser que los sobornes, debe ser pagado siempre, o si no, estará mudo como un pez; es más fácil abrir una ostra sin cuchillo. «Hablo por experiencia, dice Juan de Salisbury[443], he estado mil veces entre ellos, y el mismo Caronte es más apacible que ellos; él se contenta con una sola paga, pero ellos la multiplican, nunca están satisfechos». Además tienen «lenguas venenosas» (como las llama), «a menos que sean atadas con cadenas de plata», hay que pagarlos para que no digan nada, y ganan más por mantener silencio de lo que podemos ganar nosotros por hablar lo mejor posible. Hablarán bien a sus clientes, les invitarán a sus mesas, pero, según sigue, «de todas las injusticias no hay ninguna tan perniciosa como la suya, que cuando más nos engañen parecerán ser más honestos». Ellos se responsabilizan de ser pacificadores, y «de defender las causas de los más humildes», de ayudarles en sus derechos, de proteger a los afligidos, pero todo es por su propio bien: para vaciar los bolsillos de los más ricos[444] defienden a los pobres gratis, pero no es más que como reclamo para coger a los demás. Si no hay una disputa, pueden hacer una disputa[445] sacándola de la misma ley, encuentran algún que otro recoveco, desunen a los hombres, hacen continuar las causas tanto tiempo, durante lustros, no sé cuántos años deben pasar antes de que una causa se atienda, y cuando se juzga y se resuelve, debido a algunos trucos y engaños está tan fresca como para volver a empezar, después de dos veces siete años incluso, como lo estaba al principio. Y así prolongan el tiempo, retrasan los pleitos hasta que se han enriquecido y han arruinado a sus clientes hasta la mendicidad.

Y como Catón invectivaba contra los alumnos de Isócrates[446], podemos tachar justamente a nuestros legistas pendencieros de que «envejecen en un pleito», son tan litigiosos y están tan ocupados aquí en la tierra, que pienso que seguirán defendiendo las causas de sus clientes después, algunos en el infierno. Josiah Simler se queja entre los suizos de los abogados de su tiempo, que cuando deberían llegar al final, empiezan las controversias y «prolongan las causas durante muchos años, convenciéndoles de que su derecho es justo, hasta que se consumen sus patrimonios, y han gastado más en la búsqueda de lo que se merece el asunto o de lo que conseguirán por el fallo favorable»[447]. De modo que quien acude a los tribunales, como dice el proverbio, coge al lobo por las orejas, o como si una oveja en una tormenta corre en busca de refugio a la maleza; si defiende su causa, se consume, si deja su pleito, lo pierde todo, ¿qué diferencia hay? En otro tiempo tenían costumbre, dice Agustín, de acabar los asuntos por medio de árbitros, y así en Suiza (según nos informa Simler) «tenían jueces comunes o árbitros en cada ciudad, que hacían un arreglo amistoso entre un hombre y otro, y causa maravilla su honesta simplicidad, que podían mantener tan bien la paz y acabar pleitos tan grandes por tales medios»[448]. En Fez, en África, no tienen legistas ni abogados, pero si hubiese controversias entre ellos, ambas partes, el demandante y el defensor, vienen a su Alfaquí o juez de la Corte Suprema y «al instante y sin más apelaciones o temibles retrasos, se oye y termina la causa»[449].

Nuestros antecesores, como observa uno de nuestros notables corógrafos[450], tenían por costumbre, «con unas pocas cruces de oro y unas líneas en verso», hacer todas las cesiones y resoluciones. Y tal fue el candor y la integridad de las épocas subsiguientes, que (como he visto a menudo) un documento para traspasar una hacienda completa estaba contenido en unas veinte líneas aproximadamente, como el cilindro o *Scytala Laconica,* tan renombrada en otros tiempos en todos los contratos, que Cicerón recomienda tan diligentemente a Ático[451], Plutarco en su *Lisandro,* Aristóteles en la *Política,* Tucídides (libro 1), Diodoro[452] y Suidas lo aprueban y alaban por su lacónica brevedad en este aspecto. Y bien podían, pues de acuerdo con Tertuliano[453], «hay mucha más verdad en pocas palabras». Así era en toda la Antigüedad, pero ahora no bastarían muchas pieles de pergamino; el que compra y vende una casa, tendrá una casa llena de escritos. Hay tantas circunstancias, tantas palabras, tantas repeticiones tautológicas de todos los particulares (para evitar sofismas, dicen), pero encontramos por nuestra triste experiencia que para los genios sutiles es una causa de mucha más discordia y desavenencia, y no hay apenas ninguna escritura tan bien presentada por uno en la que otro no encuentre una fisura o reparo; si una palabra está mal situada, o hay algún pequeño error, todo se anula por completo. Lo que hoy es ley, mañana no es nada; lo que es justo en la opinión de uno, es de lo más erróneo para otro; de modo que, en conclusión, no hay otra cosa entre nosotros sino discordia y confusión, discutimos uno contra otro.

Y lo que Plutarco lamentaba de la antigua Asia[454], se puede ver en nues-

tros tiempos. «Estos hombres aquí reunidos, no vienen a hacer sacrificios a los dioses, a ofrecer a Júpiter sus primeros frutos ni fiestas a Baco, sino que les ha traído aquí una enfermedad anual que atormenta a Asia, conseguir acabar con sus controversias y pleitos». Es una multitud destructiva que busca la ruina propia y ajena. Así son en su mayor parte nuestros habituales litigantes, leguleyos, clientes, provocando nuevas perturbaciones cada día, equivocaciones, errores, reparos, y en este momento, como he oído en algún tribunal, no sé cuántos miles de causas. Ninguna persona está libre, casi ningún título es bueno, con la amargura consiguiente, tantas desatenciones, demoras, retrasos, falsificaciones, tal coste (pues se gastan infinitas sumas de dinero desconsideradamente), violencia y malicia. No sé por culpa de quién, de abogados, clientes, leyes, o todos ellos. Pero, como Pablo reprendía a los corintios hace tiempo[455], yo puedo deducir más a propósito ahora: «hay un error entre vosotros y lo digo para vuestra vergüenza, ¿no hay un hombre sabio entre vosotros que juzgue entre sus hermanos?[456], sino que un hermano va a la ley contra su hermano». Y el consejo de Cristo sobre los pleitos nunca fue más adecuado para inculcarlo que en esta época. «Ponte de acuerdo con tu adversario rápidamente»[457] (Mt 5, 25).

Podría repetir muchos perjuicios particulares semejantes que alteran mucho un cuerpo político; para cerrar todo en pocas palabras, diré que donde hay un buen gobierno, príncipes prudentes y sabios, allí florecen y prosperan todas las cosas, la paz y la felicidad están en esa tierra; y donde ocurre de otra manera, todo es desagradable a la vista, inculto, bárbaro, incívico, el paraíso se transforma en un yermo. Esta isla entre las demás, nuestros vecinos de al lado, los franceses y los alemanes, pueden ser testigos válidos de que en un tiempo breve, gracias a la política prudente de los romanos, se la sacó de la barbarie. Mirad lo que relata César de nosotros, y Tácito de los antiguos alemanes: fueron en un tiempo tan inciviles como los de Virginia, y sin embargo, con la instalación de colonias y leyes buenas pasaron de ser de proscritos bárbaros a estar llenos de ciudades ricas y populosas, como lo están ahora, y de reinos florecientes[458]. Así también Virginia y esos salvajes irlandeses podían haber sido civilizados hace tiempo, si se hubiese tomado entonces la orden, que ahora empieza, de instalar colonias, etc. He leído un discurso[459], impreso en 1612, «descubriendo las verdaderas razones por las que Irlanda nunca se ha sometido o rendido a la obediencia a la corona de Inglaterra hasta el principio del feliz reinado de su majestad». Sin embargo, si sus razones las examinara minuciosamente un político sensato, me temo que no todo sería aprobado, sino que se volvería en deshonor de nuestra nación, al haber permitido que estuviese sin civilizar Irlanda durante tanto tiempo. Sí, y si algún viajante viese (por venir más cerca de nosotros), las ricas provincias unidas de Holanda, Zelanda, etc., frente a nosotros, esas ciudades limpias y villas populosas, llenas de industriosos artesanos, tanta tierra ganada al mar[460], y tan arduamente resguardada por esas invenciones ingeniosas, tan maravillosamente mejoradas, como la de Bemster en Holanda, que, dice el geógrafo Bertius, «nada en el

mundo lo puede igualar», tantos canales navegables de un sitio a otro, hechos por las manos de los hombres, etc.[461], y por otro lado viese que tantos miles de nuestros pantanos están inundados, nuestras ciudades flacas, y soeces, pobres y feas a la vista con respecto a las suyas, nuestros mercados en decadencia, nuestros ríos todavía navegables detenidos, y el uso beneficioso de los transportes totalmente descuidado, tantos puertos vacíos de barcos y de ciudades, tantos parques y bosques sólo por placer, tantos eriales yermos, tantos pueblos despoblados, etc., estoy seguro de que encontrará algún yerro.

No puedo negar que esta nuestra nación goza de buena consideración en el extranjero, es un reino de los más nobles y de los más florecientes según asentimiento común de todos los geógrafos[462], historiadores y políticos, es una fortaleza incomparable. Lo que dijo Quintio en Livio de los habitantes del Peloponeso se nos puede aplicar bien a nosotros, «somos como tortugas en sus caparazones», defendidos con seguridad por un mar encrespado, que viene a ser como un muro por todos los lados. Nuestra tierra tiene muchos elogios honrosos; y como bien lo considera uno de nuestros instruidos compatriotas, «desde que los normandos llegaron por primera vez a Inglaterra, este país, tanto en las cuestiones militares como en las civiles, se ha equiparado a los reinos más florecientes de Europa y de nuestro mundo cristiano»[463]; es un país bienaventurado, rico, y una de las Islas Afortunadas, y para algunas cosas preferido a los otros países[464] por los expertos marinos; nuestros descubrimientos dificultosos, el arte de navegación, los verdaderos mercaderes, son los primeros de todas las naciones, incluso de los mismos portugueses y holandeses, «sin ningún temor, dice Botero, surcando el océano, en invierno y en verano, y dos de sus capitanes, con no menos valor que fortuna, han navegado alrededor del mundo»[465]

Tenemos además muchas bendiciones particulares[466] de las que carecen nuestros vecinos, el Evangelio predicado verdaderamente, la disciplina eclesiástica establecida, larga paz y tranquilidad, estamos libres de excitaciones, de temores foráneos, de invasiones, de sediciones domésticas, bien abonados, fortificados por arte y naturaleza, y ahora más felices por la afortunada unión de Inglaterra y Escocia[467], por la que nuestros antepasados habían trabajado para llevarla a efecto y deseaban ver. Pero en lo que excedemos a otros es con un rey sabio, docto, religioso, otro Numa, un segundo Augusto, un verdadero Josías; los más valiosos senadores, un clero letrado, un pueblo obediente, etc. Sin embargo, entre muchas rosas crecen algunos espinos, malas hierbas y excesos, que alteran mucho la paz de este cuerpo político, eclipsan su honor y su gloria, y esas cosas deben ser erradicadas y reformadas con toda rapidez.

La primera es la ociosidad, por la cual vemos a muchos enjambres de pícaros y mendigos, ladrones, borrachos y personas descontentas (a los que Licurgo llama en Plutarco «forúnculos de la república»), mucha gente pobre en todas nuestras ciudades, como las llama Polidoro[468], son ciudades mal construidas, sin gloria, pobres, pequeñas, extrañas a la vista, ruinosas y escasas de habitantes. Que nuestra tierra es fértil no se puede negar, y está llena de todo

tipo de cosas buenas. ¿Por qué entonces no abunda en ciudades, como Italia, Francia, Alemania o los Países Bajos? Porque su política ha sido diferente y nosotros no somos tan ahorrativos, prudentes e industriosos. La ociosidad es el «genio maligno» de nuestra nación. Pues como correctamente arguye Botero[469], la fertilidad de un país no es suficiente, a menos que el arte y la industria se les adjunte. Según Aristóteles, las riquezas pueden ser naturales o artificiales: las naturales son la buena tierra, buenas minas, etc., y las artificiales las manufacturas, la monedas, etc. Muchos reinos son fértiles, pero escasos de habitantes, como el Ducado del Piamonte en Italia, que tanto alaba Leandro Alberto por su grano, vino, frutas, etc; sin embargo no está tan poblado como los lugares cercanos que son más yermos. «Inglaterra –dice– nunca ha tenido una ciudad populosa (excepto Londres) y es sin embargo un país fértil»[470].

Encuentro cuarenta y seis ciudades y villas amuralladas en Alsacia, una pequeña provincia de Alemania, cincuenta castillos, un número infinito de pueblos sin ningún campo baldío, ni siquiera los lugares hoscos o las cimas de las colinas están desaprovechados, como nos informa Sebastian Munster[471]. En Greichgea, un pequeño territorio sobre el Necker, veinticuatro millas italianas al norte, he leído que hay veinte villas amuralladas, innumerables pueblos, cada uno con ciento cincuenta casas en su mayor parte, además de castillos y palacios de nobles[472]. Observo en Turingia[473], en Holanda (doce millas al norte según su escala), doce condados y en ellos ciento cuarenta y cuatro ciudades, cuarenta y seis villas, doscientos cincuenta castillos. En Baviera treinta y cuatro ciudades, cuarenta y seis villas, etc. *Portugallia interamnis*[474], una pequeña porción de terreno, tiene mil cuatrocientas sesenta parroquias, ciento treinta monasterios, doscientos puentes. Malta, una isla estéril, tiene veinte mil habitantes. Pero de todas, las que más admiro son las relaciones de los Países Bajos de L. Guicciardini: Holanda tiene veintiséis ciudades, cuatrocientos grandes pueblos[475]; Zelanda diez ciudades, ciento dos parroquias; Brabante veintiséis ciudades, ciento dos parroquias; Flandes veintiocho ciudades, noventa villas, mil ciento cincuenta y cuatro pueblos, además de abadías y castillos, etc. Normalmente los Países Bajos tienen al menos tres ciudades por una de las nuestras, y mucho más populosas y ricas, y ¿cuál es la causa, sino su industria y excelencia en todo tipo de comercio? Su comercio, que lo mantienen una multitud de comerciantes, tantos canales excelentes hechos por arte, puertos convenientes, al lado de los cuales construyen sus ciudades: todo lo que nosotros tenemos en la misma medida o, al menos, podríamos tener. Pero su principal imán, que atrae todo tipo de comercio y mercadería, que mantiene sus riquezas presentes, no es la fertilidad del suelo sino la laboriosidad que les enriquece; las minas de oro del Perú, o la Nueva España no se le pueden comparar. No tienen oro ni plata propios, ni vino ni aceite, y apenas crece ningún grano en esas provincias unidas; hay poca o ninguna madera, estaño, plomo, hierro, seda, lana, casi ninguna materia prima o metal; y sin embargo, Hungría o Transilvania, que se jactan de sus minas, o la fértil Inglaterra, no se pueden comparar con ellos. Me atrevería a decir con osadía, que ni Francia, Tarento,

Apulia, Lombardía o cualquier parte de Italia, ni Valencia en España, o la agradable Andalucía, con sus excelentes frutas, vino y aceite, sus dos cosechas, ni ninguna otra parte de Europa es tan floreciente, tan rica, tan populosa, tan llena de buenos barcos, de ciudades bien construidas, tan abundante en todas las cosas necesarias para el uso humano. Son nuestras Indias, un epítome de China, y todo debido a su laboriosidad, su buena política y su comercio. La laboriosidad es un imán que arrastra todo lo bueno, que por sí sola hace florecer a los países, hace a las ciudades populosas, y contribuirá con su buen abono, que se sigue necesariamente, a que un suelo estéril sea fértil y bueno[476], como las ovejas, dice Dión, mejoran un mal pasto[477].

Decidme, políticos ¿por qué han decaído tanto la fértil Palestina, la noble Grecia, Egipto, Asia Menor y (meros esqueletos ahora) han descendido de lo que fueron? El campo es el mismo, pero el gobierno ha cambiado; la gente se ha vuelto perezosa, ociosa, su buena agricultura, política e industria han decaído. «El terreno no está agotado ni exhausto», como bien informa Columella a Silvino, «sino que es estéril por nuestra indolencia»[478]. ¿Puede alguien creer lo que relataban de la Antigua Grecia Aristóteles en su *Política*, Pausanias, Stephanus Byzantinus, Nicholas Sophianus, Gerbelius? He encontrado setenta ciudades de Epiro destruidas por Paulo Emilio, una buena provincia en los tiempos pasados, ahora ha quedado desolada de buenas villas y casi de habitantes[479]. En tiempos de Estrabón había en Macedonia sesenta y dos ciudades. Encuentro treinta en Laconia, pero ahora apenas hay tantos pueblos, dice Gerbelius. Si cualquiera mirase entonces desde el monte Taigeto el campo alrededor, vería tantas ciudades delicadas y bien construidas, con tal coste y tan exquisita habilidad, tan pulcramente establecidas en el Peloponeso; pues ahora las vería ruinosas y destruidas, quemadas, desiertas, desoladas y arrasadas[480]. Es increíble de decir, etc.

Y como se lamenta, «¿Quién, contando tales cosas, puede contener las lágrimas? ¿Quién tiene tal corazón de piedra?». Sigue así: ¿Quién puede condolerse y conmiserarse suficientemente de estas ruinas? ¿Dónde están aquellas cuatro mil ciudades de Egipto, aquellas cien ciudades de Creta? ¿Se han convertido en dos ahora? ¿Qué dicen Plinio y Eliano de la antigua Italia? Había en otros tiempos mil ciento sesenta y seis ciudades. Blondo y Maquiavelo aseguran ahora que no había cerca nada tan populoso y lleno de buenas villas como en los tiempos de Augusto. Pues ahora Leandro Alberto no encuentra sino trescientas como mucho; y si damos crédito a Livio, no tan fuertes y pujantes como antiguamente: «en otros tiempos reunían setenta legiones, que ahora, todo el mundo conocido apenas juntará»[481]. Alejandro, por su parte, construyó setenta ciudades en poco tiempo, nuestros sultanes y turcos han demolido el doble y dejan todo desolado.

Muchos no creerán que nuestra isla de Gran Bretaña está ahora menos poblada de lo que nunca lo haya estado; sin embargo, que lean a Beda, John Leland y otros, la encontrarán más próspera en la Heptarquía sajona, y en tiempos de Guillermo el Conquistador estaba mucho mejor habitada de lo que

está en este momento. Mirad el *Domesday Book* y mostradme los miles de parroquias que ahora han decaído, ciudades en ruinas, pueblos despoblados, etc. Normalmente, cuanto menor es el territorio es más rico; «un campo pequeño, pero bien cultivado». Como prueban las repúblicas griegas ateniense, lacedemonia, arcadia, eleana, sycionia, mesenia etc., como pueden testimoniar las ciudades imperiales y los estados libres de Alemania, los cantones suizos, Rhetos, Grisones, los territorios de Toscana, Luca y Siena antiguamente o Piamonte, Mantua, Venecia en Italia, Ragusa, etc.

Por lo tanto, como aconseja Botero[482], el príncipe que quiera tener un país rico, unas buenas ciudades, dele buenos mercados, privilegios, habitantes laboriosos, artesanos, que no tolere que ninguna materia prima en bruto, como el estaño, hierro, lana, plomo, etc., se transporte fuera de su país. Una cosa que se ha intentado seriamente entre nosotros, pero que no se ha llevado a efecto[483]. Y puesto que la industria de los hombres y la multidud de comercio vale tanto para el ornamento y enriquecimiento de un reino, los antiguos marselleses no admitían a nadie en su ciudad si no tenía algún tipo de comercio[484]. Selím, el primer emperador turco de este nombre, procuró que mil buenos artesanos fueran traídos de Tauris a Constantinopla. Los polacos hicieron un acuerdo con el duque de Anjou, Enrique, su nuevo rey electo, para que se trajera con él cien familias de artesanos a Polonia. Jacobo I de Escocia (como escribe George Buchanan[485]) buscó los mejores artesanos que se podían conseguir en Europa, y les dio grandes recompensas para que enseñaran a sus súbditos sus múltiples oficios. Eduardo III, nuestro rey más reconocido, para su eterna memoria, trajo por primera vez a nuestra isla algunos tejidos, transportando aquí a algunas familias de artesanos de Gante. ¡Cuántas hermosas ciudades puedo contar que prosperan por el comercio, donde miles de habitantes viven muy bien con su trabajo! Como Florencia en Italia, que hace telas de oro; el gran Milán con la seda y todo tipo de trabajos curiosos; Arras en Artois, por sus bellos tapices; muchas ciudades en España, Francia, Alemania no tienen otro sustento, especialmente las que están tierra adentro. La Meca en Arabia Pétrea está situada en un país de lo más estéril, que carece de agua, entre las rocas (como lo describe Vertomanno), y es sin embargo una ciudad muy elegante y agradable por el tráfico entre Oriente y Occidente[486]. Ormuz en Persia es una famosa ciudad comercial, no tiene otra cosa más que la oportunidad del puerto para hacerle florecer. Corinto, una noble ciudad (como la llama Cicerón, «el ojo de Grecia»), debido a Cencreas y Lequea, esos excelentes puertos, atraía todo el tráfico de los mares Jónico y Egeo; y sin embargo, el territorio en torno a ella era, como lo denomina Estrabón[487], abrupto y áspero.

Lo mismo podemos decir de Atenas, Acio, Tebas, Esparta y la mayoría de las ciudades de Grecia. Nuremberg, en Alemania, está situada en un suelo muy estéril, y es sin embargo una ciudad imperial, sólo por la industria de sus artesanos y hábiles comerciantes; atraen las riquezas de la mayoría de los países hacia ellos, tan expertos en manufacturas, que como Salustio reveló hace tiempo en cosas semejantes, su alma, o *intellectus agens*, estaba situada en la punta

de sus dedos; y lo mismo podemos decir de Basilea, Spires, Cambrai, Frankfort, etc. Es casi increíble decir lo que algunos escriben de Méjico y de sus ciudades: ningún lugar del mundo en el primer descubrimiento era tan populoso. El jesuita Mateo Ricci[488] y algunos otros se refieren a la industria de los chinos, uno de los países más poblados, no se ve ni un mendigo ni una persona ociosa, por eso prosperan y florecen. Nosotros tenemos los mismos medios, cuerpos capaces, ingenios bien dispuestos, materias primas de todo tipo, lana, lino, hierro, estaño, plomo, madera, etc., muchas materias excelentes sobre las que trabajar, sólo se necesita diligencia. Vendemos nuestros mejores géneros allende los mares, de los que otros hacen buen uso para sus necesidades, sobre los que se ponen a trabajar y los mejoran mucho, mandándonos lo mismo de vuelta con precios mucho más caros, o si no, hacen juguetes y naderías de sus retales, que nos venden de nuevo a tales precios como si hubiésemos comprado la pieza entera. En la mayoría de nuestras ciudades, salvo unas pocas, vivimos como haraganes españoles[489], entre tabernas y cervecerías; el malteado es su mejor arado, y su mayor mercado vender cerveza. Meteren y otros nos imputan que no somos de ningún modo tan industriosos como los holandeses: «los trabajos manuales, dice, que son más curiosos y engorrosos, los hacen exclusivamente los extranjeros. Habitan en un mar lleno de pescado, pero son tan perezosos que no capturan ni lo que les sirve para sus propias necesidades, sino que se lo compran a sus vecinos»[490]. «El mar es libre»[491], ellos pescan delante de nuestras narices y cuando lo han pescado nos lo venden a sus propios precios Estoy avergonzado de que los extranjeros nos imputen esto y no sé cómo responderlo.

Entre nuestras ciudades sólo Londres tiene el aspecto de una ciudad[492], *epitome Britanniae*[493], famoso emporio, no es inferior a ninguna allende el mar, un noble mercado. Pero «crece sola, a expensas del resto», sin embargo, a mi corto entendimiento es defectuosa en muchas cosas. El resto (exceptuando unas pocas[494]) se encuentran en un estado miserable, en ruinas la mayor parte, pobres y llenas de mendigos, debido a sus mercados en decadencia o por una política descuidada o mala, las revueltas, la ociosidad de sus habitantes, que prefieren mendigar o holgazanear y estar prestos a morir de hambre que trabajar.

No negaré que se puede decir algo en defensa de nuestras ciudades, que no están tan bien construidas (pues la única magnificencia de este reino –por lo que respecta a la construcción– ocurrió en la antigüedad, en los castillos normandos y en los monasterios), ni son tan ricas, bien situadas ni populosas como en otros países[495]. Además de las razones que da Cardano (*De Subtilitate*, 9), necesitamos vino y aceite, sus dos cosechas, habitamos en una zona más fría, y por esta razón nos debemos alimentar mucho más liberalmente de carne[496], como hacen todos los países norteños. Nuestras provisiones, por lo tanto, no se extenderán al sustento de muchos; sin embargo, a pesar de todo, tenemos materias primas de todo tipo, un mar abierto al tráfico, y asimismo, excelentes puertos. ¿Y cómo podemos excusar nuestra negligencia, nuestros

disturbios, embriaguez, etc., y los excesos consiguientes? Tenemos –dirás– excelentes leyes decretadas, severos estatutos, casas de corrección, etc., pero parece que para bien poco, no son las casas las que servirían, sino las ciudades de corrección; nuestros mercados en general se deberían reformar, y las necesidades tendrían que ser cubiertas[497]. En otros países tienen los mismos perjuicios, lo confieso, pero eso no nos excusa a nosotros ni a nuestras necesidades[498], defectos, excesos, zánganos ociosos, tumultos, discordias, contiendas, pleitos, muchas leyes hechas contra ellos, para reprimir los innumerables alborotos y pleitos, exceso en las vestiduras, la dieta, decadencia de la labranza, despoblamiento, especial persecución contra pícaros, mendigos[499] o vagabundos egipcios (así llamados por lo menos) que se han movido en grupo por toda Alemania, Francia, Italia, Polonia[500], como se puede leer en Sebastian Munster[501], Albert Krantz y Johann Turmeir. Así lo hacen los tártaros y los árabes en este momento en los países orientales; sin embargo eso ha sido la iniquidad de todas la épocas, según parece para bien poco. «Que no haya en nuestra ciudad ningún mendigo», dice Platon, los quiere limpiar de la república[502], «como un mal humor del cuerpo»[503], que son como muchas úlceras y forúnculos, y se deben curar antes para que el cuerpo melancólico se alivie.

Lo que han decretado en estos casos Carlomagno, los chinos, los españoles, el Duque de Sajonia y otros muchos estados, se lee en Arniseo (cap. 19), Botero (libro 8, cap. 2), Osorius (*De Rebus gestis Emanuelis*, 11). Cuando un país tiene demasiada acumulación de gente, como cuando en un pasto hay a menudo demasiado ganado, han tenido en otros tiempos la costumbre de descargarlo, mandando gente a las colonias, o con las guerras, como los antiguos romanos; o empleándolos en el país en construcciones públicas, como puentes, carreteras, por los que los romanos fueron famosos en esta isla; como lo hizo César Augusto en Roma, los españoles en las minas de las Indias, como en Potosí en Perú, donde todavía están trabajando unos treinta mil hombres, seis mil hornos siempre hirviendo, etc. O en acueductos, puentes, puertos, esas maravillosas obras de Trajano[504]; Claudio en Ostia[505], las termas de Diocleciano, el lago Fucino, el Pireo en Atenas, hecho por Temístocles, anfiteatros de mármoles especiales, como en Verona, Filipópolis; y Heraclea en Tracia, las vías Apia y Flaminia, obras prodigiosas que todos pueden contemplar. Y antes de que estuviesen ociosos[506] se podría hacer como los faraones egipcios Moeris y Sesostris[507], que ocuparon a sus súbditos en hacer pirámides innecesarias, obeliscos, laberintos, canales, lagos, obras colosales, para distraerles de las rebeliones, molicie, embriaguez «para que se mantuvieran ocupados y no se volviesen vagabundos y ociosos»[508].

Otra cosa que resulta desagradable es la falta de mantenimiento de los ríos navegables, un gran defecto, como mantienen Botero[509], Hipólito Colla[510], y otros políticos, si se descuida en una república. Su coste es alto, y se dedica un gran presupuesto en los Países Bajos para esto, y en el ducado de Milán, la región de Padua, en Francia[511], Italia, China, y del mismo modo en confluencias de aguas para humedecer y refrescar tierras estériles, para drenar panta-

nos, ciénagas y eriales. Massinissa hizo que muchas partes interiores de Barbaria y Numidia en África, antes incultas y horribles, fueran fructíferas por estos medios. La gran industria de este tipo se usa normalmente en todos los países orientales, especialmente en Egipto, cerca de Babilonia y Damasco, como relatan Vertomanno y Gotardus Arthus[512]; cerca de Barcelona, Segovia, Murcia y muchos otros lugares de España; Milán en Italia; gracias a lo cual su suelo se mejora mucho y surge una infinidad de comodidades para los habitantes.

Los turcos últimamente han intentado cortar el istmo entre África y Asia, que Sesostris y Darío[513] y algunos faraones de Egipto habían emprendido anteriormente, pero con poco éxito como indican Diodoro Sículo[514] y Plinio, puesto que el mar Rojo está tres codos[515] más alto que Egipto y, habría anegado todo el país, así que desistieron. Sin embargo, como escribe el mismo Diodoro[516], Tolomeo renovó los trabajos muchos años después y lo consiguió separar en un lugar más oportuno.

Del mismo modo se acometió el istmo de Corinto para hacerlo navegable por parte de Demetrio, Julio César, Nerón, Domiciano, Herodes Ático, para hacer un paso rápido y menos peligroso desde el mar Jónico al Egeo[517]. Pero puesto que no se podía llevar a efecto fácilmente, los peloponesos construyeron un muro como el muro de nuestros pictos, cerca de Schoenus, donde estaba el templo de Neptuno, en el corte más pequeño sobre el istmo, de lo que hablan Diodoro (libro 11), Heródoto (libro 8 Uran.). Nuestros escritores modernos lo llaman Hexamilium, y lo demolió Amurath el turco, y los venecianos lo repararon el año 1453 en quince días con treinta mil hombres. Algunos, dice Acosta, querían hacer un paso de Panamá a Nombre de Dios en América. Los historiadores franceses Thuanus y Serres hablan de un famoso acueducto en Francia proyectado en tiempos de Enrique IV, del Loira al Sena y del Ródano al Loira. Algo semejante fue intentado anteriormente por el emperador Domiciano, del Arar al Mosela[518], de lo que habla Cornelio Tácito en el decimotercero de sus *Annales*, y después lo intentaron Carlomagno y otros[519]. En otros tiempos se ha empleado un coste excesivo, ya en hacer, ya en arreglar canales fluviales y sus pasos (como hizo Aureliano con el Tíber, hacerlo navegable hasta Roma, para llevar grano de Egipto a la ciudad «hizo más profundo el lecho del río, dice Vopiscus, y construyó diques», cortó vados, hizo bancos, etc), ya en sanear puertos, como el emperador Claudio intentó con infinitos cuidados y alto precio en Ostia, que como he dicho, hoy en día lo han construido los venecianos para preservar su ciudad.

Se han dado e inventado muchos medios excelentes para enriquecer estos territorios en la mayoría de las provincias de Europa, como sembrar plantas indias entre nosotros, criar gusanos de seda; las mismas hojas de morera en los llanos de Granada producen treinta mil coronas al año para los cofres del rey de España, además de los muchos mercados y artesanos que se ocupan de ellos en el reino de Granada, Murcia y por toda España[520]. En Francia se consigue un gran beneficio de la sal, etc. Es discutible que todas estas cosas no

pudieran intentarse tan felizmente entre nosotros y con el mismo éxito: me refiero a los gusanos de seda, las viñas, abetos, etc. Cardano exhorta a Eduardo VI a plantar olivos, y está totalmente convencido de que florecerán en esta isla. Entre nosotros, los ríos navegables se descuidan en su mayor parte; nuestros ríos no son grandes, lo confieso, debido a la estrechez de la isla, sino que corren suavemente y lisos, no precipitados, rápidos, o entre rocas y bancos como los espumosos Ródano y Loira en Francia, el Tigris en Mesopotamia, el impetuoso Duero en España; no con cataratas y remolinos como el Rin, el Danubio cerca de Schafhausen, Laufenburgh, Linz y Cremmes[521], que ponen en peligro a los navegantes; ni anchos y poco profundos como el Neckar en el Palatinado, el Tíber en Italia, sino tranquilos y serenos como el Arar en Francia, Ebro en Macedonia, el Eurota en Laconia, que se deslizan tranquilamente; y asimismo muchos se podrían reparar (me refiero al Wye, Trent, Ouse, Támesis en Oxford cuyos defectos sufrimos mientras tanto), como el río Lea de Ware a Londres. Antiguamente el obispo Atwater o, como pretenden algunos, Enrique I, hizo un canal navegable de Trent a Lincoln que ahora, dice Candem, está en ruinas[522]; y hay muchas menciones de anclas y monumentos semejantes encontrados cerca del viejo Verulamio[523]. Anteriormente, han venido buenos barcos a Exeter, y a muchos lugares semejantes cuyos canales fondeaderos y puertos están ahora cerrados y descuidados. Nosostros despreciamos las ventajas del transporte fluvial, y por esto estamos obligados en las partes internas de la isla, porque el transporte es tan caro, a devorar todos nuestros productos locales, y vivir como puercos en una pocilga, a falta de salidas.

Tenemos muchos puertos excelentes, puertos reales, Falmouth, Portsmouth, Milford, etc., equivalentes, si no preferibles, al indio de La Habana, el antiguo Brindisi en Italia, Aúlide en Grecia, Ambracia en Acarnania, Suda en Creta, que tienen en ellos pocos barcos, poco o ningún tráfico o mercado, que apenas tienen un pueblo en ellos, pero capaces de mantener grandes ciudades; «pero de esto se han de ocupar los políticos». Podía imputar aquí muchos otros descuidos, abusos, errores, defectos contra nosotros, etc., y en otros países, despoblamientos, tumultos, embriaguez, etc., y muchas cosas semejantes, «que no querría más que susurrar al oído». Pero debo poner atención en no excederme, «como un cerdo que pretendiense enseñar algo a Minerva», estoy fuera de mi elemento, como quizá puedes suponer. A veces «la verdad engendra odio», como se ha dicho, «el agraz y las gachas son buenos para el loro». Pero lo que dijo Luciano de un historiador, lo digo yo de un político: el que quiera hablar y escribir libremente no debe ser nunca súbdito de ningún príncipe ni de ninguna ley, sino que debe exponer el tema como es verdaderamente, sin preocuparse de lo que alguien pueda o quiera, le guste o le disguste.

Tenemos buenas leyes, no lo puedo negar, para rectificar tales excesos, como en otros países, pero parece que no siempre con buenos resultados. En nuestra época tendríamos necesidad de un inspector general para que reformase lo que está mal; un justo ejército de Rosacruces, pues arreglan –dicen– todo tipo de asuntos, la religión, la política, los modales, con artes, ciencias,

etc.; otro Atila, Tamerlán, Hércules, para luchar contra Aquelao, «limpiar los establos de Augias», subyugar a los tiranos, como hicieron con Diomedes y Busiris[524]; expulsar a los ladrones como se hizo con Caco y Lacinio; reivindicar a los pobres cautivos, como se hizo con Hesione; pasar la zona tórrida, los desiertos de Libia y limpiar el mundo de monstruos y centauros; u otro Crates Tebano que reformase nuestras costumbres, que conciliara peleas y controversias, como hizo él en su tiempo y por ello fue adorado en Atenas como un dios. «Como Hércules limpió el mundo de monstruos y les subyugó, y así luchó él contra la envidia, la lujuria, la ira, la avaricia, etc. y todos esos vicios salvajes y monstruos de la mente»[525]. Sería deseable que tuviésemos un visitante así o, si el deseo bastase, que, como quería Timolao en Luciano[526], uno tuviese el anillo o anillos por cuya virtud fuese tan fuerte como diez mil hombres, o un ejército de gigantes; sería invisible, abriría verjas y puertas de castillos, tendría el tesoro que se desease, se transportaría en un instante al lugar que desease, alteraría afecciones, curaría toda suerte de enfermedades, podría recorrer el mundo y reformaría todos los estados y personas afligidos, según quisiera. Podría reducir al orden a esos tártaros errantes que infestan China por un lado y Moscú y Polonia por el otro; y domesticar a los árabes vagabundos que roban y saquean los países orientales, para que no usen nunca más caravanas ni jenízaros que las conduzcan. Podría arrancar la barbarie de América y descubrir totalmente la *Terra Australis Incognita*, descubrir los nuevos pasos del Noreste y Noroeste, drenar los poderosos pantanos de Meotis, talar los vastos bosques Hercinios, humedecer los estériles desiertos árabes, etc., curarnos de nuestras enfermedades epidémicas, el escorbuto, la plica, el morbo napolitano, etc., acabar con todas nuestras inútiles controversias, interrumpir nuestros concupiscentes deseos, lujurias desordenadas, arrancar el ateísmo, la impiedad, herejía, cisma y superstición, que tanto atormentan al mundo ahora; catequizar contra la gran ignorancia, limpiar a Italia de la lujuria y la molicie, a España de superstición y envidias, a Alemania de la embriaguez, a todos nuestros países norteños de la glotonería y la intemperancia, castigar a nuestros padres, maestros y tutores por su dureza de corazón, azotar a los niños desobedientes, a los siervos negligentes, corregir a los hijos manirrotos y pródigos, forzar a las personas ociosas a trabajar, sacar a los borrachos de las cervecerías, reprimir a los ladrones, inspeccionar a los magistrados corruptos y tiránicos, etc. Pero como L. Licinio criticó a Timolao, tú nos puedes criticar. Estos son deseos vanos, absurdos y ridículos que no se han de esperar: todo debe ser como es. Boccalino puede citar a las repúblicas para que vengan ante Apolo, y buscar reformar el mundo mismo por medio de comisarios[527], pero no hay remedio no se puede reparar, «los hombres dejarán de estar locos cuando dejen de ser hombres», mientras que puedan mover el bigote, engañarán y se harán los tontos.

Porque es algo tan difícil, imposible y mucho más complicado que los trabajos de Hércules para llevarlo a cabo; dejad que sean rudos, estúpidos, ignorantes, incultos, «que la piedra se asiente sobre otra piedra», y como quie-

re el apologista «que la república tosa hasta ahogarse, que el mundo quede corrupto»[528]; dejad que sean bárbaros como son, dejadles tiranizar, epicureizar. oprimir, complacerse, consumirse con facciones, supersticiones, pleitos, guerras y discordias, vivir en tumultos, pobreza, necesidad, miseria[529]; rebelarse, revolcarse como los cerdos en su propio estiércol, con los compañeros de Ulises «les permito libremente que sean locos». Sin embargo, quiero ahora satisfacerme y agradarme a mí mismo, hacerme una Utopía propia, una Nueva Atlantis, una república poética mía propia, en la que pueda dominar libremente, construir ciudades, hacer leyes; estatutos, según mi propio entendimiento ¿Por qué no iba a poder?

> «Pintores y poetas siempre tuvieron el justo poder de atreverse a cualquier cosa»[530].

Sabéis la libertad que los poetas han tenido siempre, y además, mi predecesor Demócrito era un político, un juez de Abdera, un legislador, como dicen algunos: ¿por qué no puedo atreverme a tanto como él? Así que me aventuraré.

En cuanto a la situación, si me fuerzas necesariamente a decirlo, no estoy totalmente resuelto; podría ser en la *Terra Australis Incognita,* hay sitio suficiente (pues, que yo sepa, ni el hambriento español[531], ni Mercurio Británico han descubierto todavía la mitad) o una de esas islas que flotan en los mares del Sur, que como las islas Cianeas en el Ponto Euxino, cambian de sitio y sólo son accesibles en ciertas ocasiones y para unas pocas personas; o una de las Islas Afortunadas, pues ¿quién sabe dónde están o cuáles son? Hay sitio suficiente en las regiones interiores de América y en las costas del norte de Asia, Pero elegiré un sitio cuya latitud sea 45 grados (no diré los minutos) en medio de la zona templada, o quizás bajo el Ecuador, en el Paraíso del mundo «donde el laurel está siempre verde», etc., donde hay una primavera perpetua[532]. La longitud, por determinadas razones, la ocultaré.

Sin embargo «que sepan todos por la presente» que si algún caballero honesto mandase tanto dinero como Cardano concede a un astrólogo para hacer un horóscopo, será partícipe; le daré parte en mi proyecto; o si cualquier hombre valioso pretende ejercer allí cualquier oficio o dignidad temporal o espiritual (pues como dijo su arzobispo de Utopía, es una «santa ambición», y no está mal buscarlo), se le dará libremente, sin intercesiones, sobornos, cartas, etc., su propio mérito será su mejor portavoz. Puesto que no admitiremos comisionados o patronatos, si está suficientemente cualificado, y tan capaz como deseoso de ejecutar su puesto él mismo, tomará posesión de dicho cargo.

Se dividirá en doce o trece provincias, mediante colinas, ríos, carreteras u otros límites más eminentes exactamente deslindados. Cada provincia tendrá una metrópolis, que estará situada casi como el centro de una circunferencia, y el resto a igual distancia, separadas entre sí unas doce millas italianas o así, y en ellas se venderán todas las cosas necesarias para el uso humano, «a las horas y los días establecidos», no habrá ciudades mercado, ni mercados o fe-

rias, porque no hacen sino empobrecer a las ciudades (ningún pueblo estará a más de seis, siete u ocho millas de una ciudad), excepto los emporios que están a la orilla del mar, los mercados generales, comercios, como Amberes, Venecia, Bergen en la antigüedad, Londres, etc. Las ciudades, en su mayor parte, se situarán junto a ríos navegables o lagos, ensenadas o puertos, y serán de forma regular: redondas, cuadradas o rectangulares[533], con calles limpias, amplias y rectas[534], casas uniformes, construidas en ladrillo y piedra, como Brujas, Bruselas, Rhegium Lepidi, Berna en Suiza, Milán, Mantua, Cremona, Cambalu en Tartaria, descrita por Marco Polo o Palmanova en el Véneto. Admitiré pocos o ningún suburbio, y de construcciones más bajas, muros sólo para mantener alejados a hombres o caballos, a menos que sea en alguna ciudad fronteriza o junto a la orilla del mar, que se han de fortificar siguiendo los métodos de fortificación más modernos[535], y situadas en puertos convenientes y lugares oportunos.

En cada ciudad así construida, tendré las iglesias convenientes y lugares separados para enterrar a los muertos, no en cementerios de iglesias; habrá una *citadella* (en algunas, no en todas) para dominar la ciudad, prisiones para los delincuentes, mercados convenientes de todo tipo, para grano, carne, ganado, combustibles, pescado, etc.; tribunales de justicia útiles, salones públicos para todas las sociedades, bolsas, lugares de encuentro, arsenales[536] en los que se guardarán máquinas para extinguir el fuego, parques de artillería, paseos públicos, teatros y campos espaciosos destinados a gimnasia, deportes y recreaciones honestas, hospitales de todo tipo para niños, huérfanos, ancianos, enfermos, locos, soldados, lazaretos, etc., y construidos no con limosnas ni gracias a benefactores gotosos que, después de que han extorsionado toda su vida con el fraude y el robo, han oprimido a todas las provincias, sociedades, etc., dan algo para usos píos como expiación, construyen un hospicio, una escuela o un puente, etc., en su último momento, o antes a lo mejor, pero no es otra cosa que robar un ganso y restituir una pluma, robar a mil personas para remediar a diez. Y estos hospitales así construidos y mantenidos, no por colectas, beneficencia ni donaciones, serán para un número de personas establecido (como en los nuestros), sólo tantos y ninguno más, según dicha cantidad, sólo para aquellos que pasen necesidad, ya sean más o menos, y se mantendrán siempre del erario público. «No hemos nacido sólo para nosotros mismos», etc. Tendré conductos de agua dulce y buena, convenientemente dispuestos en cada ciudad, graneros públicos[537], como en Dresde en Misnia, Stetein en Pomerania, Nuremberg, etc. Colegios de matemáticos, músicos, actores, como en la Antigüedad en Lebedo, en Jonia, de alquimistas[538], médicos, artistas y filósofos, para que todas las ciencias se puedan perfeccionar pronto y se puedan aprender mejor; e historiógrafos públicos, como entre los antiguos persas, «informados y señalados por el Estado para que registren todas las acciones famosas»[539], y que no lo haga cualquier escritorzuelo incapaz, parcial o pedante y parásito, como en nuestros tiempos. Proveeré escuelas públicas de todo tipo, de canto, danza, esgrima, etc., especialmente de gramática e idiomas, que no

se enseñarán con esos tediosos preceptos utilizados normalmente, sino por medio del uso, de ejemplos, de conversación[540], como aprenden los viajantes en el extranjero y como las niñeras enseñan a los niños. Una vez hecho esto, estableceré gobernadores públicos, oficiales adecuados para cada puesto, tesoreros, ediles, cuestores, supervisores de los alumnos de los bienes de las viudas y de todas las casas publicas, etc.[541], y harán una vez al año cuentas rigurosas de todos los recibos, gastos, para evitar confusiones, y (como dice Plinio a Trajano) «y se hará así para que no gasten en exceso, si se me excusa mencionarlo». Estarán subordinados a los oficiales superiores y gobernadores de cada ciudad, que no serán pobres comerciantes ni artesanos comunes, sino nobles y caballeros; que estarán obligados a residir en las ciudades cerca de las cuales viven, en tiempos y estaciones establecidos: pues no veo ninguna razón (de lo que se queja Hipólito[542]) «para que sea más deshonroso para los nobles gobernar la ciudad que el campo, o más indecoroso vivir allí ahora que antes». No tendré ciénagas y pantanos, marismas, vastos bosques, desiertos, eriales, pastos comunes sino que todo estará cercado[543], (sin embargo, no despoblado, y por lo tanto ten cuidado de no equivocarte) porque lo que es común y de todos, no es de ninguno. Las regiones más ricas están todavía cercadas, como Essex, Kent entre nosotros, etc., España, Italia; y donde los cercados son menores en cantidad, están mejor cuidados como cerca de Florencia en Italia, Damasco en Siria, etc., que son más como jardines que como campos[544]. No tendré un acre calmo en todos mis territorios, ni siquiera en las cimas de las montañas; donde la naturaleza fracase, se suplirá con el arte: los lagos y los ríos no quedarán abandonados[545]. Todos los caminos reales, puentes, andenes, confluencias de aguas, acueductos, canales, obras públicas, construcciones, etc., saldrán de un fondo público[546], y serán cuidadosamente mantenidos y reparados. No habrá despoblamientos, absorciones, alteraciones de bosques, labrantíos, sino por consentimiento de supervisores, que serán nombrados con tal fin, para ver qué reformas se deben hacer en todos los lugares, qué está mal, cómo evitarlo, «qué región será o no productiva», qué campo es más adecuado para el bosque cuál para el grano[547], cuál para el ganado, para jardines, huertos, viveros de peces, etc, con una división que respete la caridad en todos los pueblos (para que una casa dominante no absorba vorazmente a todas, que es muy común entre nosotros), y diga qué es para los *lores*, qué para los arrendatarios[548]; y puesto que estarán más animados a mejorar las tierras que mantienen, abonan, plantan árboles, drenan, cercan, etc., tendrán largos arriendos, rentas conocidas, tasas conocidas, para liberarles de las intolerables extorsiones de los propietarios tiránicos. Estos supervisores asimismo señalarán qué cantidad de tierra de cada hacienda es adecuada para las heredades de los señores, cuál para la tenencia de los arrendatarios, cómo se deben administrar («así como los magnesios son conocidos por sus caballos, los argonautas lo son por sus naves remeras»[549]), cómo se deben abonar, cultivar, rectificar,

> «Aquí crece mejor el grano, allí mejor la viña, aquí las frutas y allá crece la hierba espontánea»[550].

y qué porción es adecuada para todos los empleos, porque los propietarios privados son muchas veces idiotas, malos administradores, opresores, codiciosos, y no saben cómo mejorar, o si no, respetan totalmente sus propios bienes, pero no el bien público.

El símil de Utopía es un tipo de gobierno deseable más que factible: la *Respublica Christianopolitana*[551], la *Ciudad del Sol* de Campanella y la *Nueva Atlántida* son ficciones ingeniosas, pero meras quimeras, y la república de Platón es en muchas cosas impía, absurda y ridícula, pierde todo el esplendor y la magnificencia. Yo tendré varios órdenes y grados de nobleza, todos hereditarios, pero a la vez sin rechazar a los hermanos menores, pues se les proveerá suficientemente con pensiones o se les calificará, se les educará en algún oficio honesto, serán capaces de vivir por sí mismos. Habrá una porción de tierra perteneciente a cada baronía; el que compre la tierra, comprará la baronía; el que por excesos consuma su patrimonio y las heredades antiguas, perderá sus honores[552]. Del mismo modo que algunas dignidades serán hereditarias, otras serán por elección o por donación (además de los empleos libres, las pensiones y las rentas vitalicias), como nuestros obispados, prebendas, los palacios del Pachá en Turquía, las casas y empleos de los procuradores en Venecia[553], que como la manzana dorada se darán al más valioso y al que mejor los merezca, tanto en la guerra como en la paz, como recompensa de su valía y buen servicio, como objetivo a conseguir para muchos («el honor alienta a las artes») y ánimos para otros. Pues odio los severos, innaturales, rígidos decretos alemanes, franceses y venecianos que excluyen a los plebeyos de los honores, por muy sabios, ricos, virtuosos, valientes y bien cualificados que sean no pueden ser patricios, sino mantener su propio rango. Esto es «hacer la guerra a la naturaleza», resulta odioso a Dios y a los hombres, lo aborrezco. Mi forma de gobierno será monárquica, pues

> «No hay libertad más dulce que la gobernada por un príncipe virtuoso»[554].

Con pocas leyes, pero mantenidas severamente, escritas en un estilo llano y en su lengua materna, para que todo el mundo las pueda entender. Cada ciudad tendrá un negocio o empleo particulares por los que se mantendrá principalmente. Y los padres enseñarán a sus hijos, a uno de cada tres al menos, les educaran y les instruirán en los misterios de su propio oficio[555]. En cada ciudad estos artesanos estarán convenientemente organizados, dejando al resto libres de peligros o molestias: los comercios de fuego, como los herreros, forjadores, cerveceros, panaderos, metalarios, etc., vivirán solos; los tintoreros, curtidores, pellejeros y todos los que utilizan agua, en lugares convenientes para ellos; los ruidosos o repugnantes por los malos olores, como los mataderos, abaceros, curtidores en lugares remotos y en callejuelas traseras. Las fraternidades y compañías, las apruebo, como las bolsas de comerciantes, colegios de boticarios, médicos, músicos, etc. Pero todos los comercios tendrán precio fijo en la venta de mercancías, como hacen nuestros empleados del mercado con los panaderos y cerveceros; el mismo grano, cuya escasez puede

sobrevenir, no excederá ese precio. Por aquellas mercancías que se transportan o se importan, si son necesarias, útiles y en tanto en cuanto puedan concernir a la vida del hombre, como el grano, la madera, el carbón, etc.[556], y tales provisiones de las que no podemos carecer, haré que se pague poco o ningún derecho de aduana o impuestos. Pero para las cosas que son para el placer, deleite u ornamento, como el vino, las especias, el tabaco, la seda, el terciopelo, telas de oro, encaje, joyas, etc., habrá mayores impuestos.

Haré que se envíen algunos barcos cada año en busca de nuevos descubrimientos, y que se designe a algunos hombres discretos para que viajen a los reinos vecinos por tierra[557], y observen las invenciones técnicas y las buenas leyes de otros países, sus costumbres, alteraciones o cualquier otra cosa, referente a la guerra o a la paz, que se dirija al bien común. La disciplina eclesiástica, en las manos de los obispos, estará subordinada como las demás. No habrá secularización de bienes, ni patrones laicos de beneficios eclesiásticos, o un hombre particular, sino sociedades comunes, corporaciones, etc., y los que ostentan beneficios serán elegidos en la universidad, examinados y aprobados como los *literati* de China. Ninguna parroquia tendrá más de mil feligreses. Si fuera posible tendría a sacerdotes que imitaran a Cristo, abogados caritativos que debieran amar a sus prójimos como a ellos mismos, médicos modestos y templados, políticos que despreciaran el mundo, filósofos que se conocieran a sí mismos, nobles que vivieran honestamente, mercaderes que dejaran de mentir y engañar y magistrados que dejaran la corrupción; pero esto es imposible, debo conseguir lo que pueda. Tendré, por lo tanto, un número establecido de legistas, jueces, abogados, médicos, cirujanos, etc.[558], y que cada hombre, si es posible, abogue por su propia causa y le diga al juez la historia que le hubiera dicho a su abogado[559], como en Fez, en África, Bantam, Aleppo, Ragusa, «se espera que cada uno exponga su causa». Los abogados, cirujanos y médicos[560] que tengan permiso, serán pagados por el erario público[561], y no se les darán ni tomarán honorarios bajo pena de perder sus puestos; o si lo hacen, serán honorarios pequeños y cuando el caso se haya acabado totalmente[562]. El que demande a alguien, pondrá una prenda; si se demuestra que ha demandado erróneamente a su adversario, irreflexiva o maliciosamente, se le confiscará y la perderá[563]. O si no, antes de que cualquier pleito comience, el demandante someterá su queja ante una comisión establecida para tal fin; si fuese de importancia, se le consentirá que continúe como antes, y si no, ellos lo determinarán. Todas las causas se abogarán ocultando los nombres de las partes, si las circunstancias no lo requieren de otro modo. Los jueces y los demás oficiales estarán adecuadamente dispuestos en cada provincia, pueblo, ciudad, como árbitros públicos para oír las causas y acabar las controversias y no de uno en uno, sino al menos tres a la vez en el banco para determinar o dar la sentencia, y sentándose por turnos o a suertes, y para no continuar siempre en el mismo oficio. Ninguna controversia estará pendiente más de un año, sino que se resolverá sin ningún retraso, y las apelaciones posteriores se despacharán rápidamente y se concluirá finalmente en el tiempo asignado. Los jue-

ces y todos los demás magistrados inferiores se elegirán como los *literati* de China[564] o por los exactos sufragios de los venecianos[565], y no serán elegibles de nuevo ni estarán disponibles para magistraturas, honores, cargos, a menos que demuestren estar suficientemente cualificados por el aprendizaje[566], los modales y por la estricta aprobación de los examinadores designados: tendrán prioridad los que hayan estudiado, y luego los soldados[567]; pues soy de la opinión de Vegecio, un estudioso merece más que un soldado, porque «el trabajo de un soldado dura una época, el de un estudioso es para siempre».

Si se portan mal, se les destituirá[568] y castigará conforme a ello; y ya sean sus oficios anuales o de cualquier otra periodicidad[569], una vez al año se les examinará y se dará un informe puesto que los hombres son parciales, apasionados, inclementes, codiciosos, corruptos, sujetos al amor, al odio, al temor, a los favores, etc., «todo reino está sujeto a un reino mayor». Como hacían los Areopagitas de Solón y los censores romanos, unos inspeccionarán a otros, e *invicem* serán inspeccionados ellos mismos[570]; vigilarán que ningún funcionario, bajo pretexto de autoridad, insulte a sus inferiores[571] como a bestias salvajes, ni oprima, domine, desuelle, muela, pisotee, sea parcial o corrupto, sino que actuarán con igualdad, viviendo juntos como amigos y hermanos; y lo que Seselio quería tener y deseaba tanto en su reino de Francia[572], «un diapasón y una dulce armonía de reyes, príncipes, nobles y plebeyos, muy unidos entre sí y con amor, así como leyes y autoridad; de modo que nunca estén en desacuerdo, ni se insulten o abusen unos de otros». Si alguien desempeña bien su oficio, será recompensado.

> «¿Pues quién elegirá la virtud por sí misma si se le quita la recompensa?».

El que invente algo para el bien público, o en cualquier arte o ciencia escriba un tratado, o realice alguna hazaña noble, en el país o fuera[573], se le enriquecerá de acuerdo con ello[574], se le honrará y ascenderá[575]. Digo con Aníbal en Ennio, «quien hiera a un enemigo será para mí cartaginés»; sea de la condición que sea, en todos los oficios, acciones, el que merezca lo mejor, tendrá lo mejor.

Tiliano en Filonio, sin duda con un espíritu caritativo, deseaba que todos sus libros fueran de oro y plata, joyas y piedras preciosas, para redimir a cautivos, liberar a presos y aliviar a todas las pobres almas afligidas que necesitaban medios[576], todo hecho religiosamente, no lo niego, pero ¿con qué fin? Supón que esto se hiciera así de bien; un poco después, aunque un hombre tuviera para dar las riquezas de Creso, todo volvería a estar igual. Por eso no consentiré de ninguna manera mendigos, pícaros, vagabundos o personas ociosas[577] que no puedan dar cuenta de sus vidas y de cómo se mantienen[578]. Si son inválidos, cojos, ciegos y están solos, se les mantendrá idóneamente en diversos hospitales construidos para tal fin; si están casados y enfermos, sin trabajo o afectados por una pérdida inevitable, o alguna otra desgracia similar, se les socorrerá con distribución de trigo, alquiler gratuito de la casa, pensiones anuales o dinero[579], y se les recompensará mucho por los buenos servicios

que hayan prestado antes, y si pueden se les hará trabajar[580]. «Pues no veo motivos (como dice Moro) para que un epicúreo o un holgazán ocioso, un rico glotón o un usurero vivan descansadamente, sin hacer nada, vivan con honor, con todo tipo de placeres, y opriman a los demás, cuando mientras tanto, un pobre trabajador, un herrero, un carpintero, un labrador, que han pasado su tiempo en el trabajo continuo, como un burro que lleva su carga, que hacen el bien a la república, y sin los cuales no podemos vivir, se les deje en su ancianidad que mendiguen y mueran de hambre, que lleven una vida miserable, peor que la de un jumento»[581]. Puesto que todas las condiciones estarán en armonía con sus tareas, nadie estará demasiado cansado, sino que tendrán tiempos de recreo y de vacaciones establecidos para entregarse al placer, fiestas y alegres encuentros incluso para el artesano más humilde o el sirviente más modesto, una vez a la semana se cantará o bailará (aunque no todos a la vez), o harán lo que más les guste[582]; como en la *Saccarum Festum*[583] entre los persas, las saturnales en Roma; y también los jefes. Si alguno está borracho, no beberá más vino u otra bebida fuerte en los doce meses posteriores[584]. Una bancarrota se expondrá en el anfiteatro[585], reprobada públicamente, y el que no pueda pagar sus deudas, si se ha empobrecido por desorden o negligencia, será encarcelado durante doce meses, y si en ese tiempo no se ha satisfecho a sus acreedores, se le colgará[586]. El que cometa sacrilegio, perderá las manos[587]; al que levante falso testimonio o sea convicto de perjurio, se le cortará la lengua a menos que lo redima con su cabeza. El asesinato y el adulterio[588] se castigarán con la muerte, pero no el robo, a menos que sea una falta más grave o sean delincuentes reiterados[589]; si no, se les condenará a galeras, o a las minas, o serán esclavos durante toda su vida de aquél a quien han ofendido. Detesto a los esclavos hereditarios y «esa dura ley de los persas», como la llama Brisonio[590], o como Amiano Marcelino, «una ley dura que sufrirían las esposas e hijos, amigos y allegados por la culpa de su padre»[591].

Ningún hombre se casará hasta que tengan veinticinco años[592], ninguna mujer hasta que tenga veinte, «a no ser que se les dispense»[593]. Si uno muere, la otra parte no se casará hasta pasados seis meses[594]. Y puesto que muchas familias se ven obligadas a vivir miserablemente, exhaustos y arruinados por las grandes dotes, no se les dará nada[595] o muy poco y establecido por los supervisores; los que están mal tendrán una porción mayor, si están bien, nada o muy poco, aunque sin exceder la cantidad establecida que los supervisores consideren adecuada[596]. Y cuando lleguen a la edad, la pobreza no estorbará a nadie para casarse o para cualquier otra cosa, sino que se les animará antes que impedírselo[597], excepto si están mutilados o con graves deformidades[598], si están enfermos o sufren alguna enfermedad hereditaria importante, corporal o mental, o en los casos en los que haya una gran condena o multa; en ese caso ni el hombre ni la mujer se casarán[599]; se les dará otro tipo de orden en compensación[600]. Si hay sobreabundancia de gente, se aliviará enviándoles a las colonias[601].

Ningún hombre llevará armas en ninguna ciudad[602]. Se mantendrá el

mismo atavío, adecuado a los diversos oficios, por el cual se les distinguirá. «Los funerales pomposos» se abolirán, se moderará el gasto intempestivo[603], y muchas otras cosas. Los prestamistas, tomadores de prendas y usureros no los admitiré: sin embargo, «puesto que aquí tratamos con hombres, no con dioses», y por la dureza de los corazones de los hombres, toleraré algún tipo de usura[604]. Si fuéramos honestos, lo confieso, no haríamos uso de ella; siendo las cosas como son, la tenemos que admitir necesariamente. Sin embargo, la mayoría de los teólogos la combaten –decimos que no con la boca, pero no lo pensamos– pero los políticos deben tolerarlo. Y sin embargo algunos grandes doctores lo aprueban: Calvino, Martin Bucer, Zanchio, Pedro Mártir de Anglería porque está permitido por muchos grandes legistas, decretos de emperadores, estatutos de príncipes, costumbres de repúblicas, aprobaciones eclesiásticas, etc. Por lo tanto lo permitiré. Pero no a personas particulares, no a todo el que quiera, sino sólo a huérfanos, doncellas, viudas, o a aquellos que por razón de su edad, sexo, educación, desconocimiento del mercado, no saben en qué otra cosa emplear sus bienes, y a los que se les permita no se les dejará que aparten su dinero, sino que lo lleven a un banco común, que se consentirán en cada ciudad[605], como en Génova, Ginebra, Nuremberg, Venecia, al cinco, seis, siete, no más del ocho por ciento[606], según lo consideren adecuado los supervisores o *aerarii praefecti*. Y no será legal que cualquiera que lo desee sea usurero, así como no será legal prestar a cualquiera: nunca a los pródigos y manirrotos, sino sólo a los mercaderes, jóvenes comerciantes y a los que tengan necesidad y sepan cómo utilizarlo honestamente; la necesidad, causa y condición, las aprobarán los dichos supervisores[607].

No tendré monopolios privados que enriquecen un hombre y ponen a mendigar a una multitud, ni multiplicidad de oficios abastecidos por medio de delegados[608]. Los pesos y medidas serán los mismos en todas partes, y todas ellas reguladas por el *primum mobile* y el movimiento del sol; sesenta millas corresponderán a un grado de acuerdo con la observación, mil pasos geométricos para una milla, cinco pies para un paso, doce pulgadas para un pie, etc., y a partir de las medidas bien establecidas, es fácil regular los pesos, etc., calcular todo, medir los cuerpos por medio del álgebra y la estereometría. Odio las guerras, si no se dan por un motivo urgente. «Detestamos al halcón porque siempre vive en guerra». No permitiré las guerras ofensivas, a menos que la causa sea muy justa[609]. Porque yo alabo mucho el dicho de Aníbal en Tito Livio, «habría sido algo maravilloso para vosotros y para nosotros, si Dios hubiese dado a nuestros antepasados la idea de que vosotros estabais contentos con Italia, y nosotros con África. Porque ni Sicilia ni Cerdeña merecen tales costes y sinsabores, tantas flotas y ejércitos y las vidas de capitanes tan famosos»[610]. «Los buenos asuntos se probarán primero», «el poder pacífico consigue más que la violencia»[611]. Haré que procedan con toda moderación, pero oye tú a Fabio, mi general, no a Minucio, «pues quien sigue una estrategia causa más perjuicio al enemigo que con fuerzas incalculables»[612]. Y en las guerras, que se abstengan lo más posible de las devastaciones, quema de ciu-

dades, masacres de niños, etc.[613] Para las guerras defensivas, tendré fuerzas listas al mínimo aviso[614], por tierra y mar; una armada preparada, soldados preparados para la acción y, como quiere Bonfino para sus húngaros, con líctores de hierro[615]; y tendré dinero, que es «el nervio de la guerra», siempre preparado, y rentas suficientes, una tercera parte, como en la Roma antigua y en el antiguo Egipto[616], reservado para la república; para evitar los gravosos tributos e impuestos, así como para sufragar el coste de las guerras y también otras oblibaciones públicas, gastos, pensiones, reparaciones, juegos honestos, fiestas, donaciones, recompensas y entretenimientos. Todas las cosas de esta naturaleza las haré juiciosamente, y con gran deliberación, «no lo haré a ciegas, ni con debilidad, ni con miedo». «Pero ¿hasta dónde me dejo llevar?»[617]: seguir con el resto requeriría un volumen, «debo levantar la mano del papel», he sido demasiado prolijo con este tema; me podría haber extendido gustosamente aquí, pero los límites que quiero mantener no lo permitirán.

De las repúblicas y las ciudades descenderé a las familias, que tienen tantas corrosiones y molestias, tantos frecuentes descontentos como el resto: hay grandes afinidades entre el cuerpo político y el económico (que consituyen las familias); sólo se distinguen en la magnitud y la proporción del negocio (como escribe Escalígero[618]), puesto que ambos tienen la misma periodicidad, como mantienen Bodin[619] y Peucer[620], siguiendo a Platón, seiscientos o setecientos años, pues muchas veces tienen los mismos medios de deterioro y bancarrota; como en concreto el desorden, lo que es la ruina común de ambos; desorden en la construcción, desorden en el gasto pródigo, desorden en el vestido, etc., sea del tipo que sea produce los mismos efectos. Uno de nuestros corógrafos[621], hablando *obiter* de las familias antiguas, por qué son tan frecuentes en el norte, y continúan durante tanto tiempo, y se extinguen tan pronto en el sur, y son tan pocas, no da otra razón que ésta: el desorden lo ha consumido todo. A esta isla llegaron finas telas y curiosas construcciones, como observa en sus *Annales*, no hace tantos años, hasta menoscabar la hospitalidad. Sea como fuere, esa palabra se confunde muchas veces, y bajo el nombre de liberalidad y hospitalidad se ocultan el desorden y la prodigalidad, y lo que en sí mismo es loable cuando se usa bien, se ha confundido hasta ahora y se ha convertido por su abuso en la perdición y la ruina total de muchas familias nobles. Pues muchos hombres viven como ricos glotones, consumiéndose a sí mismos y sus patrimonios con continuas fiestas e invitaciones, como Aquilón en Homero[622], tienen la casa abierta para todos los que vengan, dando entretenimiento a los que les visitan, manteniendo una mesa más allá de sus posibilidades[623] y una compañía de sirvientes perezosos (aunque no con tanta frecuencia como antiguamente). Repentinamente se ven sumidos en la pobreza, y al igual que Acteón fue devorado por sus propios perros, son devorados por sus parientes, amigos y multitud de seguidores. Es un portento lo que cuenta Paolo Giovio de nuestros países norteños, qué inmensa cantidad de carne consumimos en nuestras mesas[624]; a lo que puedo decir verdaderamente que no es liberalidad ni hospitalidad, como a menudo se confunde, sino desorden en

exceso, glotonería, y prodigalidad; mero vicio que conduce a la deuda, a pasar necesidades y a la mendicidad, a enfermedades hereditarias, consume sus fortunas, destruye el buen temperamento de sus cuerpos. A esto podría añadir sus gastos desordenados en la construcción de esas fantásticas casas, torres, paseos, parques, etc., juegos, exceso de placer, y el prodigioso exceso en el vestir, por lo cual se ven obligados a cerrar la casa y arrastrarse en agujeros. Seselio en su república de Francia, da tres razones por las que la nobleza francesa estaba tan a menudo en bancarrota: «Primero porque tenían tantos pleitos y contiendas, uno contra otro, que eran interminables y costosos, por lo que ocurría que normalmente los abogados les esquilmaban sus propiedades. Una segunda causa es su desorden, vivían más allá de sus posibilidades, y por lo tanto su patrimonio lo devoraban los mercaderes»[625]. La Nove, un escritor francés, da cinco razones para la pobreza de sus paisanos, casi en el mismo sentido, y piensa verdaderamente que si la clase acomodada de Francia se dividiera en diez partes, se encontraría que ocho están menoscabadas por las ventas, hipotecas y deudas, o completamente arruinadas sus propiedades. «La última causa era el exceso inmoderado en el vestido, que consumía sus rentas». Cómo concierne y concuerda esto con nuestro estado actual, miradlo vosotros mismos. Pero de esto se hablará en otro sitio.

Como ocurre en el cuerpo humano, que si la cabeza, el corazón, el estómago, el hígado, el bazo o cualquier parte del cuerpo está enferma, todas las demás sufrirán con ella, así ocurre con el cuerpo doméstico. Si el cabeza de familia está mal, es un manirroto, un borracho, un proxeneta, un tahúr, ¿cómo podrá vivir la familia con desahogo? Como dijo Demea en la comedia, «ni la misma salvación puede salvarlo»[626]. Muchas otras veces, un hombre bueno, honesto, trabajador, tiene una harpía por mujer, una mujer enfermiza, deshonesta, perezosa, insensata, descuidada por compañera; una orgullosa, una coqueta malhumorada, una aficionada a los licores, una moza despilfarradora, y así todo va a la ruina. Si son de naturaleza diferente, él ahorrativo y ella lo gasta todo, él sabio y ella tonta y superficial, ¿qué acuerdo puede haber?, ¿qué amistad? Como la historia del tordo y la golondrina de Esopo, en vez de amor mutuo y amables palabras, se oye puta y ladrón, se tiran los trastos a la cabeza. «¿Qué locura le ha sobrevenido a esta familia?»[627]. Todos los matrimonios por la fuerza suelen producir tales efectos; o si por su propio interés están de acuerdo, aunque viven y concuerdan amorosamente juntos, pueden tener niños desobedientes y revoltosos que toman malos caminos y les inquietan, «su hijo es un ladrón, un manirroto, su hija una prostituta»[628]. Una madrastra[629] o una nuera pueden perturbarlo todo. O si no, ante la necesidad[630], surgen muchos tormentos, deudas, obligaciones, honorarios, dotaciones, juntadores, legados por pagar, rentas, por medio de las cuales no tienen con qué mantenerse con la pompa con la que sus predecesores lo habían hecho, ni con qué educar a sus hijos o emplearlos en sus oficios, de acuerdo con su edad y cualidades, y no descenderán a la altura de sus fortunas presentes[631]. A menudo, también, para agravar lo demás, concurren muchas otras inconveniencias: amigos desagra-

decidos, amigos arruinados, malos vecinos, sirvientes negligentes, «hay esclavos rapaces, astutos y bien curtidos, que son capaces de hurtar lo que sus amos a duras penas consienten dar a sus hijos legítimos; abriendo despensas cerradas con mil llaves, golosean y acaban con todo»[632]; desastres, impuestos, multas, oficios sometidos a impuestos, gastos innecesarios, entretenimientos, pérdida de provisiones enemistades, emulaciones, frecuentes mutaciones, pérdidas de fianzas, enfermedades, muertes de amigos, y lo que es el colmo de todo, la imprevisión, una mala administración, el desorden y la confusión, por medio de los cuales son dragadas repentinamente sus haciendas, y de improviso se precipitan insensiblemente en un inextricable laberinto de deudas, cuidados, calamidades, privaciones, dolor, descontento, e incluso de melancolía.

He tratado de las familias y ahora repasaré brevemente algunos tipos y condiciones humanos. Los más seguros, felices, joviales y dichosos en opinión del mundo, son los príncipes y grandes hombres, libres de melancolía; pero por sus preocupaciones, miserias, temores, celos, descontentos, necedad y locura, te remito al tirano de Jenofonte, donde el rey Hierón habla por extenso con el poeta Simónides de este tema. Son los que están más turbados por continuos temores y ansiedades, de tal manera que, como se dice en Valerio[633], «si supieras con qué cuidados y desgracias está rellena esta túnica, no te pararías a cogerla». O pongamos por caso que están seguros y libres de temores y descontentos, pero sin embargo están faltos de razón demasiado a menudo, se precipitan en sus acciones[634]. Lee todas nuestras historias, «que los locos han escrito sobre los locos», las *Ilíadas, Eneidas, Annales,* y ¿cuál es el tema?

> «Contienen las pasiones de pueblos y reyes locos».

De cuán locos están, cuán furiosos, y cómo por cualquier pequeña causa son irreflexivos y desconsiderados en su conducta, cómo desvarían, de esto da testimonio casi cada página,

> «Cuando los reyes deliran sus súbditos experimentan el perjuicio».

Los siguientes en lugar, siguientes en desgracias y descontentos, en todo tipo de acciones de cerebros de mosquito, son los grandes hombres: «cuanto más lejos de Júpiter, más lejos del rayo», cuanto más cerca, peor. Si viven en la corte, andan siempre arriba y abajo, suben y bajan como la marea dependiendo del favor del príncipe, «su humor se levanta o se abate con la expresión de su cara», ahora en lo alto, mañana abajo, como lo describe Polibio[635], «como las cuentas de los ábacos: hoy de oro, mañana de plata, que varían en valor según la voluntad del computante, ahora valen por unidades, mañana por miles; ahora todo y luego nada». Además se atormentan unos a otros con facciones y envidias mutuas: uno es ambicioso, el otro está enamorado, un tercero endeudado, pródigo, disipa su fortuna[636], un cuarto es solícito en sus cuidados, pero no consigue nada, etc. Pero para los descontentos y ansiedades de estos hombres, te remito al tratado de Luciano *De mercede conductis,* a Eneas

Silvio Piccolomini («esclavos de la lujuria y la locura»[637], los llama), a Agrippa y muchos otros.

De los filósofos y estudiosos, maestros de la sabiduría antigua, ya he hablado en términos generales, son los maestros del ingenio y del conocimiento, hombres por encima de los demás hombres, los refinados, favoritos de las musas,

> «a los que se les concede[638] el tener una buena cabeza y una mente aguda»[639].

Los agudos y sutiles pensadores, tan honrados, tienen tanta necesidad de eléboro como los demás[640]. «¡Oh médicos abrid la vena media!»[641]. Lee el *Piscator* de Luciano y dime cómo les considera; el tratado de Agrippa, *De vanitate scientiarum;* lee sus propias obras, sus absurdas doctrinas, sus prodigiosas paradojas, «¿podéis contener la risa, amigos?». Encontrarás que es verdad lo de Aristóteles, «no existe un gran ingenio sin una mezcla de locura», también tienen un lado malo, como los demás; tienen un genio fantástico, un carácter culterano, ampuloso, vanaglorioso, un estilo afectado, etc., como un hilo que sobresale en una tela tejida desigualmente, corren paralelos a lo largo de sus obras. Y los que enseñan sabiduría, paciencia, humildad, son los más tontos, cerebros de mosquito y los más descontentos. «En la abundancia de sabiduría está la pena; y el que aumenta la sabiduría, aumenta el dolor»[642]. No necesito citar a mi autor. Los que se ríen de los otros y los menosprecian, merecen ser burlados, son como atolondrados, y mienten tan abiertamente como cualquier otro. Demócrito, el habitual burlador de la necedad, era ridículo en sí mismo. Menipo el ladrador, Luciano el mofador, el satírico Lucilio, Petronio, Varrón, Persio, etc., pueden ser censurados con el resto. «Que el que tiene las piernas rectas se ría del que las tiene torcidas, el blanco del etíope». John Bale, Erasmo, Rudolph Hospiniam, Luis Vives, Martin Kemnisio, explotan como un vasto océano de *obs* y *sols*[643], es la teología, un laberinto de intrincadas preguntas[644], discusiones improductivas, «un delirio increíble», la llama uno. Si la teología se censurara así, «Escoto, *el Doctor Sutil,* la lima de la verdad, el infalible Ockam, cuyo ingenio refuta a todos los antiguos»[645], John Baconthorpe, *Doctor Resolutus,* y «la mente teológica más aguda», el mismo Tomás de Aquino, *Doctor Seraficus,* «a quien le dictaba un ángel»[646], ¿en qué se convertiría la humanidad? Arte loca, ¿qué puede alegar? ¿Qué pueden decir sus seguidores en su favor? El mucho conocimiento ha trastornado su juicio[647], y se ha enraizado de tal modo que el mismo eléboro no puede hacer nada, ni siquiera la renombrada linterna de Epícteto[648], a cuya luz, si alguien estudiaba, se volvía tan sabio como él. Pero no todo servirá. Los retóricos, por la volubilidad de su lengua, hablarán mucho en vano. Los oradores pueden persuadir a otros de lo que quieran, ir a donde quieren y venir de donde quieren, conmover, tranquilizar, etc., pero no pueden aclarar su propio entendimiento. ¿Qué dice Cicerón? «Prefiero la sabiduría poco habladora a la ignorancia charlatana», y según le apoya Séneca[649], el discurso de un hombre sabio debería ser comedido y prudente. Quintiliano no estima mejor a la mayoría de ellos[650], en el

habla, la acción, el gesto, que como se consideran ante sí mismos, narradores locos; al igual que Gregorio, «no juzgo la sabiduría por las palabras, sino por los hechos». Incluso el mejor de ellos, si es un buen orador es un desertor, un hombre malvado, su lengua está en venta, es una mera voz, como dijo Lipsio del ruiseñor[651], «da el sonido sin sentido», un mentiroso hiperbólico, un adulador, un parásito y, como quiere Amiano Marcelino, un embaucador corruptor que hace más daño con su buen discurso que el que soborna con dinero[652]. Porque un hombre puede evitar más fácilmente al que embauca con dinero que al que engaña con términos brillantes, lo que hizo que Sócrates les aborreciera y refutara tanto[653]. Fracastoro, famoso poeta, admite libremente que todos los poetas están locos[654], como lo hace Escalígero[655], ¿y quién no? «¿Está loco o es que está haciendo versos» (Horacio, Sat. 7. libro 2.); «quiere enloquecer, es decir, componer versos» (Virgilio, *Églogas*, 3); así lo interpreta Servio: todos los poetas están locos, compañía de mordaces satíricos, detractores, o, si no, aclamadores parásitos. ¿Y qué es la poesía misma, sino como sostiene Agustín, «el vino del error presentado por maestros ebrios»? En general, se les puede hacer la crítica que hizo Tomás Moro una vez de los poemas de Germano Brixius en particular:

«Navegan en la nave de la locura y habitan en la selva de la vesania».

Budé en una de sus epístolas a Lupseto, considera que la ley civil es la torre de la sabiduría; otro honra a la física, la quintaesencia de la naturaleza; un tercero las echa por tierra a ambas y defiende la bandera de su propia ciencia particular. Vuestros ceñudos críticos, burlones gramáticos, anotadores, curiosos historiadores, descubren todas las ruinas del ingenio, «exquisitas extravagancias» entre todos los desperdicios de los escritores antiguos. «Son necios todos los que no pueden encontrar su propio error, mientras que corrigen a los otros»[656], y son fogosos en causas frías; se enredan para encontrar cuántas calles hay en Roma, casas, puertas, torres, cuál era el país de Homero, quién la madre de Eneas, las hijas de Níobe, «si Safo fue una cortesana, qué fue primero, la gallina o el huevo[657], y otras tonterías que si se supiesen alguna vez, se deberían olvidar», como mantiene Séneca[658]: ¿Qué trajes llevaban los senadores de Roma, qué zapatos, cómo se sentaban, dónde iban para el retrete, cuántos platos en la mesa, qué salsas? Lo cual, en el presente, de acuerdo con Luis Vives[659], es muy ridículo que lo cuente un historiador, pero para ellos es un material precioso elaborado, se les admira y están orgullosos, triunfantes mientras tanto por este descubrimiento, como si hubiesen ganado una ciudad o conquistado una provincia, sintiéndose tan ricos como si hubiesen encontrado una mina de oro. «Revelan y pintarrajean un montón de libros y buenos autores con sus absurdos comentarios», dice uno. «El muladar de los correctores», los llama Escalígero[660], y muestran su ingenio censurando a otros, compañía de anotadores necios, moscones, escarabajos, rastrean por los escombros y estercoleros y prefieren un manuscrito mucho antes que el mismo

evangelio, un *Thesaurum Criticum*[661] antes que cualquier tesoro. Con sus «omítase, algunos leen esto, pero mi códice lee esto otro», con sus últimas ediciones, anotaciones, correcciones, etc., hacen los libros caros, a sí mismos ridículos y no hacen bien a nadie. Pero si cualquiera se atreviese a oponerse o contradecirlo, se vuelven locos, se levantan en armas repentinamente, ¿cuantas páginas se han escrito en defensa?, ¿cuántas agrias invectivas?, ¿que apologías? «Son antojos, meras tonterías»[662]. Pero no me atrevo a decir más de, a favor, con o contra ellos, porque estoy expuesto a su látigo, tanto como otros. De éstos y del resto de nuestros artistas y filósofos, concluiré en general que son un tipo de locos, como los considera Séneca[663], quien tiene dudas y escrúpulos sobre cómo leerlos atentamente, que enmiendan a los autores antiguos, pero no enmiendan sus propias vidas ni nos enseñan «a mantener nuestros ingenios en orden o rectificar nuestros modales». ¿No está loco el que dibuja líneas con Arquímedes mientras saquean su casa, sitian su ciudad, cuando todo el mundo está en combustión, o mientras nuestras almas están en peligro (la muerte sigue, la vida huye), el que pasa su tiempo en juegos, cuestiones ociosas y cosas sin valor?

Que los amantes están locos, creo que nadie lo negará[664]. «Amar y ser sabio: ni siquiera Júpiter intentaba ambas cosas a la vez»,

> «La majestad y el amor no concurren bien, ni se alojan en una sola sede»[665].

(Cuando le invitaron a Cicerón a que se casara por segunda vez, respondió que no podía «ser sabio y amar a la vez». El amor es locura, un infierno, una enfermedad incurable[666]; Séneca[667] lo llama una lascivia impotente y furiosa. Me extenderé sobre este tema en otro lugar; mientras tanto, dejad a los amantes que suspiren hasta consumirse.

El legista Nevizano mantiene como un axioma que «la mayoría de las mujeres son necias»[668], «el juicio de las mujeres es débil»[669]; Séneca lo piensa de los hombres, sean jóvenes o viejos, ¿quién lo duda? «La juventud está loca», como dice Lelio en Cicerón, la vejez no es mucho mejor, etc. Teofrasto, en su año centésimo séptimo decía que empezaba a ser sabio, y por tanto lamentaba su muerte cercana. Si la sabiduría viene tan tarde, ¿dónde encontraremos a un hombre sabio? Nuestros ancianos desvarían a los setenta. Podría citar más pruebas, y un autor mejor, pero por el momento, que un loco apunte a otro. Nevizano tiene una opinión igual de dura sobre los ricos[670], «la riqueza y la sabiduría no pueden convivir»[671], «las riquezas padecen la locura», y normalmente[672] «atontan a los hombres»[673]. Como vemos, «los tontos tienen suerte», «la sabiduría no se encuentra en la tierra de los que viven agradablemente»[674]. Pues además del desprecio natural hacia el conocimiento, que acompaña a ese tipo de hombres, tienen una pereza innata (por lo que no se tomarán ninguna molestia) y como observa Aristóteles[675], «donde hay mucho ingenio, hay poca riqueza, la gran riqueza va normalmente junto a un breve ingenio». Algunos tienen tanto cerebro en su cabeza como en sus talones;

además de este desprecio ingénito por las ciencias liberales y todas las artes que deberían refinar la mente, la mayoría tiene uno u otro humor estúpido, por el que se dejan llevar: uno es un epicúreo o un ateo, un segundo es un tahúr, un tercero un proxeneta (temas adecuados para que un satirista trabaje sobre ellos),

> «éste enloquece por los amores de mujeres casadas, aquél por el de los niños»[676].

Uno está loco por la cetrería, la caza, las peleas de gallos, otro por las carrozas, por montar a caballo, por gastar; un cuarto por la construcción, la lucha, etc.[677] Damasipo se volvía loco por las estatuas antiguas. Damasipo tenía una fijación particular, de la que se podría hablar mucho; Heliodoro el cartaginés otra[678]. En pocas palabras, como concluye Escalígero sobre todos ellos, «son verdaderas estatuas o pilares de necedad». Elige de entre todas las historias a aquél al que más se haya admirado y siempre encontrarás «mucho que alabar, pero también mucho que reprobar», como dice Beroso de Semíramis[679]; «superaba a todos en lo militar, los triunfos, las riquezas, así como en lujuria, crueldad y otros vicios», al igual que tenía algo bueno, también tenía muchas partes malas.

Alejandro, un hombre valioso, pero furioso en su ira, atrapado por la bebida; César y Escipión eran valientes y sabios, pero jactanciosos y ambiciosos; Vespasiano era un príncipe valioso, pero codicioso; Aníbal tenía tantas poderosas virtudes como abundantes vicios[680]. Mil vicios acompañan a una virtud, como dice Maquiavelo de Cosimo de Medici, que tenía dos personas distintas en él. Concluiré de todos ellos que son como los cuadros dobles o giratorios, ponte delante y verás una hermosa doncella por un lado, un mono por el otro, un búho; míralos y a primera vista parecen bien, pero examínalos más detalladamente, les encontrarás sabios por un lado, y necios por el otro, en unas pocas cosas dignos de alabanza, en las demás incomparablemente imperfectos. No diré nada de sus enfermedades, emulaciones, descontentos, necesidades y tales tipos de miserias: que la Pobreza exponga el resto en el *Plutón* de Aristófanes.

Los hombres codiciosos están mucho más locos que otros, tienen todos los síntomas de la melancolía, temor, tristeza, sospecha, etc.[681], como se probará en el lugar adecuado.

> «A la mayoría de los avaros se les ha de dar mucho eléboro».

Y sin embargo pienso que los pródigos son mucho más locos que los anteriormente dichos, sean de la condición que sean, lleven una bolsa pública o privada. Yo les critico como hacía un escritor holandés con Ricardo, el rico duque de Cornwall que aspiraba a ser emperador, por su gasto profuso[682], «que derramaba el dinero como agua». «Insensata Inglaterra –dice– que se ve privada

de dinero sin necesidad; insensatos príncipes alemanes, que han vendido sus privilegios por dinero». Los manirrotos, sobornadores y los corruptores son necios, como lo son todos los que no pueden mantener, desembolsar o gastar bien sus dineros[683].

Lo mismo podía decir de los enfadados, malhumorados, envidiosos, ambiciosos[684]; «lo mejor sería que sorbieras puro el eléboro de Anticira»[685]; epicúreos, ateos, cismáticos, heréticos; «todos tienen dañada la imaginación», dice Nymann[686] «y su locura será evidente» (2 Tm 3, 9). Fabato, un italiano, mantiene que todos los que viajan por mar están locos, «el barco está loco porque nunca está estable, los marineros están locos al exponerse a tan inminente peligro; las aguas están locas de furia, en movimiento continuo; los vientos están tan locos como el resto; no saben de dónde vienen ni a dónde van; y los que van al mar son los más locos de todos, por un loco en casa encuentran cuarenta fuera»[687]. Él que lo dijo es un loco y tú quizá igual de loco al leerlo.

Felix Platter[688] es de la opinión de que todos los alquimistas están locos, fuera de su sano juicio. Ateneo[689] dice lo mismo de los violinistas, y «los ruiseñores de las musas», los músicos, «todos los flautistas están locos[690], por un oído entra la música, por el otro sale el ingenio». Las personas orgullosas y jactanciosas están verdaderamente locas, al igual que las lascivas[691], puedo sentir su pulso palpitando hasta aquí; algunos son locos cornudos, dejando a otros acostarse con sus mujeres y tolerándolo.

Insistir en todos los detalles[692] sería un trabajo de Hércules, contar[693] «los trabajos locos, libros locos, esfuerzos»[694], talantes, gran ignorancia, acciones ridículas, gestos absurdos. «Gula loca, disputas locas», como las denomina Cicerón, locuras de pueblos, estructuras descomunales, como las pirámides egipcias, laberintos y esfinges, que presuntuosamente construyeron una compañía de burros coronados para hacer ostentación de su riqueza, cuando todavía no se sabe ni el arquitecto ni el rey que las hicieron ni con qué utilidad y fin. Para insistir en su hipocresía, inconstancia, ceguera, precipitación, fraude, engaño, malicia, ira, falta de pudor, ingratitud, ambición, gran superstición[695], como en tiempos de Tiberio, «tan rastrera adulación, exagerada lisonja» y apariencia de parásito, etc., disputas, conflictos, deseos, discordias, buscaría yo a un experto como Vesalio para que anatomizase cada miembro. ¿Diré que el mismo Júpiter, Apolo, Marte, etc., desvariaban? Y el vencedor de monstruos, Hércules, que subyugó al mundo y ayudó a mcha gente, no pudo socorrerse a sí mismo en esto, sino que al final estaba loco. ¿A dónde irá un hombre, con quién conversará, en qué provincia o ciudad, que no se encuentre a *Signor Delirio*[696], o a Hércules Furioso, las Ménades y Coribantes? Sus discursos no dicen nada menos. «Eran hombres nacidos de los hongos»[697], o esos que buscan sus linajes entre los que golpeó Sansón con la quijada de un burro, o en las piedras de Deucalión y Pirra, «tenemos duras las rodillas, somos de mármol, tenemos el corazón de piedra»[698] y saboreamos demasiado el linaje. Como si todos hubiesen oído el cuerno encantado del duque inglés Astolfo, de Ariosto, por cuyo sonido se volvían locos de temor quienes lo oían, hasta lle-

varlos al suicidio; o como si hubiesen desembarcado en el puerto del Ponto Euxino de *Daphnis insana*, que tenía el poder secreto de enloquecer[699]. Son una compañía de locos, bebedores, para ellos la luna está siempre en el solsticio, y las canículas duran todo el año, todos están locos. ¿A quién exceptuaré? Al *Nemo*[700] de Ulrich von Hutten: «*nadie*, pues *nadie* está cuerdo en todo momento, *nadie* nace sin vicios, *nadie* carece de culpas, *nadie* vive contento de su suerte, *nadie* está cuerdo en el amor, *nadie* es bueno, *nadie* es sabio, *nadie* es completamente feliz»; y por lo tanto Nicolás *Nemo*, o Monsieur *Nadie* saldrá libre. «*Nadie* puede decir cuánto vale *Nadie*». ¿Pero a quién exceptuaré en segundo lugar? A los que están callados: «es sabio el que habla poco», no hay mejor forma de evitar la necedad y la locura que por medio del silencio. ¿A quién en tercer lugar? A todos los senadores y magistrados; pues todos son hombres afortunados sabios y valientes conquistadores, y así todos son grandes hombres, «no es bueno jugar con los dioses». Son sabios por su autoridad, buenos por su oficio y posición; se les permite ser tan malos como quieran, dice alguien, no debemos hablar de ellos, ni es adecuado; para mí serán todos inmaculados sin ambages, no pensaré mal de ellos. ¿A quién después? ¿A los estoicos? «El estoico es sabio», y sólo él no está sujeto a ninguna perturbación, como Plutarco se mofa de él: «no le molestan los tormentos ni se quema con el fuego, ni le vence su adversario, ni lucha con su enemigo; aunque esté arrugado, cegato, sin dientes y deforme, es sin embargo de lo más hermoso, y como un dios, un rey en vanidad, pero no vale ni dos reales». «Nunca desvaría, nunca enloquece; nunca está triste, borracho, porque la virtud no se puede quitar, como mantiene Zenón, debido a un fuerte intelecto»[701], pero ya tenía que estar loco para decir eso. «Necesita o el clima de Anticira o un azadón»[702], pues tenía que aburrirse necesariamente, al igual que lodos sus compañeros, tan sabios como parecían ser. El mismo Crisipo admite abiertamente que están tan locos como los otros, a veces y en determinadas ocasiones, «la virtud se puede perder por la embriaguez o por la melancolía»; a veces puede enloquecer al igual que el resto: «es sabio hasta el máximo a no ser que esté afectado por la flema»[703]. Aquí exceptuaría a algunos cínicos: Menipo, Diógenes, el tebano Crates, o para acercarnos a estos tiempos, la omnisciente y única sabia fraternidad de los Rosacruz, esos grandes teólogos, políticos, filósofos, médicos, filólogos, artistas, etc., de los que Santa Brígida, el Abad Joaquín, Leicenberg y otros espíritus divinos han profetizado y prometido al mundo, si al menos hubiese alguien así (H. Neusius lo duda»[704], así como Johann Valentis Andreas[705] y otros). Podría exceptuar a Elías Artifex su maestro teofrástico; del cual, aunque Andreas Libau se burla y otros muchos le vituperan, sin embargo algunos le considerarán el «renovador de las artes y las ciencias», reformador del mundo, ahora vivo; así lo asegura y lo certifica Johannes Montano Strigoniensis, el gran protector de Paracelso, «un hombre divino»[706] y la quintaesencia de la sabiduría dondequiera que esté; pues él, su fraternidad, amigos. etc., están todos «desposados con la sabiduría», si podemos creer a sus discípulos y seguidores. Debo exceptuar necesariamente a

Lipsio[707] y al Papa, y borrar sus nombres del catálogo de necios. Pues además del testimonio parasitario de Johann Does,

> «desde el sol naciente a la laguna Meotis no hay nadie que se pueda equiparar a Justo Lipsio».

Lipsio dice de sí mismo que era un gran *signor*, un director, «un tutor de todos nosotros»[708] y se jacta de cómo durante trece años sembró la sabiduría en los Países Bajos, como hizo el filósofo Ammonio en Alejandría, «conocimiento con educación y sabiduría con prudencia», «maestro de la sabiduría», debería ser nombrado el «octavo sabio». El Papa es más que un hombre, como le consideran a menudo sus parásitos, un semi-dios, y además Su Santidad no puede errar *in cathedra* quizá. Sin embargo algunos han sido magos, herejes, ateos, niños, etc., como dijo Platina de Juan XXII: «un estudioso capaz, y sin embargo hacía muchas locuras y ligerezas». No puedo decir más en particular, pero en términos generales, para el resto, están todos locos, sus ingenios se han evaporado, y como imagina Ariosto (libro 34), están guardados en jarras por encima de la luna.

> «Algunos pierden su cordura con el amor, otros con la ambición,
> Otros siguiendo a *lores* y hombres de alto linaje[709],
> Algunos con hermosas y ricas joyas costosamente engastadas,
> Otros dejan su ingenio en la Poesía[710],
> Otro cree ser alquimista
> Hasta que se nos acaba y pierde la enumeración».

Son necios confesos, locos manifiestos, temo que no haya ya cura para muchos, «los síntomas son clarísimos»[711]; son todos de la parroquia de Gotham.

> «Puesto que es una locura innegable y un frenesí manifiesto»[712].

No queda más que buscar a los *lorarios*[713], a los oficiales que los lleven juntos en compañía a Bedlam y les pongan como médico a Rabelais[714].

Si alguien pregunta entre tanto quién soy yo, que censuro tan abiertamente a otros, o «¿es que no te equivocas nunca?». Pues sí, más que tú, quienquiera que seas[715]. «Nos contamos entre ellos», lo confieso de nuevo, soy tan necio, tan loco como cualquiera.

> «Os parezco loco, no lo discuto»[716].

No lo niego, «que se aleje al loco de la sociedad». Un consuelo es que tengo más compañeros, y todos de excelente reputación. Y aunque no soy tan correcto o discreto como debería, sin embargo no soy tan loco, ni tan malo como quizá me consideras.

Para concluir concediendo que todo el mundo está melancólico o loco, desvaría, así como cada uno de sus miembros, ya he acabado mi tarea y he

ilustrado suficientemente aquello de lo que me encargué demostrar al principio. Por ahora no tengo más que decir. «Demócrito les desea una mente sana». Sólo puedo desearme a mí mismo y a ellos un buen médico y a todos nosotros una mente mejor.

Y a pesar de las razones arriba mencionadas, tenía una causa justa para tomar este tema, para apuntar estas clases de desvarío particulares, de modo que los hombres pudieran saber sus imperfecciones e intentar reformar lo que está mal; pero además, tengo una intención más seria esta vez, y para omitir todas las digresiones impertinentes, ya no hablaré más de los que no son propiamente melancólicos, o los que están metafóricamente locos, ligeramente locos, o tienen ciertas disposiciones a ser estúpidos, iracundos, borrachos, tontos, embotados, tétricos, orgullosos, vanagloriosos, ridículos, brutales, quisquillosos, obstinados, impúdicos, extravagantes, secos, chochos, atontados, desesperados, atolondrados, etc., locos, frenéticos, necios, heteróclitos, que no se pueden mantener en ningún hospital nuevo[717], ni ningún médico les puede ayudar. Mi propósito y empeño es anatomizar en el siguiente discurso este humor de la melancolía a través de todas sus partes y especies, ya sea como hábito o como enfermedad habitual; y todo ello filosófica y médicamente, para mostrar las causas, síntomas y diversas curas para que se pueda evitar mejor. Movido hasta aquí por su generalización y para hacer el bien, al ser una enfermedad «tan frecuente», como observa Mercurial, «en nuestros días», «que ocurre tan a menudo», dice Laurentius «en nuestros tiempos desgraciados»[718], pues hay pocos que no sientan su dolor. De la misma opinión son Elião Montalto, Melanchthon[719] y otros. Julio César Claudino lo llama «la fuente de todas las demás enfermedades, y tan común en nuestra alocada época que apenas uno en un millar se ve libre de ella»[720], especialmente el flato esplénico hipocondríaco, que procede del bazo y de las falsas costillas.

Si me he excedido en lo que he dicho hasta aquí, pues estoy seguro de que alguien objetará que es demasiado fantástico, «demasiado ligero y cómico para un teólogo, demasiado satírico para uno de mi profesión», me atreveré a responder con Erasmo[721] en un caso similar, no soy yo, sino Demócrito; *Democritus dixit.* Debes tener en cuenta qué es hablar por uno mismo o por otra persona, con un hábito y un nombre usurpados; hay diferencias entre aquel que obra o actúa con el papel de un príncipe, un filósofo, un magistrado o un necio, y el que lo es en verdad; y con la libertad que tuvieron los antiguos satíricos: esto es un centón recogido de otros, no soy yo, sino ellos los que lo dicen.

> «Si lo que voy a decir es en exceso liberal y jocoso, os ruego que me concedáis vuestra venia»[722].

Ten cuidado, no me malinterpretes. Si tengo un pequeño descuido, espero que lo perdones. Y, a decir verdad, ¿por qué tendría que ofederse o molestarse nadie?

> «Se ha permitido y siempre se permitirá hablar del pecado sin nombrar al pecador».

Odio sus vicios, no a las personas. Si alguien estuviese descontento o se siente molesto consigo mismo, que no haga reproches o reparos al que lo dijo (así se excusó Erasmo ante Dorpio[723], «si se consiente comparar lo pequeño con lo grande»), y como hago yo: «déjale que se enfade consigo mismo, ya que así se ha traicionado y ha mostrado sus propios errores aplicándoselo; si fuera culpable y lo mereciera, que lo arregle, sea quien sea, y no se enfade»[724]. «El que odia que le corrijan es un necio» (Pr. 12,1). Si no es culpable, no le concierne; no es mi libertad de discurso, sino una conciencia culpable, la irritación propia la que le hace volverse atrás.

> «Si alguien pensando que se refieren a él, se ofende por lo que se ha dicho en general, es más necio, porque todos verán su conciencia culpable».

No niego que lo que he dicho sabe un poco a Demócrito, «se puede hablar en broma y sin embargo decir la verdad»[725]. Es un tanto mordaz, lo admito; como dicen, «las salsas picantes aumentan el apetito», «una comida no es agradable sin una pizca de vinagre»[726]. Ponle las objeciones y reparos que quieras, lo guardo todo con el escudo de Demócrito, su medicina lo salvará, golpea donde y cuando quieras; *Democritus dixit,* Demócrito responderá. Lo escribió un tipo ocioso en momentos ociosos, en las fiestas saturnales y dionisíacas cuando, como se ha dicho, «no hay ningún peligro para la libertad», los sirvientes de la antigua Roma tenían libertad para hacer y decir lo que deseaban. Cuando nuestros compatriotas hacían sacrificios a su diosa Vacuna[727] y se sentaban bebiendo alrededor de los fuegos vacunales, escribí esto y lo publiqué. «*Nadie* lo ha dicho», «es *nada* de *nadie*». El tiempo, el lugar, las personas y todas las circunstancias se disculpan por mí, ¿por qué no puedo entonces estar ocioso como los demás mientras que mi mente hable libremente? Si me niegas esta libertad, ante tal presunción, me la tomaré inmediatamente: lo digo otra vez, la tomaré.

> «Si alguien considera que ha sido insultado, que así lo piense»[728].

Si alguien se ofende, que vuelva la hebilla de su cinturón, no me preocupa. No te debo nada, lector, no busco ningún favor de tus manos, soy independiente, no temo nada.

Pero no, me retracto, no quería, me preocupo, tengo miedo, confieso mi error, reconozco mi ofensa.

> «Dejemos que se calme el oleaje».

Me he excedido, he hablado de forma necia, precipitada, imprudente, absurdamente, he anatomizado mi propia locura. Y creo que me he despertado de repente como de un sueño, he tenido un ataque de delirio, un ataque fantástico, he vagado arriba y abajo, dentro y fuera, he insultado a la mayoría de los hombres, he perjudicado a algunos, ofendido a otros, me he agraviado a mí mismo, y al recuperarme ahora y darme cuenta de mi error, lloro con

Orlando[729]; «perdón, buenos amigos», por lo que ha pasado y os desagraviaré por lo que pueda venir. Os prometo un discurso más cuerdo en mi próximo tratado.

Si por debilidad, necedad, pasión, descontento[730], ignorancia, he dicho algo mal, dejad que se olvide y perdone. Reconozco que lo que dijo Tácito es verdad[731], «una burla amarga deja detrás de sí una picazón»; y como observa un hombre ilustre, «temen el ingenio de un satírico, y él sus recuerdos»[732]. Puedo sospechar justamente lo peor, y aunque espero no haber ofendido a nadie, sin embargo, en palabras de Medea, suplicaré perdón:

> «Y en mis últimas palabras deseo que lo que he dicho con pasión o ira se pueda olvidar y que podamos entendernos mejor si alguna vez volvemos a encontrarnos».

Pido con seriedad a cada hombre en particular, como hizo Escalígero a Cardano, que no se ofenda. Concluiré con sus palabras: «si conocieses mi modestia y simplicidad»[733], perdonarías y excusarías más fácilmente lo que está mal o lo que juzgues mal». Si después, al anatomizar este humor áspero, se me escapa la mano como a un aprendiz torpe, penetro demasiado hondo y corto la piel, y todo repentinamente causa escozor, o lo corto en oblicuo, perdona la mano ruda, el cuchillo torpe[734]; es muy difícil mantener un tono igual; un mismo tenor y no ser a veces desordenado. «Es difícil no escribir una sátira», hay tantos objetos de los que burlarse, tantas perturbaciones internas que criticar, incluso el mejor puede equivocarse a veces, «algunas veces también el bueno de Homero se duerme», es imposible no excederse de en algo, «en una obra tan larga se permite un sueñecillo».

Pero, ¿para qué sirve todo esto? Espero que no se dé tal causa de ofensa; si la hay, «que no se enfade nadie, no son más que ficciones», «que nadie reconozca en esto a otro, hemos fingido todo»[735]. Lo negaré todo (mi ultimo refugio), lo desmentiré todo, renunciaré a todo lo que he dicho, si cualquiera me pusiera objeciones, y me excusaría con tanta facilidad como él me puede acusar. Pero presumo tu benevolencia y tu graciosa aceptación, amable lector. Con esperanza y confianza aseguradas, comenzaré.

PARTE I

PRIMERA SECCIÓN

La excelencia del hombre, su caída, miserias y enfermedades. Sus causas

El hombre es la criatura más excelente y noble del mundo, «la obra principal y más poderosa de Dios, la maravilla de la naturaleza», como le llama Zoroastro; «el milagro más osado de la naturaleza», «la maravilla de las maravillas»[1], según Platón; «el compendio y epítome del mundo», según Plinio; un *microcosmos,* un pequeño mundo, un modelo del mundo, señor soberano de la tierra, virrey del mundo, único jefe y gobernador de todas las criaturas que en él están[2], bajo cuyo dominio están sujetas en particular y le rinden obediencia. Sobrepasa en mucho al resto, no sólo en el cuerpo, sino también en el alma. Creado[3] a[4] imagen y semejanza de Dios[5], de esa substancia inmortal e incorpórea, con todas las facultades y poderes que le pertenecen. Al principio era puro, divino, perfecto, feliz, «creado como Dios, en la justicia y santidad de la verdad»[6]; «conforme a Dios», libre de cualquier tipo de enfermedad. Se le puso en el Paraíso para que conociera a Dios, para que lo alabase y glorificase, para hacer Su voluntad, «para que, siendo como los dioses, engendrase dioses» (como dijo un poeta antiguo) para propagar la Iglesia.

Pero ésta, la más noble de las criaturas, «¡Oh, triste cambio!», como exclama alguno[7], cayó de lo que era y perdió su condición, se convirtió en un malhechor, un vil, en una de las criaturas más miserables del mundo, si se le considera según su propia naturaleza, en un hombre no regenerado, y tan ensombrecido por su propia caída que –exceptuando unos pocos vestigios– es inferior a las bestias. «El hombre en la opulencia no comprende, se asemeja a las bestias mudas»[8], así lo considera David: un monstruo debido a una maravillosa metamorfosis, un zorro, un perro, un cerdo, ¿y qué no?[9] ¡Cuán distinto de lo que era antes! Antes era bienaventurado y feliz, ahora, miserable y maldito. «Tiene que comerse la comida con dolor»[10], está sujeto a la muerte y a todo género de enfermedades, a todo tipo de calamidades. «Grandes trabajos han sido creados para todo hombre, un yugo pesado hay sobre los hijos de Adán, desde el día que salieron del vientre de su madre hasta el día del retorno a la madre de todo. El miedo de su corazón es la idea del futuro, sus reflexiones, el día de la muerte. Desde el que está sentado en su trono glorioso hasta el que está sentado entre en tierra y ceniza, desde el que lleva púrpura y corona hasta el que se cubre de tela grosera, sólo furor, envidia, turbación, inquietud, miedo a la muerte, resentimiento y discordia llegan al hombre y a la bestia, mas para los pecadores siete veces más»[11]. Todo esto le ocurre durante su vida, y quizá también la miseria eterna en la vida venidera.

La causa que provoca estas miserias en el hombre, esta privación o destrucción de la imagen de Dios, la causa de la muerte y de las enfermedades, de todos los castigos temporales y eternos, es el pecado de nuestro primer padre Adán, cuando comió la fruta prohibida por la seducción y tentación del demonio[12]. Su desobediencia, orgullo, ambición, destemplanza, incredulidad, curiosidad: de ellos proceden el pecado original y la corrupción de la humanidad, como manan de una fuente todas las malas inclinaciones y las transgresiones presentes, que causan las diversas calamidades que se nos infligen por nuestros pecados. Y es esto quizá lo que nuestros poetas fabuladores han simbolizado en el cuento de la caja de Pandora, quien, al abrirla por curiosidad, llenó el mundo de todo tipo de enfermedades[13]. No es sólo la curiosidad, sino todos nuestros otros pecados atroces son los que nos derraman sobre la cabeza las diversas plagas y miserias. Pues «donde está el pecado, está la tormenta», como bien observa Crisóstomo[14]. «Los locos, debido a su transgresión, están afligidos»[15]. «Cuando llegue como huracán vuestro espanto, vuestra desgracia sobrevenga como torbellino, cuando os alcancen la angustia y la tribulación»[16], porque no temían a Dios. «¿Estáis agitados por las guerras?», como instaba Cipriano a Demetrio acertadamente, «¿os atormentan la necesidad y el hambre? ¿Está quebrantada vuestra salud por enfermedades furibundas? ¿Está atormentada habitualmente la humanidad con enfermedades epidémicas? Es todo por vuestros pecados»[17] (Ag 1, 9; Am 1; Jr 7). Dios está furioso, castiga y amenaza por la obstinación y terquedad de los hombres, que no volverán a Él. «Si la tierra está baldía por falta de lluvia; si, seca y escuálida, no produce frutos; si vuestras fuentes están secas, vuestro vino, vuestro grano y vuestro aceite agostados, si el aire está corrupto y los hombres perturbados con enfermedades, es por sus pecados»[18], que como la sangre de Abel claman a voces venganza al cielo. «Han pecado; por tanto, ha cesado la alegría de nuestro corazón» (Lm 5, 15). «Todos nosotros gruñimos como osos y zureamos sin cesar como palomas. Esperamos la salud, etc., por nuestros pecados y rebeldías» (Is 59, 11-12). Pero no podemos soportar oírlo o darnos cuenta de ello. «En vano golpeé a vuestros hijos, pues no aprendieron» (Jr 2, 30). «Les heriste, mas no acusaron el golpe; acabaste con ellos, pero no quisieron aprender» (Jr 5, 3). «He enviado contra vosotros la peste, ¡y no habéis vuelto a mí!» (Am 4, 11). Herodes no podía soportar a Juan el Bautista[19], ni Domiciano podía aguantar que Apolonio le dijese las causas de la plaga de Éfeso, su injusticia, incesto, adulterio, y cosas similares[20].

Por lo tanto, castigar nuestra ceguera y obstinación, como causa concomitante y agente principal, es el juicio justo de Dios al traernos estas calamidades; castigarnos, digo, por nuestros pecados, para satisfacer la ira de Dios. Pues la ley requiere obediencia o castigo, como se puede leer por extenso en el Deuteronomio (28, 15): «Pero si desoyes la voz de Yahvé tu Dios, y no cuidas de practicar todos sus mandamientos y sus preceptos, te sobrevendrán y te alcanzarán todas las maldiciones siguientes: maldito serás en la ciudad y en el campo, etc.[21] Maldito el fruto de tus entrañas, etc.[22] Yahvé enviará contra ti la

maldición, el desastre, la amenaza, a causa de la perversidad de tus acciones»[23]. Y un poco después: «Yahvé te herirá con úlceras de Egipto, con tumores, sarna y tiña, de las que no podrás sanar[24]. Yahvé te herirá de delirio, ceguera o pérdida de los sentidos»[25]. Esto lo secunda Pablo: «Tribulación y angustia sobre toda alma humana que obre el mal» (Rm 2,9). O si no, estos castigos se nos infligen para nuestra humillación, para ejercer y probar nuestra paciencia aquí en esta vida, para devolvernos a nuestro hogar, para hacer que conozcamos a Dios, para avisarnos y enseñarnos sabiduría. «Por eso fue deportado mi pueblo sin sentirlo, porque no tenían conocimiento. Por eso se ha encendido la ira de Yahvé contra su pueblo, extendió su mano sobre él y le golpeó»[26]. Él está deseoso de que nos salvemos, dice Lemnio[27], y por eso nos tira de las orejas muchas veces, para recordarnos nuestros deberes: «los descarriados alcanzarán inteligencia» (como dice Isaías 29, 24) «y así se reformarán»[28]. «Estoy afligido, y al borde de la muerte», como confiesa estar David (Sal 88, 15, 9), «mis ojos se consumen con la pena»; y esto le hizo volverse hacia Dios. Alejandro Magno, en medio de su prosperidad, deificado por una compañía de parásitos, y ya convertido en dios, cuando vio que una de sus heridas sangraba, recordó que no era más que un hombre y se le reprimió en su orgullo. Como bien percibió Plinio[29], «en la enfermedad, la mente se refleja en sí misma, con el juicio se reconoce y aborrece sus caminos anteriores»; de modo que concluye para su amigo Mario «que sería el momento de toda la filosofía, si pudiésemos continuar sanos o realizar una parte de lo que hemos prometido hacer, estando enfermos». «Quien sea sabio tendrá en cuenta estas cosas», como dijo David (Sal 107, 43); y cualquier fortuna que le acontezca, hace uso de ella. Si pasa penas, necesidades, enfermedades o cualquier otra adversidad, que le refiera por qué se le infligen este o aquel mal o miseria, esta o aquella enfermedad incurable; puede ser por su bien, «conviene que así sea»[30], como dijo Pedro del dolor de su hermana. La enfermedad corporal atañe a la salud de su alma; si no le hubiera visitado, habría perecido totalmente. Pues «el Señor reprende a aquel que ama, como un padre al hijo querido»[31]. Si, por otro lado, estuviera sano y salvo y libre de todo tipo de enfermedades, aquel a quien

> «le hayan otorgado hermosura, fama y salud en abundancia, una vida honesta y suficiente dinero»[32].

Sin embargo, en medio de su prosperidad, hazle recordar la precaución de Moisés: «acuérdate del Señor tu Dios»[33]; que no se envanezca, sino que reconozca sus bienes y beneficios como buenos y que «cuanto más tenga, más agradecido sea»[34] (como aconseja Agapetiano), y los use correctamente.

Ahora bien, las causas instrumentales de estas nuestras enfermedades son tan diversas como las mismas enfermedades: los astros, los cielos, los elementos, etc., y todas aquellas criaturas que Dios ha creado están armadas contra los pecadores. En otro tiempo, fueron realmente buenas por sí mismas, y el que ahora muchas sean perniciosas para nosotros no es por su naturaleza, sino

por nuestra corrupción, que lo ha causado. Pues, desde la caída de nuestro primer padre Adán, se han modificado, la tierra se ha maldecido, la influencia de las estrellas se ha alterado, y los cuatro elementos, los animales, pájaros, plantas están ahora listos para agraviarnos. «De primera necesidad para la vida del hombre es el agua, el fuego, el hierro y la sal, la flor de la harina de trigo, la leche y la miel, el jugo de uva, el aceite y el vestido. Todo esto son bienes para los piadosos, mas para los pecadores se truecan en males» (Ecl 39, 26). «Fuego y granizo, hambre y muerte, para el castigo ha sido creado todo esto» (Ecl 39, 29). Los cielos nos amenazan con sus cometas, astros, planetas, con sus grandes conjunciones, eclipses, oposiciones, cuadrados y aspectos enemistosos; el aire con sus meteoros, el trueno y el rayo, el frío y el calor inmoderados, los fuertes vientos, las tempestades, el clima intempestivo. De ellos proceden la escasez, el hambre, las plagas y todo tipo de enfermedades epidémicas que consumen miríadas de hombres. En el Cairo, en Egipto, cada tres años (según nos cuenta Botero[35] y otros) mueren por las plagas trescientos mil; y doscientos mil en Constantinopla cada cinco o siete años a lo sumo. ¡Cómo nos aterroriza y oprime la Tierra con terribles terremotos, que son más frecuentes en China, Japón y esos climas occidentales[36], tragándose a veces seis ciudades a la vez! ¡Cómo se enfurece el agua con sus inundaciones, invasiones, abatiendo villas, ciudades, pueblos, puentes, etc., además de los naufragios! A veces se hunden de repente islas enteras con sus habitantes en Zelanda[37], Holanda, y se anegan muchas partes del continente, como el lago Erne en Irlanda[38]. «No vemos nada más que restos de naufragio de las ciudades sobre las aguas que corren»[39]. En los pantanos de Frisia, en 1230, por las tempestades, el mar ahogó a «muchos miles de hombres y a ganado innumerable»[40], casi todo el país, con hombres y ganado. ¡Cómo se enfurece el fuego, elemento cruel, que consume en un instante ciudades enteras! ¿Qué ciudad de cierta antigüedad o importancia no se ha visto desfigurada, arruinada y ha quedado devastada una y otra vez, debido a la furia de este elemento cruel? En una palabra,

> «Aquel a quien evita el fuego, el mar lo ahoga; a quien evita el mar, el aire pestilente lo convierte en barro; el que escapa de la guerra, lo mata la enfermedad»[41].

Descendiendo a cosas más concretas, ¡cúantos animales están en mortal enemistad con el hombre! Leones, lobos, osos, etc., algunos con pezuñas, cuernos, colmillos, dientes, uñas. ¡Cuántas serpientes ponzoñosas y criaturas venenosas, prontas a lastimarnos con aguijones, con la respiración, la vista o incluso dispuestos a matarnos! ¡Cuántos peces, plantas, gomas, frutas, semillas, flores, etc., perniciosos podría contar en un momento que, muchos de ellos, con su solo olor, tacto, gusto, causan alguna enfermedad maligna, si no la muerte! Algunos hacen mención de mil venenos variados, pero éstos son pequeñeces en comparación. El mayor enemigo del hombre es el hombre, que por la instigación del demonio siempre está pronto a hacer perjuicio, y es su

propio ejecutor, un lobo, un demonio para sí mismo y para los demás. Todos somos hermanos en Cristo –o al menos deberíamos serlo– miembros de un solo cuerpo, siervos de un solo Señor, y sin embargo, ningún demonio puede atormentar, insultar, tiranizar o vejar como un hombre hace con otro hombre. No me dejes caer, por tanto (dice David, al contemplar las guerras, las plagas y el hambre), en las manos de los hombres, hombres crueles y malvados.

> «Aunque sean hombres, apenas son dignos de este nombre, pues tienen mucha más fiereza que el lobo»[42].

Podemos, en su mayor parte, prever estas enfermedades epidémicas, y, del mismo modo, no las podemos evitar. Nuestros astrólogos nos predicen las carestías, tempestades, plagas, etc.; los terremotos, inundaciones, ruinas de casas, fuegos destructores llegan poco a poco o hacen algún ruido de antemano; pero las bellaquerías, engaños, injurias y villanías de los hombres no los puede evitar ningún arte. Podemos mantener alejados de nuestras ciudades a nuestros claros enemigos con puertas, muros y torres, podemos defendernos de ladrones y bandidos con la vigilancia y las armas; pero ninguna precaución puede distraer la malicia de los hombres y sus empeños perniciosos, ninguna vigilancia la puede prever, pues disponemos de muchas tramas y planes secretos para perjudicarnos los unos a los otros.

A veces nos golpeamos y maltratamos con la ayuda del demonio, como los magos y las brujas; a veces mediante fraudes, mezclas[43], venenos, estratagemas, combates singulares, guerras, como si hubiéramos «nacido para la muerte», como los soldados de Cadmo, nacidos para aniquilarse mutuamente. Es común leer que uno o dos centenares de miles de hombres han sido asesinados en una batalla. Además de todo tipo de torturas, caballejos, potros de tortura, tornos, azotes, armas, máquinas, etc., «hemos inventado más instrumentos de tortura que miembros tiene el cuerpo humano», como bien observa Cipriano[44]. A mayor abundamiento, nuestros propios padres, por sus ofensas, indiscreción y destemplanza son nuestros enemigos mortales. «Los padres comieron el agraz, y los dientes de los hijos sufren la dentera»[45]. Nos producen pesar muchas veces y nos transmiten enfermedades hereditarias, afecciones inevitables. Nos atormentan, y nosotros nos disponemos a perjudicar a nuestros sucesores:

> «Luego engendraremos unos hijos aún más corrompidos»[46].

Y el último fin del mundo, como predijo Pablo[47], será probablemente peor. Así, somos malvados por naturaleza, malvados por especie, pero mucho peores por arte, cada hombre es el mayor enemigo de sí mismo. Intentamos muchas veces arruinarnos, abusando de los buenos dones que Dios nos ha concedido: salud, riqueza, fuerza, ingenio, saber, arte, memoria..., para nuestra propia destrucción: «tu perdición procede de ti mismo»[48]. Al igual que Judas Macabeo mató a Apolonio con sus propias armas[49], nosotros nos armamos para

nuestra propia ruina, y usamos la razón, el arte y el juicio, todo lo que debería ayudarnos, como instrumentos que nos arruinan. Héctor dio a Áyax una espada que, mientras luchaba contra el enemigo, le servía de ayuda y defensa; pero en cuanto empezaba a herir a criaturas inocentes con ella, se revolvió para herirle en sus propias entrañas.

Estos medios excelentes que Dios nos ha concedido, bien empleados no hacen sino aprovecharnos mucho, pero si se pervierten de otro modo nos arruinan y confunden, y así lo hacen normalmente debido a nuestra indiscreción y debilidad; tenemos demasiados ejemplos. Así lo confiesa de sí mismo san Agustín en sus humildes *Confesiones:* «la presteza de ingenio, la memoria, la elocuencia, eran buenos dones de Dios, pero no los usaba para Su gloria». Si no sabes exactamente cómo y por qué medios, consulta a los médicos, y te dirán que es por ofender en algo las seis cosas no naturales, sobre las que me extenderé más adelante[50]. Ellas son las causas de nuestras enfermedades, nuestros empachos, nuestra ebriedad, nuestra concupiscencia inmoderada e insaciable y nuestros tumultos prodigiosos. «Nuestros excesos en la comida consumen más que la espada», es un refrán verdadero. Es nuestra destemplanza la que arrastra tantas enfermedades incurables sobre nuestras cabezas, la que precipita la vejez[51], altera nuestro temperamento y nos lleva a una muerte repentina. Y, por último, lo que más nos atormenta es nuestra propia necedad, locura (por sustracción de Su gracia auxiliadora, Dios lo permite), debilidad, necesidad de gobierno, nuestra necesidad y tendencia a entregarnos a diversas lascivias, dando paso a cualquier pasión y perturbación mental. Por estos medios nos metamorfoseamos, y degeneramos en bestias. Todo lo que ese príncipe de los poetas[52] observaba de Agamenón, que cuando estaba bien complacido y podía moderar sus pasiones era «como Júpiter en su apariencia», como Marte en el valor, como Palas en sabiduría, era otro dios; pero cuando se enfadaba, era un león, un tigre, un perro, etc., entonces no aparecía ningún signo ni semejanza a Júpiter en él. Del mismo modo, nosotros, cuando estamos gobernados por la razón, cuando corregimos nuestros apetitos desordenados y nos ajustamos a la palabra de Dios, somos como tantos otros santos; pero si damos rienda suelta a la lascivia, la cólera, la ambición, el orgullo y seguimos nuestros propios caminos, degeneramos en animales, nos transformamos, echamos abajo nuestras constituciones, provocamos la ira de Dios[53] y acumulamos sobre nosotros la enfermedad de la melancolía y todo tipo de enfermedades incurables, como castigo justo y merecido de nuestros pecados.

Subsección II

Definición, número y división de las enfermedades

Casi todos los médicos definen lo que es una enfermedad. Fernel lo llama «una afección del cuerpo contraria a la naturaleza»[54]; Fuchs y Crato, «un obstáculo, un daño o alteración de cualquier acción del cuerpo o de una de sus partes»[55]; Gregorio de Tolosa, «una disolución y perturbación de la unión que existe entre el cuerpo y el alma, pues la salud es la perfección y trabaja por conservarla»; Labeo, en Aulo Gelio, «una mala disposición del cuerpo, opuesta a la naturaleza, que impide su uso»[56]; otros la definen de otras maneras, todos con el mismo sentido.

Cuántas enfermedades hay, es una cuestión que aún no está determinada. Plinio cuenta hasta trescientas desde la coronilla hasta la planta del pie[57]; en otros lugares, dice, «su número es infinito». Nos cuenta cómo fue en aquellos tiempos; en nuestros días, estoy seguro de que el número ha aumentado mucho:

> «Un nuevo cúmulo de males se abatió sobre la Tierra»[58].

Pues, además de muchas enfermedades epidémicas inauditas y totalmente desconocidas para Galeno e Hipócrates, como el escorbuto, la viruela, la plica, la malaria, el *morbo gálico*, etc., tenemos muchas enfermedades propias y peculiares de cada parte nuestra.

Ninguno de entre nosotros está tan sano o tiene tan buena constitución que no tenga algún impedimento corporal o mental. Todos tenemos nuestras enfermedades, el primero o el último, más o menos. Puede existir quizá en una época uno entre un millar que, como el músico Zenófilo en Plinio[59], sea capaz de vivir felizmente ciento cinco años sin ningún tipo de impedimento; un Polio Rómulo, que pueda mantenerse «con vino y aceite»[60]; un hombre tan afortunado como Q. Metelo, del que tanto se jacta Valerio; un hombre tan saludable como Otto Herward, senador de Augsburgo en Alemania, a quien presenta el astrólogo Leowitz como ejemplo y muestra de certeza en su arte[61]. Él, puesto que tenía a su favor los planetas que rigen su casa en el nacimiento y estaba libre de los aspectos hostiles de Saturno y Marte, cuando era anciano «no podía recordar haber estado enfermo nunca». Paracelso[62] se jactaba de que podía hacer que un hombre viviese cuatrocientos años o más, si podía educarle desde la infancia y adietarle según muestra. Y algunos médicos mantienen que no hay una duración concreta de la vida humana, sino que se puede prolongar por medio

de la templanza y la medicina. Mientras tanto, descubrimos por experiencia común que nadie puede escapar, y que lo que decía Hesíodo es cierto[63]:

> «La tierra está llena de enfermedades, y así lo está el mar, que nos atacan tanto durante el día como durante la noche».

Si quieres una división más exacta de estas enfermedades comunes que acaecen al hombre, te remito a los médicos[64]. Ellos te hablarán de las enfermedades agudas y crónicas, primarias y secundarias, letales, favorables, erráticas, fijas, simples, compuestas, conectadas o consecuentes, pertenecientes a las partes o al todo, en hábito o en disposición, etc. Mi división en esta ocasión (como la más adecuada a mi propósito) será entre corporales y mentales. Para las corporales –de las que Fuschs ha hecho un breve catálogo (*Institut.*, libro 3, sec. I, cap. II)– os remito a los voluminosos tomos de Galeno, Areteo, Al Razí, Avicena, Alejandro, Pablo, Aecio de Amida, Gordon, y a los exactos neotéricos nuestros médicos modernos: Savonarola, Capivaccio, Donato Altomari, Hércules de Sajonia, Mercurial, Victor Faventino, Wecker, Lepois, etc., que han escrito metódica y elaboradamente sobre todas ellas. Las mentales y de la cabeza, las trataré brevemente y aparte.

SUBSECCIÓN III

División de las enfermedades de la cabeza

Las enfermedades mentales, puesto que tienen su asiento y órganos principales en la cabeza, se inscriben normalmente entre las enfermedades de la cabeza, que son diversas y varían mucho dependiendo de su situación. Puesto que en la cabeza hay varias partes, así también hay diversas molestias, que de acuerdo con la división de Heurne[65] (que la saca de Arculano), son internas o externas (por omitir todas las otras que pertenecen a los ojos y oídos, fosas nasales, encías, dientes, boca, paladar, lengua, tráquea, quijada, cara, etc.); éstas últimas no pertenecen propiamente al cerebro, como la calvicie, la caída de pelo, caspa, piojos, etc. Las internas pertenecen a las pieles cercanas al cerebro –llamadas duramadre y piamadre[66]– como todos los dolores de cabeza, etc., o cercanas a los ventrículos, membranas, tegumento y sus partes, y sus padecimientos, como la carosis, el vértigo, los íncubos y otras pesadillas, la apoplejía, la epilepsia. Las enfermedades de los nervios: calambres, estupor, convulsiones, temblor, parálisis; o las que pertenecen a los excrementos del cerebro: catarros, estornudos, reumas, destilaciones; o las que pertenecen a la sustancia del cerebro mismo, entre las que se conciben el frenesí, el letargo, la melancolía, la locura, la debilidad de memoria, el sopor o coma, la vigilia y el «coma de vigilia»[67]. De éstas, de nuevo, separaré las que pertenecen propiamente a la fantasía o imaginación o la misma razón, que Laurens[68] llama enfermedades mentales, y Hildesheim, «enfermedades de la imaginación o de la razón dañada». Son tres o cuatro en número: el frenesí, la locura, la melancolía, el desvarío y sus tipos, como la hidrofobia, la licantropía, el baile de San Vito, la posesión demoníaca. Los tocaré y señalaré brevemente, insistiendo especialmente en ésta de la melancolía, como más eminente que el resto, con todos sus tipos, causas, síntomas, pronósticos y curaciones (como ha hecho Lonicerus sobre la apoplejía y muchos otros de tantas enfermedades en concreto). No es que encuentre fallos en los que han escrito de este tema antes, como Jason Pratis, André du Laurens, Montalto, T. Bright, etc., pues lo han hecho muy bien en sus diversos tipos y métodos; sin embargo, lo que uno omite, otro lo puede ver felizmente; lo que uno contrae, otro lo puede alargar. Para concluir con Scribanius[69]: «lo que habían omitido, o manejado superficialmente, lo podemos examinar más detalladamente; lo que ellos han dicho de forma obscura, lo podemos dilatar y amplificar claramente», y así lo haré más familiar y fácil para la capacidad de todos, y para el bien común, lo que es el fin principal de mi discurso.

Subsección IV

Desvarío, locura, frenesí, hidrofobia, licantropía, baile de San Vito, éxtasis

El desvarío, fatuidad o locura es un nombre común a todas las especies que siguen, según lo consideran algunos. André du Laurens[70] y Altomari[71] incluían la locura, la melancolía y el resto bajo este nombre, y lo llaman el *summum genus* de todas ellas. Hay que determinar si es natural o ingénita, que procedente de algún defecto de los órganos y humedad extrema del cerebro, como se ve en nuestros locos habituales y en la mayoría de los hombres, y por lo tanto unos son más sabios que otros. O si no, es adquirida, un apéndice o síntoma de alguna otra enfermedad, que va o viene. O si continúa, será un signo de melancolía en sí mismo.

El frenesí, que los griegos derivan de la palabra φρήν, es una enfermedad mental con locura o desvarío continuos, que tiene aneja una fiebre aguda, o si no una inflamación del cerebro o de sus membranas con fiebre aguda, que causa la locura o desvarío. Se diferencia de la melancolía y de la locura porque el desvarío de éstas carece de fiebre. Éste es continuo, con vigilias o pérdida de memoria, etc. La melancolía es en su mayor parte silenciosa, éste clamoroso; y los médicos les asignan muchas diferencias semejantes.

Celso y muchos otros escritores hacen equivalentes la locura, el frenesí y la melancolía; otros dejan fuera el frenesí y hacen de la locura y la melancolía una sola enfermedad, contra lo cual se afana especialmente Jason Pratis[72] diciendo que sólo se distinguen en grado mayor o menor, en la cantidad solamente, que la una es un grado superior a la otra, y ambas proceden de una misma causa. Difieren, según Gordon[73] en la medida en que el humor aumenta o remite. De la misma opinión son Areteo[74], Alejandro de Tralles, Guianerius, Savonarola, Heurne, y el mismo Galeno escribe sin distinción de ambos debido a su afinidad. Pero la mayor parte de nuestros neotéricos los tratan aparte, y a ellos seguiré en este tratado.

La locura se define, por tanto, como un desvarío intenso o un delirio sin fiebre, mucho más violento que la melancolía, lleno de ira y voces, miradas horribles, acciones, gestos, que perturba a los pacientes con mucha más vehemencia tanto en el cuerpo como en la mente, sin temor y tristeza, con fuerza y arrojo tan impetuosos que a veces tres o cuatro hombres no los pueden sujetar. Sólo se diferencia del frenesí en esto: que es sin fiebre, y que su memoria es en su mayor parte mejor. Tiene las mismas causas que las otras, como la cólera adusta, la sangre quemada, el cerebro inflamado, etc. Fracastoro añade el tiempo apropiado y la edad madura a esta definición, para distinguirla de los

niños, y que tiene la debilidad establecida, para separarla de las que aparecen y desaparecen de nuevo accidentalmente, como las causadas por la toma de beleño, solano, vino, etc.[75] De este furor hay varios tipos: éxtasis, que es familiar para algunas personas[76]; como dice Cardano de sí mismo, él podía estar en uno cuando escribe. En este estado pronuncian sus oráculos los sacerdotes indios y las brujas de Laponia, como escribe Olao Magno (libro 3, cap. 18), responden a todas las preguntas que se les hagan en éxtasis, como qué hacen tus amigos, dónde están, cómo se encuentran, etc. Las otras especies de este furor son los entusiasmos, revelaciones, visiones, tan frecuentemente mencionados por Gregorio y Beda en sus obras. Y también: la obsesión o posesión demoníacas, las profecías sibilinas y los furores poéticos, lo que procede de la ingestión de hierbas nocivas, la picadura de tarántulas, etc., que, según algunos, pertenece a este grupo. Las más conocidas son: la licantropía, la hidrofobia y el baile de San Vito.

La licantropía, que Avicena llama *«cucubuth»*, otros *«lupinam insaniam»* o locura lupina, se da cuando los hombres corren aullando por sepulturas y campos de noche, y no hay forma de convencerles de que no son lobos u otras bestias similares. Aecio de Amida[77] y Pablo de Egina[78] lo llaman un tipo de melancolía, pero yo lo asignaría a la locura, como hace la mayoría. Algunos dudan de que pueda existir tal enfermedad. Donato Antonio Altomari dice que vio a dos en su época[79]. Wier cuenta la historia de uno en Padua en 1541[80], que creía que era un lobo. Tenía otro ejemplo de un español que se creía un oso. Forest confirma lo mismo con muchos ejemplos[81], de entre todos los cuales, había sido testigo de uno en Alcmaar, en Holanda: un pobre campesino que andaba siempre merodeando por las tumbas y se quedaba en los cementerios, con un aspecto pálido, negro, feo y temeroso. Quizá iguales, o algo mejores, eran las hijas del rey Proteo, que se consideraban vacas[82]. Y Nabucodonosor en Daniel, como sostienen algunos intérpretes, padecía de este tipo de locura. Esta enfermedad dio ocasión quizá a la valiente afirmación de Plinio: «algunos se convertían en lobos en su tiempo, y de lobos en hombres de nuevo»[83]; y a la fábula de Pausanias, sobre un hombre que fue lobo durante diez años y después volvió a su forma primigenia; al cuento de Licaón de Ovidio[84], etc. Quien esté deseoso de oír algo sobre esta enfermedad, o más ejemplos, que lea a San Agustín (en el libro decimoctavo de *La ciudad de Dios*, cap. 5), Mizauld (cent. 5, 77), Schenk (libro 1), Hildesheim (*Spicilegia*, 2, «de mania»), Forest (libro 10, sobre las enfermedades del cerebro), Olao Magno, Vincent de Beauvais (*Speculum Naturae*, libro 31, cap. 122), Pieri, Bodin, Zwinger, Ziegler, Peucer, Wier, Sprenger, etc. Esta enfermedad, dice Avicena, perturba más en febrero, y hoy en día es frecuente en Bohemia y Hungría, de acuerdo con Heurne[85]. Scheretzius la considera común en Livonia. Están escondidos la mayor parte del día, y salen durante la noche, aullando por tumbas y desiertos, «tienen habitualmente los ojos hundidos, piernas y muslos tiñosos, muy secos y pálidos»[86], dice Altomari[87]; en su libro da razón de todos los síntomas y establece una breve cura para ellos.

La hidrofobia es un tipo de locura, bien conocido por todo el mundo, que procede de la mordedura o arañazo de un perro loco, dice Aureliano[88]; a veces sólo con el roce o con el olor, como prueba Schenk[89], e incide en otras muchas criaturas además del hombre. Se llama así porque los individuos afectados no pueden soportar la vista del agua o de ningún otro licor, pues suponen que ven en él a un perro loco. Y lo que es más maravilloso, aunque estén muy sedientos (como suelen estarlo en esta enfermedad), prefieren morir a beber. Celio Aureliano[90], un escritor antiguo, duda sobre si esta hidrofobia es una afección del cuerpo o del alma. La parte afectada es el cerebro; la causa, el veneno que viene del perro loco, que es tan caliente y seco que consume toda la humedad del cuerpo. Hildesheim[91] cuenta de algunos que han muerto con tal locura; y al ser diseccionados, no les quedaba agua, y sólo escasa sangre o humedad. Para los que están afectados de este modo, el temor al agua comienza catorce días después de que les muerdan; para algunos, no empieza hasta cuarenta o sesenta días después. Normalmente, dice Heurne, empiezan a enfurecerse, a huir del agua y de los vasos, a mostrar una cara roja e hinchada unos veinte días después (si, mientras tanto, no se ha tomado ningún remedio), a permanecer despiertos, a estar pensativos, tristes, a tener visiones extrañas, a ladrar y aullar, a desmayarse y a menudo tienen ataques de epilepsia. Algunos dicen que en sus orinas se verán cosas pequeñas que parecen caracoles[92]. Si aparece alguno de estos signos, es que han pasado de la fase recuperable. Muchas veces estos síntomas no aparecen hasta seis o siete meses después, dice Codronchi[93]; y a veces hasta siete y ocho años después, como dice Guianerius; doce, según Alberto Magno; seis o siete meses después, como mantiene Galeno. Baldo degli Ubaldi, el gran legista, murió de ello; un fraile agustino y una mujer de Delft, que eran pacientes de Forest[94], se consumieron miserablemente por ello. La curación más habitual en el campo (al menos para aquellos que viven cerca del mar) es sumergirles la cabeza hasta las orejas en el agua marina. Algunos utilizan encantos –cualquier ama de casa puede prescribir medicinas. Pero la mejor curación que se puede tener en estos casos es la de los médicos más reconocidos; los que lean sobre ello pueden consultar con Dioscórides (libro 6, cap. 37), Heurne, Hildesheim, Capivaccio, Forest, Schenk y ante todos los demás, Codronchi, un italiano, que ha escrito últimamente dos libros exquisitos sobre el tema.

Al *Chorus Sancti Viti* o baile de San Vito, Paracelso lo llama el baile lascivo[95], porque los que están arrebatados por él no pueden hacer más que bailar hasta morir o curarse. Se llama así porque los individuos afectados acostumbraban a ir a San Vito en busca de ayuda, y después de haber bailado allí durante algún tiempo, ciertamente se liberaban. Es extraño oír durante cuánto tiempo bailan y de qué manera, sobre banquillos, bancos, mesas; incluso a veces mujeres en avanzado estado de gestación (y sin embargo nunca dañan a sus hijos), bailan durante tanto tiempo que no pueden mover ni una mano ni un pie, sino que parece que están muertas. No pueden soportar que alguien lleve ropas rojas. Aman sobre todo la música, y por ello los magistrados de

Alemania asalarian a músicos para que toquen y a compañeros fuertes y robustos para que bailen con ellos. Esta enfermedad ha sido muy común en Alemania, como aparece en las relaciones de Schenk[96] y de Paracelso en su libro sobre la locura, quien se jacta de cuántas personas ha curado. Felix Platter (*De mentis alienatione*, cap. 3) informa de una mujer que vio en Basilea, que bailó durante un mes completo. Los árabes lo consideran un tipo de parálisis. Bodin, en su quinto libro *La République* (cap. 1), habla de esta enfermedad; Monavius lo hace en su última epístola a Scholtz, y en otra a Dudith, donde se puede leer más sobre ello.

El último tipo de locura o melancolía es la obsesión demoníaca (si la puedo llamar así) o posesión de demonios, que Platter y otros la considerarían como preternatural. Se dicen cosas maravillosas de los poseídos, de sus acciones, gestos, contorsiones, ayunos, profecías, de su capacidad de hablar de lenguas que nunca se les había enseñado, etc. Se cuentan muchas historias extrañas sobre ellos, que puesto que algunos no las admitirán (pues Deacon y Darrel han escrito grandes volúmenes sobre este tema a favor y en contra), omito voluntariamente.

Fuchs (*Institut.*, libro 3, sec.1, cap. 11), Felix Platter[97], André du Laurens[98], añaden a estos furores otro que procede del amor, otro del estudio y otro furor divino o religioso; pero éstos pertenecen más propiamente a la melancolía, de todos los cuales hablaré aparte[99], pues pretendo escribir un libro completo sobre ellos.

Melancolía en disposición, llamada así impropiamente. Equivocaciones

La melancolía, el tema de nuestro discurso presente, lo es en disposición o en hábito. En disposición, es esa melancolía transitoria que va y viene en cada ocasión de tristeza, necesidad, enfermedad, problema, temor, aflicción, enojo, perturbación mental o cualquier tipo de cuidado, descontento, o pensamiento que cause angustia, torpeza, pesadez y vejación del espíritu y cualquier ánimo opuesto al placer, la alegría, el alborozo, el deleite, que nos causa indolencia o disgusto. En dicho sentido equívoco o impropio, llamamos melancólico al que está embotado, triste, huraño, torpe, indispuesto, solitario, de alguna forma enternecido o descontento. Y de estas disposiciones melancólicas no está libre ningún hombre vivo, ni siquiera el estoico; nadie es tan sabio, nadie tan feliz, nadie tan paciente, tan generoso, tan divino, tan piadoso que pueda defenderse[100]; nadie está tan bien dispuesto que en uno u otro momento no sienta su dolor, más o menos. La melancolía, en este sentido, es una característica inherente al hecho de ser criaturas mortales. «El hombre nacido de mujer es de poca duración y lleno de problemas»[101]. Se atormentaron mucho con ella Zenón, Catón y el mismo Sócrates, al que tanto alaba Eliano por su temperamento moderado, que «nada le podía turbar, sino que saliendo y entrando, Sócrates siempre mantenía la misma serenidad de semblante, cualquiera que fuera la miseria que le aconteciera» (si podemos creer a Platón, su discípulo). Quinto Metelo, al que Valerio pone como ejemplo de toda felicidad, «el hombre más afortunado de los que vivían entonces, nacido en la más floreciente ciudad de Roma, de parentesco noble, un hombre correcto en persona, bien cualificado, saludable, rico, honrado, senador, cónsul, feliz con su mujer, feliz con sus hijos», etc.[102], sin embargo, no estaba libre de la melancolía, tenía su parte de tristeza. Policrates Samius[103], que arrojó su anillo al mar para participar del descontento de los demás, y lo recuperó milagrosamente de nuevo poco después, en un pez cogido cuando pescaba, no estaba libre de las disposiciones melancólicas. Nadie puede curarse a sí mismo; los mejores hombres tenían amargas congojas y pasiones frecuentes, como les atribuían sus propios poetas[104]. En general, «como el cielo, así es nuestra vida, a veces despejado, a veces nublado, tempestuoso y sereno; como en la rosa, flores y espinas; en el mismo año, a veces un verano templado, un invierno duro, una sequía y luego de nuevo lluvias agradables. Así es nuestra vida, entremezclada con alegrías, esperanzas, temores, tristezas, calumnias»[105]. «Hay una sucesión de placer y dolor».

> «De la fuente misma del goce surge un no sé qué de amargo que en medio de las flores produce congoja»[106].

«Hasta en el interior de la risa hay tristeza» (como sostiene Salomón[107]). Incluso en el medio de todas nuestras fiestas y nuestras alegrías, como infiere Agustín en su comentario del cuadragésimo primer salmo[108], hay pena y descontento. «En medio de nuestro gozo hay siempre algo agrio que nos ahoga». Por una pinta de miel encontrarás aquí posiblemente un galón de hiel; por una dracma de placer, una libra de dolor; por una pulgada de alegría, una alna de lamento. Como hace la hiedra con un roble, así estas miserias acompañan nuestra vida, y es de lo más absurdo y ridículo que cualquier mortal busque un tenor perpetuo de felicidad en su vida. No hay nada tan próspero y agradable que no contenga cierta amargura, cierta queja, cierto descontento[109]; todo es agridulce, una pasión mixta, y como un tablero de damas, hay hombres blancos y negros; las familias, las ciudades, tienen sus caídas y decadencias; ahora trinos, sextiles, luego cuadrados y oposiciones.

No somos aquí como los ángeles, poderes y cuerpos celestiales, el Sol y la Luna, no terminamos nuestro camino sin faltas, con tal consistencia que dure durante muchos años. Sino que estamos sujetos a enfermedades y miserias, estorbados, agitados, levantados y hundidos, llevados de un lado a otro por cada soplo de viento, a menudo incomodados y turbados por cada ocasión leve, inseguros, frágiles; y así es todo aquello en lo que confiamos[110]. «Y el que no sabe esto, o no está preparado para soportarlo, no es adecuado para vivir en este mundo» (como se conduele uno de su época), «no conoce su condición, donde siempre están unidos con un lazo recíproco el placer y el dolor, y se suceden uno a otro de forma circular»[111]. ¡Sal del mundo!, vete por tanto, si no puedes sufrirlo; no hay forma de evitarlo, sino armarse de paciencia, de magnanimidad[112], oponerse a ello, sufrir la aflicción como un buen soldado de Cristo, como aconseja Pablo[113], y soportarlo constantemente.

Pero, puesto que son pocos los que pueden aceptar este su consejo, o usarlo correctamente, sino que más bien, como animales embrutecidos, dan paso a sus pasiones, se someten a ellas y se precipitan voluntariamente a un laberinto de preocupaciones, dolores, miserias y sufren el que sus almas estén subyugadas por ellos, no se pueden armar con esa paciencia, como deberían hacer, y a veces ocurre que estas disposiciones se convierten en hábitos, y «muchas afecciones desatendidas (como apunta Séneca[114]) padecen una enfermedad». Incluso «una destilación, que todavía no haya llegado a costumbre, deriva en catarro, pero si continúa y se arraiga, causa la consunción de los pulmones». Así ocurre con nuestras provocaciones melancólicas, y a medida que el mismo humor aumenta o remite en los hombres, según la temperatura corporal o el alma racional es más capaz de resistir, así están más o menos afectados. Pues lo que es para uno una picadura de pulga, a otro le causa un tormento insufrible; y lo que uno, por su moderación singular y su disposición tranquila, puede sobrellevar tranquilamente, otro no es capaz de soportarlo en

absoluto, sino que por la mínima ocasión de abuso equívoco, agravio, pena, desgracia, pérdida, tormento, rumor, etc. (si está solitario u ocioso), cede tanto a la pasión que se le altera la complexión, se le interrumpe la digestión, se le disipa el sueño, sus espíritus se oscurecen, el corazón se le hace pesado, sus hipocondrios se ven afectados. La flatulencia y la indigestión le acometen repentinamente y él mismo se ve dominado por la melancolía. Como ocurre con un hombre encarcelado por deudas: si una vez está en prisión, todos los acreedores traerán sus demandas contra él, y le mantendrán allí; si a algún paciente le sobrecoge el descontento, en un instante todas las perturbaciones (pues «salen veloces dondequiera que haya una apertura») le acometerán, y entonces, como un perro cojo o un ganso con un ala rota, cae y se consume y se ve conducido al fin al mal hábito o enfermedad de la melancolía. De modo que, al igual que los filósofos ponen ocho grados de calor y frío, nosotros podemos poner ochenta y ocho de melancolía, pues las partes afectadas están tomadas de formas diversas, o se han sumergido más o menos en este golfo infernal o han vadeado una parte más profunda. Pero todos estos ataques melancólicos, aunque sean agradables o desagradables al principio, violentos u opresores con aquellos a los que atacan de momento; sin embargo, digo que se denomina de manera impropia a estos ataques y a los hombres afectados, porque no son continuos, sino que van y vienen, según los objetos que los produzcan[115]. La melancolía de la que vamos a tratar es un hábito, una enfermedad crónica o continua, un humor establecido, como la llaman Aureliano[116] y otros[117], no errante, sino fija. Y puesto que ha estado aumentando durante mucho tiempo, habiéndose así desarrollado ya como hábito –agradable o doloroso–, será difícil de eliminar.

Digresión de anatomía

Antes de que proceda a definir la enfermedad de la melancolía y lo que es, o a disertar más sobre ella, considero que no es impertinente hacer una digresión sobre la anatomía del cuerpo y las facultades del alma, para un mejor entendimiento de lo que va a seguir. Pues luego aparecerán muchas palabras difíciles, como *mirac,* hipocondrios, hemorroides, etc., imaginación, razón, humores, espíritus, vital, natural y animal, nervios, venas, arterias, quilo, pituita..., que no serán fácilmente entendidas por el vulgo, ni sabrán qué son, cómo se citan ni para qué sirven. Y, además, puede dar ocasión quizá a que algunos examinen más adecuadamente, busquen más allá en este tema excelente y por tanto a que alaben a Dios con el profeta real («pues el hombre está hecho cuidadosa y maravillosamente y elaborado minuciosamente»[118]), aquellos que tienen tiempo y ocio suficientes y están suficientemente informados en todos los demás negocios mundanos, como para hacer un buen negocio, comprar y vender, mantener y elegir un buen halcón, sabueso, caballo, etc. Pero, para los temas que conciernen al conocimiento de sí mismos, son totalmente ignorantes y descuidados; no saben lo que son este cuerpo y esta alma, cómo se combinan, en qué partes y facultades consisten, o cómo se distingue un hombre de un perro. Y, ¿qué puede ser más ignominioso e inmundo (como bien critica Melanchthon[119]) «que el que un hombre no sepa la estructura y composición de su propio cuerpo,teniendo en cuenta que su conocimiento favorece mucho a la preservación de su salud y a la formación de sus modales?». Para incitaros por tanto a este estudio, a repasar las obras elaboradas de Galeno[120], Bauhin, Platter, Vesalio, Falopio, Laurens, Remelinus, etc., que han escrito copiosamente en latín; o lo que han hecho algunos de nuestros laboriosos compatriotas en nuestra lengua materna, no hace mucho, como la traducción de M. Colombus[121], y la *Microcosmographia*[122], en trece libros, he hecho esta breve digresión. También porque no es fácil conseguir las obras de Wecker[123], Melanchthon[124], Fernel[125], Fuchs[126] (que han tratado y escrito de forma más compendiosa sobre este tema), ni esos tediosos tratados sobre el alma, ni son fáciles de entender, ni es fácil conocer el resto; ojalá que este epítome baste.

Subsección II

División del cuerpo. Humores, espíritus

Puede haber muchas divisiones de las partes del cuerpo. La más autorizada es la de Laurens[127], extraída de Hipócrates, que es la que divide entre partes contenidas o partes continentes. Las contenidas son o los humores o los espíritus.

Un humor es una parte líquida o fluida del cuerpo, comprendida en él, para su preservación; y es o innato o nacido con nosotros, o adventicio y adquirido. El radical o innato se nos proporciona diariamente a través del alimento, que algunos llaman *«cambium»*, y hacen los humores secundarios a partir del cereal y el gluten para mantenerlo. O adquirido, para mantener los cuatro humores primarios, que vienen y proceden de la primera cocción del hígado, por medio del cual se desecha el quilo. Algunos los dividen en provechosos y excrementosos. Pero Crato[128], sacándolo de Hipócrates, los considera como jugos y no como excrementos, sin los cuales no se puede sostener ninguna criatura viva. Estos cuatro humores, aunque se comprenden en la masa sanguínea, sin embargo tienen sus diversas afecciones, por las cuales se distinguen unos de otros y de los humores adventicios, corruptos o enfermizos, como los llama Melanchthon[129].

La sangre es un humor cálido, dulce, templado y rojo, preparado en las venas meseraicas, y hecho de las partes más templadas del quilo en el hígado, cuyo oficio es alimentar a todo el cuerpo para darle fuerza y color. Se dispersa a través de las venas a todas sus partes. De ella se crean los espíritus en el corazón que, después, por medio de las arterias, se comunican con las otras partes. La pituita o flema es un humor frío y húmedo, creado en las partes más frías del quilo (o jugo blanco que sale de la carne digerida en el estómago), en el hígado. Su oficio es alimentar y humedecer los miembros del cuerpo que, como la lengua, se mueven, para que no estén demasiado secos. La cólera es caliente y seca, amarga, creada en las partes más calientes del quilo y unida a la hiel. Ayuda al calor natural y a los sentidos y sirve para la expulsión de los excrementos. La melancolía, fría y seca, espesa, negra y amarga, creada de las partes más hecientas del alimento y purgada del hígado, es un freno para los otros dos humores calientes, la sangre y la cólera, los mantiene en la sangre y alimenta los huesos. Estos cuatro humores tienen cierta analogía con los cuatro elementos y con las cuatro edades del hombre.

A estos cuatro humores se puede añadir el suero –que es la materia de la orina y los humores excrementosos de la tercera cocción–, el sudor y las lágrimas.

El espíritu es un vapor muy sutil, que se produce de la sangre, y es el instrumento del alma para realizar todas sus acciones, un lazo común o medio entre el cuerpo y el alma, como lo consideran algunos; o, según Paracelso, una cuarta alma por sí misma[130]. Melanchthon mantiene que la fuente de estos espíritus es el corazón, se producen allí; y después, enviados al cerebro, toman otra naturaleza. De estos espíritus hay tres tipos, de acuerdo con las tres partes principales, el cerebro, el corazón y el hígado: espíritus naturales, vitales y animales. Los naturales se crean en el hígado, y desde ahí se dispersan por medio de las venas para llevar a cabo las acciones naturales. Los espíritus vitales se hacen en el corazón a partir de los naturales, y son llevados por medio de las arterias a todas las demás partes: si estos espíritus se acaban, entonces cesa la vida, como en un síncope o pasmo. Los espíritus animales, formados de los vitales y criados en el cerebro, se difunden por los nervios hasta los miembros subordinados, dan sentidos y movimiento a todos.

SUBSECCIÓN III

Partes similares

Las partes continentes, por razón de su sustancia más sólida, son homogéneas u heterogéneas, similares o disimilares: así las dividen Aristóteles (*Investigación sobre los animales*, libro 1, cap. 1) y Laurens (cap. 20, libro 1). Las similares u homogéneas son las que, si se analizan, están todavía separadas en partes de la misma naturaleza, como el agua en agua. De éstas, algunas son espermáticas, otras corporales o carnales. Las espermáticas son las que se crean inmediatamente del esperma, como son los huesos, cartílagos, ligamentos, membranas, nervios, arterias, venas, pieles, fibras o tendones, y la grasa[131].

Los huesos son secos y duros, nacen de la parte más dura del esperma para fortalecer y sostener las demás partes. Algunos dicen que hay trescientos cuatro, otros trescientos siete o trescientos trece en el cuerpo humano. No tienen dentro nervios, y por lo tanto no tienen sensibilidad. Un cartílago es una sustancia más suave que el hueso y más dura que el resto, flexible, y sirve para mantener las partes del movimiento. Los ligamentos son los que unen los huesos y otras partes a los huesos, con sus ayudantes los tendones. El oficio de las membranas es cubrir el resto. Los nervios, o tendones, son membranas externas y llenas de médula por dentro. Proceden del cerebro y conducen a los espíritus animales en el sentido y en el movimiento. De éstos, algunos son más duros, otros más suaves. Los más suaves sirven para el sentido, y son siete pares: los primeros son los nervios ópticos, por medio de los cuales vemos; los segundos mueven los ojos; el tercer par sirve para que la lengua deguste; el cuarto par, para el gusto del paladar; el quinto pertenece a los oídos; el sexto par es el más amplio, y recorre casi todos los intestinos; el séptimo par mueve la lengua. Los nervios más duros sirven para el movimiento de las partes internas, y proceden de la médula de la espalda; hay treinta combinaciones: siete en el cuello, doce en el pecho, etc.

Las arterias son largas y huecas, tienen una piel doble para conducir a los espíritus vitales. Para distinguirlas mejor, dicen que el anatomista Vesalio acostumbraba a diseccionar hombres vivos. Salen de la parte izquierda del corazón, y son dos principalmente, la aorta y la venosa[132], de donde se derivan las demás. La aorta es el origen de todas las demás que sirven para todo el cuerpo; la otra va a los pulmones, para traer aire que refrigere al corazón. Las venas son huecas y redondas, como tubos, salen del hígado y llevan la sangre y los espíritus naturales; alimentan todas las partes. De éstas hay dos principalmente, la vena porta y la vena cava, de las que salen las demás. Esta vena

porta es una vena que procede del hueco del hígado y que recibe las venas meseraicas, por las que toma el quilo del estómago y del intestino y lo transporta al hígado. La otra deriva sangre del hígado para alimentar a todos los otros miembros dispersos. Las ramificaciones de la vena porta son las meseraicas y las hemorroides. Las ramificaciones de la vena cava son internas o externas. Las internas, seminales o emulgentes. Las externas, en la cabeza, los brazos, las piernas, etc., y reciben diversos nombres.

Las fibras son hilos, blancos y sólidos, dispersos por todo el miembro, y derechos, oblicuos, transversales, todos los cuales tienen sus diversos usos. La grasa es una parte similar, húmeda, sin sangre, compuesta de la materia más gruesa y untuosa de la sangre. La piel cubre el resto y tiene una cutícula o pielecilla bajo ella[133]. La carne es suave y rojiza, compuesta por la congelación de la sangre, etc.

Subsección IV

Partes disimilares

Las partes disimilares son las que llamamos orgánicas o instrumentales, y pueden ser internas o externas. Las partes externas más importantes se sitúan delante y detrás: delante, la coronilla y el copete de la cabeza, el cráneo, la cara, la frente, las sienes, la barbilla, los ojos, las orejas, la nariz, etc., el cuello, el pecho, el tórax, la parte superior e inferior del vientre, los hipocondrios, el ombligo, la ingle, el costado, etc.; detrás, la parte posterior de la cabeza, la espalda, los hombros, los lados, las ijadas, los huesos de la cadera, el hueso sacro, las nalgas, etc., o las junturas, brazos, manos, pies, piernas, muslos, rodillas, etc. O son comunes a ambos lados, que puesto que son obvias y conocidas las he repetido descuidadamente, «y sólo las más grandes e importantes; el resto se puede encontrar en los libros de anatomía».

Las partes orgánicas internas, que no se pueden ver, son variadas en número y tienen diversos nombres, funciones y divisiones, pero la de Laurens es la más notable, en partes nobles e innobles[134]. De las nobles, hay tres partes principales, de las que depende el resto y a las que sirven: el cerebro, el corazón y el hígado. De acuerdo con su localización, se consideran tres regiones, o se hace una división tripartita de todo el cuerpo. En primer lugar la cabeza, en la que se contienen los órganos animales, y el mismo cerebro, que a través de sus nervios da el sentido y el movimiento al resto y es, por así decirlo, consejero privado y canciller del corazón. La segunda región es el pecho, o medio vientre, en la que el corazón, como un rey, mantiene su corte y por medio de sus arterias comunica la vida a todo el cuerpo. La tercera región es el bajo vientre, en donde reside el hígado como delegado «colateral», con el resto de los órganos naturales, que actúa en la digestión del alimento y la expulsión de los excrementos. Esta región inferior se separa de la superior por medio del diafragma y se subdivide de nuevo según algunos[135] en tres concavidades o regiones, superior, media e inferior. La superior es la de los hipocondrios, en cuyo lado derecho está el hígado, en el izquierdo el bazo; de ahí viene el nombre de melancolía hipocondríaca. La segunda es la del ombligo o de las ijadas, separada de la primera por el peritoneo. La última es la del hipogastrio, que se divide de nuevo en otras tres partes. Los árabes separan en dos partes esta región: epigastrio e hipogastrio, superior o inferior. Al epigastrio lo llaman *myrach*, de donde viene la «melancolía miraquial», mencionada por ellos a veces. De estas diversas regiones, trataré brevemente aparte; y primero de la tercera región, en la que se contienen los órganos naturales.

Pero vosotros, lectores, a la vez que leéis, «suponed que se os llevase ahora a un templo sagrado o a un palacio majestuoso» (como dice Melanchthon) «para contemplar no sólo la materia, sino también el arte singular, la manufactura y el consejo de este nuestro gran Creador. Y es una contemplación agradable y provechosa, si se considera correctamente»[136]. Las partes de esta región, que se presentan a vuestra consideración y a vuestra vista, son las que sirven para la nutrición y la generación. Las de la nutrición sirven para la primera o segunda cocción, como el esófago, que lleva la comida y la bebida al estómago: el ventrículo o estómago, que se sitúa en la mitad de esa parte del vientre debajo del diafragma, es la cocina, como si dijéramos, de la primera cocción, y convierte nuestra comida en quilo. Tiene dos bocas, una arriba y otra debajo. La superior se confunde a veces con el estómago mismo; la puerta inferior o baja (como la denomina Wecker) se llama píloro. El estómago se sostiene mediante una gran membrana, denominada omento; algunos considerarán que es lo mismo que el peritoneo, o borde del vientre. Del estómago al ano se presentan los intestinos, que sirven un poco para modificar y distribuir el quilo y llevarse los excrementos. Se dividen en pequeño y grande, en razón de su localización y su sustancia, sutil o más gruesa: el sutil es el duodeno, o intestino completo, que está cerca del estómago, de unas doce pulgadas de largo, dice Fuchs[137]. El yeyuno, o intestino vacío, continuo al otro, tiene muchas venas meseraicas anejas, que desde él llevan parte del quilo al hígado. El íleon, el tercero, que consiste en muchas sinuosidades, sirve con el resto para recibir, mantener y distribuir el quilo del estómago. Los intestinos gruesos son tres: el ciego, el colon y el recto. El ciego es un intestino grueso y corto, que tiene una boca, en la que confluyen el íleon y el colon; recibe los excrementos y los lleva al colon. Este colon tiene muchas tortuosidades, que los excrementos no pueden pasar muy deprisa. El recto es derecho y lleva los excrementos al ano, cuya parte inferior está unida a cierto músculos llamados esfínteres, para que los excrementos se contengan mejor hasta el momento en que el hombre quiera ir al inodoro. En medio de estos intestinos está situado el mesenterio o diafragma, compuesto de muchas venas, arterias, mucha grasa, que sirve fundamentalmente para sostener los intestinos. Todas estas partes sirven para la primera cocción. Para la segunda, que se ocupa tanto del refinamiento del buen alimento como de expulsar el nocivo, pertenece principalmente al hígado, similar en su color a la sangre coagulada; es la factoría de la sangre, situada en el hipocondrio derecho, en forma como de media luna –Melanchthon la llama «parte generosa»–; y sirve para convertir el quilo en sangre para el alimento del cuerpo. Sus excrementos son coléricos o acuosos, y se los llevan las otras partes subordinadas. La hiel, situada en el hueco del hígado, le extrae la cólera; el bazo, la melancolía. El bazo está en el lado izquierdo, por encima frente al hígado, semejante a un material esponjoso, lleva la cólera negra a él por medio de una virtud secreta y se alimenta de ello, llevando el resto al fondo del estómago, para excitar el apetito, o si no a los intestinos como excremento. La materia acuosa la expurgan los riñones por

medio de las venas emulgentes y los uréteres. Lo emulgente saca la humedad superflua de la sangre; los dos uréteres lo llevan a la vejiga que, en razón de su situación en el vientre inferior, es apta para recibirlo, y tiene dos partes: el cuello y el fondo. El fondo mantiene el agua, y el cuello está constreñido con un músculo que, como un portero, evita que el agua salga corriendo en contra de nuestra voluntad.

Los miembros de la generación son comunes a ambos sexos, aunque peculiares a cada uno. Pero, puesto que son impertinentes para mi propósito, los omito voluntariamente.

La siguiente en el orden es la región media, o tórax, que comprende las facultades y partes vitales y que, como he dicho, está separado del vientre inferior por medio del diafragma, que es una piel que consiste en muchos nervios y membranas y entre otros usos que tiene es el instrumento de la risa. Hay también una membrana fina, llena de tendones, que cubre todo el tórax por dentro, y se llama pleura, la sede de la enfermedad llamada pleuresía cuando se inflama. Algunos añaden una tercera piel, que se llama mediastino, que divide el tórax en dos partes, derecha e izquierda. De esta región, la parte principal es el corazón, que es el asiento y la fuente de la vida, del calor, de los espíritus, del pulso y la respiración, el sol de nuestro cuerpo, su rey y único jefe, el asiento y órgano de todas las pasiones y afecciones. Es el primero que vive y el último que muere en todas las criaturas. Tiene una forma piramidal y no es muy diferente a una piña; es una parte digna de admiración, que puede tener una gran variedad de afecciones; está dotada de movimiento, y se dilata o se contrae para incitar y mandar los humores del cuerpo, como en la tristeza, la melancolía, la ira, la cólera. En la alegría saca la sangre, en la tristeza la lleva dentro; mueve los humores como hacen los caballos con una carroza. Este corazón, aunque sea un solo miembro, sin embargo puede dividirse en dos lados o ventrículos, derecho e izquierdo. El derecho es como la luna creciente, mayor que la otra parte, y recibe sangre de la vena cava, que distribuye algo a los pulmones para alimentarlos; el resto va al lado izquierdo, para engendrar los espíritus. El lado izquierdo tiene forma de cono, y es el asiento de la vida, que, como hace una antorcha con el aceite, lleva la sangre a él, creando de ello los espíritus y el fuego. Y como el fuego de una antorcha, así son los espíritus en la sangre. Y por medio de esa gran arteria que se llama aorta, envía los espíritus vitales a todo el cuerpo, y toma aire de los pulmones por medio de la arteria que se llama venosa. De modo que ambos lados tienen sus venas, el derecho dos venas, y el izquierdo dos arterias, además de esas dos espigas sinuosas que les sirven a ambos; uno para mantener la sangre; el otro el aire, para diversos usos. Los pulmones son una parte delgada y esponjosa, como una pata de buey (dice Fernel[138]), son el secretario de ayuntamiento o pregonero (lo denomina uno), el instrumento de la voz, como un orador para el rey[139]; están junto al corazón para expresar sus pensamientos por medio de la palabra. Está claro que son el instrumento de la voz, aunque ningún animal puede hablar o articular palabra puesto que necesita otras luces. Son además el instrumento de

la respiración y su oficio es enfriar el corazón mandándole aire por la arteria venosa, vena que llega a los pulmones por la arteria áspera, que consta de muchos cartílagos, membranas, nervios, que toma el aire en la nariz y la boca y por ella también se exhalan los humos del corazón.

En la parte superior, sirviendo a las facultades animales, el órgano principal es el cerebro, que es una sustancia suave, medulosa y blanca, engendrada en la parte más pura del semen y de los espíritus, recubierta por muchas pieles, y situada en el cráneo; y es el órgano más noble bajo la capa del cielo, la residencia y asiento del alma, y en el que el hombre se asemeja más a Dios. Y, por ello, la naturaleza lo ha cubierto con un cráneo de hueso duro y dos pieles o membranas, de las cuales una se llama duramadre o meninge y la otra piamadre. La duramadre está cercana al cráneo, encima de la otra, que cubre y protege el cerebro. Cuando se quita ésta, se ha de ver la piamadre, una membrana fina, la cobertura cercana e inmediata al cerebro, y que no sólo le cubre, sino que también entra en él. El mismo cerebro se divide en dos partes, la anterior y la posterior; la parte anterior es, con respecto a ella, mucho mayor que la otra, que se llama cerebelo. Esta parte delantera tiene muchas concavidades, separadas por ciertos ventrículos, que son los receptáculos de los espíritus, traídos allí por las arterias del corazón y siendo allí refinados a una naturaleza más celestial para llevar a cabo las acciones del alma. Hay tres ventrículos, derecho, izquierdo y medio. El derecho y el izquierdo responden a su situación, y generan los espíritus animales; si resultan heridos de alguna manera, cesan el sentido y el movimiento. Se considera que estos ventrículos, además, son el asiento del sentido común. El ventrículo medio es la confluencia de ambos y la cavidad que existe entre ellos, y posee dos conductos, uno para recibir la pituita y el otro se extiende al cuarto ventrículo. En éste tercero sitúan la imaginación y la cogitación, y así se usan los tres ventrículos de la parte anterior del cerebro. El cuarto ventrículo de la parte posterior de la cabeza es común al cerebelo y a la médula de la columna vertebral, la última y la más sólida de todas las demás, que recibe los espíritus animales de los otros ventrículos y los lleva a la médula de la espalda, y es el lugar donde dicen que se sitúa la memoria.

Subsección V

Del alma y sus facultades

De acuerdo con Aristóteles[140], el alma se define como una «entelequia», la perfección o primer acto de un cuerpo orgánico que tiene la vida en potencia, cosa que aprueba la mayoría de los filósofos[141]. Pero surgen muchas dudas sobre su esencia, sujeto, asiento, distinción y facultades subordinadas. Por lo que respecta a la esencia y el conocimiento particular, es lo más difícil de discernir de todo lo demás (sea del hombre o de los animales), como confiesan el mismo Aristóteles[142], Cicerón[143], Pico della Mirandola[144], Toledo[145] y otros filósofos modernos. «Podemos entender todo por medio de ella, pero no podemos aprehender lo que es ella misma». Algunos, por ello, crean un alma dividida en tres facultades principales; otros, tres almas diferentes. Una cuestión, esta última, que ha sido muy controvertida últimamente por Piccolomini y Zabarella. Paracelso considera que hay cuatro almas, añadiendo a las tres grandes facultades un alma espiritual[146]. Campanella trabaja mucho en su libro *De sensu rerum*[147] para demostrar esta opinión, porque los cadáveres sangran ante la vista del asesino, y hay otros muchos argumentos similares. Y algunos dicen que hay un alma en todas las criaturas, cualesquiera que sean, y sólo se distinguen en los órganos[148], y que los animales tienen también razón, como los hombres, aunque, por alguna falta de órganos, no en la misma medida. Otros dudan si existe en todo el conjunto o en cada parte, cosa que discute ampliamente Zabarella entre otros.

La división habitual del alma es en tres facultades principales: vegetal, sensitiva y racional[149], que hacen tres especies diferentes de criaturas vivientes: las plantas vegetales, los animales sensibles y los hombres racionales. Cómo se distinguen y conectan estas tres facultades principales, «está más allá de la capacidad humana», como suponen Taurellus[150], Philipp Melanchthon, Flavio y otros. La inferior puede estar sola, pero la superior no puede subsistir sin las otras: así, la sensible incluye a la vegetal, y la racional a ambas, que se contienen en ella (dice Aristóteles) «como un triángulo en un cuadrado».

La vegetal, la primera de las tres facultades, se define como «un acto sustancial de un cuerpo orgánico por medio del cual se alimenta, crece y procrea otro ser semejante a él». En dicha definición se especifican tres operaciones diversas: alimenticia, crecedera y procreativa. La primera es la nutrición, cuyo objetivo es el alimento, la comida, la bebida y otras cosas semejantes[151]; en las criaturas sensibles su órgano es el hígado; en las plantas, la raíz o la savia. Su oficio es convertir el nutrimiento en sustancia del cuerpo alimentado, lo cual

se lleva a cabo a través del calor natural. Esta operación nutritiva tiene cuatro funciones o poderes subordinados que le conciernen: la atracción, la retención, la digestión y la expulsión.

La atracción es una facultad de suministro, que, como hace el imán con el hierro, lleva la comida al estómago, o como hace una lámpara con el aceite[152]. Este poder de atracción es muy necesario en las plantas, que absorben la humedad por medio de la raíz, como si fuera una boca, y lo llevan a la savia, como si fuera un estómago. La retención lo mantiene, tras ser atraído al estómago, hasta el momento en que se digiere, pues si pasara de largo, el cuerpo no podría alimentarse. La digestión se lleva a cabo por medio del calor natural, pues, al igual que la llama de una antorcha consume aceite, cera, sebo, así altera y digiere la materia nutritiva. La indigestión es lo opuesto, por falta de calor natural. De esta digestión hay tres tipos: maduración, decocción y asación. La maduración se observa especialmente en los frutos de los árboles, que se dice que están maduros cuando las semillas están listas para sembrarlas de nuevo. La indigestión es lo opuesto, y están más sujetos a ella los glotones, epicúreos y ociosos, que no hacen ningún ejercicio para incitar el calor natural, o lo asfixian, al igual que demasiada madera apaga un fuego. La decocción es el cocimiento de los alimentos en el estómago, por el dicho calor natural, como se hierve la comida en un puchero. A ella se opone la corrupción o putrefacción. La asación es la concocción de la humedad interna por el calor. Su opuesto es la semi-quemadura.

Además de estas tres operaciones distintas de digestión, hay un orden cuádruple de concocción: la masticación o mascar en la boca, la quilificación de esta comida masticada en el estómago, la tercera es en el hígado, para convertir este quilo en sangre, llamada sanguificación; la última es la asimilación, que está en todas partes. La expulsión es un efecto de la nutrición por medio del cual se expulsan los excrementos superfluos y los restos de comida y bebida por medio del intestino, la vejiga y los poros, como en la purgación, los vómitos, el esputo, el sudor, la orina, pelos, uñas, etc.

Al igual que esta facultad nutritiva sirve para alimentar el cuerpo, la facultad crecedera (la segunda operación o poder de la facultad vegetal) lo hace para aumentarlo en cantidad, de acuerdo con todas las dimensiones: largo, ancho y grueso, y para hacerlo crecer hasta que llegue a su proporción debida y a su forma perfecta. Tiene su período de crecimiento al igual que de desgaste; y es totalmente cierto, como observa el poeta:

> «A cada uno se le da un plazo de vida, que no es sino breve, y que nadie puede sobrepasar».

La última de las facultades vegetales es la generación, que crea otro ser semejante a él mismo por medio de una semilla, para la preservación perpetua de la especie. Esta facultad la adscriben a tres operaciones subordinadas: la primera convertir el alimento en semilla, etc.

Las concomitancias o afecciones necesarias de esta facultad vegetal son la vida y su privación, la muerte. Para la preservación de la vida, el mayor requisito es el calor natural, aunque la sequedad, la humedad y las otras cualidades naturales no se excluyan. Este calor es semejante en las plantas, como parece por su crecimiento, fructificación, etc., aunque no se perciba tan fácilmente. En todos los cuerpos debe haber una humedad radical para preservarlo, de modo que no se consuma[153]. Para su preservación son muy útiles nuestro clima, el país, la temperatura y el buen o mal uso de las seis cosas no-naturales. Pues según decaen este calor y humedad naturales, así lo hace nuestra misma vida; y si no se detiene antes por algún accidente violento o se interrumpe por nuestra propia causa, al final acaba secándose por la vejez, y se extingue por la muerte por falta de materia, como una lámpara por falta de aceite para mantenerla.

Subsección VI

Sobre el alma sensible

Lo siguiente por orden es la facultad sensible, que está mucho más allá de la otra en dignidad, al igual que un animal se prefiere a una planta, por tener dentro los poderes vegetales. Se define como «un acto de un cuerpo orgánico, por el cual vive, tiene sentido, apetito, juicio, respiración y movimiento». Su objeto en general es una cualidad sensible o pasible, porque el sentido se afecta con ello. El órgano general es el cerebro, del que se derivan principalmente las operaciones sensibles. El alma sensible se divide en dos partes, aprehensiva o motriz. Por el poder aprehensivo, percibimos las especies de las cosas sensibles –presentes o ausentes– y las retenemos como se imprime un sello en la cera. Por la motriz, el cuerpo se desplaza externamente de un lado a otro o se mueve internamente por medio de los espíritus y el pulso. La facultad aprehensiva se divide en dos partes, interna o externa. La externa comprende los cinco sentidos: el tacto, el oído, la vista, el olfato y el gusto, a los que se puede añadir el sexto sentido de la titilación de Escalígero, si te parece bien; o el del habla, que es el eterno sexto sentido, según Llull. Los internos son tres: el sentido común, la fantasía y la memoria. Los cinco sentidos externos tienen su objeto sólo en cosas externas, y las que están presentes, puesto que los ojos no ven un color a menos que esté a mano y el oído no oye. Tres de estos sentidos son convenientes: el oído, la vista y el olfato; dos son necesarios: el tacto y el gusto, sin los cuales no podemos vivir. Además, el poder sensitivo es activo o pasivo: activo en la vista (el ojo ve el color), pasivo cuando su objeto le hiere, como el ojo por los rayos del sol. De acuerdo con este axioma, «la excesiva brillantez de un objeto destruye la vista», lo mismo sucede si el objeto no es agradable, como un mal sonido para el oído, un olor hediondo para la nariz, etc.

De estos cinco sentidos, la vista se considera como el más precioso y el mejor, y eso es debido a su objeto: ve el cuerpo completo de una vez. Gracias a ella aprendemos y discernimos todas las cosas, es un sentido excelente en su uso. Para la vista se requieren tres cosas: el objeto, el órgano y el medio. El objeto en general es visible, o lo que se va a ver, como los colores y todos los cuerpos brillantes. El medio es la iluminación del aire que viene de la luz[154], normalmente llamado «diáfano», pues en la oscuridad no podemos ver. El órgano es el ojo, y especialmente su pupila, que por los nervios ópticos, que concurren en uno, lleva la vista al sentido común. Entre el órgano y el objeto se requiere una distancia, para que no esté demasiado cerca ni demasiado

lejos. Le pertenecen a este sentido muchas cuestiones excelentes discutidas por los filósofos: como si la vista se produce al recibir las especies sensibles o al enviarlas, como disputan Platón[155], Plutarco[156], Macrobio[157], Lactancio[158] y otros. Y además es sujeto de otras perspectivas, de las que han escrito volúmenes enteros el árabe Alhacem, Vitelio, Roger Bacon, Giambattista della Porta, Guido degli Ubaldi, Aguilon, etc.

El oído es un sentido externo muy excelente, «por el que aprendemos y conseguimos el conocimiento». Su objeto es el sonido, o lo que se oye; el medio, el aire, y el órgano, el oído. Para el sonido, que es una colisión del aire, se requieren tres cosas: un cuerpo que golpee, como la mano de un músico; el cuerpo golpeado, que debe ser sólido y capaz de resistir, como una campana, una cuerda de laúd, no la lana o una esponja; y el medio, el aire, que es interno y externo: el externo, al golpearse o chocar con un cuerpo sólido, golpea al aire siguiente, hasta que llega al aire natural interno, que como un órgano exquisito se contiene en una pielecilla formada como un tímpano y golpeada por algunos instrumentos pequeños como baquetas, y lleva el sonido por medio de un par de nervios adecuados para este uso al sentido común, como a un juez de sonidos. Hay una gran variedad y mucho placer en ellos: para su conocimiento, consultad a Boecio y a otros músicos.

El olfato es un «sentido externo que aprehende por medio de las fosas nasales inhalando el aire», y de todos los demás es el sentido más débil de los hombres. El órgano se localiza en la nariz, o dos pequeños trozos de carne un poco por encima de ella; el medio es el aire para los hombres y el agua para los peces; el objeto, el olor, surge de un cuerpo mixto disuelto, que no discutiré si es una cualidad, un humo, un vapor o una exhalación, ni sus diferencias, y cómo se causan. Este sentido es un órgano de la salud, al igual que la vista y el oído, dice Aulo Gelio[159], lo son de la disciplina. Pues hay que evitar los malos olores, al igual que elegir los buenos, que alteran y afectan al cuerpo muchas veces como la misma dieta.

El gusto es un sentido necesario «que percibe los sabores por medio de la lengua y el paladar, por medio de una salivilla o jugo acuoso». Su órgano es la lengua con los nervios del gusto; el medio, un jugo acuoso; el objeto, el gusto o sabor, que es una cualidad en el jugo, que surge de la mezcla de cosas gustadas. Algunos distinguen ocho especies o tipos de sabor: amargo, dulce, picante, salado, etc. Los hombres enfermos (como con fiebre), no los pueden discernir todos, debido a que sus órganos están afectados.

El tacto, el último de los sentidos y el más innoble, es sin embargo tan necesario como los otros, y proporciona mucho placer. Este sentido es exquisito en los hombres, pues, por medio de los nervios dispersados por todo el cuerpo, perciben cualquier cualidad táctil. Su órgano son los nervios; su objeto las primeras cualidades: lo caliente, seco, húmedo, frío y las que las siguen, lo duro, suave, grueso, fino, etc. Los filósofos proponen muchas cuestiones entretenidas sobre los cinco sentidos, sus órganos, objetos, medios, que, por brevedad, omito.

Subsección VII

Sobre los sentidos internos

Los sentidos internos, tres en número, son llamados así porque están en el cráneo: el sentido común, la fantasía y la memoria. Sus objetos no son sólo las cosas presentes, sino que también perciben las especies sensibles de cosas por venir, pasadas, ausentes, tal como estaban antes en los sentidos. El sentido común es el juicio o moderación del resto, por medio del cual discernimos todas las diferencias de los objetos; pues por mi ojo no sé lo que veo, ni por mi oído sé lo que oigo, sólo lo sé por medio del sentido común, que juzga sobre los sonidos y colores. Ellos son los órganos que traen las especies para que sean juzgadas, de modo que todos los objetos son suyos, y todos sus oficios son suyos. La parte frontal del cerebro es su órgano o asiento.

La fantasía o imaginación, que algunos llaman estimativa, o cogitativa (confirmado, dice Fernel[160], por la frecuente meditación), es un sentido interno que examina más completamente las especies percibidas de las cosas presentes o ausentes por el sentido común, y las mantiene más tiempo, recordándolas de nuevo o haciendo otras nuevas por sí misma. En el momento del sueño, esta facultad está libre, y muchas veces concibe formas extrañas, maravillosas y absurdas, como observamos normalmente en los hombres enfermos. Su órgano es el ventrículo medio del cerebro; sus objetos todas las especies que se le comunican por medio del sentido común, por cuya comparación imagina muchas más consigo misma. En los hombres melancólicos, esta facultad es más poderosa y fuerte y a menudo hiere y produce muchas cosas monstruosas y prodigiosas, especialmente si se excitan por algún objeto terrible, que se le presenta desde el sentido común o la memoria. En los poetas y los pintores, la imaginación trabaja necesariamente, como se muestra por sus variadas ficciones, extravagancias e imágenes, como la casa del sueño de Ovidio, el palacio de Psyque en Apuleyo, etc. En los hombres, la imaginación está sujeta y gobernada por la razón –o al menos debería estarlo–, pero en los animales no tiene nada por encima, es «la razón de los animales», todo lo que poseen.

La memoria acumula todas las especies que han recogido los sentidos y las graba como un buen registro para que puedan volver cuando las llamen la memoria o la razón. Su objeto es el mismo que el de la fantasía, su asiento y órgano la parte trasera del cerebro.

Las afecciones de estos sentidos son el sueño y la vigilia, comunes a todas las criaturas sensibles. «El sueño es un descanso o atadura de los sentidos externos y del sentido común para la preservación del cuerpo y de la

salud» (como lo define Escalígero[161]). Pues cuando el sentido común descansa, también descansan los sentidos externos. Sólo la fantasía y su jefe, la razón, son libres, como se muestra por los sueños imaginarios, que son de diversos tipos, natural, divino, demoníaco, etc. Éstos varían de acuerdo con los humores, la dieta, las acciones, los objetos, etc. Sobre ello han escrito grandes volúmenes Artemidoro, Cardano y Sambuc, con sus varios intérpretes. Esta ligazón de los sentidos procede de una inhibición de los espíritus, cuando se obstruye el camino por el que deberían venir. Esta interrupción está causada por los vapores que surgen del estómago, que llenan los nervios, por donde deberían circular los espíritus. Cuando se gastan estos vapores, se abre el paso y los espíritus llevan a cabo sus deberes acostumbrados: de modo que «la vigilia es la acción y movimiento de los sentidos, que causan los espíritus dispersados por todas partes».

SUBSECCIÓN VIII

Sobre la facultad de movimiento

Esta facultad de movimiento es el otro poder del alma sensitiva, que causa todos los movimientos externos e internos del cuerpo. Se divide en dos facultades, el poder del apetito y el de moverse de un lado a otro. El del apetito, según lo consideran algunos, es triple: el natural, pues significa cualquier inclinación de este tipo, como el que una piedra caiga hacia abajo, y tales acciones como la retención y la expulsión, que no dependen del sentido, sino que son vegetales, como el apetito de comida y bebida, el hambre y la sed. Lo sensitivo es común a hombres y animales. El voluntario –el tercero– o intelectivo, que manda a los otros dos en los hombres, y es un freno para ellos, o al menos debería serlo, pero en su mayor parte está cautivado y dominado por ellos y los hombres se ven dirigidos como bestias por el sentido, dando rienda suelta a su concupiscencia y diversos deseos. Así pues, el alma se deja llevar por este apetito y está inclinada a seguir el bien que aprueben sus sentidos, o a evitar lo que consideren malo. Siendo su objeto bueno o malo, admite lo uno y rechaza lo otro, de acuerdo con el aforismo: «todo busca su propio bien», o al menos lo que parece bueno. Este poder es inseparable del sentido, pues donde está el sentido hay asimismo placer y dolor. Su órgano es el mismo que el del sentido común, y se divide en dos poderes o inclinaciones: concupiscible e irascible: o (como lo traduce alguno[162]) «codicioso, ira que invade o impugnante». Lo concupiscible desea siempre cosas agradables y deleitosas y aborrece lo que es enfadoso, agrio o desagradable. Lo irascible, «como lo que evita con ira e indignación»[163]. Todas las afecciones y perturbaciones surgen de estas dos fuentes y, aunque los estoicos no se preocupan de ellas, no se pueden evitar. Las buenas afecciones están causadas por algún objeto de la misma naturaleza, y si están presentes procuran alegría, que dilata el corazón y conserva el cuerpo; si están ausentes, causan esperanza, amor, deseo y concupiscencia. Las malas son simples o mixtas: las simples, por algún mal objeto presente, como la tristeza, que contrae el corazón, atormenta el alma, destruye el buen estado del cuerpo, impidiendo todas sus operaciones, causando melancolía y muchas veces incluso la muerte misma; o por algún mal objeto futuro, como el temor. De estas dos surgen tres afecciones y pasiones mixtas de ira, que es un deseo de venganza; el odio, que es una ira arraigada; el celo, que se ofende con el que hiere lo que ama; y la ἐπιχαιρεκακία, una afección compuesta de alegría y odio, cuando nos alegramos del mal de otros y nos entristecemos con su prosperidad; el orgullo, el egoísmo, la emulación, la envidia, la vergüenza, etc., de las que se habla en otros sitios.

El movimiento de un lado a otro es una facultad que sigue necesariamente a la otra. Pues sería en vano, de otra forma, desear y aborrecer si no tuviésemos semejante poder para perseguir o rehuir, moviendo el cuerpo de un lado a otro. Por medio de esta facultad, por tanto, movemos el cuerpo o una de sus partes y vamos de un lugar a otro. Para mejor llevarlo a cabo, se requieren tres cosas: lo que mueve, por lo que se mueve, lo que se mueve. Lo que mueve es o la causa eficiente o el fin. El fin es el objeto que se desea o rehuye, como en un perro el coger una liebre, etc. La causa eficiente en el hombre es la razón, o la fantasía subordinada, que aprehende los objetos buenos o malos; en los animales es sólo la imaginación, que mueve el apetito. El apetito es la facultad que por medio de una admirable unión de la naturaleza y por mediación del espíritu, manda el órgano por el que se mueve, que consiste en nervios, músculos y tendones, dispersos por todo el cuerpo, contraídos y relajados a voluntad de los espíritus, que mueven los músculos o los nervios en medio de ellos[164] y llevan el tendón, y así en consecuencia la articulación, al lugar deseado. Lo que se mueve es el cuerpo o algún miembro apto para el movimiento. El movimiento del cuerpo es variado: como ir, correr, saltar, bailar, sentarse, y cosas semejantes, referidas a la categoría de «posición». Los gusanos se arrastran, los pájaros vuelan, los peces nadan; y así lo ejecutan sus diversas partes, de las cuales la principal es la respiración y se lleva a cabo mediante estas acciones: el aire externo se conduce a la arteria oral y se envía por medio del diafragma a los pulmones que, dilatándose como un par de fuelles, recíprocamente lo cogen y lo mandan al corazón para que lo temple; y de ahí, estando ya caliente, lo mandan de nuevo, siempre tomándolo fresco. Un movimiento semejante es el del pulso, del cual, puesto que muchos han escrito libros enteros, no diré nada.

SUBSECCIÓN IX

Del alma racional

En las subsecciones precedentes he anatomizado las facultades inferiores del alma. Queda la racional, «un tema agradable, pero dudoso» (como la llama uno[165]), que será discutido con la misma brevedad. Hay muchas opiniones erróneas sobre su esencia y su origen: que era fuego, lo sostenía Zenón; armonía, Aristóxeno; número, Jenócrates. Si es orgánica o inorgánica, si se asienta en el cerebro, el corazón o la sangre, si es mortal o inmortal, cómo entra en el cuerpo... Algunos consideran que es una intermediaria, como Melanchthon (*De anima,* I), Tertuliano, Lactancio (*De opificio Dei,* cap. 19), Hugo *(Liber de Spiritu et Anima),* Vincent de Beauvais (*Speculum naturale*, libro 23, cap. 2 y 11), Hipócrates, Avicena y muchos autores posteriores[166]. Que un hombre procrea a otro, en cuerpo y alma; o como una vela de otra vela, se produce de la semilla; de otro modo, dicen, los hombres no procrean más que medio hombre, y es peor que un animal que procrea tanto la materia como la forma. Y, además, las tres facultades del alma deben infundirse juntas, lo cual es totalmente absurdo, según ellos, porque en los animales se crean las dos inferiores y no se pueden separar en los hombres. Galeno supone que el alma es el temperamento mismo[167]; Trimegisto, Museo, Orfeo, Homero, Píndaro, Ferécides de Siro, Epicteto, con los caldeos y egipcios, afirmaban que el alma era inmortal, como antiguamente los druidas británicos[168]. Los pitagóricos defienden la metempsicosis y la palingenesia, que las almas van de un cuerpo a otro[169], «después de una corriente de aguas del Leteo», de los hombres a los lobos, osos, perros, cerdos, al igual que se inclinaban durante sus vidas, o participaban en sus condiciones:

> «Y podemos ir a domicilios animales y sumirnos en cuerpos de reses»[170].
> El gallo de Luciano[171] fue primero Euforbo, un capitán:
> «También yo mismo (pues lo recuerdo) en la época de la guerra de Troya
> era Euforbo el Pantoida»[172],

un caballo, un hombre, una esponja. Juliano el Apóstata pensaba que el alma de Alejandro había descendido a su cuerpo[173]. Platón, en el *Timeo* y en su *Fedón* (por lo que puedo percibir), no difiere mucho de esta opinión, que al principio procedía de Dios y sabía todo, pero al encerrarse en el cuerpo, lo olvida y lo aprende de nuevo, lo que llama «reminiscencia» o recuerdo, y que se le impuso al cuerpo como castigo. Y de ahí se va a un animal, o a un hombre, como se muestra en su agradable ficción sobre la asignación de las almas, en el libro décimo de la *República*, y después de diez mil años vuelve al cuerpo primero de nuevo[174].

> «Después de muchos años, y de muchas transformaciones, comienza de nuevo la vida como un ser humano»[175].

Otros niegan su inmortalidad, cosa que decidió Pomponazzi de Padua siguiendo a Aristóteles no hace mucho, Plinio[176] (cap. 7, libro 2 y libro 7, cap. 55), Séneca (*Epístola a Lucilio,* libro 7, 55), Dicearco en las Tusculanas de Cicerón; Epicuro, Arato, Hipócrates, Galeno, Lucrecio en su libro 1,

> («Vemos que la mente nace con el cuerpo, la sentimos crecer con él y envejecer con los años»),

y Averroes, y no sé cuántos modernos. «Esta cuestión de la inmortalidad del alma la ponen en tela de juicio y la discuten de formas diversas y maravillosas, especialmente entre los italianos», dice J. Coler (*De immortalitate animae,* cap. 1). Incluso, los mismos papas han dudado de ello: León Décimo, el papa epicúreo –como lo llaman algunos[177]– hizo que esta cuestión se discutiese a favor y en contra delante de él, y finalmente concluyó, como moderador profano y ateísta, con el verso de Cornelio Gallo: «empezó de nada y acaba en nada». Zenón y sus estoicos, según los cita Agustín[178], suponían que el alma continuaba hasta que el cuerpo había llegado a la putrefacción total y se había convertido en materia prima, pero después de eso, se extinguía y desvanecía. Y mientras tanto, mientras el cuerpo se consumía, vagaba por fuera, y «anunciaba cosas con mucha antelación» y (como aseguraba Hermótimo de Clazomene) tenía llamativas visiones, y sufría no sé cuánto.

> «Vagan como sombras exangües, sin carne ni huesos»[179].

Otros consideran que permanece inmortal, pero mientras tanto cuentan muchas historias fabulosas, después de la salida del cuerpo, como los Campos Elíseos de Platón o el paraíso turco. Las almas de los hombres buenos se divinizan; las de los malos, dice Agustín, se convierten en demonios[180], como es de suponer; hay otras muchas ideas absurdas de este tipo que él mismo ha refutado. Jerónimo, Agustín y otros Padres de la Iglesia sostienen que el alma es inmortal, creada de la nada, y que se le infunde al niño o al embrión en el vientre de su madre, seis meses después de la concepción[181], no como ocurre con los animales, que son intermedios y al morir se desvanece con ellos. Me remito a todos los espíritus ateos, a todos los tratados teológicos, y a las Escrituras mismas, como hizo Cicerón con Ático, al Fedón de Platón. O si desean pruebas o demostraciones filosóficas, les remito a los tratados sobre este tema de Nifo, Nicolás Faventino, a Francesco y Giovanni Pico della Mirandola *(Digress sup. 3. de Anima),* Gregorio de Tolosa, Eugubinus, a Soto, Cano, Tomás, Despiers, Dandin, Coler, al elaborado tratado de Zanchio, a las sesenta razones de Toledo y a los veintidós argumentos de Lessius para probar las inmortalidad del alma. Campanella, en el *Liber de sensu rerum,* se extiende sobre el mismo discurso; Albertino el Escolástico; J. Nactantus (*Opera,* tomo

2) lo maneja en cuatro puntos; A. Bruni, Aonio Paleario, M. Mersenne, con otros muchos. El alma racional, que Agustín llama sustancia espiritual con movimiento, la definen los filósofos como «el primer acto sustancial de un cuerpo natural, humano, orgánico, por el que el hombre vive, percibe y comprende, haciendo todo libremente, y por elección». A partir de esta definición podemos colegir que el alma racional incluye los poderes y realiza los deberes de las otras dos que contiene, y las tres facultades hacen una sola alma, que es inorgánica por sí misma, (aunque esté en todas partes) e incorpórea; que usa sus órganos, y que trabaja por medio de ellos. Se divide en dos partes principales, que sólo se distinguen en su función, no en la esencia: el entendimiento, que es el poder racional de aprender, y la voluntad, que es el poder racional de mover. Todos los otros poderes racionales están sujetos y reducidos a estos dos.

Subsección X

Sobre el entendimiento

«El entendimiento es una potencia del alma, por la que percibimos, conocemos, recordamos y juzgamos tanto lo singular como lo universal, al tener ciertas nociones innatas o principios de las artes, una acción que reflexiona, por medio de la cual juzga sus propios hechos y los examina»[182]. Con esta definición (además de su principal oficio, que es aprender, juzgar todo lo que realiza, sin ayuda de ningún instrumento u órgano) se nos muestran tres diferencias entre un hombre y un animal. En primer lugar, el sentido sólo comprende singularidades, el entendimiento, universalidades. Segundo, el sentido no tiene nociones innatas. Tercero, los animales no pueden reflexionar sobre sí mismos. Las abejas, en verdad, hacen obras pulcras y curiosas, y además muchas otras criaturas; pero cuando las han hecho, no pueden juzgarlas. Su objeto es Dios, *Ens*, toda la naturaleza, y todo lo que ha de ser comprendido: lo que aprende sucesivamente. El objeto que primero mueve al entendimiento es alguna cosa sensible; después, por medio del razonamiento, la mente encuentra la sustancia corpórea, y de ahí la espiritual. Sus acciones (dicen algunos) son la aprehensión, composición, división, discurso, raciocinio, memoria, que algunos incluyen en la invención y el juicio. Las divisiones comunes del entendimiento son: agente y paciente; especulativo y práctico; en hábito o en acto; simple o compuesto. El agente es lo que se llama el ingenio del hombre, la agudeza o sutileza, agudeza de invención, cuando inventa a partir de sí mismo, sin maestro, o aprende de nuevo, que abstrae las especies inteligibles de la fantasía y las transfiere al entendimiento pasivo, «porque no hay nada en el entendimiento que no estuviera antes en el sentido»[183]. Lo que ha tomado la imaginación del sentido lo juzga este entendimiento agente, si es verdadero o falso, y al ser juzgado de esta manera se lo encomienda al pasivo para que lo guarde. El agente es el doctor o el maestro y el pasivo el erudito, y su oficio es mantener y juzgar además las cosas que se le encomiendan a su cargo, como una *tabula rasa* y desnuda al principio, capaz de todas las formas y nociones. Ahora bien, estas nociones son dobles: acciones y hábitos. Las acciones son aquellas por las cuales tomamos las nociones y percibimos las cosas; los hábitos son luces y nociones duraderas, que podemos usar cuando queramos. Algunos cuentan hasta ocho tipos: sentido, experiencia, inteligencia, fe, sospecha, error, opinión, ciencia, a las que nosotros añadimos arte, prudencia, sabiduría, como también la sindéresis[184], el dictado de la razón, la conciencia. De modo que, en total, hay catorce especies de entendimiento, de las cuales algunas son innatas, como las tres últimas mencionadas; las otras se consiguen

por medio de la doctrina, el aprendizaje y el uso. Platón las considera todas innatas y Aristóteles no cuenta más que cinco hábitos intelectuales: dos especulativos (la comprensión de los principios y la ciencia de las conclusiones), dos prácticos (la prudencia, cuyo fin es la práctica, y la técnica para fabricar), y la sabiduría para comprender el uso y los experimentos de todas las nociones y hábitos, cualesquiera que sean. Dicha división de Aristóteles (si se considera correctamente), es la misma que la precedente, pues hay tres innatas y cinco adquiridas, y el resto son impropias, imperfectas y se excluyen en un examen más riguroso. Sobre todo esto debería extenderme más, pero no me lo permite mi tema. Sólo señalaré tres, como más necesarias para mi discurso posterior.

La sindéresis, o la parte más pura de la conciencia, es un hábito innato, y significa «una conservación del conocimiento de la ley de Dios y de la Naturaleza, para conocer el bien y el mal». Y, como mantienen nuestros teólogos, está más en el entendimiento que en la voluntad. Esto la convierte en la proposición mayor de un silogismo práctico. El dictamen de la razón es lo que nos amonesta para hacer el bien o el mal, y es la menor en el silogismo. La conciencia es la que aprueba el bien o el mal, justificando o condenando nuestras acciones, y es la conclusión del silogismo, como en el ejemplo conocido del romano Régulo, hecho prisionero por los carolingios, que soportó ir a Roma con la condición de volver de nuevo o que se pagase tanto por su rescate. La sindéresis propone la cuestión; su palabra, juramento o promesa se ha de mantener religiosamente, aunque sea ante su enemigo, por la ley de la naturaleza. «No hagas a otro lo que no te gustaría que te hicieran a ti». Se le aplica un dictamen, que dicta esto o algo semejante: «Régulo, no querrías que otro hombre falsificara su juramento o rompiese su promesa ante ti». La conciencia concluye: «por lo tanto, Régulo, haces bien en llevar a cabo tu promesa y deberías mantener tu juramento». Se hablará más de esto en la melancolía religiosa.

SUBSECCIÓN XI

Sobre la voluntad

La voluntad es la potencia del alma racional «que desea o evita lo que ha sido juzgado o aprendido por el entendimiento»[185]. Si es bueno, lo aprueba; si malo, lo aborrece, de modo que su objeto es bueno o malo. Aristóteles la llama nuestro apetito racional, puesto que al igual que en lo sensitivo nos vemos movidos al bien o al mal por nuestro apetito, gobernados y dirigidos por el sentido, del mismo modo en esto nos vemos llevados por la razón. Además, el apetito sensitivo tiene un objeto particular, el bien o el mal; éste es un universal, inmaterial. Aquél concierne sólo a cosas deleitables y agradables, éste a lo honesto. De nuevo, difieren en la libertad. El apetito sensual, al ver un objeto, si es un bien conveniente, no puede hacer más que desearlo y si es malo, evitarlo. Pero éste es libre en esencia, «ahora muy depravado, oscuro y lejos de su perfección primitiva; sin embargo, en algunas de sus operaciones, todavía es libre»[186], como al ir, andar, moverse a su antojo, y elegir si hará o no hará algo, si robará o no robará. De otro modo, serían en vano las leyes, deliberaciones, exhortaciones, consejos, preceptos, recompensas, promesas, amenazas y castigos, y Dios sería el autor del pecado. Pero en las cosas espirituales no queremos el bien[187], somos propensos al mal (a menos que estemos regenerados y dirigidos por el espíritu), nos vemos incitados por nuestra concupiscencia natural, y se produce una «indisciplina», una confusión en nuestros poderes, «toda nuestra voluntad es contraria a Dios y a Su ley»[188], no sólo en las cosas naturales, como la comida y la bebida, la lujuria, a las que nos dirigen de cabeza nuestro temperamento y el apetito desordenado,

> «Nuestra fuerza no basta para hacer una parada y resistir valientemente»[189].

No podemos resistir, nuestra concupiscencia es originalmente mala, nuestro corazón malvado, el asiento de nuestras afecciones cautiva y fuerza nuestra voluntad. De modo que en las cosas voluntarias somos contrarios a Dios y al bien, malos por naturaleza, por la ignorancia peores[190], por el arte, la disciplina, la costumbre, conseguimos muchos malos hábitos, soportando que nos dominen y tiranicen. Y el demonio está siempre cerca con sus sugerencias malvadas, listo para tentar nuestra voluntad depravada con alguna acción mal dispuesta, para precipitarnos a la destrucción, a menos que estemos inclinados y contrapesados de nuevo con algún precepto divino y con buenos movimientos del espíritu, que muchas veces nos refrenan, estorban y reprimen cuando estamos en plena carrera de nuestros caminos disolutos. Así se corrigió David, cuando tenía a Saúl a cierta ventaja. La venganza y la malicia eran como dos

violentos combatientes por un lado, pero la honestidad, la religión, el temor de Dios le retuvieron por otro.

Las acciones de la voluntad son querer y no querer. Estas dos palabras comprenden todo, y son buenas y malas, de acuerdo con el modo como se dirijan, y algunas se realizan libremente. Aunque los estoicos lo niegan totalmente y piensan que todo ocurre inevitablemente por el destino, que impone una necesidad fatal sobre nosotros, que no podemos resistir. Sin embargo, decimos que nuestra voluntad es libre con respecto a nosotros, y las cosas contingentes, aunque (con respecto al consejo determinado de Dios) son inevitables y necesarias. Otras acciones de la voluntad se llevan a cabo por medio de poderes inferiores que le obedecen, como el apetito sensitivo y motor, como el abrir los ojos, ir de acá para allá, no tocar un libro, hablar bien o mal. Pero este apetito muchas veces se rebela dentro de nosotros y no se contiene en los límites de la sobriedad y la templanza. Estuvo (como ya he dicho) en otro tiempo de acuerdo con la razón, y había consenso y armonía excelentes entre ellos, pero ahora se ha disuelto y a menudo chocan entre sí; la pasión subyuga a la razón: «el caballo lleva al auriga, y no obedece a las riendas», como los caballos salvajes se desbocan con el carro y no se les puede refrenar. Muchas veces sabemos lo que es bueno, pero no lo hacemos, como dijo una:

> «Una nueva fuerza le traiciona a su pesar, otros deseos y otras razones le persuaden»[191].
> «Lo odio, sin embargo no puedo no ser lo que odio»[192].

No podemos resistir, pero como confesó Fedra a su nodriza: «dices la verdad, sin embargo mi pasión me lleva a seguir el peor camino»[193]. Dice bien, y, la verdad, lo reconocía, pero la pasión y la furia obstinadas la obligaban a hacer lo contario. Del mismo modo, David sabía de la suciedad de sus actos, cuán detestable, sucio y atroz pecado era el adulterio, y sin embargo cometió un asesinato y le quitó la mujer a otro hombre, forzado a seguir su apetito en contra de la razón y la religión.

Las potencias naturales y vegetales no están regidas por la voluntad, pues, «¿quién puede añadir un codo a su estatura?». Podrían estarlo, pero no lo están: y de ahí proceden todas esas pasiones tercas y perturbaciones violentas de la mente. Y muchas veces los hábitos viciosos, las costumbres, las enfermedades salvajes, porque damos paso a nuestro apetito, y seguimos nuestra inclinación, como los animales. Los hábitos principales son dos en número: la virtud y el vicio, cuyas definiciones particulares, descripciones, clasificaciones y tipos se manejan extensamente en la ética y son, en realidad, el tema de la filosofía moral.

Definición de la melancolía, nombre y distinción

Después de haber diseccionado brevemente el cuerpo y el alma del hombre como preparación para el resto, puedo proceder ahora libremente a tratar mi tema prometido, al alcance de la mayoría de los hombres, y después de muchos ambages, definir claramente qué es la melancolía, mostrar sus nombres y distinciones. El nombre se impone a partir del tema, y la enfermedad se denomina a partir de la causa material, como observa Bruel: Μελανχολία, como Μέλαινα χολή, de la cólera negra. Y si es una causa o un efecto, una enfermedad o un síntoma, que lo decidan Donato Altomari y Salviano, yo no voy a discutir sobre ello. Tiene muchas descripciones, sentidos y definiciones. Fracastoro, en su segundo libro sobre el intelecto, llama melancólicos «a aquellos a los que ha afectado tanto la abundancia del mismo humor depravado de la cólera negra, que desde ahí se vuelven locos y deliran en la mayor parte de las cosas o en todo lo que pertenece a la elección, la voluntad u otras operaciones manifiestas del entendimiento». Melanelius, siguiendo a Galeno, Rufo, Aecio, la describe como «una enfermedad mala y enfadosa, que hace que los hombres degeneren en bestias». Galeno, como «una privación o infección del ventrículo medio de la cabeza», etc., definiéndola a partir de la parte afectada. Esto lo aprueba Hércules de Sajonia[194] (libro 1, cap. 16), llamándolo «una privación de la función principal»; Fuchs (libro 1, cap. 23), Arnau de Vilanova (*Breviarium practicae*, libro 1, cap. 18), Guianerius y otros, «debido a la cólera negra», añade Pablo. Alí Abbas la llama simplemente una «conmoción de la mente» y Areteo, «un dolor perpetuo del alma, fijado en una cosa, sin fiebre». Definición que censura Mercurial (*De affect.*, cap. libro 1, cap. 10), pero Elião Montalto la defiende (*Libro de morbis capitae*, 1, «de melancholia»), como suficiente y bueno.

En general, se define como «un tipo de locura sin fiebre, que tiene como compañeros comunes al temor y a la tristeza, sin ninguna razón aparente». Así lo definen Laurens (cap. 4), Lepois (libro 1, cap. 43), Donato Altomari (*Art. Medic.*, cap. 7), Jacchinus (*Commentarius in libro 9 Rhasis ad Almansor,* cap. 15), Valesio (*Exercitationes,* 17), Fuchs (*Institut.*, 13, sec. 1, cap. 11), etc. Dicha definición común, aunque aprobada por la mayoría, Hércules de Sajonia no la aprueba[195], ni tampoco David Crusius (*Theatri Morbi Herm.*, libro 2, cap. 6), que mantienen que es insuficiente, «pues muestra más lo que no es que lo que es», ya que omite la diferencia específica: la fantasía y el cerebro; pero no voy a descender a esos particulares. El *summum genus* es el delirio, o «aflicción del cerebro», dice Areteo; «de una parte principal», añade Hércules de

Sajonia, para distinguirlo del calambre y la parálisis, y de las enfermedades que pertenecen al sentido externo y a los movimientos; «depravado», para distinguirlo de la demencia y de la locura[196] (Montalto lo llama *«angor animi»,* para diferenciarlo), donde dichas funciones no están depravadas, sino más bien eliminadas; «sin fiebre», añaden todos, para apartarlo del frenesí y de la melancolía que está en la fiebre pestilente. «El temor y la tristeza» la distinguen de la locura; «sin causa» se inserta al final, para especificarlo frente a las otras pasiones ordinarias de «temor y tristeza». Nosotros llamamos a eso propiamente delirio, como lo interpreta Laurens: «cuando se corrompe alguna facultad principal de la mente, como la imaginación o la razón, como les ocurre a todas las personas melancólicas»[197]. Ocurre sin fiebre, porque el humor es en su mayor parte frío y seco, contrario a la putrefacción. El temor y la tristeza son los verdaderos caracteres e inseparables compañeros de la mayoría de los melancólicos, aunque no todos, como bien exceptúa Hércules de Sajonia (*Tractatus posthumus de melancholia,* cap. 2); pues para algunos es muy agradable, como para los que ríen durante la mayor parte del tiempo. Algunos son valientes y están libres de todo tipo de temor y tristeza, como se indicará más adelante.

SUBSECCIÓN II

Sobre la parte afectada. Afección. Sujetos afectados

Encuentro alguna diferencia entre los escritores sobre la principal parte afectada en esta enfermedad: si es el cerebro, o el corazón o algún otro miembro. La mayoría opina que es el cerebro, pues al ser un tipo de locura no puede ser sino que el cerebro esté afectado como parte similar, sea por consenso o por esencia. No en sus ventrículos o cualquier obstrucción en ellos, pues entonces sería apoplejía o epilepsia, como bien observa Laurens[198], sino en la destemplanza fría o seca de su sustancia, que está corrupta y se vuelve demasiado fría, o demasiado seca, o si no, demasiado caliente, como en los locos y los que están inclinados a ello. Esto lo confirman Hipócrates[199], Galeno, los árabes, y la mayoría de nuestros escritores modernos. Marco degli Oddi (en una de sus consultas, citada por Hildesheim[200]) y otros cinco citados allí son de la opinión contraria, porque el temor y la tristeza, que son pasiones, se asientan en el corazón. Pero a esta objeción responde suficientemente Montalto[201], quien no niega que el corazón esté afectado (como Melanelius prueba siguiendo a Galeno[202]) por su cercanía, como lo están el diafragma y otras muchas partes. Simpatizan y se tienen compasión por la ley de la naturaleza, pero puesto que esta enfermedad está causada por la imaginación, que es lo primero que actúa, juntandose con el deseo, a los cuales obedecen los espíritus, y están sujetos a esas partes principales, el cerebro debe estar necesariamente dañado primariamente como asiento de la razón; y después el corazón, como asiento de la emoción. Capivaccio[203] y Mercurial han discutido por extenso esta cuestión, y ambos concluyen que el causante es el cerebro interno, y de ahí se comunica al corazón y a otras partes inferiores, que simpatizan y están muy perturbadas, especialmente cuando ocurre por consenso y está causado por el estómago –o el *myrach*, como lo llaman los árabes–, por todo el cuerpo, el hígado o el bazo, que a veces están libres[204]; el píloro, las venas meseraicas, etc. Pues nuestro cuerpo es como un reloj: si se pierde una rueda, el resto se desordenará, sufrirá toda la estructura. El hombre está hecho con arte y armonía admirables, con una proporción excelente, como ha declarado elegantemente Luis Vives en su *Fábula del hombre.*

Igual número de dudas surgen sobre la afección[205]: si es la imaginación o la razón sólo, o ambas. Hércules de Sajonia prueba siguiendo a Galeno, Aecio y Altomari, que el único fallo está en la imaginación[206]. Bruel es de la misma opinión. Montalto, en su segundo capítulo sobre la melancolía refuta esta afirmación e ilustra lo contrario con muchos ejemplos: como el de aquel que se creía un marisco, el de una monja y el de un monje desesperado que creía que

estaba condenado. La razón estaba mal, al igual que la imaginación, que no corregía su error. A menudo se suicidan y suponen muchas cosas absurdas y ridículas. ¿Por qué no detecta la razón esta falacia, se sosiega y persuade, si está libre? Avicena, por tanto, considera que ambas están corruptas[207], y la mayoría de los árabes lo suscribe. Lo mismo mantienen Areteo[208], Gordon[209], Guianerius, etc. Para finalizar la controversia, nadie duda de que la imaginación está herida y afectada aquí. En cuanto a lo otro, concluyo con Alberto Bottoni[210], doctor de Padua, que ocurre «primero en la imaginación y después en la razón, si la enfermedad está arraigada, o tiene cierta continuidad». Pero de forma accidental, pues, como añade Hércules de Sajonia: «la fe, la opinión, el discurso, el raciocinio, se depravan accidentalmente por culpa de la imaginación»[211].

A lo de la parte afectada puedo añadir aquí lo referente a los individuos, de los que se hablará más oportunamente en otro lado, y ahora sólo se señalarán: los que están afectados en su nacimiento por la Luna, Saturno o Mercurio, los que viven en climas demasiado fríos o demasiado calientes, los que nacen de padres melancólicos, los que faltan en alguna de las seis cosas no naturales, son negros o de complexión alta y sanguínea, que tienen la cabeza pequeña[212], que tienen un corazón caliente, un cerebro húmedo, un hígado caliente y un estómago frío, y han estado largo tiempo enfermos, los que son solitarios por naturaleza, grandes estudiosos, muy dados a la contemplación, que llevan una vida alejada de la acción. Todos ellos están sujetos a la melancolía. De ambos sexos, pero más a menudo los hombres. Sin embargo, las mujeres afectadas son mucho más violentas, y se perturban más gravemente[213]. De las estaciones del año, el otoño es la más melancólica. De las edades peculiares, la vejez –la melancolía es un accidente casi inseparable de ella –, pero esta enfermedad artificial es más frecuente en los que son de una edad mediana[214]. Algunos señalan los cuarenta años, Garioponto los treinta, Jobertus no exceptúa ni a los jóvenes ni a los ancianos de este accidente. Daniel Sennert incluye a todos los tipos, según la experiencia común, «ataca a todas las personas de cualquier constitución»[215]. Aecio y Areteo[216] incluyen en este número «no sólo a las personas descontentas, apasionadas y miserables, morenas, negras; sino también a los que son más felices y agradables, mofadores y de buen color». «Generalmente, dice Al-Razí, los ingenios más agudos y los espíritus más generosos están expuestos antes que otros a ella»[217]. No puedo exceptuar ninguna complexión, ninguna condición, sexo, edad, más que a los locos[218] y estoicos que, de acuerdo con Sinesio[219], no están afectados nunca por ningún tipo de pasión, sino que, como la cigarra de Anacreonte, «sin sangre ni sentimiento, son casi como los dioses». Erasmo excluye a los locos de este catálogo de melancólicos, puesto que la mayoría tiene el cerebro húmedo y el corazón ligero: «están libres de ambición, envidia, vergüenza y temor; no están trastornados en la conciencia ni atormentados por las preocupaciones, a las que está totalmente sujeta toda nuestra vida».

SUBSECCIÓN III

Sobre la materia de la melancolía

Sobre la materia de la melancolía, hay gran diversidad de opiniones entre Avicena y Galeno, como se puede leer en las *Contradicciones* de Cardano[220], las *Controversias* de Valesio[221], Montano, Próspero Calano, Capivaccio, Bright[222] y Ficino[223], que han escrito discursos completos o han tratado ampliamente sobre ello en sus diversos tratados sobre este tema. «Lo que es este humor, de dónde procede, o cómo se engendra en el cuerpo, no lo han discutido suficientemente ni Galeno ni ningún otro autor antiguo»[224], como piensa Jacchinus. Los modernos no pueden estar de acuerdo. Montano, en sus *Consultationes*, mantiene que la melancolía es material o inmaterial, al igual que Arculano. La material es uno de los cuatro humores mencionados antes, y es natural; la inmaterial o adventicia, adquirida, superflua, no natural, artificial, que según Hércules de Sajonia reside sólo en los espíritus, y procede de una «destemplanza caliente, fría, seca, húmeda, que, sin materia, altera el cerebro y sus funciones»[225]. Paracelso rechaza esto totalmente y se burla de esta división de los cuatro humores y complexiones, pero nuestros galenistas la aprueban generalmente, suscribiendo la opinión de Montano.

Esta melancolía material es simple o mixta; lastima en la cantidad o calidad, y varía de acuerdo con el lugar donde se establezca: el cerebro, el bazo, las venas meseraicas, el corazón, el vientre o el estómago. Varía según la mezcla de los humores naturales entre sí, o de los cuatro humores no naturales adustos, puesto que se templan y mezclan de diversas maneras. Si la melancolía natural, que es fría y seca, abunda en el cuerpo, «hasta tal punto que es más de lo que el cuerpo es capaz de soportar, éste ha de estar necesariamente destemplado», dice Faventius «y enfermo»[226]; y así la otra, si se ve depravada, ya sea que surja de la otra melancolía, de la cólera adusta o de la sangre, produce efectos semejantes y es, como mantiene Montano, si procede de la adustión de los humores, en su mayor parte cálida y seca. Encuentro alguna diferencia en el color y la disposición, según se engendre la melancolía de uno de los cuatro humores. Galeno sostiene que sólo se puede engendrar de tres, excluyendo la flema o pituita. Esta afirmación la consideran verdadera Valesio y Manardo[227], al igual que Fuchs[228], Montalto, Montano[229]. ¿Cómo –dicen– puede convertirse en negro lo blanco? Pero Hércules de Sajonia (*Liber posthumus de melancholia*, cap. 8) y Cardano[230] son de la opinión contraria: se puede engendrar de la flema, aunque ocurre pocas veces; también lo creen Guianerius[231] y Laurens (cap. 1), con Melanchthon (en su libro *De anima*, y en el capítulo de los humores). Éste la llama «melancolía asnal», torpe, marrana, y dice que él ha sido testigo de ello, al igual que Wecker[232].

De la melancolía adusta surge un tipo de melancolía, de la cólera otro, que es el más brutal, otro de la flema, que es torpe, y el último de la sangre, que es el mejor. De éstos, algunos son fríos y secos, otros calientes y secos, y varían de acuerdo con sus mezclas, según aumenten o disminuyan[233]. Y ciertamente, como determina Rodrigo de Fonseca (*Consultationes,* 12, libro 1), los licores y materiales serosos, al espesar, se convierten en flema y la flema degenera en cólera, y la cólera adusta se convierte en «melancolía eruginosa», al igual que se hace el vinagre del vino putrefacto más puro o por exhalación de los espíritus más puros, y se convierte en amargo y acre. Y de la acritud de este humor proceden las muchas vigilias, los pensamientos enfadosos y los sueños, etc., de modo que concluyo como antes. Si el humor es frío, es, dice Faventius, «una causa de delirio, y produce síntomas más suaves; si es caliente, son atolondrados, locos delirantes, o con inclinaciones a ello». Si el cerebro es cálido, los espíritus animales son cálidos, de donde se sigue mucha locura, con acciones violentas; si es frío, necedad y torpeza (Capivaccio[234]). «El color de la mezcla varía asimismo dependiendo de la mezcla, si es caliente o fría: a veces es negro, a veces no»[235] (Altomari). Esto mismo lo prueba Melanelius siguiendo a Galeno, e Hipócrates en su libro sobre la melancolía (si es que es suyo), dando como ejemplo un carbón ardiendo, «que cuando está caliente, brilla; cuando está frío, parece negro; así hace este humor»[236]. Esta diversidad de materia melancólica produce diversidad de efectos. Si está dentro del cuerpo y no está putrefacto, causa ictericia[237]; si está putrefacto, cuartana; si sale en la piel, lepra; si en otras partes, diversas enfermedades, como el escorbuto, etc. Si trastorna la mente, puesto que está mezclada de diversas maneras, produce varias formas de locura y delirio, de las que se hablará en su lugar.

Subsección IV

Sobre las especies o tipos de melancolía

Cuando la materia es diversa y confusa, ¿qué puede ocurrir, sino que las especies sean diversas y confusas? Muchos escritores antiguos y modernos han hablado de forma confusa sobre ello, confundiendo la melancolía y la locura, como Heurne[238], Guianerius, Gordon, Sallustio Salviano, Jason Pratis, Savonarola, que consideran que la locura no es diferente de la melancolía en alcance, y sólo las distinguen (como ya he dicho) en los grados. Algunos las dividen en dos especies distintas, como Rufo de Éfeso (un escritor antiguo), Constantino el Africano, Areteo, Aureliano[239] y Pablo de Egina. Otros reconocen una multitud de tipos, y los dejan indefinidos, como Aecio en su *Tetrabiblos*[240], Avicena[241] (libro 3, fen. 3, tract. 4, cap. 18), Arculano (*In 9 Rhasis,* cap. 16), Montano (*Medicae Partitiones,* 1). «Si la melancolía natural es adusta, se hace un tipo; si es la sangre, otro; si la cólera, el tercero, distinto del primero. Y hay tantas opiniones sobre sus tipos como hombres». Hércules de Sajonia establece dos tipos, «la material y la inmaterial: una sólo a partir de los espíritus y la otra de los humores y de los espíritus»[242]. Savonarola (*De aegritudine capitis,* rub. 11, tract. 6, cap. 1) considera que los tipos son infinitos: una del *«myrac»,* llamada *«myrachialis»* por los árabes; otra del hígado, del vientre, de las hemorroides, «una incipiente, la otra consumida». Melanchthon le secunda[243]: «al igual que el humor se quema y mezcla de modos diversos, así de variadas son las especies».

Pero lo que dicen estos hombres sobre las especies, pienso que debería entenderse de los síntomas, y así lo interpreta el mismo Arculano[244]: hay infinitas especies, esto es, síntomas. Y en este sentido, como reconoce J. Gorrhaeus en sus definiciones médicas, las especies son infinitas, pero se pueden reducir a tres tipos de acuerdo con su localización: la cabeza, el cuerpo y los hipocondrios. Esta división tripartita la aprueban Hipócrates en su libro sobre la melancolía (si es suyo, cosa que algunos dudan), Galeno (libro 3, *De locis affectis,* cap. 6), Alejandro (libro 1, cap. 16), Al-Razí (libro 1, *Continens,* tract. 9, libro 1, cap. 16), Avicena y la mayoría de nuestros autores modernos. T. Lieber distingue dos tipos: uno perpetuo, que es la melancolía de la cabeza; el otro interrumpido, que va y viene espasmódicamente, y que se subdivide en otros dos tipos, de modo que todo llega al mismo punto. Algunos, de nuevo, hacen tres o cuatro tipos, con Rodrigo de Castro (*De morbis mulierum,* libro 2, cap. 3). Luis Mercado (en su segundo libro *De mulierum affectionibus,* cap. 4) considera que la melancolía de las monjas, viudas y dueñas más ancianas es un tipo peculiar de melancolía, diferente del resto. Algunos reducen a este rango a

las personas fanáticas, arrobadas y demoníacas, añadiendo la melancolía amorosa y la licantropía a la primera[245].

La división más aceptada es la de los tres tipos. El primero procede solamente del mal del cerebro, y se llama melancolía de la cabeza; el segundo procede por simpatía de todo el cuerpo, cuando todo el temperamento es melancólico; el tercero surge de los intestinos, hígado, bazo, o la membrana llamada mesenterio, que se llama melancolía hipocondríaca o flatulenta, que Laurens[246] subdivide en tres tipos a partir de esos tres miembros: hepática, esplénica y meseraica. La melancolía amorosa, que Avicena llama *«ilishi»,* y la licantropía, que llama «cucubuth,» se incluyen normalmente en la melancolía de la cabeza. Pero en mi tercera parte hablaré individualmente de esta última, que Gerardo de Solo llama amorosa, y la mayoría de la melancolía caballeresca, con la melancolía religiosa, de doncellas y viudas, mantenida por Rodrigo de Castro y por Mercado, y de otros tipos de melancolía amorosa. Los tres tipos anteriores son el tema de mi presente discurso, que diseccionaré y trataré a través de sus causas, síntomas, curaciones, juntos y aparte; de modo que todo el que esté afectado en alguna medida por esta enfermedad pueda saber cómo examinarla en sí mismo y aplicarle los remedios.

Es un asunto difícil, lo confieso, distinguir estas tres especies una de otra, expresar sus diversas causas, síntomas, curaciones. A menudo se confunden entre sí, pues tienen tal afinidad que apenas las pueden discernir los médicos más precisos, y tan a menudo se entremezclan con otras enfermedades que los más experimentados han naufragado. Montano (*consil.* 26) menciona a un paciente que tenía esta enfermedad de la melancolía y el apetito canino a la vez; y en *consil.* 23, la asocia con el vértigo; Julio César Claudino la asocia con el cálculo, la gota y la ictericia[247]; Trincavelli con fiebre, ictericia, apetito canino, etc. P. Regoline[248], un gran doctor en su tiempo, consultado en este caso, se confundió tanto por la variedad de síntomas, que no sabía a qué tipo de melancolía atribuirlo. Trincavelli[249], Falopio, Francanzanus, famosos doctores italianos, consultados a la vez los tres sobre un individuo, dieron tres opiniones diferentes. Y en otro lugar, al preguntar a Trincavellius qué pensaba de un joven melancólico al que había sido enviado, confesó ingenuamente que estaba realmente melancólico, pero que no sabía a qué tipo de melancolía adscribirlo. En su séptima consulta, hay un desacuerdo semejante sobre un monje melancólico. Los síntomas que otros ascriben a las partes afectadas y a los humores, Hércules de Sajonia[250] los atribuye totalmente a los espíritus destemplados y a los inmateriales, como ya he dicho.

A veces no pueden discernir bien esta enfermedad de otras. En los consejos de Ranierus Solenander (sect. 3, consil. 5), él y el doctor Brande estaban de acuerdo en que la enfermedad del paciente era la melancolía hipocondríaca. El doctor Matholdus dijo que era asma, y nada más. Solenander y Guarionius[251], enviados con otros recientemente al melancólico duque de Cleve, no podían definir de qué tipo era, y no podían estar de acuerdo entre ellos. Las especies se confunden tanto, como en la cuadragésima cuarta con-

sulta de César Claudino con un conde polaco; en su opinión «padecía ambas a la vez: la melancolía de la cabeza y la que procede de todo el temperamento»[252]. Podía dar ejemplos de algunos que han tenido los tres tipos a la vez, juntos, y algunos sucesivamente. De modo que concluyo sobre nuestros tipos de melancolía, como hacen los políticos sobre las formas puras de la república[253], monarquías, aristocracias, democracias: que son más famosas en la contemplación, pero en la práctica son templadas y normalmente mixtas (así nos informa Polibio[254]), como la lacedemonia, la romana antiguamente, la alemana hoy y muchas otras. Lo que dicen los médicos sobre las diferentes especies en sus libros no importa mucho, puesto que se mezclan normalmente en el cuerpo de sus pacientes. En tal oscuridad, por tanto, variedad y mezcla confusa de síntomas, causas, ¡cuán difícil es tratar los diversos tipos por separado, llegar a cualquier certeza o distinción entre tantas incidencias, distracciones, cuando raras veces dos hombres están afectados de manera semejante en todo! Es duro, lo confieso, sin embargo me aventuraré por entre estas perplejidades, y, llevado por la guía y el hilo de los mejores autores, franquearé la salida de este laberinto de dudas y errores, y así procedo a tratar las causas.

SEGUNDA SECCIÓN

Causas de la melancolía. Dios como causa

«En vano se hablará de las curaciones, o se pensará en los remedios, hasta que no se hayan considerado las causas», así se lo señala Galeno a Glauco[255]. Y la experiencia común de los demás confirma que dichas curas han de ser imperfectas, defectuosas e inútiles cuando no se han buscado primero las causas, como bien observa Próspero Calano en su tratado *De atra bile* al Cardenal Cesio[256]. Hasta el punto de que Fernel muestra «un tipo de necesidad en el conocimiento de las causas, sin la cual es imposible curar o prevenir cualquier tipo de enfermedad»[257]. Los empíricos pueden aliviarlas, y a veces remediarlas, pero no extinguirlas totalmente. Como reza el dicho, «si se quita la causa, el efecto desaparece igualmente». Es muy difícil (lo confieso) poder discernir de dónde proceden estas causas, y en tal variedad decir cuál era el principio[258]. Dichoso el que lo pueda realizar correctamente[259]. Me aventuraré a conjeturarlas todas lo más que pueda y a descubrirlas, de la primera a la última, de lo general a lo particular, en cada tipo, de modo que se describan mejor.

Las causas generales son sobrenaturales o naturales. Las sobrenaturales proceden de Dios y de sus ángeles, o con permiso divino, del demonio y sus ministros. Que Dios mismo es una causa del castigo del pecado y la satisfacción de su justicia, nos lo evidencian muchos ejemplos y testimonios de las Sagradas Escrituras. «Embotados de resultas de sus yerros, miserables a causa de sus culpas» (Sal 107, 17). A Guejazí le golpeó la lepra (2 R 5, 27); a Joram la disentería y la fluxión y grandes enfermedades intestinales (2 Cro 21,15); David sufrió una plaga por censar a su gente (1 Cro 21); Sodoma y Gomorra fueron tragadas. Y esta enfermedad se especifica especialmente: «él sometió su corazón a la fatiga» (Sal 107, 12); «Yahvé te herirá de delirio, ceguera y pérdida de sentidos» (Dt 28, 28); «un espíritu malo que venía de Yahvé perturbaba a Saúl»[260]; Nabucodonosor comía hierba como un buey, y su «corazón se hizo semejante al de las bestias»[261]. Las historias paganas están llenas de castigos semejantes: a Licurgo, por cortar las viñas de campo, Baco le volvió loco. Así le ocurrió a Penteo y a su madre Agave por haber descuidado su sacrificio. Censor Fulvio se volvió loco por destejar el templo de Juno, para cubrir uno suyo nuevo, que había dedicado a Fortuna[262], «y estuvo maldito hasta la muerte con dolor y tristeza de corazón»[263]. Cuando Jerjes saqueó en el templo de Apolo en Delfos las infinitas riquezas que poseía, un trueno tremendo vino desde el cielo y mató a cuatro mil hombres, y el resto se volvieron locos[264]. Un poco después, lo mismo le ocurrió a Brenno: rayos, truenos, terremotos por tal sacrílega ocasión[265].

Si podemos creer a nuestros escritores pontificales, nos relatarán muchos castigos extraños y prodigiosos de este tipo infligidos por sus santos. Cómo Clodoveo, en un tiempo rey de Francia, hijo de Dagoberto, perdió el juicio por descubrir el cuerpo de san Denís[266]. Y cómo un francés sacrílego, que habría robado una imagen de plata de san Juan, en Birburgo, se volvió frenético repentinamente, enfureciéndose y oprimiendo su propia carne[267]. Un Lord de Radnor, que al venir de cazar por la noche puso sus perros en la iglesia de San Avan («Llan Avan», la llaman), y al levantarse temprano a la mañana siguiente, como suelen hacer los cazadores, encontró a todos sus perros locos, y él mismo se vio cegado repentinamente[268]. Tirídates, un rey armenio, por violar a unas santas monjas, fue castigado del mismo modo y perdió el juicio. Pero los poetas y los papistas pueden ir a la par en sus fabulosos cuentos, dejad que liberen sus creencias. Aunque fabulen sobre sus Némesis y sus santos, o que puedan ser engañados por los medios del demonio, encontramos que es verdad que «Dios es vengador de espaldas»[269], «Él es Dios el vengador», como le llama David[270], y que son nuestros pecados atroces los que causan ésta y muchas otras enfermedades sobre nuestras cabezas. Él puede, por medio de sus ángeles, que son sus ministros, herir y curar (dice Dionisio) a quien quiera[271]; que puede mandarnos plagas por medio de sus criaturas, el Sol, la Luna y las estrellas, el granizo, la nieve, los vientos, etc., a los que usa como sus instrumentos, como hace un labrador (dice Zanchio) con su hacha: «los vientos conjurados responden a su convocatoria»[272], como en tiempos de Josué, como en el reino del faraón en Egipto, no son sino ejecutores de su justicia. Puede hacer que los espíritus más engreídos se humillen y que griten con Juliano el Apóstata: «has vencido, galileo», o con el sacerdote de Apolo en Crisóstomo[273]: «¡Oh, cielo! ¡Oh, tierra! ¿Qué enemigo es éste?», y rezar con David, reconociendo su poder: «estoy entumecido, molido totalmente, me hace rugir la convulsión del corazón», etc. (Sal 38,8). «Yahvé, no me corrijas en tu enojo, en tu furor no me castigues» (Sal 38,1); «Devuélveme el son del gozo y la alegría, exulten los huesos que tú machacaste» (Sal 51,8); «Devuélveme la alegría de tu salvación, y en espíritu generoso afiánzame» (Sal 51,10).

Por estas razones probablemente hace Hipócrates[274] que el médico ponga especial atención a si la enfermedad no viene de una causa sobrenatural divina, o si sigue el curso de la naturaleza. Pero esto lo discuten además F. Valesius (*De sacr. philos.* cap. 8), Fernel[275] y Julio César Claudino[276], a los que os refiero, sobre cómo se debe entender esta cita de Hipócrates. Paracelso es de la opinión de que las enfermedades espirituales (pues así las llama) se han de curar espiritualmente, y no de otra forma. Los medios ordinarios no valen en estos casos: «no se ha de luchar contra Dios». Cuando Hércules, el domador de fieras, venció a todos en las Olimpiadas, Júpiter al final luchó contra él bajo una forma desconocida. La victoria estaba en duda, hasta que Júpiter finalmente se descubrió y Hércules se rindió. No hay lucha alguna contra los poderes supremos. «No vale prometer a Crátero minas de oro para la curación», el médico y la medicina no pueden hacer ningún bien, «nos debemos someter a la pode-

rosa mano de Dios, reconocer nuestras culpas y pedirle misericordia»[277]. Si Él nos hiere, «la misma mano nos hiere y nos proporciona el remedio», como ocurre con aquellos a los que hiere la lanza de Aquiles, sólo Él debe ayudarnos; o en caso contrario, nuestras enfermedades resultan incurables y no seremos socorridos.

Digresión sobre la naturaleza de los espíritus, ángeles malos, o demonios, y sobre cómo causan la melancolía

Cuán lejos se extiende el poder de los espíritus y demonios, y si pueden causar ésta o cualquier otra enfermedad, es una cuestión seria y digna de ser considerada. Para su mejor entendimiento, haré una breve digresión sobre la naturaleza de los espíritus. Y aunque la cuestión es muy oscura, de acuerdo con Postel, «llena de controversia y ambigüedad»[278], más allá del alcance de la capacidad humana, «confieso que no soy capaz de entenderla», dice Agustín[279], «el finito no puede decidir sobre el infinito». Podemos determinar con Cicerón *(De natura deorum)* antes «lo que no son, que lo que son». Nuestros estudiosos más sutiles, Cardanos, Escalígeros, profundos tomistas, las ramas fracastoriana y ferneliana, son débiles, secos y oscuros, defectuosos en estos misterios, y todos nuestros ingenios más rápidos, como el ojo de un búho a la luz del sol, son cera blanda, y no son suficientes para aprehenderlo; sin embargo, como en el resto, me aventuraré a decir algo sobre este punto. En otro tiempo, como leemos en los *Hechos de los Apóstoles* (23), los saduceos negaron que existiera ningún espíritu, demonio o ángel. También Galeno el médico, los peripatéticos, incluso el mismo Aristóteles, como mantiene vigorosamente Pomponazzi y confiesa Escalígero de alguna manera, aunque Dandini el jesuita *(Comentarium in libro 2 de anima),* lo niega firmemente. Las sustancias e inteligencia abstractas son lo mismo que los cristianos llaman ángeles, y Platón demonios, puesto que llaman a todos los espíritus *daemones,* sean ángeles buenos o malos, como observa Julio Pollux (*Onomasticon,* libro 1, cap. 1). Los epicúreos y ateos son de la misma opinión en general, porque nunca los han visto. Platón, Plotino, Porfirio, Jámblico, Proclo, insistiendo en los pasos de Trimegisto, Pitágoras y Sócrates, no dudan que hay tales espíritus; ni los estoicos, aunque yerran mucho y están lejos de la verdad.

Por lo que respecta a su primer principio, los talmudistas dicen que Adán tenía una mujer llamada Lilith antes de que se casara con Eva, y que de ella no engendró más que demonios[280]. El Corán de los turcos es igual de absurdo y ridículo en este punto[281]. Pero las Escrituras nos informan a los cristianos cómo Lucifer, su jefe, con sus asociados, cayó del cielo por su orgullo y ambición[282]. Creado por Dios, situado en el cielo y en otro tiempo ángel de la luz, ahora está arrojado a las partes más bajas de la atmósfera sublunar, o en el infierno, «y los entregó para ser custodiados hasta el juicio» (2 P 2, 4). Algunos sostienen una opinión disparatada, que son las almas de los hombres muertos; los buenos y más nobles fueron deificados, los más viles fueron arrastrados al suelo, o a las partes más bajas y son demonios; opinión mantenida también por

Tertuliano, Porfirio, M. Tyrio (*Ser.* 27). «Estos espíritus», dice, «que llamamos ángeles y demonios, no son sino las almas de los hombres muertos, que ayudan y asisten a los amigos que aún viven, por amor o pena, o si no, persiguen a sus enemigos, a los que odiaban», como cuando Dido amenazaba que iba a perseguir a Eneas:

> «Mi sombra airada, levantándose de las profundidades, te cazará andando, y turbará tu sueño».

Los altos poderes les destinan (como suponen otros), a mantener a los hombres desde su nacimiento, y a protegerlos o castigarlos, según vean las causas. Los romanos los designan como buenos y malos genios; los estoicos, lares si son buenos, lemures o larvas si son malos; gobernadores de los países, hombres, ciudades, dice Apuleyo: «se llama dioses a los que, habiendo vivido como hombres justa y sabiamente sobre la tierra, después de su muerte se les deifica y se les honra con templos y ritos, como Osiris en Egipto»[283], etc. «Protectores» los denomina Capella, «que protegen a los hombres particulares, así como a los príncipes». Sócrates tenía su «demonio saturnino y furioso», que de todos los espíritus es el mejor «para excitar la mente a reflexiones sublimes», como suponían los platónicos; Plotino, el suyo; y nosotros, los cristianos tenemos nuestro ángel de la guarda, como piensan Andreas Victorellus, un autor prolífico sobre este tema, Luis de La Cerda, el jesuita (en su voluminoso tratado *De angelo custode*), Zanchio y algunos teólogos. Pero la absurda afirmación de Tyrio, la refuta extensamente Proclo en su libro *De anima et daemone.*

Psellus[284], un cristiano, en otro tiempo tutor (dice Cuspinian) de Michael Parapinaces, emperador de Grecia, gran observador de la naturaleza de los demonios, sostiene que son corpóreos, y que tienen «cuerpos etéreos, que son mortales, viven y mueren»[285] (también Marciano Capella lo mantiene, pero nuestros filósofos cristianos lo refutan); «que se alimentan y tienen excrementos, que sienten dolor si se les hiere» (Cardano lo confirma, y Escalígero se ríe de él justamente para desdeñarlo: «si se alimentan del aire, ¿por qué no luchan por un aire más puro?», etc.) «o se les golpea». Y si se les corta el cuerpo, se junta de nuevo con admirable velocidad. Agustín *(In Genesim libro 3, De libero arbitrio)*, aprueba que «sus cuerpos, al contrario, se pueden transformar en un aire de calidad inferior y más ordinario». Así también Jerónimo (*Commentarium in Epistolam ad Ephesios*, cap. 3), Orígenes, Tertuliano, Lactancio, y muchos antiguos Padres de la Iglesia: que en la caída de sus cuerpos se transformaron en una sustancia más etérea y espesa. Bodin (*Theatri Naturae*, libro 4), y David Crusius (*Hermeticae Philosophiae*, libro 1, cap. 4) prueban por medio de muchos argumentos que los ángeles y los espíritus son corpóreos: «lo que ocupa espacio es corpóreo; los espíritus ocupan espacio, por lo tanto», etc. «Si los espíritus son cantidades, deben ser corpóreos; pues son cantidades, por tanto... Son finitos, por tanto cuantificables», etc.

Bodin va más allá aún, y considera a las almas abstractas, los genios, espíritus, ángeles, demonios, y cosas semejantes, como almas de hombres muertos. Dice que si son corpóreas (cosa que afirma muy vehementemente) son de la misma forma, y absolutamente redondas, como el Sol y la Luna, porque esa es la forma más perfecta, «que no tiene bordes duros, ni esquinas, ni contorsiones, ni proyecciones, sino que es la forma más perfecta»[286]. Por ello, concluye que todos los espíritus son corpóreos, y redondos en sus formas, que pueden asumir otros cuerpos etéreos, todo tipo de formas a voluntad, tomar la apariencia que quieran, que son muy rápidos en el movimiento, pueden recorrer muchas millas en un instante, y del mismo modo transformar los cuerpos de otros en la forma que les plazca, y con admirable velocidad llevarlos de un lugar a otro[287] (como hizo el ángel con Habacuc hasta Daniel[288]; y como el espíritu llevó a Felipe el diácono cuando había bautizado al eunuco; así lo hicieron Pitágoras y Apolonio, se llevaron a ellos mismos y a otros, con muchas fiestas semejantes). La mayoría de los escritores de este tema creen como cierto que pueden representar castillos en el aire, palacios, ejércitos, espectros, prodigios y tales objetos extraños a los ojos de los mortales, causar olores, sabores, etc.[289], engañar los sentidos; y que pueden predecir hechos futuros, y hacer muchos milagros extraños. La imagen de Juno habló a Camilo, y la estatua de Fortuna a las matronas romanas, como muchas otras. Zanchio, Bodin, Sponde, y otros son de la opinión de que causan una verdadera metamorfosis, igual que Nabucodonosor se transformó verdaderamente en animal, la mujer de Lot en una estatua de sal, los compañeros de Ulises en cerdos y perros por los encantamientos de Circe. Se transforman a ellos mismos y a otros, como las brujas, en gatos, perros, liebres, cuervos, etc. Strozzi Cicogna (*Omnifariae magiae*, libro 3, cap. 4 y 5) ofrece muchos ejemplos que refuta allí, como hace Agustín (*La ciudad de Dios*, libro 18). Psellus dice que pueden verlos, en alguna forma, quienes quieran, «aunque él nunca los vio ni deseó hacerlo». Y a veces usan la cópula carnal (como probaré en otro lugar con más detenimiento[290]) con mujeres y hombres.

Algunos no creerán que se puedan ver, y si alguien dice, jura o mantiene vehementemente que los ha visto aunque sea discreto y sabio, juicioso y docto, lo considerarán un loco temeroso, un tonto melancólico, un individuo débil, un soñador, un hombre enfermo o loco, le despreciarán, se reirán de él con burla. Y, sin embargo, Marco le dijo a Psellus de buena fe que les había visto a menudo. Y Leo Suavius, un francés (cap. 8. *In commentarium libri 1 Paracelsi de vita longa*), siguiendo a algunos platonistas, considera que el aire está tan lleno de ellos como cuando la nieve cae del cielo, y que se pueden ver, y además establece las maneras para que los hombres los puedan ver: «mirando al cielo fijamente, con el sol brillando, sin pestañear», etc., y dice además que él lo ha intentado, y que era verdad lo que decían los platónicos. Paracelso confiesa que los vio varias veces y habló con ellos, así como Alejandro de Alejandro, «que lo halló así por experiencia, mientras que antes dudaba de ello»[291]. Muchos lo niegan, dice Lavater (*De spectris*, part. 1, cap. 2 y part. 2, cap. 11), «porque

nunca los han visto por sí mismos»; pero como informa por extenso en todo su libro, especialmente en el capítulo 19, part. 1, se les ve y oye a menudo, y conversan familiarmente con los hombres, como nos aseguran Luis Vives, e innumerables documentos, historias y testimonios evidencian en todas las épocas, tiempos y lugares, y además todos los viajeros[292]. En las Indias Occidentales y en nuestros climas norteños, «no hay nada más común que ver espíritus tanto en la ciudad como en el campo, y oírlos mandar o prohibir algo», etc.

San Jerónimo *(Vita Pauli),* San Basilio (sermón 40), Nicéforo, Eusebio, Sócrates, Sozomeno[293], Jean Jacques Boissard (en su tratado *De spirituum apparitionibus*), P. Loyer *(Liber de spectris),* Wier (libro 1), ofrecen una infinita variedad de ejemplos de apariciones de espíritus, para que los lea quien duda aún, con el fin de satisfacerle. Insertaré uno sólo brevemente. Un noble de Alemania fue enviado como embajador al reino de Suecia (para su nombre, época y otras circunstancias, os refiero a Boissard, mi autor[294]). Después de haber hecho su negocio, viajó a Livonia, con el firme propósito de ver a dichos espíritus familiares, pues se dice que allí conversan con los hombres y hacen sus perrerías. Entre otras cuestiones, uno de ellos le dijo dónde estaba su mujer, en qué habitación, con qué ropa, qué hacía, y le trajo un anillo de ella. A su vuelta, «no sin admiración general», encontró que todo era verdad, y así creyó de ahí en adelante lo que antes dudaba. Cardano (*De subtilitate,* libro 19) cuenta de su padre, Fazio Cardano, que después de las acostumbradas solemnidades, el 13 de agosto de 1491, conjuró a siete demonios con ropajes griegos, de unos cuarenta años, un tanto rudos de complexión, y algunos pálidos, según pensaba él. Les preguntó muchas cosas, y ellos respondieron prestos que eran demonios etéreos, que vivían y morían como los hombres –salvo que ellos vivían mucho más, setecientos u ochocientos años[295]–, aventajaban a los hombres en dignidad tanto como nosotros a los jumentos, y a ellos los aventajaban con mucho los que estaban por encima de ellos.

Son, además, nuestros gobernadores y custodios[296], como decía Platón en el *Critias* antiguamente[297], y los subordina unos a otros, «pues al igual que el hombre domina al hombre, así el demonio domina al demonio»; se dominan a sí mismos, así como al hombre, y los espíritus del tipo más humilde tienen oficios humildes normalmente, al igual que nosotros hacemos de mozos de cuadra, vaqueros, y los más bajos de entre nosotros, de capataces con nuestro ganado. Y que no podemos entender su naturaleza y sus funciones más que el caballo las humanas. Saben todo, pero no se lo pueden revelar a los hombres; y nos gobiernan y dominan, como hacemos nosotros con los caballos; son nuestros mejores reyes, y los espíritus más generosos no son comparables a los más humildes. A veces instruyen a los hombres y les comunican sus habilidades, les recompensan y regalan, y a veces de nuevo les aterrorizan y castigan, para mantenerlos con miedo, según consideren más adecuado, «sin considerar más (dice Lipsio, *Physiologia Stoicorum*) que la adoración de los hombres». El mismo Cardano, en su *Hyperchen*, siguiendo la doctrina de los estoicos, considera que alguno de estos genios (pues así los llama) está deseoso de la

compañía de los hombres, que es muy afable y familiar con ellos, como los perros. Otros, de nuevo, los aborrecen como las serpientes, y no se preocupan por ellos. A los mismos los llama Trithemius «ígneos y sublunares, que nunca descienden a la esfera inferior, o tienen poco que ver con la tierra». «Generalmente, aventajan en mucho a los hombres en valía, como el hombre al gusano más bajo, aunque algunos son inferiores a los de su propio rango en valía (como un tunante en la corte de un príncipe), y a los hombres también, al igual que a algunas criaturas degeneradas, bajas, racionales les aventajan los animales irracionales».

Además de Cardano, Marciano Capella, etc., muy diversos teólogos y filósofos (al igual que los platónicos[298] y algunos rabinos, Porfirio y Plutarco) sostienen que son mortales –«mueren después de mucho tiempo»–, como se muestra en la relación de Tamos: «el gran Dios Pan ha muerto»[299]; Apolo Pitio falleció, etc. San Jerónimo, en la vida de Pablo el Eremita, cuenta la historia de cómo uno de ellos se apareció a san Antonio en el desierto y le dijo otro tanto. Paracelso, entre nuestros autores más modernos, mantiene con vehemencia que son mortales, que viven y mueren como otras criaturas[300]. Zósimo, en su segundo libro, añade más: que la religión y la política mueren y se alteran con ellos. Los dioses de los gentiles, dice, fueron expulsados por Constantino, y a su vez, la fortuna y poder del Imperio Romano decayeron y se desvanecieron. Así se jactaba antes el gentil de Minucio, cuando los romanos subyugaron a los judíos, de que el dios de los judíos había sido cautivado por el de Roma[301], y Rabshakeh entre los israelitas: ningún dios podría librarles de las manos de los asirios.

Pero estas paradojas sobre su poder, corporeidad, mortalidad, cambio de formas, transposición de cuerpos y copulaciones carnales, son refutadas suficientemente por Zanchio (cap. 10, libro 4), Pererius (en su comentario, en las cuestiones del Tostado sobre el sexto libro del Génesis), Tomás de Aquino, san Agustín, Wier, T. Lieber, Delrío (tomo 2, libro 2, quaest. 29), Sebastian Michaelis (*De spiritibus*, cap. 2), Dr. Rainolds (*Lectio* 47). Pueden engañar los ojos de los hombres, sin embargo no pueden tomar cuerpos verdaderos o hacer una metamorfosis real, sino que, como prueba Cicogna por extenso, son «meras ilusiones y engaños»[302] (*Omnifariae magiae*, libro 4, cap. 4), como el cuento de Pasetis obulus en Suidas, o el de Autólico, el hijo de Mercurio que vivía en el Parnaso, que consiguió un gran tesoro por medio del engaño y el robo. Su padre Mercurio, puesto que no podía dejarle riquezas, le enseñó muchos trucos refinados para lograr ahuyentar el ganado de los hombres, y si alguien le perseguía, convertirlo en la forma que quisiera[303], y así se enriqueció poderosamente.

Esto, sin duda, es tan cierto como el resto. Sin embargo, en general santo Tomás, Durand, y otros, garantizan que poseen un entendimiento mayor que el de los hombres, pueden conjeturar con probabilidad y predecir muchas cosas[304], pueden causar y curar muchas enfermedades, engañar a nuestros sentidos. Tienen una excelente habilidad en las artes y las ciencias. El demonio más iletrado es «más sabio que cualquier hombre», como mantiene Cicogna

siguiendo a otros[305]. Conocen las virtudes de las hierbas, plantas, piedras, minerales, etc., de todas las criaturas, pájaros, animales, los cuatro elementos, estrellas y planetas, y pueden aplicarlas hábilmente y hacer uso de ellas según les parezca bien, percibiendo las causas de todos los meteoros, y cosas similares. «Se adaptan a los colores (como considera Agustín[306]), formas, sonidos, olores y sabores», engañan todos nuestros sentidos e incluso nuestro propio entendimiento a la vez. Pueden producir alteraciones milagrosas en el aire, y los efectos más maravillosos, conquistar ejércitos, dar victorias, ayudar, apoyar, herir, contrariar y alterar los intentos y proyectos humanos (con permiso de Dios), según les parezca bien[307]. Cuando Carlomagno intentó abrir un canal entre el Rin y el Danubio, todo lo que hacían sus trabajadores durante el día, lo echaban abajo estos espíritus por la noche[308] «consiguiendo que el rey desistiera en su empeño». Tales son las fiestas que pueden hacer. Pero lo que piensa Bodin (*Theatri naturae,* libro 4), siguiendo a Tirio y a los platónicos, que saben los secretos del corazón del hombre, es totalmente falso. Sus razones son débiles y están suficientemente refutadas por Zanchio (libro 4, cap. 9), san Jerónimo (*Commentarium in Matthaeum ad cap. 15,* libro 2), Atanasio *(Quaest. 27 ad Antiochum Principem)* y otros.

Por lo que respecta a los tipos de demonios buenos y malos que distinguen los platónicos, son erróneos; se han de desbaratar los buenos y malos genios de los paganos. Estos escritores paganos no están de acuerdo entre ellos en este punto, como señala Dandini: «no están de acuerdo en que sean malos»[309]. Algunos consideran por error que todos los espíritus son buenos o malos para nosotros; igual que si un buey o un caballo pudiese hablar, diría que el carnicero es su enemigo porque le ha matado, el ganadero su amigo porque le ha alimentado; un cazador cuida y sin embargo mata a su pieza; «el pez no puede querer al pescador», etc. Pero Jámblico, Psellus, Plutarco y la mayor parte de los platónicos les consideran malos, «y deberíamos cuidarnos de su maldad», puesto que son enemigos de la humanidad, y esto lo aprendió Platón en Egipto, que lucharon con Júpiter y él los envió al infierno. Lo que disputaban Apuleyo[310], Jenofonte y Platón acerca del demonio de Sócrates es muy absurdo; así como lo que decía Plotino, que tenía también «un dios como espíritu familiar», y lo que concluye Porfirio sobre todos ellos en general, que si se les olvida en los sacrificios, se enfadan. Es más, como mantiene Cardano en su *Hyperchen,* se alimentan del alma humana: «los minerales son el alimento de las plantas, las plantas de los animales, los animales de los hombres. Los hombres serán también el alimento de otras criaturas, pero no de los dioses, pues su naturaleza está muy separada de la nuestra; por lo tanto, deben ser el de los demonios». Y así quizá, el que haya tantas batallas en todas las épocas y países sea para hacerles una fiesta y para su deleite.

Pero, para volver a lo que he dicho antes, si algo les disgusta, se irritan y enojan –puesto que se alimentan, quizá, de las almas de los animales, como nosotros nos alimentamos de sus cuerpos–, y nos mandan muchas plagas. Pero si algo les agrada, entonces hacen mucho bien. Esto es tan vano como el resto,

y lo refuta san Agustín (*La ciudad de Dios,* libro 9, cap. 8), Eusebio (*Praeparatio Evangelica,* libro 4, cap. 6), y otros. Sin embargo, encuentro que nuestros estudiosos y otros teólogos distinguen nueve tipos de espíritus malos[311], como lo había hecho Dionisio con los ángeles. En el primer rango están los dioses falsos de los gentiles, que eran adorados hasta entonces como ídolos diversos, y daban oráculos en Delfos, y en otras partes; su príncipe era Belcebú. El segundo rango es el de los mentirosos y los que usan de equívocos, como Apolo Pitio y similares. El tercero comprende a los recipientes de la ira, los inventores de todo perjuicio, como el Theuth de Platón; Isaías les llama vasijas de furia[312] y su príncipe es Belial. El cuarto es el de los demonios maliciosos y vengativos; y su príncipe es Asmodeo. El quinto tipo es el de los embaucadores, al que pertenecen magos y brujas; su príncipe es Satán. El sexto acoge a los demonios aéreos que corrompen el aire y causan plagas, truenos, fuegos, etc., de los que se habla en el Apocalipsis[313], y Pablo a los Efesios los denomina príncipes del aire; Meresín[314] es su príncipe. El séptimo es destructor, capitán de las furias, causa guerras, tumultos, combustiones, alborotos, mencionados en el Apocalipsis, y se llama Abbadon. El octavo es el demonio acusador o calumniador, al que los griegos llaman Διαβολοζ, que lleva al hombre a la desesperación. El noveno es el de los tentadores de diverso tipo, y su príncipe es Mammon. Psellus distingue seis tipos, pero nueve supralunares. Wier, en su *Pseudomonarchia Demonis,* siguiendo un libro antiguo, hace muchas más divisiones y subordinaciones, con sus nombres diversos, números y oficios, etc. Pero Gazaeus, citado por Lipsio[315], considera que todos los sitios están llenos de ángeles, espíritus y demonios, infra y supralunares[316], etéreos y aéreos, como señala Agustín (*La ciudad de Dios,* libro 7, cap. 6) siguiendo a Varrón: «los celestiales están por encima y los aéreos por debajo de la Luna»; o, como creen algunos, los dioses arriba, los semidioses abajo. Y los lares, héroes, genios ascienden más si se han comportado bien, como mantienen los estoicos; pero cuanto más ruines han sido durante su vida, más se arrastran por el suelo, están más cerca de la Tierra, éstos son los manes, lemures, lamias, etc.

Consideran algunos que no hay ningún espacio vacío, sino que todos están llenos de espíritus, demonios y otros habitantes[317]: «están llenos el cielo, el aire, el mar, la tierra, y todo bajo la tierra», dice Gazaeus. Aunque A. Rusca (en su libro *De infierno,* libro 5, cap. 7) les confina a la región media, sin embargo se les encuentra en todas partes, «no está vacío ni siquiera un espacio de la anchura de un cabello en el cielo, la tierra o las aguas, encima o debajo de la tierra». El aire no está tan lleno de moscas en verano como lo está en todos los climas de demonios invisibles; esto lo mantiene Paracelso[318] firmemente, y que cada uno tiene sus diversos caos. Otros consideran que hay mundos infinitos, y en cada mundo sus espíritus, dioses, ángeles y demonios particulares que lo gobiernan y castigan.

> «Algunos creen que cada estrella se puede llamar también un mundo, y contemplan esta tierra como una estrella oscura sobre la cual preside la menor parte de los dioses»[319].

Gregorio de Tolosa distingue siete tipos de espíritus etéreos o ángeles[320], de acuerdo con el número de los siete planetas: saturninos, joviales, marciales, etc., de lo que habla Cardano (*De subtilitate*, libro 20) y los llama «sustancias primarias». «Trithemius los llama espíritus olímpicos que dominan el zodíaco», etc. Y considera como ángeles buenos a los de encima de la Luna, demonios a los de debajo. Establece allí sus diversos nombres y oficios y, como dice Dionisio de los ángeles, considera que hay diversos espíritus para diversos países, hombres, oficios, etc., que viven alrededor de ellos, y como tantos otros poderes auxiliares, realizan sus operaciones. Consideran, en una palabra, que son innumerables, hay tantos como estrellas en el cielo. Marsilio Ficino parece secundar esta opinión[321] siguiendo a Platón, o a sí mismo, no lo sé: siempre dominan a sus inferiores, como hacen con los que están por debajo de ellos, subordinan a todos, y los demonios más cercanos a la Tierra nos dominan a todos. Dividimos a estos últimos en ángeles buenos y malos, los llamamos dioses o demonios, según nos ayuden o nos hieran, y así les adoramos, queremos u odiamos. Pero es más probable que Ficino lo tome de Platón, puesto que él, confiando plenamente en Sócrates, «quien escribió que prefería morir a mentir», sigue solamente su autoridad, y distingue nueve tipos (esta opinión, quizá, la tomó Sócrates de Pitágoras, él de Trimegisto y él a su vez de Zoroastro): 1, Dios; 2, las ideas; 3, las inteligencias; 4, los arcángeles; 5, los ángeles; 6, los demonios; 7, los héroes; 8, las principalidades; 9, los príncipes. De ellos, algunos son totalmente buenos, como los dioses, algunos malos, algunos indiferentes, «entre dioses y hombres», como los héroes y los demonios, que dominan a los hombres y se les llama genios, o como disponen Proclo[322] y Jámblico, el medio entre Dios y los hombres, principalidades y príncipes, que mandaban y regían a los reyes y países, y que tenían varios lugares en las esferas quizás, pues al igual que cada esfera es superior, también tiene habitantes más excelentes. Quizá es esto a lo que apuntan Galileo Galilei y Kepler (en su *Nuncio Sidereo*), cuando consideran que hay habitantes saturninos y joviales; y lo que toca e insinúa Tycho Brahe en cierto modo en alguna de sus epístolas. Pero Zanchio (cap. 3, libro 4)[323] y Pedro Mártir (1 Sam. 28) lo refutan justamente.

De modo que, de acuerdo con estos hombres, el número de espíritus etéreos debe ser necesariamente infinito. Pues si fuese verdad lo que dicen algunos de nuestros matemáticos, si una piedra cayese desde el cielo estrellado o séptima esfera, y recorriera cada hora cien millas, pasarían sesenta y cinco años o más antes de que llegara al suelo, debido a la gran distancia entre el cielo y la tierra, que tiene, como dicen algunos, ciento siete millones ochocientas tres millas, además de los otros cielos –ya sean cristalinos o acuosos– que añade Magini, que mantiene que quizá son tantos más, ¿cuántos espíritus puede contener? Sin embargo, Tomás de Aquino[324], Alberto Magno y la mayoría mantienen que hay muchos más ángeles que demonios. Pero sean más o menos, «lo que está más allá de nuestra comprensión no nos concierne». Sin embargo, como supone neciamente Marciano Capella, los demonios etéreos no se preocupan de nosotros, no atienden a nuestras acciones ni nos cuidan;

esos demonios etéreos tienen otros mundos donde reinar quizá u otros negocios que seguir.

Ahora sólo tenemos que hablar brevemente de los espíritus o demonios sublunares. Para el resto, nuestros teólogos determinan que el demonio no tenía poder sobre las estrellas o los cielos. «Por medio de sus poemas pueden seducir a la Luna de los cielos»[325], etc. –eso son ficciones poéticas– y que pueden «retener el agua de los ríos, y echar hacia atrás a las estrellas en su camino»[326], etc., como Canidia en Horacio, es todo falso. Están confinados hasta el día del juicio en el mundo sublunar, y no pueden obrar más allá de los cuatro elementos, y como Dios se lo permita[327]. Por consiguiente, de estos demonios sublunares, aunque otros los dividen de otra forma de acuerdo con sus diversos lugares y oficios, Psellus distingue seis tipos: ígneos, aéreos, terrestres, acuosos y subterráneos, además de las hadas, sátiros, ninfas, etc.

Los espíritus o demonios ígneos son los que actúan normalmente encendiendo las estrellas, meteoros o fuegos fatuos. Llevan a menudo a los hombres «a los ríos o a los precipicios», dice Bodin (*Theatri Naturae,* libro 2, fol. 221). «Si los viajeros, dice, quieren mantenerlos alejados, deben pronunciar el nombre de Dios con voz clara o adorarlo con la cara en contacto con el suelo, y debemos llevar este amuleto recibido de nuestros mayores», etc. Asimismo, imaginan soles y lunas, a veces estrellas, y se sientan en mástiles de barcos y se les llama *«dioscuri»,* según nos informa Eusebio (*Liber contra philosophos,* cap. 48), siguiendo la autoridad de Zenófanes, o nubecillas «deslizándose a todas partes». Cardano dice que nunca aparecen si no pretenden algún mal a los hombres, aunque de nuevo algunos les consideran como pretendientes del bien, y en las luchas marinas pueden traer la victoria al bando al que favorezcan; se les llama por lo común fuegos de san Elmo, y suelen aparecer después de una tormenta marina. Radziwill, el duque polaco, llama a esta aparición «la estrella de san Germán», y dice además que vio lo mismo después o en una tormenta, cuando estaba navegando, de Alejandría a Rodas en 1582[328]. Nuestras historias están llenas de apariciones similares de todo tipo. Algunos piensan que tienen su residencia en la Hecla, una montaña de Islandia, Etna en Sicilia, Lipari, Vesubio, etc. Estos demonios han sido adorados hasta ahora por medio de la supersticiosa piromancia y similares.

Los espíritus o demonios aéreos son los que tienen su cuartel, en su mayor parte, en el aire[329], los que provocan muchas tempestades, truenos y rayos, despedazan robles, incendian campanarios, casas, golpean a hombres y animales, hacen que lluevan piedras (como en tiempos de Livio), lana, ranas, etc., simulan ejércitos en el aire, ruidos extraños, espadas, etc., como en Viena antes de la llegada de los turcos, y muchas veces en Roma, como cuentan Scheretzius (*Liber de spectris,* cap. 1, part. 1), Lavater (*De spectris,* part. 1, cap, 17), Julio Obsequens, un antiguo romano, en su libro de los prodigios, *Ab urbe condita,* 505. Maquiavelo lo ha ilustrado con muchos ejemplos[330], y Flavio Josefo, en su libro *De bello judaico,* antes de la destrucción de Jerusalén. Todo ello lo usa G. Postel (en su primer libro, *De orbis concordia,*

cap. 7) como un argumento efectivo (como así es en verdad) para persuadir a los que no creen que hay espíritus o demonios. Causan torbellinos repentinamente, y tormentas tempestuosas, que aunque nuestros meteorólogos normalmente atribuyen a causas naturales, sin embargo yo soy de la opinión de Bodin (*Theatri naturae*, libro 2), que los causan más a menudo estos demonios aéreos en sus diversas moradas. «Se introducen en las tormentas», dice R. Argenis[331]. Como cuando un hombre desesperado se suicida, lo hace frecuentemente colgándose o ahogándose, como observa Kornmannus (*De miraculis mortis*, part. 7, cap. 76), estos demonios bailan y festejan la muerte de un pecador. Pueden corromper el aire y causar plagas, enfermedades, tormentas, naufragios, fuegos, inundaciones. En el Mons Draconis, en Italia, hay un memorable ejemplo de Giovanni Pontano[332]. Y no hay nada tan común (si podemos creer los relatos de Saxo Gramático, Olao Magno, Damião Goes) como el que las brujas y hechiceros, en Laponia, Lituania y en toda Escandia, vendan vientos a los marineros, y que causen tempestades, como cuenta el veneciano Marco Polo de los tártaros. A este tipo de demonios les agrada mucho los sacrificios (dice Porfirio)[333]. Atemorizan a todo el mundo, y tienen muchos nombres, ídolos, sacrificios, en Roma, Grecia, Egipto, y en este momento tiranizan y engañan a los paganos e indios, al ser adorados y venerados como dioses[334]. Pues los dioses de los gentiles eran demonios (como confiesa Trismegisto en su *Asclepius*), y él mismo podía hacer venir sus imágenes por medio de hechizos mágicos, y ahora «los papistas les respetan tanto» (dice Pictorius) «bajo el nombre de santos». Éstos son los que, según piensa Cardano, desean la cópula carnal con las brujas (íncubos y súcubos), transforman cuerpos, y son muy fríos si se les toca; y que sirven a los magos. Su padre tenía uno (como no se avergüenza de contar)[335], un demonio aéreo, unido a él durante veintiocho años. Como el perro de Agrippa, que tenía un demonio atado a su collar. Algunos creen que Paracelso (si Lieber no miente) tenía uno confinado en el pomo de su espada; otros los llevan en anillos, etc. Jannes y Jambres hicieron muchas cosas antiguamente por medio de su ayuda. Simón el Mago, Cinops, Apolonio Tianeo, Jámblico, y Trithemio recientemente mostraron al emperador Maximiliano a su mujer después de que estuviera muerta; «hasta la verruga de su cuello» (dice Godelman)[336], Cicogna (libro 3, cap. 3) y Wier (en su libro *De praestigiis daemonum*), Boissard *(De magis et veneficiis)*.

Los demonios acuáticos son las náyades y las ninfas[337], que han estado hasta ahora ocupados en las aguas y los ríos. El agua (como piensa Paracelso) es su caos, donde viven; algunos las llaman hadas, y dicen que su reina es Abundia. Causan inundaciones, muchas veces naufragios, y engañan a los hombres de formas diversas, como súcubos o de otras maneras, apareciendo la mayor parte de las veces (dice Trithemius) en forma de mujer. Paracelso[338] tiene muchas historias sobre los que han vivido y han estado casados con hombres mortales, y han continuado así durante algunos años con ello, y después, por alguna displicencia, los han abandonado. Una de ellas era Egeria, con quien había sido tan familiar Numa, Diana, Ceres, etc. Olao Magno[339] ofrece

una larga narración de un tal Hotherus, rey de Suecia, que habiendo perdido su compañía, cuando un día iba a cazar, se encontró con estas ninfas o hadas, y fue agasajado por ellas. Y Héctor Boecio cuenta de Macbeth y Banquo, dos señores escoceses que, cuando estaban vagando por el bosque, tres extrañas mujeres les dijeron sus fortunas. A éstos, hasta ahora, se les hacían sacrificios con la hidromancia o adivinación por medio de las aguas.

Los demonios terrestres son los lares[340], genios, faunos, sátiros, ninfas del bosque[341], trasgos, hadas, elfos «Robin Goodfellows»[342], gnomos, etc., que, puesto que están muy familiarizados con los hombres, también son los que más les dañan. Algunos creen que eran sólo ellos los que atemorizaban a los paganos antiguamente, y tenían tantos ídolos y templos erigidos a ellos. De este tipo eran Dagon entre los Filisteos, Bel entre los babilonios, Astarté entre los Sidonios, Baal entre los samaritanos, Isis y Osiris entre los egipcios, etc. Algunos sitúan a nuestras hadas[343] en este rango, pues han sido adoradas en otros tiempos con mucha superstición: barriendo sus casas, y poniendo un cubo de agua limpia, buenos manjares y cosas semejantes, para no ser acosados, o bien para encontrar dinero en los zapatos y ser afortunados en sus empresas. Son los que bailan sobre los matorrales y las praderas, como piensa Lavater[344] con Trithemius, y, como añade Olao Magno[345], dejan ese círculo verde, que normalmente encontramos en las llanuras, que otros sostienen que procede de la caída de un meteoro o de alguna exuberancia del suelo, o que así se divierte la naturaleza; a veces los ven las ancianas y los niños. J. Pauli, en su descripción de la ciudad de Barcelona en España, cuenta cómo se las ha visto comúnmente cerca de esa ciudad, por fuentes y colinas. «A veces (dice Trithemius) llevan a hombres simples a sus escondites en los montes, para enseñarles vistas maravillosas, hacerles oír campanas, y sorprenderles de otros modos», etc. Gerard de Cambrai ofrece el ejemplo de un monje de Gales que fue engañado de tal modo.

Paracelso habla de muchos lugares de Alemania, donde normalmente pasean con abrigos pequeños, algunos de dos pies de largo[346]. Hay un tipo más grande, llamado entre nosotros duende y elfo «Robin Goodfellow», que en aquellos tiempos supersticiosos molía el grano por una ración de leche, cortaba la madera o hacía cualquier tipo de trabajo de faena. En otros tiempos, arreglaban hierros en las islas eolias de Lipari, y se les ha visto y oído a menudo. Gregorio de Tolosa[347] les llama «trollos» y «getulos», y dice que en sus tiempos eran habituales en muchos lugares de Francia. Dithmarus Bleskenius, en su descripción de Islandia, recoge como cierto que en casi todas las familias tienen siempre alguno de estos espíritus familiares, y Felix Malleolus (en su libro *De crudelitate daemonum*) afirma otro tanto, que estos «trolli» o «telchines» son muy comunes en Noruega, «y se les ve hacer trabajos de faena»[348]: traer agua –dice Wier, libro 1, cap. 22–, preparar carne o algo así. Hay otro tipo, que frecuenta casas abandonadas[349], llamados «foliots» por los italianos; son en su mayor parte inocuos, como mantiene Cardano[350]. «Hacen ruidos extraños por la noche, a veces aúllan lastimosamente, y luego se ríen de nuevo,

causan grandes llamas y luces repentinas, arrojan piedras, hacen sonar cadenas, rasuran a los hombres, abren puertas y las cierran, arrojan al suelo fuentes, taburetes, cofres, a veces se aparecen en forma de liebres, cuervos, perros negros, etc.»[351], de donde leyó el jesuita P. Thyraeus (en su tratado *De locis infestis,* part. 1, cap. 1 y cap. 4) que considera que son demonios o las almas de los hombres condenados al infierno que buscan venganza, o si no almas salidas del purgatorio que buscan tranquilidad[352]. Para revisar dichos ejemplos lee a Sigismundus Scheretzius (*Liber de spectris,* part. 1, cap. 1), que dice haberlo tomado de Lutero en su mayor parte; hay muchos ejemplos. Plinio Segundo[353] recuerda una casa así en Atenas, que alquiló el filósofo Atenodoro, en la que nadie se atrevía a habitar por temor a los demonios. Agustín (*La ciudad de Dios,* libro 22, cap. 8) cuenta lo mismo de la casa del tribuno Hesperio en Zubeda, cerca de su ciudad de Hipona, acosada por los malos espíritus, con su consiguiente impedimento, «para gran aflicción de sus animales y esclavos». Muchos ejemplos semejantes se leerán en Nider (*Formicarius,* libro 5, cap. 12, 13), etc. Si puedo llamarlos Zim y Ochim, de los que habla Isaías (13, 21), no lo dudo. Véase más sobre esto en el mencionado Scheretzius (*De spectris,* libro 1, cap. 4); está lleno de ejemplos.

Este tipo de demonios se aparece muchas veces a los hombres, y les atemoriza sacándolos de su sano juicio, a veces paseando al mediodía[354], a veces de noche, simulando los fantasmas de los muertos, como el de Calígula, al que (dice Suetonio) se veía en el jardín de Lavinia, donde se había enterrado su cuerpo rondaban los espíritus, y en la casa donde había muerto; «esto ocurría cada noche, y no hubo calma hasta que la casa se incendió»[355]. Cerca de Hecla, en Islandia, los espíritus pasean normalmente, «asemejándose a las almas de los muertos», dicen J. Anania (*De natura daemonum,* libro 3), Olao (libro 2, cap. 2), N. Tallepied *(De apparitionibus spirituum),* Kornmannus (*De miraculis mortis,* part. 1, cap. 44). Tales visiones son frecuentes, dice Lavater (libro 1, cap. 19), «en los monasterios y cerca de los cementerios, en lugares pantanosos, grandes edificios, lugares solitarios o sitios señalados como escenas de asesinatos», etc. Thyraeus añade: «donde se ha cometido algún crimen muy grave, habitan los impíos opresores de los pobres y los infames». Estos espíritus a menudo predicen la muerte de los hombres por medio de diversos signos, como golpes, gemidos, etc.[356], aunque R. Argenis (*De praestigiis daemonum,* cap. 18) adscribe estas predicciones a los ángeles buenos, siguiendo la autoridad de Ficino y otros: «los prodigios ocurren frecuentemente en la muerte de los hombres ilustres», etc., como en la iglesia lateranense de Roma[357] las muertes de los Papas las predice la tumba de Silvestre. Cerca de Rupes Nova, en Finlandia, en el reino de Suecia, hay un lago en el que, antes de que muera el gobernador del castillo, un espectro con la forma de Arión con su arpa aparece y hace una música excelente. Como los leños de Cheshire[358] que, según dicen, presagian la muerte al jefe de familia, o el roble en el parque Lanthadran en Cornwall[359], que prevé lo mismo.

A muchas familias de Europa se les recuerda su fin por medio de tales

predicciones, y a muchos les previenen (si podemos creer a Paracelso) los espíritus familiares bajo diversas formas, como gallos, cuervos, búhos, que a menudo revolotean por las habitaciones de los enfermos, «o porque huelen el hedor de los muertos», como conjetura Baracellus[360], «y así graznan sobre la casa donde alguien está enfermo», porque huelen a difunto. O porque (como piensa Bernardino de Bustos)[361] Dios permite que el diablo aparezca en la forma de cuervos o de criaturas semejantes para amedrentar a los que viven perversamente sobre la tierra. Un poco antes de la muerte de Cicerón (dice Plutarco), los cuervos hicieron un gran ruido a su alrededor, le sacaron la almohada que tenía debajo de la cabeza. R. Gaguin (*Historia Francica,* libro 8) cuenta otra historia maravillosa sobre la muerte de Jean de Montfort, un señor francés, en el año 1345: «se posó tal multitud de cuervos en la casa del moribundo, que nadie imaginaba que hubiese tantos en Francia». Tales prodigios son muy frecuentes en los autores. Véase más sobre esto en Lavater, Thyraeus (*De locis infestis,* part. 3, cap. 58), Pictorius, Delrio, Cicogna (libro 3, cap. 9). Los nigromantes dicen que los pueden elevar y poner a su antojo. Y así mismo, están los que Mizauld llama «ambulones», que se pasean durante la media noche por eriales y lugares desiertos, que (dice Lavater)[362] «sacan a los hombres del camino, y les llevan durante toda la noche por un camino desviado, o les obstruyen en el camino»; éstos tienen diversos nombres dependiendo de los diversos lugares; nosotros los llamamos normalmente duendes. En los desiertos de Lop, en Asia, se perciben a menudo tales ilusiones de espíritus vagantes, como se puede leer en los viajes del veneciano Marco Polo; si alguien pierde su compañía por casualidad, estos demonios le llaman por su nombre, y simulan voces de sus compañeros para seducirle. J. Palui, en su libro sobre las colinas de España, cuenta de un gran monte en Cantabria[363], donde se ven tales espectros; Lavater y Cicogna dan una variedad de ejemplos de espíritus y demonios vagantes de este tipo. A veces se sientan al lado del camino, para hacer que se caiga el caminante, y que sus caballos tropiecen y se levanten cuando cabalgan (si crees la relación del santo varón Kettel en G. Nubrigense[364], que tenía una gracia especial para ver a los demonios y hablar con ellos); y si alguien maldice o espolea al caballo por tropezar, se ríen de ello sinceramente por sus bromas.

Los demonios subterráneos son tan comunes como el resto, y hacen igual de daño. Olao Magno, libro 6, cap. 19, distingue seis tipos, unos más grandes, otros menos. Estos (dice Munster)[365] se ven normalmente cerca de las minas de metal y algunos son dañinos, otros hacen daño. Los metalarios de muchos sitios lo consideran como buena suerte, un signo de tesoro y de mineral rico cuando lo ven. Georg Agricola (en su libro *De subterraneis animantibus,* cap. 37) cuenta dos tipos más notables, que llama «getuli» y «cobali»; ambos «se visten del mismo modo que los metalarios, y muchas veces les imitan en su trabajo». Su oficio, como piensan Pictorio y Paracelso, es mantener el tesoro de la tierra, para que no se revele todo de una vez. Y además, Cicogna asegura que son causas frecuentes de los terribles terremotos «que a menudo se tra-

gan no sólo las casas, sino también islas y ciudades completas»[366] (en su tercer libro, cap. 11, da muchos ejemplos).

Los últimos están familiarizados con el centro de la Tierra, a fin de torturar a las almas de los hombres condenados hasta el día del juicio. Algunos suponen que sus salidas y entradas están cerca del Etna, Lipari, el monte Hecla en Islandia, el Vesubio, la Tierra del Fuego, etc., porque por allí se oyen continuamente muchos chillidos y gritos temibles y hay muchas apariciones habituales de muertos, fantasmas y duendes.

Así reina el demonio, en un centenar de formas diversas, «como un león que ruge busca siempre a quién puede devorar» (1 P 5), por tierra, mar, aire, y están libres, aunque algunos consideran que su lugar apropiado es el aire[367], el espacio que está entre nosotros y la Luna para los que han transgrededido menos las normas, y el infierno para los más malvados. «Aquí están confinados como en una prisión hasta el final del mundo; luego se les arroja a un lugar aún más temible», como sostiene Agustín (*La ciudad de Dios,* cap. 22, libro 14, cap. 3 y 23). Pero esté donde esté, se enfurece mientras pueda reanimarse, como piensa Lactancio[368], con la caída de otros hombres, se esfuerza todo lo que puede por traerles al mismo pozo de perdición con él. Pues «las miserias y calamidades de los hombres y sus ruinas son los platos del banquete del demonio»[369]. Busca, por medio de muchas tentaciones y diversos ingenios, cautivar nuestras almas. Es el Señor de las Mentiras, dice Agustín[370]: «puesto que él mismo fue engañado, busca engañar a otros». El cabecilla de toda maldad, como hizo con Eva y Caín, Sodoma y Gomorra, así lo haría por todo el mundo. A veces tienta por medio de la codicia, la embriaguez, el placer, el orgullo, etc., extravía, rechaza, salva, mata, protege y dirige a los hombres al igual que hacen éstos con sus caballos. Proyecta nuestra ruina, y generalmente busca nuestra destrucción, aunque muchas veces pretenda el bien del hombre, y se justifique como bueno curando diversas enfermedades, «restituyendo la salud a los enfermos y a los ciegos la vista», como declara Agustín (*La ciudad de Dios,* libro 10, cap. 6), como han hecho antiguamente Apolo, Esculapio e Isis, desvía plagas, los ayuda en las guerras, pretende su felicidad. Sin embargo, no hay nada tan impuro, nada tan pernicioso, como bien se muestra por sus sacrificios tiránicos y sangrientos de hombres a Saturno y Moloc, que todavía están en uso entre los bárbaros indios, como sus diversas falsedades y engaños para mantener a los hombres en la obediencia, sus falsos oráculos, sacrificios, sus imposiciones supersticiosas de ayunos, penurias, etc., por medio de las cuales tortura las almas de los hombres mortales[371], como se mostrará en nuestro tratado sobre la Melancolía Religiosa. «Con el permiso de Dios, se enfurece a veces», como lo expresa Bernardo[372], para ser confinado después al infierno y la oscuridad, «que está preparado para él y para sus ángeles» (Mt 25).

Es difícil determinar cuánto se extiende su poder. Os resumiré lo que sostienen los antiguos sobre sus efectos, fuerzas y operaciones. Platón, en el *Critias,* y tras él sus seguidores, revela que estos espíritus o demonios «son los

gobernadores o guardianes de los hombres, nuestros dueños y señores, como nosotros lo somos de nuestro ganado. Gobiernan las provincias y reinos por medio de los oráculos, augurios, sueños, recompensas y castigos», profecías, inspiraciones, sacrificios y supersticiones religiosas, con formas tan variadas como la diversidad de espíritus. Envían guerras, plagas, paz, enfermedad, salud, necesidad, abundancia, «estando junto a nosotros aquí y ahora, mirándonos y juzgándonos»[373], etc., como parece por las historias de Tucídides, Tito Livio, Dionisio de Halicarnaso, con muchos otros, que están llenas de sus maravillosas estratagemas, y que por tanto se les adoraba y veneraba en las repúblicas romana y griega como dioses con oraciones y sacrificios, etc. En una palabra, «no buscan más que el temor y la admiración de los hombres»[374]. Y como dice algún otro, «es imposible contar con cuánto ardor buscan los malos espíritus el dominio sobre los hombres y los honores del culto divino».

Trithemius (en su libro *De septem secundis*) asigna nombres a los ángeles que son gobernadores de provincias concretas, no sé con qué autoridad, y les da varias jurisdicciones. Asclepiades, un griego, Rabí Achiba el judío, Abraham Avenezra y Rabí Azariel, árabes (según los encuentro citados en Cicogna)[375], añaden además que no sólo son nuestros gobernadores, «sino que en la misma medida que ellos están de acuerdo o en desacuerdo, así lo estamos nosotros y nuestros príncipes», nos mantenemos o caemos. Juno era una gran enemiga de Troya, Apolo un buen amigo, Júpiter indiferente, «Venus estaba a favor de los troyanos, Palas en contra»; algunos están siempre con nosotros, otros contra nosotros. «Cuando un dios amenaza, otro viene en nuestra ayuda». La religión, la política, las riñas públicas y privadas, las guerras, las provocan ellos, y se deleitan quizá al ver a los hombres luchar, como lo hacen los hombres con los gallos, los toros, los perros y osos, etc.[376]. Las plagas, la carestía, dependen de ellos, así como nuestro bienestar y malestar, y casi todas nuestras otras acciones peculiares (pues, como afirma A. Rusca, libro 5, cap. 18, todos los hombres tienen un ángel bueno y uno malo que les acompañan individualmente durante toda su vida, que Jámblico llama demonio), ascensos, pérdidas, matrimonios, muertes, recompensas y castigos, y según lo cree Proclo[377], todos los oficios: «algunos ayudan en los alumbramientos, otros en las labores manuales, etc.» y les dan diversos nombres de acuerdo con sus oficios, como «lares», «indigetes», «præstites», etc.

Cuando, tiempo después de la batalla de Queronea, que se libró con el rey Filipo por la libertad de Grecia, los arcades fueron conducidos mediante engaños al mismo sitio «por los dioses vengadores de Grecia» (dice mi autor), fueron asesinados miserablemente por el romano Metelo. Asimismo, como en las cuestiones más pequeña, estos genios buenos o malos nos favorecen o disgustan haciendo que las cosas importantes ocurran. El que es saturnino nunca será ascendido. El que los sujetos viles, los parásitos indignos y los parásitos viciosos progresen a menudo, mientras que a los hombres discretos, sabios, virtuosos y valiosos se les descuida y no se les recompensa[378], lo atribuyen a estos espíritus dominantes, o genios subordinados. Según su inclinación, o su favor

hacia los hombres, así prosperan éstos, se les gobierna y domina. Pues, como supone Libanius, en nuestros conflictos y contiendas cotidianos, «un genio se rinde y es vencido por otro»[379]. Todos los acontecimientos particulares los atribuyen prácticamente a los espíritus privados; y (como añade Paracelso), dirigen, enseñan, inspiran e instruyen a los hombres. Nunca ha habido un hombre extraordinario famoso en ningún arte o acción, o un gran capitán, que no haya tenido un espíritu familiar para informarle, como Numa, Sócrates, y muchos otros (como lo ilustra Cardano, *Arcanis prudentiae civilis,* cap. 128). «Los magos afirman que están dotados de una gracia divina especial, que les instruyen y enseñan los espíritus celestiales»[380].

Pero éstas son paradojas muy erróneas, rechazadas por nuestros teólogos y las iglesias cristianas. Es verdad que tienen –con el permiso de Dios– poder sobre nosotros, y encontramos por experiencia que no sólo pueden dañar nuestros campos, ganados y bienes, sino también nuestros cuerpos y nuestras mentes[381]. En Hamelin, en Sajonia, el 20 de junio de 1484, el demonio, con la apariencia de un flautista, se llevó a ciento treinta niños que nunca después fueron vistos. Muchas veces los hombres se atemorizan hasta perder el juicio, son arrebatados, como ilustra Scheretzius, libro 1, cap. 4, y se ven severamente molestados por estos medios. Plotino, el platonista (*Advers. gnost.,* libro 14), se ríe hasta la burla de los que mantienen que el demonio o los espíritus pueden causar alguna enfermedad[382]. Muchos piensan que puede afectar al cuerpo, pero no a la mente. Pero la experiencia nos muestra algo diferente, que puede afectar tanto al cuerpo como al alma. Tertuliano es de esta opinión, cap. 22: «que puede causar tanto la enfermedad como la salud», y hacerlo secretamente. Taurellus añade: «por medio de venenos ocultos puede infectar los cuerpos, y obstaculizar las operaciones de los intestinos, aunque no lo percibamos»; «que se arrastran en ellos apretadamente», dice Lipsio[383] y así atormentan nuestras almas, «y la melancolía nociva vuelve loca a la gente». Pues, al ser un cuerpo espiritual, lucha con nuestros espíritus, dice Rogers, y sugiere (de acuerdo con Cardano)[384] «palabras sin hablar, visiones sin mostrar nada», envidia, concupiscencia, ira, etc., según vea la inclinación de los hombres.

Biarmannus expresa claramente la manera en que lo lleva a cabo, en su discurso contra Bodin: «empieza primero con la fantasía y la mueve tan fuertemente que ningún tipo de razón es capaz de resistir»[385]. Entonces mueve la fantasía por medio de los humores, aunque muchos médicos son de la opinión de que el demonio puede alterar la mente y producir esta enfermedad por sí mismo. «Algunos médicos han sostenido», dice Avicena «que la melancolía procede del demonio»386. De la misma opinión es Psellus, y Al-Razí el árabe (*Continens,* libro 1, tr. 9): «que esta enfermedad procede especialmente del demonio y sólo de él». Arculano (*In 9 Rhasis,* cap. 6); Elião Montalto (en el noveno capítulo). Daniel Sennert (libro 1, part. 2, cap. 11) confirma que el demonio puede causar esta enfermedad, por la razón de que muchas veces los individuos afectados profetizan, hablan lenguas extranjeras, pero no sin humor, como él mismo interpreta. Avicena no hace mucho más: «si procede

del demonio, nos basta que convierta el humor en bilis negra, y que esa sea la causa de la cólera negra». La causa inmediata es la cólera adusta, que Pomponazzi se esfuerza por que sea buena[387]. Galgerandus de Mantua, médico famoso, curó así a una mujer endemoniada en su época, que hablaba todas las lenguas, purgándola de la cólera negra, y por tanto, este humor de la melancolía se llama *el baño del diablo*. El demonio, viendo su oportunidad con esos humores, los lleva muchas veces a la desesperación, la furia, la ira, etc., mezclándose entre estos humores. Esto es lo que previene Tertuliano: «causan un grave daño corporal y mental; retuercen los miembros, avanzando secretamente», etc., y que Lemnio está a punto de aprobar: «los malos espíritus se insertan en los humores depravados y en la bilis negra», etc. Y Jason Pratis dice «que el demonio, siendo un espíritu sutil e incomprensible, puede insinuarse fácilmente y serpentear por los cuerpos humanos, y recostado astutamente en nuestros intestinos infecta nuestra salud, aterroriza a nuestras almas con sueños temibles y sacude nuestra mente con furias»[388]. Y en otro lugar, «estos espíritus inmundos establecidos en nuestros cuerpos, y ya mezclados con nuestros humores melancólicos, triunfan por decirlo así y retozan como en otro cielo»[389]. Esto es lo que argumenta, y que entran y salen de nuestros cuerpos, como las abejas en una colmena, y así nos provocan y nos tientan según perciben que nuestro temperamento está inclinado por sí mismo y está más adecuado para ser engañado. Agrippa[390] y Lavater[391] están persuadidos de que este humor invita al demonio, donde quiera que esté; y, entre todas, las personas melancólicas son las más sujetas a las tentaciones e ilusiones diabólicas, las más apropiadas para hospedarlas, y sobre las cuales el diablo puede trabajar mejor.

Pero no voy a determinar si es por obsesión, o posesión o por otra manera; es una cuestión difícil. Parece que Delrío, el jesuita (tomo 3, libro 6), Sprenger y su compañero *(Malleus Maleficarum)*, P. Thyraeus, el jesuita *(Liber de daemoniacis, de locis infestis, de terrificationibus nocturnis)*, Mengus *(Flagel. daem.)*, y otros de la categoría de los escritores pontificales, lo aprueban por medio de sus exorcismos y conjuraciones, habiendo inventado muchas historias con ese fin. Una monja comió una lechuga sin estar en gracia o sin haber hecho el signo de la cruz, y fue inmediatamente poseída[392]. Durand (*Rationale*, libro 6, cap. 86, num. 8) cuenta que vio a una criada poseída por dos demonios en Bolonia, por comer una granada profanada, como confesó posteriormente cuando se la curó por medio de exorcismos. Y por eso nuestros papistas se persignan tan a menudo con la señal de la cruz, «para que ningún demonio se puede atrever a entrar», y exorcizan todo tipo de comidas, como si de otra manera fueran impuras o malditas, como defiende Bellarmino. Muchas historias semejantes las encuentro en los autores pontificales, aunque, para probar su afirmación, tengan que librarse de sus propias creencias. Contaré unas cuantas de este tipo de los médicos más autorizados. Cornelio Gemma (*De natura miraculorum*, libro 2, cap. 4) contaba de una joven doncella, llamada Katherine Gualter, hija de un cubero, en el año 1571 que tenía

unos dolores y convulsiones tan extraños, que a veces ni tres hombres la podían sostener. Expulsó una anguila viva, que él vio, de un pie y medio de largo, y él mismo la tocó; pero la anguila se desvaneció después. Vomitó unas veinticuatro libras de sustancia de todos los colores, dos veces al día, durante catorce días. Y después evacuó grandes bolas de pelo, trozos de lana, estiércol de pichón, pergamino, estiércol de ganso, carbón; y después de esto, dos libras de sangre pura, y luego otra vez carbón y piedras, más grandes que una nuez, algunas de las cuales tenían inscripciones, algunos pedazos de cristal, bronce, etc., además de acompañar paroxismos de risa, lloro y éxtasis, etc. «Y esto –dice– lo vi con horror». No podían curarla de ningún modo por medio de la medicina, sino que la dejaron al clero. Marcello Donato (*De medicina mirabilia*, libro 2, cap. 1) tenía una historia semejante de un rústico, que tenía cuatro cuchillos en la barriga, serrados como una sierra, cada uno de un palmo, y una trenza de pelo como un globo, con muchas cosas por el estilo, increíbles de contemplar; cómo pudo llegar esto a su tripa, concluye, «sólo podía haber sido por medio de la astucia y el engaño del demonio». Lange (*Epistolae medicae*, libro 1, epist. 38) tiene muchos relatos en este sentido, al igual que Cristóbal de Vega, Wier, Schenk, Scribanius, todos están de acuerdo en que se hacen por la sutileza e ilusión del demonio. Si preguntas por una razón para esto, es para ejercitar nuestra paciencia, pues, como mantiene Tertuliano[393], «la virtud no es virtud a menos que tenga algún punto de comparación sobre el que, superándolo, pueda mostrar su fuerza». Es para probarnos a nosotros y a nuestra fe, es por nuestras ofensas, y como castigo de nuestros pecados, y lo hacen con el permiso divino, como ejecutores de su voluntad, como los llama Gregorio de Tolosa[394]. O como David: «lanzó contra ellos el fuego de su cólera, indignación, enojo y destrucción, tropel de mensajeros de desgracias» (Sal 78,49); así atribulaba el demonio a Job, a Saúl, a los lunáticos y personas poseídas a las que curaba Cristo (Mt 4 y 8; Lc 4 y 11; Lc 13; Mc 9; Tb 8, 3, etc.). Esto, según digo, ocurre como castigo del pecado, por falta de fe, incredulidad, debilidad, desconfianza, etc.

Subsección III

Sobre las brujas y los magos, cómo causan la melancolía

Ya habéis oído lo que puede hacer el demonio por sí mismo; ahora oiréis lo que puede llevar a cabo por medio de sus instrumentos, que son muchas veces peores (si es posible) que él mismo, y por satisfacer su venganza y su codicia causan más perjuicio. Como piensa «Erastus»[395], «hay mucho mal que no se habría hecho nunca si no hubiera sido provocado por las brujas». El demonio no se habría aparecido en la forma de Samuel si la bruja de Endor le hubiera dejado solo; o no habría representado las serpientes en presencia del Faraón si los magos no le hubieran incitado a ello. «Los hombres y los animales podrían andar libremente (mantiene «Erastus») si las brujas le dejaran tranquilo». Muchos niegan totalmente la existencia de brujas, o si hubiese alguna, niegan que puedan hacer algún daño. De esta opinión es Wier (*De prastigiis daemonum*, libro 3, cap. 53), Austin Lerchemer, un escritor holandés, Biarmannus, Ewichius, Euwaldus, nuestro compatriota escocés[396] y con él en Horacio,

> «Se ríen indignados por los designios de los terrores mágicos, los sueños visionarios, las maravillas portentosas, los diablillos, los duendes nocturnos y los hechizos».

Se ríen de todas estas historias; aunque sean, en su mayor parte, juristas, teólogos, médicos, filósofos: Agustín, Hemingius, Daneau, Chryträus, Zanchio, Areteo, etc., Delrío, Sprenger, Nider (*Formicarius*, libro 5)[397], Cujas, Bartolo (consil. 6, tomo 1), Bodin (*Démonomanie*, libro 2, cap. 8), Godelman, Damhonder, etc., Paracelso, «Erastus», Scribani, Camerario, etc. Los individuos con los que trata el demonio se pueden reducir a estos dos: los que le mandan en apariencia al menos, los conjuradores y magos, cuyos misterios detestables y horribles se contienen en su libro llamado *Arbatell*[398]: «los demonios están siempre alerta, y obedecen a la llamada de encantos y hechizos, para poder confirmar a la tribu de los magos en su impiedad». O los que son mandados, como las brujas, que negocian implícita o explícitamente, como bien ha definido el rey[399]. Hay muchas subdivisiones y muchas especies diversas de hechiceros, brujas, encantadores, etc. Antiguamente se ha tolerado a algunos, y la magia se ha profesado publicamente en otros tiempos en Salamanca[400], Cracovia[401] y otros lugares, aunque después diversas universidades lo han censurado[402]. Ahora se ha combatido en general, aunque algunos lo practican todavía, lo mantienen y excusan «como un gran secreto que sólo se ha de comunicar a hombres notables, especialmente favorecidos por el cielo» (uso las pala-

bras de Boissard)[403]. Y hasta tal punto lo aprueban algunos príncipes que «consultan todavía con ellos, y no se atreven a hacer nada sin su consejo». Nerón y Heliogábalo, Majencio y Juliano el Apóstata nunca fueron tan adictos en la antigüedad a la magia como lo son hoy en día algunos de nuestros príncipes modernos, y los mismos papas. Erik, rey de Suecia, tenía un gorro encantado, por cuya virtud y con unos susurros mágicos o términos secretos, podía mandar a los espíritus perturbar el aire, y hacer que el viento fuera en la dirección que él quisiera, hasta el extremo de que cuando había un viento o tormenta fuertes el vulgo acostumbraba a decir que el rey tenía puesto su gorro conjurador. Pero tales ejemplos son infinitos.

Pueden hacer tantas cosas como el demonio mismo, que está siempre dispuesto a satisfacer sus deseos, y así obligarlos más para con él. Pueden causar tempestades, tormentas, lo que practican habitualmente las brujas en Noruega, Islandia, como ya he probado. Pueden hacer de los amigos enemigos, y de los enemigos amigos por medio de filtros, pueden forzar el amor[404], decir a cualquier hombre dónde están sus amigos y a qué se dedican, aunque estén en los lugares más remotos. Y si quieren, «pueden traerles a sus amantes por la noche, volando sobre un macho cabrío por el aire». Sigismund Scheretzius (*De spectris,* parte 1, cap. 9) cuenta confidencialmente que él ha hablado con varios que habían sido transportados a muchas millas, y que ha oído a las mismas brujas confesar tales cosas. Hieren y corrompen a hombres y animales, viñas, grano, ganado y plantas; hacen que las mujeres aborten, que no conciban, las vuelven estériles, hacen que los hombres y mujeres sean incapaces e impotentes[405] –casados y solteros– de cincuenta maneras diferentes, dice Bodin (libro 2, cap. 2). Vuelan por el aire, se encuentran cuando y donde quieren, como prueban Cicogna y Lavater (*De spectris,* part. 2, cap. 17). «Roban a los niños de sus cunas con la ayuda de los demonios, y los devuelven deformados a sus habitaciones, a los que llamamos falsos sustitutos», dice Scheretzius (parte 1, cap. 6). Hacen a los hombres victoriosos, afortunados, elocuentes; y, por ello, en las antiguas monomaquias y combates se les buscaba (los que no tenían encantamientos mágicos)[406]. Pueden hacer talismanes[407] para evitar la punta del estoque, el mosquetazo, y para no ser heridos nunca; sobre esto se lee más en Boissard (*De magia,* cap. 6), sobre la forma de conjuro, y quién la hace, dónde y cómo se ha de usar «en las expediciones militares, en las batallas, duelos», etc., con muchos ejemplos y muestras peculiares. Pueden andar sobre hornos calientes, hacer que los hombres no sientan dolor en el potro de tortura, «o que no sientan otras torturas»; pueden estancar la sangre, representar figuras de hombres muertos, alterarse y convertirse a sí mismos y a otros en diversas formas a su antojo[408]. Agaberta, una famosa bruja de Laponia[409], hacía tales cosas públicamente con todos los espectadores, «ya jóvenes, ya viejos, altos, bajos, como una vaca, como un pájaro, una serpiente, ¿y qué no? Representaba para los demás las figuras que más deseaban ver, les mostraba los amigos ausentes, les revelaba secretos, «para gran admiración de todos», etc.

Y sin embargo, a pesar de su sutileza, como bien observa Lipsio

(*Physiologia Stoicororum,* libro 1, cap. 17), ni estos magos ni los demonios pueden sacar oro ni letras de mi cofre ni del de Craso, «ni hacer regalos a sus seguidores», pues son individuos simples, pobres y despreciables en su mayor parte. Como apunta Bodin[410], no pueden hacer nada, «no pueden dar dinero a sus clientes, alterar los decretos de los jueces, o los consejos de los reyes»; estos «genios menudos» no pueden hacerlo, pues «los poderes superiores se reservan para sí estas cosas». De vez en cuando quizá puede aparecer algún mago conocido, como Simón el Mago, Apolonio de Tiana[411], Pasetes[412], Jámblico, Eudo de Stellis[413], que durante un tiempo pueden construir castillos en el aire, representar ejércitos, etc., como se dice que han hecho[414]. Pueden regir la riqueza y el tesoro, alimentar a miles de personas con gran variedad de comidas al instante, protegerse a sí mismos y a sus seguidores de las persecuciones de los príncipes, trasladándose de un lugar a otro en un momento, revelar secretos, sucesos futuros, decir qué se hace en países lejanos, hacer aparecer a los muertos hace tiempo, etc., y hacer muchos milagros de ese tipo, para el terror y la admiración del mundo y para que se crea que son dioses. Sin embargo, el demonio les abandona al final, acaban perversamente, y «raras veces o nunca» se encuentra a tales impostores. Los más vulgares no pueden realizar tales acciones. Pero, volviendo a mi propósito, pueden, en último lugar, curar y causar la mayor parte de las enfermedades según amen u odien, y la melancolía entre otras[415]. Paracelso (*De morbis amentium,* tomo 4, tr. 1) afirma con palabras claras: «muchos están embrujados por la melancolía», según su experiencia. Lo mismo dice Daneau (*De sortiariis,* libro 3): «he visto a los que han causado la melancolía en su forma más grave», que han secado los pechos de las mujeres, han curado la gota, la parálisis, la apoplejía, la epilepsia, que ningún médico podía remediar, «sólo con tocarles»[416]. Ruland (en su tercer cent., cura 91) da un ejemplo de un tal David Helde, un joven, que al comer los pasteles que le dio una bruja empezó a desvariar repentinamente e instantáneamente se volvió loco. F.H.D. en Hildesheim[417], al visitar a un melancólico pensó que su enfermedad era en parte mágica y en parte natural, porque vomitaba pedazos de hierro y plomo, y hablaba lenguas que nunca le habían enseñado. Pero tales ejemplos son comunes en Scribani, Hércules de Sajonia, y otros. Los medios por los que funcionan son normalmente encantamientos, imágenes (como en Hector Boece la del rey Duff), caracteres grabados en diversos metales y en tantas y tantas constelaciones, nudos, amuletos, palabras, filtros, etc., que convierten generalmente a los individuos afectados en melancólicos[418]. Así lo cuenta Monavius extensamente en una de sus epístolas a Acolsius, dando el ejemplo de un barón bohemio que estaba trastornado así por un filtro que había tomado. No es que haya algún poder en todos esos hechizos, encantamientos, caracteres o palabras bárbaras, sino que el demonio usa tales medios para engañarlos, «para poder mantener a los magos fieles –dice Libanio[419]– a su alianza, y así les emplaza a sumarse a los malhechores».

Subsección IV

Los astros como causa. Signos de fisionomía, metoposcopia, quiromancia

Las causas naturales son o primarias y universales o secundarias y más particulares. Las causas primarias son los cielos, planetas, astros, etc., por cuya influencia (según sostienen nuestros astrólogos) se producen la melancolía y otros efectos parecidos. No me pondré aquí a discutir por encima si los astros son causas o indicios, o a justificar la astrología judiciaria. Si Sexto Empírico, Pico della Mirándola, Sexto de Heminga, Pererius, «Erastus», Chambers, etc., han influido tanto sobre algún hombre como para que no atribuya en esto ningún efecto a los cielos o al Sol o a la Luna, o no más del que conceda a sus signos el posadero en su oficio o el comerciante en la tienda, o si es de los que condenan en general todos los aforismos astrológicos aprobados por la experiencia, le remito en tal caso o a Bellantius, Pirovanus, Maracallerus, Goclenio, Sir Christopher Heydon, etc. Si me preguntáis lo que pienso, debo responder («pues estoy muy versado en estos errores doctos»): los astros inclinan, pero no fuerzan, no hay ninguna necesidad, «guían, no obligan»[420], e inclinan tan suavemente, que un hombre sabio puede resistirse a ellos. «Un sabio dominará los astros», ellos nos dominan, Dios los domina. Todo esto (pienso) lo ha comprendido Johann von Hagen en pocas palabras[421]: «¿Quieres saber hasta dónde nos influyen los astros? Yo digo que no hacen más que inclinarnos, y tan suavemente que si nos gobernamos por la razón no tienen poder sobre nosotros; pero si seguimos nuestra propia naturaleza y nos dejamos llevar por los sentidos, influyen en nosotros tanto como en los animales salvajes, y no somos mejores». De modo que, espero, puedo concluir con justicia con Cayetano[422], «que el cielo es el instrumento de Dios», por medio del cual gobierna y dispone los cuerpos elementales; o un gran libro, cuyas letras son los astros (como los llama uno), donde se escriben muchas cosas extrañas reservadas a quienes las pueden leer; «o un arpa excelente, hecha por un artífice excelente, con la cual sólo el que la sepa tocar hará una música muy admirable»[423]. Pero, volvamos a nuestro tema.

Paracelso es de la opinión «de que un médico sin conocimiento de las estrellas no puede ni entender la causa ni el remedio de ninguna enfermedad, ni de esto ni de la gota, ni siquiera de un dolor de muelas, a menos que vea el horóscopo particular y la carta astral del individuo afectado»[424]. Y para esta enfermedad particular, considera que su causa principal y primaria procede del cielo, atribuyendo más importancia a las estrellas que a los humores, «y que la constelación sola muchas veces produce melancolía, aparte de otras causas»[425]. Pone el ejemplo de las personas lunáticas, que están faltas de juicio por el

movimiento de la Luna; en otro lugar atribuye todo al ascendente, y considera que su causa verdadera y principal se ha de buscar en las estrellas. No es sólo su opinión, sino también la de muchos galenistas y filósofos, aunque no lo mantienen con tanta firmeza.

«Esta variedad de síntomas melancólicos procede de las estrellas», dice Melanchthon[426]. La melancolía más generosa, como la de Augusto, procede de la conjunción de Saturno y Júpiter en Libra; la mala, como la de Catilina, de la reunión de Saturno y la Luna en Escorpio. Giovanni Pontano (en su décimo libro y su décimo tercer capítulo, *De rebus caelestis*) habla por extenso con este fin: «muchas enfermedades proceden de la cólera negra, según sea caliente o fría, y aunque sea fría por su propia naturaleza, sin embargo es propensa a calentarse, al igual que se puede hacer que el agua hierva y que se queme tanto como el fuego, o se puede enfriar como el hielo. Y de ahí proceden una gran variedad de síntomas: algunos son locos, algunos solitarios; algunos ríen, otros se enfurecen», etc. Considera que la causa de dicha intemperancia procede principal y primariamente de los cielos, «de la posición de Marte, Saturno y Mercurio». Sus aforismos son estos: « En cualquier engendramiento, si Mercurio se encuentra en Virgo, o su signo opuesto, que es Piscis en el horóscopo, irradiado por los cuadrados de las orientaciones de Saturno o Marte, el niño será loco o melancólico». Y también, «el que tiene a Saturno y Marte, uno en el meridiano y el otro en la cuarta casa, cuando nazca, será melancólico, de lo que se curará con el tiempo si Mercurio le ayuda. Si en el nacimiento la Luna está en conjunción u oposición con el Sol, Saturno o Marte[427], o en una orientación cuadrada respecto a ellos» («por un lugar maligno del cielo», añade Leowitz), «significa muchas enfermedades y especialmente la cabeza y el cerebro son propensos a estar afectados por humores perniciosos, a ser melancólicos, lunáticos, locos». Cardano añade: «los nacidos cuatro días después de la Luna llena» o de eclipses o terremotos. Garcaeus o Leowitz consideran que el juicio principal se ha de tomar del señor del nacimiento, o cuando haya una disposición entre la Luna y Mercurio, y ninguno considera el horóscopo; o si Saturno y Marte son señores de la conjunción u oposición presente en Sagitario o Piscis, del Sol o de la Luna, tales personas son normalmente epilépticas, desvariantes, demoníacas, melancólicas. Pero véase más de estos aforismos en el citado Pontano; Garcaeus (*De judiciis geniturarum*, cap. 23), Schoner (libro 1, cap. 8), que ha sacado de Ptolomeo[428]; Albubater, y algún otro árabe, Giuntini, Ranzovius, Lindhout, Origanus, etc.

Pero quizá rechaces a estos hombres como astrólogos, y por lo tanto como jueces parciales; oye luego el testimonio de los médicos, los mismos galenistas. Crato confiesa que la influencia de los astros tiene un gran poder sobre esta enfermedad particular[429], al igual que Jason Pratensis, Lonicerus (prefacio a *De apoplexia*), Ficino, Fernel, etc. P. Cnemander reconoce a los astros como causa universal, siendo la particular los padres y el uso de las seis cosas no naturales[430]. Giambattista della Porta (*Magia*, libro 1, cap. 10, 12, 15) los considera causas para cada individuo particular. En los tratados astrológi-

cos son comunes las muestras y ejemplos para evidenciar la verdad de estos aforismos. Cardano, en su trigésimo séptimo nacimiento, da un ejemplo en M. Bologni, Camerario (*Hor. Natalit. Centur,* 7, genit. 6 y 7), de Daniel Gare y otros. Pero ved Garcaeus (cap. 33), Luca Gaurico (*De azimenis,* tr.6), etc. El momento de esta melancolía es cuando los planetas que gobiernan la casa de cualquier nacimiento se dirigen de acuerdo con su arte, como el horóscopo, la Luna, etc., a los rayos hostiles o términos de Marte y especialmente Saturno, o cualquier estrella fija de su naturaleza, o si Marte, por su revolución o su tránsito, ofende a alguno de los prometedores radicales en su nacimiento.

Hay otros signos tomados de la fisionomía, la metoposcopia, la quiromancia, que estoy dispuesto a insertar para satisfacer a los curiosos, puesto que J. von Hagen, y Rothmann, el Landgrave de Hesse, su matemático, no hace mucho en su *Quiromancia,* y Giambattista della Porta en su *Fisionomía Celestial,* han probado que tienen gran afinidad con la astrología.

Los fisiónomos[431] dan las nociones generales, que son éstas: «el color negro significa melancolía natural, así como la delgadez, la vellosidad, las venas gruesas, mucho pelo en las cejas», dice Grataroli (cap. 7); y una cabeza pequeña, según Aristóteles. Los altos, sanguíneos, de color rojo, muestran melancolía de la cabeza[432]; los que tartamudean y están calvos serán pronto melancólicos (como supone Avicena), debido a la sequedad de sus cerebros. Pero el que quiera saber más de los diversos signos de los humores y genios según la fisionomía, que consulte al viejo Adamanto y a Pólemo, que comentan o, mejor, parafrasean la *Fisionomía* de Aristóteles; los cuatro libros agradables de Giambattista della Porta, Michael Scot *(De secretis naturae),* Johann von Hagen, Montalto, A. Zara (*Anatomia ingeniorum,* sec. 1, memb. 13 y libro 4).

La quiromancia ofrece varios aforismos para predecir la melancolía. Taisnier (libro 5, cap. 2), que ha incluido en su libro la síntesis de J. von Hagen, Tricasso, Corvino y otros, ha dicho así: «La línea saturnina que va a través de la mano desde la hendidura hasta el monte de Saturno, y allí se cruza con algunas líneas, significa melancolía[433]; así la vital y la natural hacen un ángulo agudo» (Aforismo 100). «Las líneas saturnina, hepática y natural, cuando hacen un triángulo grueso en la mano, significan lo mismo». Esto lo repite Goclenio (*Chiroscopia,* cap. 5), siguiéndole al pie de la letra. En general todos concluyen que si el monte de Saturno está lleno de líneas pequeñas y de intersecciones, «dichos hombres son en su mayor parte melancólicos, desdichados y están llenos de inquietud, cuidados y problemas, y se ven continuamente vejados por pensamientos ansiosos y amargos, están siempre tristes, temerosos, recelosos. Se deleitan con la agricultura, la construcción, las charcas, los pantanos, las fuentes, los bosques, los caminos, etc.»[434]. Thaddaeus Haggesius, en su *Metoposcopia,* tiene varios aforismos derivados de las líneas de Saturno de la frente, con los que recoge la disposición melancólica, y Giambattista della Porta[435] hace observaciones de las otras partes del cuerpo, como si hay una mancha encima del bazo, «o en las uñas[436], si aparece una mancha negra, significa mucha preocupación, pena, contención y melancolía». Atribuye el

motivo a los humores, y se pone como ejemplo a sí mismo, pues durante siete años tuvo tales manchas negras en las uñas, y durante todo ese tiempo estuvo en pleitos perpetuos y controversias por su herencia, temor, pérdida del honor, destierro, pena, cuidados, etc., y cuando acabaron sus miserias las manchas negras desaparecieron. Cardano, en su libro *De libris propriis* cuenta una historia semejante de su propia persona, que un poco antes de la muerte de su hijo tuvo una mancha negra, que le apareció en una de las uñas, y duró hasta que él mismo llegó a su propio fin. Pero estoy siendo demasiado tedioso con estas cháchara que, según las críticas demasiado severas de algunos hombres, se pueden considerar absurdas y ridículas y que yo, sin embargo, soy muy osado al insertarlas, no tomándolas de bribones y gitanos extraños, sino de los escritos de valiosos filósofos y médicos, algunos todavía vivos, y profesores religiosos de universidades famosas, que pueden apoyar lo que han dicho y defenderse de todos los sofistas e ignorantes.

SUBSECCIÓN V

La edad avanzada como causa

Las causas secundarias eficientes (llamadas así respecto de las otras precedentes) son congénitas, internas o innatas –como las denominan– o externas y adventicias, que nos ocurren después de nacer. Las congénitas o nacidas con nosotros son naturales, como la edad avanzada, o no naturales (como las llama Fernel[437]), la destemplanza que tenemos por causa de nuestros padres, y las enfermedades hereditarias. La primera de éstas, que es natural para todos, y que ningún hombre vivo puede evitar, es la edad avanzada[438], que, al ser fría y seca, y de la misma calidad que la melancolía, necesariamente debe causarla, por la disminución de los espíritus y de la sustancia y el aumento de los humores adustos. Por tanto Melanchthon asegura, siguiendo a Aristóteles[439], como verdad indudable, «que los ancianos generalmente deliran» por la cólera negra que es superabundante en ellos. Y Al-Razí, el médico árabe (en su *Continens*, libro 1, cap. 9), lo llama «accidente necesario e inseparable» en todas las personas ancianas y decrépitas. Después de los setenta años (como dice el salmista) «todo son problemas y tristeza»[440], Y la experiencia común confirma esta verdad en las personas débiles y ancianas, especialmente las que han vivido en acción toda su vida, las que han tenido mucho trabajo y ocupaciones, mucho poder y muchos siervos que supervisar, y lo dejan repentinamente, como hizo Carlos V, al abdicar repentinamente en favor del rey Felipe[441]; les domina la melancolía al instante. O si continúan por tales caminos, al final deliran –«un anciano es un niño por segunda vez»–, y no son capaces de manejar sus posesiones por las enfermedades habituales que ocurren en esa edad; están llenos de dolores, tristezas y penas, niños de nuevo y tontos, son maleducados muchas veces cuando se sientan, y hablan solos, están enfadados, irascibles, disgustados por todo, se sienten «recelosos de todo, enrevesados, codiciosos, duros» (dice Cicerón)[442] «obstinados, supersticiosos, arrogantes, jactanciosos, admiradores de sí mismos», como ha apuntado con certeza Baltasar de Castiglione sobre ellos[443].

Esta enfermedad natural es más eminente en las ancianas, y en las que son pobres, solitarias, que viven en la consideración más vil y en la mendicidad, o en las que son brujas. De modo que Wier[444], Giambattista della Porta, Ulrich Molitor, Edwicus, atribuyen todo lo que se dice que hacen las brujas sólo a la imaginación y a este humor de la melancolía. Y mientras que se disputa sobre si pueden embrujar al ganado hasta la muerte, volar por el aire sobre una escoba saliendo de una chimenea, transformarse en gatos, perros, etc., trasladar cuerpos de un lugar a otro, reunirse en compañía y bailar, como

hacen, o tener copulación carnal con el demonio, ellos atribuyen todo esto a la redundante melancolía que domina en ellas, a pociones somníferas[445], y a causas naturales, a la sagacidad del demonio. «No hacen tales maravillas en absoluto (dice Wier, *De lamiis,* libro 3, cap. 36), sino que sólo tienen el cerebro enloquecido»[446]. «Piensan que son brujas, y que pueden hacer daño, pero no lo hacen». Pero esta opinión la refutan Bodin, «Erastus», Daneau, Scribani, Sebastian Michaelis, Campanella (*De sensu rerum,* libro 4, cap. 9), el jesuita Dandini (*De anima,* libro 2)[447] y Cicogna lo refutan por extenso[448]. No niegan que las brujas sean melancólicas, pero no lo son sólo por una fantasía corrupta, engañándose a sí mismas y a otras, o produciendo tales efectos.

Subsección VI

Los padres como causa por medio de la reproducción

La otra causa interna, innata de la melancolía es nuestro temperamento, que recibimos de nuestros padres total o parcialmente, lo que Fernel llama «præter naturam»[449] o no natural, que es una enfermedad hereditaria. Pues como él justifica, «tal como es el temperamento del padre, así es el del hijo, y mirad qué enfermedad tenía el padre cuando le engendró, su hijo la tendrá por herencia»[450], «y es un buen heredero tanto de sus enfermedades como de sus tierras». «Y donde la complexión y la constitución del padre son corruptos, allí (dice Roger Bacon) la complexión y la constitución del hijo deben necesariamente ser corruptos, y así la corrupción se deriva de padre a hijo»[451]. Ahora bien, esto no se muestra tanto en la composición del cuerpo, de acuerdo con lo que dice Hipócrates, «en el hábito, la proporción, las cicatrices y otras facciones, sino en las costumbres y las condiciones de la mente», «el carácter de los padres se transmite a los hijos a través del semen».

Seleuco tenía un ancla en el muslo, al igual que su descendencia, como indica Trogo (libro 15). Lépido, en Plinio (libro 7, cap. 17), era ciego, al igual que lo era su hijo. La famosa familia de Enobarbos era conocida antiguamente, y se apellidaba así por su barba roja. El labio austríaco y la nariz chata de los indios se propagan. La barbilla bavaria y los ojos saltones de los judíos, como observa Buxtorf[452], su voz, paso, gesto, miradas, se transmiten con el resto de sus condiciones y enfermedades. De tal madre, tal hija. Lemnio asegura que sus mismas afecciones «siguen su progenie, y la malicia y las malas condiciones de los niños se han de imputar muchas veces totalmente a sus padres»[453]. Por lo tanto no necesito dudar de que la melancolía es una enfermedad hereditaria. Paracelso (*Liber de morbis amentium*, to. 4, tr. 1) lo afirma con palabras claras[454], al igual que Crato en una de sus epístolas a Monavius[455]. También Bruno Seidel en su libro *De morbo incurabile.* Montalto (cap. 11) prueba, siguiendo a Hipócrates y a Plutarco, que tales disposiciones hereditarias son frecuentes: «pienso que se volvió así por la participación de la melancolía» (hablando de un paciente). Daniel Sennert (libro 1, parte 2, cap. 9) considera que su constitución melancólica se deriva no sólo de padre a hijo, sino a toda la familia muchas veces. Forest, en sus *Observationes medicae*[456] ilustra este punto con el ejemplo de un mercader, paciente suyo, que tenía esta enfermedad por herencia; también Rodrigo de Fonseca (tomo 1, consul. 69), con un ejemplo de un joven melancólico que estaba muy afectado, «por tener una madre melancólica», «además de una mala dieta». Luis Mercado, un médico español, en el excelente tratado que ha escrito últimamente sobre las

enfermedades hereditarias (*Opera*, tomo 2, libro 5), añade la lepra, como los trasgos en Gascoña[457], leprosos hereditarios, viruelas, cálculo, gota, epilepsia, etc. Entre otras, ésta y la locura aparecen después de cierto tiempo, y él lo llama algo milagroso en la naturaleza, y los hiere para siempre como un hábito incurable. Y lo que es más de maravillar, en algunas familias omite al padre y alcanza al hijo, «o afecta alternativamente, y a veces cada tres en línea descendente, y no siempre produce lo mismo, sino una enfermedad semejante y simbólica».

Las causas secundarias derivadas de aquí son normalmente tan fuertes que (como sostiene Wolf[458]), «a menudo alteran las causas primarias y los designios de los cielos». Por estas razones, quizá, la Iglesia y la república, las leyes humanas y divinas han maquinado para evitar las enfermedades hereditarias, prohibiendo los matrimonios que están de algún modo concordados. Y Mercado aconseja a todas las familias que se mezclen, «si es posible, con los que son más distintos por naturaleza», y que elijan los que son más diferentes de ellos en complexión, si aman la suya propia, y respetan el bien común. Y ciertamente, pienso, se ha ordenado por parte de una providencia divina especial que en todas las épocas haya (como hay normalmente) una vez cada seis años una transmigración de naciones[459] para reformar y purificar su sangre, al igual que nosotros alteramos las semillas de la tierra. Y debería haber, como ha habido, una inundación de godos y vándalos del norte y mucha gente semejante que salió del continente de Escandia y Samartia (como suponen algunos) e invadieron, como un diluvio, la mayor parte de Europa y África, para alterar por nuestro bien nuestras complexiones, que se habían deteriorado mucho por las enfermedades hereditarias, que habíamos contraído por nuestra lujuria e intemperancia. Se nos envió una generación sana de hombres fuertes y capaces –como lo son normalmente los norteños–, inofensivos, libres de sediciones y de enfermedades, para modificarnos y hacernos como están los pobres indios desnudos hoy en día, y como los de Brasil (según observa un escritor reciente)[460], en la isla de Maragnan: libres de toda enfermedad hereditaria u otro contagio, ya que sin ayuda de la medicina viven normalmente ciento veinte años o más, como en las Órcadas y muchos otros lugares. Tales son los efectos habituales de la templanza; y de la intemperancia. Pero descenderé a lo particular, y mostraré por qué medios, y especialmente por medio de quién, se deriva esta enfermedad hacia nosotros.

«Los hijos de los ancianos raras veces tienen buen temperamento», como supone Scholtz (consult. 117), y son por lo tanto más propensos a esta enfermedad. Y, como añade además Levino Lemnio, los ancianos engendran en su mayor parte hijos caprichosos, malhumorados, tristes, melancólicos y pocas veces felices[461]. El que engendra un hijo con el estómago lleno tendrá un niño enfermo o un hijo loco (según piensa Cardano, *Contradictiones medicae*, libro 1, contradict. 18). O si los padres están enfermos o tienen un fuerte dolor de cabeza, o migraña, cefalea (H. Wolf pone el ejemplo de un hijo de Sebastian Castalio)[462], o si una persona ebria tiene un hijo, probablemente nunca tendrá

un buen cerebro, como argumenta Aulo Gelio (libro 12, cap. 1). «Un borracho engendra otro», dice Plutarco[463] (*Symp.* libro 1, quest. 5), opinión que aprueban Lemnio (libro 1, cap. 4)[464], Alsarius Crucius Gen. (*De quaesit. med. cent.* 3, fol. 182), Macrobio (libro 1), Avicena (libro 3, fen. 21, tr. 1, cap. 8), y el mismo Aristóteles (sec. 2, prob. 4). Las mujeres dementes, ebrias o con cerebro de mosquito, en su mayor parte dan a luz niños como ellas, impertinentes y lánguidos; lo mismo ocurre con el que se acuesta con una mujer menstruosa. *Intemperantia Veneris, quam in nautis praesertim insectatur Lemnius*[465], *qui uxores ineunt, nulla menstrui decursus ratione habita, nec observato interlunio, praecipua causa est, noxia, perniciosa (concubitum hunc exitialem ideo, et pestiferum vocat Rodericus a Castro, Lusitanus*[466], *detestantus ad unum omnes medici), tum et quarta luna concepti, infelices plerumque et amentes, deliri, stolidi, morbosi, impuri, invalidi, tetra lue sordidi, minime vitales, omnibus bonis corporis atque animi destituti. Ad laborem nati, si saniores, inquit Eustathius, ut Hercules, et alii. Judaei maxime insectantur foedum hunc et immundum apud Christianos concubitum, ut illicitum abhorrent, et apud suos prohibent; et quod Christiani toties leprosi, amentes, tot morbilli, impetigines, alphi, psorae, cutis et faciei decolorationes, tam multi morbi epidemici, acerbi, et venenosi sint, in hunc immundum concubitum rejiciunt, et crudeles in pignora vocant, qui quarta luna profluente hac mensium illuvie concubitum hunc non perhorrescunt*[467]. *Damnavit olim divina lex et morte mulctavit hujusmodi homines* (L 18, 20), *et inde nati, si qui deformes aut mutili, pater dilapidatus, quod non contineret ab immunda muliere*[468]. *Gregorius Magnus, petenti Augustino numquid apud Britannos hujusmodi concubitum toleraret, severe prohibuit viris suis tum misceri feminas in consuetis suis menstruis, etc.*[469] Me abstengo de traducir esto que he dicho.

Otros señalan como causa distinta la dieta desordenada, como si un hombre come ajo, cebolla, ayuna demasiado, estudia mucho, está demasiado apesadumbrado, embotado, pesado, abatido mentalmente, perplejo en sus pensamientos, temible, etc. «Sus niños –dice Cardano, *De subtilitate,* libro 18– estarán muy sujetos a la locura y a la melancolía, pues si los espíritus del cerebro están lastimados o dañados por tales medios en ese momento, el cerebro de sus hijos se lastimará: serán embotados, pesados, temerosos, descontentos toda su vida»[470]. Algunos son de la opinión, y mantienen esa paradoja o problema, de que los sabios engendran necios: Suidas pone como ejemplo a Aristarco el gramático, que «dejó dos hijos, Aristarco y Aristacoro, ambos tontos». Y como argumenta Erasmo en su *Elogio de la locura*[471], los necios engendran sabios. Cardano (*De subtilitate,* libro 12) da esta razón, «porque sus espíritus naturales se disipan con el estudio y se transforman en animales; son conducidos desde el corazón y todas las demás partes al cerebro». Lemnio suscribe lo que dice Cardano y argumenta: «pagan su deuda (como la llama Pablo) a sus esposas de manera reducida, por lo cual sus hijos son canijos y muchas veces idiotas y necios».

Se dan otras razones, que pertenecen propiamente a la madre y proceden

de ella. Si la madre fuera demasiado embotada, pesada, colérica, impaciente, descontenta y melancólica, no sólo en el momento de la concepción, sino incluso durante todo el tiempo que lleve al niño en el vientre (dice Fernel, *Path.*, libro 1, 11), su hijo estará afectado igual, y peor, como añade Lemnio[472] (libro 4, cap. 7). Si está demasiado afligida, turbada o asustada por alguna incidencia o aterrorizada por algún objeto temeroso que ha oído y visto, pone en peligro a su hijo, y estropea su temperamento. Porque la extraña imaginación de una mujer actúa de hecho sobre su hijo de modo que, como prueba Giambattista della Porta (*Physiognomia caelestis*, libro 5, cap. 2) deja una marca sobre él, lo cual se ve más especialmente en las que desean ávidamente tales o cuales comidas: al niño le gustarán esas comidas, dice Fernel, y será adicto a humores semejantes. «Si una mujer con una barriga grande ve una liebre, su hijo tendrá normalmente labio leporino»[473], como se le llama. Garcaeus (*De judiciis geniturarum*, cap. 33) pone un ejemplo memorable de un tal Thomas Nickel, nacido en la ciudad de Brandenburgo en 1551, «que pasó todos los días de su vida haciendo eses y tambaleándose, como si se cayera al suelo, porque su madre, cuando estaba en avanzado estado de gestación, vio a un borracho tambaleándose por la calle». Otro ejemplo semejante lo encuentro en Martin Wenrichius (*Com. de ortu monstrorum*, cap. 17): «vi, dice él, en Wittenberg, Alemania, a un ciudadano que parecía un cadáver; le pregunté la causa, y él replicó que su madre, cuando lo llevaba en el vientre, vio casualmente un cadáver, y estaba tan penosamente atemorizada por ello que por una impresión horrible el niño fue como él».

De formas tan variadas, nos vemos atormentados y castigados por culpa de nuestros padres; hasta tal punto que, como dice Fernel, verdaderamente «la mayor parte de nuestra felicidad es nacer bien, y sería una felicidad para la humanidad si sólo se les permitiera casarse a los padres que son sanos de cuerpo y alma». Un labrador no sembrará más que la mejor semilla y la más escogida en su tierra; no criará un toro o un caballo, a menos que esté bien formado en todas sus partes, o no le permitirá que monte a la yegua a menos que esté bien seguro de su casta. Nosotros elegimos los mejores carneros para nuestras ovejas, criamos a las mejores vacas y mantenemos los mejores perros. ¡Cuánto más cuidado deberíamos tener al engendrar a nuestros hijos! En otros tiempos, otros países han sido tan cuidadosos en esto, tan severos, que si un niño era jorobado o estaba deformado en el cuerpo o en el alma, le mataban[474]. Así lo hacían antiguamente los indios según cuenta Quinto Curcio, y otras muchas repúblicas bien gobernadas, de acuerdo con la disciplina de aquellos tiempos. En otro tiempo, en Escocia, dice Hector Boece, «si a alguien le afectaba la epilepsia, la locura, la gota, la lepra o cualquier otra enfermedad peligrosa, que se pueda pasar de padres a hijos, se le castraba. A la mujer se la mantenía lejos de la compañía de los hombres, y si por casualidad, teniendo tal enfermedad, se encontraba que tenía un hijo, se les enterraba vivos a ella y a su hijo[475]. Y esto se hacía por el bien común, para que la nación entera no se viera dañada ni corrompida». Una condena severa, diréis, que no se ha de usar entre los cris-

tianos, y que sin embargo se ha de observar más de lo que se suele. Pues ahora, debido a nuestra facilidad excesiva en este aspecto, consintiendo que se casen todos los que quieran, tolerando demasiada libertad e indulgencia de todo tipo, hay una gran confusión de enfermedades hereditarias. No hay ninguna familia segura, casi nadie está libre de una u otra enfermedad penosa, cuando no se tiene elección, sino que incluso los más ancianos se deben casar, como sementales de raza. O si son ricos, sean necios o locos, cojos o mutilados, incapacitados, destemplados, disolutos, exhaustos por los tumultos, como dijo Euformio[476], «deben ser sabios y capaces por herencia». Se llega a que nuestra generación está corrupta, tenemos muchas personas débiles, tanto en cuerpo como en el alma, hay muchas enfermedades salvajes rabiosas entre nosotros, familias enloquecidas, «nuestros padres son la ruina», nuestros padres son malos, y nosotros podemos ser peores.

La mala dieta como causa. La sustancia. La calidad de las comidas

De acuerdo con el método que me he propuesto, habiendo llegado hasta aquí con las causas secundarias, que son ingénitas en nosotros, debo proceder ahora a las externas y adventicias, que nos ocurren después de haber nacido. Y son evidentes y remotas o internas y antecedentes (las más cercanas); algunos las llaman causas continentes. Estas causas externas, remotas, precedentes, se subdividen de nuevo en *necesarias* y *no necesarias.* Las necesarias (porque no podemos evitarlas, sino que nos alteran según se usen o se abuse de ellas) son las seis cosas no naturales de las que tanto hablan los médicos, que son las causas principales de la enfermedad. Pues casi en toda consulta, cuando vienen a hablar de las causas, se encuentra el mal, y en su mayor parte le objeta al paciente: «ha faltado siempre en una de esas seis cosas». Montano (consil. 22), consultado sobre un judío melancólico, da esta sentencia, al igual que Frisimelica en el mismo lugar; y en su consejo 224, criticando a un soldado melancólico, señala esa razón de su enfermedad, «faltó a las seis cosas no naturales, que eran las causas externas, de donde procedían las obstrucciones internas»; y así en los restantes.

Las seis cosas no naturales son: la dieta, la retención y la evacuación, que son más materiales que las otras porque crean una nueva materia o, si no, están ocupados en mantenerla o expulsarla; las otras cuatro son el aire, el ejercicio, el sueño y la vigilia y la perturbación de la mente, que sólo alteran la materia. La primera es la dieta, que consiste en la comida y la bebida, y causa la melancolía según afecte en sustancia o en accidente, es decir, en cantidad, calidad, o semejantes. Y bien se puede llamar causa material, puesto que, como mantiene Fernel, «tiene el poder de generar enfermedades, y produce su materia y su sustento; pues ni el aire, ni las perturbaciones, ni ninguna de las otras causas evidentes tienen lugar ni realizan este efecto, a menos que concurran la constitución del cuerpo y la preparación de los humores. De modo que puede decirse que la dieta es la madre de las enfermedades, sea quien sea el padre; y sólo de ella surgen la melancolía y otras enfermedades frecuentes»[477]. Muchos médicos, lo confieso, han escrito copiosos volúmenes sobre este tema, sobre la naturaleza y cualidades de todo tipo de comidas, como particularmente Galeno, el judío Isaac, Alí Abbas, Avicena, Mesue –también cuatro árabes–; Gordon, Vilanova, Wecker, Johannes Bruerinus *(Sitologia de Esculentis et Poculentis),* M. Savonarola (tr. 2, cap. 8), Antonio Fumanello *(Libro de regimine senum),* Curio en su comentario sobre la Escuela de Salerno, Godefridus Stegius *(Arte med.),* Marsilius Cognatus, Ficino, Ranzovius, Fonseca, Lessius,

Magninus *(Regimen sanitatis),* Freitag, Hugo Fridevallius, etc., además de muchos otros en inglés[478]. Y casi todos los médicos distinguidos hablan por extenso de todas las comidas específicas en su capítulo sobre la melancolía. Sin embargo, puesto que no todos estos libros están a mano para todo el mundo, tocaré brevemente qué tipo de comidas engendran este humor, con sus diversas especies, y cuáles se han de evitar. Fernel y otros os mostrarán cómo alteran y cambian la materia y la constitución de nuestro cuerpo, primero los espíritus y después los humores, por medio de los cuales nos mantenemos. Me dirijo ya al tema: y primero abordaré la dieta que provoca la melancolía.

La carne de vaca, una carne fuerte y sana (fría en primer grado, seca en segundo, dice Galeno, libro 3, cap. 1, *De alimentorum facultatibus*), la condenan él y todos los autores posteriores por engendrar una sangre melancólica densa. Es buena para los que están sanos y son de constitución fuerte, para los hombres trabajadores, si se dispone de manera adecuada: salada, joven, de buey (pues todas las comidas castradas de cualquier especie se consideran mejores), o si es vieja, se prefiere para los que están estropeados por el trabajo[479]. Aubanus y Sabellico recomiendan la vaca de Portugal como la más sabrosa, la mejor y la de más fácil digestión; nosotros recomendamos la nuestra. Pero todas se rechazan como inadecuadas para los que llevan una vida descansada, de cualquier modo inclinados a la melancolía, o de complexión seca, «los que –piensa Galeno– son presa fácil de los dolores de la melancolía».

La carne de cerdo es de todas las carnes la más nutritiva por su propia naturaleza, pero totalmente inadecuada para los que viven descansadamente, los que son de todas formas enfermizos de cuerpo o alma[480]. Es demasiado húmeda, llena de humores, y por lo tanto «mala para los estómagos delicados, dice Savonarola, en tanto en cuanto su uso frecuente puede producir fiebres cuartanas».

Savonarola desaconseja la carne de cabra, al igual que Bruerinus[481] (libro 13, cap. 19), que la llama animal sucio y apestoso, y, por lo tanto, supone que produce una sustancia fétida y sucia. Sin embargo, Isaac, Bruerinus y Galeno (*De alimentorum facultatibus,* libro 1, cap. 1), aceptan el cabrito (el que es joven y tierno).

El ciervo viejo y rojo tiene mal cartel porque produce una sustancia espesa[482]; es una carne fuerte y áspera, y lo mismo la del caballo. Aunque en algunos países la comen, como los tártaros, y los de China, sin embargo Galeno lo censura[483]. Los potros jóvenes se comen en España tan a menudo como el ciervo rojo, y se usan normalmente para proveer a sus armadas, especialmente cerca de Málaga. Pero esas carnes requieren una cocción o ebullición larga para hacerlas idóneas, y aún así no todas sirven.

Todo el venado es melancólico y produce mala sangre. Es una comida agradable, de gran estima entre nosotros (puesto que tenemos más parques en Inglaterra que en toda Europa), en nuestras fiestas solemnes. Es algo mejor cazado que de otra forma, y bien preparado en la cocina; pero en general es malo, y se ha de usar pocas veces.

La liebre, una carne negra, melancólica y de difícil digestión, engendra «*incubus*» si se come a menudo y causa sueños pavorosos, como el venado. Lo ha condenado un jurado de médicos. Mizauld y otros dicen que la liebre es una carne alegre, y que hace bien a la gente, como testifica el epigrama de Marcial a Gelia; pero esto es *per accidens*, por el buen entretenimiento que proporciona su caza, la agradable compañía y la buena conversación que se tiene normalmente comiéndola, y no se ha de entender de otro modo.

Los conejos son de la misma naturaleza que las liebres[484]. Magninus (*Regimen sanitatis*, part. 3, cap. 17) los compara a la vaca, el cerdo y la cabra. Sin embargo todos aprueban los conejos jóvenes como buenos.

Generalmente, todas esas comidas que son tan difíciles de digerir producen melancolía. Areteo (libro 7, cap. 5) incluye la cabeza y las patas, los intestinos, los sesos, las entrañas, el tuétano, la grasa, la sangre, las pieles y las partes internas, como el corazón, los pulmones, el hígado, el bazo, etc.[485] Isaac (libro 2, part. 3), Magninus (part. 3, cap. 17), Bruerinus (libro 12), Savonarola (rub. 32, tr. 2), las rechazan.

La leche, y todo lo que procede de la leche, como la mantequilla y el queso, el requesón, etc., aumentan la melancolía (excepto el suero solamente, que es muy sano). Algunos exceptúan la leche de burra[486]. El resto, para los que están sanos, es nutritivo y bueno, especialmente para los niños pequeños, aunque se corrompe enseguida, por lo que no es bueno para los que tienen el estómago descuidado, están sujetos a dolores de cabeza, o tienen heridas verdes, cálculo, etc.[487] De todos los quesos, considero el mejor el tipo que nosotros llamamos queso de Banbury; cuanto más viejo, más fuerte, y cuanto más duro peor, como dice Lange en su epístola a Melanchthon, citada por Mizauld, Isaac (part. 5), Galeno (*De cibis boni succi*, libro 3), etc.

Entre las aves, están prohibidos los pavos, los pichones y todas las aves pantanosas, como el pato, el ganso, los cisnes, las garzas, las grullas, las negretas, los somormujos, los calamones, además de todas las cercetas, patos de ojos dorados, catarañas y aves moteadas que vienen aquí en invierno desde Escandia, Moscú, Groenlandia, Frisia, que la mitad del año están cubiertas de nieve y congeladas[488]. Aunque son buenas sus plumas, agradables al gusto, y tienen un buen exterior, como los hipócritas, con plumas blancas y suaves, su carne es dura, negra, insalubre, peligrosa y es una comida melancólica. «Sobrecargan y estropean el estómago», dice Isaac (part. 5, de vol.); las jóvenes son más tolerables, pero desaconseja los pichones jóvenes.

Al-Razí y Magninus[489] censuran todo el pescado, y dicen que produce viscosidades, nutrición mucosa y un alimento escaso y humoroso. Savonarola añade que es frío, Isaac que es húmedo y flemático, y por lo tanto es insalubre para todas las complexiones frías y melancólicas. Otros hacen diferencias, y sólo rechazan entre el pescado de agua dulce la anguila, la tenca, la lamprea, el cangrejo (que aprueba Bright, cap. 6) y los que se alimentan en aguas cenagosas y estancadas, y tienen sabor a fango, como define poéticamente Franciscus Bonsuetus *(Libro de aquatilibus):*

«Todos los peces que frecuentan las aguas estancadas y los lagos, producen siempre malos jugos y alimentos».

Paolo Giovio (*De piscibus fluvialibus*, cap. 34) alaba las lampreas y dice que nadie habla en contra de ellas, salvo los ineptos y algunos escrupulosos. Pero a las anguilas (cap. 33), «las aborrece en todas partes, en todo tiempo; todos los médicos las detestan, especialmente cerca del solsticio»[490]. Gomesius (*De sale*, libro 1, cap. 22), ensalza desmesuradamente el pescado de mar, que otros envilecen de la misma manera, y sobre todo el pescado seco, escabechado o endurecido, como el abadejo, los ahumados, arenques ahumados, sardinetas, bacalao seco, todos los mariscos. Timothy Bright exceptúa el bogavante y el cangrejo[491]. Massaria recomienda el salmón, cosa que contradice Bruerinus (libro 22, cap. 17). Magninus rechaza el congrio, el esturión, el rodaballo, la caballa, la raya.

La carpa es un pez del que no sé qué determinar. Franciscus Bonsuetus lo considera un pescado cenagoso. Ippolito Salviani, en su libro *De piscium natura et praeparatione* (que se imprimió en Roma in folio en 1554, con ilustraciones muy elegantes), considera a la carpa no mucho mejor que una carne viscosa y acuosa. Paolo Giovio, por otro lado, desaprobando la tenca, aprueba la carpa; lo mismo que Dubravius en su libro sobre los viveros. Freitag la encomia como una comida excelente, salubre, y la pone entre los pescados de mejor rango[492], y también la mayoría de nuestros paisanos, que casi no abastecen sus estanques con ningún otro pez. Pero esta controversia se decide fácilmente, en mi opinión, con Bruerinus (libro 22, cap. 13). La diferencia surge de la situación y naturaleza de las charcas, a veces cenagosas, otras dulces[493]: su sabor es como el del lugar de donde se toman. De manera semejante se puede concluir sobre los demás pescados frescos. Pero véase más en Rondelet, Belon, Oribasio (libro 7, cap. 22), Isaac (libro 1) y especialmente Ippolito Salviani, que «solo, vale por todos juntos», etc. Aunque puedan ser salutíferos y se les apruebe, no es bueno usarlos mucho. P. Forest (en sus *Observationes Medicae*), cuenta que los monjes cartujos, cuya subsistencia se basa en su mayor parte en el pescado, están más sujetos a la melancolía que cualquier otra orden, y él ha llegado a esta conclusión por experiencia, pues era su médico habitual en Delft, Holanda[494]. Lo ejemplifica con un caso de un tal Buscodnese, un cartujo rubicundo y de buen gusto, que por su vida solitaria y el comer pescado se vio afectado.

Entre los vegetales comestibles, encuentro que se rechazan las calabazas, pepinos, berzas, melones, pero especialmente el repollo. Causa sueños molestos, y manda vapores negros al cerebro. Galeno (*De locis affectis*, libro 3, cap. 6) condena (or., p. 215, 2.º párr.) entre todas las hierbas el repollo. E Isaac (libro 2, cap. 1) dice que «lleva al alma la aflicción». Algunos son de la opinión de que todas las hierbas crudas y ensaladas engendran sangre melancólica, excepto la buglosa y la lechuga. Crato (consil. 21, libro 2) habla en contra de todas las hierbas y plantas, excepto la borraja, la buglosa, el hinojo, el pere-

jil, el eneldo, la melisa y la achicoria. Magninus (*Regimen sanitatis,* part. 3, cap. 31) piensa que «todas las hierbas son malas como alimento». También el cocinero mofador en Plauto sostiene[495]:

> «No aderezo la cena como otros cocineros que ponen azafrán en una fuente, y que no hacen con sus invitados nada mejor que con las vacas, que les alimentan con hierbas y pastos para engordarlos».

Los italianos y españoles hacen una comida entera de hierbas y ensaladas (que el dicho Plauto llama «comidas terrenales» y Horacio «comidas sin sangre»), por medio de las cuales, como continúa:

> «Sus vidas, las de los que comen tales hierbas, deben ser necesariamente breves, y es terrible contar que los hombres deben alimentarse del tipo de comida que muchos jumentos rehusarían comer»[496].

Son flatulentas y poco adecuadas, por lo tanto, para que los hombres las tomen crudas, aún habilitadas con aceite, sino sólo en caldos o de otra forma[497]. Véase más sobre éstas en cualquier labrador o herbario[498].

La raíces, aunque son «la riqueza de algunos países, y su único alimento», dice Bruerinus, son flatulentas y malas o fastidiosas para la cabeza, como las cebollas, los ajos, las ascalonias, los nabos, las zanahorias, los rábanos, las pastinacas. Crato (libro 2, consil. 11) desaconseja todas las raíces, aunque algunos aprueban las pastinacas y patatas[499]. Magninus es de la opinión de Crato: «trastornan la mente, enviando vapores espesos al cerebro y enloquecen a los hombres», especialmente el ajo y la cebolla, si alguien se alimenta de ellos abundantemente durante todo un año[500]. Guianerius (tr. 15, cap. 2) se queja de todo tipo de raíces, al igual que Bruerinus, incluso las mismas pastinacas, que son las mejores (libro 9, cap. 14): «el uso de las pastinacas produce jugos nocivos». Crato (consil. 21, libro 1) prohíbe totalmente todo tipo de frutas, como las peras, manzanas, ciruelas, cerezas, fresas, nueces, nísperos, serbas, etc. «Infectan la sangre», dice Vilanova, y la putrifican, mantiene Magninus, y por lo tanto no se deben tomar, no se debe hacer una comida con ellas o tomarlas en gran cantidad. Cardano hace de esto la causa de la continua enfermedad en Fez (África): «porque viven tanto a base de la fruta, comiéndola tres veces al día»[501]. Laurens, en su tratado sobre la melancolía, aprueba muchas frutas que otros desaprueban, y entre otras las manzanas (que algunos ensalzan igualmente), las camuesas y las peras, que considera buenas contra la melancolía. Pero para el que no está inclinado de ninguna manera a esta enfermedad o tocado con ella, N. Lepois, en sus *Prácticas*[502], prohibe todas las frutas como flatulentas, o al menos se han de comer pocas veces y nunca crudas. Entre las demás frutas, Bruerinus[503], siguiendo a Galeno, exceptúa las uvas y los higos, pero yo veo que se rechazan igual.

Todas las legumbres son malas: las habas, los guisantes, el arvejo, etc., llenan el cerebro de vapores espesos, engendran sangre negra y espesa y cau-

san sueños molestos. Y por lo tanto, lo que dijo Pitágoras a sus estudiantes antiguamente puede aplicarse siempre a los melancólicos: «no comáis guisantes ni habas». Sin embargo, a los que necesiten comerlas les daría este consejo: que las preparen de acuerdo con las reglas que prescriben Arnau de Vilanova y Freitag para comer y aderezar frutas, hierbas, raíces, legumbres, etc.

Las especias causan calor y melancolía de la cabeza, y por esa razón las prohiben nuestros médicos a los hombres inclinados a esta enfermedad; especias como la pimienta, el jenjibre, la canela, el clavo, el dátil, etc., la miel y el azúcar. Algunos exceptúan la miel[504], pues para los que son fríos puede ser tolerable, pero «los dulces se convierten en bilis»[505], son obstructivos. Crato, por lo tanto, en una de sus consultas, le prohibe todo tipo de especias a un maestro melancólico, «todas las especias y todo lo que seque la sangre», al igual que Fernel (consil. 45), Guianerius (tr. 15, cap. 2) y Mercurial (cons. 189). A esto puedo añadir todas las cosas agrias y amargas, almibaradas y demasiado dulces o grasientas, como el aceite, el vinagre, el agraz, la mostaza y la sal; del mismo modo que las cosas dulces son obstructivas, éstas son corrosivas. Gomesius (en sus libros *De sale*, libro 1, cap. 21) recomienda vivamente la sal, al igual que Codronchi (en su tratado *De sale absinthii*), Lemnio (*De occult. nat. mir.*, libro 3, cap. 9). Sin embargo, la experiencia común nos muestra que la sal y las comidas saladas son grandes causantes de esta enfermedad. Y por esta causa quizá los sacerdotes egipcios se privaban de la sal, incluso en el pan, «para que sus almas estuvieran libres de perturbación», dice mi autor.

El pan que se hace de grano bajo, como de guisantes, habas, avena, centeno, o el pan muy cocido, crujiente[506] y negro se critica a menudo, por causar jugo melancólico y flatulencia. John Major, en su primer libro de la *History of Scotland*, porfía mucho por la salubridad del pan de avena. Se le objetaba a él, que entonces estaba viviendo en París, en Francia, que sus compatriotas se alimentaban de avena y grano bajo, como si fuera una desgracia. Pero él confiesa ingenuamente que Escocia, Gales y una tercera parte de Inglaterra usaban en su mayor parte este tipo de pan, que era tan salubre como cualquier otro grano, procuraba una alimentación igual de buena. Y sin embargo, Wecker, siguiendo a Galeno, lo llama comida de caballo, y más adecuada para los jumentos que para que los hombres se alimenten de ello. Pero lee al mismo Galeno (*De cibis boni et mali succi*, libro 1), donde se habla más por extenso del grano y del pan.

Todos los vinos tintos, bebidas demasiado calientes, compuestas, fuertes, densas, como el moscatel, la malvasía, el vino de Alicante, el vino dulce, la mistela, el aguamiel y similares (de los que tienen unos treinta tipos diferentes en Moscú), todas las bebidas hechas así son perjudiciales en este caso para los que son calientes o de complexión sanguínea o colérica, para los jóvenes o propensos a la melancolía de la cabeza. Pues muchas veces sólo el beber vino lo causa. Arculano (*In 9 Rhasis*, cap. 6) presenta al vino como causa[507], especialmente si se usa inmoderadamente. Guianerius (tr. 15, cap. 2) cuenta la his-

toria de dos holandeses a los que acogió en su casa «que en el espacio de un mes estaban ambos melancólicos por beber vino, el uno no hacía más que cantar y el otro suspirar». Galeno (*Liber de causis morborum,* cap. 3), Mattioli sobre Dioscórides, y sobre todo Andrea Bacci (libro 3, cap. 18, 19, 20), han contado los inconvenientes que proceden del vino. Sin embargo, a pesar de todo esto, para los que son fríos o melancólicos lentos, una copa de vino es una buena medicina, y así lo garantiza Mercurial (consil. 25); en ese caso, si la temperatura es fría, como ocurre en la mayoría de los melancólicos, el vino se recomienda mucho si se usa moderadamente.

La sidra de manzana y la de peras son ambas bebidas flatulentas, y por ese motivo se han de desdeñar, al igual que todas las bebidas calientes, especiosas y fuertes. La cerveza, si es demasiado nueva o demasiado añeja, demasiado fuerte o ácida, o si huele al barril, es agria o amarga, es muy insalubre, molesta y mortifica, etc. Ayrer, en una de sus consultas[508], para uno que padecía de melancolía hipocondríaca, censura la cerveza. Así lo hace Crato, en uno de sus excelentes consejos (libro 2, consil. 21), como excesivamente flatulenta, debido al lúpulo[509]. Pero igualmente se refiere a la cerveza bohemia negra, espesa, usada en algunas otras partes de Alemania[510]:

> «Nada entra tan espeso, nada sale tan fino; de aquí se debe concluir entonces que las heces se quedan dentro».

Así se burlaba el poeta antiguo[511], llamándola «bebida monstruosa, como la laguna Estigia». Pero que digan lo que quieran los que están acostumbrados a ella, «es una bebida muy salubre (como la llama Polidoro Virgilio)[512] y agradable», es muy sutil y mejor por el lúpulo que la enrarece, tiene una virtud especial contra la melancolía, como confiesan nuestros herbarios y aprueban Fuchs (*Instit.,* libro 2, sec. 3, cap. 11) y muchos otros.

Las aguas estancadas, densas y de mal color, como las de los charcos y fosas donde se impregnan los cáñamos y viven los peces cenagosos, son muy insalubres, putrefactas, y llenas de ácaros y enredaderas: son limosas, fangosas, inmundas, corruptas, impuras, debido al calor del Sol y estar siempre estancadas. Causan horribles fiebres en el cuerpo y en la mente del hombre, y no son aptas para beber, para aderezar la comida o para que los usen los hombres interna o externamente[513]. Son buenas para muchos usos domésticos, para lavar caballos, dar de beber al ganado, etc., o en momentos de necesidad, pero no para otras cosas. Algunos son de la opinión de que esas aguas densas y estancadas hacen la mejor cerveza, y que hervirlas las purifica, como mantiene Cardano (*De subtilitate,* libro 13), «corrige sus sustancia y su sabor»[514], pero es una paradoja. Tal cerveza puede ser más fuerte, pero no tan saludable como las otras, como verdaderamente justifica Joubert siguiendo a Galeno (*Paradoxa medica,* dec. 1, paradox. 5): hervir dichas aguas impuras no las purga o purifica. Plinio (libro 31, cap. 3) es de la misma opinión, al igual P. Crescentius (*Agricultura,* libro 1 y 4, cap. 11 y cap. 45) y Pamphilius Herilachus (*De natura aquarum,* libro 4): tales aguas son nocivas, no se han de

usar; y según el testimonio de Galeno, «engendran fiebres, hidropesías, pleuresías, dolores atrabiliarios y melancólicos, dañan los ojos, causan mal temperamento y mala disposición de todo el cuerpo, con mal color»[515]. Este Joubert sostiene firmemente (*Paradoxa medica*, libro 1, part. 5) que produce ojos legañosos, mal color y muchas enfermedades detestables a los que la usan.

Lo que dicen está sostenido por una buena razón, pues, como cuentan los geógrafos, el agua de Astracán produce lombrices en los que la beben. El Axio, o como se le llama ahora, el Vardar, el mayor río de Macedonia, hace que todo el ganado que lo prueba se vuelva negro[516]. El Aliacmon, ahora Vistritza, otro río de Tesalia, convierte a la mayor parte del ganado en blanco, «si le llevas a beber allí». J. Aubanus Bohemus atribuye la «struma» o escrófula de los bavarios y estirios a la naturaleza de sus aguas[517], al igual que Munster con la de los valesios en los Alpes[518], y Bodin supone que el tartamudeo de algunas familias de Aquitania, cerca de Labden, procede de la misma causa, «y que la suciedad se deriva del agua a los cuerpos»[519]. De modo que los que usan agua sucia, estancada, de mal color, espesa y cenagosa, deben tener necesariamente cuerpos cenagosos, de mal color, impuros y enfermos. Y puesto que el cuerpo afecta al alma, tendrán un entendimiento más lerdo, espíritus embotados, obscuros, melancólicos, y estarán pronto sujetos a todo tipo de enfermedades.

Podemos reducir a estas noxas simples un número infinito de mezclas y platos artificiosos, de los cuales nuestros cocineros nos proporcionan una gran variedad, igual que los sastres hacen modas con nuestro vestir. Tales son los budines rellenos con sangre, o compuestos de otra forma[520], las carnes horneadas, las comidas escabechadas, fritas y cocidas, las carnes a la manteca, preparadas, pulverizadas y demasiado secas; todos los pasteles, monas de Pascua, buñuelos, galletas hechas con mantequilla, especias, etc., frituras, hojuelas, pasteles, salchichas, y las diversas salsas, agrias o demasiado dulces[521], a los que «la ciencia de la cocina», como la llama Séneca, ha convertido en esos trucos apicios y platos perfumados que tanto admiraba el papa Adriano VI en los relatos de su predecesor León X[522] y que han provocado gran alboroto y prodigalidad en esta época[523]. Éstos engendran generalmente humores espesos, llenan el estómago de indigestiones y todas las partes internas de obstrucciones. Montano (consil. 22) pone el ejemplo de un judío melancólico que al comer tales salsas picantes, platos preparados y carnes saladas, con los que se deleitaba mucho, se volvió melancólico y estaba muy mal afectado. Tales casos son habituales y comunes.

SUBSECCIÓN II

La cantidad de la dieta como causa

No procede tanto daño de la sustancia misma de la comida y de su calidad, en el mal aderezo y preparación, como de la cantidad, el desorden de tiempo y lugar, su uso intempestivo, intemperancia, o su excesiva ingestión o demasiado poca[524]. Es cierto el dicho que afirma: «la glotonería mata más que la espada», esta «gula omnívora y homicida». Y lo que dice Plinio es más cierto: «la dieta simple es lo mejor, la acumulación de diversas comidas es perniciosa, y las salsas peores; muchos platos traen muchas enfermedades»[525]. Avicena pregona que «nada es peor que alimentarse con muchos platos o prolongar el tiempo de las comidas más de lo normal; de ahí proceden nuestras enfermedades, y es la fuente de todas las dolencias, que surgen de la repugnancia de los humores densos»[526]. De ahí, dice Fernel, vienen las indigestiones, la flatulencia, las opilaciones, la cacoquimia, la plétora, la caquexia, la bradipepsia[527], la muerte repentina[528], etc., y qué no.

Del mismo modo que una lámpara se ahoga por exceso de aceite, o un fuego pequeño se extingue con demasiada madera, así el calor natural se asfixia en el cuerpo con la comida inmoderada. «Una panza insaciable es un sumidero pernicioso», sugiere alguno, y la fuente de todas las enfermedades, tanto corporales como mentales. Mercurial lo considera como causa particular de esta enfermedad en concreto[529]. Solenander (consil. 5, sect. 3) ilustra lo de Mercurial con el ejemplo de un melancólico «por banquetes intempestivos». Crato lo confirma, en el consejo citado a menudo, el 21, libro 2, poniendo la comida superflua como causa principal[530]. Pero, ¿qué necesito buscar para más pruebas? Oíd a Hipócrates mismo (*Aforismos,* libro 1, 10): «los cuerpos impuros, cuanto más se alimentan, más se dañan, puesto que el alimento se corrompe con los humores viciosos».

Y sin embargo, de todo este daño que ostensiblemente se acompaña de empacho y embriaguez, mirad cómo nos jactamos y enfurecemos. Leed lo que ha escrito J. Stuk últimamente sobre este tema, en su gran volumen *De antiquorum conviviis,* hablando también de nuestra época; «qué prodigiosas cenas»[531], «quien nos invita a cenar nos conduce a la tumba»[532]. ¡Qué Fagos, Epicuros, Apiciuses, Heliogábalos, permiten nuestros tiempos! El fantasma de Lúculo todavía vaga, y todo el mundo desea comer con Apolo; el plato caro de Esopo se sirve normalmente. «Cuanto más cuestan, más nos gustan»[533]. Los manjares más caros son los mejores, y es normal dar veinte o treinta libras por un plato, algunos cientos de coronas por una cena. Ahmad Al-Mansur, Rey de Fez y de Marruecos, gastó tres libras en la salsa de un capón[534]; esto no es nada

en nuestros tiempos, nos mofamos de todo lo que es barato. «Detestamos la misma luz» (algunos, como apunta Séneca), «porque nos llega gratis, y nos ofendemos con el calor del Sol, y las ráfagas de aire templadas, porque no las compramos»[535]. El aire que respiramos es tan normal, que no nos preocupamos por él; nada nos gusta más que lo que es caro. Y si somos ingeniosos en algo, es por la gula; si algo estudiamos es el erudito lujo de agradar el paladar y satisfacer la tripa. «Un cocinero era antes un pillo vil» (como se queja Livio), «pero ahora es un gran hombre solicitado. La cocina se ha convertido en un arte, una ciencia noble, los cocineros son caballeros». «Su vientre es su Dios». Llevan «los cerebros en la barriga y los intestinos en la cabeza», como acusa Agrippa[536] a algunos parásitos de su tiempo, que se apresuran a su destrucción, como un hombre que corre hacia la punta de una espada; «comen hasta estallar», todo el día, toda la noche[537], diga lo que diga el médico. El inminente peligro y las enfermedades salvajes están listos para apoderarse de los que comen hasta vomitar; «comen para vomitar y vomitan para comer», dice Séneca (como cuenta Dión de Vitelio: «la comida entra y sale») o hasta que estallan de nuevo. «Se cargan la tripa con estragos del mundo animal»[538], y llevan una vida disoluta por todo el mundo, como esclavos[539], glotones, y serpientes, «el mundo entero no puede satisfacer su apetito». «El mar, la tierra, los ríos, lagos, etc., no pueden dar contento a sus tripas rabiosas»[540].

Para completar la comida, ¡qué inmoderadas bebidas en todas partes! «Los ancianos y ancianas bebidos van del brazo», ¡cómo se reúnen hacia la taberna! Como si no hubiesen nacido «para más fin que comer y beber», como Ofelio Bíbulo, el famoso parásito romano, que «mientras vivió, o estaba bebiendo o estaba meando»; como toneles que contienen vino, o ciertamente peor que un tonel, que vicia el vino pero no es dañado él, así se envalentonan estos hombres, que Sileno embriagado no era más bravo. «Lo que en otro tiempo fue vicio, es hoy muy moral», es hoy la moda de nuestros días, un honor: «ha llegado a ocurrir ahora (como comenta Crisóstomo, sermón 30 sobre los Efesios, 5) que no es un caballero, sino un verdadero maricón, un payaso sin ninguna educación, el que no bebe»; no es adecuado para ninguna compañía. Vuestro único galán es el que hace mejor alarde, y no menosprecia tambalearse por las calles, hacer eses, desvariar, etc., sino que lo hace para su fama y renombre. Como en un caso semejante dijo Epídico a Tesprio, su criado, en el poeta[541]. «En verdad, una acción muy equivocada», alegó el uno; el otro replicó: «no hay hoy ningún error, hay muchos ejemplos para confirmarlo». Es de buena reputación tener un cerebro fuerte, y llevar bien su licor; la única disputa es sobre quién puede beber más y confundir a su compañero lo antes posible. Es el sumo bien de nuestros comerciantes, su felicidad, su vida y su alma («la bebida fuerte da tanto placer, dice Plinio, libro 14, cap. 12, que mucha gente piensa que no hay nada más por lo que merezca la pena vivir»), su principal consuelo, estar juntos y felices en una cervecería o taberna, como hacen los modernos moscovitas en sus tabernas de hidromiel, y los turcos en sus cafeterías, que se asemejan mucho a nuestras tabernas. Trabajarán duro

durante todo el día para estar bebidos por la noche y gastar «las ganancias de todo el año», como añade san Ambrosio, en una fiesta de borrachos; convierten el día en noche, como censura Séneca a algunos en su época: «convierten el día en noche y la noche en día»; cuando nos levantamos, ellos se van normalmente a la cama, como nuestros antípodas:

> «Cuando la aurora palpita para nosotros en lo alto en el Este, para ellos la tarde resplandece en el cielo occidental».

Así lo hace Petronio en Tácito, Heliogábalo en Lampridio:

> «Se ha bebido la noche hasta el nacimiento del alba, y luego ha roncado todo el día»[542].

Smindyrides el sibarita nunca vio al Sol salir o ponerse más de una vez en veinte años. Verres, contra el que tanto invectiva Cicerón, en invierno nunca estaba «fuera de su casa», «casi nunca fuera de la cama», siempre putañeando y bebiendo[543]. Así pasó el tiempo, al igual que un gran número de personas en nuestros días. Tienen el «entrenamiento de los borrachos», escuelas y reuniones, estos centauros y los lapitas tiran jarros y tazas como si fueran bolas; inventan nuevos trucos, como salchichas, anchoas, tabaco, caviar, ostras adobadas, arenques, ahumados, etc., innumerables carnes saladas para aumentar su apetito y estudiar cómo herirse tomando antídotos «para llevar mejor su bebida»[544]. «Y cuando nada más les sirve, siguen, o salen a vaciar su gaznate, para poder volver a beber de nuevo»[545]. Hacen leyes, «leyes insensatas, falacias contra la bebida », y se jactan de ello cuando han bebido[546], coronando al hombre que antes se embriaga, como han hecho sus borrachos predecesores. «¿Qué veo? Tu amigo Pseudolo, bebido y laureado»[547], y cuando están muertos, tomarán una jarra de vino con la anciana de Marón[548] para ser enterrados en sus tumbas. De modo que triunfan en la villanía y justifican su maldad con Rabelais, el Luciano francés: la embriaguez es mejor para el cuerpo que la medicina, porque hay más viejos borrachos que viejos médicos. Tienen muchos argumentos vanos semejantes, invitando y animando a otros a hacer lo que hacen ellos[549] y otorgando privilegios, y les quieren mucho por ello (nada como beber para hacer amigos). Así lo hizo Alcibíades en Grecia; Nerón, Bonoso y Heliogábalo en Roma (o mejor Alegábalo, como se le llamaba antiguamente, como prueba Ignatius según algunas monedas antiguas)[550]. Así lo hacen aún muchos grandes hombres, como observa Heresbachius[551]. Cuando un príncipe bebe hasta que sus ojos quedan fijos, como Bitias en el poeta,

> «No vaciló, y de un sorbo vació la espumosa copa de vino»[552],

y la vacía osentosamente, suenan las trompetas, los pífanos y tambores, los espectadores le aplaudirán, «el mismo obispo» (si no quiere desairarles) «con su capellán se pondrá en pie y hará lo mismo», se lo tragará como un prínci-

pe. «Nuestros holandeses invitan a todos los que vienen con un cubo y un plato, meten cubiletes enteros como si fuesen embudos, y se emborrachan mucho con enormes jarros, haciendo de sus tripas barriles»[553]. Como se queja uno de sus propios compatriotas, «la cantidad de licor que pueden consumir estos grandes bebedores es increíble», etc. «Cómo les gusta que un hombre esté borracho, le coronan y le honran por ello, odian al que no brinda por él, se mofan del sobrio, le matan»; es una ofensa intolerable, que no se ha de perdonar. «Es un enemigo mortal el que no bebe con ellos», como cuenta Munster de los sajones. Así, en Polonia, el mejor servidor y el compañero más honesto, dice Alessandro Guaguini, es el que bebe más brindis al honor de su señor. Se le recompensará como buen sirviente y se considerará compañero más valeroso al que lleve mejor su licor, aunque el caballo de un cervecero llevará mucho más que cualquier bebedor tenaz. Sin embargo, por sus nobles hazañas de este tipo será considerado como un hombre muy valiente, pues «se verá tanto valor en los banquetes como en la guerra»[554], y algunos capitanes de las ciudades y caballeros cortesanos harán esto bien y lo demostrarán. Así muchas veces pervierten voluntariamente la buena temperatura de sus cuerpos, sofocan sus ingenios, asfixian la naturaleza y degeneran en bestias.

Algunos, por otra parte, están en el otro extremo, y arrastran este perjuicio en sus cabezas con una dieta demasiado ceremoniosa y estricta, siendo demasiado precisos, como «cokneys», y curiosos en la observación de sus comidas, de las horas, como prescribe la *Medicina statica:* sólo tantas onzas en la comida (como le gusta a a Lessio), tantas en la cena, ni un poco más, ni un poco menos, de tal carne y a tales horas; una bebida de dieta por las mañanas, caldo de gallina, pollo, conejo, una costilla de carnero, ala de capón, espoleta de gallina, etc. Para los cuerpos más sanos esto es demasiado sutil y muy absurdo. Otros se fastidian con demasiados ayunos, languideciendo de día, dice Guianerius[555], y estando despiertos de noche, como hacen muchos moros y turcos en nuestros tiempos. «Los anacoretas, monjes y los demás de este rango supersticioso» (como atestigua el mismo Guianerius, que ha visto que ocurre a menudo en su tiempo) «por el ayuno inmoderado, están frecuentemente locos». Igualmente habla de esos hombres Hipócrates (1 *Aforismos*, 5), cuando dice: «se equivocan más en las dietas demasiado estrictas, y se perjudican más, que los que se alimentan liberalmente y están inclinados a empacharse».

Subsección III

La costumbre en la dieta, el placer, el apetito, la necesidad, lo que causan o impiden

No hay ninguna regla tan general que no admita alguna excepción. La costumbre menoscaba y modifica en cierto modo lo que se ha dicho hasta aquí (así que excluiré a la mayoría de los hombres de lo mencionado) sobre los inconvenientes que proceden de la sustancia de las comidas y de su uso desenfrenado e intempestivo, tal y como dice Hipócrates (2 *Aforismos*, 50): «las cosas a las que hemos estado acostumbrados durante mucho tiempo, aunque sean malas por naturaleza, sin embargo son menos ofensivas». Por otra parte, se podría objetar que sería una auténtica tiranía vivir según esas estrictas reglas de la medicina[556]. Pues la costumbre altera la misma naturaleza y, para los que están acostumbrados a ellas, hace saludables las comidas malas, y hace que las horas intempestivas no causen desórdenes. La sidra de manzana y de pera son bebidas flatulentas, así como todas las frutas en sí mismas, en su mayor parte frías; sin embargo en algunos condados de Inglaterra[557], Normandía en Francia y Guipúzcoa en España, es su bebida habitual, y no se ven dañados un ápice por ella. En España, Italia y África, se alimentan mucho de raíces, hierbas crudas, leche de camello[558] y les sienta bien; pero a un extranjero le causará mucho perjuicio. En Gales, como confiesa Humphrey Llwyd –él mismo cambro-bretón– en su elegante epístola a Abraham Ortels, se alimentan en su mayor parte de carne blanca; en Holanda de pescado, raíces, mantequilla[559]; al igual que hoy en día en Grecia, como observa Belon, prefieren alimentarse de pescado que de carne. Entre nosotros, «nos alimentamos generalmente de carne», dice Polidoro Virgilio[560], como hacen todos los países norteños; y sería muy perjudicial que nos alimentáramos con su dieta o ellos con la nuestra. Nosotros bebemos cerveza, ellos vino; ellos usan aceite, nosotros mantequilla; nosotros en el norte somos grandes comedores[561], los de los países más cálidos son mucho más sobrios; y sin embargo, ellos y nosotros, siguiendo nuestras costumbres estamos satisfechos. Un etíope de antaño, viendo a un europeo comer pan se preguntaba «cómo podíamos comer tales tipos de comida», tanto diferían sus paisanos de los nuestros en la dieta que, como infiere mi autor[562], «si alguno de ellos se alimentase como nosotros», sería lo mismo que alimentarle con cicuta, acónito o incluso eléboro».

Hoy en día en China, la gente común vive de raíces y hierbas, y para los más ricos la carne de caballo, mulo, perro o gato es tan deliciosa como lo demás, así lo cuenta el jesuita Matteo Ricci[563], que vivió muchos años entre ellos. Los tártaros comen carne cruda, y la mayoría carne de caballo, beben leche y sangre, como antiguamente los nómadas[564]: «bebe leche espesada con

sangre de caballo». Se mofan de los europeos por comer pan, que llaman punta de las raíces y alimento para caballos, no apto para los hombres; y sin embargo Escalígero los considera como una nación sana e ingeniosa, que viven cien años. Incluso en su región más civilizada lo hacen así, como observó el jesuita Benedict en sus viajes a la corte del Gran Mogol por la tierra de Pekín, que Ricci afirma que es la misma que Cambalú en Catay. En Escandia su pan es normalmente pescado seco, al igual que en las islas Shetland; y sus otras viandas, como en Islandia, dice Dithmarus Bleskenius[565], son «mantequilla, queso y pescado; beben agua; duermen en el suelo». En América, en muchos lugares, su pan son las raíces, su carne los palmitos, piñas, patatas, etc., y frutas semejantes. Hay muchos entre ellos que beben normalmente agua marina salada durante toda su vida[566], comen carne cruda y hierba con gran deleite[567]. Otros comen pescado, serpientes y arañas, y en varios lugares comen carne humana[568] cruda y asada, incluso el mismo emperador Moctezuma[569]. En algunas costas, un árbol les proporciona cocos, carne y bebida, fuego, combustible, vestido con sus hojas, aceite, vinagre, cubiertas para sus casas, etc.[570], y sin embargo estos hombres, yendo desnudos, alimentándose toscamente, viven normalmente cien años, y pocas veces o nunca están enfermos; y toda esa dieta la prohiben nuestros médicos. En Westfalia se alimentan en su mayor parte de carnes grasientas y coles con codillo, y lo llaman «cerebro de Júpiter»[571]; en los Países Bajos, de raíces; en Italia se usan ranas y caracoles. Los turcos, dice Busbequius, se deleitan sobre todo con las carnes fritas. En Moscú, el ajo y las cebollas son la carne y la salsa habituales; lo que sería pernicioso para los que no están acostumbrados a ellas, es delicioso para otros, y todo sucede porque se han criado con ello[572].

Los agricultores, y los que trabajan en cosas parecidas, pueden comer tocino graso, carne pesada salada, queso duro, etc. («¡oh, qué duras entrañas las de los segadores!»), pan rústico en todo momento, irse a la cama y trabajar con el estómago lleno, lo que para algunas personas ociosas sería la muerte instantánea, y está en contra de las normas de la medicina. Por tanto, la costumbre lo es todo. A nuestros viajeros les ocurre eso habitualmente cuando van a países lejanos y usan su dieta; de repente se ven dañados[573]; es así como los holandeses e ingleses, cuando tocan las costas de África, los cabos e islas indios, se ven normalmente atormentados con calenturas y fluxiones, y muy destemplados debido a sus frutas. «Las carnes extrañas, aunque agradables, causan notables alteraciones y destemplanzas»[574]. Por otro lado, el uso o la costumbre mitigan o hacen todo bueno de nuevo. Mitrídates era capaz de beber veneno por el uso frecuente, de lo que se maravilla Plinio; y una doncella, como apunta Quinto Curcio, enviada a Alejandro por el rey Porus, había sido criada con veneno desde su infancia. Los turcos, dice Belon (libro 3, cap. 15), comen opio normalmente, una dracma cada vez, cosa que nosotros no nos atrevemos a tomar ni en granos. Garcia da Orta escribe[575] de uno que vio en Goa en las Indias Orientales, que tomó diez dracmas de opio en tres días, y sin embargo «hablaba inteligentemente», tanto puede hacer la costumbre.

Teofrasto habla de un pastor que podía comer esencia de eléboro[576]. Y por lo tanto, siguiendo a Galeno, Cardano concluye: «la costumbre se ha de mantener como sea, a menos que sea extremadamente mala». Aconseja a todos que mantengan sus antiguas costumbres, y esto por la autoridad del mismo Hipócrates[577]: «se ha de cuidar de la época, la edad, el distrito y el hábito», y por lo tanto continuar como empezaron, sea en la dieta, el baño, el ejercicio, etc., o cualquier otra cosa[578].

Otra excepción es el deleite o apetito por tales o cuales carnes. Aunque sean difíciles de digerir y melancólicas, sin embargo, como exceptúa Fuchs (*Instit.*, libro 2, sec. 2, cap. 6), «el estómago acepta y digiere de buena gana las carnes que más nos gustan y nos son más agradables, y por otro lado aborrece las que nos disgustan». Esto lo confirma Hipócrates (*Aforismos*, 2, 38). Algunos no pueden soportar el queso por una secreta antipatía, o ver un pato asado, que para otros es una carne deliciosa[579].

La última excepción es la necesidad, la pobreza, la escasez, el hambre, que lleva a los hombres muchas veces a hacer lo que de otra forma detestarían o no podrían soportar, y a aceptarlo con agradecimiento, como la bebida en los barcos y en los asedios de grandes ciudades, el alimentarse de perros, gatos, ratas y de hombres mismos. Tres bandidos en Hector Boece[580], estando en apuros en una de las islas Hébridas, comieron pescado crudo y carne de cualquier ave que podían coger, durante algunos meses. Estas cosas mitigan o anulan por completo lo que se ha dicho de las comidas melancólicas, y las hacen más tolerables. Pero para los que son ricos, viven en la abundancia, descansadamente, que pueden elegir y abstenerse si quieren, estas viandas se han de evitar, si están inclinados a la melancolía o son sospechosos de ella, puesto que ablandan su salud; si no, si son destemplados o desordenados en su dieta, será un peligro para ellos. «A quien ama el dinero, salúdalo y no te fíes de él».

Subsección IV

Cómo la retención y la evacuación son causas

La retención y la evacuación pueden darse de distintos modos, a veces ambas concomitantes, a veces colaborando con otros factores, o muchas veces como causas únicas de la melancolía. Galeno reduce al defecto y a la abundancia este epígrafe[581]; en otras ocasiones, a «todo lo que está separado o permanece».

En el primero de estos casos, bien puede figurar el estreñimiento y la contención de nuestros excrementos ordinarios, pues si a menudo causa otras enfermedades, también en particular ésta de la melancolía. Celso (libro 1, cap. 3) dice, «produce inflamación de la cabeza, embotamiento, oscuridad, dolor de cabeza, etc.». Próspero Calano *(Liber de atra bile)*, considera que no sólo destempla el órgano, «sino también la misma mente, perturbándola»[582]; y a veces es la única causa de la locura, como se puede leer en el primer libro de Schenk, sus *Observaciones médicas*[583]. Un joven mercader que fue a la feria de Nordeling en Alemania, no evacuó durante diez días; y a su regreso estaba gravemente melancólico[584], pensando que le habían robado, y estaba convencido de que todo su dinero se había perdido. Sus amigos pensaban que le habían dado algún filtro, pero Cnelinus, un médico al que se fue a buscar, encontró que su estreñimiento era la única causa, y por tanto le administró un enema, por medio del cual se recuperó rápidamente. Trincavelli (*Consultationes*, 35, libro 1) dice lo mismo de un abogado melancólico, a quien administró una medicina, y Rodrigo de Fonseca (*Consultationes*, 85, tomo 2), de uno de sus pacientes, que estuvo estreñido[585] y por ello afectado de melancolía. Hay otras retenciones y evacuaciones, no simplemente necesarias, sino que ocurren a veces, según cuenta Fernel (*Path.*, libro 1, cap. 15), como la supresión de las hemorroides, las pérdidas mensuales en las mujeres, el sangrar de la nariz, el uso inmoderado o nulo de los placeres de Venus, o cualquier otra enfermedad común.

Vilanova (*Breviarium*, libro 1, cap. 18), Arculano (*In 9 Rhasis*, cap. 16); Victorio Faventino (*Pract. mag.*, tr. 2, cap. 15), Bruel, etc., señalan como causas comunes la detención de las hemorroides o de las pérdidas mensuales. Fuchs (libro 2, sect. 5, cap. 30) va más allá y dice que «muchos hombres curados a destiempo de las hemorroides se han corrompido por la melancolía; intentando evitar a Escila, caen en Caribdis». Galeno (*Liber de hum. commen.* 3, ad text. 26) lo ilustra con un ejemplo de Lucio Marcio, a quien curó de una locura contraída por estos medios, y Schenk tiene otros dos ejemplos de dos mujeres melancólicas y locas por la supresión de sus menstruos[586]. Lo mismo

se puede decir del hecho de sangrar de la nariz, si se corta repentinamente, según se hacía antaño, como deseaba Vilanova[587]; y Fuchs (libro 2, sect. 5, cap. 33) mantiene firmemente «que tal pérdida no se puede parar sin gran peligro»[588].

La omisión del acto venéreo produce efectos semejantes. Mattioli (epist. 5, libro penúltimo) afirma saber «que algunos por vergüenza se privan del acto venéreo, y por consiguiente se vuelven muy pesados y embotados; y otros que son muy tímidos, se vuelven melancólicos, y desmesuradamente tristes». Oribasio (*Med. collect.,* libro 6, cap. 37) habla de algunos, «que si no usan la copulación carnal, están constantemente molestos con pesadez y dolor de cabeza; y algunos están en el mismo caso por su interrupción»[589]. El no usarlo daña a muchos; Arculano (*In 9 Rhasis*, cap. 6) y Magninus (part. 3, cap. 5) piensan que es porque «así se envían vapores venenosos al cerebro y al corazón». Y así lo mantiene el mismo Galeno, «que si esta semilla natural se retiene durante demasiado tiempo en algunos individuos, se convierte en veneno». J. Mercurial, en su capítulo sobre la melancolía, lo cita como una causa especial de esta enfermedad, del priapismo, la satiriasis, etc.[590]. Alí Abbas (5 *Theor.*, cap. 36) recge ésta y muchas otras enfermedades. Vilanova (*Breviarium,* libro 1, cap. 18) dice que él «conocía muchos monjes y viudas gravemente afectados por la melancolía, y sólo por esta causa». Luis Mercado (*De mulierum affectionibus,* libro 2, cap. 4) y Rodrigo de Castro (*De morbis mulierum,* libro 2, cap. 3) tratan por extenso este tema, y consideran que produce un tipo peculiar de melancolía en las doncellas viejas, monjas y viudas[591]: «por la supresión de la menstruación y la omisión del acto venéreo, son tímidas, ansiosas, vergonzosas, sospechosas, débiles, carentes de juicio, tienen gran desesperanza de la vida y de cosas mejores», etc., son melancólicas en el grado más alto y todo por falta de maridos. Elião Montalto (*De melanchia,* cap. 37) confirma otro tanto siguiendo a Galeno, al igual que Wier. Cristóbal de Vega (*De arte medendi,* libro 3, cap. 14) cuenta muchos ejemplos de hombres y mujeres que había visto así de melancólicos. Felix Platter, en el primer libro de sus observaciones, narra la historia de un caballero anciano de Alsacia que «se casó con una joven esposa y no fue capaz de cumplir con sus deberes en este aspecto durante mucho tiempo debido a sus diversas enfermedades; pero ella, por esta inhibición de Venus, cayó en un furor terrible y deseaba que todo el que venía a verla, con palabras, miradas, gestos, tuviera relación con ella», etc. Bernardus Paternus, un médico, dice que conocía «a un buen sacerdote, honesto y bueno, que porque nunca se quiso casar ni hacer uso de los actos venéreos, cayó en convulsiones melancólicas». Hildesheim (*Spicilegia,* 2) ofrece otro ejemplo semejante de un sacerdote italiano melancólico, en una consulta del año 1580. Jason Pratis da un ejemplo de un hombre casado que, desde la muerte de su mujer, «al abstenerse del matrimonio, se volvió excesivamente melancólico». Rodrigo de Fonseca (tomo 2, consult. 85) presenta a un joven afectado así. A estos podéis añadir, si queréis, la presunta historia de un judío, atendido por lo mismo e igualmente curado, sacada de Poggio Florentinus.

El uso inmoderado del acto venéreo es igualmente malo, en el otro extremo. Galeno (*De morbis popular.,* libro 6, sect. 5, text. 26) cuenta a la melancolía entre las enfermedades que «se exasperan con el uso de Venus», igual que Avicena (2, 3, cap. 11), Oribasio (loc. cit.), Ficino (*De sanitate tuenda,* libro 2), Marsilius Cognatus, Montalto (cap. 27), Guianerius (tr. 3, cap. 2)[592]. Magninus (cap. 5, part. 3) da como razón que «enfría y seca el cuerpo, consume los espíritus», y por lo tanto se considera que todos los que son fríos y secos deben tener cuidado y evitarlo como a un enemigo mortal. Jacchinus (*In 9 Rhasis,* cap. 15) lo atribuye a la misma causa, y pone un ejemplo de uno de sus pacientes, que se casó con una mujer joven en un verano caluroso, «y que se secó tanto por el trabajo de su dormitorio, que en un corto espacio de tiempo se volvió, de melancólico, en loco»; le curó con remedios humectantes. Encuentro un ejemplo semejante en Laelius de Fonte Eugubinus (consul. 129), de un caballero de Venecia que en una ocasión estaba melancólico y después loco. Leed en él la historia con más detalle.

Cualquier otra evacuación detenida lo provocará, igual que las nombradas arriba, sea bilis, úlcera[593], pérdidas, etc. Hércules de Sajonia (libro 1, cap. 16) y Gordon, verifican esto según su experiencia. Vieron a un melancólico herido en la cabeza que, mientras que la llaga estaba abierta, tenía intervalos de mente lúcida; pero cuando se le atajó, su melancolía hizo presa en él él de nuevo.

Las evacuaciones artificiales producen un efecto muy semejantes, como las saunas, baños, sangrías, purgas, cuando se usan intempestiva e inmoderadamente. Los baños secan demasiado si se usan en exceso, sean naturales o artificiales, y dañan tanto si son extremadamente calientes como si lo son fríos[594]; los unos secan, los otros refrigeran demasiado. Montano (consil 137) dice que calientan excesivamente el hígado. J. Struthius (*Stigmat. artis,* libro 4, cap. 9) asegura «que si uno está más de lo normal en el baño, entra muy a menudo o a horas intempestivas, pudre los humores de su cuerpo». En este sentido escribe Magninus (libro 3, cap. 5). Guianerius (tr. 15, cap. 21) desaconseja totalmente todos los baños calientes a los melancólicos adustos: «he visto, dice, a un hombre que padecía de gota, que para liberarse de esta enfermedad vino al baño y se curó instantáneamente de esta enfermedad, pero cogió otra peor, que era la locura». Pero este juicio varía según el tipo de humor, frío o caliente: los baños pueden ser buenos para un melancólico, malos para otro; lo que la curará en este individuo, puede causarla en otro.

La flebotomía, muchas veces descuidada, puede hacer mucho daño al cuerpo cuando hay un exceso manifiesto de humores malos y de sangre melancólica. Y cuando estos humores se calientan y hierven, si no se usa a tiempo, los individuos afectados, al inflamarse así, están en gran peligro de volverse locos. Pero si se usa imprudente, inoportuna e inmoderadamente, hace tanto daño como con la refrigeración del cuerpo, ofuscando los espíritus y consumiéndolos. Como bien reprende J. Curio en su décimo capítulo[595], tal tipo de fletobomía hace más daño que bien: «los humores arden mucho más

que antes, y está tan lejos de evitar la melancolía que la aumenta y debilita la vista»[596]. Próspero Calano[597] observa lo mismo de toda flebotomía, a menos que se mantenga una buena dieta después. Ciertamente, como dice Leonardus Jacchinus según su propia experiencia[598], «en muchos hombres la sangre es mucho más negra después de hacerles la sangría que al principio». Por esta razón quizás Salustio Salviano (libro 2, cap. 1) no quiere admitir u oír hablar de ninguna sangría en esta enfermedad, a menos que sea claro que procede de la sangre. Era (al parecer) según sus propias palabras en ese libro, dueño de un hospital de locos, «y encontró tras larga experiencia que este tipo de evacuación, ya en la cabeza, en el brazo, ya en cualquier otra parte, hacía más mal que bien»[599]. Felix Platter[600] se opone a esta opinión: «aunque algunos no admiten, desaconsejan o contraindican la flebotomía en la melancolía, sin embargo en mi larga experiencia he hallado que muchos se han salvado así, después de que se les ha sangrado veinte, no, sesenta veces, y han vivido felices después. Era algo común antiguamente, en tiempos de Galeno, sacar de una vez a dichos hombres seis libras de sangre, aunque ahora apenas nos atrevemos a sacarla en onzas; pero los médicos decidirán»; hay grandes libros escritos sobre este tema.

El purgar por arriba y por abajo, cuando hay abundancia de malos humores retenidos, puede ser para mal. Como dijimos respecto a lo precedente, si la purga es excesiva, demasiado frecuente o violenta, debilita la fuerza de los pacientes, dice Fuchs (libro 2, sec. 2, cap. 7). O si son más fuertes o capaces de soportar la medicina, sin embargo les lleva a un mal hábito, no hacen de su cuerpo más que una botica, y a esta enfermedad necesariamente seguirán otras.

Subsección V

Los malos aires como causa de la melancolía

El aire es una causa de gran importancia en la producción de ésta o cualquier otra enfermedad, puesto que se introduce en nuestros cuerpos y en nuestras partes más internas por medio de la respiración. «Si es impuro y obscuro, aflige los espíritus, y causa enfermedades por la infección del corazón», según lo consideran Pablo de Egina (libro 1, cap. 49), Avicena (libro 1), Galeno (*De sanitate tuenda*), Mercurial, Montalto, etc. Fernel dice: «un aire espeso espesa la sangre y los humores»[601]. Lemnio[602] cuenta dos cosas principales muy provechosas y perniciosas para el cuerpo: el aire y la dieta; y no hay nada que cause antes esta enfermedad particular (sostiene Joubert[603]) que el aire que respiramos y donde vivimos. Tal cual sea el aire, así son nuestros espíritus; y como nuestros espíritus, así son nuestros humores. Daña especialmente si es un aire demasiado caliente y seco[604], espeso, fuliginoso, oscuro, desagradable o tempestuoso. Bodin, en su libro quinto, *La république,* cap 1 y 5, de su método de historia, prueba que los países calientes están más afectados por la melancolía y que por lo tanto hay en España, África y Asia Menor un gran número de locos, hasta tal punto que en todas las ciudades de importancia se ven obligados a construir hospitales especiales para ellos. Leo Afer (*De Fesa Urbe,* libro 3)[605], Ortels y Zwinger lo confirman: son normalmente tan coléricos en su habla que apenas pasan dos palabras sin injuriar o regañar en la conversación normal, y habitualmente se pelean en las calles. Gordon considera que todo el mundo se da cuenta de ello[606]: «sabéis, dice, que en los países cálidos es mucho más común que en los fríos». Aunque esto que acabamos de decir no es así siempre, pues como dice acertadamente Acosta[607], bajo el mismo Ecuador, la morada es mucho más templada, el aire saludable, es un paraíso de placer: las hojas están siempre verdes, los chaparrones son refrescantes. Pero se sostiene para aquellos que son calientes de forma inmoderada, como encontró J. Meggen en Chipre[608], otros en Malta, Apulia[609] y en Tierra Santa, donde en algunas estaciones del año no hay más que polvo, sus ríos se secan, el aire es caliente y abrasador y la tierra se inflama. Hasta tal punto que muchos peregrinos que van descalzos por devoción desde Joppa a Jerusalén sobre arenas calientes, a menudo se vuelven locos, o si no, son tragados en las arenas, como en muchas partes de África, Arabia desértica, Bactriana, ahora Balkh, cuando sopla el viento del oeste, «las nubes de arena a veces entierran a los viajeros»[610].

Hércules de Sajonia[611], profesor en Venecia, da como causa de que muchas mujeres venecianas estén melancólicas «que están demasiado tiempo al

sol». Montano (consil. 21), entre otras causas por las que un judío, paciente suyo, estaba loco, considera ésta: «porque se había expuesto demasiado al calor y al frío». Y por eso en Venecia hay poca actividad en las calles pavimentadas de ladrillo en verano hacia el mediodía, están en su mayor parte dormidos: como en la mayor parte de los países del Gran Mogol, y por las Indias Orientales. En Adén, en Arabia, como cuenta Lodovico di Varthema en sus viajes[612], abren sus mercados por la noche, para evitar los extremos del calor, y en Ormuz, como ganado en el pasto, la gente de todo tipo se tumba en agua hasta la barbilla durante todo el día. En Braga en Portugal, Burgos en Castilla, Mesina en Sicilia, por toda España e Italia, sus calles son en su mayor parte estrechas, para evitar los rayos del Sol. Los turcos llevan grandes turbantes «para reflejar los rayos del Sol», y el aire caliente de Bantam, en Java, produce muchas inconveniencias para nuestros hombres que residen allí por el comercio; allí hace tanto calor «que los que están enfermos de morbo gálico normalmente se curan al sol, para secar sus heridas». Leo tales quejas de las islas de Cabo Verde, a catorce grados del Ecuador, que tienen mal nombre; alguno[613] las considera el clima más insalubre del mundo, por las fluxiones, las fiebres, los frenesís, calenturas, que habitualmente atacan a los marineros que las tocan, y todo debido a la destemplanza caliente del aire. Los hombres más duros están afectados con este calor, y los campesinos más fuertes no lo pueden resistir, como afirma Constantino (*Agricultura,* libro 2, cap. 45). Ni los que nacen en ese aire lo pueden soportar[614], como recoge Niger de algunas partes de Mesopotamia, llamada ahora Diarbecha[615]: «allí hace tanto calor en algunos sitios, que los hombres del país y el ganado mueren por ello». Y Adricomius dice de Arabia Felix[616], que debido a la mirra, el incienso y las especias picantes que crecen allí, el aire es tan pernicioso para sus cerebros que los mismos habitantes a veces no pueden soportarlo, mucho menos los debiluchos y extranjeros[617]. Amatus Lusitanus (cent. 1, curat. 45) cuenta de una joven doncella, que era hija de un tal Vicente, curtidor, de unos trece años, que se lavaba el pelo al calor del día en julio, y lo dejaba secar al sol, «para hacerlo más rubio, pero por ello, quedándose mucho al sol, se le inflamó la cabeza, y se volvió loca».

El aire frío, en el otro extremo, es casi tan malo como el caliente, y así lo estima Montalto (cap. 11), si además es seco. En los países del norte, la gente está por ello embotada, se siente pesada y hay muchas brujas, cosa que (como ya he citado antes) Saxo Grammatico, Olao y Giambattista della Porta atribuyen a la melancolía. Pero estos climas fríos están más sujetos a la melancolía natural (no a la artificial), que es fría y seca. Quizá por esta razón, Mercurio Británico[618] pone a los melancólicos a habitar bajo el polo. El peor de los tres es un aire espeso, obscuro, brumoso, nebuloso[619], o los que proceden de los pantanos, de campos cenagosos, lagos, estercoleros, sumideros, donde hay cadáveres o inmundicias, o de donde procede algún olor apestoso y asqueroso. Galeno, Avicena, Mercurial, los médicos antiguos y modernos, mantienen que dicho aire es insalubre, y engendra melancolía, plagas y cualquier cosa.

Alejandreta, una ciudad-puerto en el mar Mediterráneo[620], San Juan de Ulloa, un puerto en Nueva España, se censuran mucho por su mal aire, al igual que Durazzo en Albania, Lituania, Ditmarsh, las lagunas Pontinas en Italia, los territorios cercanos a Pisa, Ferrara, etc., entre nosotros el pantano Romney, los «Hundreds» en Essex, los pantanos de Lincolnshire. Cardano (*De rerum varietate*, libro 17, cap. 96) considera incorrecta la localización de las ciudades ricas y muy pobladas de los Países Bajos, como Brujas, Gante, Amsterdam, Leiden, Utrecht, etc., porque su aire es malo; y lo mismo en Estocolmo en Suecia, Reggio di Calabria en Italia, Salisbury entre nosotros, Hull y Lynn. Pueden ser útiles para la navegación estos nuevos tipos de forticaciones, y para muchos otros buenos y necesarios usos, pero, ¿son salubres? La antigua Roma ha descendido de las colinas al valle, es la situación de la mayoría de nuestras ciudades, y se considera mejor construir en planicies para aprovecharse de los ríos. Leander Albertus aboga mucho por el aire y la situación de Venecia, aunque las tierras negras cenagosas aparecen cada vez que baja el agua; el mar, el fuego y el humo (según cree) purifican el aire, y algunos piensan que un aire espeso y nebuloso ayuda a la memoria, como en Pisa en Italia[621]. Nuestro Camden, siguiendo a Platón, recomienda la situación de Cambridge, porque está cerca de los pantanos.

Pero sea cual sea la situación de dichos sitios, ¿cómo se pueden excusar los que tienen un lugar delicioso, un aire agradable, y todo lo que la naturaleza puede permitirse, y sin embargo por su propia inmundicia y desaseo, por su modo de vida inmundo y sórdido, soportan que el aire se corrompa, y que ellos mismos se ahoguen? Muchas ciudades de Turquía tienen mala fama en este sentido, la misma Constantinopla, donde normalmente la carroña está en la calle. Algunos encuentran el mismo defecto en España, incluso en Madrid, la sede del rey: un aire excelente, un lugar agradable, pero los habitantes son personas desaseadas, y las calles están sin limpiar.

Un aire molesto y borrascoso es tan malo como un tiempo impuro, duro e inmundo, vientos impetuosos, días nublados oscuros, como ocurre normalmente entre nosotros, «un cielo sucio», lo llama Polidoro[622], «y en el que se generan nubes fácilmente», como escribió Quinto a su hermano Tulio a Roma, siendo aquél cuestor en Bretaña. «En un aire espeso y nebuloso, dice Lemnio[623], los hombres son tétricos, tristes y malhumorados; y si sopla el viento de oriente y hay calma o un buen día soleado, hay una especie de alacridad en las mentes de los hombres; alegra a los hombres y animales; pero si hace un tiempo turbulento, duro, nublado, tormentoso, los hombres están tristes, torpes, y muy afligidos, enfadados, irascibles, embotados y melancólicos». Era la experiencia de Virgilio en otros tiempos[624]:

> «Pero cuando la cara del cielo cambia del buen tiempo a las tempestades y la lluvia, nuestras mentes se alteran, y en nuestros pechos aparecen nuevos sentimientos inmediatamente».

¿Y quién que conozca el tiempo no está contra tales y cuales conjuncio-

nes de planetas, o está afectado por un tiempo nocivo, embotado y pesado en tales estaciones tempestuosas? «Acuario trae días fríos y tristes»[625], la fecha lo requiere y el otoño lo alimenta. El invierno es semejante a él, feo, sucio, escuálido. El aire influye sobre todos los hombres, más o menos, pero especialmente sobre los que son melancólicos, o propensos a ello, como sostiene Lemnio: «están muy enfurecidos por eso, y los que ya están locos se enfurecen abiertamente, ya sea con o contra la tempestad. Además, el demonio se aprovecha muchas veces de tales tormentas, y cuando el aire agita los humores, penetra en ellos, agita nuestros espíritus y mortifica nuestras almas; como las olas del mar, así se expulsan los espíritus y los humores de nuestro cuerpo con los vientos tempestuosos y las tormentas». Para los que son melancólicos, por lo tanto, Montano (consil. 24) considera que se ha de evitar el aire tempestuoso y duro y (consil. 27) todo aire nocturno, y no les permite que paseen fuera salvo durante un día agradable. Lemnio (libro 3, cap. 3) desaconseja los vientos del sur y del este, recomienda el del norte. Montano (consil. 31) ordena que no se abran las ventanas por la noche[626]. En sus consejos 229 y 230, desaconseja especialmente el viento del sur y el aire nocturno, al igual que Plutarco[627]. La noche y la oscuridad hacen a los hombres tristes, al igual que todas las bóvedas subterráneas, las casas oscuras, las cuevas, las rocas y los lugares desiertos causan melancolía en un instante, especialmente a los que no las usan habitualmente o se acostumbran a ellas de otra forma. Leed más sobre el aire en Hipócrates, Aecio (libro 3, del capítulo 171 al 175), Oribasio (del capítulo 1 al 21), Avicena (libro 1, can. fen. 2, doc. 2, fen. 1, cap. 123, al. 12), etc.

Subsección VI

Cómo el ejercicio inmoderado es una causa. La soledad y la ociosidad

No hay nada tan bueno como para abusar de ello. No hay nada mejor que el ejercicio (si se usa convenientemente) para la preservación del cuerpo, no hay nada tan malo cuando es intempestivo, violento o excesivo. Fernel, siguiendo a Galeno (*Path.*, libro 1, cap. 16), dice «que el mucho ejercicio y el cansancio consumen los espíritus y la sustancia, refrigeran el cuerpo; y los humores que, si no, la naturaleza habría digerido y expulsado, los altera y los hace enfurecer. Y, al estar así de enfurecidos, afectan y molestan de diversas maneras al cuerpo y a la mente». Así ocurre si se usa inmoderadamente, con el estómago lleno, o cuando el cuerpo está lleno de indigestiones. Fuchs (*Instit.*, libro 2, sect. 2, cap. 4), lo critica mucho, dándolo como causa por la que los escolares en Alemania tienen tan a menudo sarna, porque hacen el ejercicio poco después de las comidas. Bayruspone en tela de juicio tal ejercicio[628], porque «corrompe la comida del estómago y lleva el mismo jugo crudo, y todavía sin digerir, a las venas» (dice Lemnio) «y allí se corrompe y se confunde con los espíritus animales»[629]. Crato (consil. 21, libro 2) protesta contra todo ejercicio después de las comidas, por ser el mayor enemigo de la digestión que pueda haber, y causa la corrupción de los humores, que produce ésta y muchas otras enfermedades[630]. Entonces, no sin buen motivo Salustio Salviano (libro 2, cap. 1) y L. Jacchinus *(In 9 Rhasis)*, Mercurial, Arculano, y muchos otros, apuntan el ejercicio inmoderado como causa muy potente de la melancolía.

Lo contrario al ejercicio es la ociosidad (la insignia de la nobleza) o falta de ejercicio, la perdición del cuerpo y del alma, la criada de la maldad, la madrastra de la disciplina, el principal autor de todo perjuicio, uno de los siete pecados capitales, y por sí sola causa ésta y muchas otras enfermedades, el cojín del demonio, como la llama Walter[631], su almohada y principal reposo. «Pues la mente nunca puede descansar, sino que siempre medita sobre una u otra cosa; a menos que se ocupe de negocios honestos, espontáneamente se precipita a la melancolía». «Al igual que el ejercicio excesivo y violento perjudica por un lado, así lo hace una vida ociosa por otro» (dice Crato), «llena el cuerpo de flema, humores espesos y todo tipo de obstrucciones, reumas, catarros, etc.»[632]. Al Razí (*Continens*, libro 1, tr. 9) lo considera como la mayor causa de melancolía. «He visto a menudo, dice, que una gran ociosidad genera este humor más que ninguna otra cosa». Montalto (cap. 1) le secunda siguiendo su propia experiencia: «los que están ociosos están mucho más sujetos a la melancolía que los que están ocupados o empleados en algún oficio o

negocio»[633]. Plutarco considera a la ociosidad como la causa suficiente de la enfermedad del alma: «los hay, dice, trastornados mentalmente, que no tienen más causa que ésta»[634]. Homero (*Ilíada*, I) presenta a Aquiles comiéndose su propio corazón en su ociosidad, porque no podía luchar. Mercurial (consil. 86) argumenta que es la causa principal de los jóvenes melancólicos. ¿Por qué estaba melancólico?: porque estaba ocioso[635]. Nada la genera más pronto, la aumenta y prolonga más a menudo que la ociosidad[636]. Es una enfermedad común entre todas las personas ociosas, un compañero inseparable de los que viven descansadamente, tienen una vida sin acción, no tienen un empleo ni un oficio ordinario en los que ocuparse, tienen poca necesidad; y aunque la tengan, tal es su pereza o embotamiento, que no se pondrán a hacer nada. No pueden soportar el trabajo, aunque sea necesario y fácil, como vestirse a sí mismos, escribir una carta, o similares. Sin embargo, como el que está entumecido por el frío y se sienta todavía temblando, sin aliviarse con un poco de ejercicio o movimiento, se quejan pero no usarán los medios fáciles y dispuestos que les hacen bien; y así están siempre atormentados con la melancolía. Especialmente si antes se les ha educado para los negocios, o para tener mucha compañía, y de repente vienen a llevar una vida sedentaria, les atormenta el alma, y les atrapa en un instante. Porque mientras están empleados de algún modo, en acción, conversación, con cualquier negocio, entretenimiento o recreo, o en compañía de su gusto, se encuentran muy bien, pero si están solos u ociosos, se atormentan de nuevo al instante. Un día de soledad, una hora a veces, les hace mucho más daño que el bien que les puede hace una semana de medicina, trabajo y compañía. La melancolía les atrapa inmediatamente cuando están solos, y es tal la tortura que, como bien dice el sabio Séneca, «preferiría estar enfermo que ocioso».

La ociosidad es corporal o mental. La corporal no es más que un tipo de pereza entorpecedora, un ejercicio intermitente, que, si podemos creer a Fernel, «causa indigestiones, obstrucciones, humores excrementicios, ahoga el calor natural, embota los espíritus, y los inabilita para hacer cualquier cosa»[637].

> «En los campos desatendidos nace la mala hierba que ha de quemarse»[638].

Al igual que el helecho y todo tipo de hierbas crecen en campos sin cultivar, también lo hacen los humores espesos en un cuerpo ocioso. Un caballo que nunca viaja, que está metido en un establo, un halcón que pocas veces vuela, enjaulado, están ambos sujetos a enfermedades; éstos, si se les suelta, están muy libres de cualquiera de esos impedimentos. Un perro ocioso estará sarnoso, ¿cómo pensará escapar una persona ociosa? La ociosidad mental es mucho peor que la corporal; el ingenio sin empleo es una enfermedad[639], «la herrumbre del alma, una plaga, el mismo infierno»[640], «el mayor perjuicio para el alma», lo llama Galeno. «Al igual que en un charco estancado aumentan los gusanos y reptiles sucios» (el agua se pudre, y lo mismo el aire, si no lo agita continuamente el viento), «del mismo modo lo hacen el mal y los pensamientos corruptos en las personas ociosas»[641], el alma se contamina. En una repú-

blica donde no hay un enemigo público, hay, probablemente, guerras civiles y se enfurecen contra ellos mismos. Este nuestro cuerpo, cuando está ocioso y no sabe cómo emplearse, se atormenta y mortifica con preocupaciones, penas, falsos temores, descontentos, y sospechas, se tortura y se consume en sus propios intestinos, y nunca descansa. Me atrevo a afirmar que el o la que está ocioso, sea de la condición que sea, nunca será tan rico, tan bien allegado, afortunado, feliz, aunque tenga en abundancia y felicidad todo lo que su corazón pueda querer y desear, toda la satisfacción; mientras que él o ella o ellos estén ociosos, nunca estarán complacidos, nunca estarán bien en el cuerpo o en la mente, sino siempre cansados, siempre enfermizos, siempre molestos, siempre a disgusto, lamentándose, suspirando, afligiéndose, sospechando, irritados contra el mundo, con todo objeto, deseando consumirse o morirse, o si no se dejan llevar por una u otra fantasía insensata. Y esta es la verdadera razón por la que tantos grandes hombres, señoras, y damas, padecen esta enfermedad en el campo y la ciudad, pues la ociosidad es un apéndice de la nobleza. Consideran una desgracia trabajar y pasan sus días con entretenimientos, recreaciones y pasatiempos, y por lo tanto no se esforzarán, no tendrán ninguna vocación. Se alimentan liberalmente, lo pasan bien, necesitan ejercicio, acción, empleo (pues, como ya he dicho, no pueden soportar trabajar), y compañía para sus deseos, y de ahí que sus cuerpos se vayan llenando de humores espesos, flatulencia, indigestiones, y que sus mentes estén inquietas, embotadas, pesadas, etc. Las preocupaciones, los celos, el temor de algunas enfermedades, las convulsiones tétricas y las convulsiones de llanto les atrapan comúnmente[642].

¿Pues en qué no afectarán el temor y la fantasía al cuerpo ocioso? ¿Qué destemplanzas no causarán? Cuando los hijos de Israel murmuraban contra el Faraón de Egipto[643], él mandó a sus capataces que redoblaran su tarea, y que les hicieran buscar la paja por sí mismos, y cocer también una buena cantidad de ladrillos, pues la única causa por la que se amotinaban y eran malos es que «están ociosos». Cuando oigáis y veáis tantas personas descontentas en todos los lugares donde vayáis, tantas ofensas, quejas innecesarias, temor y sospechas[644], el mejor medio para repararlo es ponerlos a trabajar, ocupando sus mentes; porque la verdad es que están ociosos. Bien pueden construir castillos en el aire durante algún tiempo y calmarse con humores fantásticos y agradables, pero al fin se revelarán tan amargos como hiel, estarán siempre, digo, descontentos, suspicaces, temerosos, celosos, tristes, enfadándose y mortificándose[645]; mientras estén ociosos, es imposible agradarles. «El que no sabe cómo ocupar su tiempo, tiene más ocupación, preocupaciones, pesar y ansiedad del alma que el que está muy ocupado inmerso en sus negocios», como pudo observar Aulo Gelio[646]. «Una persona ociosa –continúa– no sabe cúando está bien, lo que le gustaría tener, o a dónde le gustaría ir», «en cuanto llega a un sitio, quiere irse», se cansa de todo, todo le desagrada, cansado de vivir, «no está feliz ni en casa ni fuera, vaga y vive fuera de sí». En una palabra, cuán perjudiciales son los efectos de la pereza y de la ociosidad, no lo puedo encon-

trar expresado más adecuadamente que en estos versos de Filólaques en el poeta cómico[647], que por su elegancia, insertaré parcialmente.

> «Cuando una casa está preparada, acabada con toda ley, se alaba al arquitecto,... todos la quieren como modelo... Pero cuando llega a ella un vago,... viene la tempestad, rompe las tejas y ladrillos... destruye el trabajo del arquitecto... Ahora quiero enseñaros que debéis juzgar a los hombres como a una casa. En primer lugar, los padres son los arquitectos de sus hijos, echan sus cimientos, los crían, procuran con diligencia que salgan robustos. Yo, realmente, fui hombre de bien y honrado mientras estuve bajo el mando de mis arquitectos. En cuanto empecé a vivir a mis anchas, destruí al punto y por completo su trabajo. Vino la ociosidad, que fue para mi una tempestad; ella me trajo el granizo y la lluvia; ella me arrebató la vergüenza y las trazas de virtud».

Un joven es como una buena casa nueva; el carpintero la deja bien construida, bien compuesta, con material sólido; pero un mal morador deja que entre la lluvia, y por falta de reparación se deteriora, etc. Nuestros padres, tutores y amigos, no escatiman ningún coste para educarnos en nuestra juventud con todo tipo de enseñanzas virtuosas; pero cuando se nos deja solos, la ociosidad, como una tempestad, saca todos los ímpetus virtuosos de nuestras mentes, y *nihil sumus*. De repente, por la pereza y malos caminos similares, venimos a la nada.

Primo-hermano de la ociosidad y causa concomitante que va mano a mano con ella, es la excesiva soledad, según testimonio de todos los médicos[648], causa y síntoma a la vez. Pero la consideramos aquí aquí como causa cuando es coactiva o forzosa, o cuando es voluntaria. La soledad forzada se ve normalmente en los estudiantes, monjes, frailes, anacoretas, que por el orden y curso de su vida deben abandonar toda compañía y reunión con otros hombres, y recluirse en celdas privadas. «Reclusos por un ocio supersticioso», como bien lo denominan Bale y Hospinian, como los cartujos de nuestra época, que no comen carne (por su orden), mantienen perpetuo silencio, nunca salen; los que viven en la cárcel, o en algún lugar desierto, y no pueden tener compañía, como muchos compatriotas nuestros que viven en casas solitarias, y deben estar solos sin compañeros o vivir más allá de sus posibilidades y hospedar como anfitriones a todos los que vienen, o si no conversar con sus sirvientes y mozos, que no son sus iguales, sino inferiores a ellos y de disposición contraria. O bien, como hacen algunos para evitar la soledad, pasan su tiempo con compañeros lujuriosos en tabernas y cervecerías, y se hacen adictos a algunos pasatiempos ilegales o a correrías disolutas. Varios, por otra parte, se ven arrojados a esta roca de la soledad por falta de medios o por una fuerte aprehensión de alguna enfermedad, desgracia, o porque por vergüenza, descortesía, simpleza, no se pueden acomodar a la compañía de los demás. «Para los malvados, ningún lugar es más agradable que aquel donde no hay nadie que repruebe su miseria». Esta soledad forzada sucede y produce su efecto antes en los que han pasado su tiempo con jovialidad, quizá en hones-

tas recreaciones, en buena compañía, en alguna familia grande o ciudad populosa, y de repente se ven confinados a una cabaña campestre lejana, con su libertad restringida, y alejados de sus compañeros habituales. La soledad es muy enfadosa y de lo más tedioso para ellos, y es causa repentina de grandes inconvenientes.

La soledad voluntaria es la más común a la melancolía, y seduce suavemente como una sirena, un cuerno de caza, o alguna esfinge a este golfo irrevocable. Lepois[649] la llama causa primaria. Al principio es muy agradable, para los que son melancólicos natos, yacer en la cama días enteros, y permanecer en sus habitaciones, pasear solos por alguna arboleda solitaria, entre el bosque y el agua, al lado de un arroyo, para meditar acerca de algún tema delicioso y agradable que les conmueva mucho; es «una locura agradable» y «un error mental gratísimo». Es un placer incomparable melancolizar así, y construir castillos en el aire, ir riéndose consigo mismo, interpretando una variedad infinita de papeles, que suponen e imaginan fuertemente que representan, o que ven interpretados o hechos. «Es deleitoso al principio», dice Lemnio, concebir y meditar a ratostales cosas agradables «presentes, pasadas o por venir», como dice Al-Razí. Estos entretenimientos son tan placenteros al principio, que podrían pasar días y noches enteros sin dormir, incluso años enteros en dichas contemplaciones y meditaciones fantásticas, que son como sueños, y difícilmente se les sacará de ellos, o los interrumpirán voluntariamente. Sus imaginaciones vanas son tan agradables que descuidan sus obligaciones habituales y negocios necesarios, no se pueden centrar ellos, o en casi ningún estudio o empleo. Estos pensamientos fantásticos y hechizantes les atrapan, se introducen en ellos, se les insinúan, les poseen, les sobrevienen, les distraen y les detienen tan secretamente, tan sensiblemente, tan urgentemente, tan continuamente, que no pueden, digo, emprender sus negocios más necesarios, detenerse o librarse de ellos, sino que están siempre pensativos, melancolizando, y con ellos a cuestas; como el que (dicen) ronda alrededor de un matorral con un duende por la noche, corren fervorosamente por este laberinto de meditaciones melancólicas, ansiosas y solícitas, y no pueden contenerse bien o voluntariamente o dejarlo fácilmente, yendo y viniendo como un péndulo, y siempre agradando sus humores, hasta que al fin la escena se cambia de repente por algún mal objeto, y ellos, estando ahora habituados a tales meditaciones vanas y a tales lugares solitarios, no pueden soportar la compañía, no pueden reflexionar más que sobre temas agrios y desagradables.

El temor, la tristeza, la sospecha, el pudor rústico, el descontento, las preocupaciones y el cansancio de la vida les sorprenden en un momento, y no pueden pensar en nada más, con sospechas continuas desde que se despiertan, pues esta plaga infernal de la melancolía las atrapa y aterroriza sus almas, representando objetos funestos en sus mentes que no pueden evitar por ningún medio, ningún esfuerzo, ninguna persuasión, «la flecha mortal sigue en su costado», no se pueden alejar, no pueden resistirse[650]. No puedo negar que hay meditaciones provechosas, contemplaciones y algún tipo de soledad que se

han de admitir, aquella que los Padres tanto recomendaban, Jerónimo[651], Crisóstomo, Cipriano, Agustín, en tratados enteros, la que Petrarca, Erasmo, Diego de Estella y otros alaban tanto en sus libros. Es un paraíso, un cielo en la tierra si se usa correctamente, bueno para el cuerpo y mejor para el alma: como lo usan muchos antiguos monjes, para la contemplación divina, como Símulo, un cortesano de la época de Adriano y el emperador Diocleciano, que se retiraron, etc. En ese sentido, «los que están inspirados por los dioses saben vivir solos», como acostumbraban a decir los romanos cuando recomendaban la vida del campo. O si se usa para la mejora del conocimiento, como han hecho siempre Demócrito, Cleantes y todos esos excelentes filósofos, al apartarse del mundo tumultuoso, como en la Villa Laurentana de Plinio, las Tusculanas de Cicerón, el estudio de Giovio, para poder servir a Dios y seguir sus estudios.

Me parece, por tanto, que nuestros innovadores excesivamente celosos no estaban demasiado bien aconsejados en el trastorno general de las abadías y las casas religiosas, cuando derribaron indiscriminadamente todo; podían haber extirpado los grandes abusos surgidos entre ellos, haber rectificado tales inconveniencias y no haberse encolerizado y enfurecido contra los buenos edificios y monumentos eternos de la devoción de nuestros padres consagrados a usos píos. Algunos monasterios y celdas de colegiatas bien podían haberse conservado, y haber empleado sus rentas de otro modo, aquí y allí, en buenas villas o ciudades al menos, para que vivieran en ellas hombres y mujeres de todo tipo y condición, para apartarse de los cuidados y tumultos del mundo los que no estaban deseosos o preparados para casarse, o que no querían verse turbados por los asuntos comunes y no sabían bien dónde emplearse, para vivir aparte, para una mayor utilidad, buena educación, mejor compañía, seguir sus estudios (digo), para la perfección de las artes y las ciencias, el bien común, y, como algunos monjes devotos habían hecho en otros tiempos, servir a Dios libre y verdaderamente. Pues esos hombres no son ni solitarios ni ociosos, como le respondió el poeta al campesino que le imputó la ociosidad en Esopo: nunca estuvo tan ocioso como en su compañía. O lo que dijo Escipión el Africano en Cicerón[652]: «nunca estaba menos solitario que cuando estaba solo, nunca más ocupado que cuando parecía estar más ocioso». Platón relata en su diálogo *De amore*, en la prodigiosa alabanza de Sócrates, cómo si por casualidad le venía a la mente a Sócrates una profunda meditación, se quedaba meditando de la mañana al mediodía, y si entonces todavía no había acabado su meditación, continuaba pensando todavía así hasta la tarde. Los soldados (pues él entonces seguía al campamento) le observaban con admiración, y expresamente le miraban toda la noche, pero él perseveraba inamovible hasta que salía el Sol por la mañana y entonces, saludando al Sol, seguía su camino. En qué humor hizo esto el tenaz Sócrates, no lo sé, o cómo podía estar afectado, pero esto sería pernicioso para otro hombre; qué intrincado asunto le podía poseer así, no lo puedo adivinar fácilmente.

Pero éste es un «ocio ocioso», es muy diferente con el resto de los hom-

bres, de acuerdo con Séneca, «la soledad nos lleva a todo tipo de mal»; esta soledad nos arruina, «es el enemigo de la vida social»; es una soledad destructiva. Estos hombres son demonios solos, como dice el refrán, «un hombre solo, o es un santo o es un demonio», «o languidece o enorgullece su mente»; y ¡ay, de los solos![653] en este sentido, ¡ay del que está solo! Estos infelices normalmente degeneran, de hombres y de criaturas sociables se convierten en bestias, monstruos, inhumanos, feos a la vista y misántropos; incluso se aborrecen a sí mismos y odian la compañía de los hombres, como tantos Timones, Nabucodonosores, por consentir demasiado a estos humores agradables, y por su propia negligencia. De modo que lo que postuló Mercurial (consil. 11) en cierta ocasión para un paciente melancólico se puede aplicar con justicia a toda persona solitaria y ociosa en particular: «la naturaleza se puede compadecer justamente de ti, que mientras ella te dio un temperamento bueno y saludable, un cuerpo sano, y Dios te ha dado un alma tan divina y excelente, tantas partes buenas y dones provechosos, tú no sólo los has despreciado y rechazado, sino que los has corrompido, viciado, has arruinado su temperamento e infectado esos dones con el desenfreno, la ociosidad, la soledad y muchos otros medios. Eres un traidor de Dios y de la naturaleza, un enemigo de ti mismo y del mundo. Te has perdido voluntariamente, has naufragado, tú mismo eres la causa eficiente de tu propia miseria, por no resistir tales vanos pensamientos, sino por darles paso».

Subsección VII

El sueño y la vigilia como causas

Lo que he dicho antes del ejercicio lo puedo repetir ahora para el sueño. No hay nada mejor que el sueño moderado, nada peor si se usa en extremo o intempestivamente. Es una opinión aceptada que un melancólico no puede dormir mucho; «el sueño excesivo les resulta beneficioso», su único antídoto, pues nada les perturba más o les causa antes esta enfermedad que el insomnio. Sin embargo, en algunos casos el sueño puede hacer más daño que bien, en el melancólico flemático, sucio, frío y lento del que habla Melanchthon, que piensa en el agua, suspirando en su mayor parte, etc. Embota los espíritus y los sentidos si es excesivo[654], llena la cabeza con humores espesos, causa destilaciones, reúmas, un gran almacenamiento de excrementos en el cerebro y todas las demás partes, como dice Fuchs[655] de los que duermen como lirones. O si se hace durante el día, con el estómago lleno, con el cuerpo mal compuesto para descansar o después de comidas fuertes, aumenta los sueños temerosos, los íncubos, el sonambulismo, las voces, y provoca mucha inquietud. «Tal sueño dispone al cuerpo», como observa alguno[656], «a muchas enfermedades peligrosas». Pero, como ya he dicho, la excesiva vigilia es tanto un síntoma como una causa ordinaria: «causa sequedad del cerebro, frenesí, desvarío, y hace al cuerpo seco, magro, duro y feo a la vista», según lo considera Lemnio[657]. «La temperatura del cerebro se corrompe por ello, los humores se hacen adustos, los ojos se hunden en la cabeza, se aumenta la cólera y todo el cuerpo se inflama». Y, como se puede añadir siguiendo a Galeno (3, *De sanitate tuenda*) y Avicena (3, 1): «destruye el calor natural, causa indigestiones, estropea la cocción»[658] y todo lo demás. Por lo tanto, no sin motivo, Crato (consil 21, libro 2), Hildesheim (*Spicilegia*, 2, *De delirio et mania*), Jacchinus, Arculano sobre Al-Razí, Guianerius y Mercurial, consideran una causa principal a esta vigilia excesiva.

Cómo causan la melancolía las pasiones y perturbaciones de la mente

Al igual que, cuando en Plutarco[659], le preguntaron al gimnosofista quién hablaba mejor, y respondió a Alejandro que «cada uno de sus compañeros hablaba mejor que el otro», lo mismo puedo yo decir sobre las causas al que me pregunte cuál es la mayor: cada una es más grave que las otras, y esta de la pasión es la mayor de todas. Es una causa muy frecuente y común de la melancolía, «este trueno y rayo de la perturbación» (como lo llama Piccolomini)[660], que causa alteraciones violentas y rápidas en este nuestro microcosmos, y que muchas veces trastorna su buen estado y temperamento. Pues como el cuerpo afecta a la mente con sus malos humores, turbando los espíritus y enviando vapores espesos al cerebro, así consecuentemente, altera el alma y todas sus facultades:

> «A la vez que el cuerpo envejece por los excesos del ayer, el alma también se entorpece»[661].

con temor, pena, etc., que son los síntomas ordinarios de esta enfermedad. Por su parte, la mente afecta al cuerpo de la manera más efectiva, produciendo por medio de sus pasiones y perturbaciones alteraciones asombrosas, como la melancolía, la desesperación, enfermedades crueles, y algunas veces la misma muerte. Hasta tal punto que es absolutamente cierto lo que dice Platón en su *Cármides:* «todos los males del cuerpo proceden del alma»[662]. Y Demócrito precisa, en Plutarco[663]: «si por este motivo el cuerpo denunciase al alma», seguramente el alma sería derrotada y condenada, porque ha causado por su supina negligencia tales inconvenientes, al tener autoridad sobre el cuerpo y usarlo como una herramienta, como hace el herrero con el martillo (dice Cipriano)[664], imputándose pues todos esos vicios y enfermedades a la mente. Incluso Filóstrato afirma que, «no se corrompería el cuerpo si el alma no estuviese de acuerdo»[665]. Luis Vives considera que tales conmociones turbulentas proceden de la ignorancia y la indiscreción[666].

Todos los filósofos imputan las miserias del cuerpo al alma, que debería haberlo gobernado mejor, con el dominio de la razón, y no lo ha hecho. Los estoicos son también de esta opinión (como afirman Lipsio[667] y Piccolomini)[668], que un hombre sabio debería ser ἀπαθής, sin ningún tipo de pasiones y perturbaciones cualesquiera, como cuenta Séneca de Catón[669], los griegos de Sócrates[670] y J. Aubanus de una nación de África[671], tan libre de pasiones, o mejor tan estúpida, que si se les hiriese con una espada, sólo mirarían hacia atrás. Lactancio (*Divinae institutiones*, 2) rechaza el temor en los sabios, otros

rechazan todas las pasiones, algunos sólo las más grandes. Pero que disputen como quieran, que lo pongan en una tesis, que den preceptos para lo contrario; nosotros encontramos por la experiencia común que lo que dice Lemnio es verdad: «ningún mortal está libre de estas perturbaciones»[672], o si lo está, seguramente o es un dios o una piedra. Han nacido y se han criado con nosotros, «recibimos estos males por herencia de nuestros padres», dice Pelezius[673], «nacen al mismo tiempo que nosotros», se propagan desde Adán. Caín era melancólico, según cree Agustín[674], ¿y quién no lo es? La buena disciplina, la educación, la filosofía, la teología (no lo puedo negar) pueden mitigar y contener estas pasiones en unos pocos hombres a veces, pero en su mayor parte dominan y son tan violentas que, al igual que un torrente lleva todo por delante y se desborda de sus márgenes, «cubre los campos, cubre las cosechas», ellas oprimen la razón, el juicio y corrompen la temperatura del cuerpo[675]; «los caballos conducen al auriga y no obedecen a las riendas»[676]. Pero el hombre (dice Agustín) «que se deja llevar así, a los ojos de un sabio no es mejor que el que anda cabeza abajo»[677]. Algunos dudan, «si son los humores o las pasiones las que causan las enfermedades más graves». Pero a mí me parece más cierto lo que dijo nuestro Salvador (Mt 26, 41): «el espíritu está pronto, pero la carne es débil», no podemos resistir; y lo de Filón de Judea: «las perturbaciones a menudo lastiman el cuerpo y son las causas más frecuentes de melancolía, pues le sacan de los quicios de su salud»[678]. Vives las compara a «los vientos sobre el mar, algunos sólo hacen balancearse al barco, como los grandes temporales, pero otros son lo bastante turbulentos y lo vuelcan»[679]. Los que son suaves, fáciles y muy ocasionales, en nuestra opinión nos hacen poco daño, y por lo tanto los despreciamos. Sin embargo, si se reiteran, «como hace la lluvia (dice Agustín) con una piedra, así penetran estas perturbaciones en la mente»; y como observa uno, «producen un hábito melancólico al final, por lo cual, cuando las pasiones alcanzan el dominio de nuestras almas, bien se pueden llamar enfermedades».

Cómo producen este efecto estas pasiones, lo han tratado por extenso Agrippa (*Filosofía oculta,* libro 11, cap. 63)[680], Cardano (*De subtilitate,* libro 14), Lemnio (*De occulta natura mirac.,* libro 1, cap. 12 y libro 1, cap. 16), Suárez (*Disputationes metaphysicae,* 18, sec. 1, art. 25), T. Bright (cap. 12 de su tratado sobre la Melancolía), el jesuita Wright (en su libro sobre las pasiones de la mente), etc. Lo resumiré. Mediante los sentidos o la memoria, un objeto llega hasta nuestra imaginación para ser conocido, quedándose en la parte delantera del cerebro, y la imaginación, juzgándolo equivocadamente o amplificándolo, lo comunica al instante al corazón, el asiento de todas las afecciones. Los espíritus puros inmediatamente huyen juntos del cerebro al corazón por algunos canales secretos, y dan noticia de qué buen o mal objeto se ha presentado. El corazón se pone inmediatamente a perseguirlo o huir de él[681], y, además, envía allá otros humores para ayudarle. Así, en el placer concurren una gran cantidad de los más puros espíritus; en la tristeza, mucha sangre melancólica; en la ira, la cólera. Si la imaginación es muy aprensiva, inten-

sa y violenta, manda una gran cantidad de espíritus hacia o desde el corazón, y produce una impresión más profunda y mayor alboroto según se preparen los humores corporales y la misma temperatura se disponga bien o mal, y según las pasiones serán más duraderas o más fuertes. De modo que el primer paso y la primera fuente de todas nuestras molestias de este tipo es la «imaginación engañosa»[682], que, al despistar al corazón, causa todas estas destemplanzas, la alteración y la confusión de los espíritus y los humores. Por esto, al trastornarse así la digestión, se obstaculiza, y las partes principales se debilitan mucho, como bien declaró el doctor Navarra, al ser consultado por Montano sobre un judío melancólico[683]. Al confundirse así los espíritus, el alimento se debe debilitar necesariamente, los malos humores aumentan, se producen indigestiones y se generan espíritus espesos y sangre melancólica. Las demás partes no pueden realizar sus funciones, al haber sido apartados de ellas los espíritus a causa de una pasión tan vehemente, pero equivocada en su sentido y movimiento; de modo que miramos una cosa y no la vemos, oímos y no percibimos; lo que de otro modo nos hubiera interesado mucho, lo dejamos pasar. Podemos por tanto concluir con Arnau de Vilanova[684]: «grande es la fuerza de la imaginación, y la causa de la melancolía se debería atribuir mucho más a ésta sola que a la destemplanza del cuerpo». No será inadecuado que haga una digresión sobre la imaginación, puesto que tiene tan gran influencia en la producción de esta enfermedad y es tan poderosa por sí misma, aunque a algunos les disguste como frívolo e impertinente; sin embargo, soy de la opinión de Beroaldus: «tales digresiones deleitan y refrescan poderosamente al lector fatigado, son como una salsa para un mal apetito, y por lo tanto yo las uso de muy buen grado».

Subsección II

Sobre la fuerza de la imaginación

Lo que es la imaginación, lo he declarado ya suficientemente en mi digresión sobre la anatomía del alma. Ahora sólo apuntaré sus maravillosos efectos y poderes. Del mismo modo que es relevante en todos, en las personas melancólicas arde de forma especial, al mantener las especies de los objetos durante mucho tiempo, al confundirlas y ampliarlas por medio de la meditación continua y fuerte[685], hasta que a la larga produce en algunos individuos verdaderos efectos, causa ésta y muchas otras enfermedades. Y aunque esta nuestra fantasía sea una facultad subordinada a la razón, y debería estar dominada por ella, sin embargo en muchos hombres, por la destemplanza interna o externa, por defecto de los órganos, que están inhabilitados u obstruidos o si no contaminados, está igualmente inhabilitada, obstaculizada y herida. Esto lo vemos verificado en los que duermen, quienes, por causa de los humores y la concurrencia de los vapores que afectan a la fantasía, imaginan muchas veces cosas absurdas y prodigiosas; y en los que están afectados por el «incubus» o cabalgados por una bruja (como lo llamamos nosotros): si se acuestan sobre la espalda, imaginan que una anciana cabalga y se sienta sobre ellos con tanta fuerza que casi se ahogan por falta de aliento, cuando no hay otra cosa que les afecte sino una concurrencia de malos humores causada por la fantasía. Esto es igualmente evidente en los que pasean por la noche en sueños y realizan acciones extrañas: estos vapores mueven la fantasía y la fantasía al apetito, que moviendo los espíritus animales causa que el cuerpo camine de arriba abajo como si estuvieran despiertos[686]. Fracastoro (*De intellectione*, libro 3) atribuye todos los éxtasis a esta fuerza de la imaginación, así como el caer en trance varios días seguidos, como el sacerdote del que habla Celso, que podía separarse de sus sentidos cuando quería, y yacer como un muerto, privado de vida y sentido. Cardano se jacta de que podía hacer lo mismo, y cuando quisiera. Muchas veces dichos hombres, cuando vuelven en sí, cuentan cosas extrañas del cielo y del infierno y las visiones que visiones han visto, como san Owen, en Matthew Paris, que entró en el purgatorio de san Patricio, y el monje de Evesham en el mismo autor. Esas apariciones comunes en Beda y Gregorio y las revelaciones de santa Brígida, tanto Wier (*De lamiis*, libro 3, cap. 11), como Cesar Vanini (en sus *Diálogos*) y otros, las reducen (como ya he dicho antes) junto con todos esos cuentos de marchas de brujas, bailes, cabalgatas, transformaciones, operaciones, etc., a la fuerza de la imaginación[687] y a ilusiones producidas por el demonio[688]. Efectos casi semejantes se han de ver en los que están despiertos: ¡cuántas quimeras, extravagancias, montañas doradas y

castillos en el aire construyen en su interior! Remito a los pintores, ingenieros y matemáticos. Algunos adscriben todos los vicios a la imaginación falsa y corrupta (la ira, la venganza, la lujuria, la ambición, la codicia), pues prefiere la falsedad a lo que es correcto y bueno, engañando al alma con apariencias y suposiciones falsas. Bernard Penot[689] considera que la herejía y la superstición proceden de esta fuente; tan falsamente como uno lo imagina, así lo cree, y tal y como lo concibe, así debe ser y será, contra la opinión general, lo seguirá considerando así.

Pero muy especialmente en las pasiones y emociones es donde la imaginación muestra efectos extraños y evidentes: ¿qué no concebirá un hombre temeroso en la oscuridad, qué extrañas formas de cocos, demonios, brujas, duendes? Lavater atribuye la causa principal de los espectros y apariciones semejantes al temor, que por encima de todas las demás pasiones se apodera de la imaginación más fuerte (dice Wier)[690], y también al amor, la pena, la alegría, etc. Algunos mueren repentinamente, como la que vio a su hijo volver de la batalla de Caná, etc. Jacob el patriarca, por la fuerza de la imaginación hizo corderos pintos, poniendo cruces pintas ante sus ovejas. Persina, la reina etíope de Heliodoro, al ver la pintura de Perseo y Andrómeda, en vez de un negro dio a luz un niño bello y blanco. Quizá imitando su ejemplo, un individuo poco agraciado, en Grecia, puesto que él y su esposa eran ambos deformes, para conseguir una buena progenie de niños colgó en su habitación las pinturas más bellas que el dinero puede comprar, «para que su esposa, con la visión frecuente de ellas, pudiera concebir y engendrar un hijo así». Y si podemos creer a Bale, una de las concubinas del Papa Nicolás III, al ver a un oso, dio a luz un monstruo. «Si una mujer, dice Lemnio, en el momento de la concepción, piensa en otro hombre presente o ausente, el niño será como él»[691]. Las mujeres en avanzado estado de gestación, cuando tienen antojos, nos procuran ejemplos prodigiosos de esta índole, como manchas, verrugas, cicatrices, labios leporinos, monstruos, causados especialmente en sus hijos por la fuerza de la fantasía depravada en ellas. «Imprime en su hijo la marca que se imagina»[692]. Y por lo tanto, Luis Vives (*Institutio feminae Christianae*, libro 2) pone un cuidado especial para que las mujeres en avanzado estado de gestación, «no den cabida a tales conceptos o pensamientos absurdos, sino que por todos los medios eviten ver u oír esos objetos horribles o espectáculos sucios».

Algunos se ríen, lloran, suspiran, gimen, se ruborizan, tiemblan, sudan, por las cosas que se les sugiere por medio de la imaginación. Avicena habla de uno que podía producirse una parálisis cuando quisiera. Y algunos pueden imitar los cantos de pájaros y animales, de modo que apenas se pueden distinguir. Agrippa supone que las cicatrices y heridas de Dagoberto y san Francisco, como las de Cristo (si las hubo), han ocurrido por la fuerza de la imaginación[693]. El que algunos se conviertan en lobos, de hombres en mujeres y las mujeres de nuevo en hombres (según se ha creido siempre) se atribuye a la misma imaginación; o de hombres en burros, perros, o cualquier otra forma. Wier[694] atribuye todas estas famosas transformaciones a la imaginación. El

hecho de que en la hidrofobia parecen ver la imagen de un perro en el agua, el que los melancólicos y enfermos conciban tantas visiones fantásticas, apariciones, y tengan tales absurdas suposiciones, como que son reyes, caballeros, gallos, osos, monos, búhos[695], que son pesados, ligeros, transparentes, grandes y pequeños, insensibles o que están muertos (como se mostrará más por extenso en nuestra sección de los síntomas)[696], no se puede imputar más que a la imaginación corrupta, falsa y violenta. No sólo afecta a los enfermos y melancólicos, sino incluso más fuertemente a veces a los que están sanos: los enferma inmediatamente y altera su temperatura en un instante[697]. Y a veces, como prueba Valesio, un concepto o una impresión fuertes hacen desaparecer las enfermedades[698]; en ambos casos producen efectos reales. Los hombres, si ven a otro temblar, aturdido, o enfermo por algún mal temible, tienen un temor y una aprensión de este tipo tan fuertes que acabarán teniendo la misma enfermedad. O si algún adivino, sabio, sortílego o médico les dice que tendrán tal enfermedad, se lo tomarán tan seriamente que al instante enfermarán de ella. Es algo común en China que (dice el jesuita Ricci), «si se les dice que estarán enfermos tal día, cuando llega dicho día, con seguridad estarán enfermos, y se verán tan terriblemente afectados que a veces morirán de ello»[699].

El doctor Cotta (en su *Descubrimiento de los Médicos Ignorantes de Medicina,* cap. 8) tiene dos historias extrañas sobre este tema, sobre lo que la fantasía es capaz de hacer: una sobre la mujer de un clérigo de Northamptonshire, en el año 1607, que, cuando fue al médico y éste le dijo que estaba afectada por la ciática, según barruntaba él (una enfermedad de la que ella estaba libre), la misma noche después de volver a casa, por estas palabras, sufrió un grave ataque de ciática. Y tiene otro ejemplo semejante de otra ama de casa que estaba afectada por los calambres, y lo estaba por el mismo modo, porque su médico los nombró. A veces incluso la fuerza de la fantasía causa la muerte. He oído de uno que estando por casualidad en compañía de alguien que se creía enfermo de peste (pero que no lo estaba), cayó muerto de repente. Otro enfermó de peste por la imaginación. Uno, viendo sangrar a su compañero, sufrió un desmayo parecido. Otro (dice Cardano, tomándolo de Aristóteles) cayó muerto (lo que es común en las mujeres ante cualquier visión espantosa), al ver a un hombre ahorcado[700]. Un judío, en Francia (dice Luis Vives) pasó por casualidad por un paso peligroso o tablón que estaba sobre un arroyo, en la oscuridad, sin ningún daño; al día siguiente, dándose cuenta del peligro en el que estaba, cayó muerto[701]. Muchos no creerán que estas historias sean ciertas, sino que normalmente se reirán y se burlarán cuando las oigan, pero que consideren para sí, como lo ilustra Pietro Bairo[702], que si se les pusiera a andar sobre un tablón en lo alto, les daría vértigo, pero andarían tranquilos sobre él si estuviera sobre el suelo. Muchos (dice Agrippa) «valientes para otras cosas, tiemblan ante tales vistas, se ofuscan, y enferman si miran hacia abajo desde un lugar alto, y ¿qué los altera sino la imaginación?»[703]. Del mismo modo que algunos están oprimidos por la imaginación, otros, por otro lado, lo están por la fantasía sola y buenas ideas y se recuperan con igual facilidad.

Vemos normalmente que los dolores de muelas, la gota, la epilepsia, la mordedura de un perro loco y muchas enfermedades semejantes se curan por medio de hechizos, palabras, runas y encantamientos, y que muchas heridas verdes se curan magnéticamente por el «ungüento de armas», tan usado ahora, que Croll y Goclenio lo han defendido en un libro últimamente, Libau lo contradice inflexiblemente en un sólo tratado, y la mayoría lo discuten. Todo el mundo sabe que no hay ninguna virtud en tales encantamientos o curaciones, sino sólo una fuerte imaginación y persuasión, como mantiene Pomponazzi, «que fuerza a un movimiento de los humores, de los espíritus y de la sangre, que se lleva la causa de la enfermedad de las partes afectadas»[704]. Lo mismo se puede decir de nuestros efectos mágicos y curaciones supersticiosas, y de las que hacen charlatanes y brujos. «Al igual que muchos se ven dañados por la incredulidad malvada (así dice Wier sobre los encantamientos, hechizos, etc.), encontramos por experiencia que por los mismos medios muchos se alivian»[705]. A menudo, un empírico y un cirujano tonto curan cosas más difíciles que un médico racional. Nymann da el motivo: porque el paciente pone su confianza en ellos, lo que Avicena prefiere al arte, a los preceptos y a todos los remedios, sean cuales sean. Es sólo la persuasión (dice Cardano) lo que hace o echa a perder a los médicos[706], y, de acuerdo con Hipócrates, aquel en quien más confiamos hace las mejores curas.

Nuestra fantasía nos afecta, nos mueve y gobierna de maneras tan diversas, con tanta fuerza maneja nuestros cuerpos, que «como otro Proteo, o como un camaleón, puede tomar todas las formas; y tiene tanta fuerza» (como añade Ficino) «que puede afectar a otros igual que a nosotros»[707]. ¿Cómo, si no, pueden causar los ojos legañosos de un hombre una afección semejante en otro? ¿Por qué el bostezo de uno hace a otro bostezar?[708] ¿Por qué el orinar de un hombre provocará que un segundo haga lo mismo? ¿Por qué el roce de los trinchadores o el surco de una lima molestan a un tercero? ¿Por qué sangra un cadáver cuando se le pone delante el asesino, semanas después de que el asesinato se haya cometido? ¿Por qué las brujas y ancianas fascinan y hechizan a los niños? Como piensan Wier, Paracelso, Cardano, Mizauld, Valeriola, Cesar Vanini, Campanella y muchos otros filósofos, la imaginación poderosa de un individuo mueve y altera los espíritus de otro. Es más, pueden causar y curar no sólo enfermedades, males y muchas dolencias por estos medios (como supone Avicena, *De anima,* libro 4, sec. 4) en individuos lejanos, sino también mover cuerpos de sus lugares, causar truenos, rayos, tempestades, opinión que aprueban Al-Kindi, Paracelso y otros. De modo que puedo concluir con certeza que esta fuerte imaginación es «la estrella que guía al hombre», y el timón de esta nuestra nave, que debería gobernar la razón, pero que, subyugada por la fantasía, no la puede dirigir, y así sufre el que ella misma y nuestra nave sean por ella dominadas y a menudo hundidas. Lean más de esto en Wier (*De lamniis,* libro 3, cap. 8, 9, 10), F. Valesio (*Med. controv.,* libro 5, cont. 6), Marcello Donato (*De hist. med. mirabil.,* libro 2, cap. 1), Levino Lemnio (*De occulta natura mirac.,* libro 1, cap. 12), Cardano (*De rerum varietate,* libro

18), Cornelio Agrippa (*Filosofía oculta*, cap. 64, 65), Camerario (*Horarum subcis.*, cent. 1, cap. 54), Nymann *(In orat. de Imag.)*, Laurens, y el que «vale por todos», T. Fyens, médico famoso de Amberes, que escribió tres libros «sobre la fuerza de la imaginación». He divagado tanto porque la imaginación es el instrumento de las pasiones, por medio de la cual actúan y producen muchas veces efectos prodigiosos. Y al igual que la fantasía se proyecta o remite más o menos, y sus humores se disponen, así se mueven las perturbaciones más o menos y producen una impresión mayor.

Subsección III

División de las perturbaciones

Las emociones y pasiones que afectan a la fantasía, aunque habitan entre los confines de los sentidos y la razón, sin embargo siguen más a los sentidos que a la razón, porque moran en los órganos corporales de los sentidos. Se reducen normalmente a dos inclinaciones: irascible y concupiscible[709]. Los tomistas las dividen en once, seis concupiscibles y cinco irascibles. Aristóteles lo reduce todo a placer y dolor, Platón a amor y odio, Vives[710] al bien o al mal. Si el bien está presente, entonces nos regocijamos y amamos; si está por venir, entonces lo deseamos y anhelamos. Si es el mal, lo odiamos; si está presente, es pena; si por venir, temor. Estas cuatro pasiones las compara Bernardo con las ruedas de un carro, que nos llevan por todo este mundo[711]. Todas las demás pasiones están subordinadas a estas cuatro, o seis, como pretenden algunos: amor, alegría, deseo, odio, pena y temor. El resto, como la ira, la envidia, la emulación, el orgullo, los celos, la inquietud, la misericordia, la vergüenza, el descontento, la desesperación, la ambición, la avaricia, etc., son reducibles a las primeras, y si son desmedidas consumen los espíritus y causan especialmente la melancolía[712]. Hay pocos hombres discretos que puedan controlarse y contener estos afectos desordenados por medio de la religión, la filosofía y los divinos preceptos de la humildad, la paciencia y similares. Pero la mayoría, por falta de gobierno, además de por indiscreción e ignorancia, sufren el verse completamente conducidos por los sentidos, y están tan lejos de reprimir las inclinaciones rebeldes que les dan todo tipo de estímulo, dejando las riendas, y usando todas las provocaciones para fomentarlas. Malos por naturaleza, peores por el arte, la disciplina, la costumbre, la educación y una voluntad propia perversa, continúan, dondequiera que sus afecciones desenfrenadas les transporten, y obran más por costumbre y obstinación que por la razón[713]. «Nuestra voluntad obstinada», la llama Melanchthon, «pervierte nuestro juicio», que ve y sabe lo que se debería y habría que hacer y sin embargo no lo hace. Esclavos de sus lujurias y apetitos, se precipitan y arrojan a un laberinto de preocupaciones, cegados por la lujuria, cegados por la ambición[714]. «Buscan en la mano de Dios lo que se podrían dar ellos mismos si pudiesen abstenerse de las preocupaciones y perturbaciones con las que de continuo atormentan su mente». Pero dando paso a estas pasiones violentas del temor, la pena, la vergüenza, la venganza, el odio, la malicia, etc., se despedazan, como Acteón lo fue por sus perros, y crucifican sus propias almas[715].

Subsección IV

La tristeza, causa de la melancolía

En este catálogo de pasiones que tanto atormentan el alma del hombre y causan esta enfermedad –de todas ellas hablaré brevemente y por orden–, el primer lugar en el apetito irascible puede disputarlo justamente la tristeza. Compañera inseparable, «madre e hija de la melancolía, su epítome, síntoma y causa principal», como la considera Hipócrates; la una genera la otra y forman un círculo, pues la tristeza es tanto causa como síntoma de esta enfermedad[716]. Cómo es como síntoma, lo mostraremos en su momento. Que es una causa, todo el mundo lo reconoce: «la tristeza es causa de la locura y de muchas otras enfermedades», dice Plutarco a Apolonio; la única causa de este mal, la llama Lemnio[717], al igual que Al-Razí (*Continens*, libro 1, tr. 9) y Guianerius (tr. 15, cap. 5). Y una vez que se arraiga, acaba en desesperación, como observa Felix Platter[718], y como en la *Tabla* de Cebes[719], se puede emparejar muy bien con ella. Crisóstomo, en su decimoséptima carta a Olimpia, la describe como «una cruel tortura del alma, una pena inexplicable, un gusano venenoso que consume el cuerpo y el alma y que corroe el corazón mismo, un ejecutor perpetuo, una noche continua, una oscuridad profunda, un torbellino, una tempestad, una fiebre que no aparece, que calienta más que cualquier fuego, y una batalla que no tiene fin. Mortifica más que cualquier tirano; ninguna tortura, ninguna flagelación, ningún castigo corporal es semejante a ella». Es sin duda el águila que los poetas imaginaban que corroía el corazón de Prometeo[720]. «La tristeza del corazón enerva las fuerzas» (Ecl 38, 18). «Toda perturbación es una miseria, pero la tristeza es un tormento cruel»[721], una pasión dominante. Al igual que en la Antigua Roma, cuando se creó la figura del Dictador, todas las magistraturas inferiores cesaron, cuando aparece la pena todas las demás pasiones se desvanecen. «Seca los huesos», dice Salomón (Pr 17), les hace tener los ojos hundidos, estar pálidos y delgados, con la cara arrugada, tener la mirada muerta, la frente fruncida, las mejillas arrugadas, los cuerpos secos, y altera bastante el temperamento a los que están afectados por ella. Como se lamenta Eleanor, la triste duquesa exiliada (en nuestro Ovidio inglés)[722] a su noble esposo, Humphrey, duque de Gloucester:

> Mira esos ojos, en cuya dulce y alegre mirada
> tanta alegría y placer obtuvo el duque Humphrey antaño.
> Tanto me ha privado la tristeza de toda gracia
> que no podrías decir: «esta es la cara de mi Eleanor».
> Como una gorgona impura, etc.

Obstaculiza la digestión, refrigera el corazón, altera el estómago, el color y el sueño[723], espesa la sangre (Fernel, *De morborum causis*, libro 1, cap. 18)[724], contamina los espíritus (Lepois), destruye el calor natural, altera el buen estado del cuerpo y el alma y les hace estar cansados de vivir; hace a los hombres gritar, aullar y rugir por el gran pesar de sus almas. David confesó lo mismo (Ps 38, 8): «me hace rugir la convulsión del corazón». Y en el salmo 119, parte 4, versículo 4: «mi alma se desvanece por la misma tristeza», y en su versículo 38: «soy como una botella en el humo». Antíoco se quejaba de que no podía dormir y de que su corazón desfallecía por la tristeza. El mismo Cristo, «varón de dolores», por una aprensión de dolor, sudó sangre[725]. En Marcos, 14, se dice: «su alma estaba triste hasta la muerte, y ninguna pena era semejante a la suya». Crato (consil. 21, libro 2) da un ejemplo de uno que estaba así de melancólico debido a su pena[726], y Montano (consil. 30), de una matrona noble, «que no tenía más causa que ésta para este daño»[727]. I.S.D., en Hildesheim, curó totalmente a uno de sus pacientes que estuvo muy afectado por la melancolía y durante muchos años, «pero después, por una pequeña ocasión de tristeza, cayó en sus ataques iniciales y estaba tan atormentado como antes»[728]. Son abundantes los ejemplos sobre cómo la tristeza causa melancolía, desesperación, y a veces la misma muerte[729], pues «de la tristeza sale la muerte» (Ecl 38, 18). «La tristeza del mundo produce la muerte» (2 Co 7, 10), «mi vida se consume en aflicción, y en suspiros mis años» (Ps 31, 10). ¿Por qué se dice que Hécuba fue transformada en perro y Níobe en piedra, sino porque la pena les hizo insensibles y estúpidas? El emperador Severo murió de pena[730] ¡y cuántos miles de hombres más![731]. «¡Tanta es la crueldad y tanta la locura en esta pena!». Melanchthon da una razón para esto: «la acumulación de mucha sangre melancólica alrededor del corazón, que extingue los espíritus buenos, o al menos los embota; la tristeza golpea al corazón, lo hace temblar y desfallecer con gran dolor, y la sangre negra traída del bazo y difundida bajo las costillas por el lado izquierdo, provoca los ataques hipocondríacos tan peligrosos que les ocurren a los que están afectados por la tristeza»[732].

Subsección V

El temor como causa

Primo hermano de la tristeza es el temor, o más bien hermano, «fiel Acates», y compañero continuo, ayudante y principal agente en procurar este perjuicio. Como aquélla, es causa y síntoma. En una palabra, como dice Virgilio de las Harpías[733], puedo decir con justicia de ambos:

> «Nunca ha caído de la laguna Estigia o del infierno un monstruo más triste, una plaga más cruel, o una mayor venganza de los dioses».

El temor, este terrible enemigo, ha sido adorado en otros tiempos como un dios por los lacedemonios, al igual que la mayoría de las demás afecciones torturadoras[734], y también lo fue la tristeza, entre otras, bajo el nombre de diosa Angerona; y tenían mucho miedo de ellas, como observa Agustín (*La ciudad de Dios,* libro 4, cap. 8) siguiendo a Varrón. El temor era habitualmente adorado como un ídolo con cabeza de león, y así aparece pintado en sus templos[735], y como recoge Macrobio (*Saturnales,* 1, 10): «en las calendas de enero, tenía su día Angerona, y en el templo de Volupia, o diosa del placer, le hacían sacrificios anuales sus augures y obispos, de modo que, al serles propicia, podía expulsar toda preocupación, pena y vejación de la mente para el año siguiente».

Este temor causa muchos efectos lamentables en los hombres, como el estar rojo, pálido, temblar, sudar, hace que lleguen a todo el cuerpo el frío o el calor repentinos, las palpitaciones del corazón, síncopes, etc.[736] Aturde a muchos que han de hablar o manifestarse en asambleas públicas, o ante grandes personajes, como confiesa Cicerón de sí mismo, que siempre temblaba al principio de sus discursos, y Demóstenes, el gran orador de Grecia, ante Filipo. Confunde la voz y la memoria, como muestra ingeniosamente Luciano en *Júpiter Trágico,* que estaba tan temeroso de su audiencia, cuando fue a hacer un discurso ante el resto de los dioses, que no pudo pronunciar una palabra, sino que se vio obligado a usar la ayuda de Mercurio como apuntador. Muchos están tan aturdidos y atónitos por el temor que no saben dónde están, qué dicen, qué hacen[737] y, lo que es peor, les tortura muchos días antes con miedos continuos y sospechas. Impide sus más honorables propósitos, y hace que les duela el corazón y que estén tristes y apesadumbrados. Los que viven con temor no son nunca libres, resolutos, seguros, nunca felices, sino que sufren un dolor continuo[738]. De modo que, como dijo Vives con verdad, «no hay mayor miseria, ni tormento, ni tortura que ésta». Siempre suspicaces, ansiosos, anhelantes, se consumen puerilmente sin razón, sin juicio, «especialmente si se encuentran con algún objeto espantoso», como considera Plutarco[739].

El temor causa a menudo locura repentina y casi todo tipo de enfermedades, como ya he ilustrado suficientemente en mi digresión sobre la fuerza de la imaginación[740], y como haré más por extenso en mi sección de los terrores[741]. El temor hace que nuestra imaginación conciba lo que quiere, invita al demonio a venir a nosotros, como afirman Agrippa y Cardano[742], y tiraniza nuestra fantasía más que todas las demás afecciones, especialmente en la oscuridad. Vemos que esto se verifica en la mayoría de los hombres, como dice Lavater[743]: «lo que temen, lo imaginan y lo conciben ellos mismos», piensan que ven duendes, hechiceras, demonios y muchas veces por ello se vuelven melancólicos. Cardano (*De subtilitate*, libro 18) tiene un ejemplo de uno, que se vio conducido a la melancolía para el resto de su vida. César Augusto no se atrevía a sentarse en la oscuridad, «a no ser que alguien estuviese con él, dice Suetonio[744], nunca se levantaba en la oscuridad». Y es extraño lo que se imaginan las mujeres y los niños si van por un cementerio durante la noche, si se tumban o están solos en una habitación oscura, cómo sudan y tiemblan repentinamente. Muchos se atormentan con los hechos futuros, la previsión de sus fortunas y destinos, como el emperador Severo, Adriano, y Domiciano, «muy atormentado mentalmente, dice Suetonio, por querer saber su final», y muchos otros, de los que hablaré más oportunamente en otro lugar[745]. La ansiedad, la misericordia, la piedad, la indignación, etc., y tales temibles ramas derivadas de estos dos troncos del temor y la tristeza, las omito voluntariamente; léase más de ellos en Carlo Pascal[746], Dandini[747], etc.

Subsección VI

La vergüenza y la desgracia como causas

La vergüenza y la desgracia causan las pasiones más violentas y las angustias más amargas. «Las mentes generosas se conmueven a menudo por vergüenza, desesperados por alguna desgracia hecha pública» (Felix Platter, *De alienatione mentis*, libro 3). Y «el que», dice Filón de Judea (*De providentia Dei*, libro 2), «se sujeta al temor, la pena, la ambición, la vergüenza, no es feliz, sino totalmente miserable, torturado con enfermedades, preocupaciones y miserias continuas». Es un ariete tan poderoso como las demás. «Muchos descuidan los alborotos del mundo, y no se preocupan por la gloria, y sin embargo tienen miedo de la infamia, el reproche, la desgracia» (Cicerón, *Oficios*, libro 1); «pueden despreciar severamente el placer, llevar la pena indiferentemente, pero están demolidos y destrozados por el reproche y la deshonra»[748], «viendo que la vida va mano a mano con la fama»; y se desalientan así muchas veces por alguna injuria pública, alguna desgracia, como un manotazo dado por sus inferiores, ser sobrepasado por su adversario, vencido en el campo, quedarse sin palabras, por algún mal hecho cometido o descubierto, etc., de modo que no se atreven a salir el resto de su vida, sino que melancolizan por las esquinas y permanecen escondidos.

Los espíritus más generosos están más sujetos a ella, «rompe a los espíritus nobles y generosos» (san Jerónimo). Aristóteles, porque no podía entender el movimiento de Euripo, se ahogó por pena y vergüenza (Luigi Ricchieri, *Antiquarum lectionum*, libro 29, cap. 8). Homero se consumió por esta pasión de la vergüenza, «porque no podía resolver el enigma del pescador». Sófocles se suicidó «porque se silbó una de sus tragedias hasta echarla del escenario» (Valerio Máximo, libro 9, cap. 12). Lucrecia se apuñaló para evitar la infamia, al igual que Cleopatra, «cuando vio que sería otorgada como premio»[749]. Antonio el romano, «después de haber sido vencido por su enemigo, durante tres días se sentó en solitario en la proa del barco privándose de toda compañía, incluso de la misma Cleopatra, y después, por su mucha vergüenza, se mató» (Plutarco, *Vita eius*). Apolonio de Rodas, «se desterró voluntariamente, abandonando su país y a todos sus queridos amigos, porque se perdió al recitar sus poemas» (Plinio, libro 7, cap. 23). Áyax se volvió loco porque sus armas fueron adjudicadas a Ulises. En China es común que los que no son admitidos a sus famosos certámenes, o o quienes suspenden el examen de graduado en literatura, pierdan el juicio por la pena y la vergüenza (M. Ricci, *Expeditio ad Sinas*, libro 3, cap. 9)[750]. El monje Hostratus se tomó tan a pecho el libro que Reuchlin había escrito contra él bajo el nombre de *Epistola obs-*

curorum virorum, que por vergüenza y pena se suicidó (Giovio, en Elogiis). Un ministro serio y sabio, predicador ordinario en Alkmaar (Holanda), un día, cuando andaba por los campos para su recreo, se vio sorprendido repentinamente por una diarrea o colitis, y por lo tanto se vio obligado a retirarse al foso más cercano; pero al ser sorprendido de improviso por algunas mujeres nobles de su parroquia que paseaban por aquel camino, estaba tan abochornado que nunca después mostró su cara en público ni subió al púlpito, sino que se consumió de melancolía[751] (P. Forest, *Medicae observationes*, libro 10, obs. 12). Así que, entre todas las demás pasiones, la vergüenza, puede llevarse un premio.

Sé que hay muchos viles, impúdicos, bribones descarados que no «sentirán vergüenza por ningún crimen»[752], no se conmoverán por nada, no se tomarán a pecho ninguna infamia o desgracia, se reirán de todo: aunque se pruebe que son perjuros, que han sido estigmatizados, que son bribones convictos, ladrones, traidores, aunque les corten las orejas, sean azotados, infamados, llevados en la carreta o señalados con el dedo, silbados, ultrajados y ridiculizados como el bribón Ballón en Plauto[753], se regocijan con ello: «¡excelentes alabanzas!, ¡bravo!, ¡muy bien! », ¿de qué se preocupan? Tenemos muchos así en nuestros tiempos:

> «Melicertes exclama que en el mundo ya no hay vergüenza»[754].

Sin embargo, un hombre modesto, uno que tiene educación, un espíritu generoso, celoso de su reputación, estará tan profundamente herido y tan gravemente afectado por ello que preferiría dar miles de coronas y perder su vida antes que sufrir la menor difamación de su honor o mancilla de su buen nombre. Y si no pudiera evitarlo, como un ruiseñor, «que muere por vergüenza si otro pájaro canta mejor» (dice Mizauld)[755], languidecería y perecería en el dolor de su espíritu.

Subsección VII

La envidia, la malicia y el odio como causas

La envidia y la malicia son dos eslabones de esta cadena, y ambos, como prueba Guianerius (tr. 15, cap. 2) siguiendo a Galeno (3, *Aforismos*, com. 22): «causan esta enfermedad por sí mismas, especialmente si sus cuerpos están predispuestos a la melancolía». La observación de Valescus de Taranta y Felix Platter dice así: «la envidia corroe tanto el corazón de los hombres que se vuelven totalmente melancólicos». Y por lo tanto es, como la llama Salomón, «la putrefacción de los huesos» (Pr 14, 13), y Cipriano, «una herida oculta»:

> «los tiranos sicilianos nunca inventaron un tormento semejante»[756].

Les atormenta el alma, les debilita el cuerpo, les hace tener los ojos hundidos, estar pálidos, secos y lívidos a la vista[757] (Cipriano, ser. 2, *De zelo et livore*). «Al igual que la polilla carcome una prenda», dice Crisóstomo, «así la envidia consume al hombre»; le hace ser un muerto viviente, un esqueleto, «un cadáver seco y pálido[758], resucitado por el demonio»[759] (Hall, en sus *Characters*). Pues tan pronto como un infeliz envidioso ve a un hombre próspero, que se enriquece, medra y es afortunado en el mundo, consigue honores, oficios o cosas similares, se aflige y entristece.

> «Se consume y se atormenta cuando ve la prosperidad de otros»[760].

Se tortura si su igual, amigo, vecino, es preferido, elogiado o hace las cosas bien: si se da cuenta de ello, se irrita de nuevo. Y no puede recibir mayor dolor que el de oír sobre el buen hacer de otro hombre, cada noticia similar es una daga para su corazón. Le mira como los que saltan desde la roca del honor, en Luciano, con ojos envidiosos, y se perjudicará a sí mismo para hacer al otro algún daño: «y se tira de súbito, para caer sobre un enemigo». Como el que en Esopo, perdió un ojo voluntariamente para que su compañero perdiera los dos, o el rico en Quintiliano[761] que envenenó las flores de su jardín, para que las abejas de su vecino no sacaran más miel de ellas. Toda su vida es tristeza, y cada palabra que dice una sátira; nada le engorda, salvo la ruina de otro. Por decirlo en una palabra, la envidia no es nada más que «la tristeza por los bienes ajenos», sean presentes, pasados o venideros, y «alegría por sus daños»[762], opuesta a la misericordia, que se entristece por las desdichas de otros, y afecta al cuerpo de otra forma[763]. Así la define Juan Damasceno (*De orthod. fid.*, libro 2), santo Tomás (2, 2, quaest. 36, art. 1), Aristóteles (*Retórica*, libro 2, cap. 4 y 10), Platón *(Philebo)*, Cicerón (*Tusculanas*, 3), Gregorio de Nisa

(*Liber de virtute animae*, cap. 12), san Basilio *(De invidia)*, Píndaro (*Odas*, 1, ser. 5), y encontramos que es verdad.

Es una enfermedad habitual, y casi natural para nosotros –como sostiene Tácito[764]–, envidiar la prosperidad de otro. Y en la mayoría de los hombres es una enfermedad incurable. «He leído», dice Marco Aurelio, «autores griegos, hebreos y caldeos, he consultado a muchos hombres sabios en busca de un remedio para la envidia; no he podido encontrar ninguno, sino renunciar a toda la felicidad, y ser malvado y miserable para siempre». Es el principio del infierno en esta vida, y una pasión que no se ha de excusar. «Cualquier otro pecado tiene algún placer anejo a él, o admitirá alguna excusa; sólo la envidia carece de ambos. Otros pecados duran sólo un tiempo; la gula se puede satisfacer, la ira remite, el odio tiene un fin, la envidia nunca cesa» (Cardano, libro 2, *De sapientia*). Son muy comunes los ejemplos divinos y humanos, puedes correr a leerlos, como el de Saúl y David, o el de Caín y Abel: «era la buena fortuna de su hermano lo que le irritaba», dice Teodoreto. Raquel envidiaba a su hermana, al ser estéril (Gn 30); los hermanos de José a él (Gn 37); David tenía un toque de este vicio, como confiesa[765] (Ps 73); Jeremías[766] y Habacuc[767] se afligían por los bienes de otros, pero al final se corrigieron. «No te tortures», etc. (Ps 75). Domiciano mostraba resentimiento contra Agrícola por su valor, «porque un particular fuera tan glorificado»[768]. Aulo Cecina era envidiado por sus conciudadanos porque se vestía más ricamente[769]. Pero de entre todos los demás, las mujeres son las más débiles[770], «las mujeres envidian la belleza de las otras» (Museo), «aman u odian, no hay un término medio» (Fray Luis de Granada). «Las mujeres heridas son implacables», como Agripina. «Si una mujer ve a su vecina más pulcra o elegante, más rica en diademas, joyas o vestidos, se enfurece, y ataca como una leona a su marido, la injuria, se burla de ella y no puede soportarla»[771]. Así lo hacían las mujeres romanas en Tácito contra Salonina, la mujer de Cecina, «porque tenía mejor caballo y mejores muebles; como si les hubiese dañado con ello, ellas se ofendían mucho». De manera similar actúan nuestras damas en sus reuniones habituales, una se aflige o se burla por el esplendor y la felicidad de la otra. Myrsine, una criada ática, fue asesinada por sus compañeras «porque excedía al resto en belleza» (Constantino, *Agricultura*, libro 11, cap. 7). En todos los pueblos se producen tales ejemplos.

Subsección VIII

La emulación, el odio, la facción y el deseo de venganza como causas

De la raíz de la envidia brotan las ramas silvestres de la facción, el odio, la malignidad, la emulación[772], que causan semejantes perjuicios, y son las «sierras del alma» y «las afecciones llenas de consternación desesperada»[773]. O, como describe Cipriano, la emulación es «la polilla del alma, la consunción, hacer de la felicidad de otro hombre una miseria, torturarse, atormentarse y ejecutarse, comerse el propio corazón. A esos hombres no puede hacerles ningún bien ni comer ni beber, siempre se entristecen, suspiran y gimen, día y noche sin descanso, el pecho se les despedaza»; y un poco después: «quienquiera que sea aquél a quien imitas y envidias, te puede evitar, pero tú no puedes ni evitarlo a él ni a ti mismo; dondequiera que estés, está contigo, tu enemigo está siempre en tu pecho, tu destrucción está dentro de ti, eres un cautivo, estás atado de pies y manos mientras seas malicioso y envidioso, y no te puedes consolar. Esa fue la ruina del demonio»[774], y cuando estés totalmente afectado con esta pasión, será la tuya. No hay ninguna perturbación tan frecuente, ninguna pasión tan común:

> «Un alfarero imita a otro alfarero, un herrero envidia a otro, un mendigo imita a un mendigo; un cantante a su hermano»[775].

Toda sociedad, corporación y familia particular están llenas de ella, toma a casi todo tipo de hombres, del príncipe al labrador, incluso se ha de ver entre los chismosos. Rara vez hay tres en compañía donde no haya apartamiento, facción, emulación entre dos de ellos, alguna rivalidad, riña, rencor privado o celos entre sí. Rara vez dos caballeros habitan juntos en el campo (si no mantienen parentesco cercano o están unidos por el matrimonio) y no hay emulación entre ellos y sus siervos, peleas o rencores entre sus mujeres e hijos, amigos y seguidores, contienda sobre la salud, la gentileza, la precedencia, etc., por medio de las cuales, como la rana de Esopo, «que quería tragar hasta ser tan grande como un buey, y al final explotó», se extenderán más allá de sus fortunas, de sus profesiones, y se esforzarán tanto que consumirán sus haberes en pleitos o si no en hospitalidad, festejos, trajes finos, para conseguir unos pocos títulos ampulosos, pues «todos padecemos de una pobreza ambiciosa». Para sobrepujar en valor uno a otro, cansarán sus cuerpos, se atormentarán las almas, y por las contenciones o invitaciones mutuas se empobrecerán. Rara vez hay dos grandes estudiosos en una época sin que caigan con amargas invectivas uno sobre otro y sus acólitos: los escotistas, tomistas, realistas,

nominalistas, Platón y Aristóteles, galenistas y paracelsianos, etc.; ocurre en todas las profesiones.

La emulación honesta en los estudios y en todas las profesiones, no ha de disgustar[776], es la «piedra de afilar ingenios», como la llama uno, la nodriza del ingenio y el valor, y los nobles romanos hicieron valientes hazañas con este espíritu. Hay una ambición modesta, como cuando Temístocles fue incitado por la gloria de Miltiades, o cuando los triunfos de Aquiles conmovieron a Alejandro:

> «Ser siempre ambicioso es una confianza necia, no ser nunca ambicioso es una arrogancia negligente»[777].

Es de carácter indolente no emular a alguien ni pretender nada en absoluto, retraerse, descuidarse, abstenerse de ciertos lugares, honores y oficios, por pereza, cicatería, temor, vergüenza o cualquier otro motivo, en quien, por nacimiento, lugar, fortuna, educación se le considera apto o adecuado y bien capaz de conseguirlo; pero cuando la pretensión es inmoderada, es una plaga y un dolor miserable. ¡Qué cantidad de dinero gastaron Enrique VIII y Francisco I, rey de Francia, en aquella famosa entrevista![778] ¡Y cuántos cortesanos vanos, intentando sobrepasar a los demás en bravura, se consumieron a sí mismos, su substinencia y fortunas y murieron como mendigos! El emperador Adriano estaba tan irritado por tal pasión que mató a todos sus iguales[779], al igual que Nerón. Esa pasión hizo que el tirano Dionisio desterrara a Platón y al poeta Filoxenes, porque le excedían y eclipsaban su gloria, según creía[780]. Los romanos exiliaron a Coriolano, confinaron a Camilo, asesinaron a Escipión. Los griegos castigaron con el exilio a Arístides, Nicias, Alcibíades, encarcelaron a Teseo, mataron a Foción, etc. Cuando Ricardo I y Felipe de Francia fueron compañeros de armas en el asedio de Acre, en Tierra Santa, y Ricardo se mostró como el más valiente, hasta tal punto que los ojos de todos los hombres estaban puestos en él, irritó tanto a Felipe –«la victoria del rey irritaba al franco», dice mi autor[781], «y llevaba tan mal la gloria de Ricardo, que criticaba sus palabras y calumniaba sus hechos»–, que se obsesionó con todas las acciones de éste, y al final cayó en el desafío abierto, no se pudo contener más, sino que apresurándose en volver a casa, invadió todos sus territorios y le declaró guerra abierta.

«El odio provoca discusiones» (Pr 10, 12) y al final estallan en enemistad inmortal, en virulencia y odio e ira más que vatinianos[782]; se persiguen unos a otros, a sus amigos, sus seguidores, y a toda su posteridad, con vituperios amargos, guerras hostiles, invectivas groseras, libelos, calumnias, fuego, espada y cosas semejantes, y no se reconciliarán[783]. Lo atestiguan las facciones de Güelfos y Gibelinos en Italia, la de los Adorno y Fregoso en Génova, la de Cneo Papirio y Quinto Fabio en Roma, César y Pompeyo, Orleans y Burgundia en Francia, York y Lancaster en Inglaterra. Ciertamente, esta pasión ha enfurecido tantas veces[784], que no sólo trastorna a los hombres y a las familias, sino también a las ciudades populosas como Cartago[785] y Corinto; es más,

reinos florecientes se convierten en yermos por ello. Este odio, malicia, facción y deseo de venganza, inventaron por primera vez los potros de tortura y las ruedas, los azotes, caballejos, máquinas salvajes, prisiones, inquisiciones, leyes severas para atormentarse y torturarse los unos a los otros. Cuán felices podríamos ser, acabaríamos nuestra vida con días bienaventurados y dulce contento, si nos pudiéramos contener y –como deberíamos hacer– guardáramos nuestras injurias, aprendiéramos humildad, mansedumbre, paciencia, olvidáramos y perdonáramos, como se nos manda en la Palabra de Dios[786], si conciliáramos las pequeñas controversias entre nosotros, si moderáramos este tipo de pasiones, «y pensáramos mejor de los otros», como nos aconseja Pablo[787], «que de nosotros mismos: teneos afecto los unos para con los otros, y no os toméis venganza, sino manteneos en paz con todos los hombres». Pero siendo como somos, tan displicentes y perversos, insolentes y orgullosos, tan facciosos y sediciosos, tan maliciosos y envidiosos, «nos obligamos por turnos», nos maltratamos y vejamos unos a otros, nos torturamos, atormentamos y precipitamos en un mar de dolores y cuidados, agravamos nuestra miseria y melancolía, amontonamos sobre nosotros el infierno y la condenación eterna.

Subsección IX

La ira como causa

La ira es una perturbación que saca afuera a los espíritus, preparando el cuerpo para la melancolía y para la misma locura; «la ira es una locura temporal» y, como la considera Piccolomini[788], una de las tres pasiones más violentas. Areteo la pone como una causa especial de esta enfermedad[789], al igual que Séneca (*Epístolas*, 18, libro 1). Magninus da este motivo: que les recalienta el cuerpo[790], y si es demasiado frecuente estalla en locura manifiesta, dice san Ambrosio. Es un dicho conocido que «si al espíritu más paciente se le provoca a menudo, se exasperará hasta la locura», lo cual hará de un santo un demonio. Y por ello quizá, Basilio (en su homilía *De ira*) la llama «las tinieblas de nuestro entendimiento, un ángel malo». Luciano (*In Abdicato*, tomo 1)[791], considera que esta pasión produce este efecto, especialmente en los ancianos y ancianas: «la ira y la calumnia», dice, «les afectan al principio, y después de un tiempo estallan en locura; muchas cosas causan furia en las mujeres, especialmente si aman u odian demasiado, o envidian, están muy entristecidas o enfadadas. Estas cosas las llevan poco a poco a esta enfermedad». De disposición se convierte en hábito, puesto que no hay diferencia entre un loco y un hombre airado en el momento de su ataque. La ira, como la describe Lactancio (*Liber de ira Dei, ad Donatum*, cap. 5), es «una cruel tempestad de la mente», etc., «hace que sus ojos reluzcan con fuego y queden fijos, que los dientes les rechinen en la cabeza, que la lengua tartamudee, que la cara se les quede pálida o roja, y, ¿qué imitación más burda puede haber de un loco?»:

> «Les suda la cara, la sangre les hierve con ira, sus ojos relampaguean salvajemente con el fuego de las Gorgonas»[792].

Están faltos de razón, inexorables, ciegos, como animales y monstruos durante un tiempo, no saben lo que dicen y hacen, maldicen, juran, injurian, luchan, ¿y qué no? ¿Qué más puede hacer un loco? Como dice la comedia, «no soy yo mismo por la ira»[793]. Si estos ataques son desmesurados, o continúan durante mucho tiempo o son frecuentes, sin duda provocan la locura. Montano (consil. 21), tenía como paciente a un judío melancólico y atribuye la causa principal a esto: «era fácilmente poseído por la ira». Áyax no tuvo otro principio en su locura, y Carlos VI, el lunático rey francés, cayó en esta miseria por lo extremo de su pasión, el deseo de venganza y malicia; irritado contra el duque de Bretaña, no pudo ni comer ni beber ni dormir durante varios días seguidos, y al final, cerca de las calendas de julio, en 1392, se volvió loco

sobre su caballo, sacando su espada y golpeando a todos los que venían cerca de él sin distinción, y continuó así todos los días de su vida (Paulo Emilio, *De rebus gestis francorum*, libro 10). Hegesipo (*De excidio urbis Hierosolymitae*, libro 1, cap. 37), tiene una historia similar de Herodes, que por un ataque de ira se volvió loco: saltó de su cama y mató a Josippo, e hizo muchas otras locuras similares. Ni toda la corte pudo contenerle hasta mucho tiempo después; a veces lo sentía y se arrepentía, muy entristecido por lo que había hecho, «cuando su ira se había calmado», pero luego volvía a estar injurioso de nuevo. En los cuerpos coléricos calientes nada causa antes la locura que esta pasión de la ira, además de muchas otras enfermedades, como observa Pelezius (*De hum. affect. causis*, libro 1, cap. 21): «disminuye la sangre, aumenta la bilis», y como disputa Valesio (*Med. controv.*, libro 5, contro. 8)[794], muchas veces les mata totalmente. Si esto fuera lo peor de esta pasión, sería más tolerable, «pero arruina y destruye villas enteras, ciudades[795], familias y reinos»[796]. «Ninguna plaga ha hecho tanto daño a la humanidad», dice Séneca (*De ira*, libro 1). Mirad en nuestras historias, y no encontraréis casi ningún otro tema más que lo que ha hecho con su ira una compañía de cerebros de mosquito[797]. Por lo tanto, haremos bien en ponerla entre las demás de nuestro cortejo: «de toda ceguera de corazón, del orgullo, de la vanagloria e hipocresía, de la envidia, el odio y la malicia, la ira y todas las perturbaciones pestilentes, buen Señor, líbranos».

SUBSECCIÓN X

Los descontentos, preocupaciones, miserias, etc., como causas

Los descontentos, preocupaciones, tormentos, miserias, o cualquier cosa que cause a los espíritus molestias, pena, angustia, y perplejidad, se pueden reducir a este título. Aunque pueda parecer, en opinión de algunos, que están situados aquí intempestivamente, sin embargo, en la Retórica de Aristóteles[798] se describen estas preocupaciones, al igual que la envidia, la emulación, etc., siempre en relación con la tristeza, por lo que creo que bien puedo clasificarlas en la línea de lo irascible, dado que son, como el resto, tanto causas como síntomas de esta enfermedad, producen los mismos inconvenientes y están acompañadas de aflicción y pena. La etimología habitual lo evidenciará: «preocupación porque consumo el corazón»[799]; «preocupaciones mordaces, mordientes, corrosivas, crueles, amargas, enfermas, tristes, inquietas, pálidas, tétricas, miserables, intolerables», como las llama el poeta[800], preocupaciones mundanas, y son tantas en número como la arena del mar. Galeno[801], Fernel, Felix Platter, Valescus de Taranta, etc., cuentan las aflicciones, miserias, incluso todas estas contenciones y vejaciones de la mente como causas principales, por el hecho de que quitan el sueño, obstaculizan la digestión, secan el cuerpo y consumen su substancia. No son tantas en número, pero sus causas son variadas, y ni siquiera uno de cada cien está libre de ellas ni puede decir de sí mismo que forma parte de aquéllos a quienes la diosa Ate, de Homero,

> «Caminando suavemente sobre las cabezas de los hombres, pisando con pies tiernos tan suavemente»[802],

no les haya incluido en esta línea descontenta o atormentado con una u otra miseria. Higino (*Libro de las fábulas*, fábula 220) tiene un simpático cuento sobre esto. La Dama Preocupación fue casualmente a un arroyo y, tomando limo sucio, hizo una imagen con él. Júpiter, pasando por allí poco después, le dio vida, pero Júpiter y Preocupación no pudieron ponerse de acuerdo sobre qué nombre ponerle ni a quién debía poseerle. El problema se remitió a Saturno como juez y él dio este arbitraje: su nombre será Hombre, por la Tierra[803], «Preocupación le tendrá mientras viva», Júpiter tendrá su alma, y la Tierra su cuerpo cuando muera. Pero dejémonos de cuentos.

Una causa general, una causa continuada, un accidente inseparable para todos los hombres es el descontento, la preocupación, la desgracia; si no hubiese otra aflicción particular (¿quién está libre de ella?) para inquietar al hombre en esta vida, el mismo pensamiento de esa miseria habitual[804] sería suficiente para atormentarle y hacer que se cansara de vivir, pensar que nunca

puede estar seguro, sino siempre en peligro, triste, apenado y perseguido. Para empezar, a la hora de su nacimiento, como describe Plinio con elegancia[805], «nace desnudo, y cae en un quejido desde el principio[806], se le envuelve en pañales y se le ata como a un prisionero, no puede valerse por sí solo, y así continúa hasta el final de su vida», «presa de cualquier animal salvaje», dice Séneca[807], intolerante al frío y al calor, intolerante a la enfermedad, intolerante a la ociosidad, expuesto a los ultrajes de la fortuna. Lucrecio le compara a un marinero desnudo, arrojado en una playa por un naufragio, pasando frío e incomodidades en una tierra desconocida. Ningún estado, edad, sexo, puede protegerse de estas miserias comunes. «El hombre, nacido de mujer, corto de días y harto de tormentos» (Jb 14,1), y «tan sólo por él sufre su carne, sólo por él se lamenta su alma» (v. 22), «pues todos sus días son dolor, y su oficio penar, y ni aún de noche descansa su corazón» (Ecl 2, 23); y «vi que todo es vanidad y vejaciones para el espíritu» (2, 11). «El ingreso, progreso, regreso, egreso son muy semejantes: la ceguera nos atrapa al principio, la enfermedad a la mitad, la tristeza al final, el error en todo. ¿Qué día nos amanece sin tristeza, cuidado o pena? ¿O qué mañana hemos visto tan tranquila y agradable que no se haya nublado antes de la tarde?»[808]. Uno es miserable, otro ridículo, un tercero odioso. Uno se queja de esta injusticia, otro de ésa. «Unas veces le duelen los nervios, otras los pies (Séneca); ahora un catarro, luego una dolencia de hígado; a veces tiene demasiada sangre, otras demasiado poca»; ahora le duele la cabeza, luego los pies, ahora los pulmones, luego el hígado, etc. Es rico, pero bastardo, es noble, pero pobre; un tercero tiene medios, pero quizá carece de salud o de ingenio para manejar sus bienes; a uno le molestan los niños, a otro la mujer, etc.

«Nadie está contento con su suerte»[809]; una libra de tristeza se mezcla normalmente con una dracma de contento, con poco o ningún regocijo, poco consuelo, pero por todas partes hay peligro, contención, ansiedad en todas partes[810]; ve donde quieras y encontrarás descontentos, preocupaciones, dolores, quejas, enfermedades, males, cargas, exclamaciones. «Si miras en el mercado, dice Crisóstomo[811], hay allí alboroto y discordia; si en la corte, picardía y adulación, etc.; si en la casa de un hombre particular, hay allí ansiedad y cuidado, aflicción, etc.» Como se decía antiguamente, «ninguna criatura es tan miserable como el hombre»[812], ninguna está habitualmente tan atormentada «por las miserias del cuerpo, las miserias de la mente, miserias del corazón, miserias mientras duerme, miserias al despertar, en miserias dondequiera que vaya»[813], como descubrió Bernardo. «Nuestra vida es una auténtica prueba» (Agustín, *Confesiones,* libro 10, cap. 28), «¿quién puede soportar sus miserias?». «En la prosperidad somos insolentes e intolerantes, abatidos en la adversidad, en toda suerte necios y miserables[814]. En la adversidad anhelo la prosperidad, y en la prosperidad temo la adversidad. ¿Qué mediocridad no encontraremos? ¿Dónde no hay tentación? ¿Qué tipo de vida está libre de ella?» «La sabiduría tiene anejo el trabajo; la gloria, la envidia; las riquezas y los cuidados, los niños y las cargas, los placeres y las enfermedades, el descanso y la mendici-

dad, van juntos: como si el hombre naciera por tanto (como sostienen los platonistas) para ser castigados en esta vida por pecados anteriores»[815]. O bien, como lamenta Plinio, «la naturaleza puede ser considerada más como una madrastra que como una madre para nosotros, si consideramos todas esas cosas: ninguna criatura tiene una vida tan frágil, tan llena de temor, tan loca, tan furiosa; sólo el hombre tiene la plaga de la envidia, el descontento, las tristezas, la codicia, la ambición, la superstición»[816]. Toda nuestra vida es un mar irlandés, donde no se ha de esperar nada más que tormentas tempestuosas y olas molestas, todo ello infinito:

> «Contemplo un mar de males tan vasto que no podría atravesarse por mucho que se nadase»[817].

No hay tiempos felices en los que un hombre pueda mantenerse tranquilo o se conforme con su estado presente, sino que, como infiere Boecio, «hay algo en cada uno de nosotros que buscamos antes de probarlo, y habiéndolo probado lo aborrecemos[818]: lo deseamos ansiosamente, lo anhelamos ávidamente y poco después nos cansamos de ello»[819]. Así, entre esperanza y temor, sospechas e iras[820], entre caídas, riñas, etc., desperdiciamos nuestros mejores días, perdemos nuestro tiempo, llevamos una vida contenciosa, descontenta, tumultuosa, melancólica, miserable; hasta tal punto que, si pudiésemos predecir lo que está por venir y se pusiera a nuestra elección, preferiríamos rehusar a esta vida penosa a aceptarla. En una palabra, el mundo mismo es un enredo, un laberinto de errores, un desierto, una selva, una cueva de ladrones, bribones, etc., está lleno de charcos sucios, rocas tenebrosas, precipicios, un océano de adversidad, es un pesado yugo, donde las enfermedades y calamidades sorprenden y se siguen una a otra, como las olas del mar; y si escapamos de Escila, caemos en Caribdis. Y así, en perpetuo temor, fatiga, pena, corremos de una calamidad, un perjuicio o una carga a otra, «sirviendo a una dura servidumbre». Y antes podréis separar el peso del plomo, el calor del fuego, la humedad del agua o el brillo del sol, que la miseria, el descontento, el cuidado, la calamidad y el peligro del hombre.

Nuestras villas y ciudades no son más que moradas de la desdicha humana «en las que se encierran la tristeza y la pena (como bien observa alguien[821] siguiendo a Solón), problemas innumerables, fatigas propias de los mortales y todo tipo de vicios, como en los corrales». Nuestros pueblos son como toperas, y los hombres como hormigas, ocupadas, siempre ocupadas, yendo de un lado a otro, entrando y saliendo, cruzándose los proyectos de unos y otros como las líneas de la rosas náuticas, que se cortan unas a otras en un globo o mapa. «Ahora alegres y felices», pero (como continúa alguien[822]) «pronto tristes y apesadumbrados; ahora esperanzados, luego desconfiados; ahora pacientes, mañana voceando; ahora pálidos, luego rojos; corriendo, sentándonos, sudando, temblando, vacilando», etc. Algunos de entre todos, quizá uno de cada mil, puede ser «el mimado de Júpiter» en la opinión del mundo, el «polluelo de la gallina blanca», un hombre feliz y afortunado, «feliz hasta cau-

sar envidia» por ser rico, próspero, bien relacionado, honrado y laborioso; sin embargo pregúntale y te dirá quizá que de entre todos los demás es el más miserable e infeliz. «Un buen zapato», como dice alguno[823], «pero no sabe dónde aprieta». No es la opinión de otro la que puede hacerme feliz, sino, como lo considera Séneca, «es un infeliz miserable el que no se considera feliz; aunque sea señor soberano de un mundo, no es feliz si no se considera como tal. Porque ¿de qué sirve cuál sea tu estado o lo que les parezca a otros, si no te gusta a ti mismo?»[824]. El carácter natural de todos los hombres es pensar bien de las fortunas ajenas y detestar las propias:

> «Sin duda detesta su suerte quien desea la ajena»[825].

Pero, «¿quién hizo a Mecenas?», etc.[826], ¿cómo llega a ocurrir esto?, ¿cuál es su causa? Muchos hombres son de naturaleza tan perversa que no están contentos con nada (dice Teodoreto)[827], «ni con las riquezas ni con la pobreza; se quejan cuando están bien y cuando están enfermos, refunfuñan con cualquier suerte, con la prosperidad y la adversidad; se perturban con un año fecundo, con uno estéril; abundante o no, nada les agrada, ni la guerra ni la paz, por tener hijos o por no tenerlos». Éste es, en su mayor parte, el ánimo de todos nosotros, estar descontentos, miserables y muy infelices, al menos según creemos. Mostradme a alguien que no esté así o que haya estado alguna vez de otra forma. La felicidad de Quinto Metelo es envidiada infinitamente entre los romanos, hasta tal punto que, como lo menciona Patérculo, apenas puedes encontrar en ninguna nación, clase, edad o sexo, uno sólo que se pueda comparar con él por su felicidad[828]: tenía, en una palabra, «bienes mentales, corporales y de fortuna», al igual que Publio Craso Muciano[829]. Lampito, la mujer lacedemonia, era semejante en opinión de Plinio: esposa de rey, madre de rey, hermana de rey[830]; y todo el mundo consideraba lo mismo de Polícrates de Samos. Los griegos se jactan de su Sócrates, Foción, Arístides; los psofidianos en particular de su Aglao, «feliz toda la vida, inmune a todo peligro» (cosa que, dicho sea de paso, Pausanias consideraba imposible); los romanos de su Catón[831], Curio, Fabricio, por buena fortuna y su vida tranquila, su dominio de las pasiones y desprecio del mundo. Sin embargo, ninguno de éstos era feliz o estaba libre de descontentos, ni Metelo, ni Craso ni Polícrates, que murió de muerte violenta, al igual que Catón; y cuán mal hablan Lactancio y Teodoreto de Sócrates, un hombre débil, y lo mismo de los demás. No hay contento en esta vida, sino, como alguien dijo[832], «todo es vanidad y vejación del espíritu», defectuoso e imperfecto. Si tuvieses el pelo de Sansón, la fuerza de Milón, el brazo de Scanderbeg, la sabiduría de Salomón, la belleza de Absalón, la riqueza de Creso, el óbolo de Pasetes, el valor de César, el espíritu de Alejandro, la elocuencia de Cicerón o de Demóstenes, el anillo de Giges, el Pegaso de Perseo, la cabeza de la Gorgona y los años de Néstor por venir, todo esto no podría colmarte, no te daría contento y verdadera felicidad en esta vida por mucho que estos bienes te durasen. Incluso en el medio de nuestra alegría, jovialidad y risa, están la tristeza y la pena; o si hubiese verdadera felicidad entre nosotros, sería por poco tiempo:

> «termina en pez lo que en su parte superior es una hermosa mujer»[833].

Una bonita mañana se transforma en una tarde encapotada. Bruto y Casio, fueron en otro tiempo famosos, ambos eminentemente felices; sin embargo apenas encontrarás dos (dice Patérculo) «a quienes antes abandonara la fortuna». Aníbal, conquistador toda su vida, se encontró con su igual y fue subyugado al final. «El fuerte al final se encuentra con otro más fuerte». Le conducen a uno al triunfo, como a César en Roma, Alcibíades en Atenas, coronado, honrado, admirado; pronto se demuelen sus estatuas, se le silba, se le mata, etc. El Gran Gonzalo[834], el famoso español, fue honrado y aprobado al principio por el príncipe y la gente; enseguida, confinado y desterrado. «A las acciones famosas les siguen por lo general graves enemistades y amargas calumnias», es la observación de Polibio. Uno nace rico y muere como mendigo; sano hoy, enfermo mañana; ahora se encuentra en un estado muy floreciente, está afortunado y feliz, luego se ve privado de sus bienes por enemigos extranjeros, es robado por ladrones, saqueado, cautivado, empobrecido, como los de Rabbá, «puestos a manejar la sierra, los rastrillos y picos de hierro, y los empleó en los hornos de ladrillo»[835].

> «Amigos, ¿por qué suponéis que siempre estoy contento? Si uno ya cayó antes, se debe a que no era estable»[836].

El que al principio marchó como Jerjes al frente de ejércitos innumerables, tan rico como Creso, ahora se las compone en una pobre barquilla, está atado con cadenas de hierro, como Bayaceto el turco, y a una tarima como Aureliano, para que un conquistador tirano lo pisotee.

Hay tantos desastres que, como dijo Séneca de una ciudad consumida por el fuego, «sólo un día media entre una gran ciudad y la nada». Tantas son las molestias por accidentes externos y por nosotros mismos, por nuestra indiscreción, nuestro apetito desordenado, que sólo un día media entre un hombre y la nada. Y, lo que es peor, como si los descontentos y miserias no se nos viniesen encima suficientemente deprisa, «el hombre es un demonio para el hombre»: maltratamos, perseguimos y estudiamos cómo atormentar, irritar y molestarnos unos a otros con odio mutuo, abusos e injurias, cebándonos y devorándonos como las aves rapaces[837]; y como truhanes, rufianes, alcahuetes, engañándonos unos a otros; o rabiosos como lobos, tigres y demonios, nos deleitamos atormentándonos mutuamente[838]. Los hombres son malos, malvados, maliciosos, traicioneros y perversos, no se aman unos a otros, ni a sí mismos, ni son hospitalarios, caritativos ni sociables como deberían ser, sino falsos, embusteros, hipócritas, todo sirve para sus propios fines; son duros de corazón, inmisericordes, crueles, y, para beneficiarse a sí mismos, no se preocupan del perjuicio que pueden producir a otros[839]. Praxino y Gorgona en el poeta[840], cuando consiguieron aquellas peligrosas miradas, gritaron «está bien», y querían desechar el resto.

Cuando son ricos, honrados, preferidos, saciados, e incluso tienen todo lo

que querían, privan a otros de todos los placeres que la juventud necesita y que habían disfrutado antes. Uno se sienta a la mesa en una silla cómoda, descansadamente, pero no recuerda mientras tanto que un sirviente cansado está de pie tras él, «un individuo hambriento le va sirviendo de todo; está sediento el que le da la bebida» (dice Epicteto), «y está callado mientras que él habla de sus placeres; meditabundo y triste, cuando él se ríe». «Vació la copa de oro». Festeja, goza y gasta con profusión, tiene variedad de ropajes, música dulce, tranquilidad, y todo el placer que el mundo puede permitirse, mientras una criatura pobre y muerta de hambre desfallece en la calle, necesita vestidos para cubrirse, trabaja duro todo el día, corre por una fruslería, lucha quizás de sol a sol, mareado y enfermo, débil, lleno de dolor y tristeza, está con gran angustia y tristeza de corazón. Aborrece y se burla de su inferior, odia o emula a su igual, envidia a su superior, insulta sobre todo a los que están por debajo de él, como si fuera de otra especie, un semi-dios, no sujeto a ninguna caída o enfermedad humana. Por lo general, no aman y tampoco son amados; revientan de cansancio los cuerpos de otros con el trabajo continuo, viviendo ellos descansadamente, sin preocuparse por nadie más, «nacidos para sí mismos». Y muchas veces están tan lejos de extender una mano de ayuda, que buscan todos los medios para humillar incluso a los más valiosos y dignos, mejores que ellos, aquellos a los que están obligados por las leyes de la naturaleza a socorrer y ayudar, tanto más si viven con ellos; les dejan gemir, morir de hambre, pedir y vacilar antes de asistirles o ayudarles de alguna forma (aunque esté en su poder). Son así de inhumanos en su mayor parte, así de desatentos; tan duros de corazón, tan ariscos, orgullosos, insolentes, tan tozudos, de tan mala disposición[841]. Y siendo tan brutos, estando tan perversamente inclinados unos contra otros, ¿cómo no habríamos de estar descontentos por todo, llenos de preocupaciones, penas y miserias?

Si esto no fuera prueba suficiente del descontento y miseria de los hombres, examinad por separado cada condición y profesión. Los reyes, príncipes, monarcas y magistrados parecen ser los más felices, pero considerad su estado, encontraréis que son los más cargados con preocupaciones, en temor perpetuo, agonía, sospecha y celos[842]. De modo que, como dijo alguien sobre la corona, si supiesen los descontentos que la acompañan, no se inclinarían a cogerla[843]. «¿Qué rey me puedes mostrar (dice Crisóstomo) que no esté lleno de preocupaciones?» «No miréis su corona, considerad sus aflicciones; no atendáis a su cantidad de siervos, sino a la multitud de sus tormentos». «La soberanía es una tempestad del alma», secunda Gregorio. Como Sila, tienen títulos valientes, pero ataques terribles. Esto es lo que le hizo a Demóstenes jurar[844] que «si se le diera a elegir entre ser juez y ser condenado, preferiría ser condenado». Los ricos están en la misma condición; cuáles son sus penas, sólo ellos las sienten, los necios no las perciben, como probaré en otro lugar; su riqueza es quebradiza, como los sonajeros de los niños. Van y vienen, pero no hay certidumbre en ellos: a los que elevan, de repente los humillan, y los dejan en un valle de miserias. Los hombres de tipo medio son como asnos que lle-

van cargas; pero si fueran libres y viviesen tranquilamente, se perderían y consumirían sus cuerpos y fortunas en lujos y tumultos, contiendas, emulaciones, etc. A los pobres y sus descontentos los reservo otro lugar[845].

Para las profesiones particulares, sostengo como para el resto que no hay contento ni seguridad en ninguna. ¿Cómo decidir a qué carrera dedicarse? Ser teólogo es despreciable en opinión del mundo; ser jurisconsulto es ser un pendenciero; ser médico, se aborrece[846]; el filósofo, un loco; el alquimista, un pordiosero; el poeta, un tipo hambriento; el músico, un jugador; el maestro, un ganapán; el labrador, una hormiga; un mercader, tiene unas ganancias inciertas; un mecánico, vil; un cirujano, indecente; un mercader, mentiroso[847]; un sastre, ladrón; un sirviente, un esclavo; el soldado, un carnicero; un herrero o metalero, el jarro no se separa nunca de sus labios; el cortesano, un parásito. Como quien no puede encontrar en el bosque un árbol de donde colgarse, no puedo mostrar un estado de vida que dé contento. Lo mismo cabe decir de todas las edades: los niños viven en perpetua esclavitud, siempre bajo el gobierno tiránico de los maestros; los jóvenes y de edades más maduras, sujetos al trabajo y a las mil preocupaciones del mundo, a traición, falsedad, y engaño:

> «caminas sobre ascuas, ocultas bajo engañosa ceniza»[848].

Los ancianos están llenos de dolores en los huesos[849], calambres y convulsiones, banquetes fúnebres, dureza de oído, vista débil; son canosos, arrugados, ásperos, están tan alterados que no pueden reconocer su cara en un espejo, son una carga para sí mismos y para otros. Después de los setenta años, «todo es pena» (como lo considera David); no viven, sino que subsisten. Si están sanos, temen las enfermedades; si enfermos, están cansados de vivir: «no es vida si no se vive con salud». Uno se queja de necesidad, otro de servidumbre, otro de una enfermedad secreta o incurable[850], de alguna deformidad corporal, de alguna pérdida, peligro, muerte de amigos, desastres, persecuciones, prisión, desgracia, repulsa, ofensa[851], calumnia, abuso, injuria, desprecio, ingratitud, desafecto, mofas, burlas, matrimonio desgraciado, vida soltera, demasiados hijos, ningún hijo, falsos siervos, niños infelices, esterilidad, destierro, opresión, esperanzas frustradas y malos éxitos, etc.

«El hablador Fabio estará cansado antes de que pueda decir la mitad; son tema para volúmenes enteros»[852] y se describirán (algunos) en otros lugares más oportunamente. Mientras tanto, puedo decir de ellos que cotidianamente atormentan el alma del hombre, adelgazan nuestros cuerpos[853], los secan, los marchitan, los arrugan totalmente como manzanas viejas, los convierten en cadáveres («no es nada más que piel y hueso, tan gastado está por las preocupaciones»)[854], causan días enfadosos, tiempos lentos, negros y pesados; nos hacen aullar, gemir y mesarnos los cabellos, como hizo la Pena en la mesa de Cebes[855], y gruñir por la gran angustia de nuestras almas. Nos fallan los corazones como el de David: «me envuelven desdichas en número incontable» (Ps 40, 12). Estamos prestos a confesar con Ezequías: «mirando por mi felicidad, he tenido amargas penas» (Is 58,17), a llorar con Heráclito, a maldecir el día

de nuestro nacimiento con Jeremías (20, 14) y nuestras estrellas con Job, a mantener el axioma de Sileno: «sería mejor no haber nacido nunca, y lo mejor después, morir rápidamente»; o si debemos vivir, abandonar el mundo, como hizo Timón; arrastrarnos en cuevas y agujeros, como los anacoretas; arrojarnos al mar, como Crates de Tebas; o como los mil censores de Cleombroto de Ambrocia, despeñarnos para librarnos de estas miserias.

SUBSECCIÓN XI

El apetito concupiscible, como los deseos y la ambición, como causas

Los apetitos irascibles y concupiscibles son como los dos cordones de una cuerda, trenzados uno con otro, y ambos enroscándose alrededor del corazón: ambos buenos, como sostiene Agustín (*La ciudad de Dios,* libro 14, cap. 9), «si son moderados; ambos son perniciosos si son desorbitados». El apetito concupiscible –aunque parezca llevar consigo una ostentación de placer y deleite– y nuestras concupiscencias nos afectan sobre todo con contento y objetos placenteros; sin embargo, si son extremos, nos atormentan y aquejan por otro lado. Es un dicho cierto el que afirma que «el deseo no tiene descanso», es infinito en sí mismo, inacabable, y, como lo llama uno856, un tormento continuo o un molino de sangre[857], de acuerdo con Agustín, siempre girando como un círculo. No son tan continuos como variados; «puedes (dice Bernardo)[858] contar los átomos del Sol tan bien como a ellos». «Se extiende», como piensa Guianerius, «a todo lo que después se busca superfluamente»[859], o a cualquier deseo ferviente, como lo interpreta Fernel. Sea del tipo que sea, atormenta si es desmesurado y es (de acuerdo con Platter[860] y otros) una causa especial de la melancolía. Agustín confiesa[861] que «se despedazó por sus diversos deseos», y Bernardo se queja de que no podía descansar por ellos ni un minuto en una hora: «quería tener esto y aquello, y luego desearía ser así y así»[862]. Por lo tanto, es cuestión muy difícil de delimitar, siendo como son tan variados y tantos, es imposible aprehenderlos todos. Sólo insistiré en unos pocos de los más importantes y más nocivos de esta clase, como el desorbitado apetito y deseo de honor, que normalmente llamamos ambición; el amor del dinero, que es la codicia y el codicioso deseo de ganancia; el egoísmo, el orgullo y el deseo desordenado de vanagloria o aplauso; el excesivo amor al estudio; el amor de las mujeres (que necesitará un solo volumen por sí mismo). De las demás hablaré brevemente y por orden.

La ambición, una codicia orgullosa, o una sed insaciable de honor, es una gran tortura para la mente compuesta de envidia, orgullo; ambición, una locura cortés: uno la define como un veneno agradable; Ambrosio, «úlcera del alma[863], una plaga oculta»; Bernardo, «un veneno secreto, el padre de la envidia y madre de la hipocresía, la polilla de la santidad y la causa de la locura, que atormenta e inquieta todo aquello que coge»[864]. Séneca[865] la llama «cosa pomposa, vana, anhelante y temerosa». Pues normalmente los que, como Sísifo, hacen rodar la piedra de la ambición, están en agonía perpetua, siempre confusos[866], «siempre caen silenciosos y tristes» (Lucrecio), dubitativos, temerosos, sospechosos, detestan ofender en palabras o hechos, siempre tram-

peando o conspirando, abrazándose, descubriéndose, rebajándose, aplaudiendo, adulando, burlándose, visitando, esperando a las puertas, con toda afabilidad, honestidad falsa y humildad[867]. Si eso no sirve, si este humor (como lo describe Cipriano)[868] posee alguna vez su alma sedienta, a tuertas o a derechas lo obtendrá, «y escalará desde su agujero a todos los honores y oficios, si le fuera posible subir; adulando a uno, sobornando a otro, no dejará ningún medio sin ensayar para ganar todo». Es increíble ver cuán servilmente se somete este tipo de hombres, cuando están en un cortejo, a cualquier persona inferior[869]; cuántas penas se tomarán, cómo correrán, volarán, se amoldarán, conspirarán, contravendrán, protestarán y jurarán, harán votos, prometerán, cuántos trabajos aguantarán, levantándose pronto y acostándose tarde; cuán zalameros y afables son, cuán populares y corteses, cómo sonríen burlonamente y se mofan de cada uno que se encuentran; con qué fiestas e invitaciones, cómo se consumen a sí mismos y a sus fortunas, buscando algo que, muchas veces, mejor estarían sin ello. Como dijo el orador Cineas a Pirro[870]: con qué noches en vela, horas dolorosas, pensamientos ansiosos y amargura mental, «oscilando entre la esperanza y el temor», distraídos y cansados, consumen su tiempo. No puede haber mayor plaga en este momento.

Si obtienen su petición, que con tanto coste y solicitud han buscado, no por eso quedan libres, su ansiedad comienza de nuevo, porque nunca están satisfechos; sus pensamientos, acciones, esfuerzos son todos para la soberanía y el honor. Como Luigi Sforza, el enfadoso duque de Milán, «un hombre de singular sabiduría, pero profunda ambición, nacido para sí mismo, y para la destrucción de Italia»[871]. Aunque sea para su propia ruina y la de sus amigos, porfiarán, no pueden parar, sino que como un perro en una rueda, un pájaro en una jaula o una ardilla atada a una cadena (así los compara Budé)[872], escalan y escalan siempre, con mucho trabajo, pero nunca le ponen fin, nunca llegan a la cima[873]. Un caballero querría ser baronet, y luego lord, y luego vizconde, y luego conde, etc.; un doctor, deán y luego obispo; de tribuno a pretor, de alguacil a alcalde; primero este oficio, luego aquel. Como Pirro en Plutarco[874], primero quería tener Grecia, luego África y luego Asia, y tragar tanto como la rana de Esopo hasta que al final estallase o bajase con Seyano «a las escalinatas Gemonias»[875] y se rompiese el cuello. O como Evangelus, el flautista de Luciano, que tocó su flauta durante mucho tiempo, hasta que cayó muerto. Si no obtiene lo que pedía, y tiene una fracaso, está en un infierno por otro lado; se siente tan rechazado que está dispuesto a colgarse, convertirse en hereje, turco o traidor en un instante. Airado contra sus enemigos, murmura, jura, lucha, calumnia, infama, envidia, asesina; y por su parte, «si no puede satisfacer su deseo, como escribe Bodin[876], se vuelve loco»[877]. Así que de ambos modos, atinado o errado, se obsesiona mientras dura su ambición, no puede preocuparse mientras tanto por nada más que por su deseo y preocupación, que son a la vez su descontento y tristeza, enloqueciéndose a sí mismo o dándose finalmente muerte violenta[878]. Este hecho se puede ver normalmente en ciudades populosas, o en cortes de príncipes, porque la vida de un cortesano (como

la describe Budé) «es una mezcolanza de ambición, lujuria, fraude, impostura, disimulo, calumnia, envidia, orgullo; la corte, un conciliábulo de aduladores, complacientes, políticos, etc.»[879]; o, como la considera Antonio Pérez[880], «los suburbios del mismo infierno». Si queréis ver a esos descontentos, en tales sitios probablemente las encontraréis. Y como observó Plauto de los mercados de la antigua Roma[881]:

> «Si alguien quiere encontrar a un perjuro, le mando al comicio; a un mentiroso o bravucón, al santuario de Cluacina; a maridos ricos y pródigos, a la Basílica, etc.»

Los bribones perjuros, los caballeros de buena posición, los mentirosos, los locos, los malos esposos, etc., tienen sus diversos lugares; los tienen siempre, y siempre los tuvieron en toda república.

SUBSECCIÓN XII

φιλαργυρία. La avaricia y la codicia, como causas

Plutarco, en su libro sobre si son más graves las enfermedades del cuerpo que las del alma, es de la opinión de que «si examinas las causas de nuestras miserias en esta vida, encontrarás que la mayor parte han tenido su principio en la ira obstinada, el deseo furioso de contiendas o alguna emoción injusta o inmoderada, como la codicia», etc.[882] «¿De dónde proceden las guerras y riñas que hay entre vosotros?», pregunta Santiago[883]. Yo añadiría la usura, el fraude, el robo, la simonía, la opresión, la mentira, el juramento, el falso testimonio, etc. ¿No proceden de esta fuente de la codicia, la avidez por conseguir, la tenacidad en mantener, la sordidez en gastar? El que sean tan malvados, «injustos ante Dios, el prójimo y ellos mismos», todo viene de ahí. «La raíz de todos los males es el afán de lucro, y algunos, por dejarse llevar por él, se atormentaron con muchos dolores» (1 Tm 6, 10). Por ello, Hipócrates, en su epístola a Crateva, un herbario, le da este buen consejo: que si fuera posible, «entre otras hierbas, cortara la mala hierba de la codicia de raíz, para que no quedara resto de ella; y luego ten por cierto que junto con sus cuerpos podrás curar todas las enfermedades de la mente». Pues es realmente la muestra, imagen y epítome de toda melancolía, la fuente de muchas miserias, mucho descontento, cuidado y dolor. Este «deseo desordenado o inmoderado de ganancia, de conseguir o preservar el dinero», como lo define Buenaventura[884]; o, como lo describe Agustín, una locura del alma; Gregorio, una tortura; Crisóstomo, una embriaguez insaciable; Cipriano, ceguera, «suplicio impresionante», una plaga que destruye reinos, familias, una enfermedad incurable[885]; Budé, un mal hábito, «que no se rinde ante ningún remedio»[886]. Ni Esculapio ni Pluto lo pueden curar. Una plaga continua, dice Salomón, y una vejación del espíritu, otro infierno.

Sé que algunos son de la opinión de que los codiciosos son felices, sabios en lo mundano, que hay más placer en conseguir la riqueza que en gastarla y que ningún placer en el mundo es semejante a él. Éste era el problema de Bías en la antigüedad: «¿Con qué arte no te cansas?: consiguiendo dinero. ¿Qué es lo más deleitable?: ganarlo». ¿Que es, créeme, lo que hace que un pobre hombre trabaje toda su vida, lleve tan grandes cargas, viaje tanto, se atormente, y soporte tanta miseria, aguante oficios tan viles con tanta paciencia, si no hubiese un placer extraordinario en conseguir y guardar dinero? ¿Qué hace que un mercader que no lo necesita, «que tiene lo suficiente para su casa», recorra todo el mundo, por las zonas destempladas de frío y calor[887], aventure voluntariamente su vida, y esté contento pese al hambre tan miserable y las

sucias costumbres, en un barco apestoso, si no hubiera placer y esperanza de conseguir dinero, que atenúa el resto y mitiga sus penas infatigables? ¿Qué les hace ir a las entrañas de la Tierra, a cien brazas de profundidad, poniendo en peligro sus propias vidas, soportando las humedades y los olores apestosos, cuando tienen ya suficiente, cuando podrían estar contentos y no tomarse tantos trabajos, sino un placer extraordinario que toman en las riquezas? Esto puede parecer plausible a primera vista, un argumento popular y sólido; pero que quien piense así, que lo considere mejor y pronto se dará cuenta de que es de manera muy distinta a como lo supone. Puede ser quizás placentero al principio, como la mayor parte de lo melancólico. Pues tales hombres posiblemente tienen mezclados «intervalos lúcidos», síntomas agradables; pero debéis daros cuenta de lo que dice Crisóstomo: «una cosa es ser rico y otra ser codicioso»[888]. Normalmente son necios, tontos, locos, infelices miserables, viven por encima de sí mismos, «sin tener noción de la diversión», en perpetua esclavitud, temor, sospecha, pena y descontento[889]; «tienen más áloe que miel» y están realmente «más poseídos por su dinero de lo que lo poseen», como lo considera Cipriano[890]; aprendices pegados a sus bienes, como los ve Plinio[891]; o como dice Crisóstomo, esclavos y siervos de sus riquezas. Y podemos concluir de todos ellos, como hace Valerio de Ptolomeo, rey de Chipre, que «era por su título rey de dicha isla, pero en su mente era un esclavo miserable del dinero»[892],

> «carente de libertad, que es mejor que el oro»[893].

Damasipo, el estoico, en Horacio, prueba que todos los hombres mortales deliran esporádicamente, unos de una forma, otros de otra, pero que los codiciosos están más locos que los demás[894]. Y quien realmente observe sus bienes y examine sus síntomas, no encontrará nada mejor de ellos sino que son todos necios[895], como Nabal, «por nombre y naturaleza» (1 Sm 25). Pues, ¿qué mayor necedad o locura puede haber que atormentarse uno mismo sin necesidad?[896] Y como observa Cipriano, «cuando se puede liberar de su carga y aliviar sus penas, continuará todavía, aumentando sus riquezas, cuando tiene suficiente, quiere conseguir más para vivir por encima de sí mismo»[897], matar de hambre a su genio, estar alejado de su mujer e hijos, y no dejarles a ellos o a otros amigos usar o disfrutar de lo que es suyo por derecho y cuando quizá lo necesitan. Como un puerco o un perro en el pesebre, lo conserva aunque no hará bien a nadie, perjudicándose a sí mismo y a otros, y por un poco de dinero momentáneo, dañará su propia alma[898]. Son habitualmente tristes y tétricos por naturaleza, como el espíritu de Acab lo fue al no poder conseguir la viña de Nabot (1 R 22). Y si gasta su dinero en algún momento, aunque sea para usos necesarios, para el bien de sus propios hijos, alborota y riñe, su corazón se apesadumbra, se inquieta mucho y detesta separarse de él: «el miserable no lo toca y tiene miedo de usarlo» (Horacio). Es de constitución fatigada, seca, pálida, y no puede dormir por sus cuidados y preocupaciones mundanas. Sus

riquezas, dice Salomón, y el negocio innecesario que amontona sobre él no le dejarán dormir; o si duerme, es un sueño muy intranquilo, interrumpido, displacentero, con sus bolsas bajo el brazo:

> «El codicioso duerme hacinado, en todos los sentidos, sobre sus sacos».

Y aunque esté en un banquete o en alguna alegre fiesta, «suspira por tristeza del corazón» (como lo considera Cipriano)[899]. «Y no puede dormir aunque esté sobre una cama», su cuerpo fatigado no tiene reposo, «preocupado por su abundancia, y triste en la prosperidad, infeliz en el presente y más infeliz en la vida por venir» (Basilio). Es un esclavo perpetuo, desasosegado en sus pensamientos, y nunca satisfecho[900], un esclavo, un infeliz, un sacadineros, «siempre buscando qué sacrificio puede ofrecer a su dios dorado» (Cipriano, prólogo a los *Sermones*), no se preocupa del cómo, sus problemas no tienen fin, «crecen las riquezas, siempre falta sin embargo no sé qué para que el patrimonio esté completo»[901]. Aumenta su riqueza, y cuanto más tiene, más quiere[902], como el flaco ganado del faraón, que devoraba la grasa y nunca estaba satisfecho. Agustín, por tanto, define la codicia[903], como «un deseo deshonesto e insaciable de lucro»; y en una de sus epístolas lo compara al infierno, «que devora todo, y sin embargo nunca tiene suficiente, un pozo sin fondo», una miseria sin fin. «La mayor parte de los viejos cadavéricos se despeñan desde la roca de la avaricia», porque ésta es su mayor corrosivo, están en continua sospecha, temor y desconfianza. Piensan que su mujer e hijos son ladrones, y que se ponen a engañarle, que todos sus sirvientes son falsos:

> «Si sus puertas chirrían, entonces él grita enseguida que sus bienes se han ido, y que está arruinado».

Un antiguo proverbio dice, «tan temoroso como Pluto». Así le presentan Aristófanes y Luciano, siempre temeroso, pálido, ansioso, suspicaz y sin confiar en nadie. «Tienen miedo de las tempestades por su grano; tienen miedo de sus amigos no sea que les pidan, rueguen o le empresten algo; tienen miedo de sus enemigos no sea que les lastimen, de los ladrones no sea que les roben; tienen miedo de la guerra y miedo de la paz, miedo de los ricos y miedo de los pobres; miedo de todo»[904]. Al final de todo, tienen miedo de perder lo suyo, de que vayan a morir como mendigos, lo que les hace guardar siempre y no atreverse a usar lo que tienen. ¿Qué pasaría si viniera un año pobre, o hambre, o alguna pérdida? Si no fuera porque se oponen a gastar el dinero en una cuerda, se les colgaría inmediatamente[905]; y a veces mueren por ahorrar gastos y se suicidan si se pierde su grano o su ganado, aunque les quede en abundancia, como anota Aulo Gelio[906]. Valerio[907] hace mención de uno que en una hambruna vendió un ratón por doscientos peniques y él mismo se moría de hambre: tales son sus cuidados, tristezas y temores constantes[908]. Estos síntomas los expresa elegantemente Teofrasto en su personaje de un hombre codicioso: «estando en la cama, le preguntó a su mujer si había cerrado bien los baúles y

cofres, si estaba sellado el maletín, y si estaba echado el cerrojo de la puerta del vestíbulo; y aunque ella dijo que todo estaba bien, se levantó de la cama en camisa, descalzo y con las piernas desnudas, para ver si era así, buscando en cada esquina con una linterna oscura, casi sin dormir en toda la noche»[909]. Luciano, en el agradable e ingenioso diálogo llamado *El gallo*, presenta a Micilo el zapatero remendón discutiendo con su gallo, en otro tiempo de Pitágoras. Cuando, después de mucha discusión a favor y en contra, para probar la felicidad de la condición de pobre y los descontentos de un rico, el gallo de Pitágoras al final, para ilustrar con ejemplos lo que había dicho, le presenta la casa de Gnifo el usurero a media noche, y después a Eúcratres. Los encontró despiertos, haciendo sus cuentas y contando su dinero, flacos, secos, pálidos y ansiosos[910], siempre sospechando que alguien pudiese hacer un agujero en la pared y que entrase; o si se movía una rata o un ratón, se asustaban de repente, y corrían a la puerta a ver si todo estaba bien cerrado. Plauto, en su *Aulularia*, hace que el viejo Euclión mande a Estáfila, su mujer, cerrar bien todas las puertas, y que apague el fuego, no sea que alguien fuese a enviar un recadero a su casa[911]; cuando se lavaba las manos, se negaba a desperdiciar el agua sucia; se quejaba de que estaba arruinado, porque salía humo de su tejado. Y cuando salía de casa, si veía que un cuervo escarbaba en el estercolero, volvía a toda prisa, tomándolo por una mala señal, porque creía que estaba desenterrando su dinero; y muchas otras cosas semejantes. El que observe sus acciones encontrará que éstos y muchos otros pasajes no se han inventado por entretenimiento, sino que realmente ocurren, lo verifican ciertamente tales infelices codiciosos y miserables, y que es

> «una mera locura, vivir como un infeliz y morir rico»[912].

Subsección XIII

El gusto inmoderado por el juego, etc., y por los placeres, como causas

Es de maravillar ver cuántos infelices pobres, afligidos y miserables se encuentran casi en todo camino y calle, mendigando una limosna, han descendido de clase, pues en otro tiempo estaban en un estado floreciente y ahora están andrajosos, harapientos y prontos a morir de hambre, retrasando su salida de una vida tan dolorosa, llenos de descontento y tristeza corporal y mental, y todo por codicia inmoderada, el juego, el placer y el desenfreno. Es el fin habitual de todos los epicúreos sensuales y manirrotos embrutecidos, que están embobados y arrastrados de cabeza por sus diversos placeres y lujurias. Cebes en su *Tabla,* san Ambrosio en el segundo libro de Abel y Caín, y, entre otros, Luciano, quien en su tratado *De mercede conductis,* ha descifrado excelentemente bien los procederes de tales hombres en su pintura de la Opulencia, a la que imagina viviendo en la cima de un monte, muy buscada por muchos perseguidores. En su primera llegada, normalmente les entretienen Placer y Pereza, y tienen todo el contento que se les puede dar mientras les dure el dinero. Pero cuando les fallan los medios, se les expulsa de cabeza por la puerta de atrás despreciativamente, y allí se les deja con Vergüenza, Reproche, Desesperación. Y el que al principio tenía tantos servidores, parásitos y seguidores, joven y lujurioso, ricamente ataviado y con todas las viandas delicadas que se pueden tener, con todo tipo de parabienes y buen respeto, ahora de repente se ve despojado de todo, pálido, desnudo, viejo, enfermo y desamparado, maldiciendo su estrella y presto a ahorcarse; sin otra compañía que la de Arrepentimiento, Pena, Tristeza, Escarnio, Mendicidad y Desprecio, que son sus servidores diarios hasta el final de su vida. Al igual que el hijo pródigo[913] tenía música exquisita, compañía alegre, viandas delicadas al principio, pero un triste saldo al final: así ocurre con todos estos vanos deleites y sus seguidores. «Los placeres traen la tristeza entre su séquito, como lo percibirá cualquiera que recuerde sus propios placeres»[914], su final es tan amargo como la hiel y el ajenjo: tristeza mental, la misma locura.

Las rocas habituales sobre las que tales hombres chocan y se precipitan son las cartas, los dados, halcones y sabuesos («el loco antojo por la caza», lo llama uno), las construcciones locas, pasatiempos, juegos, etc., cuando se usan intempestivamente, se manejan imprudentemente y más allá de sus fortunas. Algunos se consumen con locas construcciones fantásticas, haciendo galerías, claustros, terraplenes, paseos, huertos, jardines, piscinas, riachuelos, glorietas, y lugares de placer semejantes; «edificios inútiles», los llama Jenofonte[915], que, aunque sean cosas placenteras en sí mismas, y aceptables para todos los que las contemplan, como un ornamento, y dignos de grandes hombres, sin embargo son improductivas para otros y el único trastorno de sus bienes. Forest, en sus

Observationes, tiene un ejemplo de uno que se volvió melancólico en una ocasión similar, habiendo consumido sus bienes en un edificio inaprovechable, que posteriormente no le produjo ninguna ventaja. Otros, digo, se ven derribados por los locos entretenimientos de la cetrería y la caza[916], recreaciones honestas y adecuadas para los grandes hombres, pero no para cualquier persona vil, inferior. Mientras mantienen sus halconeros, perros y jacas cazadoras, su riqueza, dice Salmuth, «se escapa con los sabuesos, y sus fortunas huyen con los halcones»[917]. Persiguen a los animales durante tanto tiempo, hasta que al final ellos mismos degeneran en animales, como les acusa Agrippa[918], como le pasó a Acteón[919], pues igual que sus propios perros le devoraron hasta la muerte, así ellos se devoran a sí mismos y a sus patrimonios con tales pasatiempos ociosos y superfluos, descuidando mientras tanto los negocios más necesarios o proseguir sus oficios. Locos en exceso, también, están a veces nuestros grandes hombres por sus caprichos, desvariando mucho por ellos, «cuando sacan a los pobres agricultores de sus labranzas»[920], como objeta Juan de Salisbury (*Policraticus*, libro 1, cap. 4), «despoblando las granjas del campo y villas enteras para hacer parques y bosques, hacen morir de hambre a los hombres para alimentar a los animales» y «castigan con más severidad al que les estorba en su juego que al que es normalmente un pirata o un ladrón conocido»[921].

Pero si los grandes siempre encuentran la manera de excusarse, los más miserables no tienen evasión, por lo que no se les debería considerar locos. Poggio el florentino cuenta una graciosa historia a propósito de esto, condenando la necedad y la ocupación improductiva de ese tipo de personas. Un médico de Milán, dice, que curaba a locos, tenía un pozo de agua en su casa, en el que mantenía a sus pacientes, algunos hasta la rodilla, otros hasta la cintura, otros hasta la barbilla, según estuvieran más o menos afectados. Uno de ellos que, casualmente, se había recuperado bien, estaba en la puerta y viendo a un elegante jinete pasar con un halcón en el puño, bien montado, con sus *spaniels* detrás de él, quería saber para qué servía toda esta preparación; él respondió que para matar ciertas aves. El paciente preguntó de nuevo, cuánto podrían valer las aves que matara en un año. Él replicó, cinco o diez coronas; y cuando le insistió más, cuánto le costaban sus perros, caballos y halcón, él dijo que cuatrocientas coronas. Con eso, el paciente le conminó a huir si amaba su vida y su bienestar, «pues si nuestro maestro viene y te encuentra aquí, te pondrá en el pozo entre los locos hasta la barbilla, porque tasa la locura y necedad de los hombres vanos que se consumen en esos entretenimientos ociosos, descuidando sus ocupaciones y asuntos necesarios». La vida de León X, el papa cazador, es muy censurado por Giovio[922] por su deseo inmoderado de la cetrería y la caza, hasta tal punto que (como dice) vivía a veces cerca de Ostia durante semanas y meses seguidos, dejaba a su cortejo descuidado, las bulas y perdones sin firmar, para su propio perjucio y para perdición de muchos hombres particulares. «Y si por casualidad se le había contrariado en su entretenimiento o no le había salido bien la batida, se impacientaba tanto que ultrajaba y difamaba muchas veces a hombres de gran valía con los vitu-

perios más amargos, pareciendo tan ácido y estando tan enfadado y enojadizo, tan agraviado y molesto, que es increíble de contar». Pero, por otra parte, si tenía un buen entretenimiento, y se había divertido, con increíble generosidad y liberalidad recompensaba a todos sus compañeros de caza, y no negaba nada a sus postulantes cuando estaba de ese humor.

A decir verdad, ese es también el carácter normal de todos los jugadores, como observa Galataeus: si ganan, ningún ser vivo será tan jovial y feliz, pero si pierden, aunque no sea más que una fruslería, dos o tres juegos a las tablas, o una mano de cartas por dos peniques, un sólo juego, son tan coléricos y quisquillosos que nadie puede hablar con ellos, y estallan muchas veces en violentas pasiones, juramentos, imprecaciones y discursos malsonantes, y difieren poco de los locos en ese momento[923]. En general, podemos concluir de todos los jugadores y juegos que si lo son en exceso, y lo suelen ser, tanto si ganan o pierden de momento, sus ganancias no son dones de la fortuna, sino cebos, como determina el sabio Séneca, siendo la mendicidad el desenlace final más habitual[924]; «al igual que la peste destruye la vida, el juego lo hace con los bienes»[925], pues «todos están desnudos, pobres y necesitados»[926]

> «El juego de azar es una Escila voraz, un auténtico tipo de robo. No contenta con los bienes, pérfida, arruina también el ánimo; es repugnante, voraz, infame, furiosa, una ruina»[927].

Por un poco de placer que obtienen y unas pequeñas ganancias y adquisiciones de vez en cuando, sus mujeres e hijos están atormentados mientras tanto, y ellos mismos, por perder cuerpo y alma, lo lamentan al final.

No diré nada de esos manirrotos prodigiosos, «nacidos para gastar dinero», como censuraba Salustio a Antonio, «que despilfarran su patrimonio sin que nadie les critique», dice Cipriano[928] y los derrochadores sibaritas locos[929], «que se lo comen todo en un desayuno», en una cena, o entre alcahuetes, parásitos y jugadores, se consumen en un instante, como si lo hubiesen arrojado al Tíber[930], grandes sueldos, gastos vanos y ociosos, no sólo para sí mismos, sino también para todos sus amigos. Al igual que un hombre que se está ahogando, desesperado, hunde al que viene a ayudarle, aquéllos arruinarán voluntariamente a todos sus socios y aliados mediante fianzas y préstamos; «enfadados con su dinero», como dice uno[931]. Lo hacen con «ojo travieso, lengua aficionada a los licores y mano juguetona»[932], cuando se han empobrecido tontamente, han hipotecado sus ingenios junto con sus tierras, y han sepultado las buenas posesiones de sus antecesores en sus tripas, pueden pasar el resto de sus días en prisión, como les ocurre muchas veces. Se arrepienten poco a poco, y cuando todo se ha ido, empiezan a ser ahorrativos, pero «entonces es demasiado tarde para estar alerta», su final es la miseria, la tristeza, la vergüenza, y el descontento[933]. Y bien merecen ser escarnecidos y estar descontentos, «ser azotados en el anfiteatro»[934], como lo eran antiguamente por el edicto del emperador Adriano, que los llama así, locos manirrotos, que han de ser avergonzados públicamente y silbados fuera de toda sociedad, más que ser com-

padecidos o consolados[935]. Los toscanos y beocios presentaban sus bancarrotas en el mercado mediante un cajón con un bolso vacío llevado ante ellos, todos los niños les seguían, se sentaban todo el día «en presencia de la multitud» para ser infamados y ridiculizados. En Padua, Italia[936], tienen una piedra llamada la piedra de la infamia, cerca de la casa del Senado, donde los derrochadores y los que rechazan pagar las deudas se sientan con sus partes traseras desnudas, para que por esa señal de desgracia, otros puedan aterrorizarse por tan vanos gastos, o préstamos de más de lo que pueden pagar. Los antiguos civilistas ponían guardianes a aquellos insensatos pródigos[937], como hacían con los locos, para moderar sus gastos, para que no consumieran sus fortunas despreocupadamente arruinando por completo a sus familias.

No puedo omitir aquí las dos plagas principales y delirios habituales de la humanidad, el vino y las mujeres, que han cegado y atontado a miles de personas. Normalmente van juntos.

> «Uno se siente debilitado por el vino, otro se arruina con los dados, un tercero se derrite por Venus»[938].

«¿Para quién las desgracias?», dice Salomón (Pr 23, 29), «¿para quién los ayes, sino para los que aman la bebida?» Causa tortura («torturado por la ira ebria») y amargura de corazón (Ecl 24, 29). «El vino de la locura», lo llama Jeremías (25, 15), y bien puede hacerlo, pues hace a los hombres sanos enfermos y tristes, y a los sabios locos[939], les hace no saber qué dicen o hacen. «Hoy ha ocurrido un hecho terrible» (dice Agustín)[940], oid qué desgraciado incidente: el hijo de Cirilo ese día, en su borrachera, «estranguló a una madre embarazada, quiso violar a su hermana, casi mató a su padre, e hirió mortalmente a sus otras dos hermanas». Uno de los dichos verdaderos es: «la bebida causa alegría, la bebida causa tristeza», la bebida causa «pobreza y necesidad» (Pr 21), vergüenza y desgracia. «Muchos han hecho de sus fortunas desastres» (Agustín) y van como pícaros y mendigos, habiendo convertido toda su hacienda en «oro potable»; podrían haber vivido con buen honor y en un feliz estado, pero por el placer de unas pocas horas (pues su regocijo es corto)[941] o la locura libre, como lo llama Séneca, compran el hastío eterno y los problemas.

La otra locura es sobre las mujeres. «Hace apostatar al corazón», dice el sabio, «y merma la mente del hombre»[942]. Al principio es agradable, como el rododafne de Dioscórides, esa planta hermosa a la vista pero venenosa al gusto; el resto es «tan amargo como el ajenjo al final, hiriente como una espada de dos filos» (Pr 5, 4). «Su morada es el camino del infierno, que baja hacia las cámaras de la muerte» (Pr 7, 27). ¿Qué se puede decir más triste? Son desdichados en esta vida, locos, animales, llevados como «bueyes al matadero»[943], y lo que es peor, serán juzgados como proxenetas y borrachos. «Pierden la gracia y la gloria, dice Agustín, incurren en la condenación eterna»:

> «El placer momentáneo le priva de la gloria eterna del cielo»[944].

Se ganan el infierno y la condenación eterna.

La filautía o egoísmo, vanagloria, alabanza, honor, aplauso inmoderado, orgullo, exceso de alegría, etc., como causas

El egoísmo, el orgullo, la vanagloria, el «amor ciego de uno mismo»[945], que Crisóstomo llama uno de las tres grandes redes del demonio; Bernardo, «una flecha que atraviesa el alma y la mata; un enemigo astuto, insensible, no percibido»[946], son las causas principales. Donde ni la ira, ni la lujuria, codicia, temor, tristeza, etc., ni ninguna otra perturbación pueden agarrarse, esto nos pervertirá astuta e insensiblemente. «Aquél a quien no venció la gula, ha sido derrotado por el egoísmo» (dice Cipriano). «El que desdeñó todo dinero, soborno o regalo, y fue siempre recto y sincero, imponiéndose no apegarse a la imaginación apasionada, y se ha contenido ante todas las concupiscencias tiránicas del cuerpo, ha perdido todo su honor cautivado por la vanagloria» (Crisóstomo, *Super Joannem*).

> «¡Oh, Gloria! Tú sola consumes mi ánimo y mi mente».

Es una gran acometida y causa de esta enfermedad que estudiamos, aunque la hayamos descuidado en la mayor parte de lo expuesto y no la hayamos considerado hasta ahora; sin embargo, es un violento agresor de nuestras almas, causa melancolía y delirio. Ese humor agradable, esta suave y susurrante popularidad, esta agradable locura, pasión muy incontestable, esta aceptable enfermedad que tan dulcemente se posa sobre nosotros, arrebata nuestros sentidos, arrulla a nuestras almas y las adormece, hincha nuestros corazones como vejigas, y todo eso sin que nos demos cuenta, hasta tal punto que «los que están afectados por ello, nunca lo perciben ni una vez, ni piensan en ninguna cura». Por lo común, con esta enfermedad[947] queremos más a quien más daño nos hace y estamos muy deseosos de que nos hiera, «prestamos nuestros oídos voluntariamente a la adulación» (dice Jerónimo)[948], le amamos, le amamos por ello. «Oh, dulce Bonciario, era muy agradable oír tales alabanzas de un hombre como tú»[949], es dulce escucharlas. Y como confiesa ingenuamente Plinio[950] a su querido amigo Augurinus, «todos tus escritos son muy aceptables, pero especialmente los que hablan de mí»; de nuevo, un poco después, a Máximo, «no puedo expresar cuán agradable es para mí oír cómo se me alaba». Aunque sonriamos para nosotros mismos, al menos irónicamente, cuando los parásitos nos salpican con falsos encomios, como muchos príncipes que no pueden elegir qué hacer «aun cuando saben que están tan lejos de esas virtudes» como un ratón de un elefante; sin embargo nos hace bien. Aunque muchas veces parece que nos enfada, «y nos sonrojamos ante nues-

tras propias alabanzas, sin embargo internamente, nuestras almas se regocijan, nos hincha»[951]; es «una dulzura falaz, un demonio cosquilleante», «nos hace hincharnos más allá de nuestros límites, y olvidarnos de nosotros mismos». Sus dos hijas son la ligereza de mente –o alegría inmoderada– y el orgullo excesivos, sin excluir los demás vicios concomitantes que cuenta J. Lorichius[952]: la jactancia, la hipocresía, la displicencia y la curiosidad.

Ahora bien, la causa habitual de este perjuicio surge de nosotros o de otros, somos activos y pasivos[953]. Procede internamente de nosotros, pues somos causas activas, de un concepto altanero que tenemos de nuestras virtudes, el valor propio (que en realidad no es valor), nuestra liberalidad, favor, gracia, valor, fuerza, riqueza, paciencia, humildad, hospitalidad, belleza, templanza, nobleza, conocimiento, ingenio, ciencia, arte, formación, nuestros excelentes dones y fortunas[954], por lo cual, como Narciso, nos admiramos, adulamos y aplaudimos, y pensamos que todo el mundo nos estima así. Y al igual que las mujeres deformes creen fácilmente a los que les dicen que están bien, estamos demasiado creídos de nuestras virtudes y somos tan crédulos ante las alabanzas, demasiado bien persuadidos por nosotros mismos. Nos jactamos y presumimos de nuestras propias obras, y despreciamos a todos los demás al compararlos con nosotros, «hinchados», dice Pablo, por nuestra sabiduría, nuestro conocimiento[955]. Todos nuestros gansos son cisnes, y estimamos tan bajo a los demás y les vilipendiamos tanto como nos apreciamos y valoramos en exceso a nosotros mismos. No consentiremos que estén «en segundo plano», no , ni «en tercer plano». ¿Qué? «¿Se va a comparar a Ulises conmigo?» Son liendres y moscas, comparados con su culto inexorable y altanero, eminente y arrogante, aunque en realidad estén muy por delante de él. Sólo él es sabio, sólo él rico, sólo él afortunado, valeroso, y bueno, hinchado por el tímpano de la presunción. Como aquel orgulloso fariseo[956], no son (suponen) «como otros hombres», son de un metal más puro y más precioso[957]. «Sólo son competentes», como decía de ellos el sabio Periandro, «en pensar antes en sí mismos que en cualquier otra cosa», etc[958]. «Conocí a uno», dice Erasmo[959], tan arrogante que pensaba que no era inferior a ningún hombre vivo, como el filósofo Calístenes, que no consideraba ni los actos de Alejandro ni ningún otro tema dignos de su pluma, tal era su insolencia[960]; o Seleuco, rey de Siria, «que pensaba que nadie era adecuado para luchar contra él salvo los romanos»[961].

Lo que escribió Cicerón a Ático hace tiempo, está todavía en vigor: «no ha habido nunca un verdadero poeta u orador que pensara que otro era mejor que él». Y así, en su mayor parte, son vuestros príncipes, potentados, grandes filósofos, historiógrafos, autores de sectas o herejías, y todos nuestros grandes estudiosos, como define Jerónimo[962]: «un filósofo natural es una criatura de la gloria, y un verdadero esclavo del rumor, la fama y la opinión popular», y aunque escriban del «desprecio de la fama», sin embargo, como observa, ponen sus nombres a sus libros. «Siempre me he consagrado a vosotros y a la fama», dice Trebellius Pollio. «Es todo mi deseo, noche y día, es toda mi intención elevar mi nombre». El orgulloso Plinio[963] le secunda, y el vanaglorioso ora-

dor[964] no se avergüenza de confesar en una de sus epístolas a Marco Lucceyo: «ardo en deseos de tener mi nombre escrito en tu libro»[965]. De esta fuente proceden todas esas chifladuras y jactancias: «esperamos que pueda componer versos dignos de ser untados con aceite de cedro y de ser conservados en cofres de ciprés»[966]. «No seré arrastrado por inspiraciones vulgares o mezquinas... ni dedicaré mucho tiempo a lo terrenal». «No hablo a la manera del pobre o del humilde, ni del mortal». «Donde el impetuoso Aufido corre ruidosamente, se conocerá mi nombre»[967]. «He llevado a cabo una obra más duradera que el aire». «He hecho una obra que ni la ira de Júpiter ni el fuego, etc.». «Cuando llegue ese día, etc., seré llevado para siempre a un lugar que para mí es mejor que las altas estrellas, y mi nombre será imperecedero». (Este último fragmento de Ovidio, lo he parafraseado en inglés: «Y cuando me haya muerto y mi cuerpo yazca sobre una piedra, mi fama todavía sobrevivirá, y estaré vivo en mis obras para siempre, mi gloria perseverará, etc.»). Y lo que decía Ennio:

> «Que nadie me honre con sus lágrimas ni adorne mi funeral con sus gemidos; ¿por qué hacerlo?: mis enseñanzas correrán de boca en boca entre los hombres».

Tales tensiones orgullosas y necios relámpagos son demasiado habituales en los escritores. No bastará al escritor ser como Demócares en sus *Tópicos*[968], sino que será inmortal. Typotius *(De fama)* será famoso, y bien lo merece, porque escribió sobre la fama. Y todo poeta trivial debe ser renombrado: «pide el aplauso de la plebe». Este humor hinchado es el que produce tantos tomos enormes, construye monumentos famosos, castillos fortificados y tumbas mausoleas, para que sus actos se eternicen, «para que se le señale con el dedo y se le diga: “ahí está”», para ver sus nombres inscritos como el de Friné en los muros de Tebas: «Friné lo hizo». Esto causa muchas batallas sangrientas, «y nos hace estar vigiles durante las noches serenas»; largos viajes, «hacia un largo viaje me dirijo, pero el ansia de gloria me da fuerzas para ello»; ganar honores, un pequeño aplauso, orgullo, egoísmo, vanagloria. Este alto concepto de sí mismos es lo que les hace pasar tantas penas y estallar en esas tensiones ridículas y mofarse de los otros[969], «con ridícula soberbia e insoportable desprecio», como despreciaba el gramático Palemón a Varrón, «jactándose de que la literatura había nacido y moriría con él»[970], y les lleva a tal altura la insolencia que no pueden soportar que se les contradiga «ni oír nada que no sea su propio encomio», como anota Jerónimo sobre este tipo de hombres. Y, como bien le secunda Agustín[971], «su único deseo día y noche es ser alabado y aplaudido». Mientras que, ciertamente, en opinión de todos los sabios, «de los que están bendecidos con sentido», están locos[972], son vasijas vacías, tontos, fuera de sí, ridiculizados, y, «como el camello del proverbio, que pidió cuernos y perdió las orejas», sus obras son juguetes, como un almanaque pasado de fecha, «perecen por la locuacidad de su autor»[973], buscan la fama y la inmortalidad, pero cosechan deshonor e infamia, son por lo común deshonrados, los

muy insensatos, y se quedan bastante lejos con respecto a lo que suponen o esperan:

> «Oh, niño, ¡temo que no te quede mucho tiempo de vida!»[974].

De tantos miles de poetas, retóricos, filósofos, sofistas, como bien observa Eusebio[975], que han escrito en otros tiempos, apenas una obra de cada mil permanece, sus cuerpos y sus libros han muerto juntos. No ocurre lo que vanidosamente piensan, que con seguridad serán admirados e inmortales. Así como uno le dijo a Filipo de Macedonia, insultándole después de una victoria, que su sombra no era más larga que antes, podemos decirles:

> «Os admiramos, pero no por lo que os admira el vulgo, sino igual que nos impresionan las Gorgonas, las Harpías y las Furias».

O si somos aplaudidos, honrados y admirados, qué parte tan pequeña somos con respecto al mundo entero, por mucho que se oiga nuestro nombre. ¡Cuán pocos tienen noticia de nosotros! ¡Qué remota extensión, como pintó su tierra Alcibíades en un mapa! Y sin embargo cada uno debe ser inmortal y lo será, según espera, y extenderá su fama a las antípodas, mientras que ni la mitad, no, ni una cuarta parte de su propia provincia o ciudad sabe ni ha oído de él; pero digamos que lo han hecho, ¿qué es una ciudad para un reino, un reino para Europa, Europa para el mundo? El mundo mismo debe tener un fin, si se le compara a la menor estrella visible en el firmamento, dieciocho meses mayor. Y aunque esas estrellas fueran infinitas y en cada estrella hubiera un sol, como pretenden algunos, y, como este nuestro Sol, tuviesen planetas alrededor de ellas, todos habitados, ¿qué proporción nos corresponde y dónde está nuestra gloria? «La victoria de los romanos se adueñó de la Tierra entera, todo el mundo estaba bajo el mando de Augusto», como se despachaba Petronio, y, también en tiempos de Constantino, se jactaba Eusebio de que gobernaba todo el mundo, «gobernaba todo el mundo con acierto... y todas las gentes del mundo estaban sujetas al emperador». Se divulga lo mismo de Alejandro, las cuatro monarquías, etc., mientras que ni los griegos ni los romanos tuvieron ni una decimoquinta parte del mundo conocido ahora, ni la mitad de lo que entonces se describía. ¡Qué fanfarrones eran ellos entonces y nosotros ahora! «¡Cuán breve tiempo, como se dijo[976], qué poco prevalece nuestra fama!»[977]. Cada provincia particular, cada pequeño territorio y cada ciudad, aunque hayamos hecho de todo, producirá espíritus tan generosos, ejemplos tan valerosos en todos los aspectos, tan famosos como nosotros; Cadwallon en Gales, Rollo en Normandía, Robin Hood y Little John son igual de famosos en Sherwood como César en Roma, Alejandro en Grecia, o su propio amigo Hefestión: «Cada edad y cada pueblo puede proporcionar ejemplos para excitar nuestra admiración»[978], cada villa, ciudad, libro, están llenos de soldados valientes, senadores y sabios; y aunque Brásidas[979] era un capitán valeroso, un hombre bueno y, como pensaban, sin parangón en Lacedemonia, sin embargo, como

dijo su madre con verdad, «Esparta tenía muchos hombres mejores que él». Y, aunque te admires a ti mismo o a tu amigo, aunque muchos admiren a un compañero oscuro al que nadie ha prestado atención, si hubiese estado en un lugar o una acción determinados, lo habría hecho mucho mejor que éste o aquél, o tú mismo.

Otro tipo de hombres se opone a éstos, que también están insensatamente locos y no lo saben: aquéllos que desprecian toda alabanza y gloria y piensan de sí mismos que están muy libres cuando en verdad son los más locos, «pisotean a otros, pero con otro tipo de orgullo»: una compañía de cínicos, como los monjes, eremitas, anacoretas, que desprecian el mundo, se desprecian a sí mismos, desprecian todos los títulos, honores, oficios, y sin embargo en este desprecio son más orgullosos que ningún otro ser vivo. Son orgullosos en la humildad, orgullosos en que no son orgullosos; «a menudo un hombre se ufana con mucha vanidad de su desprecio de la vanagloria», según considera Agustín (*Confesiones*, libro 10, cap. 38). Como Diógenes, «se jactan internamente», y se ceban a sí mismos con una presunción de santidad que no es mejor que la hipocresía. Van vestidos con trajes rudos de oveja muchos grandes hombres que podían mantenerse con telas de oro, y parecen rechazados, humildes por su porte externo, mientras que internamente se hinchan llenos de orgullo, arrogancia, y presunción. Y por ello, Séneca aconseja a su amigo Lucilio[980], «en su atavío y gesto, en sus acciones externas especialmente, que evite todas esas cosas llamativas, como un atavío andrajoso, cabeza hirsuta, barba horrible, desprecio del dinero, alojamiento rudo y cualquier cosa que le lleve a la fama por el camino contrario».

Aunque toda esta locura procede de nosotros mismos, el motor principal que nos golpea son los otros, somos meramente pasivos en este negocio: una compañía de parásitos y aduladores, que con alabanza inmoderada y epítetos ampulosos, títulos halagadores, falsos elogios, ensucian y aplauden, doran por encima de todo a un hombre necio y sin méritos, al que aplauden hasta que se vuelve loco. «Este aplauso común es la cosa más violenta», como anota Jerónimo, «del placer de las alabanzas»; un tambor, un pífano y una trompeta no podrían excitar así, en un instante, a esos hombres inflados, erguidos y despreciables. «Al negar la mano, se reduce lo estéril, al darla, lo abundante»[981]. Los hace gordos y débiles, como las heladas a los conejos[982]. «¿Qué mortal se puede contener hasta tal punto de que si se le alaba inmoderadamente y se le aplaude, no se conmueve?»[983]. Como quiera que sea, estos parásitos le trastornarán: si es un rey, es uno de los Nueve Notables, más que un hombre, semejante a un dios («declarado Señor y Dios nuestro »[984]), y se le harán sacrificios:

> «Si aceptas los honores divinos, te los daremos gustosos y te dedicaremos altares bien merecidos»[985].

Si es un soldado, entonces «Temístocles, Epaminondas, Héctor y Aquiles, los dos rayos de la guerra; los triunviros del universo»: Antonio, Octaviano, Lépido, etc., y el valor de ambos Escipiones es demasiado pequeño para él, es

«el más invicto, sereno, adornado con numerosos trofeos, señor de la naturaleza», aunque sea «una liebre con casco», realmente un verdadero cobarde, un marica, y como dijo uno[986] de Jerjes, «el último en la lucha, el primero en la huida», y aunque nunca se atreviese a mirar a la cara a su enemigo. Si es robusto, entonces es un Sansón, otro Hércules; si pronuncia un discurso, otro Cicerón o un Demóstenes (como se dice de Herodes en los *Hechos,* «la voz de Dios y no del hombre»); si puede hacer versos, Homero, Virgilio, etc. Y entonces, mi estúpido y débil paciente se aplica estos elogios a sí mismo. Si fuera un estudioso alabado por sus muchas lecturas, estilo excelente, método, etc., se destripará a sí mismo como una araña, estudiará hasta morir; «como un pavo real, desplegará todas sus plumas». Si fuera un soldado y se le aplaudiera así, se ensalzara su valor, aunque fuera un «combate desigual», como el de Troilo y Aquiles, «como un niño ingenuo» combatirá con un gigante, correrá el primero a la brecha; como otro Filipo[987], se precipitará a lo más espeso de sus enemigos. Si alaban cómo cuida su casa casa, se arruinará; si alaban su templanza, se morirá de hambre.

> «Cuando es alabada, la virtud se crece, y en la fama tiene un gran incentivo».

Está loco, loco, loco, no hay un ¡so! en él; «estará impaciente por su compañero», querrá que se hable de él más allá de los Alpes o mantener su crédito[988]. Alaba a un hombre ambicioso, a algún príncipe o potentado vanidosos: «cuanto más le alaba, dice Erasmo, más se le levanta la cresta, y ya no será más un hombre, sino un dios»[989].

> «Pues los príncipes piensan que, cuando se les alaba hasta los cielos, no hay altura que no puedan alcanzar»[990].

¡De tal forma pasó con Alejandro, que pretendía ser el hijo de Júpiter, e iba como Hércules con una piel de león! Domiciano, como un dios («El Señor, nuestro Dios así lo ordenó hacer»)[991], como los dioses persas, cuya imagen adoraban todos los que venían a la ciudad de Babilonia[992]. Al emperador Cómodo le engañaban hasta tal punto sus parásitos aduladores que había que llamarle Hércules. Antonio el romano sería coronado con hiedra, llevado en una carroza y adorado con el nombre de Baco[993]. Cotis, rey de Tracia, representó su casamiento con Minerva, y mandó tres mensajeros distintos, uno detrás de otro, para ver si la diosa ya le esperaba en su dormitorio. Así eran Júpiter Menecrates[994], Maximiano Joviano, Diocleciano Hercúleo, Sapor rey de Persia, hijo del Sol y de la Luna, y los turcos modernos, que quieren ser dioses en la Tierra, reyes de los reyes, hacer sombra a los dioses, jefes de todo lo que puede ser mandado; y los emperadores de China y Tartaria en la época presente. Así era Jerjes, que quería vencer al mar, encadenar a Neptuno, «en su estúpida jactancia», y mandar un desafío al Monte Atos. Y así son muchos los necios príncipes, llevados al paraíso de los bobos por sus parásitos. Aplaudirse y adularse es una característica habitual que acontece a todos los

hombres cuando ocupan grandes puestos o llegan al solsticio del honor; aunque lo hayan hecho bien o merecido, «su necedad les traiciona», etc. (dice Platter)[995]. Vuestros mismos mercaderes, si son excelentes, se quebrarán y jactarán y mostrarán su necedad en exceso. Tienen cosas buenas, y lo saben, no necesitáis decírselas; por la noción de su valía, van sonriéndose a sí mismos, a causa de una meditación perpetua sobre sus trofeos y aclamaciones; al final se vuelven muy locos y pierden su juicio[996]. Petrarca (*De contemptu mundi,* libro 1) confiesa otro tanto de sí mismo, y Cardano, en su libro quinto sobre la sabiduría, da un ejemplo de un herrero de Milán, un conciudadano suyo, un tal Galeus de Rubeis, que al ser alabado por redescubrir un instrumento de Arquímedes, se volvió loco de alegría. Plutarco, en su vida de Artajerjes, tenía una historia similar de un tal Cario, un soldado, que hirió al rey Ciro en batalla y «a partir de ahí se hizo tan arrogante, que en un corto espacio de tiempo perdió el juicio». Así, muchos hombres, si se les da algún honor, oficio, ascenso, botín, tesoro, posesión o patrimonio inesperadamente, por alegría inmoderada, y una meditación continua sobre ello, no pueden dormir ni dejar de hablar de lo que han dicho o hecho[997]; de repente están tan arrebatados y transportados con conceptos vanos, que no hay regla alguna para ellos. Epaminondas, por eso, el día después de su victoria de Leuctra, «se presentó humilde y sumiso», y no dio otra razón de tal hecho a sus amigos que el haberse dado cuenta el día anterior, por su buena fortuna, de que era demasiado insolente y demasiado alegre. Aquella sabia y virtuosa mujer, la reina Catalina, viuda de Inglaterra[998], en una ocasión semejante dijo en una charla privada que «no podría soportar de buena gana la extremosidad de la fortuna; pero si ocurriera que necesariamente debiese experimentarlo, preferiría la adversidad, aunque no hubiese comodidad en ella, porque en su opuesta siempre faltaban consejo y gobierno»[999]: no podría moderarse.

Subsección XV

El gusto por el aprendizaje o el estudio excesivo. Con una digresión sobre la miseria de los estudiosos, y por qué son melancólicas las Musas

Leonhard Fuchs (*Instit.,* libro 3, sec. 1, cap. 1), Felix Platter (*De mentis alienatione,* libro 3) y Hércules de Sajonia (*Tractatus posthumus de melancholia,* cap. 3), hablan de un furor peculiar que procede del exceso de estudio. Fernel (libro 1, cap. 18) pone el estudio, la contemplación y la meditación continua como causas especiales de la locura[1000], y, en su consulta 86, cita las mismas palabras. J. Arculano (*In libro 9 Rhasis ad Almansorem,* cap. 16) incluye entre otras causas «el estudio apasionado». Al igual que Levino Lemnio (*Liber de occulta natura mirac.,* libro 1, cap. 16): «muchos, dice, llegan a esta enfermedad por el estudio continuo[1001] y las vigilias nocturnas, y de todos los demás hombres, los estudiosos son los que están más sujetos a ello»; y los que, añade Al-Razí, «tienen normalmente ingenios más finos»[1002] (*Continens,* libro 1, tr. 9). Marsilio Ficino (*De sanitate tuenda,* libro 1, cap. 7) define la melancolía como una de las cinco plagas principales de los estudiantes, es una tara habitual en todos ellos, y casi en cierta medida un compañero inseparable. Varrón, quizás por ese motivo, los llama «filósofos tristes y austeros»; severos, tristes, secos, tétricos, son epítetos comunes a los estudiosos. Y Patricio, por ello[1003], en la *Institución de los Príncipes,* consideraba que no debería haber entre ellos grandes estudiantes. Pues (como sostiene Maquiavelo), el estudio debilita sus cuerpos, embota los espíritus, abate su fuerza y coraje; y los buenos estudiosos no son nunca buenos soldados, cosa que cierto godo percibió bien, pues cuando sus compatriotas fueron a Grecia y quisieron quemar todos los libros, él gritó en contra, que no debían hacerlo de ninguna manera: «dejadles esa plaga, que con el tiempo consumirá su vigor y el espíritu marcial»[1004]. Los turcos desposeyeron del imperio a Cornuto, su próximo heredero, porque se daba tanto a sus libros[1005]. Es un principio común en el mundo que aprender embota y disminuye los espíritus, y así, consecuentemente, produce melancolía.

Se pueden dar dos razones principales por las que los estudiantes están más sujetos a esta enfermedad que otros. Una es que viven una vida sedentaria, solitaria, «para sí mismos y para las Musas», están libres del ejercicio corporal y de los pasatiempos ordinarios que usan otros hombres; y muchas veces, si concurren el descontento y la ociosidad –lo que es demasiado frecuente–, se precipitan en ese abismo repentinamente. Pero la causa usual es el exceso de estudio: «demasiado aprendizaje (como dijo Festo a Pablo[1006]) te ha vuelto loco»; es otra de las exageraciones que causan melancolía. Así lo halló Trincavelli (libro 1, consil. 12 y 13) por experiencia, en dos de sus pacientes,

un barón joven y otro, que contrajeron esta enfermedad por el estudio excesivo y vehemente. También Forest (*Observationes,* libro 10, observ. 13) decía sobre un joven teólogo de Lovaina que estaba loco y que «tenía una Biblia en la cabeza». Marsilio Ficino (*De sanitate tuenda,* libro 1, cap. 1, 3, 4, y libro 2, cap. 16) da muchas razones «por las que los estudiantes desvarían más a menudo que los demás»[1007]. La primera es su negligencia: «otros cuidan de sus herramientas: un pintor lavará sus pinceles, un herrero cuidará de su martillo, yunque y forja, un labrador arreglará la reja de su arado, y afilará su hacha si está roma, un halconero o un cazador tendrán especial cuidado de sus halcones, sabuesos, caballos, perros, etc., un músico templará y destemplará su laúd, etc.; sólo los estudiosos descuidan ese instrumento (me refiero al cerebro y a los espíritus) que usan diariamente, por medio del cual recorren todo el mundo, y que en razón de tanto estudio se consume». «Mira (dice Luciano) que no estires tanto la cuerda que al final se rompa»[1008]. Ficino, en su cuarto capítulo, da otras razones: Saturno y Mercurio, los patronos del conocimiento, son ambos planetas secos. Y Oríganus[1009] atribuye a la misma causa el que los mercurialistas sean tan pobres y la mayoría mendigos: porque su regente, el mismo Mercurio, no tuvo mejor suerte; los hados de la Antigüedad le condenaron a la pobreza como castigo; desde entonces, la poesía y la mendicidad son hermanos gemelos, compañeros inseparables:

> «Y hasta este día, todo estudioso es pobre;
> El oro puro huye de ellos y se precipita sobre los patanes».

Mercurio les puede ayudar con el conocimiento, pero no con el dinero. La segunda es la contemplación, «que seca el cerebro y extingue el calor natural, pues mientras los espíritus están dedicados a la meditación en la cabeza, el estómago y el hígado se quedan desamparados, y de ahí viene la sangre negra y las indigestiones por falta de digestión, pues por falta de ejercicio los vapores superfluos no se pueden exhalar», etc. Las mismas razones las repiten Gómez Miedes (*De sale,* libro 4, cap. 1), Nymann *(Oratio de imaginatione)*[1010], J. Voschius (*De peste,* libro 2, cap. 5); y añaden algo más, que los estudiantes aplicados se ven afectados normalmente por gotas, catarros, reumas, caquexia, bradipepsia, ojos enfermos, piedra, cólicos, indigestiones, estreñimiento, vértigo, flatulencia, consunciones, y todas las enfermedades que proceden de estar demasiado tiempo sentados[1011]. Son en su mayor parte débiles, secos, tienen mal color, gastan su fortuna, pierden el juicio, y muchas veces su vida, y todo por sus esfuerzos desmesurados y exagerados estudios. Si no creéis la verdad de esto, mirad las obras del gran Tostado y de Tomás de Aquino y decidme si estos hombres se afligieron o no. Revisad a Agustín, Jerónimo, etc., y a muchos miles además.

> «El que desea ganar este anhelado fin, debe sudar y helarse antes de conseguirlo»,

y trabajar duramente por ello. Así lo hizo Séneca (*Epístolas,* 8), por confesión

propia: «no hay un día que pase ocioso, parte de la noche la paso con los ojos abiertos, cansados por la vigilia, y a veces dormitando para su tarea continua». Oíd a Cicerón *(Pro Archia Poeta):* «mientras otros holgazaneaban, y se entretenían con placeres, él estaba continuamente con su libro». Así hacen los que serán estudiosos, y eso con riesgo (lo afirmo) para su salud, su fortuna, su ingenio, y su vida. ¿Cuánto gastaron Aristóteles y Ptolomeo? Más que el rescate de un rey, dicen; ¿cuántas coronas al año invirtieron para perfeccionar las artes, el uno sobre la *Historia de los animales*, el otro en su *Almagesto*? ¿Cuánto tiempo empleó Thebet Benchorat para averiguar el movimiento de la octava esfera? Cuarenta y tantos años, escriben algunos. ¡Cuántos pobres estudiosos han perdido el juicio o se han vuelto tontos, por descuidar todos los quehaceres mundanos y su propia salud, su comodidad, su propio ser y bienestar, para conseguir un conocimiento por el cual, después de todas sus penas, en la opinión del mundo se les considera ridículos y locos mentirosos, idiotas, burros; y (como ocurre a menudo), se les rechaza, desprecia, ridiculiza, se les quita la razón y se les enloquece! Buscad ejemplos en Hildesheim (*Spicilegia*, 2, *De mania et delirio*), leed a Trincavelli (libro 3, consil. 36 y cap. 17), Montano (consil. 233), Garcaeus (*De judiciis geniturarum*, cap. 33)[1012], Mercurial (consil. 86, cap. 25), Prospero Calano (en su libro *De atra bile*)[1013]. Id a Bedlam y preguntad. O si mantienen su juicio, aún se les considera mequetrefes y necios debido a su porte, «después de siete años de estudio»[1014],

> «sale más callado que una estatua, y hace reír a la mayoría del pueblo».

Porque no pueden montar a caballo (algo que puede hacer cualquier patán), saludar y cortejar a una dama, trinchar en la mesa, adular y ser ceremonioso (como puede hacer cualquier matasiete común), «se burlan de ellos hasta el desprecio»[1015], y nuestros galanes les consideran como necios locos. Verdaderamente, muchas veces, tal es su miseria, que la merecen: un simple estudioso, un simple asno.

Quienes inclinan la cabeza torcida, clavando la vista en la tierra con fija mirada; cuando, ensimismados, roen sus murmuraciones en silencio rabioso, como si estuvieran sopesando cada palabra con sus labios alargados, y cuando meditan los sueños enfermizos de los antiguos, como diciendo «no se puede sacar nada de la nada; y lo que existe no puede cambiar en nada»[1016]; así, habitualmente, van meditando para sí mismos, así se sientan, tales son su actuar y sus gestos. Fulgosus (libro 8, cap. 7) hace mención de cómo Tomás de Aquino, cenando con el rey Luis de Francia, de repente golpeó con el puño la mesa y gritó «esto prueba que los maniqueos estaban equivocados»; su ingenio estaba ensimismado, como se dice, y su cabeza ocupada con otros temas. Cuando se dio cuenta de su error, se avergonzó mucho. Existe, según Vitrubio, una historia semejante de Arquímedes, que habiendo averiguado el método para saber cuánto oro esta mezclado con plata en la corona del rey Hiero, salió corriendo desnudo del baño y gritó «¡Eureka! Lo he encontrado». «Y estaba normalmente tan atento a sus estudios, que nunca se daba cuenta de lo que se

hacía a su alrededor; cuando fue conquistada la ciudad, y los soldados estaban dispuestos a robar su casa, no se dio cuenta de ello»[1017]. San Bernardo paseó todo el día por el lago Lemnio, y al final preguntó dónde estaba (Marullus, libro 2, cap. 4). Fue únicamente el comportamiento de Demócrito lo que hizo suponer a los abderitanos que estaba loco y buscar a Hipócrates para que le curara; cuando estaba con alguna compañía solemne,se reía sin parar por cualquier cosa. Teofrasto cuenta lo mismo de Heráclito, sólo que lloraba continuamente; y Laercio, de Menedemus Lampsacus, que corría como un loco «diciendo que venía del infierno como espía, para decir a los demonios qué hacían los mortales». Vuestros más grandes estudiosos normalmente no son mejores, son tipos tontos, blandos en su conducta externa, absurdos, ridículos para los otros, y sin un ápice de experiencia en los asuntos mundanos; pueden medir los cielos, recorrer el mundo, enseñar a otros la sabiduría, y sin embargo en los negocios y contratos les embauca cualquier vil comerciante. ¿No son necios estos hombres? ¿Cómo podrían ser, «sino como los zotes de las escuelas cuando (como bien observa Petronio) ni oyen ni ven las cosas que normalmente ocurren a su alrededor»? ¿Cómo podrían adquirir experiencia, por qué medios? «Conocí en mi tiempo a muchos estudiosos», dice Eneas Silvio (en una de sus epístolas a Gaspar Schlick, canciller del emperador), «sabios excelentes, pero tan toscos, tan tontos, que no tenían civismo común, ni sabían cómo llevar sus asuntos domésticos o públicos. Paglarensis estaba asombrado y dijo que seguramente su labrador le había engañado, cuando le oyó decir que su cerda tenía nueve cerdos y que su asno no tenía más que un potrillo». Por decir lo mejor de esta profesión, no puedo dar otro testimonio de ellos en general que lo que Plinio decía de Iseo: «es sin embargo un estudioso; de esa clase de hombres que no la hay más simple ni mejor, en verdad»[1018]; son, en su mayor parte, hombres inofensivos, honestos, justos, inocentes, sinceros.

Ahora bien, normalmente están sujetos a tales suertes e inconveniencias como el desvarío, la locura, la simpleza, etc. Voschius considera que los buenos estudiosos deben ser muy premiados y los juzga extraordinariamente por encima de los otros hombres, «deberían tener más privilegios que el resto, ya que aventuran y abrevian sus vidas por el bien público». Pero nuestras autoridades académicas están tan lejos hoy en día de respetar a las Musas y de dar a los estudiosos los honores y recompensas que merecen, o de que les otorguen privilegios los muchos príncipes benefactores, que después de todos los cuidados que se toman en las universidades, costes y precios, gastos, horas tediosas, tareas laboriosas, días cansados, peligros, riesgos (excluidos, mientras, de todos los placeres que tienen otros hombres, enjaulados como halcones durante toda su vida), si se arriesgan a vadearlos, al final se les rechazará, despreciará, y, lo que es su mayor miseria, por sus aspecto extraño, se les expondrá a la necesidad, la pobreza y la mendicidad. Sus ayudantes habituales son «la tristeza, el cuidado, el *morbo pálido,* las miserias, el temor, la sucia pobreza, el hambre que hace gritar, monstruos terribles que se han de ver con los ojos»[1019]. Si no hubiera nada más que les preocupara, la idea de esto sería sufi-

ciente para hacerles a todos melancólicos. En la mayoría de los demás oficios y profesiones, después de unos siete años de aprendizaje, los aprendices están capacitados por su habilidad para vivir por sí mismos. Un mercader aventura sus bienes en el mar, y aunque su riesgo sea grande, sin embargo, si vuelve uno de cada cuatro barcos, posiblemente hace un viaje provechoso. Las ganancias de un labrador son casi seguras, «Júpiter casi no las puede dañar» (es la hipérbole de Catón, él mismo labrador)[1020]. Sólo los estudiosos, me parece, se ven en la incertidumbre, no se les respeta, están sujetos a todas las casualidades y riesgos. Pues, en primer lugar, casi nunca uno de entre muchos cuaja como estudioso, no todos resultan capaces y dóciles, «no se hace una figura de Mercurio de cualquier leño»; podemos hacer alcaldes y oficiales cada año, pero no estudiosos; los reyes pueden investir a caballeros y barones, como declaró el emperador Segismundo; las universidades pueden dar grados (ahí está el dicho: «lo que eres tú, lo puede ser cualquiera»), pero ni Mercurio, ni ellos, ni nadie en el mundo pueden dar sabiduría, hacer filósofos, artistas, oradores, poetas. Pronto podemos decir, como bien nota Séneca: «señala a un hombre rico, uno bueno, feliz, próspero, espléndidamente vestido, bien perfumado y con la pluma en la mano». «Esta alabanza lleva mucho tiempo, ¡oh, hombres de letras!, pero no es tan fácil encontrar a un hombre sabio. La sabiduría no se consigue tan rápidamente; aunque estén deseosos de hacer el esfuerzo, a fin de que sus padres y protectores les eduquen y les mantengan liberalmente, sin embargo, pocos pueden lograrlo. O si son dóciles, sin embargo no todas las voluntades de los hombres son adecuadas para sus ingenios: pueden comprender las cosas, pero no se esforzarán en el estudio, o los seducirán malos compañeros «o se enredarán con las mujeres o con el vino», y así pasan el tiempo con las penas de sus amigos y sus propias pérdidas. O pongamos por caso que sean estudiosos, laboriosos, de ingenios maduros y quizá buenas capacidades: entonces, ¡cuántas enfermedades mentales y corporales se van a encontrar! Ningún trabajo en el mundo es semejante al estudio. Quizá su temperamento no lo soporte, y al esforzarse por ser excelentes, por saber todo, pierdan su salud, riquezas, ingenios, vida y todo. Dejaron que se entregase gustoso a todos estos riesgos con un cuerpo de bronce; ahora está consumido y envejecido; ha sacado provecho de sus estudios y ha procedido a todo con aplauso, después de muchos gastos, está listo para el ascenso; ¿dónde lo tendrá? Está tan lejos de buscarlo como lo estaba (después de veinte años de duración) el primer día de su llegada a la universidad. ¿Pues qué camino seguirá, siendo ahora capaz y estando preparado? Lo más fácil y asequible, y en lo que muchos están empleados, es enseñar en una escuela, convertirse en profesor o cura, y por ello tendrá el salario de un halconero, diez libras al año y su dieta, o algún estipendio pequeño, mientras pueda agradar a su patrón o a la parroquia. Si le desaprueban (lo que suelen hacer cada uno o dos años, tan inconstantes como los que gritaron «Hosanna» un día y «Crucifícale» otro día)[1021], como un sirviente debe buscar un nuevo amo. Si lo aceptan, ¿cuál es su recompensa?:

> «Y también te aguarda esto: que en tu blanca senectud te destinen a enseñar el alfabeto a los niños»[1022].

Como un estúpido, pierde el tiempo que ha tenido para situarse en la vida, y al final sólo puede mostrar una varita de madera, «una toga vieja y rota», dice Haedo[1023], una enseña de su infelicidad; trabaja para su dolor, gana lo justo para mantenerse hasta que esté decrépito, y eso es todo. «El maestro de escuela no es feliz», etc. Si fuera un chambelán en casa de un caballero, como le ocurría a Euformio[1024], después de unos siete años de servicio podría quizás tener subsistencia a medias, o una pequeña rectoría con la madre de las doncellas, y al final una parienta pobre o una camarera chiflada para tener y mantener durante toda su vida. Pero si ofende a su buen patrono o disgusta a su dama mientras tanto,

> «como hizo Hércules con Caco, se le arrastrará puertas afuera por los pies, ¡fuera con él!»[1025].

Si dedica sus fuerzas a otros estudios, con intención de ser «secretario privado» de algún noble, o de un embajador, encontrará que a estos empleos se asciende desde aprendices, uno detrás de otro, igual que en las tiendas de los mercaderes, cuando muere el maestro, el capataz del negocio normalmente se pone en su lugar.

Ahora bien, por lo que respecta a los poetas, retóricos, historiadores, filósofos, matemáticos, sofistas, etc.[1026], son como saltamontes: deben cantar en verano y languidecer en invierno, pues para ellos no hay ascensos. Así fue al principio, si creéis el divertido cuento que Sócrates contó al bello Fedro, bajo un plátano a orillas del río Iliso: cerca del mediodía, cuando hacía calor y las cigarras chirriaban, aprovechó la dulce ocasión para contarle un cuento sobre cómo las cigarras fueron en otro tiempo estudiosos, músicas, poetas, etc., antes de que nacieran las Musas, y vivían sin comida ni bebida, y por ese motivo fueron convertidos en cigarras por Júpiter. Y se les podría convertir de nuevo «en cigarras de Titón o en ranas de los licios», pues veo que pueden tener una recompensa similar. O si no, mientras tanto, me gustaría que pudieran vivir, como lo hacían, sin ningún viático, como las «manucodiatas»[1027], las aves indias del paraíso, como los llamamos normalmente, me refiero a las que viven del aire y del rocío del cielo, y no se alimentan con ninguna otra comida. Pues, siendo como son, su «retórica sólo les sirve para maldecir su mala fortuna»[1028], y muchos, por falta de medios, se ven llevados a cambios duros, de cigarras se convierten en abejas y avispas, parásitos totales, y hacen de las Musas mulas para satisfacer sus panzas muertas de hambre y conseguir carne para una comida. A decir verdad, la suerte habitual de la mayoría de los estudiosos es ser serviles y pobres, quejarse lastimosamente, y remitir sus necesidades a sus respectivos patronos, como hacían Cardano[1029], Xylander[1030] y muchos otros. Y, lo que es demasiado común en estas epístolas dedicatorias, con esperanzas de ganar, mienten, adulan y, con elogios hiperbólicos y ala-

banzas, magnifican y ensalzan a un idiota iletrado e indigno, diciendo que tiene virtudes excelentes, al cual deberían mejor, como observa Maquiavelo, envilecer e injuriar abiertamente por sus evidentes villanías y vicios[1031]. Así se prostituyen a sí mismos como violinistas o comerciantes mercenarios, por servir a las inclinaciones de los grandes hombres por una pequeña recompensa. Son como indios, tienen almacenes de oro, pero no saben su valor[1032]. Pues soy de la opinión de Sinesio, que «el rey Hierón consiguió más de la amistad de Simónides que Simónides de la suya». Tienen la mejor educación, una buena institución, una sólida cualificación, porque se las atribuimos, y cuando lo han hecho todo bien, alcanzan honor e inmortalidad gracias a nosotros; pues nosotros somos las tumbas vivientes, los notarios y las trompetas de su fama. ¿Qué fue Aquiles sin Homero? ¿Alejandro sin Arriano y Quinto Curcio? ¿Quién habría conocido a los Césares, si no es por Suetonio y Dión?

> «Vivieron muchos antes de Agamenón, pero todos desconocidos, y sin ser llorados, están sumidos en una larga noche, pues no tienen un sagrado poeta»[1033].

Son más agradecidos con los estudiosos que los estudiosos con ellos; pero los estudiosos se infravaloran, y así los grandes hombres los oprimen. Dejad que tengan el conocimiento enciclopédico, todo el conocimiento del mundo; deben conservarlo para sí mismos, «vivir en baja estima, y morir de hambre, a menos que se sometan», como bien considera Budé, «tantas partes buenas, tanta enseñanza de artes y virtudes, y deben ser odiososamente serviles con algún potentado iletrado, y vivir bajo su insolente adoración u honor, como parásitos»[1034], «que, como los ratones, se comen el pan de otros». A decir verdad, «estas no son artes lucrativas», como podía predecir Guido Bonati, el gran astrólogo, «sino pobres y hambrientas»:

> «El médico rico, el abogado honrado van a caballo, mientras que el pobre estudioso va a pie a su lado»[1035].

La pobreza es el patrimonio de las Musas, y, como nos enseña la divinidad poética, cuando las hijas de Júpiter se casaron cada una con un dios, las Musas se quedaron solitarias, el Helicón quedó abandonado de todos sus cortejos, y creo que era porque no tenían ninguna riqueza.

> «¿Por qué vivió Calíope tanto tiempo como doncella? Porque no tenía dote que pagar».

Por lo tanto, después, sus seguidores son pobres, están olvidados y abandonados; hasta tal punto que, como argumenta Petronio, se les conocerá por sus ropas. «Vino», dice, «casualmente en mi compañía un tipo no muy pulido a la vista, de modo que podía darme cuenta sólo por ese rasgo que era un estudioso, a los que odian habitualmente los ricos. Le pregunté qué era y respondió «poeta». Le pregunté de nuevo por qué estaba tan harapiento; me dijo que este tipo de sabiduría nunca hacía rico a nadie»[1036].

«El beneficio de un mercader es grande si sale al mar; un soldado está por entero revestido por el oro; un trolero miente camuflado con su intrépida pomposidad; lo único visible de un estudioso son sus harapos»[1037].

Aquellos de nuestros estudiantes que se dan cuenta de todo esto en las universidades, de cuán infructíferos son estos estudios poéticos, matemáticos y filosóficos, de cuán poco respetados, de cuán pocos mecenas hay, se aplican a toda prisa a las tres profesiones útiles del Derecho, la Medicina y la Teología, dedicándose a ellas y rechazando por el contrario las artes de la historia, la filosofía, la filología o pasando levemente por encima, como entretenimientos agradables que sólo son adecuados para la conversación de sobremesa y para adornar el discurso[1038]. No son tan provechosos: el que puede contar su dinero tiene suficiente aritmética, un buen geómetra es el que puede medir una fortuna por sí mismo, un perfecto astrólogo el que puede calcular la elevación y caída de los demás y marcar sus movimientos errantes para su propio beneficio. El mejor óptico es el que hace que los rayos del favor y la gracia de algunos grandes hombres brillen sobre él. Un buen ingeniero es el que puede hacer por sí solo un instrumento para conseguir su ascenso. Ésta era la doctrina y práctica habitual en Polonia, como observó M. Cromer no hace mucho, en el primer libro de su historia: sus universidades eran generalmente humildes, no se encontraba un filósofo, un matemático, un historiador, etc., de importancia entre ellos, porque no habían ofrecido recompensas u honorarios, y así todo el mundo se aplicaba a la Teología, «su objetivo era un buen sacerdocio». Ésta era la práctica de algunos de nuestros vecinos cercanos, como critica Lipsio[1039]: «empujan a sus hijos al estudio del Derecho y la Teología, antes de que estén bien formados, o sin que estén capacitados para dichos estudios». «La esperanza de lucro pesa más que todos los estudios, y un montón de oro, más que todo lo que han escrito los delirantes griegos y latinos. De entre éstos salen los gobernantes de la república, intervienen y dirigen los consejos de los reyes. ¡Oh, padre, oh patria!». Así se quejaba él y lo pueden hacer otros. Pues aún así encontramos que el objetivo al que nos dirigimos es servir a un gran hombre, conseguir un oficio en la corte de algún obispo (practicarlo en una buena ciudad) o conseguir un beneficio, por ser tan ventajoso el camino para el ascenso.

Aunque muchas veces, por lo que veo, estos hombres fracasan tan a menudo como los demás en sus proyectos y normalmente se frustran en sus esperanzas. Pues, aunque sea doctor en leyes, un excelente civilista de gran valía, ¿dónde practicará y se desarrollará? Sus campos son tan limitados, nuestra ley civil está tan restringida con prohibiciones, hay tan pocas causas, pues las leyes municipales lo devoran todo, «no hay nada más iletrado», dice Erasmo[1040], y es un estudio bárbaro, pues, aunque nunca sean tan sabios en él, apenas puedo otorgarles el nombre de estudiosos, a menos que se les califique de otra forma, y quedan tan pocas cortes para esa profesión, oficios tan delicados, y normalmente se han de conseguir a precios tan altos, que no sé como un ingenuo prosperaría entre ellos.

Ahora bien, por lo que respecta a los médicos, hay en cada pueblo tantos charlatanes, empíricos, parlanchines, paracelsianos, como se llaman a sí mismos, «pretextadores y sanicidas», así los llama Clénart[1041], hechizeros, alquimistas, pobres vicarios, boticarios aficionados, hombres médicos, barberos y amas de casa, que profesan grandes habilidades, que dudo cómo se mantendrán o quiénes serán sus pacientes. Además, hay tantos de todo tipo y algunos son como arpías, tan codiciosos, tan bulliciosos, tan impúdicos –y como dijo Does[1042], idiotas, litigiosos,

> «Que no tienen más habilidad que la arrogancia charlatana, no tienen ningún conocimiento, es gente ordeña-bolsillos, buitres togados, ladrones y chusma litigiosa de embaucadores que infestan esta ocupación, etc.»–,

tantos que no se podría decir cómo viven unos de otros, sino que (como se bromeaba en la comedia de los relojes) hay tantos que «casi la mayor parte muere de hambre»[1043], y están prestos a devorar a sus compañeros y «a agarrarse a una habilidad nociva»[1044]. Tal es la multitud de picapleitos y empíricos, tantos los impostores, que un hombre honesto no sabe de qué modo integrarse y actuar en su compañía, cómo vivir con buena reputación entre una chusma tan vil, «se avergüenza de declarar el nombre de la ciencia que ha adquirido con tanto gasto y preocupación, después de que», etc.

Finalmente, llegamos a los teólogos, los de profesión más noble y merecedora de doble honor, pero, de todas las demás, la más desgraciada y miserable. Si no me creéis, escuchad algo sobre ella, pues no hace muchos años predicó públicamente en Paul's Cross uno que entonces era padre, y ahora es obispo reverendo de esta tierra[1045]: «nosotros, que estamos educados en la sabiduría y destinados por nuestros padres para este fin, padecimos en nuestra infancia las escuelas de gramática, que Agustín llama "un gran despotismo, un mal terrible", y las compara con los tormentos del martirio. Cuando llegamos a la universidad, si vivimos de la asignación del colegio, como objetaba Falaris a Leontino, "estamos necesitados de todo, menos de hambre y temor", y si nos mantenemos parcialmente a costa de nuestros padres, gastamos en sustentos innecesarios, libros y grados, antes de llegar a ninguna perfección, quinientas libras o mil marcos. Si por el precio de este gasto de tiempo, de nuestros cuerpos y espíritus y de nuestros bienes y patrimonios, no podemos obtener las pequeñas recompensas que son nuestras por ley y por derecho de herencia, ni una pobre rectoría o una vicaría de cincuenta libras al año, sino que debemos pagar a nuestro protector el arriendo de una vida –una vida gastada y ajada–, ya en pensiones anuales o encima al precio de una enfiteusis (y esto con el riesgo y la pérdida de nuestras almas, por simonía y perjurio) y el secuestro de todos nuestros ascensos espirituales, tanto presentes como futuros, ¿qué padre después de un tiempo estará tan desprevenido como para educar a su hijo en esta mendicidad forzosa, siendo tan costoso para él? Qué cristiano será tan irreligioso como para educar a su hijo en este tipo de vida, que con toda probabilidad y necesidad, forzándole al pecado, le enredará en la simonía y el per-

jurio, cuando, como dijo el poeta, "si el mocoso de un mendigo supiese sus inconvenientes, cuando se le aparta del puente, tendría motivos para rehusarlo"». Siendo esto así, ¿es que no hemos pescado bien todo este tiempo, los que somos teólogos iniciados, ya que no hemos encontrado mejores frutos de nuestros trabajos? «¿No es esto lo que te hace palidecer? ¿No es esto lo que a algunos les quita el apetito?»[1046] ¿Nos atormentamos por esto? ¿Por esto nos levantamos tan temprano durante todo el año, «saltando», como dijo uno, «de la cama cuando oímos que suena la campana, como si hubiéramos oído un trueno?» Si éste es todo el respeto, recompensa y honor que vamos a tener, «rompe tus cálamos y rasga, Talía, los libros»[1047], cesemos en nuestros libros, y acudamos a algún otro tipo de vida. ¿Con qué fin deberíamos estudiar? «¿Qué pretendían nuestros padres al hacernos estudiantes»[1048], que, después de veinte años de estudio, estuviésemos tan lejos del ascenso como lo estábamos al principio? ¿Por qué nos preocupamos así? «¿Por qué nos ayudan tanto a palidecer los libros estúpidos?» Si no hay mayor esperanza de recompensa, ni mejor estímulo, digo de nuevo «rompe tus cálamos y rasga, Talía, los libros». Hagámonos soldados, vendamos nuestros libros y compremos espadas, armas y lanzas o tapemos las botellas con ellos, convirtamos nuestras togas de filósofos, como hizo una vez Cleantes, en abrigos de molinero, dejemos todo y apliquémonos mejor a otro tipo de vida en vez de continuar más tiempo en esta miseria. «Es preferible roer mondadientes que mendigar el favor de los grandes con producciones literarias»[1049].

Es cierto, pero me parece oír a alguno que recusa estas palabras diciendo que aunque es verdad lo que he dicho del estado de los estudiosos, y especialmente el de los teólogos, que es miserable y angustioso en este momento en que la Iglesia sufre la ruina de sus bienes, y que tienen motivos suficientes para quejarse; hay una culpa, pero, ¿de dónde procede? Si se examinara la causa justamente, se volvería contra nosotros mismos; si se nos citara ante el tribunal de la verdad, se nos consideraría culpables, y no podríamos excusarlo. Confieso que la culpa la tenemos nosotros, y que si no hubiera un comprador, no habría un vendedor. Pero para quien quiera considerarlo mejor, se mostrará más claramente que la fuente de todas las miserias procede de los protectores. Al acusarles, no nos excusamos a nosotros a la vez; unos y otros somos culpables, ellos y nosotros. Sin embargo, en mi opinión, la suya es una culpa mayor, con causas más aparentes, y se ha de condenar mucho. Por mi parte, si las cosas no están conmigo como quisiera, o como deberían ser, atribuyo la causa, como hacía Cardano en un caso semejante[1050], «a mi propia infelicidad más que a su maldad»[1051] (aunque en mi tiempo algunos me han defraudado, y tengo tantos motivos de queja como cualquier otro), o más bien, de hecho, a mi propia negligencia; pues siempre fui como el Alejandro de Plutarco[1052], el tutor de Craso en filosofía, que, aunque vivió muchos años familiarmente con el rico Craso, fue tan pobre a partir de entonces –de lo que muchos se maravillaban–, como cuando vino a él la primera vez; él nunca pidió, el otro nunca le dio nada. Cuando viajaba con Craso, le pedía prestado uno de sus gorros y

al regresar se lo devolvía de nuevo. Yo he tenido relaciones similares con amigos nobles y estudiosos, pero en su mayor parte (excepto las cortesías habituales y los respetos comunes), ellos y yo nos separamos como nos encontramos, me dieron lo que les pedí, y eso fue todo. Y, como respondió Alejandro de Alejandro (*Genialium dierum,* libro 6, cap. 16) a Hieronymus Massainus, que se sorprendía «cuando veía que muchas personas indolentes e innobles accedían todos los días a los grandes puestos del estado y de la iglesia», y aunque los otros subían, él estaba todavía en el mismo estado, «y pensaba que merecía lo mismo que el resto»; él respondió que estaba contento con su estado presente, que no era ambicioso, y aunque «le regañara por su atraso, sin embargo era todavía el mismo». Y yo, por mi parte, aunque no sea merecedor quizás de llevar los libros de Alejandro, sin embargo algunos amigos presuntuosos y con buenas intenciones han usado conmigo discursos semejantes; pero he replicado con Alejandro que tenía suficiente, y quizá más de lo que merecía, y con Libanius Sophista (cuando el emperador le ofreció honores y oficios) que prefería «ser un sofista así antes que un magistrado tal»; preferiría de buena gana ser siempre Demócrito el Joven, y «un individuo particular, si se me diese a elegir, a ser un doctor en teología o un obispo». «Pero ¿por qué digo esto?» Por lo demás, es por ambos lados «un crimen detestable» comprar y vender los beneficios eclesiásticos, quitarle a la iglesia lo que las leyes de Dios y de los hombres le han otorgado; pero en ellos más, y esto por la codicia y la ignorancia de los que están interesados en este negocio. Considero la codicia, en primer lugar, como la raíz de todos los males, que, como a Acán, les lleva a cometer sacrilegios y a hacer pactos simoníacos (¿y qué no?) para sus propios fines, que enciende la ira de Dios[1053], trae plagas, venganza y una constante inspección sobre ellos y otros. Algunos, por ese insaciable deseo de sucio lucro, para enriquecerse, no se preocupan de cómo lo obtienen; a tuertas o a derechas, así lo consiguen. Y otros, cuando han desfalcado sus bienes con alboroto y prodigalidad, para recuperarse, hacen presa de la Iglesia, robándola, como hizo Juliano el Apóstata[1054], y despojan a los clérigos de sus ingresos («manteniéndose en el medio», como observa uno de nuestros grandes hombres)[1055], «y del sustento con el que deberían vivir». Por medio de lo cual se aumenta el barbarismo y se produce una gran decadencia de los profesores cristianos. ¿Pues quién se aplicará a estos estudios de teología, o a su hijo, o amigo, cuando, después de las grandes preocupaciones, no tendrán nada de lo que vivir? ¿Pero con qué resultado hacen estas cosas?

> «Persigues las riquezas con todas tus fuerzas, pero consigues una recompensa muy pobre»[1056].

Trabajan y se esfuerzan como negros, pero, ¿qué cosechan? Son normalmente familias desgraciadas las que acostumbran hacerlo, están afligidos por su linaje y, como prueba la experiencia habitual, afligidos en todas sus actuaciones. «¿Con qué cara (como cita alguien[1057], siguiendo a Agustín) pueden esperar una bendición o herencia de Cristo en el cielo, los que defraudan la

herencia de Cristo aquí, en la tierra?» Yo leería a todos nuestros patronos simoníacos y a los que retienen los diezmos, los juiciosos tratados de los caballeros Sir Henry Spelman y Sir James Sempill; los elaborados y sabios tratados que han escrito sobre este tema el doctor Tillesley y Mr. Montague. Pero aunque los leyeran, les sería de poco provecho, «aunque grites y confundas el mar con el cielo». Atronad, echad rayos, predicad el infierno y la condenación, decidles que es pecado, no lo creerán; denunciad y aterrorizad, «tienen marcada a fuego su propia conciencia»[1058] y no atenderán; como la serpiente encantada, cierran sus oídos. Llamadles viles, irreligiosos, profanos, bárbaros, paganos, ateos, epicúreos (como seguramente lo son algunos), como la medianera de Plauto, «¡Bravo! ¡Óptimo!», gritan y se aplauden como ese avaro, «en cuanto veo el dinero en el arca...»[1059]. Decid lo que queráis, «sea como sea, es dinero»; como el perro que ladra a la luna, vuestros dichos son inútiles. Coged vosotros el cielo y dejadles a ellos el dinero. Es una derrota vil, profana, epicúrea, hipócrita.

Por mi parte, que aparenten el fervor que quieran, que falsifiquen la religión, que ofusquen los ojos del cielo, se jacten ampulosamente, y harten su grandeza con los botines de la iglesia, y brillen como pavos reales. Mi caridad es tan fría, tan deficiente en este aspecto, que nunca pensaré de ellos sino que están podridos desde el corazón, sus huesos están llenos de hipocresía epicúrea y de médula ateísta, son peores que los paganos. Pues, como observa Dionisio de Halicarnaso (*Antigüedad Romana,* libro 7), «los griegos y bárbaros observan todos los ritos religiosos y no se atreven a romperlos por miedo a ofender a los dioses»; pero nuestros contratistas simoníacos, nuestros Acanes insensatos, nuestros patronos embobados, no temen ni a Dios ni al diablo, tienen sus disculpas para ello, no es pecado, ni se debe a ninguna ley divina; o si es pecado, no es un gran pecado, etc. Y aunque se les castigue por ello a diario, y se den cuenta claramente de que, como dijo uno, el hielo y el fraude terminan en cosas sucias, sin embargo, como continúa Crisóstomo[1060], «la corrección no lleva a la mejora, y como si la maldad de los hombres la provocaran los contrarios, cada día crece lo que se castiga». Son peores en vez de mejores, «con un crimen aumentan su ira y su ánimo», y cuanto más se les corrige, más pecan. Pero dejad que tomen su camino, «roed, cabras, las viñas»[1061], que continúen así como empiezan, no es pecado; dejad que se regocijen seguros, la venganza de Dios les sobrevendrá al final, y todos esos bienes mal adquiridos, como la pluma de un águila, consumirán el resto de su alma[1062]. Es el «oro de Tolosa»[1063] saqueado, y no producirá mejores efectos. «Por mucho que lo pongan bien seguro y que hagan sus negocios a escondidas, que cierren y canden la puerta», dice Crisóstomo, «sin embargo, el fraude y la codicia, dos ladrones violentísimos, están incluidos siempre, y un poco de ganancia mal conseguida arruinará el resto de sus bienes»[1064]. El águila de Esopo, al ver un pedazo de carne lista para el sacrificio, la arrebató con sus garras y la llevó a su nido; pero había casualmente un carbón ardiendo pegado a la carne, que que hizo arder de repente sus plumas, consumiendo a sus pequeños, el nido y todo

junto. Que nuestros patronos destructores de iglesias y arpías sacrílegas no busquen mejores éxitos.

Una segunda causa es la ignorancia, y de ella viene el desprecio: «el odio a las letras procede de la ignorancia del público», como bien percibió Junius[1065]. Este odio y desprecio del conocimiento proceden de la ignorancia[1066], y, puesto que ellos mismos son bárbaros, idiotas, embotados, iletrados, y orgullosos, consideran así a los demás. «Que haya mecenas generosos y habrá estudiosos afligidos en todas las ciencias». Pero los que desprecian el conocimiento y se consideran suficientemente cualificados por saber leer y escribir, obtener alguna demostración, o tienen tanto latín como el que tenía el emperador[1067] –«quien no sabe disimular, no sabe vivir»–, son inadecuados para hacer su servicio al país, para realizar o llevar a cabo cualquier acción o empleo que pueda tender al bien de una república, a menos que sea luchar o hacer justicia popular con sentido común, cosa que puede hacer igualmente cualquier pelantrín. Y así educan a sus hijos, rudos como ellos mismos, incompetentes, desenseñados, groseros en su mayor parte. «¿Quién de entre nuestros jóvenes está bien educado en las letras?, ¿quién sabe algo de los oradores o los filósofos?, ¿quién lee la historia, el alma de todas las actividades públicas? Los padres se precipitan demasiado»[1068], etc.; esa era la queja de Lipsio a sus conciudadanos iletrados, y puede serlo para los nuestros. Ahora bien, ¿juzgarán la valía de un estudioso estos hombres que no tienen valía, que no saben lo que pertenece a los trabajos de un estudiante, que no pueden distinguir entre un verdadero estudioso y un zángano? O el que a causa de un lengua verbosa, una voz fuerte, un tono agradable, y algunas ayudas de polianteas truhanescas, roba y recoge unas pocas notas de las cosechas de otros hombres, y de este modo hace una exhibición mejor que el que es un verdadero sabio en realidad. O el que se lo piensa igual para predicar como para hablar «o para salir corriendo empujando un carro vacío», como dijo un hombre serio[1069]; y sin embargo nos vilipendian a nosotros y a nuestras penas, se burlan de nosotros y de nuestros conocimientos. Porque son ricos y tienen otros medios para vivir, piensan que no les concierne saber ni preocuparse por el saber. Es una tarea más propia de segundones o de hijos de hombres pobres, ser escritores y pedantes, esclavos pedantes, y de ningún modo convienen para el título de caballeros, como hacen normalmente los franceses y alemanes. Descuidan por tanto todo el conocimiento humano, ¿qué tienen que ver con ello? Que los marineros aprendan astronomía, que los agentes mercaderes estudien aritmética, que los topógrafos den geometría, los que hacen lentes, óptica, los trotamundos, geografía, los secretarios de ayuntamiento retórica. ¿Qué haría con una azada el que no tiene campo que cavar, o con el conocimiento los que no hacen uso de él? Así razonan, y no se avergüenzan de dejar a los marineros, aprendices y siervos más humildes el estar mejor cualificados que ellos mismos. En otros tiempos, los reyes, príncipes, y emperadores, eran los únicos estudiosos, excelentes en todas sus facultades.

Julio César estudió el saber de su época y escribió sus propios *Comentarios:*

> «En medio de la guerra siempre encontraba tiempo para estudiar las estrellas, los cielos, y el mundo superior»[1070].

Antonio, Adriano, Nerón, Severo, Juliano, etc.[1071], el emperador Miguel, e Isacius[1072] estaban tan dedicados a sus estudios que ningún individuo vil se esforzaba tanto; Orión, Perseo, Alfonso, Tolomeo, famosos astrónomos; Sabor, Mitrídates, Lisímaco, médicos admirados; todos los reyes de Platón; Evax, el príncipe árabe, un joyero expertísimo y exquisito filósofo; los reyes de Egipto eran sacerdotes antiguamente, y elegidos desde entonces «tanto rey de los hombres como sacerdote de Febo». Pero esos tiempos heroicos han pasado, en esta época degenerada se ha desterrado a las Musas «a cabañas sórdidas», con las personas menos importantes, y se las ha confinado aisladas en las universidades. En aquellos días, se amaba, honraba[1073] y estimaba mucho a los estudiosos, como antiguamente Escipión el Africano a Ennio, Augusto a Virgilio, Mecenas a Horacio; eran los compañeros de los príncipes, les eran queridos, como Anacreón para Polícrates, Filomeno para Dioniso, y les recompensaban. Alejandro envió al filósofo Jenócrates cincuenta talentos porque era pobre. «Los hombres notables por su previsión o erudición se sentaban a la mesa con los reyes antiguamente», como cuenta Filóstrato de Adriano y Lampridio de Alejandro Severo. Los eclesiásticos famosos venían a las cortes de estos príncipes «como a una universidad», y se les admitía a sus mesas, «como si se sentasen a la mesa de los dioses». Arquelao, el rey macedonio, no quería cenar sin Eurípides (bebía a su salud en la cena una noche, distinguiéndole así entre los demás, y le dio una copa de oro por sus méritos), «deleitado con la agradable conversación del poeta». Y era conveniente que fuera así, porque, como bien dijo Platón en su Protágoras, un buen filósofo aventaja a los demás hombres tanto como un gran rey a los comunes en su país.

Y además, «puesto que no carecen de nada y tienen pocas necesidades, y sólo son capaces de inspirar respeto por las artes que profesan»[1074], no necesitaban mendigar tan vilmente, como en nuestros tiempos se obliga a los estudiosos a quejarse por la pobreza[1075] o a agacharse ante un rico tacaño por la carne de una comida, sino que podían justificarse a sí mismos y a las artes que profesaban. Ahora querrían y no pueden, pues algunos sostienen como un axioma que mantenerles pobres les hará estudiar; deben estar a dieta, como los caballos para una carrera, no se les debe engordar, «quieren que se les alimente, no que se les engorde, para que la llama del ingenio no se extinga»[1076]; un pájaro gordo no cantará, un perro gordo no puede cazar; y así, aunque por su pobreza algunos necesitan medios[1077] y otros no los quieren, todos necesitan estímulo[1078], al estar casi desamparados, y generalmente despreciados. Una vieja sentencia dice: «mientras haya Mecenas, no faltarán, Flaco, Virgilios», y es un dicho cierto todavía.

Sin embargo, a menudo –no puedo negarlo–, el error principal está en nosotros mismos. Nuestros académicos yerran demasiado frecuentemente en descuidar a sus patronos, como bien criticaba Erasmo[1079], o eligiéndolos mal:

«descuidamos a los que se nos ofrecen o nos juntamos a los que apenas son aptos», o si tenemos uno bueno, «no nos plegamos a él ni le seguimos como deberíamos». «Esto me sucedió cuando era joven» (dice Erasmo, reconociendo su yerro), «y cometí un serio error», y lo mismo puedo decir de mí mismo[1080]: me he equivocado en esto y quizá también muchos otros. No hemos «respondido a los favores de los grandes, que empezaron a acogernos», no nos dedicamos con la disposición que deberíamos. La ociosidad, el amor a la libertad («por un excesivo amor a la libertad, como confiesa, he tenido que luchar durante mucho tiempo con falsos amigos y con la pobreza pertinaz»), la vergüenza, la melancolía, la timidez hacen que muchos seamos demasiado retraídos y remisos. Así, algunos se equivocan en un extremo, pero muchos en el otro; casi siempresomos demasiado apremiantes, demasiado solícitos, demasiado ambiciosos, demasiado impúdicos. Normalmente nos quejamos de «falta de estímulos», falta de medios, mientras que el verdadero defecto está en nuestra falta de valor, nuestra insuficiencia. ¿Hizo caso Mecenas de Horacio o Virgilio antes de que se presentaran?, o ¿tenían Bavius o Maevius algún patrono? «Que primero se muestren como valiosos», dice Erasmo, como suficientemente cualificados para el conocimiento y los modales, antes de presumir o entrometerse impertinentemente y ponerse a disposición de los grandes hombres, como hacen demasiados, con esa vil adulación, conversación parásita, tales elogios hiperbólicos que de costumbre insinúan, que da vergüenza verles y oírles. «Las alabanzas excesivas producen más envidia que alabanza», y las alabanzas vanas detraen la verdad, y pensamos, en conclusión, que es «malo para ambos, el que alaba y el alabado». Quizá nos equivoquemos, pero el error principal está en su desocupación, a falta de patronos. ¡Cuán querido y cuán respetado era Platón antiguamente para Dionisio! ¡Cuán querido para Alejandro Aristóteles, Demaratus para Filipo, Solón para Creso, Anaxarco y Trebacio Testa para Augusto, Casio para Vespasiano, Plutarco para Trajano, Séneca para Nerón, Simónides para Hieron! ¡Cuán honrados!

> «Pero todo esto fue en el pasado, ahora envejecen recónditos y olvidados»[1081],

tales días han pasado.

> «No tenemos otra esperanza o razón para los estudios, que el gran César»[1082],

como se dijo en otros tiempos y lo podemos decir ahora verdaderamente. Es nuestro amuleto, nuestro Sol[1083], nuestro único consuelo y refugio, nuestro Ptolomeo, nuestro Mecenas habitual, «Jacobo el generoso, Jacobo el pacífico, el sacerdote de las Musas, el rey platónico», «nuestra gloria grande y principal», un famoso estudioso él mismo, y el único patrono, pilar y sostén del conocimiento. Pero su valía en este sentido es tan famosa, que como decía Patérculo de Catón, «sería un delito alabarle». Y como le dijo Plinio a Trajano[1084]: «tu gloria se guardará como reliquia en gestas épicas solemnes e

historias inmortales, no sólo en este discurso breve y torpe». Pero ya se ha ido, «nuestro sol se ha puesto, y sin embargo no le sigue la noche». Tenemos a otro semejante en su lugar. «Cuando se corta una rama, aparece otra semejante de oro»[1085], y puede reinar y florecer durante mucho tiempo entre nosotros.

Pero no seré malicioso ni mentiré contra mi genio; no puedo negar que tenemos una muestra de ello en nuestra clase acomodada, aquí y allá, con excelentes conocimientos, como los Fugger en Alemania, Du Bartas, Du Plessis, Sadael, en Francia, Pico della Mirandola, Schottus, Barozzi en Italia. «Aparecen pocas aves acuáticas en el vasto mar», pero no son sino unos pocos con respecto a la multitud, la mayor parte (de nuevo salvo algunos, que son indiferentes) están totalmente dedicados a los halcones y sabuesos, y muchas veces se ven llevados por la lujuria destemplada, el juego y la bebida. Si leen un libro alguna vez («si hay algún momento de ocio entre la caza, la bebida, el juego y las mujeres»), es una crónica inglesa, *Huon de Bordeaux*, *Amadís de Gaula*, etc., un libreto, o algún panfleto de noticias, y esto sólo en aquellas estaciones en que no pueden moverse por el extranjero, para matar el tiempo; su única conversación es sobre los perros, halcones, caballos y, ¿qué hay de nuevo?[1086] Si alguno ha viajado Italia o hasta la corte del emperador, ha pasado el invierno en Orleans, y puede cortejar a su dama en un francés imperfecto, lleva sus trajes con pulcritud a la ultimísima moda, canta una selección de tonadas extranjeras, habla de lords, señoras, villas, palacios y ciudades, entonces es completo y se le ha de admirar; si no, él y ellos son una misma cosa[1087], no hay ninguna diferencia entre el maestro y el hombre, más que los títulos respetables. Fíjate y elige entre el que se sienta (excepto por sus ropas) y el que tiene el trinchero tras él. Sin embargo, estos hombres deben ser nuestros patronos, nuestros jefes demasiado a menudo, hombres de estado, magistrados, nobles, grandes, y sabios por herencia.

No me malinterpretéis (digo de nuevo), «vosotros, senadores ilustres», caballeros, yo honro vuestros nombres y personas, y me postro con toda sumisión a vuestra censura y servicio. Hay entre vosotros, lo declaro de corazón, muchos patronos muy dignos y verdaderos patriotas (que yo conozco, además de muchos cientos que nunca he visto, sin duda, o nunca he oído), pilares de nuestra república, cuyo valor, generosidad, conocimiento, audacia, verdadero celo en la religión y buena estima de los estudiosos deberían consagrarse para toda la posteridad[1088]. Pero en vuestra clase hay además un bando de licenciosos, corruptos, codiciosos, iletrados, no mejores que cepos, «meros animales (a Dios pongo por testigo, no les considero dignos de ser llamados verdaderos seres humanos)», bárbaros tracios, «¿y qué tracio negaría esto?», un grupo sórdido, profano, pernicioso, irreligioso, impúdico y estúpido, no sé qué epítetos darles, enemigos del conocimiento, enturbiadores de la Iglesia, y ruina de la república; son patronos por derecho de sucesión, y se les da confianza libremente para disponer de la subsistencia por bien de la Iglesia. Pero (probando ser muy duros como capataces) se llevan la paja y obligan a los demás a hacer una gran cantidad de ladrillos: siempre respetan sus propios fines, el motor de

todas sus acciones es su propio beneficio, y presentan, en conclusión, como hombre de los de mejores prendas al que más da; ni un penique, ni un padrenuestro[1089], como en el dicho: «a menos que sostengas tu traje con oro, les irritarás mucho»; se debe sobornar y alimentar a sus ayudantes y oficiales, como se hacía con Cerbero, dándole una dádiva para el que va al infierno. Una sentencia antigua dice: «todo está a la venta en Roma», es un andrajo del papado que nunca se erradicará, no hay esperanza, no se puede hacer ningún bien sin dinero. Un clérigo se puede ofrecer, aprobar su valía, conocimiento, honestidad, religión, celo[1090], le alabarán por ello; pero «la virtud se alaba y se congela»[1091]. Si es un hombre de prendas extraordinarias, se congregarán desde lugares remotos para oírle, como hacían en Apuleyo para oír a Psique: «muchos hombres venían a ver a la bella Psique, la gloria de su época, la admiraban, la alababan, la deseaban por su belleza divina y la miraban. Pero lo hacían como si fuese un cuadro, nadie se casaría con ella, «porque no tenía dote»; la hermosa Psique no tenía dinero». Así lo hacen con el conocimiento[1092]:

> «Vuestros ricos han aprendido últimamente a admirar, alabar, y reunirse a oír y ver hablar a un estudioso de valía, como hacen los niños con la pluma de un pavo real»[1093].

Tendrá todas las buenas palabras que se pueden dar: «un hombre bueno, y es una pena que no tenga ascensos»[1094], todo son buenos deseos, pero es inflexible; duro como es, no le ascenderá, aunque esté en su poder, porque no tiene dinero. O si le proporciona entretenimiento, que nunca esté tan bien cualificado, ni ruegue afinidad, consanguinidad o suficiencia, y servirá durante siete años, como hizo Jacob con Raquel, antes de tenerlo. Si entrara primero, debe entrar por la puerta simoníaca, salir sano y salvo, y tener mucho cuidado para cumplir todos los contratos, o si no, no tratará con él o no lo admitirá[1095]. Pero si algún estudioso pobre o algún cura se ofreciese o algún capellán, a coger sólo la mitad, o la tercera parte, o acepte lo que le dé, y el patrón se guarde el resto, es bienvenido; si está conforme, predica como quiere, le prefiere a un millón de los otros. Porque lo mejor es siempre lo más barato, y entonces, como dijo Jerónimo a Chromatius, «la tapadera es digna de la vasija», de tal patrono, tal empleado; los remedios se proporcionan bien, y todos los individuos están complacidos. De modo que todavía se verifica en nuestra época aquello de lo que se quejaba Crisóstomo en su tiempo: «los ricos mantienen a estos conferenciantes y parásitos lisonjeros como a perros en sus mesas y les llenan el estómago hambriento con los desperdicios de su comida, abusan de ellos a placer, y les hacen decir lo que se proponen»[1096]. «Como hacen los niños con un pájaro o una mariposa con una cuerda, los meten o los sacan según quieren, así hacen ellos con sus capellanes, les ordenan, mandan sobre sus ingenios, les dejan entrar o salir según les parece mejor»[1097]. Como el patrono lo precise, así debe ser su capellán; si es un parásito, su empleado debe ser así, o así se debe volver. Estos son los empleados que convienen, a quienes mantienen habitualmente y proponen para los cargos de la Iglesia; mientras, en el

ínterin, nosotros que somos universitarios, como terneras atadas por el pellejo a un pasto, pasamos nuestro tiempo, nos marchitamos como una flor arrancada en un jardín, y nunca se nos usa. O, como las candelas, nos iluminamos a nosotros solos, oscureciéndonos mutuamente la luz, y aquí no se nos discierne en absoluto; el menor de nosotros, llevado a una habitación oscura, o a algún país benéfico, donde pueda brillar por su cuenta, daría una buena luz y se vería por todas partes.

Mientras nosotros estamos aquí esperando, como hacían los enfermos en la piscina de Betesda[1098], hasta que el ángel agite el agua, esperando un buen momento, otros se atraviesan por medio y nos defraudan en nuestro ascenso. No lo he dicho todavía, pero si después de una larga espera, mucho gasto, viaje, de una petición formal nuestra y de nuestros amigos, obtenemos un pequeño beneficio al final, nuestra miseria empieza de nuevo; nos encontramos de repente con la carne, el mundo y el demonio, con un nuevo comienzo; cambiamos una vida tranquila por un océano de problemas, vamos a una casa ruinosa que, antes de que sea habitable, debe repararse con gran daño para nosotros. Estamos obligados a pleitear por los gastos o, si no, nos demandan a nosotros mismos, y apenas nos hemos establecido, se nos solicitan los atrasos de nuestros predecesores; se han de pagar instantáneamente las primicias, diezmos, subsidios, la benevolencia, las alcahueterías, etc., y, lo que más se debe temer, nos tropezamos con un título en litigio, como le ocurrió a Clénart de Brabant, por su rectoría y cargo de Beginae: apenas había tomado posesión, cuando al instante se le demandó, «inmediatamente empezamos, dice él[1099], a litigar, y tuvimos que luchar en una guerra implacable». Al final, después de diez años de pleitos, tanto como el asedio de Troya, cuando se había cansado y gastado todo su dinero, estaba dispuesto a dejarlo todo por tranquilidad y entregarlo a su adversario. O bien, somos insultados y maltratados por oficiales mandones, despojados por ávidas arpías para conseguir más honorarios, estamos atemorizados por algún desliz anterior, caemos entre los sectarios refractarios y sediciosos, puritanos quisquillosos, papistas perversos, un tumulto lascivo de epicúreos ateos que no se reformarán, o gente litigiosa (las bestias salvajes de Éfeso con las que hay que luchar) que no harán sus deberes sin grandes pesares u obligados por un pleito largo. Pues «los laicos odian a los clérigos», es un viejo axioma. Todos consideran que está bien conseguido lo que se obtiene de la Iglesia, y por tales conductas inciviles y ásperas hacen que su pobre ministro acabe cansado de su lugar, si no de su vida. Y pongamos por caso que los parroquianos sean hombres tranquilos, honestos, que hacen lo mejor que pueden, como ocurre normalmente: a pesar de eso los clérigos se convierten de académicos educados y pulcros en rústicos, rudos, melancolizan solos, aprenden a olvidar, o si no, como hacen muchos, se convierten en cerveceros, ganaderos, buhoneros, etc. (al haber desterrado ahora todo el comercio de las Musas lejos de la Academia y haberlo confinado al pueblo, como desterraron a Ovidio de Roma al Ponto), y conversan diariamente con una compañía de idiotas y payasos.

«Mientras tanto*, por lo que respecta a nosotros (pues no somos inmunes a este castigo), nos queda la misma culpa, la misma, y eso si no es que se nos puede acusar de un crimen mucho más grave. Es por nuestra culpa, nuestra negligencia, nuestra avaricia, por lo que en la Iglesia se hacen tráficos tan frecuentes y sucios ("el templo está en venta, y Dios también"), por lo que entra tanta inmundicia, por lo que se insinúa tanta impiedad, tanta indolencia, un canal tan insano de miserias y estuario de escándalos. Esto, digo, es por culpa de todos nosotros (especialmente los universitarios). Pues somos la causa de los males que padece la república. Además, hemos traído este mal, y somos merecedores de la injuria y la miseria los que no lo hemos prevenido individualmente. ¿Qué podemos esperar, cuando rivalizamos unos con otros para que se admita en el grado a los alumnos pobres, los hijos de la tierra, y los hombrecillos de cualquier tipo? Si han aprendido de memoria una definición y una u otra distinción, y han pasado los años de costumbre con su dialéctica, sin importar con qué provecho o cómo son al final, ignorantes, parlanchines, ociosos, tahures, bebedores, indignos, agentes de los placeres y las voluptuosidades, "esposos de Penélope y charlatanes de Alcinoo". Pasan tantos años en la Universidad, y se les vende como togados; por lucro se les presenta por intercesión de los amigos, y es más, a veces con magníficos elogios de sus costumbres y su conocimiento. Y les honran con cartas testimoniales y con extensos escritos de alabanza, aquéllos que sin duda hacen un perjuicio a su propio crédito y reputación.

»"Los doctores y profesores (como dice uno)[1100] sólo se preocupan de una cosa, de que sus profesiones agranden sus privilegios y consigan una ganancia del erario público". La mayoría de los funcionarios actuales sólo desean esto: robar el dinero del mayor número posible de principiantes[1101], y no importa mucho si son letrados o iletrados, con tal de que sean ricos, brillantes, guapos y, en una palabra, que sean adinerados. Los filosofastros se licencian en Artes y no tienen arte[1102], y "ordenan sabios a quienes no están provistos de ninguna sabiduría y no tienen cualificación para el grado, salvo el deseo de ello"[1103]. Los teologastros (si pueden pagar), son sabios, suficientemente y de sobra, se elevan y ascienden por todos los grados de honores. Y de ahí que petimetres tan viles, tan ignorantes, situados en el crepúsculo de las letras, fantasmas de pastores, vagantes, errantes, zoquetes, tontos, rudos, asnos, mero ganado, irrumpan en los sagrados recintos de la Teología con los pies sin lavar, sin traer nada más que la insolencia descarada, desperdicios vulgares y algunas naderías escolares, indignas para que se saquen en las plazas públicas. Éste es el indigno género de hombres famélicos, menesterosos, vagos, esclavos de su estómago, que han de ser devueltos al arado, más aptos para las pocilgas que para los altares porque han prostituido torpemente las letras sagradas. Son los que llenan los púlpitos, se deslizan en las casas de los nobles, y como no tie-

[N. de los E.– Desde aquí hasta el final del capítulo, Burton escribe en latín, para que su crítica no sea accesible a cualquier lector].

nen más medios de vida, por incapacidad corporal y mental para cubrir cualquier puesto, recurren a esta ancla sagrada, intentando acogerse al sacerdocio, no sinceramente, sino como dice Pablo[1104], "traficando con la palabra de Dios".

»Que nadie piense, sin embargo, que pretendo menospreciar a los buenos varones que tiene la Iglesia Anglicana, egregios doctores, ilustres, hombres doctísimos dotados de todo género de virtudes. Y cada uno tendría muchas más y sería mucho más espléndido, si estas inmundicias no ofuscaran su espléndida luz, si se impidiera la corrupción y estas harpías traficantes y estos proletarios no nos envidiarán este bien. Nadie tiene una mente tan ciega que no lo vea; nadie tiene un ingenio tan tonto que no lo comprenda, nadie tiene un juicio tan obstinado que no reconozca que estos idiotas vagabundos profanan la sacra teología y prostituyen a las Musas celestiales. "Las almas viles y desvergonzadas, (así las llama Lutero en un lugar)[1105], por una pequeña ganancia se apresuran, como las moscas a la leche, a las mesas de los nobles y héroes, con la esperanza de conseguir el sacerdocio", cualquier honor u oficio, se presentan en cualquier aula o ciudad, se adaptan a cualquier empleo:

> "Se mueven con hilos ajenos, como las marionetas",

"en busca de bocados, como papagayos, propagan la esperanza en el fiador"[1106]. Parásitos conformes (dice Erasmo)[1107] "que enseñan, hablan, escriben, persuaden y demuestran cualquier cosa, incluso en contra de su conciencia, no para edificar a su grey, sino para que les produzca una fortuna magnífica". "Prueban cualquier opinión y doctrina contra la palabra de Dios, no para ofender a sus patronos, sino para retener el favor de los nobles, el aplauso popular, y así acumular riquezas"[1108]. La mayoría accede a la Teología con esta intención, no para servir a Dios, sino para servirse a sí mismos; no para promover el bien de la Iglesia, sino para robarla; buscando, como dice Pablo, "no las cosas de Jesucristo, sino las suyas", no el tesoro del Señor, sino para enriquecerse a sí mismos y a los suyos.

»Y no es ésta la práctica de los de fortuna más miserable y peor suerte, sino también de los rangos medios y altos, incluso a los obispos les invade este mal. "Decidme, pontífices, ¿para qué sirve el oro en los templos"[1109]. "La avaricia a menudo desvía a muchos"[1110]. Y los que deberían brillar más que los demás en virtud se abren camino hacia la simonía y, lanzandos a la corrupción, no esquilan el rebaño, sino que lo despellejan. Y dondequiera que van, roban, arruinan, arrebatan, haciendo naufragar su reputación –si no su alma–, de modo que el demonio parece proceder no de lo ínfimo a lo sumo, sino de lo sumo a lo ínfimo. Y esto es lo que practicaba antes en verdad: "lo que ha comprado, lo puede vender con justicia. Pues el simoníaco (por usar las palabras de León) no recibe la gracia; si no la recibe, no la tiene; y si no la tiene, no la puede transferir".

»En realidad, muchos de los que se sientan en el gobierno están tan lejos de promover a los demás, que hacen lo que pueden para obstaculizarles, conscientes de las artes con las que ellos mismos han conseguido su posición.

“Pues quien piensa que se ha elevado por su conocimiento, ha perdido el juicio; quien cree que su posición es un premio al ingenio, la erudición, la experiencia, la rectitud, la piedad y el amor a las letras (cosa que fue verdad en otros tiempos, pero hoy es sólo una promesa), está totalmente loco”[1111]. Cómo o dónde se origina este mal, no lo preguntaré más, con estos comienzos empieza la turbulencia de vicios, toda la calamidad, toda la multitud de miserias que han invadido la Iglesia. De aquí la frecuente simonía, de aquí nacen las lamentaciones, los fraudes, imposturas, de esta fuente se derivan todas las maldades. No diré nada de su ambición, de sus adulaciones más que cortesanas, del lujo, del mal ejemplo de su vida (con el que ofenden a tantos), de las reuniones para beber sibaríticamente, etc. De ahí la degradación de la universidad, “las Musas están tristes en estos momentos”, cuando cualquier hombrecillo desconocedor de las artes se eleva con estas artes, obtiene promoción y riqueza de este modo, es distinguido con denominaciones ambiciosas y honrado con muchas dignidades, embota los ojos del pueblo, se da buenos aires, y se pasee con gran majestad atendiendo mucho a su propia persona, cultivando una barba floreciente, resplandeciente con su toga, de púrpura brillante, ostentando el esplendor de sus muebles y el gran número de sirvientes. “Como estatuas (dice Budé[1112]) que se ponen sobre las columnas de lugares sagrados, que parecen como si cedieran a su propio peso y como si sudaran, cuando en realidad carecen de sentimientos y no ayudan a sostener el edificio”. Quieren parecer Atlantes, pero son estatuas de piedra, hombrezuelos verdaderamente desocupados, quizá tontos y torpes, en nada diferentes de la piedra. Y mientras, los que son sabios, agraciados con todas las distinciones de una vida santa, soportan el calor del día, están condenados al destino duro de servir con un salario mínimo, sin ningún título, humildes, oscuros, aunque mucho más dignos, necesitados, llevando una vida privada solitaria, sepultados en un pobre beneficio o encarcelados eternamente en sus colegios, y se ocultan sin gloria. Pero no quiero mover más esta sentina. De ahí proceden las lágrimas y la lúgubre costumbre de las Musas, de ahí la religión (como dice Seselio), “se ve conducida a la deshonra y el desprecio”[1113] y se humilla el sacerdocio. Y puesto que se hace esto, me atreveré a decir y a usurpar una expresión maloliente de un maloliente sobre el clero[1114]: “son vulgo fétido”, pobre, tosco, sórdido, melancólico, mísero, despreciable, insignificante».

Causas no necesarias, remotas, externas, adventicias o accidentales. En primer lugar, la nodriza

Sobre las causas remotas, externas, ambientales, *necesarias,* ya he hablado suficientemente en el miembro anterior. Siguen las *no necesarias,* sobre las cuales, dice Fuchs, no se puede hacer ningún arte, debido a su incertidumbre, casualidad y multitud[1115]. Se llaman así, «no necesarias» porque, de acuerdo con Fernel, «se pueden evitar y se usan sin necesidad»[1116]. Muchas de estas causas accidentales, de las que trataré aquí, bien se podían haber reducido a las primeras, porque no se pueden evitar sino que nos ocurren fatalmente, aunque de manera accidental e inadvertida, en uno u otro momento; el resto son contingentes e inevitables, y se insertan más propiamente en este género de causas. Contarlas todas es imposible, por lo tanto, hablaré de unas pocas, las causas contingentes más importantes que producen la melancolía, y por orden.

Desde el nacimiento de un niño, el primer accidente nocivo de este tipo que le puede acontecer es una mala nodriza, suficiente para que por medio de ella pueda ser contaminado por esta enfermedad desde la cuna[1117]. Aulo Gelio (libro 12, cap. 1) presenta a Favorino, el filósofo elocuente, demostrando esto ampliamente: «que existe la misma virtud y las mismas propiedades en la leche y en el semen, y no sólo en los hombres, sino en todas las demás criaturas». Pone el ejemplo de un cabritillo y un cordero: «si cualquiera de ellos mama de la leche del otro, el cordero de la cabra o el cabritillo de la oveja, la lana de uno será dura y el pelo del otro suave». Gerard de Cambrai (*Itinerarium Cambriae,* libro 1, cap. 2) confirma esto con un ejemplo notable que ocurrió en su tiempo: una puerca mamó por casualidad de una perra perdiguera, y cuando creció, «cazaba todo tipo de ciervos, y tan bien o incluso mejor que cualquier sabueso normal». Su conclusión es «que los hombres y los animales participan de la naturaleza y condición de la leche por la que se alimentan». Favorino lo precisa más, y demuestra más evidentemente que si una nodriza es «deforme, lasciva, deshonesta, impúdica, borracha»[1118], cruel[1119] o similar, el niño que mame de su pecho será así también. Cualquier otra de las afecciones y enfermedades mentales son casi injertadas, por así decirlo, e impresas en el temperamento del niño por medio de la leche de la nodriza; como la sífilis, la lepra, la melancolía, etc. Catón, por razones parecidas, hacía que los hijos de sus sirvientes mamaran del pecho de su mujer, porque así les querrían más a ambos, y con toda probabilidad se entenderían con ellos. No se puede dar un ejemplo más evidente de que las mentes se alteran por medio de la leche que el de Dión, que cuenta que la crueldad de Calígula[1120] no se podía imputar ni al padre ni a la madre, sino sólo a su cruel nodriza, que siempre

untaba con sangre sus pezones cuando él mamaba, lo que le convirtió en un asesino e hizo que expresara la crueldad de ella de forma espantosa. Y el de Tiberio, que era un bebedor habitual, porque su nodriza también lo era. «Si ella es necia o tonta, observa uno[1121], el niño al que amamanta será como ella o estará afectado de algún modo». Esto lo prueban totalmente Francesco Barbaro (*De re uxoria,* libro 2, capítulo último) y Antonio de Guevara (*De Marco Aurelio*, libro 2): el niño con toda seguridad recibirá una parte de ello. Para la enfermedad corporal no cabe ninguna duda. Tito, el hijo de Vespasiano, era enfermizo porque su niñera lo era también (Lampridio). Y si podemos creer a los médicos, los niños muchas veces cogen la sífilis de una mala nodriza (Botallo, *De lues venereae curandae ratione*, cap. 61). Además de la mala atención, la negligencia y muchas inconveniencias que les ocurren a las niñeras, puede acarrearle al niño mucho peligro.

Por estas razones[1122], Aristóteles (*Política,* libro 7, cap. 17), Favorino y Marco Aurelio no quieren que a un niño se le ponga nodriza ninguna, sino que cada madre críe a su propio niño, sea de la condición que sea. El que una madre sana y capaz ponga a su niño una nodriza es una «rebelión contra la naturaleza», así lo llama Guazzo[1123]; lo adecuado, por tanto, es que ella le amamante por sí misma. La madre será más cuidadosa, amorosa y diligente que cualquier sierva o que esas criaturas alquiladas. Esto lo reconoce todo el mundo: «es muy conveniente (como confiesa Rodrigo de Castro, *De natura mulierum,* libro 4, cap. 12, en muchas palabras) que la misma madre amamante a su hijo». ¿Quién niega que así debería ser? Y muchas mujeres lo observan muy cuidadosamente; entre otras, la reina de Francia (española de nacimiento) era tan precisa y celosa en este aspecto que cuando, en su ausencia, una nodriza extraña había amamantado a su hijo, no estaba tranquila hasta que había hecho que el niño lo vomitase de nuevo[1124]. Pero era demasiado celosa. Si ocurriera, como ocurre muchas veces, que haya que admitir que la madre no es apta o capaz de ser nodriza ella misma, aconsejaría a esas madres (como hacen Plutarco en su libro *De liberis educandis*[1125] y san Jerónimo, *Regimen sanitatis,* part. 2, cap. 7[1126], y el citado Rodrigo), que eligieran a una mujer sana, de buena complexión, honesta, libre de enfermedades corporales, si es posible, de todas las pasiones y perturbaciones de la mente, como la tristeza, el temor, la pena, la locura[1127], y la melancolía. Pues tales pasiones corrompen la leche, y alteran la temperatura del niño, que al ser ahora «arcilla húmeda y blanda»[1128], se moldea y pervierte fácilmente. Y si no se puede encontrar una niñera así, que sea diligente y cuidadosa para todo, aunque Favorino y Marco Aurelio aboguen cuanto puedan contra ello, yo preferiría aceptarla en algunos casos en vez de la madre misma. Ya que, como dicen el médico Bonaciolo y el político N. Biesius (*De republica,* libro 4, cap. 8), «algunas nodrizas se han de preferir con mucho a algunas madres». Pues, ¿por qué no puede ser la madre mala, una coqueta displicente y ebria, una perra irascible, colérica, una loca, necia (como lo son algunas madres), insana, al igual que la nodriza? Hay más oferta de nodrizas que de madres; y por lo tanto, a menos que la madre

sea muy virtuosa y formal, mujer de excelentes prendas y de complexión sana, yo encomendaría a todos los niños en dichos casos a extrañas discretas. Y es la única manera; pues ya que por el matrimonio se injertan enfermedades que alteran la raza en otras familias, o si hay algo inconveniente en la madre, como afirma Luis Mercado (*De morbo haereditario,* tom. 2) es un remedio excelente hacer una buena elección de la nodriza para prevenir enfermedades y males futuros, para corregir y templar la temperatura mal dispuesta que el niño ha heredado de sus padres.

Subsección II

La educación como causa de la melancolía

La educación, de entre las causas accidentales de la melancolía, puede con toda justicia ostentar el siguiente lugar, pues si un hombre se libra de una mala nodriza, puede desvirtuarse por una mala educación. Jason Pratis[1129] pone como causa principal ésta de la educación: los malos padres, madrastras, tutores, profesores demasiado rigurosos, demasiado severos, demasiado remisos o indulgentes por otro lado, son a menudo fuentes y promotores de esta enfermedad. Los padres, y los que tienen a su cargo la enseñanza y cuidado de los niños, yerran muchas veces al ser demasiado adustos y estar siempre amedrentando, regañando, gritando, azotando o pegando. Por esto, sus pobres niños se descorazonan e intimidan de tal modo que nunca después tienen valor, ni gozan de una hora feliz en su vida, ni se complacen con nada. Se ha de tener una gran moderación en estas cosas, por ser temas de gran importancia para que el niño se forme o se malogre. Algunos asustan a sus niños con mendigos, cocos y duendes si lloran o son revoltosos, pero eso es muy censurable, pues muchas veces, dice Lavater (*De spectris*, part. 1, cap. 5), «por temor caen en muchas enfermedades y gritan en sueños» y lo malo es que a veces dura toda su vida. Estas cosas no se deberían hacer en absoluto, o usarlas como último recurso y sólo en una ocasión justa. Los maestros tiránicos, impacientes, cerebros de mosquito, «secos», como los llama Quintiliano[1130], «Áyax flageladores», son en este aspecto tan malos como los verdugos y ejecutores, pues martirizan a muchos niños todo el tiempo que están en la escuela, y les dan mala dieta si se hospedan en su casa; con demasiada severidad y mal uso pervierten la temperatura de su cuerpo y mente; al estar siempre regañándoles, injuriándoles, frunciendo el ceño, azotándoles, poniéndoles tareas, espiándoles, los niños se sienten «abatidos» muchas veces, cansados de vivir, «por la excesiva severidad, se embotan y desesperan»[1131], y piensan que ninguna esclavitud en el mundo (como lo pensé yo una vez) es como la de un estudiante de gramática. «La inepcia de los profesores atormenta los ingenios de los niños», dice Erasmo, que tiemblan con su voz, con su mirada, con su llegada. San Agustín, en su primer libro de las *Confesiones* y en el capítulo noveno, llama a esta escolarización «una necesidad meticulosa», y en otro lugar, un martirio, y declara qué cruel castigo mental fue para él mismo aprender griego: «no sabía nada, y con terrores crueles y castigo, se me obligaba todos los días». Beza[1132] se queja en un caso semejante de un riguroso maestro de París, que con sus continuos bramidos y amenazas hizo que una vez casi se le ahogase el espíritu, y así hubiera sido, por cierto, de no encontrarse con un tío suyo que le sacó de esa miseria a tiempo, llevándole a su casa. Trincavelli (libro 1, consil. 16) tenía un paciente de diecinueve años, extremadamente melancólico «por exceso de estudio y por las amenazas de su tutor»[1133]. Muchos maestros son duros de corazón, y crueles con sus sirvientes, y con ello los desalientan tanto, los

atormentan tanto con discursos terribles y tratamiento duro, que se desesperan y no pueden volver en sí.

Otros, por otra parte, en el extremo opuesto, hacen el mismo daño por la excesiva negligencia: no les dan educación, ni empleo en el que ocuparles o del que vivir, no les enseñan ningún negocio, ni les ponen en el buen camino. A consecuencia de esto, sus sirvientes, hijos, estudiantes, se dejan llevar por la corriente de la ebriedad, la ociosidad, el juego, y muchos caminos tan irregulares que al final se lamentan, maldicen a sus padres y se envilecen. El exceso de indulgencia causa lo mismo: «¡qué tonta mansedumbre del padre y qué benignidad tan mala!»[1134], mientras, como Micio, con excesiva libertad y demasiada permisividad, alimentan los caracteres de sus niños, les dejan rebelarse, putañear, alborotarse, fanfarronear, y hacer lo que quieran, y luego les castigan con el ruido de los músicos.

> «¿Quiere comer, beber, perfumarse? Lo pagaré. / ¿Dinero para su amante? Lo tendrá / ¿Se le han roto las puertas? Arregladlas. ¿Su abrigo está roto? / Reparadlo. Que haga lo que quiera. / Es libre de coger, de gastar todo lo mío. / No murmuraré»[1135].

Pero, como le dijo Demea, «tu blandura será su ruina», «me parece ver el día en que se marchará y se unirá al ejército», preveo su ruina. Así los padres se equivocan a menudo, especialmente muchas madres apasionadas desvarían tanto por sus niños hasta que, como la mona de Esopo[1136], al final les aplastan hasta la muerte. «Las que alimentan sus cuerpo son las madrastras de sus almas», les miman el cuerpo hasta estropearles el alma; no dejarán que les corrijan o controlen[1137], sino que se les complazca en todo lo que hacen, de modo que, en conclusión «traen tristeza, vergüenza y pesadumbre a sus padres» (Eccl 30, 8, 9), «se vuelven traviesos, obstinados, testarudos y desobedientes»; rudos, maleducados, tercos, incorregibles y groseros. «Los aman tan locamente», dice Cardano, «que más bien parecen odiarlos, al no educarlos en la virtud, sino en la sinrazón; no en el conocimiento, sino en la agitación; no en la vida sobria y la conversación, sino en todo placer y comportamiento licencioso»[1138]. ¿Quién tiene tan poca experiencia que no sepa que lo que decía Quintiliano es verdad?: «la educación es otra manera de alterar la mente y la voluntad, y pediría a Dios» –dice– «que no estropeásemos los modales de nuestros hijos con nuestros mimos excesivos y una educación demasiado blanda, y que no debilitásemos la fuerza de sus cuerpos y sus mentes. Eso lleva a la costumbre, y la costumbre al temperamento»[1139], etc. Por estas causas Plutarco (en su libro *De liberis educandis*) y Jerónimo (*De institut. filiae*, libro 1, epist. 17, a Laeta) dan una especial responsabilidad a todos los padres y les precaven acertadamente para educar a los hijos: que no sean sometidos a tutores indiscretos, apasionados, locos o a personas ligeras, frívolas o codiciosas, y que no ahorren gastos para que sean bien educados y enseñados, al ser un tema de tan grandes consecuencias. Plutarco considera que los padres que actúan de otro modo «están más preocupados de sus zapatos que

de sus pies»[1140], que valoran su salud más que a sus hijos. Y el que, dice Cardano, «entrega su hijo a un maestro codicioso para que le instruya, o a una abadía de clausura para que simultáneamente ayune y adquiera sabiduría, no consigue sino que sea un necio instruido o un sabio enfermo»[1141].

Subsección III

Los terrores y pavores como causas de la melancolía

Cicerón, en su cuarta *Tusculana,* destaca aquellos terrores que proceden de la aprehensión por el oído o la vista de algún objeto terrible, de otros temores, al igual que Patricius (*De regis institutione,* libro 5, tit. 4). De todos los temores, son los más perniciosos y violentos y, así, repentinamente alteran toda la temperatura del cuerpo, conmueven el alma y los espíritus, golpean con una impresión tan grande que los individuos no se pueden recuperar, lo que causa una melancolía más grave y fiera, como cuenta Felix Plater (*De mentis alienatione,* cap. 3), según su experiencia, que cualquier otra causa interna; «y se imprime tan poderosamente en los espíritus, el cerebro, los humores, que si se hiciera una sangría del cuerpo, apenas se podría extraer la sangre. Este horrible tipo de melancolía» –pues así la denomina– «se le había presentado a menudo, y afecta y atemoriza normalmente a hombres y mujeres, jóvenes y ancianos de todo tipo»[1142]. Hércules de Sajonia llama a este tipo de melancolía («por agitación de los espiritus») con un nombre peculiar; procede de la agitación, el movimiento, la contracción, la dilatación de los espíritus[1143], no de ninguna destemplanza de los humores, y produce fuertes efectos. Este terror es causado usualmente, según considera Plutarco, «por un peligro inminente, cuando un objeto terrible está a mano»[1144], al verlo, oírlo o imaginarlo, «al aparecer verdaderamente[1145] o en sueños»[1146]; y muchas veces, cuanto más repentino es el accidente, más violenta es la melancolía.

> «Su alma está aterrorizada, su corazón aturdido se estremece, su hígado tembloroso palpita en las venas y duele»[1147].

El gramático Artemidoro perdió el juicio por la visión inesperada de un cocodrilo (Laurens, 7, *De melancholia*). La masacre de Lyon, en 1572, en el reinado de Carlos IX, fue tan terrible y temible que muchos se volvieron locos, algunos murieron, las mujeres en avanzado estado de gestación daban a luz antes de tiempo, generalmente aterrorizadas y horrorizadas[1148]. Muchos pierden el juicio «por la vista repentina de algún espectro o demonio, algo muy común en todas las épocas», dice Lavater (part. 1, cap. 9), como le ocurrió a Orestes ante la vista de las Furias que se le aparecieron vestidas de negro (según recoge Pausanias)[1149]. Los griegos les llaman μορμολυκεια, pues tanto aterrorizan sus almas, aunque se atemoricen por las bromas de falsos demonios:

> «como los niños que imaginan duendes en la oscuridad, y tienen tanto miedo»[1150],

son lo peor de toda su vida. Algunos se asustan por fuegos repentinos, terremotos, inundaciones o cualquier objeto triste semejante –el médico Themison cayó en una hidrofobia al ver a un enfermo de este mal (Dioscórides, libro 6, cap. 33)–, o por la vista de un monstruo o un esqueleto, se inquietan durante muchos meses después, y no pueden soportar el lugar donde ha estado un cadáver o, muchos años después, tumbarse en la cama en la que alguien había muerto. En Basilea, muchos niños pequeños iban a cortar flores en primavera a una pradera al final de la ciudad, donde un malhechor colgaba de la horca. Al verlo todos, uno por casualidad le tiró una piedra, y lo meneó; ante tal cosa, los niños atemorizados huyeron. Una, más lenta que los demás, al mirar atrás y ver que el cadáver, balanceándose, se movía hacia ella, gritó que la seguía, y estaba tan terriblemente asustada que durante muchos días no pudo descansar, comer ni dormir, no se la podía tranquilizar, sino que, melancólica, murió[1151]. En la misma ciudad, otro niño, al otro lado del Rin, vio una tumba abierta, y ante la vista del esqueleto, estaba tan afectado mentalmente que no se le podía consolar, sino que poco después murió y se le enterró a su lado[1152] (Platter, *Observationes*, libro 1). Una dama de la misma ciudad vio un cerdo abierto en canal; cuando se le abrieron las entrañas, y un olor fétido le lastimó la nariz, le disgustó mucho y no lo pudo soportar más. Un médico que estaba presente le dijo que ella era igual que ese cerdo, que estaba llena de sucios excrementos, y agravó el asunto con otros ejemplos odiosos, hasta tal punto que esta bella dama lo comprendió tan profundamente que inmediatamente empezó a vomitar, y estaba tan poderosamente destemplada corporal y mentalmente que el médico, con todas sus artes y persuasiones, durante varios meses después no pudo restablecerla a su estado de nuevo, no podía olvidarlo ni quitar el objeto de su vista *(Idem).*

Muchos no pueden soportar ver una herida abierta sin verse afectados; o ver a un hombre ejecutado o un enfermo de algún mal temible, como la posesión o la apoplejía, o a un embrujado; o si leen casualmente alguna cosa terrible[1153] o aunque sólo sea los síntomas de una enfermedad corriente, o algo que no les guste, y al instante se perturban mentalmente, horrorizados, prestos a aplicárselo a sí mismos y se inquietan mucho, como si lo hubieran visto o estuviesen ellos mismos afectados así. «Sueñan y piensan en ello constantemente». Pues se causan efectos lamentables por ver, leer u oír objetos terribles semejantes. «El cuerpo se ve muy afectado por el sentido del oído», como mantiene Plutarco[1154], ningún sentido produce mayor alteración del cuerpo y la mente. Los discursos repentinos a veces, «las noticias inesperadas –sean buenas o malas– nos afectarán tanto», como observa un filósofo[1155], «que nos quitarán el sueño y el apetito, nos turbarán y trastornarán totalmente». Que sean testigos los que han oído los rebatos trágicos, los gritos, los ruidos horribles, que se oyen muchas veces repentinamente en el silencio de la noche a causa de la irrupción de enemigos o de fuegos accidentales, etc., esos temores pánicos[1156], que a menudo hacen perder el juicio a los hombres, les despojan del sentido, el entendimiento, y todo; algunos temporalmente, otros durante toda

su vida y nunca lo recuperan. Los madianitas se asustaron muchísimo ante los soldados de Gedeón, y eso que no hicieron más que romper cada uno un cántaro[1157]; y el ejército de Aníbal fue derrotado por un pánico similar ante los muros de Roma[1158]. Augusta Livia, oyendo recitar unos pocos versos trágicos de Virgilio, «Tú serás Marcelo», etc., cayó muerta en un desmayo. Edinus, rey de Dinamarca, por un sonido repentino que oyó, «cayó con todos sus hombres en el furor» (Crantz, *Dan. hist.*, libro 5 y Alejandro de Alejandro, libro 3, cap. 5). Amatus Lusitanus tenía un paciente, que debido a las malas noticias, se volvió epiléptico (cen. 2, cura 90). Cardano (*De subtilitate rerum*, libro 18) vio a uno que perdió el juicio por confundirse con un eco.

Si un solo sentido puede causar conmociones tan violentas de la mente, ¿qué podemos pensar cuando el oído, la vista y los demás sentidos están afectados a la vez, como por los terremotos, truenos, rayos, tempestades, etc.? En Bolonia, Italia, en 1504, hubo un terremoto tan terrible hacia las once de la noche (como ha glosado para la posteridad Beroaldo, en su libro *De terrae motu*), que toda la ciudad tembló, la gente pensó que el mundo se acababa; hizo un ruido tan terrible, un olor tan detestable, que los habitantes estaban inmensamente aterrorizados, y algunos se volvieron locos. «He oído una historia extraña y digna de ser contada en las crónicas» (añade mi autor): en ese mismo momento, tenía un sirviente llamado Fulco Argelanus, un hombre valiente y correcto, tan gravemente aterrorizado por esto, que primero estuvo melancólico, después desvarió, y al fin se volvió loco y se suicidó. En Fuscinum, en Japón, «hubo tal terremoto y tal oscuridad de repente, que muchos se vieron afectados con dolores de cabeza, muchos abatidos con tristeza y melancolía. En Meacum, calles enteras y hermosos palacios se derrumbaron a la vez, y hubo un ruido tan terrible además, como un trueno, y un olor hediondo, que se les puso la carne de gallina por el temor, y les temblaba el corazón, y los hombres y animales estaban increíblemente aterrorizados. En Sacai, otra ciudad, el mismo terremoto fue tan terrible para ellos, que muchos estaban fuera de sus sentidos; y otros, tan sorprendidos por ese horrible espectáculo que no sabían lo que hacían»[1159]. Blasius, un cristiano, el informador de las noticias, estaba tan atemorizado por su parte que, aún dos meses después, apenas era el mismo, y no podía sacar de su mente el recuerdo. Muchas veces, varios años después, temblarán de nuevo ante el recuerdo o pensamiento de un objeto tan terrible[1160,] incluso durante toda su vida, si se hiciera mención de ello. Cornelius Agrippa cuenta, siguiendo a Guillaume d'Auvergne, la historia de uno que, después de una purga desagradable que le había prescrito un médico, se vio tan afectado «que ante la misma visión de la medicina se destemplaba». Aunque no hizo más que olerlo, durante mucho tiempo la caja de medicina le producía una purga; y no sólo eso, su mismo recuerdo lo provocaba. «Como los viajantes y marineros», dice Plutarco, «que cuando se les ha enarenado o arrojado en una roca, siempre después temerán no sólo esa desventura, sino todos los demás peligros».

Subsección IV

Cómo causan la melancolía los sarcasmos, calumnias, burlas amargas

Hay un viejo dicho que afirma: «un golpe con una palabra pega más que un golpe con una espada»[1161]. Muchos se irritan tanto con una calumnia, una grosería, una burla amarga, un libelo, un pasquín, una sátira, un apólogo, un epigrama, obras de teatro, o similares, como con cualquier otra desgracia. Los príncipes y potentados, que, en otras circunstancias, son felices y lo tienen todo a su disposición, seguro y disponible, «que son capaces de cometer crímenes con impunidad», se irritan gravemente con estos libelos, pasquines y sátiras; temen más a un Aretino injuriante que a un enemigo en el campo de batalla[1162], lo que hizo que la mayor parte de los príncipes de su tiempo (como cuentan algunos) «le concedieran una pensión generosa, para que no les criticase en sus sátiras»[1163]. Los dioses tienen sus Momos, Homero su Zoilo, Aquiles su Tersites, Filipo su Demades; los mismos césares de Roma eran vituperados habitualmente. Nunca faltaba en aquellos tiempos un Petronio, un Luciano, ni faltará un Rabelais, un Euformio, un Boccalini en los nuestros. Al papa Adriano VI le ofendieron tanto y le irritaron tan gravemente los pasquineros de Roma, que dio órdenes de que se demoliera y quemara la estatua[1164], que se arrojaran las cenizas al río Tíber; y lo habrían hecho inmediatamente si Lodovicus Suessanus, un compañero ingenioso, no le hubiese disuadido de lo contrario, diciéndole que las cenizas de Pasquino se convertirían en ranas en el fondo del río y croarían peor y más alto que antes[1165].

«Los poetas tienen un genio terrible», y por eso Sócrates, en Platón, aconseja a todos sus amigos «que cuiden sus reputaciones para mantener la admiración de los poetas, pues son individuos terribles, pueden honrar o deshonrar según vean motivos»[1166]. «Aquí se puede ver que el cálamo puede ser más cruel que la espada». El profeta David (Ps 123, 4) se queja de que su alma está saturada del sarcasmo de los satisfechos y el despreciode los soberbios, y «ante la voz del enemigo, etc., y su odio, se me estremece dentro el corazón, me asaltan pavores de muerte, miedo y temblor», etc. (Ps 55, 3, 4), y «el oprobio me ha roto el corazón y desfallezco» (Ps 69, 20). ¿Quién no tiene una causa semejante para quejarse, y no está tan afectado por haber caído en la boca de esos hombres? Pues hay muchos con un resentimiento tan desvergonzado[1167], y tienen la figura del sarcasmo tan a menudo en la boca, son tan amargos, tan necios, como apunta sobre ellos Baltasar de Castiglione, que «no pueden hablar, sino que deben morder»[1168]. Prefieren perder un amigo a una burla; y en cualquier compañía en la que estén, estarán burlándose, insultando a sus inferiores, especialmente a los que dependen de ellos de cualquier forma; estarán

mofándose, abusando o poniendo engaños a unos u otros hasta que hayan hecho con su humorada o treta «de un necio un loco»[1169], un estúpido o un papanatas, y todo para hacerse felices a sí mismos:

> «Por provocar una risa, no respeta a un amigo»[1170].

Amigos, neutros, enemigos, son todo uno; su entretenimiento es hacer de un necio un loco, y no tienen mayor felicidad que la de mofarse y burlarse de otros. Deben hacer sacrificios al dios de la risa, como ciertos personajes de Apuleyo[1171], una vez al día, o si no ellos mismos estarán melancólicos. No les preocupa cómo molestan y maltratan a los demás: así pueden divertirse. Realmente, sus agudezas les sirven para ese único propósito, entretenerse, romper en una broma grosera, que es «el fruto insignificante del ingenio», como sostiene Cicerón[1172], y por esto se les aplaude a menudo, aunque el resto de sus discursos son secos y estériles como la paja, obtusos y pesados, pues aquí está su genio, sólo en esto sobresalen, se complacen a sí mismos y a otros. León X, el papa burlón, como recoge Giovio en el libro cuarto de su vida, se deleitaba extraordinariamente riéndose de los tipos tontos, y engañándoles, alabando a algunos, persuadiendo a otros de esto o aquello, «de los tontos hacía tontísimos, papanatas completos, y a los que eran alocados, totalmente locos antes de dejarlos». Sobre eso relata Giovio un ejemplo memorable, de Tarascomus de Parma, un músico que estaba tan consentido por León X y Bibbiena, su segundo en este oficio, que pensó que era un hombre de habilidad excelente (y era realmente un pelele): «le hacían componer canciones estúpidas e inventar nuevos preceptos ridículos, que alababan mucho», hasta el punto de atarle el brazo con que tocaba el laúd para hacer que tocase un toque más dulce, y «quitar los tapices para que la voz fuera más clara debido a la resonancia de la pared». Del mismo modo, persuadieron a un tal Baraballius, de Caieta, de que era tan buen poeta como Petrarca, querían que se le hiciese poeta laureado, e invitaron a todos sus amigos a su toma de posesión. El pobre hombre estaba tan convencido con la idea de que su poesía era excelente que cuando algunos de sus mejores amigos le hablaron de su necedad se enfadó mucho con ellos y les dijo que «envidiaban su honor y prosperidad»; era extraño (dice Giovio) ver a un anciano de sesenta años, un anciano venerable y serio, tan engañado. Pero, ¿qué no pueden hacer estos burladores, especialmente si encuentran una criatura dúctil sobre la que puedan actuar?

No hay, a decir verdad, nadie tan sabio o tan discreto que no sea embromado de esta forma, especialmente si algún genio excelente se pone ante él. El que enloquece a otros, si se le burla, se volvería igual de loco, igual de apesadumbrado y atormentado; podría gritar con el de la comedia «¡Por Júpiter!, me estás volviendo loco». Pues todo está en cómo se lo tome: si es un alma estúpida, y no se da cuenta, está bien, puede hacer felizmente que otros se entretengan y no molestarse ni un ápice él mismo; pero si fuera receloso de su necedad, y se lo tomara a pecho, entonces le atormentaría más que un látigo. Una

burla amarga, una infamia, una calumnia, penetra más que cualquier pérdida, peligro, dolor corporal, o injuria, sea la que sea; «vuela suavemente», como dice Bernardo de una flecha, «pero hiere gravemente», especialmente si procede de una lengua virulenta. «Corta (dice David) como una espada de doble filo, disparan palabras amargas como flechas» (Ps 64, 3); «y ellos aplastan con sus lenguas» (Jr 18, 18), y de forma tan dura que dejan una herida incurable detrás de ellos. Muchos se afligen por esto, se abaten y se desaniman de tal modo que nunca se recuperarán; y entre todos los hombres vivos, los que son de hecho melancólicos o inclinados a ello, son muy sensibles (por ser suspicaces, coléricos, capaces de equivocarse) e impacientes ante una injuria de este tipo: se irritan, y así meditan continuamente sobre ello, lo que es un corrosivo perpetuo que no desaparecerá hasta que el tiempo lo consuma. Quizá los que se mofan así, sólo lo hagan por jovialidad y divertimento y mantienen que es «excelente divertirse con la locura de otro»; sin embargo, deben saber que es un pecado mortal (como sostiene Tomás)[1173] y, como denuncia el profeta David, «los que acostumbran hacerlo nunca habitarán en el tabernáculo de Dios»[1174].

Por lo tanto, tales burlas indecentes, mofas y sarcasmos, por lo dicho, no se deberían usar en absoluto, especialmente con nuestros superiores o con los que están en la miseria o angustiados de alguna manera, pues en ellos «multiplican la pena», como nota Baltasar de Castiglione[1175], «muchos se avergüenzan, muchos se irritan, se enfadan» y no hay mayor causa o ayuda para la melancolía. Martin Cromer, en el libro sexto de su *Historia,* tiene una bonita anécdota a propósito de esto, de Ladislao II, rey de Polonia, y Peter Dunnius, conde de Shrine. Habían estado cazando hasta muy tarde y se vieron obligados a albergarse en una choza pobre. Cuando se fueron a la cama, Ladislao dijo al conde en broma que su mujer se acostaba tiernamente con el Abad de Shrine; él, incapaz de contenerse, replicó, «y la tuya con Dabessus» (un joven caballero galante de la corte, a quien amaba la reina Cristina). «Estas palabras suyas irritaron tanto al príncipe» que estuvo mucho tiempo después «muy triste y melancólico», durante muchos meses; pero fue la ruina total del conde: pues cuando Cristina se enteró, le persiguió hasta la muerte. La emperatriz Sofía, mujer de Justiniano, hizo una burla amarga al eunuco Narsetes, un capitán famoso, entonces inquieto por una desgracia que había tenido recientemente; le dijo que era más apto para una rueca y para la compañía de las mujeres que para manejar una espada o para ser general del ejército. Pero le costó caro, porque le disgustó tanto que se pasó inmediatamente al enemigo, muy trastornado en sus pensamientos, y causó la rebelión de los Lombardos y de ahí procuró muchas miserias a la república. El emperador Tiberio retuvo un legado del pueblo de Roma, que su predecesor Augusto había dado recientemente, y al percatarse de que un individuo cuchicheaba al oído de un cadáver, quiso saber por qué lo hacía; el individuo replicó que quería que el alma difunta comunicase a Augusto que a los ciudadanos de Roma todavía no se les había pagado. Por esta burla amarga, el emperador hizo que se le matase inmediata-

mente y que llevase las noticias él mismo. Por esta razón, que todos los que aprueban las burlas en ciertos casos y los compañeros ingeniosos (¿pues quién no lo hace?), rían y estén alegres, «aunque Codro estalle», es loable y adecuado; sin embargo, no admitirán de ninguna manera en sus compañías a los que estén de alguna manera inclinados a esta enfermedad, «no se han de burlar de una persona atribulada»; es la precaución de Castiglione, Giovanni Pontano[1176], Galateo[1177] y todo hombre bueno.

> «Juega conmigo, pero no me hieras;
> Bromea conmigo, pero no me humilles».

La amabilidad es una virtud que está entre la rusticidad y la grosería, los dos extremos; al igual que la afabilidad está entre la adulación y la contención, no se debe exceder, sino que siempre se debe acompañar con la αβγαβεια o inocencia[1178], «que no perjudica a nadie y rechaza las ofrendas de la injuria». Aunque un hombre esté sujeto a tal burla o deshonra, aunque haya sido descuidado o haya cometido una acción sucia, sin embargo no es propio de los buenos modales o la humanidad reconvenirle o echarle en cara su error, o burlarse de él; hay un viejo axioma que dice: «todo reproche a un reo es torpe». No hablo de los que normalmente censuran el vicio, Barclay, Gentilis, Erasmo, Agrippa, Frischartus, etc., los varronistas y Lucianos de nuestra época, satiristas, epigramatarios, comediantes, apologistas, etc., sino de los que, imitándoles, injurian, se burlan, calumnian, critican dando nombres, u ofenden a alguien en público.

> «El que ríe con estúpida procacidad, no es Sestio, sino un caballo»[1179].

Esto es una payasada[1180], y tales burlas (como dijo Galateo)[1181] «no son mejores que las injurias», son burlas mordaces, burlas envenenadas, dejan clavado un aguijón tras ellas, y no se deberían usar.

> «No pongas tu pie para hacer que caiga el ciego,
> Ni molestes voluntariamente a tu hermano más débil,
> Ni hieras a los muertos con el odio amargo de tu lengua,
> Ni te regocijes con la caída de otro»[1182].

Si estas reglas se pudieran mantener, tendríamos mucha más tranquilidad y calma de las que tenemos, y menos melancolía. Sin embargo, al contrario, nos dedicamos a maltratarnos mutuamente, a ver cómo atormentar y hostigar, como dos verracos luchando, dedicando toda nuestra fuerza e ingenio, amigos y fortuna, a mortificarnos mutuamente las almas[1183]. Con lo cual, hay poco contento y caridad, y mucha virulencia, odio, malicia e intranquilidad entre nosotros.

Cómo causan la melancolía la pérdida de libertad, la esclavitud y la prisión

A este catálogo de causas bien puedo añadir la falta de libertad, la esclavitud o la prisión, que para algunos es una tortura tan grande como cualquiera de las demás. Aunque tengan todas las cosas oportunas, casas suntuosas para su uso, hermosos paseos y jardines, deliciosos cenadores, galerías, buenas viandas y comidas, y todas las cosas correspondientes, sin embargo no están contentos, porque están confinados, no pueden ir y venir a placer, no pueden tener y hacer lo que quieren, sino que viven a la mesa y a las órdenes de otro[1184]. Como ocurre con las comidas[1185], también en todo lo demás, lugares, sociedades, entretenimientos: aunque nunca los hubiese más agradables, útiles, saludables, tan buenos, sin embargo, «la saciedad odiosa de todo se apodera». Los hijos de Israel estaban cansados del maná, para ellos era tedioso vivir así, como un pájaro en una jaula o un perro en su perrera, estaban cansados de ello. Son felices, es verdad, y tienen todo, en opinión de otros, lo que puede desear un corazón, o lo que ellos mismos pueden desear, «sabían las bendiciones de las que disfrutaban»; sin embargo lo detestaban y estaban cansados del presente. «La naturaleza del hombre está siempre deseosa de novedades», variedad, placeres; y nuestras afecciones erráticas son tan irregulares en este aspecto que deben cambiar, aunque sea para peor. Los solteros se deben casar, y los casados quisieran estar solteros; no aman a sus propias esposas (aunque sean, por otro lado, bellas, sabias, virtuosas y bien cualificadas), porque son suyas. Nuestro estado presente es siempre el peor, no podemos soportar un orden de vida por mucho tiempo –«odia lo que acababa de suplicar»–, un oficio durante mucho tiempo –«el honor al principio le deleita, pero poco después no le gusta»–, un lugar durante mucho tiempo –«variable como el tiempo, en Roma echo de menos Tívoli, y en Tívoli a Roma»[1186]–; lo que buscábamos encarecidamente, ahora lo despreciamos. «Esto mata a muchos hombres (dice Séneca)[1187], el estar siempre atados a lo mismo, como un caballo a un molino, un perro a una rueda, corren alrededor, sin variaciones o novedades; su vida se vuelve odiosa, el mundo aborrecible, y lo que impide sus placeres furiosos es “¿Qué? ¿Siempre lo mismo?”» Marco Aurelio y Salomón, que tenían experiencia de los deleites y placeres mundanos, confesaron lo propio de ellos mismos: lo que más deseaban, al final resultaba tedioso, y su lujuria no se podía satisfacer nunca, todo era vanidad y pesadumbre.

Ahora bien, aunque esto podía significar para ellos la misma muerte, otro infierno, pues estaban reducidos a un solo entretenimiento, a dieta de un solo plato, atados a un solo lugar, y todo les resultaba diferente a como habrían de-

seado, sin embargo, en opinión de los demás vivían en el cielo, por ello, ¿qué miseria y descontento tendrán los que viven en esclavitud o en la prisión misma? «La esclavitud es peor que la muerte», como dijo Hermolao a Alejandro en Quinto Curcio[1188]; «todos los valientes hombres de armas (mantiene Cicerón) están afectados igual»[1189]. «Yo soy el que (dice Botero) considera la servidumbre como el extremo de la miseria»[1190]. ¿Y qué calamidades no soportan los que viven con los duros capataces, en minas de oro (como los treinta mil indios en Potosí[1191], en Perú), minas de estaño, minas de plomo, canteras, pozos de carbón, como topos bajo tierra, condenados a galeras, a monotonía perpetua, hambre y sed, sin ninguna esperanza de liberación? ¿Cómo están afectadas las mujeres de Turquía, que la mayor parte del año no salen, las damas italianas o españolas, que están enjauladas como halcones y encerradas por sus celosos maridos? ¡Cuán tedioso es para los que viven en hornos y cavas durante medio año seguido! O como en Islandia, Moscovia, o bajo el mismo Polo[1192], donde tienen seis meses de noche perpetua. Es más, ¡qué miseria y descontento soportan los que están en prisión! Carecen de las seis cosas no naturales a la vez: buen aire, buena dieta, ejercicio, compañía, sueño, descanso, tranquilidad, etc. Los que están atados con cadenas todo el día sufren hambre y (como lo describe Luciano)[1193] «deben soportar el hedor inmundo, y el ruido de las cadenas, los aullidos, los gritos lastimeros que hacen normalmente los prisioneros; esto no sólo es molesto, sino intolerable». Yacen en la suciedad entre sapos y ranas en un calabozo oscuro, en medio de su propio estiércol, con tormentos del cuerpo y del alma, como José (Ps 105, 18): «vejaron sus pies con grilletes, pasaron por su cuello las cadenas». Viven solitarios, solos, apartados de toda compañía salvo la melancolía que les roe el corazón; y, a falta de carne, deben comer el pan de la aflicción, presas de sí mismos. Bien puede el gran Arculanus poner como causa la larga prisión[1194], especialmente para los que han vivido alegremente, con toda sensualidad y lujuria, y de repente se les aparta y se les priva de todo tipo de placeres, como a Huniades, Eduardo y Ricardo II, el emperador Valeriano, Bayaceto el turco. Si es enfadoso perder a nuestros compañeros habituales y nuestro alimento durante un día o una hora, ¿qué será perderlos para siempre? Si es un placer tan grande vivir en libertad y disfrutar de la variedad de objetos que ofrece el mundo, ¿qué miseria y descontento no le sobrevendrá al que ha sido enviado de cabeza a la Inquisición Española, o al caer del cielo al infierno, o al ser confinado de repente?, ¿cómo se aturdirá, qué será de él? Robert, duque de Normandía[1195], al caer prisionero su hermano menor, Enrique I, «desde ese mismo día se consumió por la pena», dice Matthew Paris. Yugurta[1196], el generoso capitán, «traído a Roma triunfante, y hecho después prisionero, murió por la tristeza de su alma y la melancolía». Roger, obispo de Salisbury[1197], el segundo del rey Stephen (el que construyó el famoso castillo de Devizes[1198] en Wiltshire), fue tan torturado en prisión por el hambre y todas las calamidades que acompañan a tales hombres, «que no quería vivir y no podía morir»[1199], entre el temor a la muerte y los tormentos de la vida. Francisco, rey de Francia, fue tomado pri-

sionero por Carlos V, y estuvo «melancólico casi hasta la muerte», dice Guicciardini, y eso en un instante. Pero esto está tan claro como el sol, y no necesita más ilustraciones.

Subsección VI

La pobreza y la necesidad como causas de la melancolía

La pobreza y la necesidad son unos contrarios tan violentos, unos invitados tan mal recibidos, tan aborrecidos por todos los hombres, que no puedo evitar hablar de ellos aparte. La pobreza, aunque sea (si se considera correctamente, para un hombre sabio, comprensivo, verdaderamente regenerado y resignado) un don divino, un estado feliz, el camino al cielo, como lo llama Crisóstomo[1200], un regalo de Dios, la madre de la modestia, que se debe preferir con mucho a las riquezas (como se demostrará en su lugar)[1201]; sin embargo, según se considera en la opinión de todo el mundo, es un oficio muy odioso, vil e infame, una severa tortura, una carga ciertamente intolerable. La rehuimos[1202], «es peor que un perro o una serpiente», aborrecemos su mismo nombre –«se huye de la pobreza y se la excluye en todo el mundo»[1203]– como fuente de todas las demás miserias, preocupaciones, pesares, fatigas y perjuicios cualesquiera. Para evitarla, nos afanaremos –«el mercader corre a las lejanas Indias»–, no dejaremos ningún puerto, ninguna costa, ninguna ensenada del mundo sin buscar, aunque sea a riesgo de nuestras vidas; nos zambulliremos en el fondo del mar, en las entrañas de la tierra, quinientas, seiscientas, setecientas, ochocientas, novecientas brazas de profundidad[1204], a través de las cinco zonas, en los extremos del calor y del frío; nos convertiremos en parásitos y esclavos, nos prostituiremos, juraremos y mentiremos, condenaremos nuestros cuerpos y almas, renegaremos de Dios, abjuraremos de la religión, robaremos, hurtaremos, asesinaremos, antes que soportar el yugo insufrible de la pobreza, que tanto nos tiraniza, mortifica y generalmente nos abate.

Pues examinad el mundo y veréis que se juzga a la mayor parte de los hombres de acuerdo con sus caudales, y se considera felices a los que son ricos: «en todos sitios, un hombre vale lo que tiene»[1205]. Si es posible que prospere y esté en el camino del ascenso, ¿quién sino él? En opinión general, si un hombre es rico no importa cómo lo consiga, de qué alcurnia sea, cómo está cualificado, cuán dotado de virtudes, o inclinado a la villanía; que sea un alcahuete, un codicioso, un usurero, un villano, un pagano, un bárbaro, un miserable, el tirano de Luciano[1206], «al que se puede mirar con menos seguridad que al Sol». De modo que el que es rico (y generoso además), será honrado, admirado, adorado, reverenciado, y magnificado totalmente[1207]. «El rico es honrado por su riqueza» (Eccl 10, 30). Se le amparará, «pues la riqueza multiplica los amigos» (Pr 19, 4)[1208], «tendrá muchos amigos». La felicidad mengua y crece con el dinero[1209]. Se le considerará un señor benévolo, un mecenas, un benefactor, un hombre sabio, discreto, adecuado, valeroso, afortunado, de

espíritu generoso, «el retoño de Júpiter, el polluelo de la gallina blanca», un hombre esperanzado, bueno, un hombre virtuoso, honesto. «Cuando yo te hice hijo de Juno, verdadero fruto de un aúreo parto», como dice Cicerón de Octaviano[1210], mientras fue adoptado como César y heredero aparente de tan grande monarquía, era un niño dorado[1211]. Se le atribuyen todos los honores[1212], cargos, aplausos, grandes títulos y epítetos ampulosos, «todos les dicen todo lo bueno»; los ojos de todos los hombres están sobre él, ¡Dios bendiga su buen culto, su honor! Todo el mundo habla bien de él[1213], todos se presentan ante él, le buscan y le siguen por su amor, favor y protección, para servirle; le pertenecen. Todo hombre se pone en pie ante él, como ante Temístocles en las Olimpiadas; si habla, se dice de él, como de Herodes, «es la voz de Dios, no la de un hombre». Todas las gracias, encantos, placeres, elegancias concurren en él, la dorada Fortuna le acompaña y acampa con él, y, como con los emperadores romanos, se aloja en su habitación[1214].

> «Navegará con viento seguro, y la Fortuna modulará sus decisiones»[1215].

Los días joviales, el esplendor y la magnificencia, la música dulce, las viandas exquisitas, las cosas buenas y grandes de la tierra, los buenos vestidos, los ricos atavíos, las camas suaves, las almohadas blandas están a su disposición. Todo el mundo trabaja para él, cientos de artesanos son esclavos suyos, se afanan para él, corren, cabalgan y llevan sus mensajes por él. Los teólogos –«el oráculo de Apolo está del lado de Filipo»–, abogados, médicos, filósofos, estudiosos, son suyos, están dedicados totalmente a su servicio. Todo el mundo busca su trato[1216], su parentesco, busca hermanarse con él, aunque sea un idiota, un simple, un monstruo, un bobo, «se casará con Dánae», cuando y con quien quiera, «el rey y la reina le eligen como yerno», es una excelente pareja para mi hijo, mi hija, mi sobrino, etc.[1217]«Allá donde pisa, nace una rosa», que vaya donde quiera, las trompetas suenan, las campanas repican, etc., le espera toda la felicidad, todo el mundo está deseando entretenerle. Cena con Apolo[1218] dondequiera que vaya. ¡Qué preparación se hace para su entretenimiento![1219]: pescado y aves, especias y perfumes, todo lo que el mar y la tierra pueden proveer. ¡Qué guisos, mascaradas, alegría para divertir a su persona!

> «Dalo a Trebio, sírveselo a Trebio, ¿te apetece este lomo, hermano?»[1220].

¿Qué plato comerá vuestra merced?

> «Manzanas dulces, y cualquier cosa que provea la tierra, antes que ofrecérselo a los dioses, sírveselo a tu señor»[1221].

¿Qué entretenimiento quiere tener vuestra señoría? Cetrería, caza, pesca, volatería, toros, osos, cartas, dados, gallos, jugadores, titiriteros, violinistas, bufones, etc., están a disposición de vuestra merced. Casas hermosas, jardines, huertos, terrazas, galerías, gabinetes, paseos agradables, lugares placenteros,

están disponibles; «leche en copas de oro, vino en copas de plata, hermosas doncellas que le complacerán a su menor señal»[1222], vino, criadas, etc., un paraíso turco, un cielo en la tierra. Aunque sea un individuo estúpido y blandengue y apenas tenga sentido común, sin embargo si ha nacido con suerte (como ya he dicho) «el saber le es otorgado por derecho hereditario»[1223], debe tener honor y oficio en el curso de su vida. «Nadie es tan digno de honor como él»[1224] (Ambrosio, *Oficios*, 21); lo tendrá «y será lo que eran Servio o Labeo». Consigue dinero suficiente y mandarás reinos[1225], provincias, ejércitos, corazones, manos y afectos; tendrás papas, patriarcas que serán tus chambelanes y parásitos; tendrás (como Tamerlán) reyes que arrastren tu carruaje, reinas que sean tus lavanderas, emperadores tus escabeles, construirás más villas y ciudades que Alejandro Magno, torres de Babel, pirámides y mausoleos, etc.; mandarás en el cielo y la tierra y dirás al mundo que es tu vasallo. «Una diadema de oro se puede comprar, el cielo se abre a la plata, un denario compra al filósofo, el dinero controla la justicia, un óbolo alimenta a un hombre de letras, el metal compra la salud, la fortuna une a los amigos». Y por eso, no sin una buena causa, Giovanni di Bicci de Medici, el rico florentino, cuando yacía en su lecho de muerte, llamando ante él a sus hijos, Cosimo y Lorenzo, entre otros dichos sensatos, repitió esto: «aunque me esté muriendo, me hace bien pensar que os dejaré, hijos míos, sanos y ricos», pues la riqueza lo domina todo. No ocurre entre nosotros como entre los senadores lacedemonios de Licurgo, en Plutarco, que «ascendía el que más lo merecía, el que era más virtuoso y valioso del lugar; ni la rapidez, ni la fuerza, ni la riqueza, ni los amigos que tuviese en aquellos días», sino «el ser el más templado y el mejor». No tenemos aristocracia más que en el pensamiento; todo son oligarquías, donde unos pocos ricos dominan, hacen lo que quieren y son privilegiadas por su grandeza. Pueden pecar libremente y hacer lo que quieren, nadie se atreve a acusarles, no, ni siquiera se atreven a murmurar contra ellos, no se advierte, lo pueden hacer sin riesgo; viven según sus propias leyes y por su dinero consiguen perdones, indulgencias, redimen sus almas del purgatorio y del mismo infierno; «el cofre tiene encerrado a Júpiter». Aunque sean epicúreos, ateos, libertinos, maquiavélicos (como lo son a menudo), «aunque sea perjuro, vil y cruento»[1226], pueden entrar al cielo por el ojo de una aguja, si quieren, se les puede canonizar como santos, se les enterrará con honores en mausoleos[1227], los poetas les alabarán, se les recogerá en las historias, tendrán templos y estatuas erigidos en su nombre; «de sus restos nacerán violetas».

Si es generoso durante su vida y liberal en su muerte, tendrá a uno que jure, como hizo uno con el emperador Claudio en Tácito, que ha visto que su alma iba al cielo, y se le llorará tristemente en su funeral. «Los colegios de las cortesanas», etc.[1228] «Topanta, la mujer de Trimalción» en Petronio, «fue derecha al cielo» (era una moza vil, «aunque estuvieses en la miseria, habrías rechazado un sólo penique que viniese de ella»[1229]) ¿y por qué?: porque «midió su dinero con un modio». Estas prerrogativas no les corresponden normalmente a los ricos, sino a los que en su mayor parte aparentan ser ricos: si tiene

un buen exterior[1230] y lo mantiene, se le adorará como a un dios, como a Ciro entre los persas[1231], «por sus alegres vestidos». Actualmente se considera a la mayoría de los hombres de acuerdo con su ropa; en nuestros estúpidos tiempos, aquel a quien quizá cederías el puesto con modestia, engañado por sus atuendos, y suponiendo que es un hombre muy respetable, creedlo, si examináseis sus bienes, posiblemente se probaría que es sirviente de poca importancia, el sastre de mi señora, el barbero de su señoría o algún impostor semejante, un *Fastidious Brisk*, un *Sir Petronel Flash*[1232], mera apariencia. Sólo se le da este honor, que dondequiera que va, puede pedir lo que quiera y tener un rango debido a su hábito externo.

Pero, por el contrario, si fuera pobre «todos sus días son malos» (Pr 15, 15), vive en chamizos, se siente abatido, rechazado y abandonado, pobre de bolsillo y pobre de espíritu; «según nos ocurren las cosas, así se encuentra el ánimo»[1233]; el dinero da la vida y el alma[1234]. Aunque sea honesto, docto, sabio, meritorio, noble de nacimiento y de excelentes cualidades; sin embargo, en tanto en cuanto sea pobre, es incapaz de subir, de llegar a algún honor, oficio o buenos recursos: se le desprecia, descuida, «su sabiduría es vana, muere de hambre entre las letras, es un amigo molesto». «Si habla, ¿qué charlatán es éste?»[1235] (Eccl), su nobleza sin riqueza es «más vil que un alga en la playa»[1236], y no se le estima. «Somos pollos viles nacidos de huevos desdichados». Si hemos sido pobres una vez, nos metamorfoseamos en un instante en esclavos ruines, villanos y ganapanes viles; pues ser pobre es ser un bribón, un necio, un infeliz, un perverso, un tipo odioso, un mal de ojo habitual; di pobre y dices todo[1237]. Nacen para trabajar, para la miseria, para llevar cargas como jumentos, para «comer estiércol», como los compañeros de Ulises y, como objetaba Crémilo en Aristófanes, «para lamer sal»[1238], para vaciar retretes, empalmar canales, sacar la basura y limpiar estercoleros, deshollinar chimeneas, fregar pezuñas de caballos, etc.[1239] No digo nada de los esclavos de las galeras de los turcos, que se compran y venden como jumentos[1240], o los negros africanos[1241], «que sucumben a diario en la orilla del camino por sus cargas, pues hacen el trabajo de bueyes y asnos entre nosotros», etc., «y lo mismo los pobres indios», etc. Son feos a la vista, y aunque antes se ataviaban con esmero, ahora están herrumbrosos y escuálidos porque son pobres; «a la suerte sucia le sigue normalmente una vida sucia»[1242], así ocurre normalmente.

«Otros comen para vivir, pero viven para afanarse»[1243], por «una constitución servil que no se atreve a rehusar ninguna tarea»[1244]. «Sirrah, sopla el viento sobre nosotros mientras lavamos»[1245] y dile a tu compañero que despierte pronto en la mañana; sea esto bueno o malo, correrá cincuenta millas a pie mañana para llevarle una carta a mi dama. «Sosias se quedará» en casa y molerá la malta durante todo el día, Tristán trillará. Así se les manda, al ser algunos como escabeles para que los pisen los hombres grandes, bloques para que suban a caballo, o como «muros para que orinen». Son normalmente gente así, brutos, tontos, idiotas supersticiosos, sucios, inmundos, piojosos, pobres, afligidos, servilmente humildes, y, como observa Leo Afer sobre la comunidad de

África[1246], «villanos por naturaleza, y no más considerados que los perros»; «llevan una vida mísera, laboriosa, calamitosa, indigente e infeliz. Son más ignorantes que asnos, hasta el punto que dirías que nacen de la fuente de los brutos». No hay entre ellos sabiduría, conocimiento, civismo, apenas sentido común, nada más que barbarie. «Van, como los pícaros y los vagabundos, descalzos y sin medias», y las plantas de sus pies son tan duras como pezuñas de caballos, como observó Radziwill en Damieta, en Egipto[1247]; llevan una vida laboriosa, miserable, desdichada, infeliz, «como animales y jumentos, si no peor»[1248] (pues un español en Yucatán[1249] vendió a tres niños indios por un queso, y cien esclavos negros por un caballo). Su discurso es una grosería, su mayor bien es un jarro de cerveza. No hay ninguna esclavitud que no padezcan estos villanos, «entre ellos, la mayoría evacuan las letrinas, otros se ocupan de la cocina, otros de los establos, de los urinarios, y realizan cosas semejantes», etc., como la gente que habita en los Alpes[1250]. Son «deshollinadores, renteros de retretes, embadurnadores de suciedad, pícaros vagabundos», trabajan duro, algunos, y sin embargo no pueden conseguir ropa que ponerse o pan para comer. Pues ¿qué más puede dar la sucia pobreza sino la mendicidad, el desaliño indecente, la inmundicia, el desprecio, el atareamiento, la fatiga, la fealdad, el hambre y la sed[1251]? «Pulgas y piojos en cantidad», como bien siguió uno[1252] en Aristófanes, «harapos como ropa y una piedra como almohada», «se sienta en un jarro roto, o sobre una piedra como silla», «consume ramos de malva en vez de panes», bebe agua, y vive de hojas de plantas, de legumbres, como un puerco, o de migajas como un perro. «Puesto que vivimos como pobres hoy en día, ¿quién no considerará nuestra vida como infelicidad, miseria y locura?»[1253].

Si fueran de una condición un poco mejor que la de esos villanos bajunos, mendigos muertos de hambre, pícaros vagabundos, esclavos comunes y ganapanes trabajadores a jornal; pero están tan oprimidos habitualmente por los oficiales por romper las leyes[1254], y los tiránicos dueños de las tierras, están tan desollados y despojados por las perpetuas exacciones[1255], que aunque se afanan, lo pasan mal y matan de hambre a su ingenio, no pueden vivir en algunos países[1256], porque lo que tienen se les quita inmediatamente. Los mismos cuidados que se toman para vivir, para ser ganapanes, para mantener a sus pobres familias, sus problemas y ansiedades, «les quitan el sueño» (Eccl 31, 1), les hacen estar cansados de vivir. Cuando se han preocupado de todo, han hecho sus mayores y más honestos esfuerzos, si se quedan atrás por una enfermedad o la vejez les sorprende, nadie les compadece; duros de corazón y desalmados como son, sin caridad, les dejan así de angustiados que mendiguen, roben, murmuren y se rebelen, o si no que mueran de hambre[1257]. El sentimiento y el temor de esta miseria llevó a los antiguos romanos, a los que pacificó Menenio Agrippa, a enfrentarse con sus gobernadores: los proscritos y rebeldes en la mayor parte de los lugares se han alzado en sedición armada, y en todas las épocas ha causado tumultos, murmullos, sediciones, rebeliones, robos, motines, riñas y contiendas en todas las repúblicas: por la envidia, el

pesar, la queja, el descontento de cada familia particular, por carecer de medios para vivir de acuerdo con sus profesiones, para criar a sus hijos; eso les rompe el corazón, no pueden hacerlo como quisieran. No hay peor desgracia para un *lord* que llevar la vida de un simple caballero, para un noble la de un hacendado, no poder vivir como requieren su nacimiento y posición. La pobreza y la necesidad son normalmente corrosivos para todo tipo de hombres, especialmente para los que han vivido en un estado bueno y floreciente, y de repente se ven angustiados; nacidos nobles, criados liberalmente, y por algún desastre y casualidad abatidos miserablemente[1258]. En cuanto al resto, al igual que tienen fortunas humildes, así tienen de humildes las mentes en correspondencia, como escarabajos nacidos en el estiércol, deleitándose en el estiércol, «como si hubieran nacido y se hubiesen criado de manera oscura», de modo que se deleitan en la obscenidad; no se conmueven en absoluto por ello. «Sus mezquinas almas hacen a su corazón mezquino». Ciertamente, no es una causa menor de sus tormentos, el que, si alguna vez llegan a estar angustiados, sus compañeros les abandonen, la mayoría de ellos les olvida, se les deja a su destino; tan pobre como se le dejó a Terencio[1259] en Roma por parte de Escipión, Lelio y Furio, sus grandes amigos nobles.

> «Le fueron tan poco útiles que no tenía apenas dinero para pagar el alojamiento».

Ocurre así generalmente, «si los tiempos están nublados, estarás solo», se abandonará a la intemperie y sin comodidades. «A quien ha perdido su dinero, no acudirá ningún amigo», todos huyen de él como de un muro putrefacto, presto a caerles sobre la cabeza. «El pobre se ve separado de sus amigos» (Pr 19, 4)[1260].

> «Mientras la fortuna me favorecía, amigos, me sonreíais; pero cuando huyó, no pude ver a un amigo»[1261].

Lo que es peor todavía, si es pobre todo el mundo le desprecia[1262], le insulta, le oprime, se burla de él, agrava su miseria.

> «Una vez que la casa ruinosa empieza a hundirse, todo el peso va hacia allá como por instinto»[1263].

Es más, son odiosos con sus propios hermanos y sus amigos más queridos. «Los hermanos del pobre le odian todos» (Pr 19, 7); «sus vecinos le odian»[1264]. Como se quejaba uno en la comedia, «amigos y extraños, todos me abandonan»[1265]. Lo que es más grave, «la pobreza hace a los hombres ridículos», deben soportar burlas[1266], vituperios, escarnios, golpes de sus superiores, y tomando todo con buen ánimo para conseguir la carne de una comida. «La pobreza es un gran oprobio, hace que se sufra y se haga cualquier cosa»[1267]. Deben convertirse en parásitos, bufones, necios («hay que hacerse el loco con los delirantes», dice Eurípides)[1268], esclavos, villanos, ganapanes para conse-

guir una pobre subsistencia, y adaptarse al carácter de cada hombre, persuadir y agradar, etc., y ser abofeteado cuando haya hecho todo eso, como hizo Melantio con Ulises en Homero[1269]: ser ultrajado, defraudado, insultado, pues «se ha de soportar la necedad de los grandes»[1270], y no puede siquiera murmurar contra ello. Se debe convertir en pícaro y villano, pues, como dice el refrán, «sólo la pobreza hace a los hombres ladrones», rebeldes, criminales, traidores, asesinos («por amor a la ganancia han pecado muchos», Ecl 17, 1), les hace jurar y abjurar, mantener falso testimonio, mentir, disimular, cualquier cosa, como digo, para medrar y aliviar sus necesidades. La pobreza «es maestra de la culpa y del crimen»[1271]; cuando a un hombre se le conduce a estos extremos, ¿qué no hará?,

> «Si la fortuna hizo a Simón tacaño, la mala fortuna le hará vano y mentiroso».

Traicionará a su padre, príncipe, país, se convertirá en turco, abandonará la religión, abjurará de Dios y de todo. «Ninguna traición es tan horrenda como la que causa el lucro (dice Leo Afer[1272]): niégate a perpetrarla. Platón, por tanto, llama a la pobreza «rapaz, sacrílega, sucia, malvada y dañina»[1273], y no sin razón. Pues hace que muchos hombres que habrían sido justos si no hubieran estado en necesidad, se dejen sobornar, que sean corruptos, que actúen en contra de su conciencia, que vendan su lengua, su corazón, su mano, etc., que sean ruines, duros, inmisericordes, incivilizados, que usen medios retorcidos para evitar su estado presente. Hace que los príncipes extorsionen a sus súbditos, que los grandes hombres tiranicen, que los propietarios opriman; hace a la justicia mercenaria, a los abogados buitres, a los médicos arpías, a los amigos inoportunos, a los mercaderes mentirosos, a los hombres honestos ladrones, a los devotos asesinos; hace que los grandes hombres prostituyan a sus mujeres, hijas y a sí mismos, que la clase media esté descontenta, que la clase baja se amotine, que todos envidien, murmuren y se quejen. Es una gran tentación para toda malicia; obliga a algunos infelices miserables a simular diversas enfermedades, a desmembrarse, a causarse a sí mismos la ceguera o la cojera para tener una causa más plausible de mendigar, y pierden sus miembros para cubrir sus necesidades actuales. J. Damhonder, un abogado de Brujas, (*Praxi rerum criminalium*, cap. 11.2), tiene algunos ejemplos notables de tales enfermos simulados, y casi todo pueblo tendrá abundantes testimonios entre nosotros; tenemos falsos sordos, falsos lunáticos, etc. Y cuál no será la dimensión de la miseria, que les fuerza, por la angustia y el cansancio de la vida, a suicidarse. Preferirían que les colgasen, ahogasen, etc., antes de vivir sin medios.

> «Es mucho mejor romperte el cuello / o ahogarte en el mar, que sufrir la fastidiosa pobreza; / ve y suicídate»[1274].

Un antiguo sibarita, según encuentro escrito en Ateneo[1275], cenando en las fiditias[1276] en Esparta, y observando sus viandas duras, dijo que no era ninguna maravilla que los lacedemonios fueran hombres valientes; «por su parte,

preferiría correr hacia la punta de una espada (como lo haría cualquiera en su sano juicio), a vivir con una dieta tan humilde, o llevar una vida tan infeliz». En Japón[1277] es común ahogar a los hijos si son pobres, o hacer un aborto, como recomienda Aristóteles. En la república civil de China, la madre estrangula a su hijo si no es capaz de criarlo, y prefiere perderlo a venderlo o hacer que sufra la miseria que sufren los hombres pobres[1278]. Arnobio (*Adversus gentes,* libro 7) y Lactancio (libro 5, cap. 9) achacan lo mismo a los antiguos griegos y romanos: «exponían a sus hijos a los animales salvajes, les estrangulaban, o les golpeaban la cabeza contra una piedra en tales casos». Si podemos dar crédito a Munster[1279], entre nosotros los cristianos en Lituania, se emancipan y se venden voluntariamente a sí mismos, a sus mujeres e hijos para los hombres ricos, para evitar el hambre y la mendicidad; muchos se suicidan en este caso[1280]. El romano Apicio, cuando calculó sus cuentas, y encontró que le faltaban cien mil coronas, se mató por temor a poder morir de hambre. P. Forest (en sus *Observationes Medicae*), tiene un ejemplo memorable de dos hermanos de Lovaina que, estando faltos de medios, se volvieron melancólicos los dos y con un humor malcontento se mataron atrozmente; otro de un mercader que había sido docto, sabio y discreto, pero, por una profunda aprehensión que tenía de pérdidas en los mares, estaba convencido, como Ventidio en el poeta[1281], de que moriría como un mendigo. En una palabra, puedo concluir de los pobres, que aunque tengan buenas prendas, no pueden mostrarlas o hacer uso de ellas[1282]: «el camino de la pobreza a la virtud está cerrado»[1283], es difícil que un pobre suba:

> «Es difícil que ascienda a una eminencia el que está obstaculizado por su pobreza»[1284].

«La sabiduría del pobre se desprecia, y sus palabras no se escuchan» (Eccl. 9, 16). Sus palabras se rechazan, se desconsideran, por la vileza y oscuridad del autor; aunque sean loables y buenas en sí mismos, no se les tomará por tales.

> «No pueden gustar ni vivir mucho tiempo los versos que escriben los bebedores de agua»

Los pobres no pueden gustar, se difaman sus acciones, consejos, consultas, proyectos, en la opinión de todo el mundo, «su consejo no se acompaña de dinero», como observó hace tiempo Gnatho. «Un sabio nunca ha remendado sus zapatos», como dijo uno[1285] antiguamente, ¿pero cómo lo prueba? Estoy seguro de que en nuestros días lo encontramos diferente, «la elocuencia tirita dentro de harapos miserables»[1286]. El mismo Homero debía mendigar si necesitaba dinero, y, según se dice, a veces lo hizo, «iba de puerta en puerta y cantaba baladas, con la compañía de los niños a su alrededor»[1287]. Esta su miseria habitual les debe distraer necesariamente, hacerles descontentos y melancólicos, como normalmente están, indóciles, malhumorados, como un viajero can-

sado, pues «el hambre y las dificultades estancan la bilis en las narices», siempre murmurando y quejándose. «Por la pobreza están de mal humor», como cita Plutarco siguiendo a Eurípides, y lo secunda el poeta cómico:

> «Todos los que son de corta fortuna, no sé por qué, son más suspicaces. Todo lo toman por afrenta, y como pueden poco, piensan que todo el mundo los desprecia»[1288].

Si están en la adversidad, son más suspicaces y propensos al error, piensan que se les desprecia debido a su miseria. Y por ello, muchos espíritus generosos, en tales casos, se apartan de toda compañía, como se dice que hizo el comediante Terencio[1289], cuando se dio cuenta de que estaba desamparado y pobre, se desterró voluntariamente a Estínfalo, una ciudad humilde de Arcadia, y allí murió miserablemente.

> «Al verse reducido a la pobreza, se apartó de la vista de todos los hombres a los confines de Grecia».

No es injustificado, puesto que a menudo vemos que los hombres son respetados por sus bienes («todo el mundo pregunta si un hombre es rico, nadie si es bueno»)[1290] y vilipendiados si están mal vestidos. Al orador Filopémenes se le puso a cortar madera porque estaba vestido de forma grosera[1291]. A Terencio se le puso en el lado más bajo de la mesa de Cecilio, por su apariencia grosera[1292]. A Dante, el famoso poeta italiano, debido a que sus ropas eran humildes, no se le permitía sentarse en las fiestas[1293]. Gnatho se burlaba de su antiguo amigo íntimo por su ropa: «veo a un hombre cargado de trapos y años, yo mismo le he despreciado ostensiblemente»[1294]. El rey Persio, vencido, mandó una carta a Paulo Emilio, el general romano («Perseo P. Cónsul, saluda»), pero él desdeñó enviarle una respuesta, «reprobándole por su fortuna actual»[1295], dice mi autor. Carlos el Temerario, el gran duque de Borgoña, hizo que Henry Holland, último duque de Exeter, exilado, corriera tras su caballo como un lacayo, y no le prestó ninguna atención[1296]; es una costumbre habitual del mundo[1297]. De modo que los que son pobres pueden estar con razón descontentos, melancólicos, y quejarse de su miseria presente, y todos pueden orar con Salomón[1298]: «no me des, oh Señor, pobreza ni riqueza, susténtame con un alimento que sea adecuado para mí».

Subsección VII

Una multitud de accidentes diversos que causan la melancolía: la muerte de amigos, pérdidas, etc.

En este laberinto de causas accidentales, cuantas más vueltas doy, más intricado encuentro el pasaje. «Hay muchos recovecos», y nuevas causas que como otros tantos caminos se ofrecen para ser consideradas. Investigarlas todas sería un trabajo hercúleo, y más propio de un Teseo; seguiré el hilo como estaba previsto, y sólo señalaré algunas de las más importantes.

Entre las cuales, la pérdida y muerte de amigos puede disputarse el primer lugar. «Muchos están melancólicos, como bien observa Vives[1299], tras una fiesta, una festividad, un encuentro feliz o algún entretenimiento agradable», o si están solitarios por casualidad, o si se les deja solos, o sin empleo o entretenimiento o les faltan sus compañeros habituales; otros, simplemente por la partida de amigos a los que van a ver de nuevo enseguida, lloran y gimen, y los buscan como una vaca que muge tras su ternero o un niño que asume su vuelta a la escuela después de unas vacaciones. «Tu llegada me ha reanimado tanto como me afligió tu partida» (que escribió Cicerón[1300] a Ático). Montano (consil. 132) hace mención de una compatriota que, al separarse de sus amigos y de su lugar de origen, se volvió gravemente melancólica durante muchos años; y Alejandro de Tralles de otra, igualmente afectada por la ausencia de su esposo. Ésta es una enfermedad común entre nuestras amas de casa; si algún día su marido se retrasa más de su hora acostumbrada, o rompe su horario, se ponen instantáneamente a suspirar y llorar, «o le han robado o está muerto, seguro que le ha ocurrido una u otra desgracia», no pueden comer, beber, dormir o estar tranquilas hasta que les ven de nuevo. Si la separación de los amigos, la sola ausencia, puede producir unos efectos tan violentos, ¿qué hará la muerte, cuando deben estar separados eternamente y nunca volver a encontrarse en este mundo? Es un tormento tan grave en ese momento, que les quita el apetito, el deseo de vivir, extingue todos sus placeres, causa profundos suspiros y gemidos, lágrimas, exclamaciones:

> «¡Oh, dulce fruto de la madre! ¡Oh sangre mía! ¡Oh! queridos, etc... ¡Oh, flor tierna!»,

les deja gimiendo, himplando y con muchas congojas amargas («los techos resuenan con lamentos y gemidos y alaridos femeninos»)[1301]; y con mucha frecuencia su pensamiento llega tan lejos a veces que «piensan que tienen a sus amigos muertos continuamente ante sus ojos»[1302], «venerando a esos fantasmas», como dice Conciliator, confesando que vio al fantasma de su madre presentarse ante él. «En el exceso de su miseria, creen fácilmente lo que quie-

ren»; siempre, siempre, siempre, el padre bueno, el hijo bueno, la buena esposa, el querido amigo, corren a sus mentes; «su mente está absorta con este único pensamiento», durante todo el año. Como se queja Plinio de Romanus[1303], «me parece que veo a Virginio, que oigo a Virginio, que hablo con Virginio», etc.

> «Sin ti, pobre mísero de mí, los lirios parecen negros, las rosas palidecen, el dulce jacinto no se ruboriza, el mirto y el laurel pierden sus aromas»[1304].

Los más serios y pacientes son arrastrados furiosa e inexorablemente por la pasión de la tristeza en este caso; los hombres que en otras ocasiones son discretos y valientes a menudo se olvidan de lo que son, y lloran como niños durante muchos meses seguidos, «como si quisieran ser agua»[1305] y no pudieran consolarse. ¡Se han ido, se han ido!

> «El día negro se los llevó y les sumergió en una muerte amarga».

¿Qué haré?

> «¿Quién me da fuentes de lágrimas? ¿Quién me presta gemidos, suspiros profundos suficientes para expresar mis lamentos? Mis ojos están secos, mi pecho roto en pedazos, mi pérdida es tan grande que no puedo afligirme suficientemente».

Así llora la muerte de su padre Strozzi el joven, el elegante poeta italiano, en su Epicedium; podía moderar sus pasiones en otras cuestiones (como confiesa), pero no en esto, se rinde totalmente a la tristeza:

> «No puedo soportarlo más, mi espíritu se acobarda, mi fuerza mental se ha ido, mi coraje falla».

¡Cómo se queja Quintiliano[1306] por la pérdida de su hijo, hasta la desesperación casi! Cardano llora a su único hijo en su libro *De libris propriis* y, de otra parte, en muchos otros tratados suyos. San Ambrosio lamenta la muerte de su hermano[1307]. «¿Puedo dejar de pensar en ti, o pensar en ti sin lágrimas? ¡Oh, días amargos! ¡Oh, noches de tristeza!», etc. Gregorio de Nicea, a la noble Pulceria: «¡Oh, bella, etc., flor reciente, floreciente!», etc. Alejandro, hombre de coraje totalmente invencible, tras la muerte de Hefestión, como cuenta Quinto Curcio, «estuvo tres días seguidos tirado en el suelo», obstinado en morir con él, y no quería ni comer, ni beber ni dormir. La mujer que convivía con Esdras (libro 2, cap. 10), cuando su hijo cayó muerto, «huyó al campo y no quería volver a la ciudad, sino que decidió quedarse allí, sin comer ni beber, sino lamentándose y ayunando hasta que muriese». «Raquel llora a sus hijos, y no quiere consolarse, porque ya no existen» (Mt 2, 18). Del mismo modo lamentaba el emperador Adriano a su Antonio, Hércules a Hylas, Orfeo a Eurídice, David a Absalón (¡Oh, mi querido hijo Absalón!), Agustín a su madre Mónica, Níobe a sus hijos, hasta tal punto que el poeta inventó que se

convirtió en piedra, al quedar estupefacta por el dolor extremo[1308]. Agis, «consternado con la tristeza por la muerte de su hijo, se ahogó en el mar»[1309]. Nuestros médicos modernos están llenos de ejemplos semejantes. Montano (consil. 242) tuvo una paciente afectada por esta enfermedad, debido a la muerte de su marido, durante muchos años seguidos. Trincavelli (libro 1, cap. 14) tenía otra semejante, casi desesperada por la partida de su madre, «estaba fuera de quicio y presta a suicidarse»; y en su consejo décimoquinto, cuenta la historia de uno de cincuenta años «que se desesperó por la muerte de su madre», y tras de haber sido curado por Falopio tuvo muchos años después una recaída por la muerte repentina de una hija que tenía, y no se pudo recuperar nunca más.

La furia de esta pasión es tan violenta a veces que aterroriza a reinos y ciudades enteros. La muerte de Vespasiano se lamentó lastimosamente por todo el imperio romano, dice Aurelio Víctor. Alejandro mandó que se derribaran los almenajes de las casas, que se cortaran las crines de los mulos y caballos, que se asesinara a muchos soldados rasos, para acompañar en la muerte a su querido Hefestión; esto se practica hoy en día entre los tártaros, cuando muere un gran Khan[1310] hay que asesinar a diez o veinte mil, hombres y caballos, todos juntos; y entre los indios paganos, sus mujeres y sirvientes mueren voluntariamente con ellos[1311]. En Roma se lloró tanto a León X tras su partida que, como revela Giovio[1312], «la salud la gente, toda buena compañía», la paz, la alegría y la abundancia murieron con él, «como si se enterraran en la misma tumba que León». Pues mientras vivió fue una época dorada, pero después de su muerte sucedió un tiempo de hierro[1313], guerras, plagas, desolación y descontento. Cuando murió César Augusto, dice Patérculo, «todos teníamos miedo, como si el cielo hubiese caído sobre nuestras cabezas». Budé recoge[1314] cómo, a la muerte de Luis XII, «los que hasta entonces creían tocar el cielo con los dedos, de repente, como si les hubiese golpeado algún planeta, estaban serpenteando por el suelo»:

> «Sus ánimos doloridos se conmovieron como el bosque frondoso se duele por las hojas caídas»[1315].

Parecían árboles podados. En Nancy, en Lorena, cuando Claudia Valesia, hermana del rey francés Enrique II y esposa del duque, falleció, los templos estuvieron cerrados durante cuarenta días, no había oraciones ni misas salvo en la habitación donde estaba ella; los senadores iban todos de negro, «y por espacio de doce meses se prohibió en toda la ciudad cantar o bailar»[1316].

> «Durante estos días, ¡oh, Dafne!, llevó a abrevar a los bueyes a las frescas corrientes de agua; y ni uno sólo de los animales ramoneó en la ribera ni tocó siquiera el césped»[1317].

¡Cómo se vieron afectados aquí, en Inglaterra, por nuestro Tito, «delicia del género humano», por la muerte prematura del príncipe Enrique, como si

hubiesen expirado las vidas de todos nuestros amigos más queridos con la suya! No se lamentó tanto la muerte de Scanderberg en Épiro[1318]. En una palabra, como dijo M. Paris de Eduardo I ante las noticias del nacimiento de su hijo de Eduardo de Carnarvon, que «estaba inmortalmente feliz», nosotros podemos decir lo contrario de las muertes de los amigos, estamos muchos, como las tórtolas, «eternamente afligidos» por ello.

Hay otra tristeza que surge de la pérdida de los bienes y las fortunas temporales, que nos aflige igualmente, y puede ir de la mano de la anterior. La pérdida de tiempo, pérdida del honor, oficio, del buen nombre, de trabajo, las esperanzas frustradas, podrán atormentarnos mucho; pero en mi opinión, no hay un tormento semejante o que produzca antes esta enfermedad o perjuicio como el siguiente:

> «La pérdida de dinero se llora con lágrimas verdaderas»[1319],

nos arranca lágrimas sinceras de los ojos, muchos suspiros, mucha tristeza del corazón, y a menudo provoca melancolía habitual. Guianerius (tr. 15, 5) repite esto como una causa especial: «la pérdida de amigos, y la pérdida de bienes hacen a muchos melancólicos, como he visto a menudo por la reflexión continua sobre tales cosas». La misma causa la inculca Arnau de Vilanova (*Breviarium,* libro 1, cap. 18), «por pérdida de las cosas, por perjuicio, por la muerte de los amigos», etc. Sólo la necesidad enloquecerá a un hombre, estar «sin dinero» causará una melancolía profunda y grave. Muchas personas están afectadas en este sentido como los irlandeses[1320], que si tienen una buena cimitarra, preferirían recibir un golpe en el brazo a que les estropeen el arma, perderían antes su vida que sus bienes. Y la pena que de ahí procede continúa durante mucho tiempo (dice Platter)[1321] «y aparte de cualquier predisposición, se convierte en hábito». Montano[1322] y Frisimelica curaron a un joven de veintidós años que se había vuelto melancólico por una suma de dinero que desgraciadamente había perdido. Schenk tiene otra historia semejante de un melancólico, porque se excedió y gastó sus fondos en una obra innecesaria. Roger, el rico obispo de Salisbury[1323], «despojado de sus bienes por el rey Stephen, se volvió loco por el dolor, no sabía lo que decía y hacía». No hay nada tan común como que los hombres en tales casos, por la pesadumbre, se suiciden. Un pobre hombre se iba a ahorcar (lo ha expresado elegantemente Ausonio en un bello epigrama)[1324], pero al encontrar por casualidad un jarrón con dinero, arrancó la cuerda y se fue alegremente a casa; pero el que escondió el dinero, al no encontrarlo, con ánimo disgustado se colgó con la cuerda que el otro dejó.

Tan fieros accidentes pueden producir la necesidad y la penuria. Sea por inseguridad, naufragio, fuego, saqueo, pillaje de soldados o no importa la pérdida que sea, producirá un efecto semejante, la misma desolación en provincias y ciudades que en personas concretas. Los romanos estaban miserablemente abatidos después de la batalla de Cannas, los hombres atónitos por el pánico, las mujeres necias se mesaban los cabellos y gritaban. Los húngaros,

cuando su rey Ladislao y sus soldados más valientes fueron asesinados por los turcos, hicieron «un duelo público», etc. Los venecianos, cuando sus fuerzas fueron vencidas por el rey francés Luis, y cuando los reyes francés y español, el papa, el emperador y todos conspiraron contra ellos en Cambrai, y el heraldo francés promulgó guerra abierta en el senado («Loredano, dux de Venecia», etc.) y habían perdido Padua, Brescia, Verona, Frejus, sus territorios en el continente, y ahora no les quedaba nada más que la misma ciudad de Venecia, «y se debía temer (dice Bembo[1325]) su pérdida igualmente», «estaban hundidos por la tristeza, nunca antes habían estado con un dolor tan lamentable». En el año 1572, cuando Roma fue saqueada por Carlos, condestable de Bourbon, la soldadesca hizo tal pillaje, que bellas iglesias fueron convertidas en establos, de los antiguos monumentos y libros hicieron camas de paja para caballerías, o las quemaron como paja; reliquias y valiosas pinturas fueron deterioradas, se demolieron los altares, los tapices ricos, alfombras, etc., se pisotearon en la suciedad; sus mujeres e hijas más queridas fueron estupradas por cualquier tunante vil, como la hija de Sejano por un verdugo en público, ante la vista de sus padres y de sus maridos; las hijas de los nobles, y de los ciudadanos más ricos, reservadas para las camas de los príncipes, fueron como prostitutas para cualquier soldado raso y destinadas a ser sus concubinas; los mismos senadores y cardenales fueron arrastrados por las calles, y sometidos a tormentos exquisitos, para que confesaran dónde estaba escondido su dinero; los demás fueron asesinados a montones, yacían apestando las calles; también estrellaban los niños ante los ojos de sus madres. Era una visión lamentable contemplar una ciudad tan hermosa mutilada así de repente, a los ciudadanos enviados a mendigar a Venecia, Nápoles, Ancona, etc., cuando antes vivían con todo tipo de deleites. «Aquellos palacios arrogantes, que hasta entonces se jactaban de sus cimas hasta los cielos, se hundieron tan profundo como el infierno en un instante» ¿A quién no causaría disgusto tal desgracia? El poeta Terencio se suicidó en el mar (dicen algunos) por la pérdida de sus comedias, que sufrieron un naufragio. Y cuando un pobre que ha hecho muchas comidas escasas consigue una pequeña cantidad de dinero y la pierde en un instante, o un estudioso que ha pasado muchas horas de estudio inútilmente, ha perdido sus trabajos, etc., ¿qué otra cosa les puede ocurrir? Puedo concluir con Gregorio, que «las riquezas, como el amor perdido, no nos alegran tanto con su posesión como nos atormentan con su pérdida».

Todavía puedo añadir otros accidentes próximos a la tristeza, tales como los que provoca el miedo. Pues además de los terrores que he tocado antes[1326], y muchos otros temores (que son infinitos), hay un temor supersticioso, una de las tres grandes causas de temor en Aristóteles, normalmente causada por los prodigios y accidentes funestos, que nos trastornan a muchos. «No sé qué es lo que presagia el mal a mi alma». Como si una liebre cruza el camino al salir, o si un ratón nos roe la ropa; si sangran tres gotas de la nariz, la sal cae hacia uno, una mancha negra aparece en las uñas, etc., con muchas otras, que discuten por extenso Delrío (tomo 2, libro 3, sec. 4), A. Nifo (en su libro *De augu-*

riis), Polidoro Virgilio (*De prodigiis*, libro 3), Juan de Salisbury (*Policraticus*, libro 1, cap. 13). Los supersticiosos están tan afectados que, por la misma fuerza de la imaginación, el temor y las artes del demonio, «atraen sobre su cabeza las desgracias que sospechan, y lo que temen les sobrevendrá», como predice Salomón (Pr 10, 24); e Isaías (66, 4) denuncia que «si lo pudieran olvidar y despreciar, no pasaría»[1327]. «Sus fuerzas residen en nuestra fantasía, como la gravedad de una enfermedad en los pensamientos del enfermo», aumenta y remite según se fije nuestra opinión, más o menos. «Se le castiga, dice Crato de uno tal[1328], y él mismo es la causa de ello»[1329]. «Mientras huimos de los hados, chocamos con los hados como necios»[1330]. «Lo que temía, dice Job, ha caído sobre mí».

Otro tanto se puede decir de los que están atribulados por sus fortunas o por la predicción de malos augurios. «La predicción de los males atormenta a muchos», lo dicho por los astrólogos, o hechiceros, «la ira del cielo», sea un mal suceso o la misma muerte: lo que ocurre a menudo con el permiso de Dios; «porque temen al demonio, dice Crisóstomo, por tanto Dios permite que ocurra». Severo, Adriano, Domiciano, pueden testificar otro tanto de estos temores y sospechas; Suetonio, Herodiano y el resto de los escritores cuentan historias extrañas a propósito de esto. Montano (consil. 31) tiene un ejemplo de un joven excesivamente melancólico por este motivo[1331]. Estos temores han atormentado a los hombres siempre, en todas las épocas, por culpa de oráculos mentirosos y sacerdotes tramposos. Había una fuente en Grecia, cerca del templo de Ceres en Acaya, donde se podía saber el advenimiento de tales enfermedades. O con «un espejo suspendido de un hilo», etc.[1332] Entre las rocas Cianeas, en los manantiales de Licia, estaba el oráculo de Apolo Tirxeo, «donde se predecían todas las fortunas, enfermedades, la salud, o lo que se quisiera además». Así, la gente vulgar siempre ha sido engañada con los sucesos futuros. Actualmente, «este loco temor los atormenta poderosamente en China»; como nos informa Matteo Ricci en sus comentarios sobre esos países[1333]: es de todas las naciones la más supersticiosa, y se atormentan mucho en este aspecto, confiando tanto en sus adivinadores «que el mismo miedo y la imaginación hacen que ocurra»[1334]: si predice enfermedad para tal día, en ese mismo momento estarán enfermos, «afligidos por el miedo, enferman» y muchas veces mueren como se ha predicho. Un refrán verdadero dice que «el temor a la muerte es peor que la muerte misma», y la memoria de esa triste hora, para algunos hombres afortunados y ricos, «es tan amarga como la bilis» (Eccl 41, 1). «El miedo a la muerte nos intranquiliza la vida»; no puede ocurrirle al hombre plaga peor que la de estar así de apesadumbrado. Es «una triste separación» dejar sus bienes, conseguidos con tanto trabajo, los placeres del mundo que con tanta delicia han disfrutado, a los amigos y compañeros a los que tanto han querido, todo a la vez. El filósofo Axioco fue valiente y valeroso toda su vida y dio buenos preceptos a otros «para despreciar la muerte» y contra la vanidad del mundo; pero estando presto a morir él mismo, estaba muy abatido: «¿se me apartará de esta luz?, ¿se me privará de todos estos bie-

nes?», se lamentaba como un niño, etc. Y aunque el mismo Sócrates estaba allí para consolarle: «¿dónde está tu anterior jactancia de virtudes, oh Axioco?», sin embargo él estaba muy temeroso e impaciente por la muerte, muy apesadumbrado, «con un temor e impaciencia cobardes», etc. «Oh, Cloto», exclama Megapentes, el tirano de Luciano, presto a morir, «deja que viva un poco más. Te daré trescientos talentos de oro, y además dos copas, que obtuve de Cleocrito, que valen cien talentos cada una»[1335]. «¡Ay de mí!», dice otro[1336], «qué hermosas haciendas dejaré!, ¡qué fértiles campos!, ¡qué casa tan hermosa!, ¡qué hijos tan bellos!, ¡cuántos sirvientes!, ¿quién recogerá mis uvas, mi grano?, ¿debo morir ahora, tan bien establecido; dejar todo, tan rico y tan bien surtido? Ay de mí, ¿qué haré?» «Pobre alma mía, errante y cariñosa, ¿cuál será ahora tu nueva morada?»[1337].

A estas torturas del temor y la tristeza bien se puede añadir la curiosidad, esa preocupación fastidiosa y tiránica, «una diligencia superflua sobre las cosas improductivas y sus cualidades», como la define Tomás; un ánimo incitante o un tipo de deseo de ver lo que no se debe ver, de hacer lo que no se debe hacer, de saber el secreto que no se debe saber, de comer la fruta prohibida[1338]. Normalmente nos incomodamos y nos cansamos por cosas inadecuadas e innecesarias, como se agobiaba Marta inútilmente. Sea en religión, humanidades, magia, filosofía, política, en cualquier acción o estudio, es un problema innecesario, un mero tormento. Lo mismo pasa con los estudios de Teología: ¿para qué tanto misterio?, ¡cuántas cuestiones estériles sobre la Trinidad, la resurrección, la elección, la predestinación, la reprobación, el fuego del infierno, etc., cuántos se salvarán, se condenarán! ¿Qué es toda superstición, si no una observación sin fin de ceremonias y tradiciones obsoletas? ¿Qué es la mayor parte de nuestra filosofía, si no un laberinto de opiniones, cuestiones vagas, proposiciones, términos metafísicos? Sócrates, por tanto, «mantenía que todos los filósofos son sofistas y locos», dice Eusebio[1339], porque normalmente buscan conseguir cosas «que no podemos percibir ni comprender, o suponiendo que ellos las entiendan, sin embargo son cosas totalmente inútiles». Pues, ¿qué nos importa saber lo altas que son las Pléyades, lo lejos que están de nosotros Perseo y Casiopea, lo profundo que es el mar, etc.? No somos ni más sabios, como concluye, ni más modestos, ni mejores, ni más ricos, ni más fuertes por saberlo. «Lo que está por encima de nosotros no nos concierne».

Puedo decir lo mismo de los estudios genetlíacos: ¿qué es la astrología, si no elecciones y predicciones vanas?, ¿la medicina, si no reglas y prescripciones intricadas?, ¿la filología, si no crítica vana?, ¿la lógica, si no sofismas innecesarios?, ¿la misma metafísica, si no sutilezas intricadas y abstracciones estériles?, ¿la química, si no un manojo de errores? ¿Con qué fin esos enormes tomos? ¿Por qué pasamos tantos años con sus estudios? Es mucho mejor no saber nada en absoluto –al igual que los indios bárbaros son totalmente ignorantes– que, como algunos de nosotros, estar tan dolorosamente mortificado por tonterías inútiles. «Es estúpido el trabajo de las tonterías», construir una

casa sin goznes, hacer una cuerda de arena: ¿con qué fin? «¿para qué bien?» Sigue estudiando, pero, como dijo el niño a san Agustín, cuando yo haya secado el mar, tú entenderás el misterio de la Trinidad. Hace observaciones, marca el compás y los tiempos; y como el emperador Conrado, que no quería tocar a su nueva esposa hasta que un astrólogo no le hubiese dicho una hora masculina[1340]; ¿pero con qué fortuna? Viaja a Europa, África, Asia, busca por cada esquina, mar, ciudad, montaña, golfo, ¿con qué fortuna? Mira un promontorio (decía Séneca antiguamente), una montaña, un mar, un río, y habrás visto todos.

Un alquimista gasta su fortuna para encontrar la piedra filosofal con certeza, para curar todas las enfermedades, hacer a los hombres longevos, victoriosos, afortunados, invisibles, y él mismo anda mendigando, engañado por los impostores seductores para –cosa que nunca conseguirán– hacer oro. Un historiador consume su tesoro y su tiempo para desenterrar un grupo de monedas antiguas, estatuas, rollos, edictos, manuscritos, etc., debe saber qué se hacía antiguamente en Atenas, Roma, qué alojamientos, dietas y casas tenían, y debe tener todas las noticias actuales sobre los principios (aunque nunca son tan remotas), antes que todos los demás, qué proyectos, consejos, consultas, etc., «lo que susurraba Juno al oído de Júpiter», qué se dictamina ahora sobre eso en Francia, qué en Italia; quién era ese, de dónde viene, por qué camino, a dónde va, etc. Aristóteles debía averiguar el movimiento de Euripo; Plinio debía ver necesariamente el Vesubio; pero ¿en qué les ayuda? Uno pierde los bienes, otro la vida. Pirro quería conquistar África primero y luego Asia; éste quiere ser el único monarca; un segundo, inmortal; un tercero, rico; el cuarto, mandar.

«En las ciudades, vagan las esperanzas solícitas en un gran torbellino»[1341]; corremos, nos apresuramos, nos empeñamos incansablemente; arriba temprano, a la cama tarde, luchando por conseguir aquello sin lo cual estaríamos mejor (tan zarandillos, tan entrometidos somos). Sería mucho más apropiado que estuviéramos callados, sentados y tranquilos, a nuestras anchas. Su único empeño está en las palabras, para que sean «expresiones elegantes, compuestas como teselas», sin una sílaba mal situada, para luego exponer un tema pajizo; tan poco consistente como su apariencia; seguir la moda, ser escueto y cortés, es su única ocupación; ambos con el mismo provecho. Su único deleite es construir, o se consume por conseguir pinturas curiosas, modelos y argumentos intricados; otro es totalmente ceremonioso respecto a los títulos, grados, nombramientos; un tercero es excesivamente cuidadoso con su dieta, debe tomar tales y cuales salsas exquisitas, carne aderezada de tal forma, traída de lejos, «aves de un clima extranjero», cocinadas así, etc., algo que provoque sed, algo que calme inmediatamente su sed. Así repara su apetito con un gasto extraordinario para su bolsillo y pocas veces está complacido con ninguna comida, mientras que un estómago vulgar usa todo con deleite y nunca se ve agraviado. Otro debe tener rosas en invierno, «flores fuera de tiempo», agua de nieve en verano, frutas antes de que puedan estar o de que estén normal-

mente maduras, jardines artificiales y viveros en lo alto de las casas, todo al contrario de la forma normal, intrincado y raro, o si no, no vale nada. Así, los genios ocupados, sutiles, curiosos, hacen insoportable en todas las vocaciones, comercios, acciones y empleos lo que para los entendimientos más obtusos no es ofensivo, buscando fervorosamente lo que otros desprecian con igual desdén. Así, nos atormentamos con nuestra necia curiosidad, cansamos al alma, corremos precipitadamente, por nuestra indiscreción, voluntad perversa y falta de gobierno, a muchos cuidados y preocupaciones innecesarios, gastos vanos, viajes aburridos, horas penosas; y cuando está todo hecho, «¿con qué fin?»

> «Querer no saber lo que el Gran Maestro no quiere enseñar es una ignorancia erudita»[1342].

Entre estas pasiones y accidentes fastidiosos, se puede contar el matrimonio desgraciado. Una condición de vida señalada por el mismo Dios en el paraíso, un estado honrado y feliz, y la mayor felicidad que le puede ocurrirle al hombre en este mundo, si los cónyuges pueden avenirse como deberían[1343], y vivir como vivía Séneca con su Paulina[1344]. Pero si se casan de manera desigual, o por desacuerdo, no se puede esperar mayor miseria; tener una arpía, una perra, una zorra, un necio, una furia o un demonio, no puede haber una plaga igual. «Tratar de dominarla es como agarrar un escorpión», etc. (Eccl 26, 7), y «la maldad de la mujer desfigura su semblante, prefiero convivir con un león o dragón a convivir con mujer mala» (25, 16). Giovanni Pontano (Antonio, tomo 2) ha definido sus propiedades por extenso, bajo el nombre de Euforbia[1345]. Y si no son iguales de edad, ocurre el mismo perjuicio. Cecilio, en Aulo Gelio (libro 2, cap. 23), se queja mucho de una esposa anciana, «mientras suspiro por su muerte, vivo como un muerto viviente entre los vivos». O si les disgusta por algún motivo:

> «Consideran los que están casados desgraciadamente lo que está por venir en una cama odiada»[1346].

Las mismas inconveniencias les ocurren a las mujeres:

> «Oh, padres duros de corazón, lamentad ambos mi destino, si me mato o me cuelgo, para aliviar mi estado»[1347].

Una joven noble en Basilea, dice Felix Platter (*Observationes*, libro 1), estaba casada contra su voluntad con un hombre anciano contra su voluntad, al que no podía tener afecto; estaba continuamente melancólica, y se consumió de pena. Y aunque su esposo hizo todo lo que pudo para darle contento, ella, con ánimo descontento, al fin se ahorcó. Cuenta muchas otras historias de este tipo. Así los hombres se atormentan con las mujeres y ellas con los hombres, cuando son de diferentes ánimos y condiciones: él, un manirroto, ella ahorrativa; uno honesto, el otro deshonesto, etc. Los padres muchas veces atormentan a sus hijos, y ellos a sus padres. «Un hijo necio entristece a su

madre»[1348]. Una madrastra a menudo mortifica a toda una familia, es motivo de arrepentimiento, ejercicio de paciencia, aliciente de disensión, lo que hizo que el hijo de Catón reprochara a su padre que por qué debería ofrecer el matrimonio a la hermana de su cliente Salonio, una criada joven, ¿qué ofensa había cometido para que se casara de nuevo?

Los amigos ariscos, violentos, los malos vecinos, los malos criados, las deudas y los pleitos, etc. La sentencia de Chilon decía: «la miseria y la usura normalmente actúan juntas»; la seguridad es la ruina de muchas familias, «avala a alguien, y la ruina está presta», «se busca el mal quien avala al desconocido» (Pr 11, 15) y «quien no es amigo de chocar la mano está seguro». La discordia, el alboroto, los pleitos, las disputas de los vecinos y amigos, «la discordia necia» (Virgilio, *Eneida*, 6) son iguales que las primeras, afligen a muchos y les atormentan el alma. «No hay nada tan miserable (como sostiene Botero[1349]), como esos hombres llenos de preocupaciones, penas, ansiedades, como si estuvieran heridos por una afilada espada; el temor, la sospecha, la desesperación y la tristeza son sus compañeros ordinarios». A nuestros galeses los distinguen algunos de sus propios escritores[1350] por consumirse mutuamente de esta manera; pero sean quienes sean los que así hagan, éstos son sus síntomas habituales, especialmente si son convictos o vencidos, o se les ha ganado en un pleito. Ario, expulsado de un obispado por Eustacio, se convirtió en hereje, y vivió después descontento toda su vida. Todo rechazo es de naturaleza similar, «Oh, cuánta esperanza he perdido». La desgracia, la infamia, la calumnia, tendrán casi el mismo efecto, y eso durante mucho tiempo después. Hiponax, poeta satírico, vilipendió y censuró tanto a dos pintores en sus yambos, dice Plinio[1351], «que los dos se ahorcaron». Todas las oposiciones, peligros, perplejidades, descontentos por vivir en cualquier incertidumbre, son del mismo tipo[1352]. «¿Puedes dormir con tantos problemas?» ¿Quién puede estar seguro en esos casos? Los beneficios mal empleados, la ingratitud, los amigos desagradecidos, inquietan y molestan mucho a algunos. Las palabras desagradables molestan a muchos, un comportamiento grosero o las respuestas tenaces, y a las mujeres débiles más que al resto; si proceden de sus rudos maridos, son tan amargos como la hiel, y no se pueden digerir[1353]. La mujer de un vidriero de Basilea se volvió melancólica porque su marido dijo que se casaría de nuevo si ella moría. «Sin omitir la malignidad», como dice el refrán; una mala cara, una frase dura, una falta de respeto, una ceja fruncida o una mala mirada, especialmente en los cortesanos o los que atienden a los grandes, supone la muerte inmediata; «suben y bajan con los favores de sus señores». Algunos pierden la cabeza si casualmente se exceden en sus palabras habituales o en sus acciones, que pueden volverse luego en su detrimento o desgracia, o descubrir algún secreto. Ronseus (*Epist. miscel.* 3) habla de una mujer de veinticinco años que pecó suciamente con una de sus comadres y se la reconvino con una enfermedad secreta (no importa cuál) en público, y estuvo tan aquejada con ella que desde entonces «se apartaba de toda compañía, muy abatida, y se consumió melancólica». Otros se atormentan igual al verse recha-

zados, despreciados, burlados, incapacitados, difamados, calumniados, infravalorados, o «postergados por sus compañeros»[1354]. Luciano presenta a Hetemocles, un filósofo, en su *Lapith. Convivio,* muy descontento porque no se le invitó con los demás, debatiendo el tema con su anfitrión Aristeneto en una larga carta. Paetextato, un caballero togado en Plutarco, no quería sentarse en una fiesta porque no se podía sentar en el lugar más alto, y se fue todo acalorado. Vemos las riñas normales que son habituales entre nosotros, por ceder la acera, la superioridad y cosas semejantes, que aunque son tonterías de por sí, y cosas sin importancia, sin embargo causan muchas destemplanzas, muchos celos entre nosotros. No hay nada que penetre más profundamente que un desprecio o una desgracia; especialmente a quienes son espíritus generosos, casi no hay nada que les afecte más que ser despreciados, o vilipendiados. Crato (consil. 16, libro 2) lo ejemplifica y la experiencia habitual nos lo confirma. Del mismo tipo es la opresión: «seguramente la opresión vuelve loco al sabio» (Ecl 7, 7); la pérdida de libertad, que hizo que Bruto arriesgase su vida, que Catón se matara y que Cicerón se quejara[1355] («mi corazón está roto, nunca miraré hacia arriba ni estaré contento otra vez»[1356]), «para algunos individuos es una pérdida intolerable». El destierro es una desgracia enorme, como lo describe Tirteo en uno de sus epigramas:

> «Es miserable vagar así,
> y como un mendigo lamentarse por todo el mundo,
> odiado, rechazado, siempre necesitado y pobre».

Polínice, en su conversación con Yocasta en Eurípides[1357], cuenta las cinco desgracias de un desterrado, siendo la menor de ellas solamente suficiente para abatir a cualquier pusilánime. A menudo, un sentimiento excesivo de nuestras propias enfermedades o imperfecciones corporales o mentales nos puede apenar; como cuando estamos enfermos durante mucho tiempo:

> «¡Oh, bendita salud! Cuando estás con nosotros, la primavera agradable florece con todas las gracias; sin ti, nadie es feliz».

¡Oh, bendita salud! «Vales más que de todo el oro y todos los tesoros!» (Eccl. 30, 15), riqueza del pobre, felicidad del rico, sin ti no puede haber felicidad. O afectado por alguna enfermedad odiosa, contagiosa para los demás o molesta para nosotros mismos, como el mal aliento, deformidad de miembros, córcova, pérdida de un ojo, pierna, mano, palidez, delgadez, enrojecimiento, calvicie, pérdida o falta de pelo, etc.; «es suficiente la pérdida del pelo para dar un fuerte golpe al corazón», dice Sinesio[1358] (que no se preocupaba «por sus propios problemas del cabello»). Acco, una anciana, al verse por casualidad la cara en un espejo de verdad (pues usaba quizá espejos falsos lisonjeros en otros tiempos, como hace la mayoría de las damas), «se volvió loca de pena» (Luigi Ricchieri, libro 17, cap. 2). Broteas, el hijo de Vulcano, puesto que era ridículo por sus imperfecciones, se arrojó al fuego[1359]. Lais de Corinto, ya

anciana, entregó su espejo a Venus, porque no podía soportar mirarse en él. «No quiero ser como soy, no puedo ser lo que era»[1360]. Normalmente, para las personas hermosas, la vejez y la ropa sucia son dos cosas muy odiosas, un tormento de tormentos, no pueden soportar ni pensar en ellas.

> «¡Oh, cualquiera de los dioses, si es que escuchas esto!: ¡ojalá, desnuda, ande errante entre leones! Antes de que una fea delgadez se apodere de mis bellas mejillas, y se escape la savia de esta tierna presa, quiero ser pasto de los tigres!»[1361]

¡Ser sucio, feo y deforme! Mucho mejor enterrarse vivo. Algunos son hermosos, pero estériles, y eso les irrita: «Ana lloraba amargamente, no comía, y estaba atormentada espiritualmente y todo por su esterilidad» (1 S 1); y Raquel decía «con el corazón angustiado, dame un hijo o moriré» (Gn 30); otra tiene demasiados; una no se ha casado, y ese es su infierno, otra sí, y esa es su calamidad. Algunos se atormentan por ser poco conocidos; otros por tener la piel oscura; otros por haber sido denigrados, calumniados, agraviados, deshonrados, envilecidos o perjudicados de algún modo. «No me asombra en absoluto (dice Terencio) que las injurias vuelvan locos a los hombres». Aristóteles reconoce hasta diecisiete causas particulares de ira y agravio, que en pro de la brevedad debo omitir. La falta de noticias atormenta a uno; a otro, los malos informes, los rumores, las malas noticias, las desventuras, la mala fortuna, la pérdida de un pleito, las esperanzas vanas, o la esperanza dilatada, la expectación, «la expectación en cualquier circunstancia es molesta», como observaba Polibio[1362]. Uno es demasiado eminente, otro demasiado plebeyo, y sólo eso le atormenta tanto como lo demás. Uno está sin acción, compañía o empleo; otro subyugado y atormentado por cuidados mundanos y ocupaciones onerosas. ¿Qué lengua puede bastar para hablar de todos?[1363]

Muchos cogen esta enfermedad por comer ciertas carnes, hierbas o raíces inadvertidamente, como beleño, solano, cicuta, mandrágora, etc. Un grupo de jóvenes en Agrigento, en Sicilia, entró en una taberna[1364], donde, después de haber tomado libremente sus licores –ya fuera el mismo vino o algo mezclado con él, todavía no se sabe–, de repente empezaron a estar tan afectados en el cerebro y su fantasía empezó a estar tan loca, que pensaron que estaban en un barco en el mar, prontos a naufragar debido a una tormenta. Por lo que, para evitar el naufragio y ahogarse, arrojaron todos los bienes de la casa por la ventana a la calle, o al mar, como suponían; así siguieron locos durante una buena temporada, y al presentarlos ante el juez para que dieran cuenta de sus hechos, le dijeron (no recuperados aún de su locura) que lo hacían por temor a la muerte y para evitar el peligro inminente. Los espectadores estaba asombrados de su insensatez y seguían mirándolos, mientras que uno de los más ancianos del grupo, con un tono grave, se excusaba ante el magistrado de rodillas, «¡Oh, tritones!, he estado en el infierno», «suplico a las divinidades», etc., porque estaba en el fondo del barco todo el tiempo. Otro les rogaba, como dioses marinos, que fueran buenos con ellos, y que si él y sus compañeros llegaban de

nuevo a tierra, construirían un altar en su honor. El magistrado no podía reírse más ante su locura, les pidió que durmieran y se fue. Muchos accidentes semejantes ocurren frecuentemente en ocasiones inesperadas. Algunos los causan los filtros, vagar bajo el sol, la mordedura de un perro loco, un golpe en la cabeza, la picadura del tipo de araña llamada tarántula, algo frecuente, si creemos a Schenk (*De venenis,* libro 6), en Calabria y Apulia (Italia), o a Cardano (*De subtilitate*, libro 9) o a Escalígero (*Exercitationes,* 185). Sus síntomas los describe acertadamente Giovanni Pontano *(Antonius),* y cómo bailan juntos y se curan por medio de la música. Cardano[1365] habla de ciertas piedras que si se llevan consigo, causarán melancolía y locura; las llama infelices, como el diamante, la selenita, etc., «que secan el cuerpo y aumentan las preocupaciones y disminuyen el sueño». Ctesias (en la *Perseida*) menciona un pozo en aquellos lugares, del cual, si alguien bebe, «ser vuelve loco durante veinticuatro horas». Algunos pierden el juicio por objetos terribles (como ya he explicado más por extenso en otro lugar)[1366] y hasta la vida misma, muchas veces, como Hipólito, atemorizado por los caballos marinos de Neptuno, Atamante por las furias de Juno; pero estos relatos son comunes en todos los escritores.

> «Muchas causas similares, muchas más podría decir, pero que queden para alimentar a mi ganado; el sol se pone y me tengo que ir»[1367].

Estas causas, si se consideran y vienen solas, lo admito fácilmente, pueden hacer poco por sí mismas, raras veces o excepcionalmente (un roble viejo no se derriba de un golpe), aunque muchas veces son suficientes cada una. Sin embargo, si concurren, como hacen a menudo, «la unión hace la fuerza, las cosas que por separado no pueden hacer daño, cuando están juntas pueden demoler una constitución fuerte»; como dijo Agustín, «muchos granos y puñados de arena hunden un barco, muchas gotas pequeñas hacen una inundación», etc., si se repiten mucho, muchas disposiciones producen un hábito.

Causas continentes, internas, antecedentes y cercanas, y cómo actúa el cuerpo sobre la mente

Como un cazador local, hasta ahora he batido alrededor del bosque de este microcosmos, y sólo he seguido las causas externas adventicias. Ahora voy a entrar en las habitaciones interiores, y estudiar a fondo las causas antecedentes inmediatas que se han de encontrar allí. Pues igual que la perturbación de la mente, entre otras causas y perturbaciones externas, altera la temperatura del cuerpo, del mismo modo la perturbación y destemplanza del cuerpo causará la destemplanza del alma, y es difícil decidir cuál de las dos causa más daño que la otra. Platón, Cipriano y otros, como he dicho antes, imputan más culpa al alma, excusando al cuerpo; otros sin embargo, acusando al cuerpo, excusan al alma como agente principal. Sus razones son que «las costumbres siguen la temperatura del cuerpo», como prueba Galeno en su libro sobre este tema, y Prosper Calano *(De atra bile)*, Jason Pratis (cap. «de mania»), Lemnio (libro 4, cap. 16) y muchos otros. Y lo que ha comentado Walter *(Hom. 10 in epist. Johannis)* es muy cierto: la concupiscencia y el pecado original, las inclinaciones y los malos humores son radicales[1368] en todos nosotros, y causan estas perturbaciones, afecciones y diversas destemplanzas y ejercen muchas veces violencia en el alma. «Todo el mundo es probado por su concupiscencia» (St 1, 14), «el espíritu es fuerte, pero la carne es débil, y se rebela contra el espíritu», como nos enseña el apóstol[1369]. En esto me parece que el alma tiene el mejor argumento contra el cuerpo, que nos inclina tan fuertemente que no podemos resistir, «nuestra fuerza no nos vale para resistir y aguantar con valentía».

Sobre cómo el cuerpo, siendo material, actúa sobre el alma inmaterial, por medio de los humores y espíritus, que participan de ambos, y de los órganos enfermos, han tratado Agrippa (*Filosofía oculta*, libro 1, cap. 63, 64, 65), Levino Lemnio (*De occulta. natura mirac.*, libro 1, cap. 12, 16 y 21, *Instit. ad opt. vit.*), Perkins (*Cases of conscience*, libro 1, cap. 12), y Timothy Bright (en su *Treatise of melancholy*, caps. 10, 11, 12). Pues al igual que la ira[1370], el temor, la tristeza, las ofensas, la emulación, etc., «si ocupan los lugares íntimos de la mente, dice Lemnio[1371], también estarán infestados los cuerpos y llevarán consigo enfermedades horribles», causando enfermedades graves en el cuerpo, del mismo modo las enfermedades corporales afectan al alma por consenso. Las causas principales proceden del corazón, de los humores, de los espíritus[1372]; según sean más puros o impuros, así es la mente y sufre igual; como en un laúd desafinado, si una cuerda o un órgano están destemplados, todo lo demás se malogra. «Oprimido aún por los excesos de ayer, el cuerpo no soporta que la men-

te descanse»[1373]. El cuerpo es la «morada del alma», su casa, su domicilio y su residencia; y al igual que una antorcha da mejor luz de acuerdo con el material del que está hecha, así nuestra alma lleva a cabo sus acciones, mejor o peor, según estén dispuestos sus órganos. O como el vino, que sabe al tonel en el que se guarda, así el alma recibe el tinte del cuerpo, a través del cual funciona. Esto lo vemos en los ancianos, los niños, los europeos, los asiáticos, en los climas calientes y fríos; los sanguíneos son alegres, los melancólicos tristes, los flemáticos insulsos, debido a la abundancia de estos humores, y no pueden resistir las pasiones que cada humor les infiere. Pues en esta enfermedad de la naturaleza humana, como declara Melanchthon, el entendimiento está tan ligado y tan cautivado por sus sentidos inferiores, que sin su ayuda no puede ejercer sus funciones; y la voluntad, al verse debilitada, no tiene más que un pequeño poder para contener a las partes externas, y sufre el ser dominada por ellas. De modo que debo concluir con Lemnio «los espíritus y los humores dañan mucho al afectar al alma»[1374]. ¿Cómo podría alguien elegir no estar colérico y enfadado, si tiene el cuerpo cargado con abundancia de humores espesos? ¿o melancólico, si está dispuesto internamente así? No se puede negar que de ahí viene entonces esta enfermedad, la locura, las apoplejías, los letargos, etc.

Este cuerpo nuestro se destempla en su mayor parte por algunas enfermedades precedentes, que molestan a sus órganos e instrumentos internos y así, en consecuencia, causan melancolía, según el consenso de los médicos más autorizados. «Este humor (como suponen Avicena, libro 3, fen. 1, tr. 4, cap. 18, Arnau de Vilanova, *Breviarium,* libro 1, cap. 18, Jacchinus, *Commentarium in 9 Rhasis,* Montalto, cap. 10, Nicholas Lepois, cap. «de melancholia», etc.) se genera por la destemplanza de alguna parte interna, innata o que queda así después de una inflamación, o si no, se introduce en la sangre después de una fiebre[1375] u otra enfermedad maligna». Esta opinión suya coincide con la de Galeno (*De locis affectis,* libro 3, cap. 6). Guianerius pone un ejemplo causado por una fiebre cuartana, y Montano (consil. 32), el de un joven de treinta y ocho años, igual de destemplado tras una cuartana que le había afectado durante cinco años seguidos. Hildesheim (*Spicilegia,* 2, «de mania») habla sobre un barón holandés, gravemente afectado por la melancolía después de una larga fiebre1376: Galeno (*Liber de atra bile,* cap. 4) considera a la peste como causa; Botallo (en su libro *De luis venereae curandae ratione,* cap. 2), el morbo gálico como causa; otros el frenesí, la epilepsia, la apoplejía, porque esas enfermedades normalmente degeneran en ésta. De la supresión de las hemorroides, las hemorragias o el sangrar de la nariz, las retenciones menstruales (aunque merecen una explicación mayor, al ser la única causa de un tipo concreto de melancolía, en doncellas mayores, monjas y viudas, estudiada aparte por Rodrigo de Castro y Mercado, como ya he señalado en otra parte) o cualquier otra evacuación detenida, ya he hablado. Sólo añadiré esto, que la melancolía causada por estas enfermedades merece ser compadecida por todos, y ser respetada con la más tierna compasión, de acuerdo con Laurens, pues viene de una causa inevitable.

Subsección II

La destemplanza de las partes concretas como causa

No hay casi ninguna parte del cuerpo que, al estar destemplada, no cause esta enfermedad, como el cerebro y sus partes, el corazón, el hígado, el bazo, la matriz o el vientre, el píloro, el costado izquierdo, el mesenterio, las venas meseraicas, y en una palabra, dice Arculano[1377], «no hay una parte del cuerpo que no cause melancolía, ya sea porque está requemada, ya porque no expulsa la abundancia de sustancia». Savonarola (*Practica major,* rubric. II, tr. 6, cap. 1) es de la misma opinión, que la melancolía se engendra en cada parte concreta; y Crato[1378] (consil. 17, libro 2). Gordon, que «vale por todos» (*Lilio de medicina,* 2, cap. 19), confirma otro tanto, poniendo la «materia de la melancolía a veces en el estómago, hígado, corazón, cerebro, bazo, costado izquierdo, hipocondrios, puesto que el humor melancólico reside ahí o el hígado no está bien limpio de sangre melancólica».

El cerebro demasiado caliente o demasiado frío es una causa habitual y frecuente, «causado por la sangre adusta», como lo considera Mercurial, «dentro o fuera de la cabeza», al estar el cerebro mismo destemplado. Son más propensos a esta enfermedad los «que tienen el corazón caliente y el cerebro húmedo», como aprueba Montalto (*De melancholia,* cap. 11), siguiendo a Alí Abbas, Al-Razí y Avicena. Mercurial (consil. 11) determina la frialdad del cerebro como causa, y Sallustio Salviano (*Medicae Lectiones,* libro 2, cap. 1) considera que surge de «una destemplanza fría y seca del cerebro». Lepois, Benedicto y Victorio Faventino, consideran que procede de «una destemplanza caliente del cerebro»[1379]; y Montalto (cap. 10), del calor del cerebro, la sangre abrasada[1380]. El cerebro siempre está destemplado en sí mismo o por consenso; por sí mismo o su propia afección, como lo llama Faventino, «o por los vapores que surgen de otras partes, y ahuman la cabeza, alterando las facultades animales».

Hildesheim (*Spicilegia,* 2, «de mania») piensa que puede estar causado por «una destemplanza del corazón; a veces caliente, a veces frío». Un hígado caliente y un estómago frío se ponen como causas habituales de melancolía; Mercurial (consil. 11 y consil. 8, consil. 86) señala el hígado caliente y el estómago frío como causas ordinarias. Monavius, en una de sus epístolas a Crato, en Scholtz[1381], es de la opinión de que la melancolía hipocondríaca puede proceder de un hígado frío; la cuestión es discutida. La mayoría está de acuerdo en que un hígado caliente es defectuoso. «El hígado es la tienda de los humores, y causa melancolía especialmente por su destemplanza caliente y seca. El estómago y las venas meseraicas a menudo cooperan debido a sus obstruccio-

nes y de ahí que su calor no se pueda evitar, y muchas veces la sustancia es tan adusta y tan inflamada en esas parte que degenera en melancolía hipocondríaca». Guianerius (cap. 2, tr. 15) sostiene que las venas meseraicas por sí solas son causas eficientes[1382]. El bazo coopera con esta enfermedad, con todos sus consensos, y la supresión de las hemorroides, si es «demasiado fría y seca[1383], dice Montalto (consil. 23), y no purga las demás partes como debiera». Montano pone «al bazo obstruido» como una gran causa. Cristóbal de Vega cuenta[1384], por lo que sabe, que ha conocido la melancolía causada por la sangre putrefacta en los cordones espermáticos y el vientre; Arculano, «de la sangre menstrual convertida en melancolía y del semen retenido demasiado tiempo» (como ya he declarado) «por putrefacción o adustión».

El mesenterio o diafragma es una causa que los griegos llaman φρενες, porque, por su inflamación, la mente se ve muy afectada por convulsiones y desvaríos[1385]. Todo esto, en su mayor parte, afecta por inflamación, corrompiendo humores y espíritus en la melancolía no-natural; pues de ellos se engendran espíritus fuliginosos y negros. Y por este motivo, Montalto (*De causis melancholiae*, cap. 10) considera que «la causa eficiente de la melancolía es la destemplanza caliente y seca, no fría y seca, como sostienen algunos, del calor del cerebro que calcina la sangre, el calor excesivo del hígado y los intestinos y la inflamación del píloro y tanto más, porque», como afirma Galeno, «todas las especias inflaman la sangre, y la soledad, la vigila, las fiebres, el estudio, la meditación y todo lo que calienta. Y, por lo tanto, concluye que la destemplanza que causa la melancolía adventicia no es fría y seca, sino caliente y seca». Pero ya he tratado suficientemente de esto en la materia de la melancolía, y sostengo que puede ser cierto en la melancolía no-natural, que es más fría y, al ser inmoderada, produce un desvarío suave. Opinión que mantiene Geraldus de Soto en su comentario de Al-Razí[1386].

Subsección III

Causas de melancolía de la cabeza

Después de un discurso aburrido sobre las causas generales de la melancolía, me vuelvo por fin a tratar brevemente las tres clases particulares, y las causas que les pertenecen propiamente. Aunque estas causas coinciden mezcladas en todos y cada uno de los tipos concretos, y normalmente producen su efecto en la parte que está más débil, enferma y menos capaz de resistir, y así, causan los tres tipos de melancolía, sin embargo muchas son particulares de un solo tipo y se encuentran pocas veces en el resto. Como por ejemplo, la melancolía de la cabeza la causa normalmente una destemplanza caliente o fría del cerebro, de acuerdo con Laurens (*De melancholia,* cap. 5), pero como discute Hércules de Sajonia[1387], de la agitación o destemplanza de los espíritus animales sólo. Salustio Salviano, antes mencionado (*De re medica,* libro 2, cap. 3), considera que procede del frío, pero yo entiendo que se refiere a la melancolía natural, como la de los que están locos y desvarían, pues, como escriben Galeno (*De pulsibus,* libro 4, 8) y Avicena, «el cerebro frío y húmedo es un compañero inseparable de la locura». Pero la melancolía adventicia a la que nos referimos aquí, la causa una destemplanza caliente y seca, como piensa Janus Damasceno, el árabe (libro 3, cap. 22)[1388], y la mayoría de los escritores. Altomari y Lepois la llaman «destemplanza innata ardiente, que convierte la sangre y la cólera en melancolía». Estas dos opiniones pueden quedar como buenas, como mantienen Bruel y Capivaccio: «si el cerebro es caliente, los espíritus animales serán calientes, y de ahí viene la locura; si son fríos, la necedad». David Crusius (*Theat. morb. Hermet.,* libro 2, cap. 6, «de atra bile») garantiza que la melancolía es una enfermedad del cerebro inflamado, pero, no obstante frío, frío de por sí, «caliente sólo por casualidad». Yo soy de la opinión de Capivaccio, por mi parte. Ahora bien, este humor, de acuerdo con Salviano, está a veces en la sustancia del cerebro, a veces se contiene en las membranas y tegumentos que recubren el cerebro, a veces en los pasos de los ventrículos del cerebro o en las venas de esos ventrículos. Resulta muchas veces «del frenesí, de enfermedades largas, fiebres, de una estancia prolongada en lugares calientes o bajo el sol, de un golpe en la cabeza», como nos informa Al-Razí[1389]. Lepois añade la soledad, la vigilia, la inflamación de la cabeza, que procede en su mayor parte del uso excesivo de especias vinos calientes, comidas picantes[1390]. Todo esto lo cuenta Montano (consil. 22) sobre un judío melancólico, y Heurne (*De mania,* cap. 12) lo repite. Los baños calientes, el ajo, las cebollas, dice Guianerius, el mal aire, corrupto, el exceso de vigilia, etc.[1391], la retención o abundancia de semen, la obstrucción de hemo-

rragias, la afección del diafragma; y de acuerdo con Alejandro de Tralles (libro 1, 16), las preocupaciones excesivas, los problemas, las penas, el descontento, el estudio, la meditación, y, en una palabra, el abuso de las seis cosas no-naturales. Hércules de Sajonia (libro 1, cap. 16) considera que viene causado por un cauterio, un hervor seco o cualquier exutorio. Amatus Lusitanus, cent. 2, cura 67, da un ejemplo de un individuo que tenía un agujero en el brazo, «después de curarle, se volvió loco, y cuando se abrió la herida se curó de nuevo». Trincavelli (consil. 13) tiene un ejemplo de un melancólico causado por excesiva exposición al sol, por el uso frecuente del acto venéreo y por el ejercicio inmoderado y, en su cons. 49, libro 3, por un yelmo muy caliente que causó melancolía de la cabeza. Prosper Calano presenta al cardenal Cesio como ejemplo de los que son melancólicos por un estudio duradero; pero los ejemplos son infinitos.

Subsección IV

Causas de la melancolía hipocondríaca o flatulenta

Al repetir estas causas, tengo que «recalentar la berza», decir otra vez lo que he dicho antes, al aplicarlo a sus tipos concretos. La melancolía hipocondríaca o flatulenta es la que los árabes llaman *«myrachial»*, y es, en mi opinión, la más grave y frecuente, aunque Bruel y Laurens la consideran menos peligrosa, y no tan difícil de conocer o curar. Sus causas son internas o externas. Internas, de diversas partes u órganos, como el diafragma, el bazo, el estómago, el hígado, el píloro, el vientre, las venas meseraicas, la retención de evacuaciones, etc. Montalto (cap. 15), siguiendo a Galeno, recita: «el calor y la obstrucción de las venas meseraicas, como causa inmediata, por medio de la cual el paso del quilo al hígado se detiene, se obstruye o se corrompe y se convierte en borborigmos y flatulencia». Montano (consil 233) tiene una demostración evidente; Trincavelli otra (libro 1, cap. 12) y Platter la tercera (*Observationes,* libro 1), de un doctor en derecho afectado por esta enfermedad, por la mencionada obstrucción y el calor de las venas meseraicas y de los intestinos: «las venas se inflaman alrededor del hígado y el estómago». A veces, las demás partes se ven afectadas y concurren en la producción de esta enfermedad: un hígado caliente y un estómago frío, o un vientre frío. Buscad ejemplos en Holler, Victor Trincavelli (consil. 35, libro 3), Hildesheim (*Spicilegia,* 2, fol. 132), Salmander (*Pro cive Lugdunensi,* consil. 9), Montano (consil. 229), para el caso del duque de Montforte en Alemania, en 1549, y Frisimelica en la consulta 233 del mencionado Montano. Julio César Claudino da un ejemplo de un estómago frío y un hígado demasiado caliente, casi en todas las consultas: cons. 89, para cierto conde, y cons. 106, para un barón polaco; debido al calor, la sangre se inflama y se envían vapores espesos al corazón y al cerebro. Mercurial lo confirma (consil. 89), «al estar afectado el estómago»[1392], que él llamó rey del vientre, porque si está destemplado todo lo demás enferma con él, al carecer de su nutrimento o al ser alimentado con sustancias nocivas, por medio de las cuales vienen las indigestiones, obstrucciones, flatulencia, borborigmos, retortijones, etc. Hércules de Sajonia, además del calor, considera como causas la debilidad del hígado y su obstrucción, que él llama el mineral de la melancolía. Laurens señala este motivo, porque el hígado demasiado caliente saca del estómago la comida indigesta y quema los humores. Montano (cons. 244) prueba que a veces el hígado frío puede ser la causa. Parece que Laurens (cap. 12), Trincavelli (libro 12, consil.) y Walter Bruel, echan más culpa al bazo, que no cumple su deber de purgar el hígado como debería, al ser demasiado grande o demasiado pequeño, al llevarle

demasiada sangre y no expulsarla, como apuntó P. Cnemander, en una de sus consultas[1393], y la llamó «la hinchazón del bazo» y fuente de la melancolía.

Diocles suponía que el fundamento de este tipo de melancolía procedía de la inflamación del píloro, que es la boca inferior del bulbo. Otros lo atribuyen al mesenterio o al diafragma destemplado por el calor, al vientre dañado, a la obstrucción de las hemorroides, junto con muchas otras semejantes. Todo ello lo reduce Laurens (cap. 12), a tres: el mesenterio, el hígado y el bazo, de donde la llama melancolía hepática, esplénica y meseraica.

Las causas externas son la mala dieta, las preocupaciones, las tristezas, los desagrados y, en una palabra, las seis cosas no-naturales, como ha encontrado por experiencia Montano (consil. 244). Solenander (consil. 9), con un ciudadano de Lyon (Francia), da a entender al lector que sabía el perjuicio causado por una medicina de cantárida, que un médico inexperto administró a su paciente para beber «como excitante del deseo sexual». Pero normalmente lo comienzan el temor, la tristeza, y alguna conmoción repentina o perturbación mental en los cuerpos que están dispuestos especialmente. Melanchthon (*De anima*, tr. 14, cap. 2) lo considera habitual en los hombres, como la maternidad en las mujeres, por algún problema grave, algún disgusto, dolor o desagrado. Pues, como cuenta Camerario en su vida, el mismo Melanchthon estaba muy afectado por ello, y por tanto podía hablar por experiencia. Montano (consil. 22, «Pro delirante Judaeo») lo confirma: le condujeron a ello síntomas mentales graves[1394]. Rondelet cuenta de sí mismo que, estando un día muy dedicado a escribir unas notas de medicina, al molestarle por un suceso extraño, cayó en un ataque hipocondríaco, y para evitarlo bebió una cocción de ajenjo y se liberó de él. Melanchthon («al ser la enfermedad tan molesta y frecuente») considera que es «un estudio muy necesario y provechoso para que todo el mundo sepa sus accidentes, y que es peligroso no saberlo» y quisiera, por tanto, que todo el mundo comprendiera hasta cierto punto sus causas, síntomas y curaciones.

Subsección V

Causas de la melancolía de todo el cuerpo

Como antes, la causa de este tipo de melancolía es interna o externa. Interna, «cuando el hígado es propenso a engendrar ese humor, o el bazo es débil por naturaleza y no es capaz de desempeñar su oficio»[1395]. Lo incrementan un temperamento melancólico, la retención de las hemorroides, de las evacuaciones mensuales, de la sangre de la nariz, las enfermedades largas, las fiebres y las seis cosas no-naturales, pero especialmente, una mala dieta, como piensa Lepois[1396], las legumbres, la carne salada, el marisco, el queso, el vino tinto, etc. Mercurial, siguiendo a Averroes y Avicena, condena todas las hierbas; Galeno (*De locis affectis*, libro 3, cap. 7), especialmente la berza. Igualmente, el temor, la tristeza, los disgustos, etc., pero de esto ya se ha hablado antes. Y así, brevemente, habéis tenido las causas generales y particulares de la melancolía.

Ahora, id y jactáos de vuestra felicidad actual, quienquiera que seáis, alardead de vuestro temperamento, de vuestras partes buenas, insolentaos, triunfad y presumid. Ved en qué frágil estado os encontráis, cuán presto os podéis afligir, de cuántos modos: con una dieta mala, un aire malo, una pequeña pérdida, una tristeza o descontento pequeños, una fiebre, etc.; cuántos accidentes repentinos pueden procuraros la ruina, qué pequeña posesión de felicidad tenéis en esta vida, qué criaturas tan delicadas y estúpidas sois. «Por tanto, humilláos ante la mano poderosa de Dios» (1 P 5, 6), conocéos, conoced vuestra miseria actual, y haced un uso correcto de ella. «Quien está de pie, que se cuide de no caer». Ahora florecéis y tenéis «bienes corporales, mentales y fortuna», «no sabéis qué tormentos y tempestades puede traer consigo la tarde». No estéis seguros, entonces, «estad sobrios y vigilad», «sed reverentes con vuestra suerte»[1397], si sois afortunados y ricos; si estáis enfermos y pobres, moderáos. He dicho.

TERCERA SECCIÓN

Miembro I, Subsección I

Síntomas o señales de la melancolía en el cuerpo

Parrasio, un pintor de Atenas, compró a un anciano de entre los cautivos olintios que se trajo a casa Filipo de Macedonia para vender; y cuando le tuvo en Atenas, le sometió a torturas y tormentos extremos para expresar mejor gracias a su ejemplo las penas y dolores de su *Prometeo*, al que estaba a punto de pintar entonces[1398]. No necesito ser tan bárbaro, inhumano, curioso o cruel para mi propósito, torturando a un pobre melancólico; sus síntomas son sencillos, obvios y comunes, no se necesita una observación tan exacta ni traer un objeto tan lejano, se describen a sí mismos, se revelan voluntariamente, son demasiado frecuentes en todas partes, los encuentro allá donde vaya, no pueden ocultarlo, sus penas son bien sabidas, no necesito buscar lejos para describirlos.

Los síntomas son, por tanto, o universales o particulares a las personas y a las especies dice Gordon (*Lilio de medicina*, cap. 19, part. 2); «algunas señales son secretas, otras manifiestas; algunas corporales, otras mentales, y varían de forma diversa, de acuerdo con las causas internas o externas» (Capivaccio); o proceden de las estrellas (de acuerdo con Giovanni Pontano, *De rebus coelestis,* libro 10, cap. 13), y de las influencias celestes o de los humores mezclados de formas diversas (Ficino, *De sanitate tuenda*, libro 1, cap. 4). Dependiendo de si son calientes, fríos, naturales, no naturales, en aumento o en disminución, Aecio considera una variedad de signos melancólicos. Laurens los adscribe a sus diversas temperaturas, deleites, naturalezas, inclinaciones, continuidad en el tiempo, según sean simples o mezclados con otras enfermedades; y, puesto que las causas son diversas, igualmente los signos deben ser también infinitos (Altomari, *Ars medica,* cap. 7). Y del mismo modo que el vino produce efectos variados, o la hierba llamada «tortocollo» por Laurens[1399], «que hace reír a algunos, a otros llorar, a algunos dormir, a otros bailar, a algunos cantar, a otros aullar, a algunos beber, etc.», así, este humor melancólico nuestro produce diferentes señales en distintos individuos.

Pero para delimitarlos, estos síntomas generales se pueden reducir a los corporales y los mentales. Los signos habituales que aparecen en los cuerpos de los que son melancólicos son éstas: son fríos o secos o son calientes y secos, según esté el humor más o menos adusto. De estas primeras cualidades puede surgir una segunda[1400], la del color[1401]: negro, tostado, pálido, rubicundo, etc. Algunos son, como observa Montalto (cap. 16) siguiendo a Galeno (*De locis affectis,* libro 3), muy colorados y de color fuerte. Hipócrates (en su libro *De insania et melancholia*)[1402] cuenta estas señales: que están «flacos, mustios,

con los ojos hundidos, parecen ancianos, con arrugas, ásperos, muy afectados por la flatulencia y por retortijones o dolor en el vientre; eructan a menudo, tienen el vientre seco y duro, la mirada abatida, la barba lánguida, zumbido en los oídos, vértigo, mareos, con poco o nada de sueño e interrumpido, sueños terribles y temibles».

> «Hermana Ana, ¡qué sueños me aterrorizan y me despiertan!»[1403].

Los mismos síntomas los repiten Melanelio (en su libro sobre la melancolía, recogido de Galeno), Rufo, Aecio, Al-Razí, Gordon y todos los modernos: «eructos continuos, agudos y apestosos, como si la comida del estómago estuviera putrefacta o si hubieran comido pescado, vientres duros, sueños absurdos e interrumpidos y muchas visiones fantásticas en los ojos, vértigo, están propensos a temblar e inclinados a la lujuria». Algunos[1404] añaden la palpitación de corazón y el sudor frío como síntomas habituales, y «un latido en muchas partes del cuerpo», una especie de comezón, dice Laurens, en la superficie de la piel, como una mordedura de pulga a veces. Montalto (cap. 21) considera como signos la mirada fija y el pestañear mucho, al igual que Avicena (libro 3, fen. 1, tr. 4, cap. 18): «les pestañean los ojos y los tienen muy rojos», etc. La mayoría tartamudea; esto lo ha tomado de los *Aforismos* de Hipócrates. Al-Razí[1405] pone como muestra principal «el dolor de cabeza y la pesadez obligatoria, mucha palpitación del flato en la piel, así como tartamudeo o tropiezos en el habla, etc., los ojos hundidos, venas gruesas, y labios gruesos». Para algunos, si están más afectados, también son comunes los gestos mímicos, la risa, las muecas, la burla, el murmullo, hablar consigo mismos, tener bocas y caras extrañas, voces inarticuladas, exclamaciones, etc. Y aunque normalmente son delgados, hirsutos, de semblante triste, macilentos y no muy agradables a la vista, debido a sus continuos temores, penas y vejaciones, están embotados, pesados, perezosos, inquietos, incapaces de ponerse con ninguna ocupación; sin embargo su memoria es en su mayor parte buena, tienen felices ocurrencias y comprensión excelente. Sus cerebros calientes y secos hacen que no puedan dormir, sufren «vigilias fuertes y frecuentes» (Areteo); a veces están despiertos durante un mes o un año seguido. Hércules de Sajonia[1406] asegura fidedignamente que había oído jurar a su madre que no había dormido durante siete meses seguidos. Trincavelli (tomo 2, consil. 16) habla de uno que estuvo despierto durante cincuenta días, y Schenk tiene ejemplos de dos años, y todo sin mayor daño. En las acciones naturales, su apetito es mayor que su digestión, según cree Al-Razí: «desean comer, pero no pueden digerir». Y aunque «coman mucho, están delgados, con mal aspecto», dice Areteo, «macilentos y duros, muy afectados por el estreñimiento»[1407], indigestiones, obstrucciones, gargajeo, eructos, etc. Su pulso es raro y lento, excepto el de las carótidas, que es muy fuerte[1408]; pero varía según aumentan los dolores o perturbaciones, como ha probado por extenso Struth (*Ars sphygmica*, libro 4, cap. 13). A decir verdad, en las enfermedades crónicas el pulso no se ha de observar mucho, al haber en él mucha superstición, como apunta Crato[1409], y Galeno describe tan-

tas diferencias, que se atreve a decir que no lo puede observar o comprender cualquiera.

Su orina es generalmente pálida, con poco color, y escasa en cantidad (Areteo); pero esto, en mi opinión, es tan incierto como lo otro, y varía a menudo de acuerdo con las diversas personas, los hábitos, y en otras ocasiones; no se ha de considerar en las enfermedades crónicas. «Los excrementos de los melancólicos son en algunos muchos, en otros pocos, según el papel que desempeñe el bazo»[1410]; y de ahí procede la flatulencia, la palpitación del corazón, la respiración cortada, la excesiva humedad en el estómago, la pesadumbre y el dolor de corazón, la estupidez intolerable y el embotamiento de los espíritus. Sus excrementos o evacuaciones son duros, negros en algunos, y escasos. Si están afectados el corazón, el cerebro, el hígado, el bazo –como ocurre normalmente–, se producen muchos inconvenientes, les acompañan muchas enfermedades, como el íncubo, la apoplejía[1411], la epilepsia, el vértigo, las vigilias frecuentes y los sueños terribles, la risa intempestiva, el llanto, los suspiros, los sollozos, el rubor, el sonrojo, el temblor, el sudor, el desfallecimiento, etc.[1412]. Todos sus sentidos se ven afectados[1413], piensan que ven, oyen, huelen y tocan lo que no está, como se probará en el siguiente discurso.

Subsección II

Síntomas o señales de la mente

Arculano (*In 9 Rhasis ad Almansor,* cap. 16) considera que estos síntomas son infinitos, como de hecho lo son, y que varían de acuerdo con los individuos, «pues apenas uno de cada mil desvaría igual que otro» (Laurens, cap. 16[1414]). Señalaré unos pocos de los más importantes; y del resto, el temor y la tristeza, que al igual que son causas frecuentes, del mismo modo, si perseveran durante mucho tiempo –de acuerdo con los aforismos de Hipócrates y Galeno[1415]–, son señales seguras, compañeros inseparables y característicos de la melancolía; de la melancolía presente y habitual dice Montalto (cap. 11), y común a todos los enfermos, como sostienen Hipócrates, Galeno, Avicena y todos los modernos. Pero igual que los sabuesos se alejan muchas veces corriendo por un grito falso, sin darse cuenta de que están equivocados, igual hacen éstos. Pues Diocles antiguamente (al que refuta Galeno) y, entre los más reciente, Hércules de Sajonia[1416] con Luis Mercado (*De melancholia,* libro 1, cap. 17), tienen excepciones a este aforismo de Hipócrates; no siempre es verdad ni se ha de entender así en términos generales. El temor y la tristeza no son síntomas comunes a todos los melancólicos; «tras una consideración más seria, encuentro (dice) que algunos no son así en absoluto. Algunos están realmente tristes, pero no temerosos; algunos temerosos, pero no tristes; y algunos ni temerosos ni tristes; algunos ambas cosas». Exceptúa cuatro tipos: los fanáticos, como lo fueron Casandra, Manto, Nicostrata, Mopso, Proteo, las sibilas, de los que Aristóteles[1417] confesaba que se sentían totalmente melancólicos. Giambattista della Porta le secunda (*Physiognomica,* libro 1, cap. 8): se encontraban «arrebatados por la atrabilis»; las personas demoníacas y las que hablan lenguas extranjeras son de este tipo; algunos poetas que ríen siempre y se creen reyes, cardenales, etc., son sanguíneos, dispuestos de forma agradable en su mayor parte, y así continúan. Giambattista della Porta[1418] confina el temor y la tristeza a los que son fríos; pero a los amantes, las sibilas y los entusiastas los excluye totalmente. De modo que creo que puedo concluir ciertamente que no siempre están tristes y temerosos. Pero habitualmente, además, y sin que haya ninguna causa, «temen lo que no hay que temer (Gordon), lo que no tiene importancia»; «aunque no todos temen igual», dice Altomari, «sin embargo lo hacen de forma semejante[1419], algunos con un temor extraordinario y poderoso» (Areteo).

«Muchos temen la muerte, y sin embargo, paradójicamente, se suicidan» (Galeno, *De locis affectis*, libro 3, cap. 17). Algunos tienen miedo de que se les caiga el cielo en la cabeza, otros de estar heridos o de poder estarlo. «Se

preocupan con escrúpulos de conciencia, desconfiando de las mercedes divinas, piensan que van a ir al infierno con seguridad, que el demonio les cogerá, y hacen grandes lamentos» (Jason Pratis). El temor a los demonios, a la muerte, a que estarán muy enfermos de tal o cual enfermedad, prontos a temblar ante cualquier objeto, que morirán enseguida o que alguno de sus amigos más queridos o socios más cercanos están ciertamente muertos, el peligro inminente, la pérdida, la desgracia, etc. Creen que son enteros de cristal y por lo tanto no soportan que nadie se les acerque, o que son enteros de corcho, ligeros como plumas; otros se creen pesados como el plomo; algunos tienen miedo de que se les caiga la cabeza de encima de los hombros, creen tener ranas en el estómago, etc. Montano (consil. 23) habla de uno «que no se atrevía a alejarse de casa paseando, por temor a desmayarse o morir». Otro «teme que todo el que se encuentre le robe, pelee con él o lo mate»[1420]. Un tercero no se atreve a pasear solo, por temor a encontrarse al demonio, a un ladrón o a ponerse enfermo; teme a todas las ancianas pues las cree brujas, sospecha que todos los perros o gatos negros que ve son el demonio, que cada persona que se le acerca está embrujada, que toda criatura, todos, intentan perjudicarle, que buscan su ruina. Otro no se atreve a cruzar un puente, acercarse a una charca, una piedra, una colina empinada, a acostarse en una habitación donde haya travesaños por temor a verse tentado a suicidarse, ahogarse o precipitarse. Si está entre un auditorio silencioso, como en un sermón, tiene miedo de hablar alto de improviso, de decir algo indecente o inadecuado. Si está cerrado en una habitación, tiene miedo de ahogarse por falta de aire, y siempre lleva consigo galletas, aguardiente o algún tipo de licor por temor a los desmayos o a estar enfermo; si está en una muchedumbre, en medio de la iglesia, en una multitud, de la que no puede salir bien, aunque esté sentado cómodamente, se ve afectado. Promete libremente llevar a cabo cualquier ocupación de antemano, pero cuando va a realizarla, no se atreve, sino que teme un número infinito de peligros, desastres, etc.

Algunos «tienen miedo de ser quemados[1421], o de que el suelo se hunda bajo sus pies[1422] o les trague rápidamente[1423] o que el rey les llame a juicio por algo que nunca han hecho» (Al-Razí, *Continens*), «y que serán ejecutados con toda seguridad». El terror de una muerte tal les trastorna, y temen tanto y se atormentan igual mentalmente «como los que han cometido un asesinato, y están pensativos sin razón, como si ya se les hubiera acusado de asesinato» (Platter, *De mentis alienatione,* cap. 3). Tienen miedo de alguna pérdida, de estar en algún peligro por el que puedan perder la vida, sus bienes y todo lo que tienen, pero no saben por qué. Trincavelli (consil. 13, libro 1) tenía un paciente que quería suicidarse por temor a ser ahorcado, y durante tres años seguidos no se le pudo convencer de que no había matado a ningún hombre. Platter (*Observationes*, libro 1) tiene otros dos ejemplos de temerosos de ser ejecutados sin causa. Si llegan a un sitio donde se ha cometido un robo, hurto u otro delito semejante, inmediatamente temen ser sospechosos, y muchas veces se descubren sin motivo. Luis XI, rey de Francia, sospechaba que todo

el que se le acercaba era un traidor y no se atrevía a confiar en ningún oficial. «Algunos temen a todos por igual, otros sólo a algunos»[1424] y no pueden soportar su compañía, enferman con ellos o si están lejos de casa. Otros siempre sospechan traición[1425], otros «tienen miedo de sus amigos más queridos e íntimos»[1426] (Melanelio, *E Galeno, Ruffo, Aetio*) y no se atreven a estar solos en la oscuridad por temor a los duendes y demonios. Aquél sospecha que todo lo que se ve u oye es un demonio o que está encantado, e imagina miles de quimeras y visiones que ve realmente en sus pensamientos, como: bichos, o que habla con negros, fantasmas, duendes, etc.

«Le espanta cualquier leve brisa, le sobresalta cualquier ruido»[1427].

A otro no se le verá en la calle por vergüenza, sospecha, y timidez, «le gusta la oscuridad tanto como la vida y no puede soportar la luz»[1428] o sentarse en lugares luminosos, tiene el sombrero siempre sobre los ojos, no quiere ver ni ser visto voluntariamente (Hipócrates, *Liber de insania et melancholia*). No se atreve a estar acompañado por temor a ser maltratado, deshonrado, a excederse en los gestos o las palabras o a ponerse enfermo. Piensa que todo el mundo le observa, le apunta, se burla de él, es malicioso con él. En su mayoría, «tienen miedo de ser embrujados, poseídos o envenenados por sus enemigos», y a veces sospechan de sus amigos más cercanos: «piensa que algo dentro de él habla o le dice algo, o que hablan de él, y que él arroja veneno»[1429]. Cristóbal de Vega (libro 2, cap. 1) tenía un paciente tan afectado que no le podía reducir con ninguna persuasión o medicina.

Algunos temen tener cualquier enfermedad temible que ven, oyen o leen que otros tienen, y por tanto no se atreven a oír o leer sobre ningún tema, no sólo de la melancolía, para no aplicarse a sí mismos lo que oyen o leen, pues lo agravarían y aumentarían. Si ven a alguien poseído, embrujado, con un paroxismo epiléptico, un hombre agitado por la parálisis o mareado, tambaleándose, o en un lugar peligroso, etc., muchos días después les sigue rondado en la cabeza, temen estar así también, estar en un peligro semejante, como observa Perkins (en sus *Cases of Conscience*, cap. 12, sec. 2); y muchas veces, por la fuerza de la imaginación, lo provocan. No pueden soportar ver ningún objeto terrible, como un monstruo, un hombre ejecutado, un cadáver, oír nombrar al demonio o ver algún suceso trágico, ya que tiemblan de miedo, «sueñan con duendes» (Luciano) y no pueden sacárselos de la cabeza después de mucho tiempo. Se aplican a sí mismos (como ya he dicho) todo lo que oyen, ven o leen, como apunta Felix Platter[1430] de algunos médicos jóvenes que, aprendiendo a curar enfermedades, las cogen, enferman y se apropian de todos los síntomas contados por otros y se los aplican a sí mismos. Y por tanto, «repito un consejo, aunque al lector le parezca tedioso, prefiero repetir diez veces diez palabras aunque sobren, antes que echar de menos una sola»; aconsejaría al que ahora esté melancólico que no lea este tratado sobre los síntomas para que no se inquiete o empeore durante una temporada y se vuelva más melancólico de lo que estaba antes.

En general, de entre todo, considera esto: «se quejan por tonterías y temen sin causa»[1431], dice Areteo. Siempre piensan que su melancolía es la más grave, y que nadie está tan mal como ellos, y aunque no haya ninguna relación, sin embargo seguro que nadie ha estado nunca tan afectado o de esta forma, en verdad tan atormentado y trastornado, en una agonía tan grande por tonterías (de las que se reirán después), como si fueran realmente los temas más materiales y esenciales sin duda dignos de temer, y no se convencerá de otra cosa. Tranquilizadles de algún temor e inmediatamente se atormentan por otro, siempre temen algo que imaginan o conciben para sí neciamente, que quizá no ha existido nunca, nunca puede existir ni probablemente existirá. Se atormentan mentalmente por cualquier cosa, están intranquilos, se quejan siempre, están apesadumbrados, enfadados, son suspicaces, envidiosos, descontentos, y no pueden liberarse mientras continúe la melancolía. O si su mente está tranquila por el momento, y se liberan de peligros extraños, de accidentes externos, ya sus cuerpos están destemplados, sospechan que una u otra parte está mal. Ahora les duele la cabeza, el corazón, el estómago, el bazo, etc., están afectados, seguramente tendrán esta o aquella enfermedad; están siempre atormentados corporal o mentalmente, o ambos, y siempre están molestos por la flatulencia, la fantasía corrupta o alguna destemplanza accidental. Sin embargo, todos estos, como apunta Jacchinus[1432], «en todo lo demás son sabios, formales, discretos, y no hacen nada que desdiga su dignidad, persona o lugar, salvo por este temor necio, ridículo e infantil», que tanto y tan continuamente les tortura y atormenta el alma. Como un perro ladrador que siempre grita, pero pocas veces muerde, este siempre temor molesta y, mientras dure la melancolía, no se puede evitar.

La tristeza es, como atestiguan todos los escritores, la otra característica y compañera inseparable, tan inseparable como san Cosme y san Damián o el fiel Acates; un síntoma común, continuo y siempre sin ninguna causa evidente. «Siempre están tristes, pero no pueden decir por qué»[1433], «nunca se ríen, están tristes, cogitabundos», parece como si acabasen de salir de la cueva de Trofonio. Y aunque se ríen muchas veces, y parecen estar muy felices (como lo estarán esporádicamente), sin embargo en un momento están otra vez torpes, obtusos y pesados, a la vez alegres y tristes, pero en su mayor parte tristes. «Lo que gusta desaparece pronto, lo que disgusta se queda tenazmente»[1434]. La tristeza persiste en ellos continuamente, corroyéndoles como el buitre hizo con las entrañas de Titio[1435], y no pueden evitarlo. En cuanto abren los ojos, después de sueños terribles, inquietos, sus corazones apesadumbrados empiezan a suspirar. Están siempre quejosos, irritables, suspirando, doliéndose, quejándose, encontrando fallos, afligidos, envidiosos, llorando, *heautontimorumenoi*, «se castigan a sí mismos» mortificándose, están apesadumbrados, con pensamientos intranquilos, desasosegados, descontentos, ya sea por sus propios asuntos, ya por los de otros o por los públicos, aunque no les conciernan. Las cosas pasadas, presentes o futuras, el recuerdo de alguna desgracia, las pérdidas, daños, abusos, etc., les atormentan y reavivan, como si se hicieran de nuevo; si no, se

afligen por cualquier peligro, pérdida, necesidad, vergüenza, miseria, que seguramente vendrán, como sospechan y desconfían. La lúgubre Ate les mira con malos ojos, hasta tal punto que Areteo lo llama «opresión del alma», agonía perpetua. Apenas se les puede agradar o aliviar, y aunque en opinión de otros son muy felices, van, paran, corren, se apresuran, «como un jinete, cabalga tras de él»[1436], no pueden evitar esta plaga salvaje. Aunque lleven la compañía que quieran, «la flecha mortal hiere su costado»[1437], como un ciervo que ha sido alcanzado, ya corra, vaya, descanse con el rebaño o solo, la pena continúa; la irresolución, la inconstancia, la vanidad mental, su temor, su tortura, preocupación, celos, sospecha, etc., continúan y no es posible aliviarlas.

Así se quejaba[1438] en el poeta: «Volvió a casa triste y apesadumbrado; sus criados hicieron todo lo que pudieron para agradarle: uno le quitó los calcetines, otro le preparó la cama, el tercero la sopa, todos se esforzaron lo más posible para suavizar su pena y alegrar su persona». Estaba profundamente melancólico, porque había perdido a su hijo y «eso le estaba torturando», era su dolor, su agonía, que no se podía quitar. De ahí procede muchas veces el que estén hartos de vivir y que los pensamientos salvajes de violentar sus propias personas les vengan a la cabeza. «El hastío de vivir» es un síntoma habitual, «el tiempo pasa despacio y sin diversión», pronto se cansan de todo; ahora se quedan, ahora se van; si están en la cama, se levantarán, si están levantados se irán a la cama; tan pronto estén complacidos, ya descontentos de nuevo; ahora les gusta todo, luego les disgusta, hastiados de todo; «ahora desean vivir, luego morir», dice Aureliano (libro 1, cap. 6). Pero la mayoría «desprecian la vida»[1439], están descontentos, inquietos, perplejos por cualquier causa o sin ella, y a menudo se sienten tentados, digo, de suicidarse: «no pueden vivir, no saben morir»[1440]. Se quejan, lloran, se lamentan, y piensan que llevan una vida miserable, nunca nadie ha estado antes así o tan mal; todos los pobres que ven son muy afortunados con respecto a ellos, cada mendigo que viene a su puerta es más feliz que ellos, estarían contentos de cambiar su vida por la de ellos, especialmente si están solos, ociosos, y lejos de su compañía habitual, molestos, disgustados, o provocados. La pena, el temor, la agonía, el descontento, el cansancio, la pereza, la sospecha o alguna pasión semejante les atrapa con fuerza. Sin embargo, enseguida, cuando están con una compañía que les gusta o agrada, «condenan su disgusto anterior y están muy contentos de vivir», como observa Octavio Horaciano (libro 2, cap. 5). Y continúan así hasta que, con algún disgusto nuevo, se ven molestos otra vez y entonces están hartos de vivir, hartos de todo, quieren morir, y muestran más necesidad que deseo de vivir. El emperador Claudio, según lo describe Suetonio[1441], tenía una enfermedad de este tipo, pues cuando se veía atormentado por el dolor de estómago, le venía la idea de suicidarse. Julio César Claudino (consil. 84) tenía un paciente polaco tan afectado, que por el temor y la tristeza que siempre le inquietaban odiaba su propia vida, deseaba la muerte a cada momento, deseaba liberarse de su miseria. Mercurial tenía otro ejemplo, y otro autor, otro de uno que a menudo consideraba el matarse y continuó así durante muchos años.

La sospecha y los celos son síntomas generales: normalmente son desconfiados, inclinados a equivocarse y a exagerar, «fácilmente irascibles», enojadizos[1442], malhumorados, impacientes y propensos a gruñir por el mínimo motivo[1443], «con sus mejores amigos», y sin motivo, «se ofenderán, haya o no causa». Si hablan en broma, se lo toma en serio. Si no se les saluda, invita, consulta o se les pide consejo, etc., o se descuida el respeto hacia ellos, una pequeña cortesía o ceremonia, piensan que no se les hace caso y se les desprecia; esto les atormenta durante un tiempo. Si dos hablan entre sí, conversan, susurran, bromean, o cuentan una historia en general, piensa inmediatamente que se refieren a él, todo se lo aplica a sí mismo. O si hablan con él, está dispuesto a confundir cualquier palabra que digan e interpretarlo mal. No puede soportar que nadie le mire fijamente, ni casi que le hable, se ría, bromee o sea íntimo, o que tosa, se ría, o escupa o haga cierto ruido a veces, etc. Piensa que se ríen de él o le señalan a él, o lo hacen para su deshonra, que le embaucan o le desprecian[1444]. Piensa que todo el mundo le mira, y él se pone pálido, rojo, suda de temor e ira si alguien le observa. Se excita por ello y, mucho después, esta idea falsa del maltrato le atormenta. Montano (consil. 22) da un ejemplo de un judío melancólico que estaba «más iracundo que el mar Adriático», tan irritado y receloso, «tan fácilmente enojadizo», que nadie sabía decir cómo se podía estar en su compañía.

Son inconstantes en todas sus acciones, vertiginosos, inquietos, incapaces de resolver ningún asunto; quieren y no quieren, se convencen a favor y en contra con cualquier motivo o palabra que se diga. Y sin embargo, si se deciden de una vez, son obstinados, difíciles de resignar. Si aborrecen algo o algo les disgusta o desagrada, una vez resueltos, aunque sea con mucho para mejor, no se les cambiará con ningún consejo o persuasión. Sin embargo, en la mayoría de las cosas vacilan, son irresolutos, incapaces de decidir, por temor; «ya son gastadores, ya avaros, y de repente se arrepienten de lo que han hecho» (Areteo), de modo que de ambas formas se atormentan: lo hagan o no, quieran o tengan, acierten o se equivoquen, se intranquilizan por todo, se cansan pronto y siempre buscan cambiar, son inquietos –digo–, volubles, huidizos, no pueden soportar estar en un sitio demasiado pequeño.

> «En Roma, le gustaría ir al campo; una vez allí, alaba la ciudad hasta el infinito»[1445].

No soportan la compañía durante mucho tiempo, ni persevera en una acción u ocupación,

> «y como los hijos de los ricos, quiere su comida en trozos pequeños, y se enfada con la niñera, no la deja cantarle para dormir»[1446].

A veces le gusta, otras veces le disgusta. Como a quien le han picado las pulgas y no puede dormir, y da vueltas en la cama de un lado a otro, sus mentes inquietas se agitan y varían, no tienen paciencia para acabar de leer un

libro, para acabar un juego o dos, andar una milla, estar sentados una hora, etc. Se animan y desaniman en un momento; se animan a emprender algo y con una sola palabra se desaniman de nuevo.

Son extremadamente apasionados, «y lo que quieren, lo buscan frenéticamente», siempre están ansiosos y muy anhelantes, desconfiados y temerosos, envidiosos, maliciosos; un rato dadivosos, otro ahorrativos, pero en su mayor parte codiciosos, murmurando, quejándose, descontentos y siempre lamentándose, envidiosos, malhumorados, «inclinados a la venganza», enseguida atormentados y muy violentos en sus imaginaciones; no son afables en el habla ni propensos a las cortesías usuales, sino rudos, torpes, tristes, austeros. Siempre están pensativos, muy absortos y, como pinta Alberto Durero a la Melancolía[1447], como una mujer triste y que se apoya en el brazo con unos libros determinados, ropas descuidadas, etc.; algunos la consideran orgullosa, suave, tonta o medio loca, como veían los abderitas a Demócrito, y sin embargo tiene gran capacidad, excelente entendimiento, es juiciosa, sabia e ingeniosa. Pues yo soy de la opinión del noble[1448]: «la melancolía mejora la comprensión del hombre más que ningún otro humor», adelanta sus meditaciones más que cualquier bebida fuerte o vino blanco seco. Tienen un juicio profundo en algunas cosas, aunque en otras «son inquietos y no juzgan correctamente», dice Fracastoro (*De intellectione,* libro 2). Y, como lo considera Arculano (*In Rhasis,* cap. 16), «su juicio es normalmente perverso y corrupto, puesto que consideran honesto lo deshonesto y a los amigos como enemigos», abusan de sus mejores amigos y no se atreven a ofender a sus enemigos. Son cobardes en su mayor parte, «y temen ofender», dice Cardano (*De rerum varietate,* libro 8, cap. 4); y si por casualidad se exceden en palabras o en hechos o descuidan u olvidan alguna pequeña tarea o circunstancia, se atormentan miserablemente y se inventan mil peligros e inconvenientes, «hacen de una mosca un elefante», si lo imaginan una vez. Se alegran en exceso con cualquier rumor bueno, cualquier historia o suceso prósperos, se conmueven fuera de sí; de nuevo, por la mínima desgracia, por malas noticias, por un perjuicio erróneo, una pérdida, un peligro, se afligen desmesuradamente, con gran agonía, están perplejos, abatidos, asombrados, impacientes, totalmente hundidos; temerosos, sospechando de todo. Sin embargo, también muchos son cerebros de mosquito desesperados, temerarios, descuidados, propensos a ser asesinados al carecer de todo temor y tristeza; de acuerdo con Hércules de Sajonia[1449], son «muy audaces, y se atreven a andar solos de noche por lugares desiertos y peligrosos, sin tener miedo de nadie».

«Son propensos al amor y fáciles de atrapar»[1450] (Montalto, cap. 21), se enamoran rápidamente, y desvarían por todo. Aman mucho hasta que ven a otra y se vuelven locos por ella, «y ésta, y ésta, y aquélla y todas». La actual les enternece más, y normalmente a la última la quieren más. Sin embargo, también algunos son «enemigos del amor», no pueden soportar ver a una mujer, aborrecen el sexo, como el melancólico duque de Moscú, que enfermaba al instante sólo con verlas[1451], y el anacoreta que cayó en una parálisis fría cuando se le puso ante él una mujer[1452].

Son humorísticos sobremanera, a veces se ríen mucho, están muy felices y al momento lloran sin motivo –lo que es habitual en muchas damas–, gimiendo, suspirando, pensativos, tristes, casi distraídos, «imaginan muchas cosas absurdas, vanas, y faltas de razón» (dice Frambesarius[1453]). Uno se imagina que es un perro, un gallo, un oso, un caballo, de cristal, de mantequilla, etc. Es un gigante, un enano, tan fuerte como cien hombres, un *lord*, un duque, un príncipe, etc. Y si se le dice que tiene mal aliento, una nariz grande, que está enfermo o propenso a ésta o aquella enfermedad, lo cree inmediatamente y quizá la llegue a desarrollar por la fuerza de la imaginación. Muchos son inmutables y fijos en sus ideas, otros cambian al ver u oír cada tema. Si ven una obra de teatro, se refieren a ella una semana después; si oyen música o ven bailar, no tienen más que gaitas en la cabeza; si ven un combate, están a favor de las armas. Si se les perjudica, el perjuicio les atormenta durante mucho tiempo; si se les contraría, la contrariedad, etc.[1454] Son inquietos en sus pensamientos y acciones, meditan continuamente, «más como soñadores que como hombres despiertos». Imaginan un montón de ideas ridículas y fantásticas, tienen pensamientos frívolos, imposibles de realizar, y a veces piensan realmente que oyen y ven ante sus ojos fantasmas o duendes; temen, sospechan, imaginan que siempre hablan con ellos o les siguen.

En conclusión, «siempre, dice Avicena, están despiertos, igual que otros duermen» y así en su mayor parte sus imaginaciones e ideas, son tonterías absurdas, vanas y necias[1455]; sin embargo son muy curiosos[1456] y solícitos, continuos, «y piensan en exceso (Al-Razí, *Continens,* libro 1, cap. 9) sobre cualquier cosa». Son tan serios con una tontería como si fuera un asunto muy necesario o de gran trascendencia, importancia y están siempre, siempre pensando en ello, «atormentándose». Aunque te hablen y parezcan estar ocupados con otra cosa, y en tu opinión muy atentos y ocupados, todavía les ronda por la mente esa tontería, ese temor, esa sospecha, ese perjuicio, esos celos, esa agonía, esa vejación, esa contrariedad, esos castillos en el aire, esa excentricidad, ese capricho, esa imaginación, ese maravilloso sueño despierto, sea el que sea. «No hacen preguntas (dice Fracastoro[1457]) ni responden adecuadamente cuando se les pregunta»; no atienden mucho a lo que se les dice, su mente está en otro asunto; pregunta lo que quieras, no atienden ni se aplican al asunto que les ocupa, sino que se olvidan de lo que están diciendo, haciendo o de lo que deberían decir o hacer; allá dónde van, se distraen con sus propios pensamientos melancólicos. Uno se ríe de repente, otro sonríe para sí, un tercero frunce el ceño, da voces, mantiene los labios cerrados, mueve las manos cuando pasea, etc. «Es propio de los melancólicos», dice Mercurial (consil. 11), «que estén muy atentos, violentos, y continuamente con la idea con la que han estado ocupados antes». Hagan lo que hagan, no se pueden librar de ella, tienen que pensar en ella contra su voluntad mil veces de nuevo, «se atormentan continuamente con ella», acompañados o sin compañía; en la comida, en el ejercicio, a todas hora y en todo lugar, «no pueden sacarse de la mente los temas en los que menos quieren pensar»[1458]. Si es algo especialmente ofensivo,

no pueden olvidarlo, no pueden descansar o dormir por ello, sino que se atormentan siempre; «soportan los tormentos de Sísifo», como observa Brunner[1459], «perpetuamente sufriendo y bajo un látigo miserable».

Crato[1460], Laurens[1461] y Fernel ponen el rubor como un síntoma común; «una modestia exagerada o pervertida» es algo que les obsesiona y atormenta. Si se les ha maltratado, ridiculizado, difamado, regañado, etc., o están afectados por alguna perturbación mental, les atormenta hasta tal punto que muchas veces se desaniman y están tan descorazonados y abatidos que no se atreven a salir (especialmente con compañías extrañas) o a llevar a cabo sus asuntos ordinarios. Son tan infantiles, temerosos y pudorosos que no pueden mirar a nadie a la cara; algunos se inquietan más en este aspecto, algunos menos, unos más tiempo, otros menos o esporádicamente, etc. Aunque otros, por el contrario (de acuerdo con Fracastoro)[1462] son «impúdicos e impertinentes». Pero en su mayor parte son vergonzosos, y eso hace que, según P. Blesensis, Christopher Urswick, y muchos otros, rechacen los honores, oficios y ascensos que a veces les proponen. No pueden hablar ni extenderse como otros, «el temor y la vergüenza les impiden su conducta», se contentan con la situación actual, sin desear encargarse de ningún oficio, y por lo tanto nunca pueden ascender. Por ese motivo, pocas veces visitan a sus amigos, salvo a algunos familiares; son de pocas palabras, y muy a menudo están totalmente callados. Frambesarius, un francés[1463] tenía dos pacientes así, «totalmente taciturnos»; sus amigos no podían conseguir que hablaran. Rodrigo de Fonseca (*Consultationes,* tomo 2, consil. 85) da el ejemplo de un joven de veintisiete años que estaba frecuentemente callado, vergonzoso, atontado, solitario, que no quería tomar su comida ni dormir y, sin embargo, esporádicamente, era capaz de nuevo de tener hambre, etc.

La mayoría son, como apunta Platter, «negligentes, taciturnos, tardos, apenas se les puede obligar a que hagan lo que les atañe», aunque sea para su bien, al ser tan tímidos, apocados, de poca o ninguna cortesía, insociables, difíciles de relacionar, especialmente con extraños. Prefieren escribir sus ideas a hablar y, por encima de todo, les gusta la soledad. «¿Están así de solos por placer o por temor?» pregunta uno. Por ambos. Sin embargo, yo pienso que es más bien por temor y tristeza, etc.:

> «De ahí que se apenen y teman, evitando la luz, y que se encierren en prisiones oscuras a la vista»[1464].

Como Belerofonte en Homero[1465],

> «Que vagaba triste por los bosques, solo, alejándose de la compañía humana, haciendo grandes lamentos».

Se deleitan con las riadas y las aguas, los lugares desiertos, les gusta pasear solos por huertos, jardines, paseos privados, calles traseras. Evitan la compañía, como Diógenes en su tonel, o Timón el Misántropo, aborrecen a todos

sus compañeros[1466], incluso a sus conocidos más cercanos, y amigos más íntimos, pues tienen la idea –digo– de que todo el mundo les observa, que se van a burlar o reír de ellos o les van a maltratar y, por lo tanto, se encierran en sus casas o habitaciones privadas, «huyen de los hombres sin motivo (dice Al-Razí, *Continens*, libro 1, cap. 9) y les odian»; se ponen a dieta, se alimentan y viven solos. Ésta era una de las principales razones por las que los ciudadanos de Abdera sospechaban que Demócrito estaba melancólico y loco, porque, como contaba Hipócrates en su epístola a Filopomeno, «abandonó la ciudad, vivía en arboledas y árboles huecos, en una rivera verde al lado de un río o en una confluencia de aguas todo el día y toda la noche»[1467], «lo cual es común entre los melancólicos»[1468]. Los egipcios, por lo tanto, expresaban en sus jeroglíficos a un melancólico mediante una liebre, sentada en su típica postura, como una criatura temerosa y solitaria (Pierius, *Hieroglyph.*, libro 12).

Pero estos síntomas y todos los anteriores son más o menos aparentes según aumente o disminuya el humor; en algunos se percibe poco o nada, y en otros está muy manifiesto. Es infantil en algunos, terrible en otros; se ha de ridiculizar en algunos, en otros se ha de compadecer o admirar; a éste le ocurre esporádicamente, a otro de forma continua. Y aunque estos síntomas sean comunes y probables en todas las personas, sin embargo son mucho más notables, frecuentes, furiosos y violentos en los melancólicos. Por decirlo en una palabra, no hay nada tan vano, absurdo, ridículo, extravagante, imposible, increíble, una quimera tan monstruosa, tan prodigiosa y extraña, que ni los pintores y poetas se atrevan a plasmarla, que en verdad no teman, fantaseen, sospechen o imaginen en su interior. Y lo que decía Luis Vives[1469], en broma, de un campesino estúpido –que mató a su burro por beberse la Luna, «para poder devolver la Luna al mundo»– se puede decir de ellos en serio: actúan, conciben todo lo más extremo, todas las contrariedades y contradicciones, y en sus infinitas variedades. «Hasta tal punto que apenas dos de cada dos mil coinciden con los mismos síntomas» («Erastus», *De lamiis*). La torre de Babel nunca produjo tanta confusión de lenguas como la variedad de síntomas que produce el caos de los melancólicos. En todos los melancólicos hay, como en las caras de los hombres, «una semejanza disímil», siempre. Y, como cuando nos bañamos en un río en el mismo sitio, no siempre es la misma agua numérica; al igual que el mismo instrumento proporciona diversas lecciones, así la misma enfermedad produce diversidad de síntomas. Y aunque sean distintos, intrincados, y difíciles de limitar, me aventuraré en tan vasta confusión y generalidad para explicarlos en un cierto orden y así descender a los particulares.

Subsección III

Síntomas particulares por la influencia de las estrellas, las partes del cuerpo y los humores

«Algunos tienen síntomas peculiares, de acuerdo con su temperamento y constitución, que han recibido de las estrellas y las influencias celestes, de la variedad de ingenios y disposiciones», como sostiene A. Zara (*Anatomia ingeniorum*, sec. 1, memb. 11, 12, 13, 14). Alguien dice[1470] que las diversas enfermedades del cuerpo y el alma proceden de sus influencias, como ya he probado[1471], siguiendo a Ptolomeo, Pontano, Lemnio, Cardano y otros, pues son los principales regidores de los modales, las enfermedades, se iluminan mutuamente o son los señores del nacimiento, etc. Ptolomeo (en su *Centiloquio*), Hermes, o quien sea el autor de ese tratado, atribuye todos los síntomas que hay en los melancólicos a las influencias celestes: opinión que rechaza Mercurial (*De affectibus*, libro 1, cap. 10). Pero, como digo, Giovanni Pontano[1472] y otros lo defienden obstinadamente. El que algunos sean solitarios, torpes, pesados, rudos, y otros, por el contrario, alegres, joviales, ligeros y felices, lo atribuyen totalmente a las estrellas. Si Saturno predomina en su nacimiento y le produce un temperamento melancólico, entonces será austero, adusto, sombrío, arisco, de negro color, profundo en sus pensamientos, lleno de preocupaciones, miserias y descontentos, triste y temeroso, estará siempre callado, solitario, siempre deleitándose con la agricultura, con los bosques, huertos, jardines, ríos, estanques, lagunas, paseos oscuros y cerrados[1473]. «Sus pensamientos se centrarán en edificar, plantar árboles, cultivar los campos, etc.», coger pájaros, peces, etc. Estarán siempre inventando y meditando sobre esos asuntos. Si Júpiter domina, son más ambiciosos, están siempre pensando en los reinos, magistraturas, cargos, honores o creyendo que son príncipes, potentados, y cómo se deben comportar, etc. Si domina Marte, están a favor de la guerra, de los combates valientes y las monomaquias; son enojadizos, coléricos, temerarios, furiosos y violentos en sus acciones; se imaginarán victoriosos, capitanes, serán apasionados y satíricos en sus discursos, grandes baladrones, de color rojizo. Y aunque sean pobres en apariencia, villanos y ruines, sin embargo, como Telefo y Peleo en el poeta[1474] «se jactan de sus palabras ampulosas y rimbombantes», la boca se les llena de miríadas, y llevan tetrarcas hasta en la punta de la lengua. Si domina el Sol, serán *lords*, emperadores –en la imaginación al menos– y monarcas, darán cargos, honores, etc. Si domina Venus, están siempre cortejando a su dama, y muy propensos al amor, inclinados amorosamente, les parece oír música, teatro, ver buenos cuadros, bailarinas, divertimentos y cosas semejantes, están siempre enamorados y se vuelven locos por todo lo que ven. Los mercuriales son solitarios, muy con-

templativos, sutiles, poetas, filósofos, y meditan sobre estos asuntos principalmente. Si interviene la Luna, están a favor de las peregrinaciones, travesías marítimas, muy inclinados a los viajes, a la conversación, la lectura y a meditar sobre ello; son erráticos en sus pensamientos, variados, se deleitan mucho con el agua, pescando, cazando, etc.

Pero los síntomas más inmediatos proceden del temperamento mismo y de las partes orgánicas, como la cabeza, el hígado, el bazo, las venas meseraicas, el corazón, el vientre, el estómago, etc., y más especialmente de la destemplanza de los espíritus (que, como afirma Hércules de Sajonia[1475], son totalmente inmateriales) o de los cuatro humores en sus sedes, ya sean calientes o fríos, naturales, innaturales, innatos o adventicios, en aumento o en disminución, simples o mixtos, con sus diversas mezclas y varias adustiones, combinaciones que pueden variar tanto como las cuatro calidades primarias[1476] de Clavio[1477] y producir tantos síntomas diversos y ficciones tan monstruosas como efectos produce el vino, que, como observa Andrea Bacci (*De vino*, libro 3, cap. 20), son infinitos.

Las combinaciones de mayor importancia son éstas:

Si es melancolía natural (como han descrito por extenso Luis Mercado, *De melancholia*, libro 1, cap. 17, y Timothy Bright, cap. 16), ya sea del bazo o de las venas, defectuosos por la abundancia o el espesor de la sustancia, es un humor frío y seco, como afirma Montano (consil. 26), y los individuos son tristes, temerosos y miedosos. Prospero Calano (en su libro *De atra bile*), les considera más estúpidos de lo normal, fríos, pesados, torpes, solitarios, lentos, «si tienen mucha atrabilis y muy fría». Hércules de Sajonia (libro 7, cap. 19) sostiene que los que son melancólicos por naturaleza son de color plomizo o negro[1478], al igual que Guianerius (cap. 3, tr. 15) y los que muchas veces piensan en su muerte, o que frecuentemente ven o hablan con negros, muertos, espíritus, y duendes a menudo, si les ocurre en exceso. Estos síntomas varían según la mezcla de los cuatro humores no adustos o la mezcla de los cuatro humores adustos, que es la melancolía no-natural. Pues como ha escrito Alejandro de Tralles (libro 7, cap. 16), «no hay una sola causa de esta melancolía, ni un solo humor que la genere, sino que son varios y mezclados de formas diversas, y de ahí procede esta variedad de síntomas»; y varían de nuevo según sean calientes o fríos. «La melancolía fría (dice Benedicto Victorio Faventino, *Pract. Mag.*) es una causa de desvarío y de síntomas más suaves; si es caliente o más adusta, de pasiones más violentas y de frenesí». Fracastoro (*De intellectione*, libro 2) quiere que se considere bien «de qué tipo de melancolía está afectado cada uno, para lo cual es muy útil saber esto: uno está muy irritado por un calor abrasador, otro está poseído por la tristeza y el frío, uno es temeroso y vergonzoso, el otro impúdico y atrevido». Como Áyax, «coge las armas y, furioso, reta a los dioses a la batalla», enloquecido o propenso a la locura, «ya embiste a éstos, ya a aquéllos». Belerofonte, por otro lado, «vaga por los bosques»; otro se desespera, llora, y está cansado de vivir, otro se ríe, etc. Toda esta variedad la producen los diversos grados de calor y frío, que Hércules

de Sajonia[1479] considera que las causas cercanas e inmediatas de la melancolía, según sean calientes, frías, secas o húmedas, proceden totalmente de la destemplanza de los espíritus, especialmente del espíritu animal y de los espíritus inmateriales; y de su agitación procede la diversidad de síntomas que enumera en el capítulo decimotercero de su *Tratado de melancolía,* y que trata por extenso en cada parte[1480]. Otros consideran que procede de las diversas adustiones (cocciones) de los cuatro humores, que en el caso de la melancolía no-natural, consiste en la corrupción de la sangre y la cólera adusta; y en el de la melancolía natural, «por la excesiva destemplanza del calor, convertido (en comparación con el natural) en una solución alcalina por la adustión, causando de acuerdo con la diversidad de la materia síntomas variados y extraños»[1481], que T. Bright enumera en el capítulo siguiente. Lo mismo hace Arculano[1482], de acuerdo con los cuatro humores adustos principales, y muchos otros.

Por ejemplo, si procede de la flema (lo que ocurre pocas veces y no tan a menudo como con el resto), excita los síntomas torpes y produce una especie de estupidez o lesión apasionada[1483]; están somnolientos, dice Savonarola[1484], torpes, lentos, fríos, estúpidos, asnales. Melanchthon[1485] la llama «melancolía asina». «Son muy dados a llorar y se deleitan con las aguas, estanques, lagunas, ríos, la pesca, la caza, etc.» (Arnau de Vilanova, *Breviarium,* 1, cap. 18). Tienen un color pálido[1486], son perezosos, propensos al sueño, pesados, están «muy afectados por el dolor de cabeza»[1487], la meditación continua, murmuran consigo mismos. Sueñan con agua, que corren peligro de ahogarse, y temen cosas semejantes (Al-Razí)[1488]. Están más gordos que otros que están melancólicos, son de complexión gris, más propensos a escupir, dormir[1489], más aquejados de reúma que el resto, y tienen siempre los ojos fijos en el suelo. Hércules de Sajonia tuvo un paciente así, una viuda de Venecia que estaba gorda y siempre somnolienta; Cristóbal de Vega atendió a otra afectada de la misma manera. Si está muy arraigada o es violenta, los síntomas son más evidentes, abiertamente desvarían y son ridículos ante el resto, en todos sus gestos, acciones y palabras; imaginan cosas imposibles, como el de Cristóbal de Vega, que pensaba que era un tonel de vino, y el sienés que decidió para sí no orinar por temor a inundar toda la ciudad[1490].

Si procede de la sangre adusta o hay alguna mezcla de sangre, «son normalmente de complexión rojiza y con mucho color»[1491], de acuerdo con Salustio Salviano y Hércules de Sajonia; y, como añaden además Savonarola y Victorio Faventino, «las venas de los ojos son rojas, igual que las caras»[1492]. Están muy inclinados a la risa, son ingeniosos y felices, presumidos en los discursos, agradables –si su melancolía no les lleva demasiado lejos–, muy dados a la música, al baile y a estar en compañía de mujeres. Meditan sobre esas cosas y creen «que ven u oyen representaciones, bailes, y entretenimientos similares» (libres de todo temor, supone Hércules de Sajonia[1493]). Si están más poseídos por este tipo de melancolía, añade Arnau de Vilanova (*Breviarium,* libro 1, cap. 18). Como el de Argos en el poeta, que se pasaba el día sentado y riéndose, como si estuviese en el teatro[1494]. Aristóteles[1495] menciona a otro

similar, que vivía en Abidos, una ciudad de Asia Menor, que se sentaba de la misma forma, como si estuviese ante la escena, y a veces incluso actuaba; aplaudía y reía como si estuviese encantado con la vista. Wolf habla de un campesino llamado Brunsellius, sujeto a este humor, «que, estando por casualidad en un sermón, vio que una mujer se cayó de un banco medio dormida, ante lo cual la mayoría se rió, pero él, por su parte, se alteró tanto que durante tres días enteros no hizo más que reírse, por lo cual se debilitó mucho, y empeoró durante mucho tiempo después».

Así era el anciano Sófocles, y el mismo Demócrito tenía «un delirio alegre», una gran cantidad de este humor. Laurens (*De melancholia*, cap. 3) cree que este tipo de melancolía, que es un poco adusta con mezcla de sangre, es a lo que se refería Aristóteles cuando decía que los melancólicos son más ingeniosos que los demás, que causa muchas veces éxtasis divino, una especie de entusiasmo que les incita a ser excelentes filósofos, poetas, profetas, etc. Mercurial (consil. 110) da un ejemplo de un joven paciente suyo, melancólico sanguíneo, «de gran ingenio y excelentemente sabio».

Si procede de la cólera adusta, son intrépidos y atrevidos, y de disposición más necia, inclinados a reñir y pensar en cosas como batallas y combates, y en su hombría son furiosos, impacientes en el discurso, firmes, incontestables, y prodigiosos en sus principios; y si se les provoca son muy violentos, atroces, propensos a infamar, a provocar a cualquiera, a matarse a sí mismos y a otros; Arnau de Vilanova añade: se vuelven completamente locos esporádicamente, «duermen poco, su orina es sutil y caliente». Guianerius: «en sus ataques, se les oirá hablar todo tipo de lenguas, hebreo, griego y latín, que nunca se les ha enseñado o sabían antes». Pietro Abano (*In commentarium in Pro.,* sec. 30) habla de una loca que hablaba un latín excelente, y Al-Razí conoció a otra que podía profetizar en sus ataques y predecir cosas realmente por venir. Guianerius[1496] tenía un paciente que podía hacer versos en latín cuando la luna estaba eclipsada, y si no, era iletrado. Avicena y algunos seguidores suyos consideran que estos síntomas, cuando ocurren, proceden del demonio, y que son más demoníacos, más poseídos que locos o melancólicos, o ambos a la vez, como piensa Jason Pratis («los malos espíritus se insinúan», etc.), pero la mayoría lo atribuye a este humor. Esta opinión mantiene firmemente Montalto (cap. 21), refutando a Avicena y al resto, atribuyéndolo totalmente a la calidad y disposición del humor y el sujeto. Cardano (*De rerum varietate*, libro 8, cap. 10) sostiene que estos hombres son los más propensos a ser asesinos, intrépidos, fuertes, fieros, aventureros, a encargarse de cualquier cosa debido a su cólera adusta. «Este humor», dice, «les prepara para soportar la misma muerte y todo tipo de tormentos con un coraje invencible, y es maravilloso ver con qué denuedo sufren dichas torturas», «hasta el punto que parecen sobrenaturales». Atribuye esta generosidad, furor o, mejor, estupidez, a la adustión de la cólera y la melancolía; pero yo creo que éstos son más locos o desesperados que melancólicos propiamente, pues normalmente este humor, tan adusto y caliente, degenera en locura.

Si procede de la misma melancolía adusta, «estos hombres», dice Avicena, «son normalmente tristes y solitarios (y esto continuamente y en exceso), más suspicaces de lo normal, más temerosos, y tienen la imaginación amplia, apenada y muy corrupta»; son fríos y negros, tímidos y tan solitarios, que, como escribe Arnau de Vilanova, «no soportan ninguna compañía, siempre sueñan con tumbas y muertos, y piensan que están embrujados o muertos»[1497]. Si es extremo, piensan que oyen ruidos horribles, que ven y hablan «con hombres tenebrosos y que conversan habitualmente con demonios, quimeras y visiones semejantes» (Gordon), o que están poseídos por ellos, que alguien habla con ellos o dentro de ellos. «Tales melancólicos son en su mayoría demoníacos» (Montalto, *Ex Avicenna,* consil. 26). Valescus de Taranta tenía una mujer así en curación, «que pensaba que tenía que ver con el demonio»[1498]; y Gentilis Fulgosus (quaest. 55) escribe que tenía un amigo melancólico que «creía que tenía un negro con apariencia de soldado» que siempre le seguía dondequiera que fuera. Laurens (cap. 7) tiene muchas historias de los que se creen embrujados por sus enemigos; y algunos que no quieren comer carne por ser un animal muerto. En el año 1550, un abogado de París cayó en tal ataque melancólico que creía que estaba realmente muerto; no se le podía persuadir de lo contrario ni para que comiera o bebiera, hasta que un familiar suyo, estudioso en Brujas, comió ante él vestido como un cadáver[1499]. La historia, dice Serres, se representó en una comedia ante Carlos IX. Algunos piensan que son animales, lobos, cerdos, y aúllan como perros, zorros, rebuznan como burros y mugen como vacas, como las hijas del rey Proteo. Hildesheim (*Spicilegia,* 2, «de mania») tiene un ejemplo de un barón holandés afectado así, y Trincavelli (libro 1, consil. 11), otro de un noble de su país, «que pensaba que era realmente un animal e imitaba la mayoría de sus voces»[1500], con muchos síntomas semejantes, que se pueden reducir propiamente a esta especie.

Si procede de las diversas combinaciones de estos cuatro humores o espíritus (Hércules de Sajonia añade caliente, frío, seco, húmedo, oscuro, confuso, establecido, constreñido, según participe de la materia o esté sin materia), los síntomas se mezclan igualmente. Uno se cree un gigante, otro un enano; uno es pesado como el plomo, otro es ligero como una pluma. Marcelo Donato (libro 2, cap. 41) menciona siguiendo a Séneca a un tal Senecio, un rico, que «pensaba que él mismo y todo lo que tenía era grande: una mujer grande, un caballo grande; no podía soportar las cosas pequeñas, sino que quería jarros grandes para beber, unas calzas grandes, y zapatos más grandes que sus pies». Como una paciente de Tralles, que «suponía que podía sacudir el mundo con el dedo»[1501] y tenía miedo de cerrar la mano entera, no fuera que aplastase el mundo en pedacitos, como una manzana; o el de Galeno, que pensaba que era Atlas, y sostenía el cielo sobre los hombros[1502]. Otro se cree tan pequeño que puede arrastrase en una ratonera, uno teme que el cielo se le caiga sobre la cabeza; un segundo cree que es un gallo; y Guianerius[1503] dice que vio a uno así en Padua, que batía las manos y cacareaba. Otro piensa que es un ruiseñor, y por tanto canta durante toda la noche[1504]; otro que es todo de cristal, un jarro,

y por tanto no deja que nadie se acerque a él, y Laurens publica sobre uno de éstos, a fe suya, que conoció en Francia[1505]. Cristóbal de Vega (libro 14, cap. 3), Schenk y Marcelo Donato (libro 2, cap. 1) ofrecen muchos ejemplos semejantes, y de entre todos, uno de un panadero de Ferrara que pensaba que estaba hecho de mantequilla, y no se atrevía a sentarse al sol o a acercarse al fuego por temor a deshacerce; de otro que pensaba que era una funda de cuero, llena de viento. Algunos ríen y lloran; unos están locos, otros tristes, atontados, con gran agonía, algunos esporádicamente, otros continuamente, etc. Varios tienen el oído corrupto (creen que oyen música o algún ruido horrible, según lo conciba su fantasía), ojos corruptos, algunos el olfato, otros un sentido, otros otro. Luis XI tenía la idea de que todo lo que estaba a su alrededor apestaba; ni siquiera todos los perfumes olorosos que podían conseguir le aliviaban, sino que le olían a hedores pestilentes[1506]. A un poeta melancólico en Laurens[1507], estando enfermo con fiebre y afectado por las vigilias le prescribieron los médicos que usara «un ungüento de álamo» para ungirse las sienes; pero le disgustaba tanto su olor que, muchos años después, todo lo que se le acercaba se imaginaba que olía a esto, y no dejaba que nadie le hablase sino de lejos, ni quería llevar ropas nuevas, pues pensaba que todavía olían; en todas las demás cosas, era sabio y discreto, hablaba con sensatez, excepto sobre esto. Un caballero del Limousin, dice Antoine de Verdeur, estaba convencido de que sólo tenía una pierna, pues estaba atemorizado por un jabalí que se la golpeó una vez por casualidad; no se podía convencer de que su pierna estaba sana (aunque en todo lo demás estaba bien), hasta que dos franciscanos que pasaron casualmente por allí le quitaron totalmente esta idea. «Pero ya hemos oído cuentos suficientes».

Síntomas procedentes de la educación, la costumbre, la continuidad del tiempo, nuestra condición, mezclados con otras enfermedades, por accesos, inclinación, etc.

Otra gran ocasión para la variedad de síntomas procede de la costumbre, la disciplina, la educación y las diversas inclinaciones. «Este humor fija en los melancólicos los objetos más adecuados a sus condiciones de vida y a sus acciones ordinarias y los dispone de acuerdo con sus diversos intereses y vocaciones»[1508]. Si un hombre ambicioso se vuelve melancólico, inmediatamente piensa que es un rey, un emperador, un monarca, y pasea solo, complaciéndose con la esperanza vana de un ascenso futuro o presente, según supone, y además representa el papel de un señor, asume que es un hombre de estado o *magnifico,* hace despedidas, ofrece entretenimientos, aparenta grandeza, etc. Cristóbal de Vega hace mención de otro conocido suyo que pensaba que era un rey expulsado de su reino[1509] y estaba muy impaciente por recuperar su estado. Una persona codiciosa está siempre ocupada con la compra de tierras y viviendas, tramando en la cabeza cómo conseguir estas o aquellas haciendas, como si ya fuese su señor y capaz de afrontarlo; todo lo ve que es suyo, lo ha consumido con la esperanza o incluso con la convicción de que es suyo; como aquel en Ateneo[1510], que pensaba que todos los barcos del puerto eran suyos. Un enamorado lascivo maquina todo el día para complacer a su amada, actúa y se contonea como si ella estuviera presente, soñando siempre con ella, como el *Glicerio* de Pánfilo, o como hacen algunos en su sueño matutino. Marcelo Donato[1511] conocía a una mujer así en Mantua, llamada Elionora Meliorina, que creía constantemente que estaba casada con un rey y «se arrodillaba y le hablaba como si él estuviera presente allí con sus compañeros; y si por casualidad se había encontrado un trozo de cristal en un estercolero o en la calle, decía que era una joya que le había mandado su señor y esposo». Si es devoto y religioso está por el ayuno, la oración, las ceremonias, las limosnas, las interpretaciones, las visiones, las profecías, las revelaciones, está inspirado por el Espíritu Santo, lleno de espíritu[1512]; tan pronto está salvado como condenado, o siempre preocupado por sus pecados, seguro que el demonio le cogerá, etc. Más sobre esto, se ofrecerá en la tercera parte, sobre la melancolía amorosa. La mente del estudioso está ocupada con sus estudios, se felicita por lo que ha hecho o espera hacer, despreciando toda censura; envidia a uno, imita a otro; o si no, se consume con dolores incansables y meditaciones[1513].

Y así los demás, todos los cuales varían de acuerdo con la impresión más floja o más violenta del objeto, o según aumente o disminuya el humor mismo. Pues algunos son melancólicos tan levemente que en su talante y en la per-

cepción externa apenas se puede discernir, aunque sea para ellos una carga intolerable que no se puede soportar. «Algunos signos están ocultos, otros son manifiestos»[1514] y obvios para todos y en todo momento; algunos lo son para pocos, o pocas veces o apenas se perciben; de forma que si guardan para sí sus fantasías nadie lo notará o lo sospechará. «No expresan de forma externa sus imaginaciones depravadas», como observa Hércules de Sajonia, «sino que las ocultan totalmente para sí, y son muy sabios, como he visto a menudo; algunos temen, otros no temen en absoluto, como los que se creen reyes o muertos; algunos tienen más signos, otros menos; algunos grandes, otros pequeños», algunos se enojan, se incomodan, siempre temen, se entristecen, se lamentan, sospechan, se ríen, cantan, lloran, se enojan, etc., en accesos (como ya he dicho) o de forma más duradera y permanente. Algunos desvarían por una cosa, y son muy infantiles y ridículos y en eso nos hemos de admirar, y sin embargo en todo lo demás son muy sabios y discretos.

En algunos, radica en la disposición; en otros, en el hábito, y al igual que escriben sobre el calor y el frío, podemos decir de este humor que uno es melancólico en octavo grado, otro dos grados menos, otro está a medio camino. Es extremadamente particular, «en razón de tres medios, cuatro tercios, cinco tercios, siete quintos de melancolía», etc.; todas estas proporciones geométricas son demasiado poco para expresarlo. «A bastantes les viene y les va esporádicamente, y en otros es continuo»[1515]. Muchos (dice Faventino[1516]) «sólo se ven afectados en primavera y otoño», otros una vez al año, como cuenta el romano Galeno[1517]; uno, sólo en la conjunción de la luna, o por orientaciones desfavorables de otros astros, a tal o cual hora y en momentos determinados, como las mareas[1518], o algunas mujeres cuando están embarazadas, como apunta Platter[1519], y si no, nunca; en otros está establecida y fija. Para uno, gobernado sin rumbo y siempre variable por el «fuego fatuo» de la fantasía, como la artritis o la gota erráticas, está aquí y allá, en cualquier articulación, siempre afectando a una u otra parte; o si el cuerpo está libre, afecta de mil formas a la mente. Otro tiene un ataque grave quizá una vez en su vida, o cada siete años, o cada cinco años, que lo lleva hasta el extremo de la locura, la muerte o el desvarío; y todo esto debido a algún accidente o perturbación muy fuerte, a un objeto terrible, y sólo durante un cierto tiempo, aunque quizá nunca antes haya sido así y nunca lo sea después. Un tercero se conmueve por todo objeto molesto, la mala fortuna, los desastres y las pasiones violentas –si no, estaría libre–, se atormenta una vez cada tres o cuatro años. Un cuarto, si todo queda en su mente o está ocupado, complacido o con buena compañía, está muy jovial y con buena complexión o si está ocioso o solo, está abatido, o arrastrado totalmente por sueños o fantasías agradables; pero si se le contradice o disgusta una vez,

> «no imagina nada más que tristeza en su corazón»,

se le altera la cara de repente, y el corazón se le apesadumbra, los pensamientos enfadosos le atormentan el alma y en un momento está abatido o cansado

de vivir y se quiere matar. Un quinto se queja en la juventud, el sexto en la mitad de la vida, el último en la senectud.

En general, se puede concluir así sobre la melancolía: que es muy agradable al principio[1520], digo, «un engaño de la mente muy agradable», un humor muy placentero, estar solo, vivir solo, pasear solo, meditar, estar en la cama días enteros, soñando despierto, por así decirlo, fraguándose mil imaginaciones fantásticas. Nunca se hallan más complacidos que de este modo, están en el paraíso por el momento y no pueden soportar que se les interrumpa; con el poeta, «dice: realmente, amigos, me habéis matado, no me habéis curado»[1521]; le habéis hundido, se queja, si le molestáis. Decidle los inconvenientes que vendrán después, qué será de esto: da igual, «como el perro al vómito», es tan agradable que no puede reprimirse[1522]. Puede continuar así quizá durante muchos años, debido a un temperamento fuerte o una mezcla de ocupaciones que puede desviar sus pensamientos. Pero, al final, su fantasía enloquece y, aunque ahora esté habituado a tales entretenimientos, éstos no pueden ya constituir su destino: la escena se altera de repente, el temor y la tristeza suplantan a esos pensamientos agradables, la sospecha, el descontento y la ansiedad perpetua les suceden en su lugar; y así, poco a poco, llamada por el resonante cuerno de la ociosidad y la soledad voluntaria, la melancolía, este enemigo mortal, se aproxima, «cuanto más se mueve su cabeza hacia las regiones del éter, más se prolongarán sus raíces en el Tártaro»[1523]. No era tan delicioso al principio cuanto amargo y agrio es ahora: un alma carcomida y atormentada por las preocupaciones y descontentos, «el disgusto de vivir», la impaciencia, la agonía, la inconstancia, la irresolución, les precipita en miserias indecibles. No pueden soportar la compañía, la luz o la vida misma, incapaces para la acción y lo demás. Sus cuerpos están delgados y secos[1524], macilentos, feos; sus miradas duras, muy apagadas, y sus almas están atormentadas, como si estuvieran más o menos enredadas, según haya sido dirigido el humor o según la duración del tiempo en que ha sido alterado.

Para discernir mejor todos estos síntomas, el árabe Al-Razí[1525] los sitúa en tres grados. El primero es el «falso pensamiento», las falsas imaginaciones o ideas perezosas, que confunde y amplifica, agravando todo lo que conciben o temen. El segundo es «hablar con falsedad lo pensado», hablar solos o usar voces, discursos desarticulados, irregulares, gestos obsoletos y, sencillamente, expresar sus ideas e imaginaciones del corazón con palabras y acciones, como reír, llorar, estar callados, no dormir, no comer su comida, etc. El tercero es poner en práctica lo que piensan o dicen[1526]. Savonarola (*De aegritudine, rub.* 11, tr. 8, cap. 1) lo confirma: «cuando empieza a expresar con palabras lo que concibe en su corazón, o habla lentamente, o va de una cosa a otra» (lo que Gordon[1527] llama « no tener ni pies ni cabeza»), está a medio camino. «Pero cuando empieza a actuar así, y lleva a cabo todas sus vanidades, está entonces en el punto álgido de la melancolía o de la misma locura». Este progreso de la melancolía se observa fácilmente en los que han estado afectados: al principio sonríen para sí, a la larga se ríen a carcajadas; al principio están solitarios, al

final no pueden soportar ninguna compañía, o si lo hacen, están atontados, carecen de sentido y de vergüenza, muy abatidos, no les preocupa lo que dicen o hacen, todas sus acciones, palabras o gestos son furiosos o ridículos. Al principio está afectada su mente, no atiende a lo que se le dice; si se le cuenta un cuento, llora al terminar, «¿qué has dicho?», pero al final murmura para sí, como las ancianas muchas veces, o los ancianos cuando se sientan solos; de repente ríen, gritan, vocean o huyen y juran que ven u oyen a actores, demonios[1528], duendes, fantasmas, dan golpes o se contonean, etc., y al final se vuelven jocosos. Como el del poeta, que «a veces tiene doscientos siervos, a veces diez», se viste y desviste solo y, descuidado al final, se vuelve insensible, estúpido o loco. Aúlla como un lobo, ladra como un perro, delira como Áyax y Orestes, oye música y gritos que no oye nadie más[1529], como hacía el que menciona Amatus Lusitanus (cent. 3, cura 55)[1530], o la mujer en Sprenger[1531] que hablaba muchas lenguas y decía que estaba poseída, el granjero de Prosper Calano[1532] que disputaba y hablaba sabiamente sobre filosofía y astronomía con Alexander Aquiles, su maestro en Bolonia (Italia). Pero ya he hablado de éstos.

¿Quién puede hablar lo suficiente de estos síntomas o prescribir reglas para aprenderlos? Como decía Eco al pintor en Ausonio: «Necio, ¿qué quieres? Si necesariamente tienes que pintarme, pinta una voz»; si quieres describir la melancolía, describe una idea fantástica, una imaginación corrupta, pensamientos vanos y diferentes. ¿Quién puede hacerlo? Las veinticuatro letras no crean más variedad de palabras en las distintas lenguas que la diversidad de síntomas que producen la ideas melancólicas en las diversas personas. Son irregulares, oscuros, variados, tan infinitos que ni el mismo Proteo era tan variado. Tan fácil es hacer un nuevo manto a la luna como un carácter único para los hombres melancólicos. Es igual de fácil encontrar el movimiento de un pájaro en el aire como el corazón del hombre, de un hombre melancólico, por lo confusos que están, digo, lo variados que son, lo entremezclados con otras enfermedades. Las especies están tan mezcladas (lo que ya he mostrado)[1533], como los síntomas; a veces con el dolor de cabeza, la caquexia, la hidropesía, el cálculo, como se puede percibir por los diversos ejemplos e ilustraciones recogidos por Hildesheim (*Spicilegia,* 2)[1534]; Mercurial (consil. 118, cap. 6 y 11), con el dolor de cabeza, la epilepsia, el priapismo; Trincavelli (consil. 12, libro 1, consil. 49), con la gota, el apetito canino; Montano (consil. 26, etc., 23, 234, 239), con la epilepsia, el dolor de cabeza, el vértigo, la licantropía, etc.; J. César Claudino (consult. 4, consult. 89 y 116), con la gota, las fiebres, hemorroides, cálculos, etc. ¿Quién puede distinguir estos síntomas melancólicos tan entremezclados con otros, o aplicarlos a sus diversas especies, confinarlos a un método? Es difícil, lo confieso. Sin embargo, me he servido de ellos como he podido y descenderé a particularizarlos de acuerdo con sus especies. Pues hasta ahora me he dilatado con listas o términos más generales, hablando indiscriminadamente de las señales ordinarias que aparecen en la mayoría de los escritores. No es que se vayan a encontrar todos en un solo

hombre, porque eso sería pintar un monstruo o una quimera y no un hombre; sino algunos en uno, otros en otro, y sucesivamente o en diversos momentos.

He sido lo más curioso posible al expresarlo y contarlo, no para vituperar a cualquier miserable, o por medio de la mofa (más bien les compadezco), sino para discernir mejor, para aplicarles remedios, y para mostrar que el mejor y más sano de todos nosotros corre grave peligro, para mostrar cuánto deberíamos temer nuestros mudables estados, recordar nuestras miserias y vanidades, examinarnos y humillarnos, buscar a Dios y pedirle misericordia; que no necesitamos ninguna disciplina para azotarnos, pues las llevamos en las entrañas, y nuestras almas están en un cautiverio miserable si la luz de la gracia y la verdad celestial no brillan constantemente sobre nosotros; y que con nuestra discreción nos moderemos, que seamos más prudentes y precavidos en medio de estos peligros.

MIEMBRO II, SUBSECCIÓN I

Síntomas de la melancolía de la cabeza

«Si no aparecen síntomas en el estómago, ni la sangre está afectada, y continúan el temor y la tristeza, se ha de pensar que el cerebro mismo está afectado, debido al jugo melancólico engendrado en él o enviado a él de otra forma; y ese jugo maligno procede de la destemplanza de la parte, o queda después de una inflamación»[1535]. Hasta aquí Lepois. Pero esto no siempre es cierto porque a menudo tanto la cabeza como los hipocondrios están afectados incluso en la melancolía de la cabeza. Hércules de Sajonia difiere aquí de la corriente usual de los escritores, considerando que los signos peculiares de la melancolía de la cabeza proceden sólo de la destemplanza de los espíritus en el cerebro, según sean calientes, fríos, secos, húmedos, «todo sin la materia, sólo con el movimiento y la tenebrosidad de los espíritus»[1536]; trata aparte la melancolía que procede de los humores por adustión, con sus diversos síntomas y curaciones. Las señales habituales, si están por esencia en la cabeza, son el enrojecimiento de la cara, una complexión muy sanguínea, en su mayor parte «con un color rojo subido», (alguno lo llama azulado), y a veces lleno de granos, con los ojos rojos[1537] (Avicena, libro 3, fen. 2, tr. 4, cap. 18, Duret y otros siguiendo a Galeno, *De affect.*, libro 3, cap. 6). Hércules de Sajonia, a esto del enrojecimiento de la cara añade la «pesadez de la cabeza, los ojos fijos y hundidos»[1538]. «Si procede de la sequedad del cerebro, entonces tienen la cabeza ligera, vertiginosa, y están muy inclinados a despertarse y a pasar meses enteros si dormir. Tienen pocas secreciones en los ojos y nariz»[1539], «y a menudo están calvos por el exceso de sequedad», añade Montalto (cap. 17). Si procede de la humedad, le siguen la torpeza, la somnolencia y el dolor de cabeza; y como encontró por experiencia propia Salustio Salviano (libro 2, cap. 2), son epilépticos, con multitud de humores en la cabeza. Son muy vergonzosos; si rubicundos, tienden a ruborizarse y a ponerse rojos en todas las ocasiones, «especialmente si les acecha algún miedo».

Pero el síntoma más importante que se ha de distinguir en este tipo de melancolía, como ya he dicho, es éste: que no hay signos notables en el estómago, los hipocondrios o parte alguna, «dignos», como los denomina Montalto[1540], de gran importancia, porque a menudo los dolores de estómago coinciden con ellos. La flatulencia es común a las tres especies, y no se excluye, sólo la de los hipocondrios es más flatulenta que el resto, dice Holler. Aecio (*Tetrabiblos*, libro 2, sec. 2, cap. 9 y 10) mantiene lo mismo: si hay más signos y más evidentes en la cabeza que en otra parte, el cerebro está afectado de forma primaria, y prescribe que se cure la melancolía de la cabeza por

medio de carnes, entre otras, sin flatulencia y con buen jugo, sin excluir la flatulencia o la sangre corrupta, incluso en la misma melancolía de la cabeza[1541]. Pero estos tres tipos se confunden a menudo, al igual que sus síntomas, como ya he probado. Los síntomas de la mente son las cogitaciones superfluas y continuas, «pues cuando la cabeza se calienta quema la sangre, y de allí proceden los humores melancólicos que afectan a la mente» (Avicena). Son muy coléricos y pronto encendidos, solitarios, tristes, a menudo callados, vigilantes, descontentos (Montalto, cap. 24). Si algo les preocupa no pueden dormir, sino que siempre se irritan hasta que otro objeto les mitigue o el tiempo lo consuma. Tienen dolores graves y perturbaciones mentales desmesuradas, temor, tristeza, etc., sin embargo no tan continuos, sino que a veces están felices, propensos a una risa abundante, los que es muy sorprendente y que ocurre, según la autoridad del mismo Galeno[1542], debido a la mezcla de la sangre: «si son rubicundos, se deleitan con las bromas, y a veces ellos mismos son burlones», presuntuosos y, como comenta Rodrigo de Vega sobre ese pasaje de Galeno, felices, ingeniosos, de disposición agradable, y sin embargo gravemente melancólicos inmediatamente después. «Aprenden sin profesor», dice Areteo y, como supone Laurens[1543], esos dolores salvajes y síntomas de los que se creen de cristal, jarros, plumas, etc., hablan lenguas extranjeras, etc., proceden «del calor del cerebro» (si es excesivo).

SUBSECCIÓN II

Síntomas de la melancolía flatulenta hipocondríaca

«En esta melancolía hipocondríaca o flatulenta, los síntomas son tan ambiguos», dice Crato en una de sus consultas a una noble[1544], «que los médicos más exquisitos no pueden determinar cuál es la parte afectada». M. Vlacich, consultado sobre una matrona noble, confesó lo mismo, que en esta enfermedad, él igual que Holler, Fracastoro, Falopio y otros, al ir a dar su sentencia sobre la parte que padecía la melancolía hipocondríaca, no podía adivinar a través de los síntomas qué parte estaba afectada de manera más especial. Algunos dicen que el vientre, otros el corazón, otros el estómago, etc., y por tanto, Crato (consil. 24, libro 1) asegura valientemente que, en la diversidad de síntomas que normalmente acompañan a esta enfermedad, «ningún médico puede decir verdaderamente qué parte está afectada». Galeno (*De locis affectis*, libro 3) enumera los síntomas habituales que repiten los modernos, sacándolos de Diocles; sólo le encuentro este error, que no pone el temor y la tristeza entre las demás señales. Trincavelli excusa a Diocles (libro 3, consil. 35) porque a menudo, en una cabeza y una constitución fuertes, estos síntomas no aparecen, debido a su valor y coraje. Hércules de Sajonia[1545] –al que suscribo– es de la misma opinión (que ya he tocado antes) de que el temor y la tristeza no son síntomas generales: algunos temen y no están tristes; algunos están tristes y no temen; algunos ni temen ni se apenan.

El resto son éstos (aparte del temor y la tristeza): «eructos fuertes, indigestiones asquerosas, calor en las entrañas, flatulencia y borborigmos en los intestinos, cólicos vehementes, dolor en el vientre y el estómago a veces después de la comida, que es difícil de digerir, mucho líquido en el estómago, esputos húmedos y sudor frío»[1546], «sudor inoportuno» por todo el cuerpo, como lo llama Octavio Horaciano (libro 2, cap. 5); «articulaciones frías, indigestión, no pueden soportar sus propios eructos repugnantes, tienenla flatulencia continua en los hipocondrios, el calor y los cólicos en los intestinos, el diafragma y los intestinos se les descolocan, las venas de los ojos se ponen rojas y se hinchan por los vapores y la flatulencia»[1547]. Les zumban los oídos una y otra vez, el vértigo y los vahidos les vienen esporádicamente, tienen sueños turbulentos, sequedad, delgadez; son propensos a sudar por cualquier motivo, siendo de todos los colores y complexiones. Muchos sienten mucho calor, especialmente después de las comidas, síntoma del que estaba muy afectado el cardenal Cesio, y del que se quejaba Prosper Calano, su médico; no podía comer o beber una copa de vino sin ponérsele roja la cara, como si hubiese estado en una fiesta del alcalde. Ese síntoma solo mortifica a muchos.

Algunos, además, son negros, pálidos, rubicundos, a veces les duelen los hombros y los omóplatos, tienen latidos por todo el cuerpo, temblores repentinos, palpitaciones del corazón, y el «dolor cardíaco», un dolor en la boca del estómago que hace pensar al paciente que le duele el mismo corazón, y a veces tienen sofoco, respiración breve, flatulencia fuerte, pulso fuerte, desmayo[1548]. Montano (consil. 55), Trincavelli (libro 3, consil. 36 y 37), Fernel (consil. 43), Frambesarius (*Consult.*, libro 1, consil. 17), Hildesheim, Claudino, etc., dan ejemplos de cada uno.

Los síntomas peculiares que pertenecen propiamente a cada parte son éstos. Si procede del estómago, dice Savonarola[1549], está lleno de dolor y de flato. Guianerius añade el vértigo, la náusea, el escupir mucho, etc. Si procede del mesenterio, hay inflamación y flato en los hipocondrios, repugnancia y ganas de vomitar, de expulsar. Si procede del corazón, hay en él dolor y temblor, mucha pesadez. Si procede del hígado, hay normalmente un dolor en el hipocondrio derecho. Si procede del bazo, dureza y dolor en el hipocondrio izquierdo, borborigmos, mucho apetito, y poca digestión (Avicena). Si procede de las venas meseraicas y del hígado por otra parte, poco o ningún apetito (Hércules de Sajonia). Si procede de los hipocondrios, borborigmos, hinchazón, la digestión se interrumpe, se eructa a menudo, etc. Y de estas indigestiones, ascienden vapores flatulentos al cerebro que afectan a la imaginación y causan temor, tristeza, torpeza, pesadez, muchas fantasías y quimeras terribles, como bien observa Lemnio (libro 1, cap. 16): «al igual que una nube negra y espesa oculta el sol e intercepta sus rayos y su luz, así este humor melancólico obnubila la mente, la fuerza a muchos pensamientos e imaginaciones absurdos», y obliga a hombres buenos, sabios, discretos (ascendiendo al cerebro desde las partes inferiores, «como el humo que sale de la chimenea») a desvariar, a hablar y hacer lo que no conviene a sus personas, profesión y sabiduría. Uno, debido a los vapores ascendentes y a los cólicos que rugen abajo, no creerá sino que tiene serpientes en los intestinos, una víbora; otro, ranas. Tralles cuenta la historia de una mujer que imaginaba que se había tragado una anguila o serpiente; y Felix Platter (*Observationes*, libro 1) ofrece un ejemplo memorable de un compatriota suyo que, al caer por casualidad en un pozo donde había ranas y renacuajos, tragó un poco de esa agua y empezó a sospechar que también había tragado renacuajos, y con esa idea y temor su fantasía lo elaboró hasta tal punto que pensó verdaderamente que tenía renacuajos vivos en el estómago, «que vivían de su alimento», y estaba tan convencido de ello que durante muchos años después no se le pudo rectificar su idea. Estudió medicina durante siete años seguidos para curarse, viajó a Italia, Francia y Alemania para hablar con los mejores médicos sobre ello, y en el año 1609 le pidió consejo a él entre otros. Le dijo que era flato, su imaginación, etc., pero «él le contradecía obstinadamente y mantenía su punto de vista oralmente y por escrito». Nada de lo que le decían valía, no era un flato, sino ranas reales, «¿no las oyes croar?» Platter quería engañarle poniendo ranas de verdad en sus excrementos; pero él, al ser médico, no se dejaba engañar, «era un hombre

sabio y prudente», doctor en medicina, y después de siete años de este tipo de desvarío, «la fantasía le liberó» y se curó. Laurens y Goulart recogen muchos ejemplos semejantes, si tenéis ganas de leerlos. Estos flatulentos tienen una ventaja sobre los demás que son melancólicos: son «lúcidos a intervalos», sus síntomas y dolores no son normalmente tan continuos como el resto, sino que el temor y la tristeza y el resto vienen esporádicamente. Sin embargo, en otra cosa superan a los demás, y es que son lujuriosos, incontinentes e inclinados a los placeres venéreos debido a la flatulencia[1550], «se enamoran fácilmente, y casi de cualquier mujer» (Jason Pratis). Al-Razí[1551] es de la opinión de que Venus les hace a muchos mucho bien. Los otros síntomas de la mente son comunes con el resto.

SUBSECCIÓN III

Síntomas de la melancolía que abundan en todo el cuerpo

Los cuerpos que se ven afectados por esta melancolía universal son en su mayoría negros, «el jugo melancólico es redundante por todas partes»[1552], son hirsutos, y flacos, tienen las venas gruesas, su sangre es densa y espesa. «Su bazo es débil»[1553] y el hígado es propenso a engendrar este humor; han llevado una dieta mala o se les ha interrumpido alguna evacuación, como las hemorroides o la regla en las mujeres, cosa que Trincavelli[1554], en la curación, considera que se ha de indagar cuidadosamente, y además observar de qué complexión es el individuo, negra o roja. Pues, como afirman Forest y Holler, si son negros[1555], procede de la abundancia de la melancolía natural; si procede de las preocupaciones, la agonía, los descontentos, la dieta, el ejercicio, etc., pueden ser también de otro color (rojo, amarillo, pálido, como negro), y sin embargo su sangre puede estar corrupta: «esa gente es normalmente rubicunda, a menudo amarilla» (dice Montalto, cap. 22). La mejor forma de discernir este tipo de melancolía es dejarles sangrar[1556]: si la sangre está corrupta, es espesa y negra, y están además libres de los síntomas hipocondríacos, y no tan gravemente afectados por ellos o por los de la cabeza, argumenta que son melancólicos «por todo el cuerpo». Los vapores que genera esta sangre corrupta trastornan la mente y les vuelven temerosos y tristes, apesadumbrados como los demás, abatidos, descontentos, solitarios, silenciosos, cansados de vivir, torpes y pesados, o felices, etc. Y si se va más lejos, en ellos es verdad lo que deseaba Apuleyo a su enemigo por medio de la imprecación: «los huesos de los muertos, los duendes, los fantasmas, están siempre en su mente, y se los encuentran a cada momento; todos los cocos de la noche y los terrores, los duendecillos de tumbas y sepulturas están ante sus ojos y en sus pensamientos, como ocurre con las mujeres y los niños si están solos en la oscuridad»[1557]. Si oyen o leen o ven algún objeto trágico, se les mete en la cabeza; tienen miedo de la muerte, y sin embargo están cansados de vivir. Por sus humores descontentos, pelean con todo el mundo, critican amargamente, acusan satíricamente, y como no puedan desahogar sus pasiones o recuperar lo perdido según sus deseos, se vengan de sí mismos al final dándose muerte violenta.

Subsección IV

Síntomas de la melancolía de las doncellas, monjas y viudas

Puesto que Luis Mercado (en su segundo libro *De mulierum affectionibus*, cap. 4), y Rodrigo de Castro (*De morbis mulierium*, cap. 3, libro 2), dos famosos médicos españoles, y Daniel Sennert de Wittenberg (libro 1, part. 2, cap. 13), con otros, se han dignado, en sus obras publicadas no hace mucho, a escribir dos tratados precisamente «sobre la melancolía de las doncellas, monjas y viudas» como un tipo particular de melancolía (que ya he especificado) distinto del resto, pues se diferencia mucho de lo que les ocurre normalmente a los hombres y a otras mujeres. Al tener una sola causa peculiar de las mujeres exclusivamente, no lo puedo omitir, en este examen general de los síntomas melancólicos, para establecer las señales particulares de los individuos afectados así.

Las causas de esta feroz enfermedad se atribuyen siguiendo a Hipócrates, Cleopatra, Moscion y los antiguos «escritores de enfermedades femeninas», en las doncellas más ancianas, viudas y mujeres estériles, a que «debido al diafragma», dice Mercado, el corazón y el cerebro están afectados por los vapores viciosos que proceden de la sangre menstrual. Rodrigo añade: «una inflamación de la espalda», que con el resto está afectada por la exhalación fuliginosa de una semilla corrupta, atormentando así al cerebro, el corazón y la mente; el cerebro, digo, no en esencia, sino por consenso. «Pues, en una palabra, toda la enfermedad procede de esa inflamación, de esa podredumbre, de los vapores negros humeantes», etc.; de allí vienen las preocupaciones, la tristeza, y la ansiedad, la ofuscación de los espíritus, la agonía, la desesperación y cosas semejantes, que aumentan o remiten, «si el ardor amatorio se incrementa» o cualquier otro objeto violento o perturbación mental. Esta melancolía les puede ocurrir a las viudas, con muchas preocupaciones y tristeza, como ocurre frecuentemente debido a una alteración repentina de su ritmo de vida habitual, etc.; a las que están de sobreparto «por falta de purgación»; pero en las monjas y doncellas más ancianas y algunas mujeres estériles, por las causas ya mencionadas, es más habitual, «les ocurre a éstas más a menudo que a las demás, dice Rodrigo». Las demás no se excluyen totalmente.

Aparte de estas causas, Rodrigo lo define, con Areteo, como una «mortificación mental», una tristeza repentina por poco o ningún motivo con una especie de desvarío y pena de una u otra parte, la cabeza, el corazón, el pecho, los costados, la espalda, el vientre, etc., con mucha soledad, lloro, ensimismamiento, etc., de los que se libran a veces de repente, porque va y viene esporádicamente, y no es tan permanente como otra melancolía[1558].

Pero, para dejar esta breve descripción, los síntomas más ordinarios son éstos: «un latido en la espalda», que es casi perpetuo, la piel es muchas veces áspera, escuálida, especialmente, como observa Areteo, en los brazos, rodillas y nudillos. El diafragma y las entretelas se queman y laten de manera terrible, y cuando se agita este vapor o humo y huye hacia arriba, el mismo corazón late, está muy dolorido y desfallece, «las gargantas se obstruyen por la sequedad, de modo que difícilmente se puede resolver por la estrangulación del útero», como ataques de la matriz. «En la mayoría, el vientre no produce nada, en otros se vuelve exiguo, acre, bilioso y la orina blanca». Se quejan muchas veces, dice Mercado, de un gran dolor de cabeza o cerca del corazón, y en los hipocondrios e igualmente en el pecho, que está a menudo dolorido; a veces están a punto de desmayarse, se les inflama la cara y se les pone roja, están secas, sedientas y de repente calientes, muy afectadas por el flato, no pueden dormir, etc. Y de ahí procede «un tipo brutal de desvarío», el sueño atormentado, los sueños terribles por la noche, «un tipo estúpido de vergüenza» en algunas ideas y opiniones perversas, desaliento mental, mucho descontento, juicios absurdos[1559]. Son propensas a odiar, disgustar, desdeñar, a cansarse de cualquier objeto, etc.; casi cualquier cosa les es odiosa, se consumen, faltas de consejo, están prestas a llorar y temblar, temerosas, miedosas, tristes y sin esperanza de mejor suerte. No se deleitan con nada por el momento, sino que les gusta estar solas y solitarias, aunque eso les haga más daño. Y así, están afectadas mientras dura este vapor, y de pronto tan alegres y felices como siempre han estado en su vida, cantan, hablan, y se ríen con cualquier buena compañía, en toda ocasión. Y de este modo las prende esporádicamente una y otra vez, salvo que la enfermedad esté arraigada y entonces es más frecuente, vehemente y continuada.

Muchas no saben cómo expresarse con palabras, o decir cómo las afecta, qué les duele; no se las puede entender bien, ni asegurar lo que hay que hacer por lo que ellas dicen. A veces van tan lejos, están tan atontadas y distraídas que se creen embrujadas, están desesperadas, «prontas al llanto y a la desesperación». «Les duele ya el pecho, ya los hipocondrios», añade Mercado, el vientre y los costados, luego el corazón y la cabeza; ahora les molesta el calor, luego el flato, ahora esto, luego aquéllo, se cansan de todo. Y, sin embargo, no quieren ni pueden decir cómo, dónde o qué les molesta[1560], aunque estén con un gran dolor, agonía, y frecuentemente se quejen, se duelan, suspiren, lloren, y estén siempre descontentas, «sin causa aparente», en su mayor parte. Sin embargo, digo, se quejarán, envidiarán, lamentarán y no se persuadirán sino de que están atormentadas por un espíritu maligno, lo cual es frecuente en Alemania, dice Rodrigo, en la clase media. Y las que están afectadas más gravemente (pues define tres grados de esta enfermedad en las mujeres), están desesperadas, seguramente hechizadas o embrujadas, y en los extremos de su desvarío, cansadas de vivir, algunas intentarán suicidarse. Algunas creen tener visiones, hablan con espíritus y demonios, creen estar con seguridad malditas, tienen miedo de alguna traición, algún peligro inminente

y cosas similares, no quieren hablar ni responder a ninguna pregunta, sino que están casi absortas, locas o estúpidas durante un rato y repetidas veces. Y así las prende, según estén más o menos afectadas, y según aumente o disminuya el humor interno, o por objetos externos y agravamiento de las emociones, la soledad, la ociosidad, etc.

Hay muchas otras enfermedades, muchas enfermedades salvajes, que ocurren a las mujeres jóvenes por esa causa única especificada antes. No voy a mencionar todos sus nombres; sólo la melancolía es el tema de mi discurso actual, del cual no me voy a apartar. Las diversas curaciones de esta enfermedad, en lo relativo a la dieta, que debe ser muy frugal, con flebotomía, medicina, remedios internos y externos, están por extenso en Rodrigo de Castro[1561], Sennert y Mercado, para quien quiera hacer uso de ello, si es preciso. Pero el remedio mejor y más seguro de todos es verlas bien situadas y casadas con buenos maridos a su tiempo; «de ahí las lágrimas», esa es la causa principal y esa la curación apropiada para que den contento a sus deseos. No escribo esto para apoyar a ninguna libertina, coqueta ociosa, a mujeres lascivas o ligeras, que muchas veces son demasiado desenvueltas, irrefrenables y prestas a arrojarse al primero que se acerque, sin ningún cuidado, consejo, prudencia y juicio. Si la religión, la buena disciplina, la educación honesta, la exhortación saludable, las buenas promesas, la fama y la pérdida del buen nombre no pueden inhibirlas y disuadirlas (a las que no pueden elegir, sino que deberían ser doncellas castas y cuerdas), el trabajo y el ejercicio, una dieta estricta, el rigor y las amenazas se pueden usar más oportunamente y son capaces por sí mismas de modificar y desviar un temperamento mal dispuesto. Pues pocas veces veréis una criada asalariada, una pobre asistenta, aunque sea anciana, que se mantenga trabajando duramente en tareas físicas, una criada vulgar campesina, afectada de esta manera, sino vírgenes nobles, damas hermosas, solitarias y ociosas, que viven descansadamente y llevan una vida sin acción ni ocupación, que lo pasan bien en grandes casas y compañías joviales, pero mal dispuestas quizá por sí mismas, y sin desear oponer ninguna resistencia, sino descontentas, de juicio débil, cuerpos dispuestos, y sujetas a pasiones («las vírgenes añosas, dice Mercado, las estériles y las viudas son generalmente melancólicas»); en su mayoría, están afectadas e inclinadas a esta enfermedad. No me compadezco de las que pueden ser aliviadas de algún modo, sino sólo de aquellas que por un temperamento fuerte, una constitución innata, se ven arrastradas violentamente con este torrente de humores internos, y aunque sean de sí muy modestas, sobrias, religiosas, virtuosas y bien inclinadas (como muchas doncellas así afectadas), sin embargo no pueden resistir; estas molestias aparecerán, esta enfermedad tendrá lugar y se muestra claramente y no se las puede ayudar de otro modo. ¿Pero dónde estoy? ¿En qué tema me he precipitado? ¿Qué tengo que ver con las monjas, doncellas, vírgenes, viudas? Yo mismo estoy soltero y llevo una vida monástica en un colegio universitario, «realmente es muy necio que diga esto», lo confieso, es indecoroso y al igual que Palas, una doncella, se sonrojaba cuando Júpiter por casualidad hablaba

de temas amorosos en su presencia, y volvía la cara, «me reprimiré», aunque mi tema necesariamente lo requería, no diré nada más.

No obstante, tengo que decir algo más, y lo diré; añadiré una palabra o dos «en favor de las doncellas y las viudas», en favor de todas esas personas así angustiadas, en conmiseración hacia su estado actual. Y así como no puedo elegir más que condolerme de la desgracia de los que padecen esta enfermedad y están desamparados de toda ayuda en este caso, debo criticar necesariamente contra los que les están perjudicando más que las causas manifiestas, y a los que les ponen tan amarga prueba: los pseudo-políticos tiranos, las órdenes supersticiosas, los votos imprudentes, los padres de duro corazón, las guardesas, los amigos artificiosos, los aliados (llámales como quieras), los inspectores descuidados y estúpidos, que por el «qué dirán», por la codicia, por la supina negligencia o por sus propios fines privados («estando ellos mismos bien situados mientras tanto») pueden rechazar de forma tan rigurosa, descuidar tan obstinadamente y despreciar impíamente, sin ningún remordimiento ni compasión, las lágrimas, suspiros, gemidos y miserias graves de esas pobres almas puestas a su cargo. ¡Cuán odiosos y abominables son esos votos supersticiosos y precipitados de los monasterios papistas, que obligan y fuerzan a hombres y mujeres a hacer voto de virginidad, a vivir solteros contra las leyes de la naturaleza, siendo opuesto a la religión, a la norma y a la humanidad, sufrir esa necesidad, proponer tal violencia, suprimir el vigor de la juventud mediante estatutos rigurosos, con leyes severas, persuasiones vanas, privándoles de aquello a lo que se ven tan furiosamente inclinados por su temperamento interior, arrastrados por la urgencia! Y a veces se les precipita, incluso se les conduce de forma irresistible al perjuicio de la salud de sus almas y del buen estado corporal y mental. ¡Y todo por prejuicios personales, para mantener sus toscas supersticiones, para enriquecerse a sí mismos y a sus territorios, como falsamente suponen, impidiendo algunos matrimonios, para que el mundo no se llene de mendigos y sus parroquias no se carguen de huérfanos! ¡Estúpidos políticos! ¿Acaso hay que hacer tal ignominia? «¿Se deben llevar así las cosas?» Es mejor casarse que quemarse, dice el Apóstol, pero se les ha convencido de lo contrario. Apagarán por todos los medios la casa de sus vecinos si se está quemando, pero del fuego de la lujuria, que les destroza en su interior con llamas tan lamentables, no se darán cuenta; a menudo sus vientres, carne y sangre arderán y se quemarán así, y no lo verán. «Es desgraciado», dice Agustín, «el que no puede compadecerse a sí mismo», y ellos son desdichados porque no se tienen piedad, son ciegos alo que es bueno para todos y, por tanto, lo sería para su propio estado. Pues, aunque consideren las temibles enfermedades, los males salvajes, los grandes inconvenientes que les vienen a ambos sexos por esta templanza forzada (me atormenta pensarlo, mucho más que contarlo), los frecuentes abortos y asesinatos de niños en los conventos (leed a Kemnisius y otros)[1562] sus famosas fornicaciones, los putos, mujeres de mala vida, cortesanas, etc.; las violaciones, incestos, adulterios, masturbaciones, pederastias, sodomías de monjes y frailes. Véanse las consultas en aba-

días de Bale, Mercurial[1563], Rodrigo de Castro, P. Forest y varios médicos; conozco sus defensas y excusas habituales para estas cosas, «pero que lo examinen los políticos, médicos y teólogos», que yo me los encontraré a ellos más oportunamente en otro lugar[1564].

> «De esas viudas y de estas vírgenes soy defensor; no me achaques otra cosa, no se añadan otras palabras».

Causa inmediata de estos síntomas precedentes

Para satisfacer a los hombres melancólicos que están afectados con estos síntomas, en mi opinión, no se pueden tomar mejores medidas que mostrarles las causas de donde proceden; no de los demonios, como suponen, ven u oyen, o de que están embrujados o desamparados por Dios, etc., sino de las causas naturales e internas, de modo que conociéndolas así puedan evitar mejor sus efectos o al menos soportarlos con más paciencia. Aecio discute por extenso la razón por la que son así (*Tetrabiblos*, 2, 2, en su primer problema), siguiendo a Galeno (*De causis*, libro 2, sympt. 1). Pues Galeno lo imputa todo al frío, que es negro, y piensa que al oscurecerse los espíritus y al volverse la sustancia del cerebro vaporosa y oscura, todos los objetos se muestran terribles, y la mente misma, por esos vapores opacos, oscuros y densos, que ascienden de los humores negros[1565], está en una oscuridad, temor, y tristeza continuas. Inmersos ficciones terribles y monstruosas de mil formas, creen que ocurren, sienten emociones violentas, por todo lo cual son atormentados y eclipsados el cerebro y la fantasía. Fracastoro (*De intellectione*, libro 2) considera al frío como la causa del temor y la tristeza, «pues los que son fríos están mal dispuestos a la alegría, son torpes y pesados, por naturaleza solitarios y callados; y no por una oscuridad interna (como piensan los médicos), pues muchos melancólicos se atreven valientemente a estar, continuar y pasear en la oscuridad y se deleitan con ella»[1566]. «Sólo los fríos son tímidos», si son calientes, son felices; cuanto más calientes, más furiosos y desprovistos de temor, como se ve en los locos. Pero esta razón no se sostiene, pues entonces ningún melancólico, por la cólera adusta debería temer. Averroes se mofa de Galeno por sus razones y da cinco argumentos para refutarle, al igual que Hécules de Sajonia (*Tractatus de melancholia*, cap. 3), atribuyéndolo a otras causas, que son censuradas y refutadas abundantemente por Elião Montalto (cap. 5 y 6), Luis Mercado (*De internorum morborum curationem*, libro 1, cap. 17), Altomari (*De melancholia*, cap. 7), Guianerius (tr. 15, cap. 1), Bright (cap. 37), Laurens (cap. 5), Valesius (*Med. controversiae*, libro 5, cont. 1). «La destemplanza», concluyen, «ennegrece el jugo, la negritud oscurece los espíritus, los espíritus oscurecidos causan temor y tristeza». Laurens supone que estos vapores negros afectan especialmente al diafragma y así, en consecuencia, a la mente, que se oscurece como el sol por una nube[1567]. Esta opinión de Galeno la suscriben casi todos los griegos y árabes, los latinos antiguos y modernos, «del mismo modo que los niños se asustan en la oscuridad, también los melancólicos en todo momento», por tener la causa interna con ellos y siempre la llevan consigo[1568].

No importa si estos vapores negros proceden de la sangre negra alrededor del corazón (como piensa Thomas Wright, el jesuita, en su tratado sobre las pasiones de la mente), o del estómago, el bazo, el diafragma, o de todas las partes afectadas a la vez; mantienen a la mente en una mazmorra perpetua y la oprimen con miedos continuos, ansiedades, tristezas, etc. Es habitual que los que están sanos se rían de esta pusilanimidad abatida y de los demás síntomas de la melancolía, que se diviertan con ellos y se pregunten si se podrán resistir y aguantar ante tales entretenimientos y tonterías, como deberían. Pero que quien se pregunte eso considere para sí: si alguien le dijese de repente que uno de sus amigos más especiales ha muerto ¿podría elegir no apenarse? O ponedle en una roca escarpada, donde esté en peligro de precipitarse, ¿podría estar seguro? Su corazón temblaría de miedo y su cabeza se sentiría mareada. P. Bairo *(Tractatus de peste)* da un ejemplo (como ya he dicho): «pongamos por caso (dice) a uno que anda sobre un tablón: si está sobre el suelo, puede hacerlo sin peligro, pero si el mismo tablón se pone encima de unas aguas profundas, en vez de un puente, creerá que se mueve mucho, y no es más que su imaginación, "la idea de caerse", a la que obedecen el resto de sus miembros y facultades». Sí, pero podéis inferir que esos hombres tienen una causa justa para temer, un verdadero objeto de temor; así mismo los melancólicos tienen una causa interna, un vapor y oscuridad perpetuos que causan temor, pena, sospecha, que llevan consigo, un objeto que no se puede quitar, sino que se adhiere tanto y es tan inseparable, como la sombra del cuerpo, ¿quién puede expulsar a su sombra o adelantarla? Suprimid el calor del hígado, la frialdad del estómago, la debilidad del bazo; quitad los humores adustos, y los vapores que surgen de ellos, la sangre negra del corazón, todas las perturbaciones externas; quitadles la causa y ordenadles entonces que no se entristezcan ni teman, ni estén pesados, torpes, estúpidos: si no quitáis la causa, ningún consejo les hará el menor bien, igual podríais ordenar al que está enfermo con fiebre que no esté sediento, o al que está herido que no sienta dolor.

La sospecha sigue al temor y a la tristeza inmediatamente, surgiendo de la misma fuente, como piensa Fracastoro[1569], «que el temor es la causa de la sospecha y siempre sospechan que una traición o una maquinación secreta se ha de forjar contra ellos», siempre desconfían. El descontento procede del mismo origen, la variedad de vapores hace que alternen el gusto y el disgusto. La soledad, evitar la luz, el que estén cansados de vivir, que odien el mundo, se originan en las mismas causas, porque sus espíritus y humores se oponen a la luz, el miedo les hace evitar la compañía y ausentarse para que no se les maltrate, se les silbe o ellos mismos se excedan, cosas que siempre sospechan. Están inclinados a la lujuria debido a la flatulencia. Se hallan enfadados, irascibles, y siempre displicentes, por la abundancia de cólera, que les causa sueños temibles y perturbaciones violentas tanto dormidos como despiertos. El que supongan que no tienen cabeza, que vuelan, que se hunden, que son jarrones, de cristal, etc., es el flato en su cabeza. Hércules de Sajonia[1570] atribuye esto a los diversos movimientos de los espíritus animales: «su dilatación, con-

tracción, confusión, alteración, tenebrosidad, destemplanza fría o caliente», excluyendo todos los humores materiales. Fracastoro considera «algo digno de examen el por qué han de mantener esas falsas ideas, como que tienen cuernos, narices grandes, que son pájaros, animales, etc.», por qué se creen reyes, *lords*, cardenales. Para lo primero, Fracastoro da dos razones: «una es la disposición del cuerpo, la otra la ocasión de la fantasía», como el que sus ojos estén cegados, les zumben los oídos, debido al frío y al reuma, etc. A la segunda responde Laurens: la imaginación, movida desde el interior o el exterior, induce en el entendimiento no sólo tentaciones para favorecer la pasión o el disgusto, sino un placer muy intenso que sigue a la pasión o al disgusto, y la voluntad y la razón se ven cautivados al deleitarse en ello.

¿Por qué los estudiantes y amantes están tan a menudo melancólicos y locos? Los filósofos de Coimbra[1571] lo atribuyen a este motivo: «porque por una meditación vehemente y continua de aquello con lo que están afectados, llevan los espíritus al cerebro y con el calor traído con ellos se encienden sobremanera; y las celdas de los sentidos internos disipan su temperatura y, al disiparla, no pueden llevar a cabo sus oficios como deberían».

¿Por qué los melancólicos son inteligentes, como mantuvo Aristóteles antiguamente en sus *Problemas*, y todos los sabios, filósofos famosos, legisladores «han sido siempre melancólicos»[1572]? Es un problema muy controvertido. Jason Pratis lo considera propio de la melancolía natural, opinión a la que se inclina Melanchthon (en su libro *De anima*) y Marsilio Ficino (*De sanitate tuenda*, libro 1, cap. 5), pero no de la melancolía simple, pues ésa, al ser fría y seca, hace a los hombres estúpidos, pesados, torpes, temerosos, necios y solitarios, sino mezclada con otros humores (exceptuando la flema) que no sean adustos, sino mezclados de tal forma que la sangre sea la mitad, con poca o ninguna adustión, de modo que no estén demasiado calientes ni demasiado fríos. Pietro Abano, citado por Melanchthon, piensa que procede de la melancolía adusta, excluyendo toda la melancolía natural demasiado fría. Laurens condena su afirmación, porque la adustión de los humores vuelve locos a los hombres, igual que se quema la cal cuando se le echa encima agua. Debe estar mezclada con sangre y un poco adusta, y así se puede verificar el viejo aforismo de Aristóteles: «no hay gran inteligencia sin una mezcla de locura». Fracastoro decidirá la controversia[1573]: «los flemáticos son torpes; los sanguíneos animados, agradables, aceptables y felices, pero no inteligentes; los coléricos son demasiado rápidos en los movimientos, y furiosos, impacientes en la contemplación, genios embusteros; los melancólicos tienen los ingenios más excelentes, pero no todos. Este humor puede ser caliente o frío, espeso o tenue: si es demasiado caliente, están furiosos y locos; si demasiado frío, torpes, estúpidos, temerosos y tristes; si templado, excelentes, más bien inclinados al extremo del calor que al del frío». Esta afirmación suya está de acuerdo con la de Heráclito, una luz seca hace a la mente sabia, el calor y la sequedad templados son las causas principales de un buen ingenio; por lo tanto, dice Elião, el elefante es el animal más sabio de todos, porque su cerebro es el más seco,

«y por la abundancia de la atrabilis». Cardano aprueba esta razón (*De subtilitate*, libro 12). J. Baptista Silvaticus, médico de Milán, en su primera controversia, ha manejado abundantemente esta cuestión, y lo mismo Rulandus en sus problemas, y L. Ricchieri (libro 17), Valleriola (6, *Narrat. med.*), Hércules de Sajonia (*Tractatus posthumus de melancholia*, cap. 3), Luis Mercado (*De internorum morborum curationem*, cap. 17), Giambattista della Porta (*Physiognomica*, libro 1, cap. 13), y muchos otros.

Llorar, suspirar, reír, anhelar, temblar, sudar, sonrojarse, oír y ver ruidos y visiones extrañas, tener flatulencia, indigestión, son movimientos del cuerpo que dependen a su vez de sus precedentes movimientos de la mente. Y las lágrimas no son emociones, sino acciones (como sostiene Escalígero); «la voz de los que tienen miedo tiembla, porque su corazón se agita» (*Conimb.*, prob. 6, sec. 3, *De somno*). Las razones por las que tartamudean o balbucean sus palabras las dan Mercurial y Montalto (cap. 17) siguiendo a Hipócrates: «la sequedad que entorpece los nervios de la lengua». Aecio considera que el hablar deprisa (que es un síntoma de unos pocos) está causado por la abundancia de flato y la rapidez de imaginación. La calvicie procede del exceso de sequedad; la vellosidad, del temperamento seco. La causa de las muchas vigilias es el cerebro seco, la continua meditación, el descontento, los temores y las preocupaciones, que no soportan que la mente esté en reposo. La incontinencia procede del flato y del hígado caliente (Montano, cons. 26). Los borborigmos de los intestinos los causa la flatulencia, y la flatulencia procede de una mala digestión, de la debilidad del calor natural o de un calor o frío destemplados. La palpitación del corazón procede de los vapores; la pesadez y el dolor, de la misma causa[1574]. La causa de que el vientre esté duro es la flatulencia, y también de las palpitaciones en muchas partes. El enrojecimiento de la cara y la picazón, como si les hubieran picado pulgas u hormigas, provienen de un flato sutil y agudo; el sudor frío, de los vapores que surgen en los hipocondrios, que atacan la piel[1575]; la debilidad, por falta de buena alimentación. Por qué su apetito es tan grande, lo responde Aecio[1576]: «el frío en las partes internas, el vientre frío», el hígado caliente causan indigestión y la intención procede de las perturbaciones; nuestra alma, por falta de espíritus, no puede atender exactamente a tantas operaciones intencionadas, queda exhausta y, dominada por la pasión, no puede considerar las razones por las que se la pueda disuadir de tales afecciones[1577].

La vergüenza y el sonrojo[1578] son pasiones propias únicamente de los hombres, y no sólo los causan la vergüenza y la ignominia, o que sean culpables de haber cometido algún acto malvado, sino que, como bien determina Fracastoro[1579], proceden «del miedo y de una conciencia de nuestros defectos; la cara se afecta y se atormenta al ver nuestros defectos, y la naturaleza, deseando ayudar, les envía allí el calor; el calor arrastra la sangre más sutil y, así, nos sonrojamos. Los que son valientes, arrogantes, y descuidados, se sonrojan pocas veces o nunca, salvo los que son temerosos». Anthonius Lodovicus (en su libro *De pudore*) considera que esta sangre sutil se eleva a la

cara, no tanto por la reverencia a nuestros superiores en su presencia, «sino por la alegría y el placer, o si algo nos ocurre de improviso, un accidente repentino o un encuentro» (cosa que confirma Disarius, citado por Macrobio), cualquier cosa que veamos u oigamos, pues los ciegos nunca se sonrojan, como observa Dandini[1580]; la noche y la oscuridad hacen atrevidos a los hombres. O al estar ante nuestros superiores o en una compañía que no nos gusta, o si algo nos molesta u ofende; entonces el enrojecimiento se vuelve rubor, el sonrojo una rojez permanente[1581]. A veces nos pica el extremo de la oreja, o está roja, en ocasiones toda la cara, «aunque no hayas hecho nada malo», como sostiene Ludovicus (aunque Aristóteles es de la opinión que «todo rubor procede de alguna falta»). Pero lo encontramos de otras formas: también puede proceder del temor, de la fuerza y la inexperiencia (así lo sostiene Dandini[1582]), como del vicio; del hígado caliente, dice Duret *(Notis in Hollericum);* «del cerebro caliente, de la flatulencia, de los pulmones calientes, o después de beber vino o bebidas fuertes, o después de perturbaciones», etc.[1583]

«Que Demócrito determine qué es la risa», dice Cicerón[1584], «cómo y dónde se causa y estalla tan de repente que, deseando reprimirla, no podemos; cómo viene a poseernos y agitarnos la cara, las venas, los ojos, el semblante, la boca, los costados». La razón por la que a menudo afecta tanto a los melancólicos la da Gómez Miedes (*De sale genial*, libro 3, cap. 18): la abundancia de vapores agradables, que, especialmente en la melancolía sanguínea, parte del corazón y «cosquillea el diafragma, porque es transversal y está lleno de nervios; por este cosquilleo se conmueve el sentido, las arterias se distienden o se tensan, y los espíritus se mueven desde allí y se apoderan de los costados, las venas, el semblante, los ojos». Véase más en Jossius *(De risu et fletu),* Vives (3, *De anima*). Las lágrimas, como las define Escalígero, proceden de la pena y la compasión, «o del calor de un cerebro húmedo, pues uno seco no puede llorar».

Ven y oyen muchos fantasmas, quimeras, ruidos, visiones, etc., como ha explicado por extenso Fyens en su libro sobre la imaginación, y Lavater (*De spectris*, part. 1, cap. 2, 3, 4); su fantasía corrupta les hace ver y oír lo que en realidad ni se ve ni se oye. «Los que ayunan mucho, o están faltos de sueño», como los melancólicos y enfermos, ven visiones, o a veces tienen la vista débil; son muy temerosos por naturaleza, están locos, distraídos, o buscan algo diligentemente. «Sueñan lo que desean», como dice el refrán. Como el español Sarmiento, que cuando fue enviado por el Virrey de Perú a descubrir el estrecho de Magallanes y a otros lugares remotos, estando en la cima de una colina, «imaginó que estaba viendo un valle muy ameno, con edificios magníficos, numerosas villas, torres altas, templos espléndidos» y ciudades valientes, construidas como las nuestras en Europa. No es que hubiese nada así, dice mi autor[1585], sino que era «muy vano y excesivamente crédulo» y le hubiera gustado tenerlo así. O, como prueba Luis Mercado[1586], debido a los vapores internos y los humores de la sangre, la cólera, etc., mezclados de forma diversa, aprehenden y ven externamente, según suponen, diversas imágenes que en

realidad no están. Como los que beben vino creen que todo les da vueltas, cuando está en su propio cerebro, así ocurre con estos hombres. El defecto y la causa están dentro, como afirma Galeno de los locos y de los los que están cerca de la muerte: «las figuras que creen ver ante sí, están dentro de sus ojos», está en su cerebro lo que parece estar ante ellos; el cerebro, como un espejo cóncavo, refleja cuerpos sólidos. «Los ancianos decrépitos tienen un cerebro cóncavo y seco, de modo que imaginan que ven (dice Boissard[1587]) cosas que no existen». Los ancianos se confunden muy a menudo y deliran en cosas semejantes, o como el que mira a través de un cristal rojo, que todo lo que ve es rojo; los vapores corruptos que suben del cuerpo a la cabeza, y se lanzan de nuevo desde allí hasta los ojos, cuando se han mezclado con el cristal acuoso que recibe las sombras de las cosas que se van a ver, hacen que todas las cosas aparezcan del mismo color que permanece en el humor que esparce nuestra vista; así, para los melancólicos todo es negro, para los flemáticos blanco, etc. O si no, como antes, los órganos, corruptos por una fantasía corrupta, como bien cita Lemnio (libro 1, cap. 16), «causan una gran agitación de los espíritus y los humores, que vagan de un lado a otro por todos los rincones del cerebro y causan tales apariciones ante sus ojos»[1588]. Uno cree que lee algo escrito en la luna, como se dice que hizo Pitágoras antiguamente; otro huele a azufre, oye el ladrido de Cerbero; Orestes, cuando enloqueció, suponía que veía a las furias atormentándole y a su madre siempre a punto de correr hacia él:

> «Oh, madre, te pido que no me persigas con estas furias de aspecto horrible, serpentil. Mira, mira cómo me invaden y me avasallan».

Pero Electra le dijo, al verle desvariando en su ataque de locura, que él no veía tales visiones, que no era más que su imaginación enloquecida.

> «Tranquilo, tranquilo, pobre, en tu lecho, pues no ves esto más que en la imaginación».

Así Penteo (Eurípides, *Las Bacantes*) vio dos soles, dos Tebas, pero sólo tenía afectado el cerebro. La enfermedad es una causa habitual de tales visiones. Cardano (*De subtilitate*, 8): «la mente enferma por los males y rota por los ayunos, les hace ver y oír, etc.». A. Ossiander y Alejandro de Alejandro tenían visiones extrañas durante su enfermedad, como se cuenta en *De rerum varietate* (libro 8, cap. 44). Albategnio, el noble árabe, estando en su lecho de muerte vio subir y bajar un barco, según cuenta también Fracastoro de su amigo Baptista Turriano. Una vista débil y una persuasión vana además, pueden tener los mismos efectos, y con concurrencia de causas secundarias, como un remo que en el agua produce una refracción y parece más grande y plegado el doble, etc. El espesor del aire puede causar tales efectos, y de cualquier objeto que no se distinga bien en la oscuridad, el temor y la fantasía harán sospechar que es un fantasma, un demonio, etc. «Los infelices creen enseguida lo que temen»[1589], estamos prestos a creer y confundirnos con tales cosas. Marce-

lo Donato (libro 2, cap. 1) presenta una historia sacada de Aristóteles, de un tal Antiferón, que probablemente vio, dondequiera que estuviese, su propia imagen en el aire, como en un espejo. Vitelio (*Perspect.*, libro 10) tiene un ejemplo similar de un familiar conocido suyo que después de no dormir durante tres o cuatro noches, según estaba cabalgando por la orilla del río, vio a otro cabalgando con él, y haciendo los mismos gestos que él, pero cuando fue haciéndose de día, desapareció.

Los eremitas y anacoretas tienen a menudo esas visiones y revelaciones absurdas debido al mucho ayuno y a la mala dieta. A muchos les engaña la prestidigitación, como bien ha mostrado R. Scot *(Discovery of Witchcraft)* y Cardano (*De subtilitate*, 18). Los ahumados, los perfumes, las sufumigaciones, las velas metaladas, los espejos en perspectiva, y como causas naturales, hacen que los hombres parezcan muertos o con cabezas de caballo, cuernos de toro y semejantes formas brutales, la habitación llena de serpientes, culebras, oscura, iluminada, verde, roja, de todos los colores, como bien se puede percibir en Giambattista della Porta, Alexis, Alberto Magno y otros; les engañan las luciérnagas, los dragones, los meteoros, los fuegos fatuos, que Plinio (libro 2, cap. 37) llama Cástor y Pólux, con muchos otros que aparecen en tierras pantanosas, cerca de los cementerios, valles húmedos, o donde se han luchado batallas; las causas de esto se leen en Goclenio, Velcurius, Finck, etc. Tales acciones se presentan a veces para atemorizar a los niños con sátiras, madera podrida, etc. Para hacer que la gente parezca muerta, «más grande de lo normal»[1590], más pequeña, más guapa, más fea; «para hacerles aparecer sin cabeza, quemados, con forma de demonios, tomar pelos de un perro negro», etc., dice Alberto Magno. Y así, es normal ver toscas visiones extrañas en los catóptricos; ¿quién no sabe que si en una habitación oscura se deja entrar luz sólo por un pequeño agujero, y se pone un papel o un cristal sobre él, el Sol brillante representará en la pared opuesta todos los objetos iluminados por sus rayos? Con cristales cóncavos y cilíndricos se puede reflejar cualquier forma de hombres, demonios, extravagancias, lo que queramos (como hace la mayoría de los magos, para engañar a un espectador tonto en una habitación oscura), y aparecen colgados en el aire, cuando en realidad no hay nada sino esa imagen horrible, como demuestra Agrippa[1591], situada en otra habitación. Se dice que Roger Bacon antiguamente representó su propia imagen paseando por el aire con este arte, aunque no aparece nada así en sus *Perspectivas.*

Pero, en general, está en el cerebro lo que les engaña, aunque no puedo negar que muchas veces es el demonio quien les miente, aprovecha la oportunidad de sugerir y presentar objetos vanos a los hombres melancólicos y a los que están afectados. A esto podéis añadir los engaños de los juglares, exorcistas, sacerdotes católicos, charlatanes, de los que habla Roger Bacon, etc., «sobre los milagros de la naturaleza y el arte» (cap. 1). Pueden imitar las voces de casi todos los pájaros y animales salvajes, todos los tonos y entonaciones de los hombres, hablar desde muy dentro de sus gargantas, como si hablasen desde lejos, de modo que hacen creer a su audiencia que oyen espíritus y por

lo tanto se asombran y asustan mucho por ello[1592]. Además, se valen de ingenios artificiales para espiar sus confesiones, como el lugar susurrante de Gloucester[1593] entre nosotros, o como el sitio del duque de Mantua en Italia, donde el sonido reverbera por una pared cóncava; el motivo de esto lo da Biancani (en su *Ecchonometria*) y lo demuestra matemáticamente.

De modo que el oído se engaña tan frecuentemente como la vista, casi por las mismas causas, como el que oye campanas, y hace que suenen como quiere. «Como quiere el necio, así tañe la campana». Teófilo, en Galeno, pensaba que oía música, por los vapores que hacían que sus oídos sonasen, etc. A algunos les engañan los ecos, a otros el bramido de las aguas o las oquedades y la reverberación del agua en el suelo, los lugares y muros huecos. En Cahors, en Aquitania, se repiten palabras y oraciones completas, o cualquier cosa que se toque en un instrumento musical se repite de forma más clara y alta de lo que se hizo al principio. Algunos ecos repiten lo dicho siete veces, como en Olimpo, en Macedonia, como cuenta Plinio (libro 36, cap. 15), algunos doce veces, como en Charenton, un pueblo cerca de París, en Francia. En Delfos, en Grecia, antiguamente había un eco milagroso, al igual que en muchos otros lugares. Cardano (*De subtilitate,* cap. 18) tiene historias maravillosas de los que se han visto engañados por esos ecos. El jesuita Biancani, en su *Ecchometria*, tiene una gran variedad de ejemplos, y da al lector total explicación de todos los sonidos por medio de la demostración. En Barry, una isla en la desembocadura del Severn, creen oír la forja de un herrero[1594]; igual que en Lipari y en las islas sulfúreas y muchos lugares semejantes, de los que habla Olaus en el continente de Escandia, y los países del norte. Cardano (*De rerum varietate,* libro 15, cap. 84) menciona a una mujer que siempre suponía oír que el demonio la llamaba y hablaba con ella; era la esposa de un pintor de Milán. Y se producen muchas ilusiones y voces semejantes que proceden en su mayoría de una imaginación corrupta.

Cómo ocurre que profetizan, hablan diversas lenguas, hablan de astronomía, y otras ciencias desconocidas para ellos (de las cuales nunca han sabido nada), ya lo he tocado brevemente[1595]. Sólo añadiré esto aquí, que Arculano[1596], Bodin (*Démonomanie,* libro 3, cap. 6) y otros sostienen como una señal manifiesta que esas personas están poseídas por el demonio[1597]; al igual que Hércules de Sajonia[1598] y Pietro Abano, y sólo conviene que les cure un sacerdote. Pero Guianerius[1599], Montalto[1600], Pomponazzi de Padua y Lemnio (libro 2, cap. 2) lo atribuyen totalmente a una mala disposición del humor[1601], siguiendo la autoridad de Aristóteles (*Problemas*, 30, 1), porque tales síntomas se curan con la purgación. Y del mismo modo que al golpear un pedernal se produce fuego, así por el movimiento vehemente de los espíritus «hacen que se hablen voces extrañas». Otro argumento se toma de la reminiscencia de Platón, que por otra parte es igual que lo que dice Marsilio Ficino de su amigo Pierleoni[1602]: por una especie de infusión divina comprendía los secretos de la naturaleza y las doctrinas de los filósofos griegos y bárbaros, antes de que los oyera, viera o leyera sus obras. Pero en esto, yo más bien mantengo con

Avicena y sus seguidores que tales síntomas proceden de los malos espíritus, que aprovechan tales oportunidades de los humores degenerados para pervertir el alma del hombre. Y, además, este mismo humor es «el baño del diablo» y, como prueba Agrippa, le incita a atraparlos inmediatamente.

CUARTA SECCIÓN

Pronósticos de la melancolía

Los pronósticos, o señales de lo que está por venir, son buenos o malos. Si esta enfermedad no es hereditaria y se coge al principio, hay buenas esperanzas de curación, dice Avicena (libro 3, fen. 1, tr. 4, cap. 18). La que ocurre con risa es de todas las demás la más segura, apacible y remisa (Hércules de Sajonia). «Si a un melancólico se le presenta una evacuación de las hemorroides o varices –lo que llaman el agua entre la piel–, su miseria se ha acabado» (Hipócrates, *Aforismos*, 6, 11). Galeno (*De morbis vulgar.*, libro 6, com. 8) confirma lo mismo. Y este aforismo de Hipócrates lo suscriben todos los árabes y latinos antiguos y modernos: Montalto (cap. 25), Hércules de Sajonia, Mercurial, Victorio Faventino, etc. Schenk (*Observationes medicae*, libro 1, cap. «de mania») ilustra este aforismo con un ejemplo de un tal Daniel Federer, un calderero que era melancólico desde hacía tiempo y al final se volvió loco con unos veintisiete años; estas varices o agua empezaron a surgirle en los muslos y se liberó de su locura. Mario el romano se curó así, dicen algunos, aunque con gran dolor. Schenk tiene otros ejemplos de mujeres que se han visto ayudadas por sus flujos mensuales, que antes estaban obstruidos. Todos los médicos expresan unánimemente que la apertura de las hemorroides hará lo mismo para los hombres, siempre que sea voluntaria, dicen algunos, pero no obligada. Todos los melancólicos están mejor después de una cuartana; Joubert dice[1603] que apenas nadie tiene una fiebre dos veces; pero si le libera de esta enfermedad, es otra cuestión; pues todos los médicos consideran a todas las fiebres largas como causas especiales, y las cuartanas entre las demás. Al-Razí (*Continens*, libro 1, tr. 9), «cuando la melancolía sale a la superficie de la piel, o se establece prorrumpiendo en costras, lepra, vitíligo, o se purga con purgaciones inferiores o con la orina, o el bazo aumenta y las varices aparecen, la enfermedad se disuelve». Guianerius (cap. 5, tr. 15) añade la hidropesía, la ictericia, la disentería, la lepra, como buenos signos, o la sarna, el vitíligo y la erupción, y lo prueba según el sexto aforismo de Hipócrates.

Los malos pronósticos por otra parte: «si la melancolía está arraigada, es incurable»[1604], es un axioma común; «o es difícil de curar», como dicen los que buscan lo mejor. Esto lo atestigua Galeno (*De locis affectis*, libro 3, cap. 6): «esté en quien esté, o por la causa que sea, siempre es larga, aviesa, tediosa, y difícil de curar, si ya se ha arraigado». Lo que dice Luciano de la gota, «es la reina de las enfermedades y es inexorable», lo podemos decir nosotros de la melancolía. Sin embargo, Paracelso considera que cualquier enfermedad es curable y se ríe de los que piensan de otro modo, como le objeta Thomas

Lieber «Erastus» (parte 3), aunque en otro lugar considera que las enfermedades hereditarias son incurables y no se pueden quitar con ningún arte[1605]. Hildesheim (*Spicilegia*, 2, «de melancholia») la considera menos peligrosa si sólo «está herida la imaginación y no la razón; la más suave procede de la sangre, la peor de la cólera adusta, pero la peor de todas es la melancolía putrefacta». Bruel estima la hipocondríaca como menos peligrosa, y las otras dos especies (contrario a Galeno) más difíciles de curar[1606]. La curación es ardua en los hombres, pero mucho más difícil en las mujeres. Y tanto los hombres como las mujeres deben tener en cuenta lo que dice Montano (consil. 230, «Pro Abbate Italo»): «esta enfermedad normalmente les acompaña hasta la tumba; los médicos la pueden suavizar, y puede permanecer oculta durante un tiempo, pero no pueden curarla, sino que se volverá de nuevo más violenta y aguda que al principio, y eso por cualquier mínimo motivo o razón». Como en la estatua de Mercurio curtida por la intemperie, que fue en otro tiempo totalmente dorada, las partes abiertas estaban limpias, sin embargo había «en los resquicios un resto de oro», quedarán restos de melancolía en los cuerpos más puros (si alguna vez han estado manchados), que no son tan fáciles de desarraigar. A veces degenera en epilepsia, apoplejía, convulsiones y ceguera[1607]; por la autoridad de Hipócrates y Galeno, lo aseguran todos[1608]; si alguna vez ha poseído los ventrículos del cerebro, añaden Frambesarius y Salustio Salviano, si llega a los nervios ópticos, produce ceguera. Mercurial (consil. 20) tenía como paciente suyo a una mujer que por la melancolía se volvió epiléptica y ciega. Si procede de una causa fría, o continúa fría o aumenta, le siguen la epilepsia, convulsiones y locura, o si no, al final, están abatidos y embotados, y en todas sus acciones, palabras y gestos, ridículos[1609]. Si procede de una causa caliente, son más furiosos y tempestuosos y, en conclusión, locos[1610]. Si se calienta y aumenta, que es lo normal[1611], «se vuelve loco esporádicamente o de una sola vez»[1612]. Pues, como afirma Sennert siguiendo a Crato[1613], hay en este humor «semillas de fuego». Si procede de la melancolía natural adusta, son a menudo demoníacos (Montano).

Pocas veces provoca la muerte esta enfermedad, a menos que –lo que es la calamidad más grande y grave y la miseria de las miserias– se suiciden[1614], que es algo frecuente y común entre nosotros. Es la observación de Hipócrates[1615] y la sentencia de Galeno (*De locis affectis*, libro 3, cap. 7): «aunque temen la muerte, sin embargo muchos se suicidan»; es el juicio de todos los médicos. Es el aforismo de Rabí Moses, el pronóstico de Avicena, Al-Razí, Aecio, Gordon, Valescus, Altomari, Salustio Salviano, Capivaccio, Mercado, Hércules de Sajonia, Lepois, Bruel, Fuchs, de todos, etc.

> «Y hasta tal punto el terror a la muerte le atemoriza,
> que se suicida y odia la luz;
> para terminar con el temor y la tristeza del corazón,
> muere voluntariamente para aliviar su dolor»[1616].

De tal modo le atormenta la tortura y el extremo de su miseria, que no puede tener ningún placer en su vida, sino que se ve forzado en cierto modo a violentarse a sí mismo, a liberarse de sus dolores presentes insufribles. Así, algunos (dice Fracastoro[1617]), «con furia, pero la mayoría con desesperación, tristeza, temor y por la angustia y vejación de sus almas, se violentan a sí mismos, porque su vida es infeliz y miserable. No pueden descansar por la noche, ni dormir, o si dormitan, les sorprenden sueños temibles». Durante el día se asustan siempre por algún objeto terrible, y despedazados por la sospecha, el miedo, la tristeza, los descontentos, las preocupaciones, la vergüenza, la angustia, etc., como los caballos salvajes que no pueden estar tranquilos una hora, un minuto, sino que incluso contra su voluntad están atentos, y siempre pensando en ello, no lo pueden olvidar, les pulveriza el alma día y noche, están atormentados de forma perpetua, es una carga para ellos, como lo era para Job, no pueden ni comer ni beber ni dormir. Ps 107, 18: «su alma aborrece toda la comida, y están a las puertas de las muerte», «al estar sujetos a la miseria y al hierro»[1618]. Maldicen las estrellas con Job, «y el día de su nacimiento[1619], y desean la muerte»[1620], pues, como mantienen Pineda y la mayoría de los intérpretes, Job estaba melancólico incluso hasta la desesperación, y casi hasta la misma locura[1621]. Murmuran muchas veces contra el mundo, amigos, aliados, toda la humanidad, incluso contra Dios mismo en la amargura de su pasión, «no quieren vivir, no saben morir»[1622].

Y en medio de estos días escuálidos, feos y cansados, no buscan al final, sin encontrar consuelo, ningún remedio en esta vida maldita, para aliviarse de todo con la muerte[1623]. «Todas las criaturas buscan el bien», y por su bien, como esperan, externamente al menos, «ya sea porque consideran mejor morir, dice Hipócrates[1624], o porque creen que así se liberarán de males mayores», buscan librarse como desean. Aunque muchas veces, como el pez de Esopo, saltan de la sartén al fuego mismo, sin embargo esperan aliviarse con sus medios. Y por eso (dice Felix Platter[1625]), «después de muchos días tediosos, al fin, ya sea ahogándose o colgándose o con un fin temible similar», se precipitan o suicidan. «Vemos entre nosotros muchos ejemplos lamentables a diario»: «uno se cuelga ante su propia puerta (como apunta Séneca), otro se arroja desde el tejado para no oír la furia de su señor; un tercero, para escaparse de su exilio, se hunde un puñal en el corazón», tantas son las causas: amor, pena, ira, locura y vergüenza, etc. Es una calamidad común, un final fatal para esta enfermedad[1626], se les condena a una muerte violenta por un jurado de médicos, dispuestos furiosamente, llevados de cabeza por sus voluntades tiránicas, forzados por las miserias. Y lo único que queda para estas personas, es que el Médico Celestial, con su gracia de ayuda y su misericordia solas, evite (pues ninguna persuasión o arte humanos pueden ayudar) que sean sus propios carniceros y que se ejecuten. Se han de tener todavía la cicuta de Sócrates, la daga de Lucrecia, la soga de Timón; el cuchillo de Catón, y la espada de Nerón han sido postergadas, como tantas máquinas fatales, dejadas a la posteridad, y las usarán hasta el fin del mundo dichas almas angustiadas;

tal es su dolor intolerable, insufrible, penoso y violento, indecible y continuo[1627]. Un día de dolor son cien años, como observa Cardano: es «el tormento de los hombres», «una angustia de corazón», como bien dice Areteo, un calambre y una convulsión del alma, un epítome del infierno. Y si hubiera un infierno en la tierra, se encontraría en el corazón de un melancólico:

«Pues esa profunda tortura se puede llamar infierno
Cuando se siente más de lo que se puede decir».

Sí, lo que en broma decía el burlón Luciano de la gota, yo lo puedo afirmar verdaderamente en serio de la melancolía:

«¡Oh, nombre triste y odioso! un nombre tan vil,
es este de la melancolía[1628], rapaz del infierno.
Allí, nacido en la oscuridad infernal habita.
Las Furias lo criaron, el pecho de Megara,
Alecto le dio de comer leche amarga.
Y todas urdieron una ruina para los hombres mortales,
Al sacar a este demonio de su cueva negra...
Ni el trueno de Júpiter, ni las tormentas del mar,
Ni un torbellino hacen que nuestro corazón se desaliente tanto
¿Qué? ¿Me ha mordido el fiero Cerbero?
¿O me ha picado una serpiente[1629] tan venenosa?
¿O me he puesto una camisa manchada con la sangre de Neso?
Mi dolor ya no tiene cura; la medicina no me puede ayudar».

Ninguna tortura corporal es semejante, «los tiranos sicilianos no inventaron un tormento mayor», ni azotes, ni hierros candentes, ni los toros de Falaris,

«Ni la ira de Júpiter, ni los demonios,
Pueden hacer tanto daño al alma del hombre»[1630].

Todos los temores, penas, sospechas, descontentos, males, asperezas, se ven tragados y ahogados en este Euripo, este mar irlandés, este océano de desdicha, al igual que tantos arroyos; es «la congregación de todas las penas», que Amiano[1631] aplicó a su angustiado Paladio. Yo digo de nuestro hombre melancólico que es la flor y nata de la adversidad humana, la quintaesencia[1632] y el resultado final. Las demás enfermedades, sean cuales sean, no son más que una picadura de pulga en comparación con la magnitud de la melancolía, es la médula de todas.

«¿Qué más palabras se necesitan? Es el hospicio de la calamidad,
donde se busque cualquier perjuicio, allí estará»[1633].

El mismo Prometeo, que está atado al Cáucaso, es melancólico; el mismo Titio, cuyos intestinos devora siempre un buitre (como imaginan los poetas), pues así lo interpreta Lilio Giraldi[1634], por las ansiedades y las preocupaciones atenazantes, y así se debería entender. En todas las demás enfermedades

humanas buscamos ayuda; si nos duele una pierna o un brazo, por una destemplanza o una herida, o porque tenemos una enfermedad habitual, por encima de todo deseamos ayuda y salud, una recuperación pronta si se puede procurar por algún remedio posible. Partiremos libremente con toda nuestra fortuna y hacienda, soportaremos cualquier miseria, beberemos pociones amargas, tragaremos esas píldoras desagradables; soportamos que nos cautericen las articulaciones, que nos corten, cualquier cosa por la salud futura; tan dulce, tan querida, tan preciosa, por encima de todo lo demás en este mundo, es la vida. Es lo que deseamos fundamentalmente, una vida larga y días felices –«dame, Júpiter, muchos años»[1635]–, todos quieren que se les aumenten los años. Pero para un melancólico, nada es tan tedioso, nada tan odioso; lo que otros buscan preservar, él lo aborrece, sólo él[1636], tan intolerables son sus dolores.

Algunos hacen una pregunta: «¿cuáles son más graves, las enfermedades del cuerpo o las del alma?»; pero no hay comparación, no hay ninguna duda sobre ello, «las enfermedades de la mente son mucho más graves» (*Lemnio*, libro 1, cap. 12). «El cuerpo y el alma están afectados aquí», pero el alma especialmente. Así lo atestigua Cardano (*De rerum varietate*, libro 8, 40). Máximo de Tiro, un platónico, y Plutarco[1637] han confeccionado volúmenes sólo para probarlo. «El tiempo cura las enfermedades de los hombres»[1638]; en otras enfermedades hay quizá alguna esperanza, pero estos hombres infelices han nacido para la miseria, sin esperanza de recuperación, enfermos incurables, cuanto más viven, peor están, y sólo la muerte les puede aliviar.

Los filósofos plantean otra duda, si es legal que un hombre, en tal extremo de pena y dolor, se suicide, y cómo se ha de censurar a los que lo hacen. Los platónicos lo aprueban, que es legal en tales casos y por necesidad (Plotino, *Liber de beatitudine*, cap. 7) y el mismo Sócrates lo defiende en el *Fedón* de Platón: «si un hombre padece una enfermedad incurable, se puede matar, si es para su bien». Epicuro y sus seguidores, los cínicos y los estoicos en general lo afirman, Epícteto y Séneca[1639] entre otros; «cualquier camino que lleve a la libertad es permisible», «demos gracias a Dios porque ningún hombre está obligado a vivir contra su voluntad». «¿Por qué se ha de preocupar el hombre de los barrotes o prisiones? Tiene libre la salida»[1640], la muerte está siempre lista y a mano. ¿«Ves este precipicio, ese río», ese pozo, ese árbol? Ahí está a mano la libertad, «son las salidas de la servidumbre y el dolor», como el chico laconio que se arrojó de cabeza («no seré un esclavo, decía el chico») para liberarse de su miseria; cualquier vena del cuerpo, si estas fueran «salidas demasiado problemáticas», te liberará. «¿Qué importa si buscas tu fin o lo esperas?», no hay necesidad de que un hombre viva en la miseria. «Es malo vivir en necesidad, pero no hay ninguna necesidad de vivir en necesidad». «Es un cobarde el que se mata sin motivo, y un necio el que vive con dolor» (idem, Epist. 58). ¿Para qué ha creado nuestra madre Tierra venenos, dice Plinio[1641], en tal cantidad, sino para que los hombres angustiados se puedan suicidar? Los reyes antiguamente los tenían siempre preparados, «tenían

el veneno presto a mano en caso de emergencia», escribe Livio, y a los ejecutores siempre a mano. A Espeusipo, cuando estaba enfermo, se lo encontró Diógenes, y, llevado a hombros de sus siervos, hizo su lamento al filósofo; «pero no te compadezco», dijo Diógenes, «pues con tales empeños soportas vivir; te podrías liberar cuando quisieras», queriendo decir por medio de la muerte. Séneca entonces[1642] alaba a Catón, Dido y Lucrecia por su generoso coraje al hacerlo así, y a otros que mueren voluntariamente, para evitar mayores perjuicios, para liberarse de la miseria, para salvar su honor, o reivindicar su buen nombre, como hizo Cleopatra, como Sofonisba, la mujer de Sifax, Aníbal, como Junio Bruto, como Vibio Virio, y los senadores de Campania en Livio (Dec., 3, libro 6), que se envenenaron para escapar de la tiranía romana. Temístocles bebió la sangre del toro antes que luchar contra su país, y Demóstenes eligió beber veneno; Publio, «el hijo de Craso», Censorio y Planco, los héroes romanos, prefirieron suicidarse a caer en las manos de sus enemigos. Cuántos miles además en todas las épocas puedo recordar, «que, aunque inocentes, se han suicidado», etc. Al-Razí, en los Macabeos son alabados por ello[1643], la muerte de Sansón se aprueba. Así pecaron Saúl y Jonás y muchos hombres y mujeres notables, «cuya memoria se celebra en la Iglesia», dice Lemmichus[1644], por suicidarse para salvar su castidad y honor, cuando se tomó Roma, como ejemplifica Agustín (*La ciudad de Dios,* libro 1, cap. 16). Jerónimo reivindica lo mismo, *In Jonam,* y Ambrosio (*De virginitate,* libro 3) alaba a Pelagia por hacerlo. Eusebio (libro 8, cap. 15) admira a una matrona romana por el mismo hecho de salvarse de la lujuria de Magencio el tirano. Aldhelm, abad de Malmesbury, llama «vírgenes benditas, a las que», etc. Tito Pomponio Ático, el senador romano sabio y discreto, querido amigo de Cicerón, cuando estuvo enfermo durante mucho tiempo, según creía, de una enfermedad incurable, «al ver que, prolongando su vida sólo aumentaba sus dolores, sin esperanza de salud», estaba decidido voluntariamente a matarse de hambre para liberarse del dolor; y mientras Agrippa y el resto de sus amigos llorosos le suplicaban «que no se violentase», «él deseaba con resolución firme que de nuevo aprobaran su buena intención, y no intentasen disuadirle de ello»; y así moría constantemente, «y calló sus ruegos con su actitud decidida». Incluso Corelio Rufo, otro senador solemne según el relato de Plinio Segundo (*Epistolae,* libro 1, epist. 12), se mató de hambre: «al estar terriblemente torturado por la gota, se abstuvo totalmente de comer»; ni él ni Hispula, su mujer, pudieron disuadirle, sino que quería morir y murió. Así lo hicieron Licurgo, Aristóteles, Zenón, Crisipo, Empédocles, con muchos miles más, etc. En la guerra, que un hombre corra precipitadamente a un peligro inminente y a una muerte instantánea se considera valor y magnanimidad, que es la causa además de su ruina y de la de muchos miles; cometer un asesinato voluntario de una forma, el propio y el de otros, es algo glorioso y se le coronará por ello[1645]. Los masagetas[1646] en otros tiempos, y los de Derby[1647] y no sé cuántas naciones más, ahogaban a sus ancianos después de los setenta años para liberarles de los dolores que ocurren a esa edad. Así lo hacían los habitantes de la

isla de Cos, porque su aire era puro y bueno y la gente generalmente vivía mucho; «antes de que enfermaran o se debilitaran, con amapolas o cicuta les adelantaban la muerte». Sir Tomás Moro, en su *Utopía*, alaba la muerte voluntaria de alguien que «resulta molesto para sí o para los otros», «especialmente si vivir le supone un tormento, que se libere con sus propias manos de esta vida aburrida, como de una prisión o que permita que otros le liberen»[1648]. Es la misma idea que contaba Diógenes Laercio de Zenón antiguamente: «El sabio elige para sí mismo la muerte si sufre acerbos dolores, mutilación de miembros o enfermedad difícil de curar», caso que aprueba Platón (9, *Leyes*), si la edad, la pobreza, la ignominia, etc., oprimen, y que Quintiliano expresa en efecto (Prefacio, 7, *Institutio Oratoria*): «si alguien sufre dolor durante mucho tiempo, es por su culpa»[1649]. Es normal en China (dice Matteo Ricci, el jesuita), «cuando están desesperanzados de mejorar o cansados o torturados por ver la miseria, que se despojen de la vida y, muchas veces, para vejen más a sus enemigos se cuelguan en su puerta»[1650]. Tácito, el historiador, Plutarco, el filósofo, aprueban mucho una partida voluntaria, y Agustín (*La ciudad de Dios*, libro 1, cap. 29) defiende una muerte violenta si se toma por una buena causa: «nadie está muerto que no tuviera que morir en algún momento: ¿qué importa entonces con qué tipo de muerte acaba esta vida, cuando el que ha acabado su camino no morirá de nuevo?», etc. Nadie muere tan voluntariamente, sino «queriendo y sin querer», tiene que morir al final, y nuestra vida está sujeta a numerosas casualidades, ¿quién sabe cuándo pueden ocurrir? «Es mejor sufrir una que temer todas»[1651]. «Es mejor la muerte que una vida amarga» (Ecl 30, 17) y es una elección más dura vivir en temor que liberarse de todo muriendo una vez. Cleombroto de Ambracia, por medio de un claro discurso que hacía sobre las miserias de esta vida y de la felicidad de la otra, persuadió no sé a cuántos cientos oyentes para que se suicidaran, y habiendo leído el tratado divino de Platón *De anima*, fue el primero en tomar tal camino, para dar ejemplo. El bello epigrama de Calímaco os dirá lo mismo:

> «Habiéndose despedido del Sol, Cleombroto de Ambracia se zambulló en la laguna Estigia, aunque no le impulsaba ningún crimen o ninguna pena; sólo había leído a Platón, sobre el alma».

Calano y sus indios antiguamente odiaban morir de muerte natural[1652]; los circumceliones y donatistas, que odiaban la vida, obligaban a los otros a suicidarse, con muchos semejantes[1653]. Pero éstas son posiciones falsas y paganas, paradojas estoicas profanas, ejemplos perversos; no importa lo que decidan los filósofos paganos en este aspecto, son impíos, abominables, y lo hacen sobre fundamentos equivocados. «No se ha de hacer ningún mal para sacar un bien»; «Cristo protesta, la Escritura protesta», Dios y todos los hombres buenos están en contra de ello[1654]. El que hiere a otro puede matar su cuerpo; pero el que se hiere a sí mismo, mata su propia alma. «El que da una limosna a un mendigo (como dice el poeta cómico) hace mal, porque no hace más que prolongar sus miserias»[1655]. Pero Lactancio (*De vero cultu*, libro 6, cap. 7) la considera una

opinión detestable y la refuta completamente (De sapientia, libro 3, cap. 18) y san Agustín (Ep. 52, *Ad Macedonium*, cap. 61, *Ad Dulcitium Tribunum*); al igual que Jerónimo a Marcela sobre la muerte de Blesila, «no recibo tales almas», etc. Llama a esos hombres «víctimas de una filosofía estúpida»; al igual que Cipriano *(De duplici martyrio):* «los que mueren así son dirigidos por la enfermedad, la ambición o locura», es una mera locura hacerlo así, «es una locura matarse por temor a la muerte»[1656]. A este respecto, escriben Aristóteles (3, *Ética*) y Lipsio (*Manuduc. ad Stoicam philosophiam*, libro 3, dissertat. 23), pero no necesita refutación. Dejadme añadir sólo esto: que en algunos casos se han de mitigar esas duras censuras de los que se violentan a sí mismos[1657] o a otros en un grave acceso, cosa que hacen a veces, hiriendo, acuchillando, etc., como con los que están locos, a ellos semejantes en ese momento, o los que se encuentra que han sido melancólicos durante mucho tiempo, y eso en extremo; no saben lo que hacen, están faltos de razón, juicio, todo, como un barco que carece de piloto debe chocar necesariamente con la primera roca o con las arenas y sufrir un naufragio. P. Forest[1658] tiene una historia de dos hermanos melancólicos que se suicidaron, y por un acto tan sucio se les condenó, en consecuencia, a ser enterrados de modo infame, y en esos casos suelen hacer lo mismo que a las vírgenes milesias antiguamente, para aterrorizar a los demás. Pero, examinando más profundamente su miseria y locura, la censura se revocó[1659] y se les enterró solemnemente, como hizo David con Saúl (2 Sam 2, 4) y, como bien aconsejó Séneca: «ofendeos justamente con el que ha sido un asesino, pero compadeceos de él ahora como muerto». De hecho, podemos disponer de sus bienes y sus cuerpos; pero ¿qué será de sus almas? Sólo Dios puede decirlo. Su misericordia puede advenir «entre el puente y la fuente, entre la espada y la garganta». «Lo que le ocurre a uno, le puede ocurrir a cualquiera». ¿Quién sabe cómo se le puede tentar?» Es su caso, puede ser el tuyo[1660]. No deberíamos ser tan precipitados y rigurosos en nuestras críticas como lo son algunos; la caridad juzgará y esperará lo mejor; ¡Que Dios sea misericordioso con todos nosotros!

FINIS

Notas a «Un nuevo demócrito al lector»

[1] Séneca, *Apokolokyntosis.*
[2] [Plutarco], *De curiositate.*
[3] Wecker.
[4] Aulo Gelio, *Noctes Atticae,* libro 10, cap. 12.
[5] Marcial, *Epigramas,* libro 10, epig. 4.
[6] Juvenal, *Sátiras,* 1.
[7] Pedro Besse, editado en Colonia, 1616.
[8] Hipócrates, *Epístola a Damageto.*
[9] Diógenes Laercio, libro 9.
[10] Vivió solitario, tras elegir una celda en un huerto y se encerró allí.
[11] Vivió durante la octogésima olimpiada, setecientos años después de Troya.
[12] «El *Diacosmus* supera netamente a todas las obras», Diógenes Laercio.
[13] Columela, *De re rustica,* libro 1, cap. 1.
[14] Constantino, *De agricultura.*
[15] Hipócrates, *Epístola a los Abderitanos.*
[16] Marco Antonio Coccio o Sabélico, *Exemplorum libri X.*
[17] Estaba versado en las ciencias naturales, morales, matemáticas, en las disciplinas liberales y en todas las artes.
[18] Hipócrates, *Epístola a Damageto.*
[19] Juvenal, *Sátiras,* 10.
[20] «No soy digno ni de servir el orinal». Marcial.
[21] Christ-Church, en Oxford.
[22] [Paolo Giovio], Prefacio a su *Historia sui temporis libri XLV.*
[23] Bibliotecario en nuestro *College,* recientemente reemplazado por el caballero Otho Nicholson.
[24] [Platón], *Teeteto.*
[25] [Justo Lipsio], *Philosophia Stoica,* libro 3, diss. 8.
[26] [Montaigne], *Ensayos,* libro 1, cap. 3.
[27] [Conrad Gesner], Prefacio a su *Bibliotheca Universalis.*
[28] «Hábilmente intrigando, solícitamente pleiteando o míseramente fracasando; con griterío, estrépito, discusiones, etc.». Cipriano, *Tractatus ad Donatum.*
[29] Horacio.
[30] Persio.
[31] Horacio.
[32] Tras la columna, había un lugar frondoso oculto para el común, recubierto de parras silvestres, y corría suavemente el agua rumorosa allá donde se veía el asiento y la casa de Demócrito.
[33] Cuando la humanidad esté fuera de sí y sus mentes enajenadas y sólo sepan languidecer, entonces utilizará el medicamento.
[34] Escalígero, *Epistola ad Patisonem.*
[35] [Aulo Gelio], libro 20, cap. 1l.
[36] [Plinio], prefacio a la *Historia naturalis.*
[37] *Anatomy of Popery, Anatomy of Immortality,* Angelus Salas, *Anatomy of Antimony,* etc.
[38] [Al-Razí], *Continens,* libro 1, cap. 9.
[39] Horacio.
[40] Paolo Giovio, Prefacio a *Historia sui temporis libri X.*
[41] Erasmo.
[42] [Felix Platter], *Observationes,* libro 1.
[43] Mr John Rous, Protobibliotecario en Oxford, Mr Hopper, Mr Guthridge, etc.
[44] Dido en Virgilio.
[45] William Camden, Britannia.
[46] La *Ilíada* de Homero.
[47] Marcial.
[48] Eclesiastés 12, 12.
[49] Los eunucos conciben libros y los estériles los paren.
[50] Doctor John King, último obispo de Londres, en su prefacio a Lect. Jonas.
[51] George Buchanan.
[52] Justo Baronio.
[53] [Escalígero], *Exercitationes,* 288.
[54] [Conrad Gesner], prefacio a *Bibliotheca Universalis.*
[55] [Paolo Giovio], Prefacio a *Historia sui temporis libri X.*
[56] Plauto.
[57] [Escalígero], *Epistola ad Patisonem.*
[58] Ausonio.
[59] Palingenius.
[60] [Gerolamo Cardano], *De sapientia,* libro 5.
[61] Gerolamo Cardano, prefacio a *De consolatione.*
[62] Horacio, *Sátiras,* 1, 4.
[63] [Plinio], *Epístolas,* libro 1.
[64] *Ibidem.*
[65] Dejo las deliberaciones para los príncipes y doctores, que sean ellos quienes señalen los crímenes de los autores y quienes borren aquello que se repite miles de veces, y así se contenga fácilmente el prurito de escribir, que, de otra manera, avanzará demasiado
[66] Los ingenios se atiborrarán, nadie se sacia de leer.

[67] Famiano Strada, *Orationes variae ad facultatem oratoriam.*
[68] Lucrecio.
[69] «Hago mío cuanto hallo en cualquier parte que esté bien dicho, y unas veces lo resumo con mis propias palabras y otras, para mayor credibilidad y autoridad, lo expreso con palabras ajenas; considero como proveedores míos a todos los autores». Juan de Salisbury, prólogo al *Policraticus.*
[70] [Jerónimo], en el Epitafio a Nepociano.
[71] [Juan Jacobo Wecker], prefacio a *Medicae syntaxes.*
[72] [Fray Diego de Estella], *In Sacrosanctum Iesu Cristi domini nostri Evangelium secundum Lucam enarratioum,* 10, 2.
[73] «La tela de araña no es mejor porque sus hilos sean propios, ni el nuestro es peor porque, como las abejas, libemos de los otros». Lipsio, *Adversus dialogist.*
[74] A un dato absurdo siguen otros mil.
[75] No dudo de que muchos lectores sean imbéciles.
[76] Marcial, *Epigramas,* 13, 2.
[77] Lipsio.
[78] Horacio.
[79] Horacio.
[80] [Jerónimo Nadal, *Adnotationes et meditationes in Evangelia*], Amberes, fol. 1607.
[81] Marco Antonio Muret.
[82] Lipsio.
[83] Horacio.
[84] Marco Antonio Muret.
[85] [San Agustín], *De ordine,* libro 1, cap. 11.
[86] Erasmo.
[87] [Cesare Baronio], *Annales Ecclesiastici,* tom. 3, año 360.
[88] Erasmo, *Coloquios.*
[89] Plinio, *Epistulae,* libro 6.
[90] [Paolo Giovio], prefacio a *Historia sui temporis libri X*.
[91] «Es loa ser loado por un loado».
[92] [Probo], *Vita Persii*.
[93] La presencia disminuye la fama.
[94] Lipsio, *Judicium de Seneca.*
[95] [Quintiliano, *Institutio Oratoria*], libro 10. «Séneca fue hombre de gran estudio, conocedor de muchas cosas referentes a las materias de los estudios; muchas cosas en él son dignas de aprobación y de admiración».
[96] Suetonio. «Arena sin huellas».
[97] [Lipsio], introducción a Séneca.
[98] Erasmo, *Judicium de Seneca.*
[99] Horacio, *Épodos,* libro 1, 19.
[100] «Es igual de torpe ser alabado fríamente que ser vituperado con aspereza». Favorino, Aulo Gelio, libro 19, cap. 3.
[101] Ovidio, *Tristes,* 1, eleg. 6.
[102] Juvenal, *Sátiras,* 9.
[103] «O ignorantes en artes o más deseosos de lucro que los estudiantes de letras». [Nicholas Carr], *De scriptorum Britannicorum paucitate,* Londres, 1576.
[104] Ovidio, *Pónticas,* eleg. 1, 6.
[105] Horacio.
[106] [Luciano], *Pseudosophista,* tom. 3 «Al ponerle el grillete y decir aquellos versos, se puso a andar, a sacar agua del pozo, y a adornar una urna», etc.
[107] Eusebio, *Historia ecclesiastica,* libro 6.
[108] Sosteniéndome sobre un solo pie, como hacía versos Lucilio.
[109] Virgilio.
[110] No esperes lo mismo del mayor poeta y del menor.
[111] Este estilo no está en contra de las reglas retóricas.
[112] *Palingenius.*
[113] [Séneca], *Epístolas,* libro 1, 21.
[114] Flavio Filóstrato, *Historia de vita Apollonii,* libro 8. «Descuidaba la facultad oratoria y prácticamente despreciaba a sus profesores, porque solamente hacían más erudita la lengua, pero no la mente».
[115] He aquí lo que encomienda Séneca (Pónticas): «al buey la hierba, a la cigüeña el lagarto, al perro la liebre y a la virgen la flor».
[116] Pedro Nannius not. en Horacio.
[117] No tengo aquí mi casa de campo, sino que, como jardinero de las costumbres, picoteo aquí y allá las flores, como el Canis lame al Nilo.
[118] Demostró más de dos mil errores de André du Laurens, etc.
[119] Filón de Alejandría.
[120] Virgilio.
[121] Nicolaus Frambesarius, Daniel Sennert, Ferrand, etc.
[122] Terencio, *Los hermanos.*
[123] [Terencio], *Heautontimorumenos,* acto 1, escena 1.
[124] Aulo Gelio, *Noctes Atticae,* libro 18, cap. 3
[125] «Y hace allí tal cadena que liga también a los herederos». Cardano.
[126] Daniel Heins.
[127] Horacio, *Epodos,* 7.
[128] [San Agustín], *Epístolas,* 86, ad Casulam presby.
[129] [Quintiliano, Institutio Oratoria], 12, 1.
[130] Conrad Gesner, *Bibliotheca Universalis.*
[131] Paolo Giovio.
[132] Mr. William Burton, prefacio a su *Description of Leicester Shire,* impreso en Londres por W. Jaggard, para John White, 1622. [Es el libro de su hermano sobre el condado en que se asentaba la propiedad familiar].
[133] [Lessius], *Hygiasticon.* Esta ocupación mía no parece ajena a un teólogo, trata sobre la enfermedad del alma.
[134] Dr. Calyton en *Comitiis,* año 1621.

135 Horacio.

136 Filippo Beroaldo, *De pestilentia*.

137 [Camden, *Britannia*], en Newark (Nottinghamshire).

138 P. Fernández de Quirós, 1612, impreso en Amsterdam.

139 [Teofrasto], prefacio a los *Carácteres.*

140 Primera parte, sección 3.

141 [Enrique Cornelio Agrippa], prefacio al lector.

142 Cipriano, *Tractatus ad Donatum,* libro 2, 2.

143 [Se trata de un juego de palabras entre la región de *Morea* y la palabra latina *moria,* que significa «locura»].

144 [Séneca], *Controversias,* libro 2, cont. 6, y libro 6, cont. 7.

145 Horacio.

146 Idem Horacio, *Sátiras,* 2, 3. Damasipo Estoico lo prueba.

147 [Plutarco], *Symposium,* tomo 2, libro 5, cap. 6.

148 [Gregorio de Tolosa], *Synt. art mir.,* libro 28, cap. 1.

149 [Estrabón], Geografía, libro 9. «Antiguamente, mucha gente navegaba allí por motivos de salud».

150 Eclesiastés 1, 14. [Burton parece aceptar la ficción mediante la cual el autor del Eclesiastés se identifica con Salomón, como él mismo adopta la identidad de Demócrito].

151 «Se les supone el saber por derecho hereditario». Euformio, *Satyrae.*

152 Celio Calcaginus, *Apólogos.*

153 No hay que responder al necio con necedades.

154 2 Reyes 7.

155 [Plinio], libro 10, ep. 97.

156 San Agustín, epístola 178.

157 ¿Quién, sino el que carece de juicio?

158 [Platón], al final del *Fedón.* «Este fue el final de nuestro amigo, ¡oh, Éucrates!, quien, a nuestro juicio, fue el mejor, justísimo y sapientísimo entre los sabios».

159 Jenofonte, *Apología de Sócrates,* libro 4, hacia el final. «Tal fue Sócrates, de quien se afirma que fue en todo el mejor y el más feliz».

160 Platón, *Banquete,* libro 25.

161 Lucrecio.

162 Anaxágoras solía ser llamado «la mente» por los antiguos.

163 «Regla de la naturaleza, la mismísima erudición, dios de los hombres, mar Sofía, maestro de las letras y de la sabiduría, como Scioppius solía decir de Escalígero y de Daniel Heins, águila en las nubes, emperador de las letras, colmo de las letras, abismo de erudición, joya de Europa». Escalígero.

164 [Lactancio], *De sapientia,* libro 3, cap. 17 y 20. «Todos los filósofos son necios o dementes, ni la vieja ni el enfermo deliran con más despropósito».

165 Horacio, *Odas,* libro 1, 34.

166 [Lactancio], *De sapientia,* libro 26, cap. 8.

167 [Teodoreto], capítulo *De virtute.*

168 [Aristófanes], *Las Ranas y Las Nubes.*

169 Iba con frecuencia al gimnasio para ver a los hermosos adolescentes.

170 Platón, *Banquete,* hacia el final.

171 Séneca. «Sabes medir las circunferencias, pero no tu ánimo».

172 Los que han mamado en las ubres de la sabiduría no pueden tener turbia la vista.

173 [Parece referirse a Crates de Tebas, el cínico; los cínicos, como los cristianos, abogaban por la supresión de las pasiones. El aborrecimiento que siente Burton por los cínicos –y por los epicúreos– queda también patente en otros pasajes del libro].

174 He aquí la más profunda mina de sabiduría.

175 [Plinio], *Panegyricus Traiano dictus.*

176 [Hugo de Prato Florido], ser. 4. in domi Pal.

177 «Todos los niños y niñas te llaman loco». Horacio.

178 Plauto, *Aulularia.*

179 Plauto, *Los cautivos,* acto 3, escena 4.

180 [Terencio], *Adelphoi o Los hermanos,* acto 5, escena 8.

181 Cicerón, *Tusculanas,* 5.

182 Platón, *Apología de Sócrates.*

183 Pontano, *Antonius.*

184 [Gerolamo Cardano], *De sapientia,* libro 3.

185 Erasmo, *Adagiorum collectanea o Chiliades,* 3, cent. 10. «No hay ningún mortal que no delire en alguna cosa».

186 Horacio, *Sátiras,* 2, 3.

187 La primera luz de la vida era la primera luz del furor.

188 [Baltasar de Castiglione], *El Cortesano,* libro 1.

189 Tibulo, «Los días de los locos transcurren, sus delirios son un entretenimiento».

190 [Luciano], Caronte o los contempladores, 2.

191 Catulo.

192 Escribo sobre el furor, la manía y la melancolía, para saber cómo se origina en los hombres, cómo se hace, crece, se acumula y disminuye. Diseco estos animales que ves no por aborrecer las obras de Dios, sino para analizar la naturaleza de la hiel y la bilis.

193 San Agustín, libro 1, In Genesim. «Pides estricta obdediencia a tu caballo y a tu siervo y tú no se la das a otros, ni al mismo Dios».

194 Creo que realmente sacan del mármol figuras vivas.

[195] Les gustan los ídolos, pero odian a los seres animados, y por ello a los pontífices.

[196] «Después que llegue el fin de la búsqueda, aunque tengas más, temes menos la pobreza y aunque empieces a acabar el trabajo, utilizas una parte de lo que tenías». Horacio.

[197] Tiene bajo el pecho corrompido una astuta raposa y actúa como una raposa. Actúa como los cretenses en Creta.

[198] Destruyen, edifican, cambian lo cuadrado en redondo. Trajano construyó el puente sobre el Danubio, que su sucesor Adriano demolió inmediatamente.

[199] Idem Plutarco.

[200] Todo, desde el momento del nacimiento, es enfermedad.

[201] En su vigor es delirante; cuando éste decrece, es insanable.

[202] Cipriano, *Tractatus ad Donatum.* «Los que juzgan serán juzgados por sus crímenes».

[203] «Eres el peor de todos los ladrones», como dijo un ladrón a Alejandro en Quinto Curcio. El juez condena fuera lo que practica dentro.

[204] «Una expresión cuidadosamente grave en la cara, y una gran negligencia en lo moral». Marcelino.

[205] «Es horrible ver cómo apenas dicen dos palabras sin mentir, y cuando se les invita solemnemente a decir la verdad, sin embargo no dudan en hacer perjurio, de modo que de diez testigos apenas uno dice la verdad». Calvino, in 8. Joh. Serm. 1.

[206] «Por tanto, me llené de admiración por él. Encontré en Demócrito a un varón muy sabio, que sólo puede hacer a los hombres más prudentes».

[207] Epigrama griego.

[208] Erasmo, *Elogio de la locura.*

[209] [Juan de Salisbury], *Policraticus,* libro 3, cap. 8; de Petronio.

[210] Calcagninus, *Apólogos.*

[211] [Se trata respectivamente, de Roma y Londres, según la obra de Joseph Hall, *Mundus alter et idem,* donde sitúa las provincias de Moronia, o la tierra de la locura].

[212] Horacio.

[213] Juvenal.

[214] [Flavio Josefo], *De bello Judaico,* libro 6, cap. 11. «Vuestras iniquidades no están ocultas para nadie y algunos días competís para ver quién es el peor».

[215] Horacio.

[216] [Petraca, *Epístolas*], libro 5, epist. 8.

[217] Horacio.

[218] La superstición es un error insensato.

[219] [Emanuel Meteren], *Historia Belgica,* libro 8.

[220] Lucano.

[221] El padre Angelo, el Duque de Joyeux, que atravesó los Alpes descalzo camino de Roma, etc.

[222] «Aunque alguien no tuviese en cuenta que lo que soportan los supersticiosos sería muy indecoroso para los honestos, muy indigno para los hombres libres, muy insensato para los cuerdos, nadie si embargo duda que pueden volverse locos, aunque sean pocos los que enloquezcan con eso». Séneca.

[223] «¿Qué diré de sus indulgencias, oblaciones, promesas, soluciones, ayunos, conventos, vigilias, sueños, horas, órganos, cantilenas, campanas, simulacros, misas, purgatorios, mitras, breviarios, bulas, aguas lustrales, rasurados, ungüentos, velas, cálices, cruces, paños, cirios, incensiarios, sortilegios, exorcismos, esputos, leyendas, etc.?» John Bale, *De actis Romanorum Pontificum.*

[224] Thomas Naogeorgus.

[225] «Mientras simulan rechazarlo, han adquirido durante treinta años doscientas mil libras en pensión». Arnold.

[226] «Y mientras de día hablan de virtud, de noche agitan sus nalgas en tugurios». Agrippa.

[227] «El seno de la benignidad solía ser el taller de los litigios en la curia romana». Guillaume Budé.

[228] 1 Tm 3, 13. «Pero no prevalecerán durante más tiempo, su locura será conocida por todos».

[229] Tomás Moro llama a la guerra algo bestial. *Utopía,* libro 2.

[230] Sebastian Munster, *Cosmographia,* libro 5, cap. 3. e Dict. Cretens.

[231] Paolo Giovio, *Vita eius.*

[232] Felipe de la Clyte, señor de Commynes.

[233] Polibio, libro 3.

[234] *A true historie of the memorable siege of Ostend,* fol. 23.

[235] Erasmo, *De bello.* «De modo que un animal plácido, nacido benevolente, se precipita a la destrucción mutua en una locura bestial».

[236] Richard Dinoth, prefacio a *De bello civili gallico.*

[237] Paolo Giovio.

[238] «El engaño, las privaciones y la injusticia son ocupaciones propias de la guerra». Tertuliano.

[239] Cicerón.

[240] Lucano.

[241] El pueblo contra el pueblo para mutuo perjuicio, como bestias que se atacan sanguinariamente.

[242] Libanio, *Declamationes.*

[243] La ira y el furor son los consejeros de Belona, etc., y los locos son sus sacerdotes.

[244] La guerra es como una bestia, y una locura que permite todos los crímenes.

[245] [Richard Dinoth], *De bello civili gallico,* libro 1. «Llenaron todo con esta guerra feroz y con asesinatos, casi han destruido un gran

reino desde sus cimientos, tantos miles de paisanos han muerto miserablemente por la espada, la guerra y el hambre».

[246] Pontus Heuter.

[247] Felipe de la Clyte, señor de Commynes.

[248] Lucano.

[249] Virgilio.

[250] Obispo de Cuzco y testigo.

[251] Léase a Meteren sobre sus excesivas crueldades.

[252] Daniel Heins.

[253] Virgilio, *Geórgicas.*

[254] M. Jansenius o Mercurio Gallobelgicus, 1596. *Mundus furiosus* es el título de su libro.

[255] [Escalígero], *Exercitationes,* 250, ser. 4.

[256] ¿Que llore Heráclito o ría Demócrito?.

[257] Puede hablarse de las preocupaciones leves; las graves le dejan a uno estupefacto.

[258] Tomo las armas como insensato, pero no hay suficiente razón en las armas.

[259] Erasmo.

[260] [Cicerón], *Pro Murena.*

[261] [Máximo de Tiro], Ser. 13.

[262] Eoban Hessus: «A los que les gusta la vida en las armas, nada les agrada más que la muerte, no piensan que haya otra vida que no sea la que se habitúe a las armas».

[263] [Marino Barlesio], *Historia de vita et pestis Scanderbergi Epirotarum principis,* libro 10.

[264] Séneca, *Beneficios,* libro 2, cap. 16.

[265] Séneca, *Cuestiones naturales,* libro 3, 1.

[266] Botero, *Amphitheatridion.*

[267] «No hay nadie más feliz que los que mueren combatiendo». José Brisonio, *De regum Persarum,* libro 3, fol. 344. Idem Lactancio, *De Romanis et Graecis.* Idem Amiano Marcellino, libro 23, de Parthis. «Sólo se considera feliz entre nosotros el que entrega su alma en la guerra».

[268] Ogier Ghislain de Busbecq, *Legationes Turcicae Epistolae VI.* «Piensan que la subida al cielo se prepara con asesinatos y sangre», Lactancio, *De falsa religione,* libro 1, cap. 8.

[269] Richard Dinoth, prefacio a *De bello civili gallico.*

[270] La puertas del cielo se abrieron a Hércules, que destruyó una gran parte del género humano.

[271] Virgilio, *Eneida,* 7.

[272] Cipriano.

[273] Séneca.

[274] Juvenal.

[275] [Enrique Cornelio Agrippa], *De vanitate scientiarum.*

[276] Juvenal, *Sátiras,* 4.

[277] Pedro roba lo que deja Juan. «Tú eres el peor de todos los ladrones», como le dijo Demetrio el pirata a Alejandro en Quinto Curcio.

[278] Esopo.

[279] Tomás Moro, *Utopía.*

[280] «Y los utopienses detestan la locura de aquellos que dispensan a los ricos honores divinos sólo por ser ricos, aunque sepan que son despreciables y avaros». *Ibidem,* libro 2.

[281] Cipriano, Tractatus ad Donatum, 2. «El que un reo inocente muera le hace culpable. El juez condena fuera lo que practica dentro».

[282] Sidonio Apolinar.

[283] Salviano, *De providentia,* libro 3.

[284] «Luego un juicio no es más que una recompensa para el funcionario». Petronio. «Para qué hacer las leyes donde sólo reina el dinero». *Ibidem.*

[285] *Ibidem.*

[286] El peso de la justicia cae sobre los desprotegidos.

[287] Plauto, *Mostellaria o Los espíritus.*

[288] *Ibidem.*

[289] Juvenal, *Sátiras,* 4.

[290] «Ya que tantos magistrados son ladrones o mendicantes, les echo las culpas, pues imitan a los malos preceptores que, en su ejercicio, sacuden a los mejores discípulos». Tomás Moro, *Utopía,* libro 1.

[291] «Se decretaron sobre el ladrón enormes y horrendos suplicios cuando sería muchísimo mejor procurar que no fueran ladrones, procurar que no fuera una necesidad para ellos esa cosa siniestra del robo y el crimen». *Ibidem.*

[292] Giovanni Botero, *De origine urbium, earum excellentia et augendi ratione,* libro 3, cap. 3.

[293] El milano les captura y devora.

[294] Petronio, *De Crotone civitate.*

[295] «Nadie presta atención al cielo, a la palabra dada ni a Júpiter; sólo abren los ojos para contar sus bienes». Petronio.

[296] Plutarco, *Vidas paralelas,* Catón.

[297] Giovio.

[298] «Se beneficia de él mientras ve que puede resolverle cosas, pero, cuando hay muchas que se le escapan, le devuelve odio a cambio de los favores recibidos». Tácito.

[299] «Para muy pocos es más querida la fidelidad que el dinero». Salustio.

[300] Casi la primera obligación de todos, en masa, todos juntos, etc.

[301] La reina reparte el dinero con inteligencia y adecuación.

[302] Tanto vales cuanto tienes.

[303] «No por nuestras capacidades, sino por la apariencia y por la opinión del vulgo se nos reputa excelentes». Gerolamo Cardano, *De consolatione,* libro 2.

[304] «Pone falsamente en segundo lugar su ánimo de lucro», Mercator. Lo que se considera positivo, pero se sabe que va a desagradar a Dios o molestar a los hombres, más vale olvidarlo.

[305] Los que remedan a los curios y viven las bacanales.

[306] Semejantes al tragelafo o a los centauros, por arriba hombres, por abajo caballos.

[307] Sus preceptos prometen el cielo, pero mientras se está en la tierra son la más vil esclavitud.

[308] Eneas Silvio Piccolomini.

[309] «Sonreír a los hombres para que se irriten, acariciarlos para traicionarlos». Cipriano, *Tractatus ad Donatum.*

[310] El amor y el odio son los dos extremos de un catalejo: uno aumenta, el otro disminuye.

[311] Son más competentes los administrados que los que administran, y el siervo tiene más fuerza que el patrón.

[312] Juvenal.

[313] Bodin, *La République*, libro 4, cap. 6.

[314] Plinio, libro 37, cap. 3.

[315] «Escucha a los condenados». Juvenal.

[316] Agrippa, epist. 28, libro 7. «Los que tienen el cerebro en el vientre y el ingenio en el pesebre».

[317] Salmos 53, 5: «Comen a mi pueblo como se come el pan».

[318] «El dueño considera mejor la cécuba bajo siete llaves y rociará el suelo con un vino excelente en la mejor cena de los pontífices». Horacio.

[319] El docto que mira a las musarañas.

[320] Cicerón. Es muy propio de ellos distinguir la locura y los vicios de los demás, y olvidarse de los suyos. Aristipo Charidemo en Luciano. Creo que es realmente una locura.

[321] Salviano, *De providentia.*

[322] Melchior Adams, *Decades duae continentes vitae theologorum exterorum principum, qui ecclesiam Christi superiori seculo propagarunt*,. cap. 212. «Si son condenados, consideran glorioso estar contentos; pues las lágrimas, endechas y el resto de las conjunciones que solemos considerar saludables, los daneses las abominan, y, de hecho, no permiten llorar a nadie ni por los pecados ni por los amigos muertos».

[323] En el mundo da leyes bien patentes, y en su casa no protesta aunque mande su criado.

[324] «Las ovejas, que antes se mantenían en rebaño, ahora se han vuelto demasiado voraces e indómitas como para dejarse comer por los hombres, y asolan las ciudades». Tomás Moro, *Utopía*, libro 1.

[325] La naturaleza atribuye diversas locuras a diversa gente.

[326] Demócrito, ep. praed. «Hay que detener a los que juran y a los bebedores, a los que vomitan, a los que golpean, a los litigantes, forjadores de insidias, sufragantes, envenenadores, a los que son capaces de firmar la acusación de un amigo; unos y otros están llenos de fanfarronería, ambición, codicia, locura, etc.»

[327] [Cipriano], *Tractatus ad Donatum,* libro 2, 2. «¡Ah! Si te pudieses ver en el espejo de lo sublime».

[328] [El término *otacusticon* puede hacer referencia a cualquier aparato que juegue con los sonidos].

[329] [Marciano Capella], *De nuptiis Philologiae et Mercurii,* libro 1. «En la que aparecían las cosas que a cada pueblo agitaban a diario».

[330] «Así Júpiter me provea de oro, herencia, etc. Dame, Júpiter, muchos años. Con cuanta demencia hay en los hombres, hacen a los dioses votos torpísimos; si alguien presta oídos, callan, y lo que los hombres no quieren saber, se lo cuentan a Dios». Séneca, *Epístolas,* 1, 10.

[331] Plauto, *Los dos Menechmos.*

[332] Es más grave la enfermedad con la que uno se deteriora sin darse cuenta.

[333] «Te apresuras a merecer lo que hiere tus ojos; si así es el ánimo, el tiempo de curación se dilatará un año más». Horacio.

[334] «Si le duele la cabeza, la espalda, el brazo, hay que ir a buscar un médico que sepa, recta y honestamente, poner su saber en el corazón de la enfermedad». Johannes Peletius Jesuita, libro 2, *De humanum affectionum morborumque cura.*

[335] ¿A qué se debe que tan pocas veces, entre tantas calamidades, requiera la presencia del médico, se reconozca enfermo? Bulle la ira, etc. Y nosotros, sin embargo, negamos estar enfermos. Los incólumes recusan al médico.

[336] «Nuestra época reprocha a la imbecilidad ser el mal más común». Guillaume Budé, *Épitome du Livre de Asse,* libro 5.

[337] Baltasar de Castiglione.

[338] Clodio acusa al fornicador.

[339] Menipo, *Sátiras.*

[340] Horacio, *Epístolas,* 2.

[341] Prosper d'Aquitaine.

[342] Plinio, *Epistulae,* libro 8.

[343] Enrique Cornelio Agrippa.

[344] Todo el mundo está ciego, de Persia a Lusitania.

[345] [Apuleyo], *Florida,* 2.

[346] San Agustín. «Como aparece ante los ojos de los hombres quien camina cabeza abajo, así es visto por los sabios y los ángeles quien está demasiado satisfecho de sí mismo o se deja dominar por las pasiones».

[347] Plauto, *Los dos Menecmos.*

[348] Dionisio, gobernador de África nombrado por César.

[349] Horacio, *Sátiras,* 2, 7.

[350] Séneca.

[351] Cicerón, *Pro Roscio Amerino.*

[352] «Es preciso que cuando los locos tengan una crisis, no se queden solos». Petronio.

[353] Horacio. «Puesto que no hay un solo tipo de necedad, ¿de cuál consideras que padezco?».

354 «Idiota, y aún loco, creo que soy». Horacio.

355 «Odio y no puedo creer que no sea deseable lo que odio». Ovidio. Todos enfermamos de buen grado por errores agradables.

356 «El amante antepone su cortesana a la vida, el iracundo la venganza, el ladrón el robo, el parásito la gula, el ambicioso los honores, el avaro el poder, etc. Desaprobamos esto y lo buscamos». Gerolamo Cardano, *De consolatione*, libro 2.

357 Proverbios 26, 11.

358 Plutarco, Gryllo. Clemente de Alejandría llama puercos a estos hombres.

359 No es tan fácil persuadir como ser persuadido.

360 Cicerón.

361 Es tan malo enfermar con éstos como sentirse bien con esos otros.

362 «Quien come entre éstos, nunca más podrá saber qué olía tan bien en la cocina». Petronio.

363 Persio.

364 Horacio, *Sátiras.* 2.

365 Los locos persiguen a los niños y a las niñas casaderas.

366 Plauto.

367 Horacio, *Sátiras,* libro 2, sat. 3.

368 Plinio llama necedad extrema (*Epistolae,* 7, 21) lo que dije una vez que era fijo y raro.

369 *Ibidem.*

370 Plutarco, *Solón.*

371 Malhechores.

372 «¿Quién encontrará a un hombre fiel?». Proverbios 20, 6.

373 Salmo 49.

374 Teodoreto, *De provid libro de curat.* graec. affect, cap. 6.

375 «Es sabio el que se domina a sí mismo». Horacio, *Sátiras,* 2, 7.

376 [Filón de Alejandría], conclusión de *De vic. offer.*

377 [Lactancio], *De Sapientia.*

378 Eccl. 21, 12: «Donde está la amargura no cabe el entendimiento». *Prov.,* 12, 16: «Un hombre enfadado es un loco».

379 [Cicerón], *Tusculanas,* 3: «La injuria no cae sobre el sabio».

380 [Crisóstomo], Hom. 6. in 2. Epist. ad Cor., cap. 3.

381 [Séneca], *Epístolas,* libro 2, 13. «El necio siempre empieza a vivir. La repugnante levedad del hombre le pone cada día nuevas razones de vida, nuevas esperanzas».

382 [Eneas Silvio Piccolomini], *De curialium miseria.*

383 Filippo Beroaldo, *Declamatio ebriosi, scortatoris et aleatoris.*

384 [Hipócrates], *Epístola a Damageto.*

385 «Se conoce al necio por sus risotadas». Cicerón, Oficios, 3, cap. 9.

386 Horacio, *Sátiras,* 2, 7.

387 Juvenal.

388 [Escalígero], *Hypocrit.*

389 [Séneca], *Epístolas,* 33.

390 En la primera de las contradicciones.

391 [Juan Luis Vives], *Las disciplinas.* [Alude a R. Swineshead o Suisset, famoso por su estudio sobre el movimiento en el *Liber calculationum*].

392 [Escalígero], *Actione ad subtil.* fol. 1226.

393 [Gerolamo Cardano], *De sapientia,* libro 1.

394 Ve, hombre mísero, que todo es vanidad, todo necedad, todo locura; hagas lo que hagas en este mundo, hazlo por Dios.

395 [San Bernardo de Claraval], Sermón *De miseria humana.*

396 En efecto, atribuye a Dios la ira y el odio.

397 [Marsilio Ficino], en Platón, *Dial.,* libro *De justo.*

398 Virgilio, *Églogas,* 3.

399 *Lib. Salmos:* «Se emborrachan con la abundancia de la casa».

400 San Agustín, sobre el Salmo 104.

401 Platón, *Timeo.*

402 Horacio.

403 Esta división se demuestra probable según Aristóteles, *Tópicos,* libro 1, cap. 8. Roger Bacon, *Epistola de secretis artis et naturae operibus,* cap. 8. «El pueblo común no tiene juicio».

404 Enrique Cornelio Agrippa, *Filosofía oculta,* libro 1, cap. 25 y 19.

405 Constantino, libro 10, cap. 4.

406 Vid. Lipsio, *Epístolas.*

407 [Giovanni Botero], *De illustrium statu et politia libri X,* libro 1, cap. 4.

408 «Donde los príncipes filosofan». Platón.

409 [Catón el viejo], *De re rustica.*

410 «O pública utilidad. Será la suprema ley la salud pública. No es una ciudad feliz aquella donde hay unos pocos felices, sino donde lo es toda la ciudad». Platón, libro cuarto de la *República.*

411 Ay!, mísera Mantua, demasiado cercana a Cremona.

412 A veces por las fieras, como antes en Mauritania.

413 [Cipriano Echovius], *Deliciis Italiae, Galliae, Hispaniae,* 1604. «Vivían pía y santamente, con suma veneración y temor de Dios en el culto, y se consagraban a las cosas sagradas».

414 [Aristóteles], *Política,* 5, cap. 3.

415 Giovanni Botero, *De illustrium statu et politia,* libro 1, cap. 1.

416 «No perdura la república cuya cabeza está enferma». Juan de Salisbury, *Policraticus,* cap. 22.

[417] Vid. la relación del Dr. Fletcher y la *Historia* de Alexander Gaguin.
[418] No tiene más de doscientas millas de longitud y sesenta de anchura, según Adricomius.
[419] Romulus Amaseus.
[420] Marco Antonio Coccio o Sabellicus.
[421] [Aristóteles], *Política,* libro 5, cap. 6. «La crueldad de los príncipes, la impunidad de los criminales, la violación de las leyes, la malversación de los fondos públicos, etc.»
[422] [Cicerón], *Epístolas.*
[423] [Hipólito], *Incrementa urbium,* cap. 20.
[424] Robert Dallington, 1596. Conclusión de su libro.
[425] Giovanni Botero, *De illustrium statu et politia,* libro 9, cap. 4. «Expúlsese al que hizo que la situación enloqueciese, y mátese al que cruelmente produjo una conjura de los súbditos».
[426] Exhausto por odios mutuos y sediciones.
[427] La riqueza procedente de los malos y de los criminales.
[428] Normalmente, equivocamos el nombre de los «políticos», considerándolos como los que leen a Maquiavelo y a Tácito, grandes hombres de estado que pueden disputar de preceptos políticos, suplantar y derribar a sus adversarios, enriquecerse, conseguir honores. Pero ¿qué supone esto para el bien común, o para preservar la república?
[429] Derrumbó por completo el imperio él solo.
[430] Apuleyo, *Florida,* 1.
[431] «Los mismos príncipes no sólo conciben vicios, sino que además, los infunden en la ciudad, así que son perjudiciales más con el ejemplo que con el pecado». Cicerón, *Las leyes,* 3.
[432] [Antígono Gonata], *Epistola ad Zenonem.*
[433] Juvenal, *Sátiras,* 14.
[434] Aristóteles, *Política,* 2, cap. 7.
[435] Salustio. «En la ciudad siempre hay unos carentes de virtud que miran con malos ojos a los buenos, que detestan lo viejo y proclaman lo nuevo y que por odio de sus cosas piden que se cambie todo».
[436] [Platón], *Leyes,* 3.
[437] [Mateo Geraldo], prefacio a *Studium Juris.*
[438] Johann Does, *Epodos.*
[439] John Barclay, *Argenis.*
[440] «La casa del jurisconsulto es el oráculo de la ciudad». Cicerón.
[441] Tito Livio, libro 3.
[442] [Claudio Seselio], *De republica Gallorum,* libro 1.
[443] [Juan de Salisbury], *Policraticus.*
[444] Pues como quiera que se presente la causa, siempre se lleva de modo que engordan sus arcas, aunque jamás puedan saciar su avaricia.
[445] Camden, *Britannia,* en Norfolk.
[446] Plutarco, *Catón.*
[447] [Josiah Simler], *De republica Helvetica,* libro 2.
[448] *Ibidem.*
[449] Nicholas Clenart, *Epistolarum libri II,* libro 1.
[450] Camden.
[451] [Cicerón], *Ad Atticum,* libro 10, epíst. 11.
[452] [Diodoro], *Bibliotheca,* libro 3.
[453] [Tertuliano], *De Anima.*
[454] [Plutarco], *Liber major morborum corporis an animi.*
[455] 1 Corintios 6, 5-6.
[456] «Insensatos, ¿cuándo vais a ser cuerdos?» Salmos 94, 8.
[457] Sobre este texto, el Profesor Dr. Prideaux ha predicado dos sabios sermones con el título de *Christ's Counsel,* impresos en Londres por Felix Kingston, 1621.
[458] Muy a menudo una buena materia se inutiliza sin un artífice. M. A. Coccio Sabélico, *De Germania.* «Si alguien viese hoy a Alemania cuidada con esmero en sus ciudades, no diría que antes era triste en su cuidado, áspera en su cielo, una tierra informe».
[459] Hecho por el Fiscal de Su Majestad.
[460] Como Zelanda y Bemster en Holanda, etc.
[461] De Gante a Sluys, de Brujas al mar, etc.
[462] Ortels, Botero, Mercator, Meteren, etc.
[463] «Pues desde entonces floreció entre las gentes más florecientes del mundo cristiano, tanto por su gloria en la guerra como por su cultura». Camden, *Britannia,* sobre los normandos.
[464] Geoges Kecker.
[465] Giovanni Botero, *Amphitheatro.*
[466] Un suelo fértil, un buen ambiente, etc., estaño, plomo, lana, azafrán, etc.
[467] «Pues toda Bretaña es una fortaleza única». Botero.
[468] [Polidoro], *Historia,* libro 1.
[469] [Giovanni Botero], *De origine urbium, earum excellentia et augendi ratione,* libro 1, cap. 9.
[470] Botero.
[471] [Sebastian Munster], *Cosmographia,* libro 3, cap. 119.
[472] David Chyträus, editado en Frankfurt, 1583.
[473] Giovanni Antonio Magini, *Geographia.*
[474] Abraham Wortels, de Vaseo & Pet. de Medina. [Se trata de la provincia portuguesa situada entre los ríos Miño y Duero].

[475] Con un centenar de familias en cada uno.
[476] Botero, libro 8, cap. 3.
[477] Dión Crisóstomo, Orat. 35.
[478] Columela, *De re rustica,* libro 2, cap. 1.
[479] Nicholas Gerbelius, *Pro declaratione picturae sive descriptionis Graeciae Sophiani,* libro 6.
[480] Gerbelius.
[481] [Tito Livio], libro 7.
[482] [Botero], *De illustrium statu et politia,* libro 3, cap. 8.
[483] El tintado de tejidos y el vestido, etc.
[484] Valerio, libro 2, cap. 1.
[485] [George Buchanan], *Rerum Scoticarum Historia,* libro 10. «Proponiendo grandes recompensas para que enseñaran a los escoceses».
[486] Sebastian Munster, *Cosmographia,* libro 5, cap. 74.
[487] [Estrabón], *Geographia,* libro 8.
[488] Nicholas Trigaut, *De christiana expeditione apud Synas suscepta ab societate Iesu,* exp. Mat. Ricci.
[489] Donde los nobles se avergüenzan de tener cualquier oficio provechosos. Clenart, *Epistolarum,* libro 1.
[490] [Manuel Meteren], *Historia Belgica,* libro 13.
[491] Hugo Grotius.
[492] «Una ciudad potente en almas y número y en la fortaleza de la gente». Escalígero.
[493] Camden.
[494] York, Bristol, Norwich, Worcester, etc.
[495] El argumento de Mr Gainsford, «puesto que entre nosotros los caballeros viven en las villas rurales, nuestras ciudades son más pequeñas», no es en absoluto certero. Pon trescientos o cuatrocientos pueblos en un condado, y un caballero en cada villa: ¿qué son cuatrocientas familias para aumentar una de nuestras ciudades o para igualarse con las suyas, que están mucho más pobladas? Mientras las nuestras tienen normalmente siete mil habitantes, las suyas tienen cuarenta mil.
[496] «La mayor parte del alimento consiste en carne». Polidoro, *Historia,* libro 1.
[497] «Se reprimirán las licencias de monopolio, los más pobres se alimentarán con el ocio, se restaurará la agricultura, se instaurará el trabajo de la lana para que sea un negocio honesto en el que se ejercite la muchedumbre ociosa. Si no se curan de estas enfermedades, en vano ejercerán la justicia». Tomás Moro, *Utopía,* libro 1.
[498] «El rey de Capadocia, rico en cobre, necesita propiedades». Horacio.
[499] «No es propio de la dignidad real ejercer el poder en los mendigos, sino en los opulentos. No es propio ser el guardián del reino, sino de la cárcel». Tomás Moro, *Utopía,* libro 1.
[500] Una piña de hombres totalmente quemados por el sol, con vestidos sucios, con caras feas, agudos sobre todo en el robo, etc.
[501] [Sebastian Munster], *Cosmographia,* libro 3, cap. 5.
[502] Séneca. «Para un príncipe no son menos vergonzosas las múltiples condenas que para un médico los múltiples funerales».
[503] «Quiere expulsar del cuerpo toda la pituita y la bilis». [Platón], *Leyes,* 11.
[504] Vid. Lipsius, *Admiranda.*
[505] De lo que hablan Suetonio en el capítulo sobre Claudio, y Plinio, cap. 36.
[506] «Para hacer frente a la vez a la pobreza y a la pereza se les hace aprender oficios y se ayuda a los pobres». Bodin, libro 6, cap. 2, num. 6- 7.
[507] El rey de Egipto Amasis promulgó una ley para que todos sus súbditos diesen cuenta cada año de dónde vivían.
[508] Cristóbal Besoldus, *Synopsis politicarum doctrinarum,* cap. 2.
[509] [Giovanni Botero], *De origine urbium, earum excellentia et augendi ratione,* libro 1, cap. 6.
[510] [Hipólito a Collibus], *Incrementa urbium,* cap. 5. «Las tierras que bañan los ríos, lagos o mares».
[511] «Los tres ríos navegables son una gran ventaja para el transporte de mercancías». Botero, *De Gallia.*
[512] [Gotardus Arthus], *Ind. Orient.* cap. 2. «Colocan una rueda en medio del río a la que ponen odres de pieles de animales cosidas, y cuando se mueve la rueda, éstos sacan el agua por los canales».
[513] Heródoto.
[514] La fosa tiene cien pies de ancho y treinta de alto.
[515] Es contrario al principio de Arquímedes, que mantiene que las superficies de todas las aguas son lisas.
[516] [Diodoro], libro 1, cap. 3.
[517] Dión, Pausanias, N. Gerbelius, S. Munster, *Cosmographia,* libro 4, cap. 36.
[518] Para hacer navegables los litorales del Oeste y del Norte entre ellos.
[519] «Carlomagno intentó hacer un canal del Rin al Danubio». Bilibaldus Pirckeymerus, *Descriptio Germaniae.* Las ruinas se pueden ver todavía cerca de Wessenberg de Rednich a Altimul.
[520] Giovanni Antonio Magini, *Geographia.*
[521] Josiah Simler, *De republica Helvetica,* libro 1, lo describe.
[522] Camden en Lincolnshire. Fossedike.
[523] Cerca de St. Albans.
[524] Lilio Giraldi, Nat. Comes.
[525] Apuleyo, *Florida,* libro 4. «Como un dios familiar se le ha venerado entre los hom-

bres de su época, como árbitro y juez de todos los litigios y querellas entre vecinos. Ha luchado contra la ira, la envidia, la avaricia, la lujuria y todos los vicios del alma humana. Hércules fue un filósofo. Expulsó todas esas pestes de las mentes».

[526] *Votis Navig.*

[527] Ragguaglios part. 2, cap. 2 y part. 3, cap. 17.

[528] Juan Valentín Andreas, *Apolog.,* manip. 6, 40.

[529] Quien esté sucio, que se ensucie aún más.

[530] Horacio.

[531] P. Fernández de Quirós, 1612.

[532] Vid. José de Acosta y J. Laet.

[533] Vid. Francesco Patrizi, *De institutione reipublicae,* libro 8, tit. 10.

[534] Así antiguamente Hipodamo de Mileto; Aristóteles, Política, cap. 11 y Vitrubio, *De architectura,* libro 1, cap. último.

[535] Con muros de tierra, etc.

[536] De esto hablan Plinio, *Epistolae,* libro 2, 42 y Tácito, Annales, libro 15.

[537] Vid. J. Brisonio, *De regno Pers.,* libro 3, sobre esto y Vegecio, libro 2, cap. 3 de Annona.

[538] No para hacer oro, sino para cuestiones de Física.

[539] J. Brisonio, Flavio Josefo, *De bello Judaico,* libro 21, cap. 6. Herodoto, libro 3.

[540] Así lo consideran mejor Juan Luis Vives, Felipe de la Clyte y otros.

[541] Platón, *Leyes,* 6. «Creará ediles que se ocupen de los foros, fuentes, vías, puertos, plazas y otras cosas de este tipo». Vid. Isaac Pontano, De civ. Amstel., Gotardo y otros.

[542] Hipólito a Collibus, *Incrementa urbium,* cap. 13. Idem Ubertus Foliot, de Neapoli.

[543] «No quedará ni un poco de suelo sin cultivar, para que sea verdad que no se encuentre ni una pulgada de suelo estéril o infecundo en estas regiones». Marcus Hemingius Augustanus, *De regno Chinae,* libro 1, cap. 3. [*Traducismo* por «cercamiento» y «cercar» los términos ingleses *enclosure* y *enclose,* que designan la división de las antiguas tierras comunales en parcelas privadas, separadas por cercas, para su uso agrícola o ganadero].

[544] Mr Carew, en su *Survey of Cornwall,* dice que antes de los cercamientos en este país, los campesinos bebían agua, comían poco o ningún pan (fol. 66, libro 1), su vestimenta era basta, llevaban las piernas desnudas, su vivienda estaba de acuerdo con estas circunstancias. Pero desde los cercamientos viven decentemente y tienen dinero para gastar (fol. 23). Cuando sus campos eran comunales, su lana era basta, como el pelo de Cornualles; pero desde los cercamientos, es casi tan buena como la de Costwold, y su suelo ha mejorado mucho. Thomas Tusser, cap. 52, en su *Husbandry,* es de la misma opinión, «un acre de tierra cercada vale más que tres de tierra comunal». Yo alabo el campo cercado. El otro no me gusta, porque no produce ninguna riqueza.

[545] «Una increíble abundancia de naves, que no se detenga sin motivos ni en las aguas ni en el continente». Nicholas Trigaut, *De christiana expeditione apud Synas suscepta ab Societate Jesu,* exp. M. Ricci, libro 1, cap. 3.

[546] Con este fin, Aristóteles permite una tercera parte de los ingresos (*Política,* 2, cap. 6), Hipodamo la mitad.

[547] «Aquí la mies, allí las sabrosas uvas, en otro lugar verdecen los frutos de los árboles y los granos espontáneamente». Virgilio, *Geórgicas,* 1.

[548] Así era antiguamente la ley agraria romana.

[549] Lucano, libro 6.

[550] Virgilio.

[551] Juan Valentín Andreas. Sir Francis Bacon, Lord Verulamio.

[552] Así ocurre en el reino de Nápoles y en Francia.

[553] Vid. Gaspar Contarini y Osorio, *De rebus gestis Emanuelis.*

[554] Claudiano, libro 7.

[555] Heródoto, Erato libro 6. «Igual que los egipcios acordaron con los lacedemonios que sus pregoneros, flautistas, cocineros, y demás artesanos sucedieran a sus padres en el oficio y que un cocinero procediera de otro cocinero, y se mantuviese el oficio paterno». Marco Polo de Quinzay. Osorio, *De rebus gestis Emauelis.* Mateo Ricci.

[556] Hipólito a Collibus, *Incrementa urbium,* cap. 20. Platón, *Leyes,* 8.

[557] Platón, *Leyes,* 12. «Los que tengan cuarenta años, si viesen algo memorable en el extranjero, que se tome en la república».

[558] Josiah Simler, *De republica Helvetica.*

[559] Tomás Moro, *Utopía,* libro 2.

[560] «Que los médicos obtengan su sustento del erario público». Botero, libro 1, cap. 5, *De Aegyptiis.*

[561] Sobre esto, véase Francesco Patrizi, *De institutione reipublicae,* libro 3, tit. 8.

[562] John Barclay, *Argenis,* libro 3.

[563] Así ocurre en la mayoría de las ciudades libres de Alemania.

[564] Nicolas Trigaut, *De christiana expeditione apud Synas suscepta ab societate Jesu,* exp. Mat. Ricci, 1, cap. 5. Trata sobre el examen de las elecciones con todo detalle.

[565] Gaspar Contarini, *De magistratus et republica Venetorum,* libro 1.

[566] Osorio, *De rebus gestis Emanuelis,* libro 11. «Los que hagan los mayores progresos

en las letras recibirán los máximos honores; el siguiente grado de los honores se les asignará a los soldados, el último a los oficios mecánicos. Los hombres más doctos son preferidos para ocupar los más altos lugares de la judicatura, y el que es aprobado por la mayoría consigue más dignidades en la república. Al que en este examen obtenga el primer puesto, se le condecorará de por vida con una dignidad distintiva, similar a la de los *marchioni* o a la de los *duces* entre nosotros».

567 Que las togas dejen paso a las armas.

568 «Como en Berna, Lucerna, Friburgo en Suiza: un vividor vicioso es incapaz de llevar ningún oficio; si es senador, se le depone inmediatamente». Simler.

569 «No más de tres años». Aristóteles, *Política,* 5, cap. 8.

570 Que alguien vigile a los mismos guardas.

571 David Chyträus en Greichgaea.

572 Claudio Seselio, *De republica Gallorum,* libro 1 y 2.

573 Seselio, libro 1.

574 «Para regir la republica sólo se admite a los letrados y por ello no necesita magistrados ni un rey; todo depende de su conocimiento y su virtud». Ricci, libro 1, cap. 5.

575 En el lugar de los muertos se manda elegir al que precede en virtud a los demás; no hay entre los mortales un certamen más excelente, o uno cuya victoria sea más deseada, no el más rápido entre los rápidos o el más robusto entre los robustos, etc.

576 No verá en esta región ni en las regiones vecinas ni un solo pobre endeudado, a ningún cautivo, etc.

577 No hay ningún mendigo en el Sinaí, para que no se turbe la vista de nadie sano, no se permite mendigar, todos están obligados a trabajar según sus fuerzas, los ciegos se dedican a mover las muelas giratorias, los solitarios acogen huéspedes, si son inútiles para otros trabajos. Osorio, *De rebus gestis Emanuelis,* libro 11. Hemmingius, *De regno Chinae*, libro 1, cap. 3. Gotardus Arthus, *Oriental. Ind. descr.*

578 Alejandro de Alejandro, libro 3, cap. 12.

579 Así se hacía antiguamente en Roma, Isaac Pontano lo narra. Amstel. libro 2, cap. 9.

580 Idem Aristóteles, *Política,* 5, cap. 8. «Es incorrecto que los libres y pobres sean educados para el trabajo y los nobles y ricos vivan en la opulencia».

581 Tomás Moro, *Utopía*, libro 2.

582 «En Segovia no hay nadie ocioso o ningún mendigo a no ser que no pueda trabajar por edad o por enfermedad. No falta nada de donde se obtenga alimento o en lo que se ejerza un oficio». Cipriano Echovio, *Deliciis Hispaniae.* No hay nadie ocioso en Génova, ni los niños de siete años. Paul Hentzner, *Itiner.*

583 Ateneo, libro 14.

584 Josiah Simler, *De republica Helvetica.*

585 Así hacían antiguamente en Esparta y Roma.

586 «El que no abastece a su familia es peor que un ladrón», Pablo.

587 Es la ley de Alfredo.

588 «Si alguien comete estupro con una mujer casada, se le cortará el miembro viril; si lo comete una mujer, se le cortará la nariz o una oreja». Es la ley de Alfredo. De aquí que haya que temer las leyes de Venus y Marte.

589 «Los pobres no pecan, puesto que toman las cosas ajenas impelidos por la extrema necesidad». Maldonado, summula quaest. 8. art. 3. Estoy de acuerdo con los que piensan que se debe cobrar al rico y remediar al pobre. Emanuel Sa, Aphor. confess.

590 Brisonio, *De regno Persarum,* libro 2.

591 [Amiano Marcelino], libro 23.

592 Aristóteles, un hombre a los veinticinco, una mujer a los veinte. *Política.*

593 Era antiguamente la ley de Licurgo, hoy de los Chinos. Vid. Plutarco, Ricci, Hemmingio, Arniseo, Nevisano y otros sobre esta cuestión.

594 Alfredo.

595 «Antiguamente, entre los lacones, las doncellas se casaban sin dote», Botero, libro 3, cap. 3.

596 Según una ley no muy antigua de los vénetos, ningún patricio excederá en su dote las mil quinientas coronas.

597 John Buxtorf, *Sinagoga Judaica. Sic Judaei,* Leo Afer, *Africae Descriptio.* «Que no sean de otro modo incontinentes por el bien de la república», como enseñó César Augusto, *Oratio ad caelibes Romanos.*

598 «Darán trabajo a los jóvenes ciudadanos de mejor apariencia». Platón, *República,* 5.

599 «El que sufra una enfermedad que se transmita fácilmente por herencia, que el género humano no se contagie, que se le castre en la juventud y a las mujeres que se las impida la unión con hombres». Hector Boece, *Scotorum historia ab illis gentis origine,* libro 1, sobre las antiguas costumbres de los escoceses.

600 Los sajones excluyen a los sordos, ciegos, leprosos y personas por el estilo de las herencias, del mismo modo que hacemos nosotros con los locos.

601 Como antiguamente los romanos, hoy en día los españoles, etc.

602 N. Trigaut, *De christiana expeditione apud Synas susxepta ab Societate Jesu,* exp. M. Ricci, libro 1, cap. 5. Así obligan los españoles a los moros a deponer las armas. Así ocurre en la mayoría de las ciudades italianas.

[603] Idem Platón, *Leyes*, 12. Siempre ha sido inmoderado. Vid. G. Stuck, *Antiq. convival*, libro 1, cap. 26.

[604] Platón, *Leyes*, 5.

[605] Como los lombardos (aunque con algunas reformas, el monte de piedad o banco de caridad, como lo llama Malines, *Lex mercat.*, parte 2, cap. 33), que prestan dinero a cambio de prendas o toman dinero para negociar con él durante la vida de los hombres.

[606] Esa proporción hace que el mercado aumente, la tierra se revalorice y se mejore más, como se ha probado en un tratado sobre la usura presentado en el Parlamento en 1621.

[607] Hieronimus Zanchio, Comentario al capítulo cuarto de los Efesios. «Llama a la usura justa y conforme a la caridad cristiana si no la contravienen. Que no todos presten dinero a interés, sino sólo los que tienen bienes suficientes, y que no puedan utilizarlos por motivos de edad, sexo o ignorancia de algún arte. Y no prestarán a todos, sino a los mercaderes y a los que lo manejan honestamente».

[608] Lo mismo se encontraba entre los persas antiguamente. Vid. Brisonio.

[609] Idem Platón, *Leyes*, 6.

[610] [Tito Livio], libro 30.

[611] Claudiano.

[612] Tucídides.

[613] Platón.

[614] Seselio, *De republica Gallorum*, libro 2. «En efecto, cuando ocurre algo que va más allá de lo que se había creído, es de lo más deshonroso decir: 'no lo había pensado', sobre todo cuando las cosas podían haber sido previstas».

[615] Hungar. dec. 1, libro 9.

[616] Tito Livio, libro 1. Dión, libro 2. Diodoro Sículo, libro 2.

[617] «La guerra no se ha de temer ni se ha de provocar». Plinio, *Panegyricus Traiano dictus.*

[618] [Escalígero], libro 3, poet. cap. 19.

[619] [Bodin], *La République*, libro 4, cap. 2.

[620] Gaspar Peucer, *De divinatione*, libro 1.

[621] Camden en Cheshire.

[622] [Homero], *Ilíada*, 6.

[623] *Vide* Erycius Puteanus, *Comus, sive Phagesiposia Cimmeria;* y Rodolfo Goclenio sobre las portentosas cenas de nuestros tiempos.

[624] Resulta increíble decir cuántas viandas toman cada día en una casa, las mesas se cubren casi a todas horas con alimentos siempre calientes. *Descriptio Britanniae.*

[625] Seselio, *De republica Gallorum*, libro 1.

[626] Terencio, *Adelphoi o los hermanos*, acto 4, escena 7.

[627] Plauto, *Anfitrión.*

[628] *Palingenius.* «Hijo o ladrón».

[629] El gato con el ratón, dos gallos en el mismo lugar, y dos cuñadas, nunca viven sin disputas.

[630] Estrecheces domésticas.

[631] Cuando el orgullo y la mendicidad se encuentran en una familia, gritan y rugen y causan descontentos y litigios, como el fuego y el agua cuando coinciden, que hacen truenos en el cielo.

[632] Plauto, *Aulularia o la olla.*

[633] [Valerio], libro 7, cap. 6.

[634] La sabiduría se rechaza en las guerras, todo se lleva por la fuerza. Un antiguo proverbio dice: «conviene que nazca el rey o un insensato».

[635] [Polibio], *Historia*, libro 6.

[636] Y los desgraciados Solones, en Emanuel Sa, 3.

[637] [Eneas Silvio Piccolomini], *De miseria curialium.*

[638] Con este sobrenombre [Aparece *corculi* en el original latino, que significa sabio, prudente], se honraba en Roma a los que aventajaban a los demás mortales en sabiduría, según Plinio, libro 7, cap. 31.

[639] Citado por John Does, *Epodos*, libro 1, car. 13.

[640] Llegan a enloquecer por la razón, ciertamente; están locos por los libros, etc.

[641] Juvenal.

[642] Salomón.

[643] [Objeciones y soluciones].

[644] ¿Hasta dónde se marchita el ingenio? [Se trata de un juego de palabras en inglés: *Wit whither wilt?*].

[645] Escalígero, *Exercitationes*, 324.

[646] En su vida.

[647] Ennio.

[648] Luciano. «Comprada por tres mil dracmas; el estudiante conseguirá de ella la sabiduría».

[649] [Séneca], *Epístolas*, 1, 21.

[650] [Quintiliano], libro 2, cap. 12. «Con mucho jadeo y agitación, los pechos furiosos, golpeando la frente».

[651] Lipsio.

[652] [Amiano Marcelino], libro 30.

[653] Platón, *Gorgias.*

[654] En Naugerio.

[655] Si el furor es báquico, siempre está furioso, furioso, furioso, amando y bebiendo el poeta.

[656] Tomás Moro, *Utopía*, libro 2.

[657] Macrobio, *Saturnales*, 7, 16.

[658] [Séneca], *Epístolas*, 16.

[659] [Juan Luis Vives], *Las disciplinas.*

[660] [Escalígero], libro 2 en *Ausonium*, cap. 19 y 32.

[661] Editado en siete volúmenes por Janus Gruter.

[662] Aristófanes, *Las ranas.*

[663] [Séneca], *Beneficios.*

[664] Con razón se les llama delirantes y dementes. Horacio. Séneca.

[665] Ovidio, *Metamorfosis.*
[666] Plutarco, *De amore.* «El amor es demente».
[667] Séneca, *Epístolas,* 39.
[668] [Giovanni Nevizano], *Sylvae nuptialis,* libro 1, num. 11.
[669] Aristóteles.
[670] [Nevizano], libro 4, num. 11.
[671] Consiguen su sabiduría comiéndose la pasta de la tarta [referencia al refrán *Pie-lid makes people wise,* que equivale a la frase «descubrir el pastel», es decir, que al quitar la pasta que lo recubre, se sabe de qué está hecha la tarta].
[672] «Las riquezas son la demencia para los mortales». Teognis.
[673] Si la fortuna favorece a alguien demasiado, le hace necio.
[674] Job 28.
[675] [Aristóteles], *Magna moralia,* libro 2, y *Metafísica,* libro 1.
[676] Horacio, *Sátiras,* 1, 4.
[677] «La gula es demente, los cimientos son dementes, demente el deseo de cazar, demente la discordia». Virgilio, *Eneida.*
[678] «El loco cartaginés Heliodoro me hizo embalsamar al extremo de la ciudad en un sarcófago con un testamento para que viera si alguien tan loco como para penetrar en tales lugares podría llegar a aparecer ante mí». Abraham Ortels, sobre Cádiz.
[679] Si fuera obra suya, como sospecha Gasper Vererus.
[680] Tito Livio.
[681] Horacio, *Sátiras,* 2, 3.
[682] Cronica Slavonica, año 1257; de sus riquezas decían cosas increíbles.
[683] Un loco y su dinero pronto se separan.
[684] Horacio. «Algunos palidecen por una mala ambición de dinero o por amor, otros por la lujuria o por la triste superstición».
[685] Persio.
[686] [Jerónimo Nymann], *Oratio de Imaginatione.* «Que el ambicioso y el audaz naveguen a Anticira».
[687] Gaspar Ens.
[688] [Felix Platter], *Praxeos medicae,* capítulo de alienatione mentis.
[689] [Ateneo], *Deipnosophistae,* 8.
[690] «Los flautistas están locos». Erasmo, *Adagiorum collectanea sive Chiliades,* 4, cent. 7.
[691] Prov. 30. La lascivia es locura. «En este ruego no hay locura, este miembro no está demente». Marcial, *Epigramas,* 3, 76.
[692] Hay mil tipos de locura en los niños y niñas.
[693] ¿Quién es el más loco de todos? Horacio. Ovidio. Virgilio. Plinio.
[694] Plinio, libro 36.
[695] Tácito, *Annales,* 3.
[696] [Se trata del «buen ciudadano que desvaría», en la obra de Ben Jonson *Every Man out of his Humour*].
[697] Ovidio, *Metamorfosis,* 7. «Como antiguamente los corintios jóvenes decían de sus vecinos que eran necios y que nacían de los hongos, dirás lo mismo en otra parte».
[698] Famian.
[699] Arriano recordaba su periplo por los puertos del ponto Euxino. Pierre Gilles, *De Bosphoro Thracio,* libro 3. Y el laurel loco que llevado al banquete provocó la locura de todos los comensales. G. Stuck comment, etc.
[700] Un poema ingenioso así titulado.
[701] Lipsio, *Phys. Stoicorum.* libro 3, dissi. 18.
[702] Gaspar Barth, *Amphiteatrum seriorum jocosorum libris XXX epigrammatum constructum,* libro 8, 102.
[703] Horacio.
[704] Si existen, cuáles son y de dónde les procede el nombre.
[705] En la torre de Babel.
[706] Autor de las notas a las epístolas de Roger Bacon, editadas en Hamburgo en 1608.
[707] Sólo éste es sabio, otros revolotean en la sombra.
[708] Lipsio, en la epístola a Baltasar Moreto.
[709] Seguir a un gran hombre es saber. Algunos piensan, otros desvarían.
[710] Catulo.
[711] Plauto, *Los dos Menecmos.*
[712] Juvenal, *Sátiras,* 14.
[713] [Son los siervos encargados de azotar a otros].
[714] O buscar a un cocinero en Anticira para que haga potaje de eléboro o potaje arregla-cerebros.
[715] «De vez en cuando me consuelo porque soy un hombre necio junto con otros hombres sabios y célebres», como decía de sí mismo Menipo en Luciano, Menipo o la Necromancia.
[716] Petronio en *Catalect.*
[717] Así lo refiero de J.V. Andreas, *Apolog. manip.* libro 1 y 26 Apol.
[718] [Mercurial], *De melancholia,* cap. 15.
[719] [Philip Melanchthon], *De anima.* «Una enfermedad muy frecuente en nuestra época».
[720] [Julio César Claudino], Consult. 98.
[721] [Erasmo], *Elogio de la locura.*
[722] Horacio, *Sátiras,* 1, 4.
[723] [Erasmo], epístola a Dorpio en el *Elogio de la locura.*
[724] Si alguien proclamara que se le ha herido, o descubre su conciencia o un auténtico miedo a algo.
[725] Horacio.
[726] Marcial, *Epigramas,* libro 7, 25.
[727] «La diosa de los rústicos se consideraba

como gobernadora de los ociosos, y a ella se hacían sacrificios después de las labores agrícolas». Plinio, libro 3, cap. 12. Ovidio, *Fastos*, libro 6. También cuando hacen sacrificios a la antigua Vacuna, están en las vacunales y se sientan ante los fuegos.

728 Terencio, prólogo a *El eunuco.*

729 Ariosto, *Orlando furioso,* libro 39, 58.

730 Pues al igual que de los estudios procede la alegría, los estudios proceden de la hilaridad, Plinio, *Epistolae,* libro 8.

731 [Tácito], *Annales,* 15.

732 Sir Francis Bacon, Vizconde de St Albans, en sus *Ensayos.*

733 Como Probo, biógrafo de Persio, dice que Persio tenía una vergüenza virginal, lo mismo me ocurre a mí.

734 «Cosas que o ha producido la negligencia o la naturaleza humana se ha preocupado poco por ello». Horacio.

735 Plauto, en el prólogo a *Querolus.*

Notas a la Parte I

[1] «Un gran milagro».
[2] «Fin de todas las cosas que sirven bajo el sol». Escalígero, *Exercitationes,* 365, sec. 3. Valesio, *De sacra philosophia,* cap. 5.
[3] «Igual que en las monedas está la imagen de César, así en el hombre está la de Dios».
[4] Gn 1.
[5] «Está la imagen del mundo en el cuerpo, la de Dios en el alma. Cada uno es un ejemplo de Dios en una pequeña imagen».
[6] Ef 4, 24.
[7] Palanterius.
[8] Sal 49, 20.
[9] «En lascivia supera al caballo, en desvergüenza al perro, en destreza al zorro, en furor al león». Crisóstomo, Gn, 23.
[10] Gn 3, 17.
[11] Ecl 40, 1-5, 8.
[12] Gn 3, 17.
[13] «Ella cayó y abrió la tapa con sus manos, e inmediatamente vino una gran perdición a los pobres hombres». Hesíodo, *Los trabajos y los días,* 81.
[14] [Crisóstomo], *Homilia 5 ad populum Antioch.*
[15] Sal 107, 17.
[16] Pr 1, 27.
[17] Cipriano.
[18] Cipriano.
[19] Mt 14, 3.
[20] Filóstrato, *De vita Apolonii,* libro 8. «Le dijo que las causas de las enfermedades eran su injusticia, sus bodas abominables, y lo demás que había hecho contra la razón».
[21] 16.
[22] 18.
[23] 20.
[24] Versículo 27.
[25] [Versículo] 28. «Dios castiga a los que ama».
[26] Is 5, 13, versículo 25.
[27] L. Lemnio, *De occulta natura mirac.*, libro 2, cap. 29.
[28] «La vejación da inteligencia». Is 28, 19.
[29] [Plinio], libro 7. «Con el juicio, reconoce las costumbres y los hechos y se contempla. Mientras tengo debilidad, tengo amor a la religión. Sin debilidad, no me acuerdo de su amor».
[30] Petrarca.
[31] Pr 3, 12.
[32] Horacio, *Epístolas,* 1, 4.
[33] Dt 8, 11. «Quien está de pie, cuide de no caer».
[34] «Cuantos más beneficios de Dios se acumulan, más se hace uno su deudor obligatorio».
[35] Botero, *De origine urbium.*
[36] Lee la historia de la relación de L. Fröes, *De rebus Japonicis,* año 1596.
[37] Guicciardini, *Descriptio Belgicæ,* año 1421.
[38] Gerardo de Cambrai.
[39] J. Does, *Epodon,* libro 1, 10.
[40] Munster, *Cosmographia,* libro 3, cap. 462.
[41] Buchanan, *Baptistes.*
[42] Ovidio, *Tristes,* 5, 7.
[43] «Las brujas mezclan los acónitos».
[44] [Cipriano], *Tractatus ad Donatum,* libro 2, epíst. 2.
[45] Ez 18, 2.
[46] Horacio, *Odas,* 3, 6.
[47] 2 Tm 3, 2.
[48] Ez 18, 31.
[49] 1 M 3, 12.
[50] Parte 1, sección 2, miembro 2.
[51] «La maldad es lo que no te permite ser anciano».
[52] Homero, *Ilíada.*
[53] «El exceso, el lujo, la gula y las desgracias infinitas de este tipo, que merecen los castigos divinos». Craton.
[54] Fernel, *Pathologia,* libro 1, cap. 1.
[55] Fuchs, *Institut.* (libro 3, sec. 1, cap. 3): «por el cual se vicia primero la acción».
[56] [Aulo Gelio], libro 4, cap. 2.
[57] [Plinio], libro 7, cap. 11.
[58] Horacio, *Odas,* 1, 3.
[59] [Plinio], libro 7, cap. 50.
[60] «Por dentro con vino, por fuera con aceite».
[61] [Leowitz], en los ejemplos de nacimientos de su *Ephemeridum novum,* cap. «de infirmitate».
[62] [Paracelso], *De vita longa.*
[63] [Hesíodo], *Los trabajos y los días.* [102].
[64] Véase Fernel, *Pathologia* (libro 1, cap. 9, 10, 11 y 12), Fuchs, *Instit.* (libro 3, sec. 1, cap. 7), Wecker, *Medicæ Syntaxes.*
[65] [Heurne], prefacio a *De morbis capitis.* «Al igual que en la cabeza hay varias partes, asimismo le suceden diversas enfermedades».

[66] Sobre esto, leed a Heurne, Montalto, Hildesheim, Quercetan, J. Pratis, etc.

[67] [Destemplanza acompañada de una fuerte inclinación a dormir, sin poder hacerlo.]

[68] [Scribonius], *De phisiologia sagarum,* cap. 2.

[69] [Laurens], *De melancholia,* cap. 2.

[70] [André du Laurens], *De melancholia,* cap. 4.

[71] [Altomari], *Ars Medica,* cap. 7.

[72] «Muchos médicos unen estas dos enfermedades en una sola y compleja, porque se originan de una misma causa, y porque sólo se distinguen en la magnitud y el modo, y sólo existen grados». J. Pratis.

[73] [Gordon], *Lilio de medicina.*

[74] «Me parece una parte de la manía».

[75] «Está loco el que tiene una impotencia permanente para el buen funcionamiento de su inteligencia, aparecida a una determinada edad y durante un tiempo determinado, y que no es momentánea ni fugaz como la producida por el vino, el solano o el beleño». [Fracastoro], *De intellectione,* libro 2.

[76] Sobre lo cual, léase a Felix Platter, *De mentis alienatione,* cap. 3.

[77] [Aecio de Amida], libro 6, cap. 11.

[78] [Pablo de Egina], libro 3, cap. 16.

[79] [Altomari], *Ars medica,* cap. 9.

[80] [Wier], *De præstigiis dæmonum,* libro 3, cap. 21.

[81] [Forest], *Observationes* (libro 10), *De morbis cerebri* (cap. 25).

[82] Hipócrates, *De insania.*

[83] [Plinio], libro 8, cap. 22.

[84] [Ovidio], *Metamorfosis,* libro 1.

[85] [Heurne], capítulo «de mania».

[86] «Tienen las piernas ulceradas, más aún las nalgas, están pálidos, con la lengua seca».

[87] [Altomari], *Art. Hydrophobia,* cap. 9.

[88] [C. Aureliano], libro 3, cap. 9.

[89] [Schenk], *De venenis,* libro 7.

[90] [C. Aureliano], *De morbis acutis,* libro 3, cap. 13.

[91] [Hildesheim], *Spicilegia,* 2.

[92] Schenk, *De venenis,* 7.

[93] [Codronchi], *De hydrophobia.*

[94] [Forest], *Observationes, libro* 10, 25.

[95] [Paracelso], tomo 4, tr. 1.

[96] [Schenk], libro 1, capítulo «de mania».

[97] [F. Platter], *De mentis alienatione,* cap. 3.

[98] [A. Laurens], *De melancholia,* cap. 4.

[99] Parte tercera.

[100] «¿De dónde le viene al hombre la seguridad, de dónde la alegría cierta? Dondequiera que se dirija, se encontrará con la amargura de corazón». Agustín, *In psalmum 85.*

[101] Jb 1, 14.

[102] [Valerio Máximo], libro 7, cap. 1.

[103] Eliano.

[104] Homero, *Ilíada.*

[105] Lipsio, cent. 3, ep. 45.

[106] Lucrecio, libro 4, 1134.

[107] Pr 14, 13. «Al cabo la alegría es dolor».

[108] «Los nacimientos, dice, se celebran, y las bodas también; pero entonces, ¿por qué se celebra lo que no duele, lo que no pasa?».

[109] Apuleyo, *Florida,* 4. «Nada se le da al hombre desde el cielo tan próspero que no tenga mezclada alguna dificultad, de modo que cualquier gran alegría o cualquier pequeña tristeza conlleva una mezcla de miel y hiel».

[110] «Son sin duda cosas caducas, frágiles y propias de chiquillos, las que se llaman fuerzas y poderes humanos, que abundan súbitamente, de repente caen. No apoyan sus raíces estables en ningún lugar, en ninguna persona, sino en el soplo incierto de la fortuna; a los que habían exaltado a lo sublime los han sumergido de forma imprevista en un profundo valle de desgracias miserablemente», Valerio Máximo, libro 6, cap. 11.

[111] Lorchanus Gallobelgicus, libro 3, año 1598.

[112] «Hacia eso debe dirigir todo su empeño, para soportar valientemente la condición humana».

[113] 2 Tm 2, 3.

[114] [Séneca], *Epístolas,* libro 10, 96.

[115] «Una golondrina no hace verano» [Aristóteles, *Ética a Nicómaco,* 1098a, 18-20].

[116] [C. Aureliano], libro 1, cap. 6.

[117] Fuchs (libro 3, sec. 1, cap. 7), Hildesheim, fol. 130.

[118] Sal 139, 14-15.

[119] [Melanchthon], *De anima.*

[120] [Galeno], *De usu partium.*

[121] [Colombus], *Anatomia.*

[122] Doctor Crooke.

[123] [Wecker], *Medicœ Syntaxes.*

[124] [Melanchthon], *De anima.*

[125] [Fernel], *Institut.,* libro 1.

[126] [Fuchs], *Physiologia,* libros 1 y 2.

[127] [A. Laurens], *Anatomia,* libro 1, cap. 18.

[128] [Crato], *Micro.*

[129] «Humores enfermos».

[130] «Alma espiritual».

[131] Laurens, *Anatomia,* libro 1, cap. 20.

[132] En éstas se observa el latido del corazón.

[133] Capivaccio, *Anatomia,* pag. 252.

[134] [Laurens], *Anatomia,* libro 1, cap. 19.

[135] El doctor Crooke, siguiendo a Galeno y a otros.

[136] [Melanchthon], *De anima.*

[137] [Fuchs], libro 1, cap. 12, sec. 5.

[138] [Fernel], *Physiologia,* libro 1, cap. 8.

[139] Melanchthon.

[140] [Aristóteles], *Acerca del alma,* 2, cap. 1.

[141] Escalígero, *Exercitationes* (307), Francisco de Toledo, *De anima,* cap. 1, etc.

[142] [Aristóteles], *Acerca del alma,* 1, cap. 1.
[143] [Cicerón], *Tusculanas.*
[144] [Pico della Mirandola], libro 6. Doctor Val. Gentil. cap. 13, pag. 1216.
[145] Aristóteles.
[146] «Vemos un alma espiritual distinta de las demás, inherente a los cadáveres, incluso algunos meses después de la muerte».
[147] [Campanella, *De sensu rerum*], libro 3, cap. 31.
[148] Luigi Ricchieri (libro 2, cap. 31), Plutarco, en *Grillo,* Lipsio (Cent., 1, epíst. 50), Jossius *(De Risu et Fletu),* Averroes, Campanella, etc.
[149] Philip Melanchthon (*De anima,* cap. 1), Luigi Ricchieri (*Antiquarum lectionum,* 20, cap. 3), Plutarco *(De placit. philos.)*
[150] [Taurellus], *De vita et morte,* part. 2, cap. 3, prop. 1. *De vita et morte,* 2, cap. 22.
[151] «La nutrición es la transformación del alimento, un proceso natural en el hombre», Escalígero, *Exercitationes,* 101, sec. 17.
[152] Véase más sobre la atracción en Escalígero, *Exercitationes,* 343.
[153] «La vida consiste en lo cálido y lo húmedo».
[154] «La luz [*lumen*] es el acto de ver. La luz [*lumen*] procede de la luz [*lux*], la luz [*lux*] está en un cuerpo luminoso. [Se trata de una distinción entre los términos latinos *lumen* y *lux,* cuyo uso habitual no discernía las características aquí expuestas].
[155] [Platón], *Fedón.*
[156] [Plutarco], *De pract. philos.,* 4.
[157] [Macrobio], *Saturnales,* 7, cap. 14.
[158] Lactancio, *De opificio Dei,* 1, cap. 8.
[159] [Aulo Gelio], libro 19, cap. 2.
[160] [Fernel], *Physiologia,* libro 5, cap. 8.
[161] [Escalígero], *Exercitationes,* 280.
[162] Thomas Wright, jesuita, en sus *Passions of the Mind.*
[163] Velcurio.
[164] «A los nervios los mueven los espíritus, a los espíritus el alma», Melanchthon.
[165] Velcurio.
[166] Goclenio (*Psychologia,* pag. 302), T. Bright (*Phys. Scrib.,* libro 1), David Crusius, Melanchthon, Hippius, Heurne, L. Lemnio, etc.
[167] [Galeno], *Liber an mores sequantur,* etc.
[168] César, *Comentarios,* 6.
[169] Léase el diálogo sobre la *Inmortalidad del Alma* de Eneas Gazeus.
[170] Ovidio, *Metamorfosis,* 15.
[171] [Luciano], *Gallo.*
[172] Ovidio, *Metamorfosis,* 15.
[173] Nicéforo Calixto, *Historia ecclesiastica,* libro 10, cap. 35.
[174] [Platón], *Fedón.*
[175] Claudiano, *De raptu Proserpinæ,* libro 1.
[176] [Plinio el Viejo; Burton le llama aquí y en otras ocasiones «el tío Plinio».]
[177] Coler, ibid.
[178] [Agustín], *De eccles. dog.,* cap. 16.
[179] Ovidio, *Metamorfosis,* 4.
[180] Lares, de los buenos espectros, y lemures, de los malos.
[181] Algunos dicen que a los tres días, otros que a las seis semanas, otros algo diferente.
[182] Melanchthon.
[183] [Velcurio].
[184] «La parte pura de la conciencia».
[185] «Lo aprueba o desaprueba». Philip [Melanchthon]. «Sin deseo de lo desconocido».
[186] Melanchthon.
[187] «Libres en las cosas civiles, pero no en las espirituales», Osiander.
[188] «Todo hombre es mentiroso».
[189] Virgilio.
[190] O por ignorancia, porque no se ha enseñado a la mente, como se debería, con buenos deseos, ni se la ha cultivado con preceptos divinos.
[191] Medea, en Ovidio.
[192] Ovidio.
[193] Séneca, Hipp.
[194] [Hércules de Sajonia], *Pantheon Med.*
[195] [Hércules de Sajonia], libro 1, cap. 16.
[196] «Las funciones del alma disminuyen con la fatuidad, se destruyen con la locura, pero sólo se depravan con la melancolía», Hércules de Sajonia, *Tractatus de melancholia,* cap. 1.
[197] [A. Laurens], *De melancholia,* cap. 4.
[198] [A. Laurens], *De melancholia,* cap. 4.
[199] [Hipócrates], *Sobre las enfermedades vulgares,* libro 6, sec. 7.
[200] [Hildesheim], *Spicilegia de melancholia.*
[201] [Montalto], *De melancholia,* cap. 3. «La parte afectada contamina al cerebro, ya sea por consenso, ya por el cerebro, según asegura la autoridad y razón de los próceres».
[202] [Melanelius], *Liber de melancholia.* «El corazón está afectado verdaderamente por la única razón de la vecindad, y el diafragma y el estómago por la vecindad con la espina dorsal», etc.
[203] [Capivaccio], libro 1, cap. 10.
[204] «Pocas veces se libra de un tumor de hígado quien está afectado por esta enfermedad», Lepois.
[205] Véase Donato de Altomari.
[206] «Aquí está afectada la facultad imaginativa, no la cogitativa ni la memorativa».
[207] [Avicena], libro 3, fen. 1, tr. 4, cap. 18.
[208] [Areteo], libro 3, cap. 5.
[209] [Gordon], *Lilio de medicina,* cap. 19, part. 2, tr. 15, cap. 2.

[210] Hildesheim, *Spicilegia de melancholia,* 2, fol. 217 y fol. 127.

[211] [Hércules de Sajonia], *Liber posthumus de melancholia,* editado en 1620.

[212] «Los que tienen la cabeza pequeña, son muy necios». Aristóteles, *Fisionomía.*

[213] Areteo, libro 3, cap. 5.

[214] «Los que están cerca de ese estado». Areteo, Lepois.

[215] [Daniel Sennert], *De quartana.*

[216] Libro 1, part. 2, cap. 11.

[217] [Al-Razí], *Continens,* libro 1, tr. 9.

[218] «Nunca excede los límites de la cordura ni le afecta el dolor». Erasmo.

[219] [Sinesio], *Elogio de la calvicie.*

[220] [Cardano, *Contradicciones*], libro 1, tr. 3, contradic. 18.

[221] [Valesio, *Controversias*], libro 1, cont. 21.

[222] Bright, cap. 16.

[223] [Ficino], *De sanitate tuenda,* libro 1, cap. 6.

[224] «Se ha de averiguar qué humor es este, de qué especie, cómo se genera en el cuerpo; muchos antiguos trabajaron en esto y no llegaron a una doctrina a partir de Galeno por la variedad de discursos». L. Jacchinus, *Commentarium in 9 Rhasis,* cap. 15, cap. 16.

[225] [Hércules de Sajonia], *Tractatus posthumus de melancholia,* editado en Venecia en 1620, cap. 7 y 8.

[226] «Según la cantidad de ella que haya en el cuerpo, puede ser más o menos saludable llevar al descubierto una parte mayor o menor del cuerpo; el cuerpo puede enfermar por motivos así».

[227] [Valesio], *Controversias,* libro 1, cap. 21.

[228] [Fuchs], libro 1, sec. 4, cap. 4.

[229] [Montano], consil. 26.

[230] [Cardano], *Contradictiones medicæ,* libro 2, cap. 11.

[231] [Guianerius], *De febre,* tr. 3, dif. 2, cap. 1. «No se ha de negar que por esto se hacen melancólicos».

[232] [Wecker], *Syntaxes.*

[233] Melanchthon.

[234] [Capivaccio], *De affectionibus capitis,* libro 1, cap. 10.

[235] [Altomari], cap. 7.

[236] «Este humor negro de vez en cuando se calienta en exceso, y otras veces se vuelve frío». Hipócrates.

[237] Guianerius, dif. 2, cap. 7.

[238] No es manía, a menos que sea melancolía prolongada.

[239] [Aureliano], libro 1, cap. 6.

[240] [Aecio, *Tetrabiblos*], 2, ser. 2, cap. 9. «Este humor es de todos los tipos».

[241] «Sus especies son infinitas».

[242] [Hércules de Sajonia], *Tractatus de melancholia,* cap. 7.

[243] [Melanchthon], *De anima,* cap. «de humor». «La misma melancolía se quema y mezcla de varias formas, y de ahí las variadas especies de locura».

[244] [Arculano], *In 9 Rhasis,* cap 16.

[245] Laurens, *De melancholia,* cap. 4.

[246] [Laurens], cap. 13.

[247] [J.C. Claudino], 480 y 116 consult., Consil. 12.

[248] Hildesheim, *Spicilegia,* 2, fol. 166.

[249] Trincavelli, tomo 2, cons. 15 y 16.

[250] [Hércules de Sajonia], *Tractatus posthumus de melancholia,* cap. 13.

[251] Guarinonius, *Cons. med.,* 2.

[252] «Estaba enfermo por esencia y por todo el cuerpo».

[253] Maquiavelo, etc., Smith (*De republica anglorum,* libro 1, cap. 8), Besoldus (*Discur. polit.,* 5, cap. 2), Aristóteles (*Política,* libro 3, capítulo último), Keckerman, etc.

[254] [Polibio], libro 6.

[255] [Galeno], *Ars curativa,* 1.

[256] Que nuestro primer propósito sea indagar las causas de las afecciones de donde parece surgir, pues de otro modo, su curación sería incompleta e inútil.

[257] [Fernel], *Pathologia,* libro 1, cap. 11.

[258] «Son tantas la variedad y las especies de la enfermedad, que no es fácil distinguir dónde se originó», Melanelio, siguiendo a Galeno.

[259] «Dichoso el que puede conocer las causas de las cosas».

[260] 1 S 16, 14.

[261] Dn 5, 21.

[262] Lactancio, *Divinæ institutiones,* libro 2, cap. 8.

[263] Se consumió por falta de juicio y con mucha tristeza.

[264] Munster, *Cosmographia,* libro 4, cap. 43.

[265] Tito Livio, libro 38.

[266] Gaguin, libro 3, cap. 4.

[267] *Idem,* libro 9, sub Carol. 6. «Alguien, desdeñoso de las cosas sagradas, tras forzar las puertas del templo, intentaba robar la imagen de plata de San Juan, y mientras, la imagen le volvió la espalda al lado contrario; sin tardanza, el sacrílego perdió el juicio y abandonó sus propios miembros a la locura».

[268] Gerard de Cambrai, *Itinerarium Cambriæ,* libro 1, cap. 1.

[269] Delrío, tomo 3, libro 6, sec. 3, quæst. 3.

[270] Sal 94, 1.

[271] [Dionisio], libro 8, cap. «de Hierar.»

[272] Claudiano.

[273] [Juan Crisóstomo], *De Babila Martyre.*

[274] [Hipócrates], *Pronósticos,* libro 1, cap. 5.

[275] [Fernel], libro 1, *De abditis rerum causis.*

[276] [Julio César Claudino], *Respons. med.*, 12.

[277] 1 P 5, 6.

[278] [Postel], *De orbis concordia,* libro 1, cap. 7. «No ha habido nunca mayor disputa, mayor oscuridad, menor consonancia de opiniones que sobre el tema de los demonios y las sustancias separadas».

[279] [Agustín], *De Trinitate,* libro 3, cap. 1.

[280] Pererius, *In Genesim,* libro 4, in cap. 2, v. 23.

[281] Véase Strozzi Cicogna (*Omnifariæ magiæ,* libro 2, cap. 15), J. Aubanus, Bredenbachius.

[282] «El ángel fue separado de Dios por soberbia, porque no perseveró en la verdad». Agustín.

[283] [Apuleyo], *De Deo Socratis.*

[284] «Vivió quinientos años desde entonces».

[285] Apuleyo, «los espíritus animales son sensibles en el ánimo, racionales en la mente, celestes en el cuerpo, eternos en el tiempo».

[286] [Bodin], *Theatri naturæ,* 4, libro 4, fol. 535.

[287] Cipriano, *Epistolæ.* «Pueden transportar incluso montes y animales». Igual que el demonio trasladó a Cristo a lo alto del pináculo, así se trasladan las brujas a menudo. Véase más en Strozzi Cicogna, *Omnifariæ magiæ,* libro 3, cap. 4. «Pueden levantar y llevar a lo alto cuerpos por los aires», Biarmannus. «Afectados, se duelen y se queman en grandes cenizas», Agrippa, *Filosofía oculta,* libro 3, cap. 18.

[288] Bel y el dragón, 36. [Dn 14, 36]

[289] Agrippa, *Filosofía oculta,* libro 3, cap. 18.

[290] Parte 3, sección 2, miembro 1, subsección 1. Melancolía amorosa.

[291] [Alejandro de Alejandro], *Genial. dierum.*

[292] [Vives], libro 1, *De veritate fidei.* Girolamo Benzoni, etc.

[293] [Sozomeno], *Liber de divinatione & magia.*

[294] [Boissard], cap. 8.

[295] Así, Hesíodo, *De Nymphis,* dice que viven las diez edades de los fenicios, o nueve, siete, veinte.

[296] Guardianes de los hombres y los gobiernos, etc., tanto mejores que los hombres cuanto éstos son mejores que los animales.

[297] [Platón, *Critias*], «Patronos, pastores y gobernadores de los hombres, y éstos de los animales».

[298] «Usan la comida y la bebida, y el acto sexual con los hombres, y por último mueren», Cicogna, parte 1, libro 2, cap. 3.

[299] Plutarco, *La decadencia de los oráculos.*

[300] [Paracelso], *Liber de Zilphis & Pigmeis.*

[301] [Minucio Felix], *Octavius.*

[302] «Todo está lleno de espíritus y, por su concordia y discordia, fluyen todos los efectos buenos y malos y se rigen todas las cosas humanas», son las paradojas de los antiguos de las que habla Cicogna, *Omnifariæ magiæ,* libro 2, cap. 3.

[303] Pausanias, Hyginus.

[304] Agustín, *De Genesis ad litteram,* libro 2, cap. 17. «En parte son fuertes por la agudeza de un sentido más sutil, en parte por una ciencia más hábil y por la experiencia, por la gran longitud de la vida, y en parte porque aprenden de los ángeles», etc.

[305] [Cicogna], *Omnifariæ magiæ,* libro 3, cap. 2.

[306] [Agustín], *Quæstiones,* libro 18.

[307] «Puesto que el conocimiento de los espíritus es tanto y tan profundo, no es raro que realicen tantas cosas admirables a la vista, y puesto que conocen mucho mejor el poder de las cosas naturales, las saben aplicar con mucha más pericia que el hombre en su lugar y tiempo», Cicogna.

[308] Johann Turmeir, «lo que se quitaba de día, de noche se llenaba. De ahí que los guardianes se asustaran», etc.

[309] [Dandini], *De anima,* libro 2, text. 29. «Homero llama por separado a todos los espíritus demonios».

[310] [Apuleyo], *De Deo Socratis,* «Tengo, por gracia divina, un demonio que me sigue desde la primera infancia; a menudo me disuade, pocas veces impulsa semejanzas de voz», Platón.

[311] Agrippa (*Filosofía oculta,* libro 3, cap. 18), Zanchio, Pictorius, Pererius, Cicogna (libro 3. cap. 1).

[312] [Isaías], cap. 13.

[313] A los que se les ha concedido dañar la tierra y el mar, etc.

[314] [Merimim, según Cornelio Agrippa].

[315] [Lipsio], *Physiologia stoicorum e Seneca,* libro 1, cap. 18.

[316] Hasta la Luna, las almas son etéreas y se llaman héroes, lares, genios.

[317] Marciano Capella.

[318] [Paracelso], *Liber de Zilphis.*

[319] Palingenio.

[320] [Gregorio de Tolosa], *Syntax. art. mirab.,* libro 7, cap. 3, 4 y 5.

[321] [Marsilio Ficino], *Commentarium in dialogum Platonis de amore,* cap. 5.

[322] [Proclo], *Liber de anima et dæmone.*

[323] «Se precipitan a los lugares bajo el orbe celeste, al aire, y debajo de donde se reservan para el juicio general».

[324] [Tomás de Aquino], *Quæstiones disputatæ,* 63, art. 9.

[325] Virgilio, *Églogas,* 8.

[326] [Virgilio], *Eneida,* 4.

[327] Agustín: «Esto he dicho: que nadie crea que habitan demonios malos allí donde Dios ordenó el Sol, la Luna y las estrellas, y que nadie piense que el demonio habita en los cielos con los ángeles, donde creíamos que había caído». Idem Zanchio (*De angelis malis,* libro 4, cap. 3), Pererius (*In Genesim,* libro 8, cap. 6, in ver. 2).

[328] [Radziwill], *Peregrin. Hierosol.*

[329] «Destruyen las casas, derriban los muros, se mezclan con torbellinos y huracanes, sacan el polvo como en una columna». Cicogna, libro 5, cap. 5.

[330] [Maquiavelo], *Quæst. in Liv.*

[331] [R. Argenis], *De præstigiis dæmonum,* cap. 16. «Vemos que se derriban las columnas y se destruyen las cosechas», etc.

[332] [Giovanni Pontano], *De bello Neapolitano,* libro 5.

[333] «Se deleitan con los perfumes». Idem Justino Mártir, *Apologia pro Christianis.*

[334] «A imitación de los dioses», dice Eusebio.

[335] [Cardano], *De rerum varietate,* libro 16.

[336] [Godelman], *De magis et veneficis,* libro 3, cap. 3, etc.

[337] Nereidas.

[338] [Paracelso], *Liber de Zilphis.*

[339] [Olao Magno], libro 3.

[340] «Simulan que están en vela por la salud de los hombres, pero construyen todo para su perdición», Agustín.

[341] Dríades, oréades y hamadríades.

[342] [Los elfos denominados *Robin Goodfellows* son duendes caprichosos. Las creencias populares les atribuían acciones como la caza en el campo durante los siglos XVI y XVII].

[343] Elvas Olaus, vocat lib. 3.

[344] [Lavater], part. 1, cap. 19.

[345] [Olao Magno], libro 3, cap. 11. *Elvarum choreas Olaus,* lib. 3. vocat. «Dejan marcados sus saltos sobre la tierra tan fuertemente, que queda un círculo en el verde brillante y el césped no se destruye».

[346] [Paracelso], *Liber de Zilphis et Pigmæis.* Olao, libro 3.

[347] [Gregorio de Tolosa], libro 7, cap. 14. «Los que están al servicio de los hombres y mujeres limpian las habitaciones con escobas, lavan los platos, llevan la leña, cuidan los caballos, etc.»

[348] Los usan para hacer el servicio.

[349] Donde se esconde un tesoro (como piensan algunos) o se haya cometido un asesinato o una villanía semejante.

[350] [Cardano], *De rerum varietate,* libro 16.

[351] «Los lemures se divierten por la noche con instrumentos domésticos, derriban fuentes, ollas, cántaros y otras vasijas, emiten voces, gimen, emiten risas, etc., como perros negros, gatos de varias forma», etc.

[352] [Thyræus], cap. 4.

[353] [Plinio], *Epístolas,* libro 7.

[354] Cicogna les llama «demonios meridionales», o «alastores», libro 3, cap. 9.

[355] Suetonio, cap. 69, Calígula.

[356] Strozzi Cicogna, *Omnifariæ magiæ,* libro 3, cap. 9.

[357] *Idem,* cap. 18.

[358] [Troncos de árboles que se aparecían flotando en una charca de Bereton en Cheshire].

[359] Mr Carew, *Survay of Cornwall,* libro 2, folio 140. [El «Lahandron» o «roble Arundell», que normalmente tenía hojas blancas o jaspeadas; predecía la muerte del señor de la hacienda cuando de él brotaban hojas normales].

[360] [Baracellus], *Horto Geniali,* fol. 137.

[361] [Bernardino de Bustos], parte 1, cap. 19. «Les sacan del camino recto y , al hacerlo, cierran el camino».

[362] [Lavater], libro 1, cap. 44. «Se distinguen y oyen frecuentes ilusiones de demonios, por lo que los caminantes han de tener cuidado de no separarse o estar de espaldas, pues fingen las voces de sus compañeros para sacarles del camino recto», etc.

[363] Un monte estéril y nevado, donde se aparecen las sombras en la noche desapacible.

[364] [G. Nubrigense], libro 2, cap. 21. «Ponen obstáculos a los transeúntes en el camino y se ríen con petulancia cuando hacen que un hombre o un caballo se tropiecen y sobre todo si alguien se enfada con injurias e invectivas».

[365] [Munster], *Cosmographia.*

[366] Al mandar a la tierra el viento, causan horribles terremotos con los que se destruyen no sólo las casas y torres, sino también ciudades e islas enteras.

[367] Jerónimo *(In 3 Ephesios),* idem Michælis (*De spiritibus,* cap. 4), idem Thyreus *(De locis infestis).*

[368] Lactancio, *De origine erroris,* 2, cap. 15. «Estos espíritus malignos vagan por toda la tierra y se ocupan del solaz de su perdición perdiendo a los hombres».

[369] Sinesio.

[370] «Enemigo del género humano, inventor de la muerte, maestro de la soberbia, raíz de la malicia, cabeza de los crímenes, príncipe de todos los vicios, se enfurece por las censuras de Dios y la destrucción de los hombres». Sobre sus empeños y operaciones, léase san Epifanio (tomo 2, libro 2), Dionisio (cap. 4), Ambrosio (*Epistolæ,* libro 10, ep. 8 y 84), Agustín (*La ciudad de Dios,* libro 5, cap. 9; libro 8, cap. 22; libro 9, cap. 18; libro 10, cap. 21), Teófilo (*In 12 Matthæum*), san Basilio (ep. 141), León I (ser. 60), Teodoreto (*In 2 Corinthios,* ep. 2),

Crisóstomo (*In 19 Genesim,* hom. 53), san Gregorio *(In 1, cap. Job),* Bartolomeo Anglico (*De prop.,* libro 2, cap. 20), Zanchio (*De malis angelis,* libro 4), Pererius (*In Genesim,* libro 8, in cap. 6, ver. 2), Orígenes. «A menudo están en medio de nuestras luchas y dirigen nuestros negocios, muestran los éxitos deseados a menudo con ayudas clandestinas», Pedro Mártir, *In Sam.;* etc., Rusca, *De inferno.*

371 «Y se mueve como los esclavos», Psellus.

372 [Bernardo], *Liber de transmut.* Malac. ep.

373 Lipsio, *Physiologia Stoicorum,* libro 1, cap. 19.

374 Leo Suavius. Idem et Tritemius.

375 [Cicogna], *Omnifariæ magiæ,* libro 2, cap. 3.

376 Somos el juguete de los dioses.

377 [Proclo], *Liber de anima et dæmone.*

378 «A menudo hace que los príncipes carguen de riquezas y dignidades a un cortesano novicio, y un siervo de muchos años, que ha sufrido por su dueño más peligos que ningún otro, ni le importa un bledo», etc. Cicogna, *Omnifariæ magiæ,* libro 2 cap. 3.

379 [Libanio], *Liber de cruent. cadaver.*

380 Boissard, *Magia,* cap. 6.

381 Godelman, *De Magis et veneficis,* libro 1, cap. 3. Idem Zanchio, *De malis angelis,* libro 4, cap. 10 y 11.

382 «La melancolía nociva les vuelve furiosos y a veces los destruye por completo». G. Picolomini. Idem Zanchio, libro 4, cap. 10. «Si Dios lo permite, nuestro cuerpo se puede mover, alterar, influir por cualquier tipo de enfermedad y mal, y, es más, pueden penetrar en él y hacerle enfurecer».

383 «Fingen enfermedades furtivas en los cuerpos de forma oculta, asustan a las mentes, torturan los miembros». Lipsio, *Physiologia Stoicorum,* libro 1, cap. 19.

384 [Cardano], *De rerum varietate,* libro 16, cap. 93.

385 «El espíritu malo invade el alma, turba los sentidos, los conduce al furor». Agustín, *De vita beata.*

386 [Avicena], libro 3, Fen. 1, tr. 4, cap. 18.

387 [Pomponazzi], *Liber de incantationibus.*

388 [Jason Pratis], *Liber de morbis cerebri,* cap. «de mania».

389 Se meten en el fondo de los melancólicos, donde se posan y se deleitan, como en la región de las estrellas más claras, y hacen que el ánimo se enfurezca.

390 [Agrippa], *Filosofía oculta,* libro 1, cap. 6.

391 [Lavater], *De spectris,* part. 1, cap. 2.

392 San Gregorio, papa, *Dialogi,* cap. 4.

393 [Tertuliano], *De opificio* Dei, capítulo penúltimo.

394 [Gregorio de Tolosa], libro 28, cap. 26, tomo 2.

395 [Thomas Lieber, «Erastus»], *De Lamiis.*

396 [Reginald Scot, o Scott, autor del *Discovery of Witchcraft*].

397 Cuentan cómo actúan los hechiceros.

398 Sobre lo cual leerás más en Boissard, libro 1, *Tractatus postumus de divinatione et magicis præstigiis.*

399 El rey Jacobo, *Dæmonologia,* libro 1, cap. 3.

400 Una universidad de España, en Castilla la Vieja.

401 La ciudad más importante de Polonia.

402 Oxford y París. Véase el fin del P. Lombardo.

403 [Boissard], «Prefacio» *a De magis et veneficiis.*

404 «Erastus».

405 Véase Pierre de Palude, libro 4, distinct. 34; Paulum Guirlandum.

406 Miles.

407 Martin Lutero, en *Primum præceptum* y Leonardo Vario, *De fascinatione,* libro 1.

408 Lavater, Cicogna.

409 Boissard, *De magia.*

410 [Bodin], *Démonomamie,* libro 3, cap. 3.

411 Vide Filóstrato, *Historia de vita Apolonii;* Boissard, *De magia.*

412 Vide Suidas, *De Pasete.*

413 Léase Gulielmus Nubrigense, libro 1, cap. 19.

414 «Erastus». Adolphus Scribonius.

415 Virgilio, *Eneida,* 4 [487-8], describiendo a la hechicera: «ésta asegura que con sus ensalmos puede librar los corazones que ella quiera, e infundir en otros tenaces obsesiones».

416 Godelman, libro 1, cap. 7.

417 Hildesheim, *Spicilegia,* 2, fol. 147.

418 Todos estos filtros, aunque se distinguen entre sí, tienen en común que vuelven melancólico al hombre. Scholtz, epíst. 231.

419 [Libanio], *De cruent. cadaver.*

420 Los astros rigen a los hombres, y Dios rige a los astros.

421 [Johann von Hagen], *Chiromantia.*

422 Vehículo celeste de la virtud divina, mediante cuyo movimiento, luz e influencia, Dios ordena y dispone los cuerpos elementales. Thomas de Vio Cajetanus, *In Sal. 104.*

423 John Dee, *Aphorismi,* 11.

424 [Paracelso], *Liber de podagra.*

425 La constelación es una causa. Y la influencia del cielo mueve a esta enfermedad, a veces por todas las demás causas remotas. Y en otro lugar: su origen se ha buscar en los cielos. [Paracelso], *Tractatus de morbis amentium.*

426 [Melanchthon], *Liber de anima,* cap. «de humoribus».

[427] Si ha nacido con esta configuración, o es lunático o es loco.

[428] [Claudio] Ptolomeo, *Centiloquio,* en cuatro lugares, atribuye los síntomas de todos los melancólicos a las influencias de las estrellas.

[429] [Crato], *Ars medica.* «Los estados de las estrellas se suman a estas causas. Las influencias celestes provocan e incitan mucho». Velcurio, libro 4, cap. 15.

[430] Hildesheim, *Spicilegia,* 2, «de melancholia».

[431] Johann von Hagen, cap. 9; Montalto, cap. 22.

[432] «Los que tienen la cabeza pequeña, el cerebro y el espíritu limitados. Los rubicundos caen en la melancolía fácilmente». Aecio. Idem Montalto, cap. 21, siguiendo a Galeno.

[433] [Taisnier], aforismo 78.

[434] Johann von Hagen, libro 1.

[435] [Giambattista della Porta], *Cælestis Physognomica,* libro 10.

[436] [*Idem*], libro 5, cap. 14.

[437] [Fernel], *Pathologia,* libro 1, cap. 11.

[438] «Ya venida la vejez, procuran verme en reposo y consolado; la vejez ha venido tras la penas que me ha dado sin derecho». Boecio, *Consolación de la filosofía,* metro 1.

[439] [Melanchthon], *Liber de anima,* cap. «de humoribus».

[440] Sal 90, 10.

[441] Meteren, *Historia Belgica,* libro 1.

[442] Cicerón, *Sobre la vejez.*

[443] [Baltasar de Castiglione], *El cortesano,* libro 2.

[444] [Wier], *De lamiis,* libro 3, cap. 17 y 18.

[445] Solano, opio, grasa de lobo, lágrimas de asno, etc., sangre de niños, etc.

[446] «Tienen la fantasía corrupta por el humor melancólico», Nymann.

[447] Los que se esfuerzan por atribuirlo al poder de la imaginación o de la atrabilis, han afrontado un trabajo totalmente vano.

[448] [Cicogna], *Omnifariæ magiæ,* libro 3, cap. 4.

[449] [Fernel], *Pathologia,* libro 1, cap. 11.

[450] Como los artríticos, los epilépticos, etc.

[451] [Roger Bacon], *Epistola de secretis artis et naturæ operibus,* cap. 7.

[452] Buxtorf, *Synagoga Judaica.*

[453] [Lemnio], *De occulta natura mirac.,* libro 4, cap. 3.

[454] «De los pituitosos, pituitosos; de los biliosos, biliosos; de los esplénicos y melancólicos, melancólicos».

[455] [Crato], Epistola 174, en Scholtz. «Nace con nosotros, y crece, y tenemos todo este mal a la vez que nuestros padres». J. Pelezius, *De cura humanorum affectuum,* libro 2.

[456] [Forest, *Observationes medicæ*], libro 10, observat. 15.

[457] Magini, *Geographia.*

[458] [Wolf], *Dial. præfix. genituris Leovitii.*

[459] Bodin, *La république,* cap. «de periodis reipublicæ».

[460] Claudius Abaville, capuchino, en su *Viaje a Maragnan,* 1614, cap. 45. Idem Hector Boetius, *De insulis Orcad.* y Damião de Goes, *De Scandia.*

[461] [L. Lemnio], *De occulta natura mirac.,* libro 4, cap. 3.

[462] [Wolf], *Dial. præfix. genituris Leovitii.*

[463] [Plutarco], *Liber de educandis liberis.*

[464] [Lemnio], *De occulta natura mirac.* «Las mujeres borrachas y tontas engendran, en su mayor parte, hijos semejantes a ellas».

[465] [Lemnio], *De occulta natura mirac.,* libro 2, cap. 8. Buen maestro de escuela superior, no traduzcas esto.

[466] [Rodrigo de Castro], *De natura mulierum,* libro 3, cap. 4.

[467] Buxtorf, *Synagoga Judaica,* cap. 31. Ez 18.

[468] Drusius, *Obs.,* libro 3, cap. 20.

[469] Beda, *Historia ecclesiastica,* libro 1, cap. 27, respons. 10.

[470] «Pues si los espíritus del cerebro están tan mal afectados, engendran hijos iguales; y tal como son sus afecciones, así son sus hijos: de los tristes nacen tristes, de los alegres, alegres», etc.

[471] [Erasmo, *Elogio de la locura*], fol. 129. «Los hijos de Sócrates estaban locos», Sabellico.

[472] [Lemnio], *De occulta natura mirac. Pica morbus mulierum.*

[473] Giambattista della Porta, en el lugar ya mencionado.

[474] «Los niños enfermos eran asesinados en el precipicio». Bohemus, libro 3, cap. 3. Entre los lacones antiguamente. Lipsio, epíst. 85, *cent. ad Belgas,* Dionisio Villerio. «Si observan que son inútiles en alguna parte de sus miembros, les mandan matar».

[475] Hector Boece, *De veterum Scotorum moribus,* libro 1.

[476] Euformio, *Sátiras.*

[477] [Fernel], *Pathologia,* libro 1, cap. 2.

[478] Cogan, Elyot, Vaughan, Venner.

[479] Freitag.

[480] Isaac.

[481] No se alaba porque se muestra como alimento melancólico.

[482] Dice Freitag.

[483] [Galeno], *Liber de subtilissima diæta.* «La carne de caballo y de asno se ha de dar a los hombres y a los asnos».

[484] Bruerinus, libro 13, cap. 25. «La carne de pollo es tierna y muy buena».

[485] «Los jugos de lo que no se puede alabar provocan náuseas».

[486] Lepois, Altomari.
[487] Curio, Freitag, Magninus (part. 3, cap. 17), Mercurial (*De affectibus,* libro 1, cap. 10) excluyen todo tipo de carne lechosa en la melancolía hipocondríaca.
[488] Wecker, *Medicæ syntaxes,* theor., p. 2; Isaac; Bruerinus, libro 15, cap. 30 y 31.
[489] [Magninus], cap. 18, part. 3.
[490] Dañan tanto a los sanos como a los enfermos.
[491] [Timothy Bright], capítulo 6 de su *Treatise of Melancholy.*
[492] Alimenta mucho, en opinión de todos, entre los peces de primera clase, por su gusto excelente.
[493] No hay duda de que las mayores diferencias de los alimentos surgen tanto del lugar de los viveros como su naturaleza; unos lugares los producen más suaves, otros más impuros.
[494] [P. Forest], *Observationes,* libro 10, 16.
[495] [Plauto], *Pseudolus,* acto 3, escena 2.
[496] Plauto, *ibidem.*
[497] «Porque cada uno atiende más a su propia salud, quien recuerda la caída de nuestros primeros padres, o bien las omite por completo o bien las prueba poco». Kirstenius, *De vero usu med.,* cap. 4.
[498] En Mizauld, *De horto,* P. Crescentiis, Herbastein, etc.
[499] [Crato], cap. 13, part. 3. Bright en su *Treatise of Melancholy.*
[500] «He oído, dice Magninus, que si alguien se alimenta de ellos continuamente, caerá en la locura» (cap. 13). «Son jugos corruptos» (cap. 12).
[501] [Cardano], *De rerum varietate.*
[502] [N. Lepois], cap. «de melancholia».
[503] [Bruerinus], libro 11, cap. 3.
[504] Bright, cap. 6, exceptúa la miel.
[505] Horacio apud Scholtz, consil. 186.
[506] «No comas la corteza, porque produce cólera adusta», *Schola Salernitana.*
[507] El vino turbio.
[508] Hildesheim, *Spicilegia,* fol. 273.
[509] Produce una sangre crasa.
[510] Cerca de Danzig, en Prusia, y en Hamburgo y Leipzig.
[511] Henricus Abrincensis.
[512] [Polidoro Virgilio], libro 1.
[513] Galeno, *De sanitate tuenda,* libro 1. Se ha de tener cuidado con las aguas que salen de lugares estancados y las que son turbias y malolientes.
[514] La hace inocua y bienoliente.
[515] [Galeno], *Liber de bonitate aquæ.*
[516] Magini.
[517] El agua sacada de la nieve les provoca escrófulas.
[518] [Munster], *Cosmographia,* libro 3, cap. 56.
[519] [Bodin], *Method. Hist.,* cap. 5.
[520] «Alimentos de sangre y cosas hechas de matanza». Hildesheim.
[521] «Las golosinas, tortas, confituras y otras invenciones curiosas de pasteleros y cocineros que complacen al gusto, amansan las enfermedades incurables, tanto del cuerpo como del alma». Filón de Judea, *Liber de victimis.*
[522] Paolo Giovio, *Vita eius.*
[523] Como la lechuga macerada en vino, y los pájaros alimentados con hinojo y azúcar, como hacía la concubina del papa de Avignon. Stephanus Byzantinus.
[524] «Ocasiona preocupación del alma y hace del templo de Dios un establo inmundo». Pelezius, cap. 10.
[525] [Plinio], libro 11, cap. 52.
[526] [Avicena], dec. 31, cap. 2.
[527] [Fernel], *Pathologia,* libro 1, cap. 14.
[528] Juvenal, *Sátiras,* 1.
[529] «La excesiva hinchazón de alimentos hace al hombre melancólico».
[530] Comer alimentos superfluos y beber en cantidad excesiva.
[531] Vid. Goclenio, *De portentosis coenis,* etc., Ericio Van de Put, *Com.*
[532] Ambrosio, *Liber de jejuno,* cap. 14.
[533] Juvenal.
[534] Guicciardini.
[535] [Séneca], *Cuestiones naturales,* 4, capítulo último.
[536] [Agrippa], *Epistolæ,* libro 7, 28.
[537] Sertorio cena en público.
[538] Séneca.
[539] «Esclavos de la gula, que valoran los banquetes no por el sabor, sino por el gasto». Séneca, *Consolación a Helvia.*
[540] Eneas Silvio Piccolomoni, *De miseria curialium.*
[541] Plauto.
[542] Horacio, *Sátiras,* libro 1, 3.
[543] La brevedad del día se consume con banquetes, la longitud de la noche con estupros.
[544] Y para tomar más, imaginan estimulantes.
[545] Ambrosio.
[546] Grandes vasos como para aparentar, etc.
[547] Plauto.
[548] [Maron], *Anthol.,* libro 3, cap. 20.
[549] Consiguen favores por medio de la bebida.
[550] [Ignatius], *Notis ad Cæsares.*
[551] [Heresbachius], *Liber de educandis principum liberis.*
[552] Virgilio, *Eneida,* 1.
[553] Bohemus en *Saxonia.* «Beben de forma tan inmoderada y sin medida que, en sus libaciones, no tienen bastante con servir en copas y cántaros, sino que llenan una vasija para bebér-

sela entera, y, una vez vaciadas las copas, exhortan a quien quiera a beber a su antojo».

554 El poeta griego en Stobeo, Ser. 18.

555 «Los que ayunan de día y de noche están despiertos, caen fácilmente en la melancolía, y los que se exceden de lo natural», [Guianerius], cap. 5, tr. 15. Cap. 2: «como les ocurre a menudo a los que desean tanto servir a Dios con fervor por medio del ayuno, toleran tanto el hambre que se vuelven maníacos, como yo mismo he visto a menudo».

556 El que vive de acuerdo con la medicina, vive miserablemente.

557 Herefordshire, Gloucestershire, Worcestershire.

558 Leo Afer, libro 1. «Contentos sólo con la leche de los camellos, no pretenden ninguna delicia más».

559 «En Flandes, beben vino diluido en mantequilla (siento náuseas al contarlo); allí, la mantequilla tiene un lugar principal entre todos los manjares y confituras». Henry Estienne, prefacio a Heródoto.

560 [Polidoro Virgilio], *Historia anglica,* libro 1.

561 Paolo Giovio, *Descriptio Britonum.* En Islandia, Moscú, y las partes del norte, se sientan, comen y beben todo el día hasta la cena.

562 Suidas, Vict. *Heródoto.*

563 [Matteo Ricci], *Expeditio in Sinas,* libro 1, cap. 3. «En China se usan más frecuentemente que entre nosotros las hierbas de los huertos y la hortalizas; en verdad, encontrarás a muchos del pueblo que no se alimentan de nada más ya por la delgadez o por la religión. Se alimentan casi igual de caballos, mulos, asnillos y todo tipo de alimentos». Matteo Ricci, libro 5, cap. 12.

564 Los tártaros se alimentan de mulos y caballos y carnes crudas, y desprecian todas las frutas, diciendo que son forraje de los jumentos y bueyes, y no de los hombres.

565 [Dithmarus Bleskenius], *Islandiæ descriptione.* «Su alimento consiste en mantequilla, leche, queso; toman pescado en vez de pan, beben agua o suero, y así muchos viven sin medicinas hasta los doscientos años».

566 J. Laet, *Occidentalis Indiæ Descriptio,* libro 11, cap. 10. «Están acostumbrados a beber agua marina sin daño alguno».

567 Segundo viaje de Davies.

568 Patagones.

569 Benzonus y Fernando Cortés, *Liber novus orbis inscrip.*

570 Linschoten, cap. 56. «La magnitud de la palma es mucho más notable que la de cualquier otro árbol en toda la tierra».

571 Lipsio, *Epistolæ.*

572 Tendrías que acostumbrarte mucho.

573 «Los cambios repentinos producen daños». Hipócrates, *Aforismos,* 21, Epíst. 6, sec. 3.

574 Bruerinus, libro 1, cap. 23.

575 [Garcia da Orta], *Simpl. med.,* libro 1, cap. 4.

576 Heurne, *Prax. Medica,* libro 3, cap. 19.

577 [Hipócrates], *Aforismos,* 17.

578 Cuando dude, siga el adolescente la costumbre y mantenga sus principios.

579 «No hay nada contra un buen estómago», como dice el refrán.

580 [Hector Boece], *Historia Scotorum,* libro 7.

581 [Galeno], *Artis,* 30.

582 «La retención de los excrementos suele preceder a la agitación de la mente».

583 [Schenk], cap. «de melancholia».

584 Estaba tan delirante que apenas se reconocía como hombre.

585 Durante ocho días tiene el intestino seco y no expulsa nada.

586 [Schenk], *De mania,* libro 1.

587 [Arnau de Vilanova], *Breviarium,* libro 7, cap. 18.

588 No se puede impedir la evacuación de sangre por la nariz sin causar un gran perjuicio para el que sangra.

589 Dice que conoce a algunos que se han vuelto tristes por la interrupción del acto venéreo.

590 «Produce graves enfermedades del cuerpo y el alma».

591 La melancolía se origina en los vasos seminales del útero.

592 Dan como causa el coito superfluo.

593 Por la cauterización y desecación de las úlceras.

594 Gordon, libro 1, cap. 10, censura los baños fríos como nocivos.

595 En *Schola Salernitana.*

596 El calentamiento y la ebullición se ven incitados y aumentados más a menudo por la incisión de las venas, los humores discurren por el cuerpo con mayor ímpetu.

597 [Prosper Calano], *Liber de flatulenta melancholia.* «La sangría frecuente extenúa el cuerpo».

598 [Leonartus Jacchinus], *In 9 Rhasis.* «Produce atrabilis y debilita la vista».

599 «No alabo a los que enseñan que, en los locos, se ha de abrir la vena de la frente, porque, por ello, se debilita el espíritu».

600 [Felix Platter], *De mentis alienatione,* cap. 3.

601 [Fernel], *Pathologia,* libro 1, cap. 13.

602 [Lemnio], libro 3, cap. 3.

603 [Joubert], *Liber de quartana.* «El humor melancólico se contrae por el aire circundante».

604 Elião Montalto, cap. 11. «Cálido y seco, frío y seco, paludinoso, craso».

[605] Muchos miles de furiosos en los hospitales a los que se vigila, fuertemente encadenados.
[606] [Gordon], *Lilio de medicina,* parte 2, cap. 19,
[607] [Acosta], libro 2.
[608] [Johannes Meggen], *Hodoeporicon,* cap. 7.
[609] Apulia hierve con el calor estival, hasta tal punto que antes del final de mayo casi se ha abrasado.
[610] Magini, en *Persia.*
[611] [Hércules de Sajonia], *Pantheo seu pract. med.*, libro 1, cap. 16.
[612] [L. Varthema], *Navigationes,* libro 2, cap. 4.
[613] Sir Richard Hawkins en sus *Observations,* sec. 13.
[614] Hipócrates, 3, *Aforismos,* dice lo mismo.
[615] [Actualmente, Diarbekr]
[616] Idem Magini, en *Persia.*
[617] [Amatus Lusitanus], *Descriptio Terræ Sanctæ.*
[618] *Mundus Alter et Idem, seu Terra Australis Incognita.* [Se trata de la Utopía satírica de Joseph Hall, publicada en 1607, con el nombre de *Mercurius Britannicus*].
[619] El aire craso y turbio entristece el alma.
[620] Llamada normalmente Scandaroon, en Asia Menor.
[621] *Atlas Geographicus.*
[622] [Polidoro Virgilio], *Historia,* libro 1.
[623] [Lemnio], libro 2, cap. 41 y cap. 3.
[624] [Virgilio], *Geórgicas.*
[625] Horacio.
[626] Por la noche, el aire se espesa y mueve a la tristeza.
[627] [Plutarco], *Liber de Iside et Osiride.*
[628] En *Veni Mecum,* un libro titulado así.
[629] [Lemnio], *Institutio ad Vita Christi,* cap. 44.
[630] Accede una gran cantidad de humor crudo a las venas, lo cual facilita múltiples enfermedades.
[631] [Walter], *Hom. 31, in I Cor VI.*
[632] Crato, consil. 21.
[633] Guárdense del ocio entre otras causas, pues hemos observado que están más sujetos a este mal los los que están completamente ociosos que los que se dedican a perseguir algún beneficio.
[634] [Plutarco], *De tranquilitate animæ.*
[635] No hay nada que fomente y aumente la melancolía tanto como el ocio y la falta de ejercicios corporales y del alma.
[636] «Nada ciega más el intelecto que la ociosidad», Gordon, *De observatione vitæ humanæ,* libro 1.
[637] [Fernel], *Pathologia,* libro 1, cap. 17.
[638] Horacio, *Sátiras,* 1, 3.
[639] Séneca.
[640] «Abatimiento y sequedad del alma», lo llama Plutarco.
[641] Séneca.
[642] Ahora esta pierna, luego ese brazo, ahora la cabeza, el corazón, etc.
[643] Ex 5.
[644] Pues ni ellos mismos pueden decir bien lo que les duele, o lo que desearían tener: mi corazón, mi cabeza, mi marido, mi hijo, etc.
[645] Pr 18 [v. 8]: «El perezoso rechaza el temor». *Heautontimorumenos.*
[646] [Aulo Gelio], libro 19, cap. 10.
[647] Plauto, prólogo a *Mostellaria.*
[648] Lepois, Montalto, Mercurial, etc.
[649] De entre todo esto, surge el mal, como de una causa primaria.
[650] «La bajada al Averno es cosa fácil, pero volver el pie atrás y salir a la felicidad de la vida, eso es lo trabajoso». Virgilio [*Eneida,* VI, 126].
[651] Jerónimo, ep. 72. «Dijo que las villas y ciudades le parecían cárceles horribles, la soledad un paraíso envenenado sólo por los escorpiones, prefiere estar vestido de saco, tumbado en el suelo, alimentado de agua y hierbas, a los placeres romanos».
[652] [Cicerón], *Oficios, 3.*
[653] Ecl 4.
[654] Fernel, *Pathologia,* libro 1, cap. 17. «Enfría el cuerpo, debilita todos los sentidos y entorpece las fuerzas de la mente».
[655] [Fuchs], libro 2, sec. 2, cap. 4.
[656] J. Katzius, *Liber de rebus sex non naturalibus.*
[657] [Lemnio], *Institutio ad vitam optimam,* cap. 26. «Corrompe el temperamento del cerebro, induce a la sequedad: seca el cuerpo, aumenta la bilis, hunde los ojos y aumenta el calor».
[658] Las noches de vigilia consumen los cuerpos de los jóvenes.
[659] [Plutarco], *Vita Alexandri.*
[660] [F. Picolomini], Grad. 1, cap. 14.
[661] Horacio.
[662] «Las pasiones son los clavos con los que el alma construye al cuerpo un patíbulo». Jámblico, *De mysteriis Ægyptiorum.*
[663] *Liber de sanitate tuenda.*
[664] [Cipriano], Prólogo a *De virtute Christi.*
[665] [Filóstrato], *Vida de Apolonio de Tiana,* libro 1.
[666] [Luis Vives], *Liber de anima.*
[667] [Lipsio], *De Physiologia Stoicorum.*
[668] [F. Picolomini], Grad. 1, cap. 32.
[669] [Séneca], *Epístolas, 104.*
[670] Eliano.
[671] [J. Aubanus], libro 1, cap. 6.
[672] [Lemnio], *De occulta natura mirac.,* libro 1, cap. 16.

[673] [Pelezius], Instit., libro 2, *De humanorum affectionum morborumque curatione.*

[674] [Agustín], *Epístolas, 105.*

[675] Fray Luis de Granada.

[676] Virgilio.

[677] [Agustín], *La ciudad de Dios,* libro 14, cap. 9

[678] [Filón de Judea], *Liber de Decalogo,* libro 3, *De anima.*

[679] Los frenos y estímulos del alma son como las brisas suaves en el mar, a veces plácidas, a veces turbulentas; así, algunas afecciones excitan tanto en el cuerpo, algunas mueven tanto que se apartan del buen juicio.

[680] La imaginación conmueve el cuerpo, por cuya conmoción se excitarán los humores, y los espíritus vitales se verán por ello alterados.

[681] *Ecclus.,* 13, 26. «El corazón altera el contenido, para bien o para mal, y la confusión de la mente causa destemplanza en el cuerpo».

[682] «El espíritu y la sangre se contaminan por la imaginación engañosa, pues los humores alterados cambian las acciones del alma», Lepois.

[683] Montano, consil. 22. «Está claro cómo causan éstas la melancolía, y que impiden la digestión y debilitan los miembros principales».

[684] [Arnau de Vilanova], *Breviarium,* libro 1, cap. 18.

[685] «De la imaginación surgen las emociones que apaciguan el alma, o las turbaciones que la perturban». Juan de Salisbury, *Metalogicon,* libro 4, cap. 10.

[686] Escalígero, *Exercitationes.*

[687] Idem Nymann, *Oratio de imaginatione.*

[688] «Las mujeres malas se consagran con palabras y ungüentos al demonio, que las usa para sus propios fines, y rige su fantasía y las lleva a los lugares que desea; sus cuerpos permanecen verdaderamente sin sentido, pues el diablo cubre todo con su sombra para que nadie las vea, y luego, levantando la sombra, las devuelve a sus propios cuerpos». Wier, libro 3, cap. 11.

[689] [Bernard Penot], *Denario Medico.*

[690] [Wier], libro 2, cap. 8.

[691] [Lemnio], *De occulta natura mirac.,* libro 1, cap. 4.

[692] «¿Qué no imprime la imaginación de la embarazada al feto, unido a la madre por la vibración repentina de los espíritus por medio de los nervios, por los cuales se une la matriz al cerebro? Pues si imagina una manzana granada, el feto llevará consigo sus marcas; si una liebre, el niño saldrá con el labio superior partido en dos y separado. El pensamiento vehemente trastorna las especies». Wier, libro 3, cap. 8.

[693] [Agrippa], *Filosofía oculta,* libro 1, cap. 64.

[694] Wier, *De lamiis,* libro 3, cap. 10.

[695] Agrippa, libro 1, cap. 64.

[696] Sección 3, miembro 1, subsección 3.

[697] *Malleus maleficarum,* fol. 77. «En algunas enfermedades, el cuerpo puede mudarse por una fuerte aprehensión».

[698] F. Valesio, libro 5, cont. 6. «No siempre las causas producen enfermedades duraderas, sino que a veces se curan».

[699] [Ricci], *Expeditio in Sinas,* libro 1, cap. 9.

[700] [Cardano], *De subtilitate,* 18.

[701] [Vives], *De anima,* libro 3, cap. «de melancholia».

[702] [P. Bairo], *De peste.*

[703] [Agrippa], libro 1, cap. 63. «Así, a veces se producen estertores, fiebres, epilepsias, y a veces se disipan».

[704] [Pomponazzi], *Liber de incantatione.*

[705] [Wier], *De præstigiis dæmonum,* libro 3, cap. 18.

[706] «Cura más aquel en el que confía más gente». [Cardano], *Liber de sapientia.*

[707] Marsilio Ficino, *De theologia platonica,* libro 13, cap. 18.

[708] Wier.

[709] Thomas Wright, jesuita.

[710] [Vives], *De anima.*

[711] [Bernardo], ser. 35.

[712] Fernel, *Pathologia,* libro 1, cap. 18.

[713] «Por la mala costumbre, el ingenio se corrompe para no hacer el bien». Prosper Calano, *Liber de atra bile.* «Hacen los hombres más cosas por la costumbre que por la razón. Acostumbrarse a lo sensual es lo más frecuente. Veo lo mejor y lo apruebo, sigo lo peor», Ovidio.

[714] A nadie se perjudica más que a uno mismo.

[715] «Buscamos con tanta dedicación las causas de las miserias y el sustento de los dolores, que, en vez de conseguir una vida muy feliz, la hacemos triste y miserable». Petrarca, Prefacio a *De remediis, etc.*

[716] «Si el miedo o la tristeza duran mucho tiempo, tal estado es propio de la melancolía, y se generan mutuamente». Hipócrates (*Aforismos,* libro 6, 23), Idem Montalto (cap. 19), Victorio Faventino *(Pract. mag.).*

[717] «Muchos caen en esto por el temor y la tristeza». Lemnio, libro 1, cap. 16.

[718] «Muchas preocupaciones y tristeza hacen que ocurra la melancolía» ([Felix Platter], *De mentis alienatione,* cap. 3); «si tiene raíces profundas, degenera en una melancolía verdadera y fija y acaba en desesperación».

[719] «La desesperación se considera ciertamente hermana del luto».

[720] N. Conti, *Mythologiæ,* libro 4, cap. 6.

[721] Cicerón, *Tusculanas,* 3.

[722] Mr. Drayton, en sus *Heroical Epistles.*

[723] Crato, consil. 21, libro 2. «La tristeza enfría todo el cuerpo, extingue el calor innato, destruye el apetito».

[724] «La tristeza refrigera el corazón, seca el espíritu, obstruye el calor innato, induce a la vigilia, trastoca la digestión, espesa la sangre y exagera el jugo melancólico».

[725] 1 M 6, 10-11.

[726] «Me debilito, desmejoro y envejezco, desgraciado, por la tristeza, y soy huesos y piel por la miserable escualidez». Plauto.

[727] Una enfermedad comenzó y se produjo sólo debido a la tristeza.

[728] Hildesheim, *Spicilegia,* 2, «de melancolia».

[729] Vives, *De anima,* 3, cap. «de mærore» G. Sabinus, *Poemat et epistolæ.*

[730] Herodiano, libro 3. «Se consumió por la tristeza más que por la enfermedad».

[731] «Bothwell murió atrabiliario». Bizarrus Genuensis, *Hist.*, etc.

[732] «La tristeza casi constriñe al corazón afectado, que tiembla y languidece con una sensación aguda de dolor. El corazón, huyendo en la tristeza, atrae el humor melancólico lento del bazo que, al ser derramado bajo las costillas en el lado izquierdo, provoca flatos hipocondríacos, pues les ocurre a menudo que las curaciones duraderas y la tristeza chocan». Melanchthon.

[733] [Virgilio], *Eneida,* 3. [Ácates era el más fiel amigo de Eneas.]

[734] Varrón, Lactancio, Agustín.

[735] Lilio Giraldi, *Syntagma,* 1, «de diis miscellaniis».

[736] Agrippa, libro 1, cap. 63. «Los tímidos siempre tienen los espíritus fríos», Montalto.

[737] «Al ver a las tropas dispersas que huyen en desbandada, ¿quién enardecerá ahora a mi ejército?», dice Fauno. Alciato.

[738] «El miedo no sólo espanta la memoria, sino que estorba todos los hábitos del alma y los propósitos loables». Tucídides.

[739] [Plutarco], *Liber de fortitudine et virtute Alexandri.*

[740] Sección 2, miembro 3, subsección 2.

[741] Sección 2, miembro 4, subsección 3.

[742] [Cardano], *De subtilitate,* libro 18. «El temor atrae hacia sí a los demonios. El temor y el error pueden mucho en los hombres».

[743] [Lavater], *De spectris,* libro 2, cap. 3. «Los fuertes raras veces ven espectros, porque temen menos».

[744] [Suetonio], *Vita ejus.*

[745] Sección 2, miembro 4, subsección 7

[746] [Carlo Pascal], *De virtutibus et vitiis.*

[747] [Dandini], *Commentarius in Aristotelis de anima.*

[748] Plutarco, en *Timol.*

[749] Plutarco.

[750] «Algunos caen en la locura por semejante vergüenza y dolor, porque en un examen se les excluye del grado de las letras».

[751] «Confuso por el rubor, empezó a delirar de inmediato, etc., por la sospecha de que le acusaran de un crimen vil».

[752] Horacio.

[753] *Pséudolo:* ¡Impúdico! *Ballón:* Así es. *Ps.* Canalla. *B.* No dices más que la verdad. *Ps.* ¡Bribón! *B.* Sin duda. *Ps.* ¡Pícaro! *B.* Lo hago estupendamente. *Ps.* Estafador de tus amigos. *B.* Esas son mis aficiones. *Ps.* ¡Parricida! *B.* Continúa tú. *Ps.* ¡Sacrílego! *B.* Lo confieso. *Ps.* ¡Perjuro!. *B.* Dices la verdad. *Ps.* ¡Corruptor de menores! *B.* Acérrimo. *Ps.* ¡Ladrón! *B.* ¡Muy bien! *Ps.* ¡Fugitivo! *B.* ¡Bravo! *Ps.* Defraudador del pueblo! *B.* Estupendo. *Ps.* ¡Alcahuete maldito! ¡Fango! *B.* Excelentes alabanzas. [Plauto], *Pseudolus,* acto 1, escena 3.

[754] Persio, *Sátiras,* 5.

[755] [Mizauld], Cent. 7, siguiendo a Plinio.

[756] Horacio.

[757] Con cara amenazadora, aspecto huraño, palidez en la cara, temblor de labios, rechinar de dientes, etc.

[758] La palidez se sitúa en los labios, la escualidez en todo el cuerpo. Los dientes, en ningún lugar en línea recta, se ennegrecen por el sarro.

[759] «Imagen expresa del diablo, tóxico del amor, veneno de la amistad, infierno de la mente, no hay para él monstruo más monstruoso, daño más dañino; quema, seca, tortura, agota y lleva a la caquexia». Agustín, *Domin. prim. Advent.*

[760] Ovidio.

[761] [Quintiliano], declam. 13.

[762] Basilio los compara con estatuas de cera, que se derriten en presencia del sol, con lo que otros se recrean y benefician. Otros son como moscas que se complacen con las úlceras, pasan por alto las cosas agradables y se fijan en las repugnantes.

[763] Agrippa, libro 1, cap. 63.

[764] «Es algo innato a los mortales por naturaleza mirar la felicidad reciente de otros con ojos apenados», Tácito, *Historia,* libro 2.

[765] «La envidia me quemaba junto a los necios».

[766] Jr 12, 1

[767] Ha 1.

[768] Miraba con malos ojos que el nombre de un particular se levantara por encima del príncipe.

[769] Tácito, *Historia,* libro 2, parte 6.

[770] «Conocedoras del dolor y la envidia, si ven que alguien sale a la calle más elegante», Platina, *Dial. amorum.*

[771] A. Guianerius, *Vita. M. Aurelii,* libro 2, cap. 8.

[772] «La perdición de la envidia fecunda está clara, y los celos son la raíz de todos los males, la fuente de los defectos de donde surge el odio, la emulación». Cipriano, *De livore,* ser. 2.
[773] Valerio, libro 3, cap. 9.
[774] Cipriano, *De zelo et livore,* ser. 2.
[775] Hesíodo, *Los trabajos y los días.*
[776] «La emulación fomenta el ingenio». Patérculo, último volumen.
[777] Grotius, *Epigramas,* libro 1.
[778] El año 1519, entre Ardres y Guisnes.
[779] Spartian.
[780] Plutarco
[781] Johannes Heraldus, *De bello sacro,* libro 2, cap. 12.
[782] [Véase Catulo, 14, 3. Alude a la denuncia de Cicerón a Publio Vatinio].
[783] «El paso de los días no podrá suavizar tanto furor. Las guerras interminables hacen de la paz algo pretencioso. Jura odio y no es abandonado por la envidia, de tanto como la desea». Patérculo, vol. 1.
[784] Esta criada estigia se enfurece tanto que a veces derriba las ciudades, borra pueblos, reduce provincias –por lo demás florecientes– a desiertos, hunde a los miserables mortales en un valle profundo de miserias.
[785] «Cartago muere completamente envidiosa del imperio romano». Salustio. Catilina.
[786] Pablo, Col 3.
[787] Rm 12.
[788] [F. Picolomini], Grad. 1, cap. 54.
[789] «La ira, la tristeza y la gran consternación del ánimo vuelven a los hombres melancólicos». Areteo. «La ira excesiva genera la locura».
[790] [Magninus], *Regimen sanitatis,* parte 2, cap. 8.
[791] Traducido por Gilberto Cognato.
[792] Ovidio.
[793] Terencio.
[794] Quizá la ira puede destruir al hombre.
[795] Como Troya, cruelmente convertida en recordatorio de la cólera de Juno.
[796] John Abernethy.
[797] Contiene los ardores de los reyes necios y los pueblos.
[798] [Aristóteles], libro 2. «La envidia es un dolor, y la ambición es un dolor», etc.
[799] [El texto dice *Cura quasi cor uro,* es decir, la palabra latina *cura* (preocupación) procede de la expresión *cor uro,* que significa consumir el corazón. Se trata de un análisis etimológico al estilo isidoriano].
[800] Insomnes, Claudiano; tristes, Virgilio; mordaces, Luciano; voraces, Horacio; tristes, amargas, Ovidio; dañinas, inquietas, Marcial; abrasadoras, mordaces, Baptista Mantuanus, etc.
[801] Galeno, *De locis affectis,* libro 3, cap, 7, «Los hombres se ponen muy melancólicos cuando les acosan muchas vigilias, preocupaciones, trabajos y cuidados».
[802] Luciano, *Podagra.* [La diosa Ate, personificación del Error, influía en los hombres andando sobre sus cabezas sin que ellos lo notasen.]
[803] [El texto dice *Homo ab humus:* el término *homo* (hombre), se habría acuñado a partir de *humus* (tierra), en estrecha relación con el mito bíblico sobre la creación del hombre].
[804] «Todo imperfecto, confuso, y lleno de perturbaciones». Cardano.
[805] [Plinio], *Historia natural,* libro 7, cap. 1.
[806] He nacido llorando, muero llorando, el origen de los hombres es muy llorado, débil y digno de piedad.
[807] [Séneca], *A Marcia.*
[808] Petrarca.
[809] Boecio.
[810] «A cualquier sitio que vaya, en todas partes hay peligro, en todas dolor, en todas destrucción». Lipsio.
[811] [Crisóstomo], Hom. 10.
[812] Homero.
[813] Nacimos para ser juguetes de las cosas y los tiempos.
[814] Cardano.
[815] Cardano, *De consolatione.*
[816] [Plinio], libro 7, cap. 1.
[817] Eurípides.
[818] [Boecio], *Consolación de la filosofía,* libro 2.
[819] Alegra recibir honores, pocas veces desagrada.
[820] Horacio.
[821] Borrhæus, en 6 Job.
[822] Nathan Chyträus, *De lit. Europæ.*
[823] Cneus Græcinus.
[824] [Séneca], *Epístolas,* libro 7, 9.
[825] Horacio, epist, libro 1, 14.
[826] Horacio, *Sátiras,* 1, l.
[827] [Teodoreto], *Liber de curatione græc. affect.,* cap. 6 «de providentia».
[828] [Patérculo], vol. l.
[829] Se dice que P. Craso Mutiano tenía las cinco cosas mejores, que era muy rico, que era muy noble, muy elocuente, muy buen jurisconsulto y gran pontífice.
[830] [Plinio], libro 7.
[831] Que nunca dijo, hizo o sintió ningún mal, que siempre hizo el bien porque no podía actuar de otro modo.
[832] Salomón, Ecl 1, 14.
[833] Horacio, *Arte Poética.*
[834] Giovio, *Vita ejus.* [Obviamente se trata de Gonzalo de Córdoba, «el Gran Capitán» (1453-1515)].
[835] 2 S 12, 31
[836] Boecio, [*Consolación de la filosofía*], libro 1, metro l.

[837] «Aquí, o todos son engañados o engañan; o son cadáveres despedazados o cuervos que despedazan». Petronio.
[838] «El hombre es por entero un monstruo y, en efecto, supera a las fieras, y aventaja a los lobos y los osos por su tenebroso corazón». Heins.
[839] Lo que decía Patérculo del pueblo romano, durante la guerra púnica en ciento quince años –o había guerra entre ellos, o preparación de guerra, o paz fingida–, lo mismo digo yo de los habitantes del mundo.
[840] Teócrito, *Idilios,* 15.
[841] Cuando eran adolescentes se vieron en la mayor magnificencia y libertad, y colmaron sus deseos. Pero a sus hijos les imponen leyes más duras de continencia.
[842] La lúgubre Ate y y la espada de la aflicción asedian a las orgullosas ciudadelas de los reyes. Lo cual perturba su felicidad.
[843] «Tiene más áloe que miel», Juvenal. «No levantarás del suelo al que está tumbado». Valerio Máximo, libro 7, cap. 3.
[844] Como cuenta Plutarco.
[845] Sección 2, miembro 4, subsección 6.
[846] «El excremento y la orina son los primeros alimentos de los médicos».
[847] «No obtienen beneficios, a no ser que mientan mucho». Cicerón, *Oficios.*
[848] Horacio, *Odas*, libro 2, 1.
[849] «Es raro que alguien sea feliz y anciano». Séneca, en *Hercules Œtæus.*
[850] «Omito a los enfermos, proscritos, mendigos, a los que nadie se atreve a llamar felices». Cardano, *De rerum varietate,* libro 8, cap. 46.
[851] En forma de insultos y desprecios
[852] Horacio.
[853] Las preocupaciones miserables consumen el cuerpo de los insomnes.
[854] Plauto.
[855] Lo que hace que el pelo se caiga, la pesadumbre.
[856] Thomas Buonie, prob. 18.
[857] Muela movida por un asno.
[858] [Bernardo], *Tract. de Inter.*, cap. 92.
[859] «Esta pasión puede acontecer ante cualquier cosa del mundo que se ame de forma superflua». [Guianerius], tr. 15, cap. 17.
[860] «Principalmente el verdadero apetito», etc. [Platter], *De alienatione mentis,* 3.
[861] [Agustín], *Confesiones,* libro 1, cap. 29.
[862] Ando errante por diversos lugares, no estoy quieto en ningún momento, deseo ser tal y cual, deseo tener esto y lo otro.
[863] Ambrosio, *Super Lucam*, libro 3.
[864] «Nada atormenta más al alma, nada la inquieta más, el virus secreto, la peste oculta,» etc. [Bernardo], epíst. 126.
[865] [Séneca], *Epístolas*, 88.
[866] No hay nada más infeliz para ellos. ¡Cuánto temor, cuánta duda, cuánto esfuerzo, cuánta preocupación! No tienen ni una hora sin molestias.
[867] Siempre atónito, asustado por lo que dice o hace: simula humildad para no desagradar, finge honestidad.
[868] Cipriano, Prólogo a los *Sermones,* tomo 2. «Honra a todos, se inclina ante todo el mundo, los sigue y se muestra complaciente, frecuenta las cortes, visita a los nobles, los ama, aplaude y adula; por medios lícitos o ilícitos, por cualquier sitio donde pueda abrirse paso se cuela, va y viene».
[869] La ambición de la gente impele a servir al rey, como representó Homero en el quejoso Agamenón.
[870] Plutarco. «Es más, banqueteamos y nos deleitamos en el ocio, porque éste está a nuestro alcance», etc.
[871] Giovio, *Historia*, libro 1.
[872] [Budé], *De contemptu rerum fortuitarum,* libro 3. «Se mueven con gran esfuerzo e ímpetu, girando sobre su propio centro, no avanzan ni alcanzan sus fines».
[873] Al igual que la hiedra se adhiere al árbol, también la ambición, etc.
[874] [Plutarco], *Vita Pyrrhi.*
[875] [A donde llevaban los cuerpos de los criminales ejecutados para arrastrarlos al Tíber].
[876] [Bodin], *La République,* libro 5, cap. 1.
[877] «La ambición, si se excede, fácilmente desemboca en locura », Patrizi, *De regis institutione,* libro 4, tit. 20.
[878] «Ante todo, el apetito o el deseo excesivo de alguna cosa, honesta o deshonesta, dañan verdaderamente la imaginación; por ello aparecen muchos ambiciosos, orgullosos, airados, avariciosos, locos, etc.» Felix Platter, *De mentis alienatione,* libro 3.
[879] Budé, *De asse,* libro 5.
[880] [Antonio Pérez], en sus *Aforismos.*
[881] Plauto, *Curculio,* acto 4, escena 2.
[882] [Plutarco], tomo 2. Idem Crisóstomo, *Commentarius in cap. 6 ad Romanos,* ser. 11.
[883] [Santiago], cap. 4, 1.
[884] [Buenaventura], *Dietæ salutis,* cap. 6.
[885] «Mala es la enfermedad, y la avaricia es aún peor, según creo», etc. «La avaricia se cura más difícilmente que la locura, ya que casi todos los médicos la practican». Hipócrates, *Epístola a los Abderitas.*
[886] Ciertamente, esa cruel y terrible llaga del alma, lejos de ceder con medicamentos, empeora con los cuidados.
[887] Horacio.
[888] [Crisóstomo], Hom. 2.
[889] «Las riquezas, como espinas, pican,

agitan, atormentan prodigiosamente el alma del hombre con temores, inquietudes, angustias», Gregorio Magno, *Hom.*

[890] [Cipriano], *Ad Donatum,* cap. 2.

[891] [Plinio], *Epistolæ,* libro 9, ep. 30.

[892] [Valerio], libro 9, cap. 4.

[893] Horacio, libro 1, 10.

[894] Se ha de dar eléboro abundante a la mayor parte de los avaros.

[895] Lc 12. 20. «¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma».

[896] «Las riquezas son para algunos mortales una locura», Teognis.

[897] [Cipriano], libro 2, ep. 2.

[898] San Jerónimo, *Ad Paulin.* «Falta tanto lo que tiene como lo que no tiene».

[899] [Cipriano], ep. 2, libro 2.

[900] «Nunca cesa el pensamiento de los que desean aumentar sus riquezas», Guianerius, tr. 15, cap. 17.

[901] Horacio, *Odas,* 3, 24. «Cuanta más agua se ha bebido, más se quiere beber».

[902] Horacio, *Sátiras,* libro 2, 6. «¡Oh, si pudiese añadir al mío ese cercano trocito de tierra que ahora deforma mi campo!»

[903] [Agustín], libro 3, *De libero arbitrio.*

[904] Erasmo, *Adagiorum collectanea o Chiliades,* 3, cent. 7, prov. 2. «Los ricos, desconfiando de todo, tienen miedo; por eso Eurípides lo llama "mal asustadizo"».

[905] Joseph Hall, *Characters.*

[906] Aulo Gelio, libro 3, cap. 1. «A veces llegan a darse muerte a sí mismos, porque cambian su propia vida por el lucro».

[907] [Valerio], libro 7, cap. 6.

[908] «Todos padecen una enfermedad perpetua, el miedoso sospecha de todo y piensa que le acechan por su oro, sin estar nunca tranquilo», Plinio, Proemio al libro 14.

[909] [Teofrasto, *Caracteres*], cap. 18.

[910] Extenuados por las preocupaciones, insomnes y contando su dinero.

[911] «Ten cuidado de que no entre en casa ningún extraño. Apaga la lumbre, para que no vengan a pedirla; ni a la misma diosa Fortuna has de permitirle la entrada si viene. Cierra bien con los dos cerrojos. Me duele en el alma tener que salir de casa; salgo de mala gana, pero bien sé por qué lo hago».

[912] Juvenal, *Sátiras,* 14.

[913] Lc 15.

[914] Boecio.

[915] [Jenofonte], en *Económico,* «¿Y qué sucedería si ahora yo mostrase a los que con la gran fuerza del dinero construyen casas inútiles?», dice Sócrates.

[916] Juan de Salisbury, *Policraticus,* libro 1, cap. 14. «Todos los cazadores tienen costumbres semejantes a las de los centauros. Pocas veces ocurre que alguno de ellos sea modesto y serio, raras veces moderado, y, según creo, nunca sobrio».

[917] [H. Salmuth], *Pancirol.,* tit. 23.

[918] Es notable la locura de los cazadores, y superfluo el tratamiento de los que insisten en llevar a cabo grandes cacerías, pues, rechazada por todos ellos su propia humanidad, degeneran en bestias, como Acteón, etc.

[919] Georgius Sabinnus, sobre las *Metamorfosis* de Ovidio.

[920] Agrippa, *De vanitate scientiarum.* «... la desmedida afición a la caza, mientras que los labradores son alejados de los campos, las haciendas son robadas a los aldeanos, los bosques prohibidos a los colonos y el campo a los pastores, para que todo el pasto que crezca sea en beneficio de los animales salvajes [...] el agricultor sería acusado de lesa majestad si probase [a cazar una pieza]».

[921] «Son más parecidos a animales que a hombres», Camden, sobre Guillermo el Conquistador, que despobló treinta y seis parroquias para tener un nuevo bosque. (Matthew Paris).

[922] [P. Giovio], tomo 2, *De vitis illustrium,* libro 4, de vita Leon X.

[923] La naturaleza inculca esto a cada cual para que duela si alguna vez se equivoca o se le engaña.

[924] Juvenal, *Sátiras,* 1. «Pues no se acude ya a la mesa de azar con una simple bolsa; se apuesta con el arca al lado». Lemnio, *Instit.,* cap. 44. «El juego es la madre de las mentiras, de los perjurios y la pobreza, no tiene ningún respeto al patrimonio cuando lo derrocha, y lleva imperceptiblemente a los hurtos y latrocinios».

[925] Damhonder.

[926] Daniel Souter.

[927] Petrarca, dial. 27.

[928] [Cipriano], tom. 3, *Sermo de alea.*

[929] Pluto en Aristófanes llama locos a estos tahúres: «si de locos vengo hablando».«Experimentan un furor espontáneo y hacen de boca, nariz y ojos, torrentes y albergues de su locura», Crisóstomo, Hom. 17.

[930] Pascasius Justus, *De alea, libro* 1.

[931] Séneca.

[932] Joseph Hall.

[933] Juvenal, *Sátiras,* 11. «¿Qué final te espera si te crece la gula y te mengua la moneda, y la hacienda ha naufragado en tu vientre?»

[934] Spartian. Adriano.

[935] Alejandro de Alejandro, libro 6, cap. 10. Idem Gerbellius, *Graec. Desc.,* libro 5.

[936] Fynes Moryson.

[937] Justiniano en el *Digesto.*

[938] Persio, *Sátiras,* 1.

[939] «La bebida es como un golfo en el que a menudo se naufraga, con la pérdida tanto del

dinero como de la mente», Erasmo, *Adagiorum collectanea,* proverb. Calicum remiges, chil. 4, cent. 7, prov. 41.

[940] [Agustín], Ser. 33, «Ad fratrem in Eremo».

[941] [Se trata de un juego de palabras, el texto dice «Hilary Term», que significa «temporada de regocijo»].

[942] Menandro.

[943] Pr 7, 22.

[944] Merlín Cocayo.

[945] Horacio.

[946] «Una flecha que atraviesa el alma, penetra levemente, pero no inflige una herida leve», [Bernardo], *Sup. Cant.*

[947] ¡Dioses! Apartad tal peste de la tierra.

[948] [Jerónimo], *Epistola ad Eustochium,* «de custod. virgine».

[949] Lipsio, *Epistola ad Bonciarium.*

[950] [Plinio], *Epistolæ,* libro 9.

[951] Jerónimo.

[952] [Jodocus Lorichius], *Thesaur. Theo.*

[953] «Pues no tengo esta fibra córnea», Persio.

[954] «Les nacen violetas de las manos», Persio, *Sátiras,* 1.

[955] Quintiliano, libro 10, cap. 3. «Hacen reír los que escriben malos poemas, pero ellos disfrutan escribiendo y se veneran, y, es más, si callas, alaban, felices, cualquier cosa que hayan escrito», Horacio, *Epístolas,* libro 2, 2.

[956] Lc 18, 10.

[957] Titán modeló sus corazones con la mejor arcilla.

[958] Ausonio, Sap.

[959] [Erasmo], *Adagiorum collectanea seu Chiliades,* 3, cent. 10, prov. 97.

[960] Jo. Voschius, *De hist.*, libro 1, cap. 9.

[961] Plutarco, *Vita Catonis.*

[962] [Jerónimo], *Consolatio ad Pammachium.*

[963] [Plinio], *Epistolæ,* 5, capitoni suo. «Basta con mi deseo», etc.

[964] Cicerón.

[965] «Que mi nombre adorne tus escritos».

[966] Horacio, *Arte poética.* [El aceite de cedro evitaba el deterioro de los pergaminos que se quería conservar; la madera de ciprés fue tenida por incorruptible, lo que refuerza la metáfora.]

[967] «¡Ve, libro feliz!», Palingenius, libro 18.

[968] [Demócares, *Tópicos*], libro 8.

[969] Tirarse desde un puente.

[970] Suetonio, *Liber de gram.*

[971] [Agustín], *Epistolæ,* 56.

[972] «¿Qué mayor locura se puede decir o pensar, que la de atormentarse así por la gloria? Haz, Señor, que esta locura esté lejos de mí», Agustín, *Confesiones,* libro 10, cap. 37.

[973] Marcial, libro 5, 52.

[974] Horacio, *Sátiras,* libro 1, 2.

[975] [Eusebio], *Liber contra philosophos,* cap. 1.

[976] Macrobio, *El sueño de Escipión.*

[977] Boecio.

[978] Erycio Van de Put, *Cisalp. Hist.*, libro 1.

[979] Plutarco, [*Vidas paralelas*], «Licurgo».

[980] [Séneca], *Epístolas,* 13.

[981] Persio

[982] [Aumentan el pelaje pero no tienen alimento].

[983] Henry Estienne.

[984] Marcial.

[985] Strozzi.

[986] Justino.

[987] Livio. «Se arrojó en medio del enemigo y se comportó valientemente, no llevado por la cólera sino empujado por la gloria, porque desde la muralla todos le veían luchar».

[988] «¡Hala, loco, corre por los Alpes escabrosos para divertir a los niños y ser un tema de declamación!», Juvenal, *Sátiras,* 10.

[989] [Erasmo], en el *Elogio de la locura.*

[990] Juvenal, *Sátiras,* 4.

[991] Suetonio, in Domitiano, cap. 12.

[992] Brisonio.

[993] «Antonio, elevado por sus halagadores, mandó que se le llamara padre Baco, y se hacía pasar por un dios. Coronado con hiedra y cubierto con una corona de oro, llevando el tirso y los coturnos puestos, siendo llevado en carroza, como se llevaba a Baco en Alejandría», Patérculo, último volumen.

[994] Eliano, libro 12.

[995] [Platter], *De mentis alienatione,* cap. 3.

[996] «La soberbia sigue a la belleza». Tito Livio, libro 11: «el oráculo dice que tan vívida es la conciencia de su ingenio que se exceden en esto y lo hacen desaparecer, y pierden el sentido. Los hombres se contemplan a sí mismos con asombro, como si fuesen más que hombres».

[997] «Aprende a llevar con dignidad la buena fortuna fortuna», Horacio. «Que sea respetuoso con la fortuna quien se hizo rico de repente, pues de igual modo puede abandonarle», Ausonio.

[998] La esposa de Enrique VIII.

[999] Luis Vives.

[1000] Nada lo aumenta más que los estudios continuos y las profundas meditaciones.

[1001] «El estudio es una meditación continua y seria, aplicada a algo con gran deseo», Cicerón.

[1002] Los que tienen ingenio sutil y reflexionan demasiado, caen fácilmente en la melancolía.

[1003] «Por lo que exigen los estudios» [Patrizi], libro 5, tit. 5.

[1004] Gaspar Ens, *Theasur. Polit. Apoteles,* 31. «Para que sean totalmente incapaces de coger las armas».

[1005] Richard Knolles, *Turk. Hist.*
[1006] Hch 26, 24.
[1007] Porque sus almas son atormentadas por melancolía continua y delirios frecuentes, hasta hacerles perder el juicio.
[1008] «Tu arco y tus armas no son como los de Diana. Si no cesas de tensarlo, perderá su elasticidad», Ovidio.
[1009] [Origanus], *Ephemer.*
[1010] El cerebro se seca, los cuerpos adelgazan ostensiblemente.
[1011] «Los estudiosos son enfermizos y nunca tienen buen color; por la debilidad de la facultad digestiva, en ellos se multiplican los residuos fecales», J. Voschius, *De peste,* parte 2, cap. 5.
[1012] Johannes Hanuschius Bohemus, nacido en 1516, hombre erudito, por el exceso de estudio, cayó en un frenesí. Montano pone el ejemplo de un francés de Tolosa.
[1013] El Cardenal Cesio; por el trabajo, las vigilias, y los estudios constantes, se volvió melancólico.
[1014] «El hombre de talento, que eligió para sí la apacible Atenas y dedicó siete años al estudio y envejeció entre libros y doctrinas, acaba con frecuencia por ser más taciturno que una estatua, hasta el punto de provocar la risa de la gente», Horacio, *Epístolas,* libro 2, 1.
[1015] «No saben maquinar; pero, como dice Temístocles, podía hacer que una pequeña villa se convirtiera en una gran ciudad».
[1016] Persio, *Sátiras,* traducidas por Barten Holliday.
[1017] Plutarco, [*Vidas paralelas*], «Marcelo».
[1018] [Plinio], *Epistolæ,* libro 1, 3.
[1019] Virgilio, *Eneida,* 6.
[1020] Plutarco, [*Vidas paralelas*], «Catón».
[1021] Mt 21
[1022] Horacio, *Epístolas,* libro 1, 20.
[1023] [Piero Hædo], *De contendis amoribus,* libro 1.
[1024] [Petronio], *Satiricón.*
[1025] Juvenal, *Sátiras,* 5.
[1026] El arte cultiva las estrellas.
[1027] Aldrovandi, *De avibus,* libro 12, Gesner, etc.
[1028] Menipo, *Sátiras.*
[1029] [Cardano], *Liber de libris propriis,* fol. 24.
[1030] [Xylander], prefacio a la traducción de Plutarco.
[1031] [Maquiavelo], *Polit. Disput.*
[1032] O como los caballos, que no conocen su fuerza, no consideran su propia valía.
[1033] Horacio, *Odas,* libro 4, 9.
[1034] [Budé], *De contemptu rerum fortuitarum,* libro 1.
[1035] Buchanan, *Eleg.*
[1036] [Petronio], en el *Satiricón.*
[1037] Petronius Arbiter.
[1038] «El alma, oprimida por la pobreza, no puede pensar nada eximio o sublime, amenidades literarias o elegancias, puesto que no ve ninguna ayuda en ellas para la comodidad de la vida; primero empieza a descuidarlas, luego a odiarlas», Heins.
[1039] [Lipsio], *Epistolæ quæst.,* libro 4, ep. 21.
[1040] [Erasmo], *Ciceronianus.*
[1041] [Clénart], *Epistolæ,* libro 2.
[1042] J. Does, *Epodon,* libro 2, car. 2.
[1043] Plauto.
[1044] John Barclay, *Argenis,* libro 3.
[1045] John Howson, 4, Noviembre 1597. El sermón lo imprimió Arnold Hartfield.
[1046] Persio, *Sátiras,* 3.
[1047] Marcial.
[1048] Marcial.
[1049] Menipo, *Sátiras.*
[1050] [Cardano], *De consolatione,* libro 3.
[1051] No tenía dinero, carecía de impudor, no podía estafar, contemporizar, disimular...
[1052] [Plutarco], *Vidas paralelas,* «Marco Craso».
[1053] «Ha enfadado a Dios y ha conseguido la muerte eterna para sí, y para otros una ruina miserable», Serarius, *In Josuam,* 7.
[1054] Nicéforo, libro 10, cap. 5.
[1055] Lord Cook, en sus *Reports,* segunda parte, folio 44.
[1056] Eurípides.
[1057] Sir Henry Spelman, *De non temerandis ecclesiis.*
[1058] 1 Tm 4, 2.
[1059] Horacio.
[1060] [Crisóstomo], *De steril. trium annorum sub Elia sermone,* tomo 1.
[1061] Ovidio, *Fastos.*
[1062] «El tercer heredero apenas se beneficia de los bienes mal adquiridos».
[1063] Estrabón, *Geographia,* libro 4.
[1064] [Crisóstomo], *In 5 Corinth.*
[1065] [Junius], *Acad.,* cap. 7.
[1066] El arte no tiene ningún enemigo excepto el ignorante.
[1067] [Federico Barbarroja].
[1068] Lipsio, *Epist. quest.,* libro 4, epíst. 21.
[1069] El doctor King, en otro tiempo Reverendísimo Obispo de Londres, en su última lectura sobre Jonás.
[1070] Lucano, libro 8.
[1071] Spartian. «Preocupados por demasiadas cosas».
[1072] Nicetas Acomitanus, I, *Annal.* «Se ensuciaban con los humos de los trabajos nocturnos». [Es decir, con el de las lámparas de aceite que les permitían estudiar de noche.]
[1073] «Los emperadores, antiguamente, decretaban los mismos distintivos de nobleza con

que honraban a los héroes, para los gramáticos y profesores de dialéctica y derecho que daban ejemplo de erudición», Erasmo, *Ep. Jo. Fabio epis. Vien.*

1074 Heins, prefacio a los *Poemas.*

1075 El nombre de estudioso es ya servil.

1076 Séneca.

1077 No salen fácilmente, etc.

1078 «Con tal de no perder el trabajo que hiciste sentado desde la media noche, hora en la que no se sentaría artesano alguno cardar la lana con un hierro oblicuo», Juvenal, *Sátiras,* 7.

1079 [Erasmo], *Adagiorum collectanea sive Chiliades,* 4, cent. 1, adag. 1.

1080 Si hubiera hecho como otros, si me hubiera adelantado, podría haber sido felizmente un hombre tan grande como muchos iguales que yo.

1081 Catulo.

1082 Juvenal.

1083 No hay nadie a quien este nuestro Febo no vuelva más satisfecho sólo con contemplarle.

1084 [Plinio], *Panegírico de Trajano.*

1085 Virgilio.

1086 «Es muy raro por lo general el sentido común en la Fortuna», Juvenal, *Sátiras,* 8.

1087 «¿Pero quién calificaría de noble a aquel que es la mancha de su linaje y que es insigne sólo por un nombre preclaro?», Juvenal, *Sátiras,* 8.

1088 Muchas veces me he encontrado y he hablado con varios caballeros valerosos del país, que no son ni una pizca inferiores en materia de conocimientos diversos a muchos de nuestros académicos., e incluso se les habría de preferir a éstos.

1089 Aunque vengas como Homero, acompañado de las musas, no llevarás nada; irás, Homero, fuera.

1090 «Debe leer a los historiadores y conocer a los autores como a sus propias uñas y dedos», Juvenal, *Sátiras,* 7.

1091 Juvenal.

1092 «Serás como Orfeo, que ablandaba las rocas con el sonido de la lira, si ablandas sus corazones de plomo con mazos de oro o plata», etc., Juan de Salisbury, *Policraticus,* libro 5, cap. 10.

1093 Juvenal, *Sátiras*, 7.

1094 ¡Bravo! Bien! Sin necesidad. J. Does, *Epodon,* libro 2. «La dote de esta ciencia es como una vasija para él».

1095 «A las iglesias se va por cuatro puertas: de sangre o de Simón; del prelado o de Dios», R. Holcot.

1096 [Crisóstomo], *Liber contra gentiles, de Babila martyre.*

1097 Heins.

1098 Jn 5.

1099 [Clénart de Bravante], *Epistolæ,* libro 2.

1100 Franciscus Junius, *Acad.,* cap. 6.

1101 En cuanto recibamos el dinero, haremos bajar al asno, como entre los patavinos e italianos.

1102 Hace tiempo los he criticado levemente en el *Filosofastro,* una comedia latina publicada en Oxford el 16 de febrero de 1617.

1103 Menipo, *Sátiras.*

1104 2 Co 2, 17

1105 Comentario a Galeno.

1106 Heins.

1107 *Ecclesiast.*

1108 Lutero, en Gal.

1109 Persio, *Sátiras,* 2.

1110 Salustio.

1111 Menipo, *Sátiras.*

1112 Budé, *De Asse,* libro 5.

1113 [Seselio], *Liber de republica Gallorum.*

1114 Edmundus Campianus.

1115 [Fuchs], Proemio al libro 2.

1116 [Fernel], *De morborum causis,* libro 1, cap. 19.

1117 «El ánfora con la que acabo de servir está impregnada de ese olor hace tiempo», Horacio.

1118 Porque en la conformación de las costumbres, el ingenio de la nodriza y la naturaleza de su leche tienen a menudo una gran parte.

1119 «Tigresas hicarnas te han criado a sus ubres», Virgilio. [De Hicarnia, al suroeste del mar Caspio.]

1120 [Dión], *De Cæsaribus,* libro 2.

1121 Beda, *Historia ecclesiastica gentis Anglorum,* libro 1, cap. 27.

1122 Para que la alimentación con leche mercenaria no degenere el cuerpo ni corrompa el alma.

1123 [Guazzo], *Civile conversazione,* libro 3.

1124 Henri Etienne.

1125 [Plutarco, *De liberis educandis*], tomo 2. «Que escojamos no a cualquier nodriza, sino a las más honestas».

1126 «Que la nodriza no sea lasciva o borracha», Jerónimo.

1127 Se prohibirá que amamante una necia.

1128 Persio.

1129 [Jason Pratis], *Liber de morbis capitis,* cap. «de mania». «La educación no debe ser considerada como una causa menor entre las que producen alienación de la mente. Es como una inicua madrastra». [Esta subsección es trasunto de la experiencia escolar de Burton].

1130 [Quintiliano], libro 2, cap. 4.

1131 Idem. «Y de ese modo, el temor a emprender cualquier cosa es lo que más les daña desde su más tierna infancia».

1132 [Beza], Prefacio al *Testamento.*

1133 Hacía rechazar a la mente mucho más

de lo que sus preceptos hubiesen podido inculcar de sabiduría.

[1134] Terencio, *Adelphoi,* acto 3, escena 3.

[1135] Idem, acto 2, escena 2.

[1136] Camerario, Emb. 77, cent. 2, lo ha expresado con elegancia en un emblema: «Echa a perder quien ama», etc.

[1137] Pr 13, 24. «Quien escatima la vara, odia a su hijo».

[1138] [Cardano], *De consolatione,* libro 2.

[1139] [Quintiliano], libro 1, cap. 3.

[1140] Juvenal. «Nada del padre es menos que el hijo».

[1141] [Cardano], *De sapientia,* libro 3.

[1142] El terror y el miedo, y sobre todo los accidentes inesperados, conmueven tanto el alma, que los espíritus nunca se recuperan, y el terror causa una melancolía más grave que la producida por una causa interna.

[1143] [Hércules de Sajonia], *Tractatus de melancholia,* cap. 7 y 8.

[1144] [Plutarco], *Liber de fortitudine et virtute Alexandri.*

[1145] Platter.

[1146] La esposa de un pintor de Basilea, en el año 1600, soñó que su hijo moría en la guerra, por lo que se volvió melancólica y no se la pudo consolar.

[1147] Séneca, *Hercules Œtæus.*

[1148] Cuarta parte del comentario del estado de la religión en Francia con Carlos IX, 1572.

[1149] [Pausanias], *In Arcad.,* libro 8.

[1150] Lucrecio.

[1151] Platter.

[1152] Platter.

[1153] Un encuentro inesperado, una lectura impensada.

[1154] [Plutarco], *Liber de auditione.*

[1155] Theod. Prodromus, *Amorum,* libro 7.

[1156] «Viendo unas tropas que huían sin orden ni concierto, dice Fauno: "¿Quién sopla ahora mi cuerno?"», Alciato, *Emblemas,* 122.

[1157] Jc 7, 19.

[1158] Plutarco, *Vita ejus.*

[1159] L. Froes, jesuita, *Historica relatio de rebus Japonicis,* tr. 2, «de legat. Chinensis», año 1596.

[1160] Cuando llega la tristísima imagen de la noche.

[1161] «Vuelan ligeras, hieren gravemente», Bernardo.

[1162] La espada hiere al cuerpo, el discurso a la mente.

[1163] G. Barth, prefacio a *Pornodidascalus* [Es traducción latina de los *Diálogos* de Pietro Aretino].

[1164] [Es la estatua llamada popularmente Pasquino o Pasquilo, en la que se fijaban los pasquines, de los que tomó su nombre].

[1165] Giovio, *Vita ejus.*

[1166] Platón, *Leyes,* libro 13.

[1167] Me río con hiel desvergonzada.

[1168] [B. Castiglione], *El cortesano,* libro 2.

[1169] Terencio, *El eunuco.*

[1170] Horacio, *Sátiras,* libro 2, 4.

[1171] [Apuleyo], libro 2.

[1172] [Cicerón], *De oratore.*

[1173] [Santo Tomás], 2, secundæ quæst., 75.

[1174] Sal 15, 3.

[1175] Baltasar de Castiglione, *El cortesano,* libro 2.

[1176] [Giovanni Pontano], *De sermone,* libro 4, cap. 3.

[1177] Galateo, fol. 55.

[1178] Cicerón, *Tusculanas.*

[1179] [El autor hace un juego de palabras con el *caballus* (caballo) que ríe y el resultado, un *horse-play* (traducido como payasada)].

[1180] Marcial, *Epigramas,* libro 1, 41.

[1181] Galateo, fol. 55.

[1182] Guy du Faur de Pibrac, en sus *Quatrains, 37.*

[1183] «Lucho contra su lamentable necedad y locura», Cicerón, *A Ático,* libro 11.

[1184] «Vivir a expensas de otro es deplorable», Juvenal.

[1185] Col recalentada. Devuélveme a mi vida anterior.

[1186] Horacio.

[1187] [Séneca], *De tranquilitate animæ.*

[1188] [Quinto Curcio], libro 8.

[1189] Cicerón Lepido, *Fam.,* 10, 27.

[1190] Botero, *Politia,* libro 1, cap. 4.

[1191] Joannes de Laet, *Descriptio Americæ.*

[1192] Si hubiese algún habitante.

[1193] [Luciano], in *Toxari.*

[1194] [Arculano], *In 9 Rhasis.*

[1195] El hijo mayor de Guillermo el Conquistador.

[1196] Salustio.

[1197] Camden, en Wiltsh.

[1198] Hoy «The Vize».

[1199] Séneca.

[1200] [Crisóstomo], *Commentarius* ad Hebræos.

[1201] Parte 2, sección 3, miembro 3.

[1202] «Tememos que pase a nuestros hijos como una enfermedad difícil», Plutarco.

[1203] Lucano, libro 1.

[1204] «Como en las minas de plata de Friburgo en Alemania», Fynes Moryson.

[1205] Eurípides.

[1206] [Luciano], *Diálogos,* tomo 4.

[1207] «Pues todas las cosas, la fama, el honor, lo divino, lo humano, están al servicio de las riquezas», Horacio, *Sátiras,* libro 2, 3. «Será insigne, fuerte, justo, sabio, incluso rey y lo que quiera», Horacio.

[1208] [Burton utiliza el verbo *befriend* (amparar, ser amigo de), para expresar la idea de la amistad que surge de las riquezas].

1209 El dinero da estirpe, belleza, etc.
1210 [Cicerón], *A Bruto.*
1211 Nuestro joven amo es un caballero muy complaciente (¡Dios le bendiga!) y confiado; ¿por qué?; porque es heredero aparentemente del venerabilísmo, honorabilísimo, etc.
1212 ¡Oh, dinero, dinero! Os procura el honor.
1213 «Por consiguiente, todos decimos conocer a quienes tienen riquezas», Plauto, *Pseudolus o El tramposo.*
1214 Julius Capitolinus, *Vita Antonini.*
1215 Petronio.
1216 Muchos jóvenes y muchas muchachas tratan de alcanzarlo.
1217 Con tal de que el bárbaro sea rico, le gusta.
1218 Plutarco, in *Lucullo,* una rica estancia, así llamada.
1219 De los panes, el mejor.
1220 Juvenal, *Sátiras,* 5.
1221 Horacio, *Sátiras,* libro 2, 5.
1222 J. Bohemus, *De turcis,* y Bredenbachius.
1223 Euformio.
1224 «Los que tienen dinero son de sentimientos nobles, espíritus elevados, hombres de armas valerosos; todos los hombres ricos son generosos, corajudos», etc.
1225 El dinero dice: «que vele por mí Cornubia en Roma».
1226 Horacio, *Sátiras,* libro 2, 5.
1227 Cuando muere un rico, concurren ciudadanos de todas partes; al funeral de un pobre, apenas uno de un millar.
1228 [Véase Horacio, *Sátiras,* 1, 2, 1, donde se refiere a las actitudes ante el dinero].
1229 ¿Y cómo fue, disculpa si no te entiendo, que no quisieras recibir dinero de su mano?
1230 El que lleva seda, raso, terciopelo y blondas doradas, debe ser necesariamente un caballero.
1231 Jenofonte, *Ciropædia,* libro 8.
1232 [Fastidious Brisk es un personaje de la obra de Ben Jonson, *Every Man out of his Humour,* un nombre parlante que hace referencia a un petimetre que pretende demostrar su valía por su apariencia. Sir Petronel Flash se encuentra en Jonson *(Estward Ho!),* al igual que en Chapman y Marston; la palabra *flash* significa «frase vacua, vana, vulgarismo»].
1233 Eurípides.
1234 Para los mortales, el dinero es la sangre y el espíritu.
1235 «Pocas veces está la elocuencia en un paño ligero», Juvenal.
1236 Horacio.
1237 «Ser pobre es ofender, y estar necesitado es un crimen», Menipo, *Sátiras.*
1238 Plauto [*Curculio*], Acto 4.
1239 Ningún oficio es tan bárbaro, tan vil, que la gente más vil no quiera alcanzar de buen grado.
1240 Lansius, *Oratio in Hispaniam.*
1241 Joannes de Laet, *Descriptio Americæ.*
1242 Plauto.
1243 Leo Afer, libro 1, último capítulo. «No comen para vivir mejor, sino para trabajar más fuerte», Heins.
1244 Munster, De rusticis Germaniæ, *Cosmographia,* libro 3, cap. 27.
1245 Terencio, *El eunuco.*
1246 [Leo Afer], libro 1, capítulo último.
1247 [Radziwill], *Peregrin. Hieros.*
1248 «No llevan una vida en absoluto mejor que la de los animales en el bosque o los caballos en las tierras», Leo Afer.
1249 Bartolomé de las Casas.
1250 Ortels, en «Helvetia». «Los que habitan en el valle Cesio son como canteros, en el valle de Oscela, fabricantes de cuchillos, deshollinadores en Vegecia, una clase de hombres sórdidos que se ganan el pan limpiando chimeneas».
1251 No escribo esto de ninguna manera para reprochar, burlarme o maltratar a los pobres, sino para condolerlos y compadecerlos expresándolo, etc.
1252 *Cremylus,* act. 4, Plut.
1253 La pobreza es una dura carga para los tristes mortales.
1254 La vigilancia atormenta a las palomas.
1255 El dos y el as no pueden resolverlo; tampoco el seis y el cinco. De todos es sabido que los que solucionan todo son el cuatro y el tres. [Aquí, Burton está haciendo referencia a algún juego de naipes o de dados, que conduce a la miseria].
1256 Escandia, África, Lituania.
1257 Montaigne, en sus *Ensayos,* habla de unos indios en Francia, que al preguntarles si les gustaba el país, se maravillaban de cómo unos pocos ricos podían mantener a tantos pobres sometidos a servidumbre, sin que les cortaran el cuello.
1258 Perturban los sentimientos nobles de las almas santas.
1259 Donato, *Vita ejus.*
1260 Y en Pr 19. 7.: «piensa que los que estaban, en un instante ya no estarán».
1261 Petronio.
1262 No hay nadie que se conduela por su destino; como Pedro con Cristo,
juran que no conocen a ese hombre.
1263 Ovidio, en los *Tristes.*
1264 Horacio.
1265 Terencio, *El eunuco,* acto 2.
1266 «¿Qué diré de la materia y la causa de las chanzas si el manto está raído?», Juvenal, *Sátiras,* 3.
1267 Horacio.

[1268] [Eurípides], in *Phoeniss.*
[1269] [Homero], *Odisea,* 17.
[1270] Idem.
[1271] Baptista Mantuanus.
[1272] [Leo Afer], *Africæ descriptio,* libro 1, capítulo último.
[1273] [Platón], *Leyes,* libro 5.
[1274] Teognis.
[1275] [Ateneo], *Deipnosophistæ,* libro 12.
[1276] [Comidas públicas de los lacedemonios].
[1277] Gasper Vilela, jesuita, *Epist. Japon. liber.*
[1278] Matteo Ricci, *Expeditio in Sinas,* libro 1, cap. 3.
1279 [Munster], *Cosmographia,* libro 4, cap. 22.
[1280] Muchos se hacen daño con sus propias manos, desesperados de lograr bienes o desanimados y cansados de soportar males.
[1281] Horacio.
[1282] Podría revolotear con el ingenio por las ciudades más altas; igual que la pluma me eleva, así me hunde la pesada carga.
[1283] Terencio.
[1284] Horacio, *Sátiras,* libro 1, 3.
[1285] Pascal.
[1286] Petronio.
[1287] Heródoto, *Vita ejus.* Escalígero, en *Poet.*
[1288] Hegión, en Terencio, *Adelphoi o Los hermanos,* acto 4, escena 3.
[1289] Donato, *Vita ejus.*
[1290] Eurípides.
[1291] Plutarco, *Vidas paralelas,* «Filopomeno».
[1292] *Vita Terentii.*
[1293] Gómez Miedes, *De sale,* libro 3, cap. 21.
[1294] Terencio, *El eunuco,* acto 2, escena 2.
[1295] Livio, *Décadas,* libro 2, 5.
[1296] Philippe de la Clyte.
[1297] El que tiene unos ingresos al año de cinco libras más que los otros, se burla del que tiene menos, y es mejor.
[1298] Pr 30, 8.
[1299] [Vives], *De anima,* cap. «de mœrore».
[1300] [Cicerón], *Epístolas,* libro 12.
[1301] Virgilio, *Eneida,* 4.
[1302] «Que los padres o los hijos están en pie ante ellos», etc., Marcelo Donato.
[1303] [Plinio], *Epistolæ,* libro 2.
[1304] Tito Calpurnio Sículo.
[1305] Chaucer.
[1306] [Quintiliano], prefacio al libro 6.
[1307] [Ambrosio], *Liber de obitu Satyri fratis.*
[1308] Ovidio, *Metamorfosis.*
[1309] Plutarco, *Vidas paralelas,* «Agis».
[1310] Mattias Michou. Botero, *Amphitheatro.*
[1311] Lodovio de Varthema. Marco Polo, libro 1, cap. 54. «Matan a los que les salen al paso por el camino, diciendo: "id y servid al Rey Nuestro Señor en la otra vida". Y no pierden la cabeza por los hombres, sino por los caballos», etc.
[1312] [Giovio], *Vita ejus.*
[1313] [Trincavelli], *Vita ejus,* libro 4.
[1314] [Budé], *De asse.*
[1315] Vegius Mapheus.
[1316] Ortels, *Itinerario.*
[1317] Virgilio.
[1318] Véase Barlezio, *Historia de vita et gestis Scanderbergi,* libro 13.
[1319] Juvenal.
[1320] Stanyhurst, *Hib. hist.*
[1321] [Platter], cap. 3. «La melancolía siempre ocurre por pérdida de dinero, por una derrota, por la muerte de los hijos, con lo que el ánimo se atormenta después de mucho tiempo, y de la disposición se hace un hábito».
[1322] [Montano], consil. 26.
[1323] Gulielmus Nubrigensis.
[1324] [Ausonio], epig. 22.
[1325] [J. Bembo], *Chronicon de rebus Venetis,* libro 8.
[1326] Sección 2, miembro 4, subsección 3.
[1327] Polidoro.
[1328] [Crato], consil. 26, libro 2.
[1329] Visto el daño, hace daño.
[1330] George Buchanan.
[1331] Un joven, preocupado en vano por el futuro, se volvió melancólico.
[1332] Pausanias en *Achaicis,* libro 7.
[1333] [M. Ricci], *Expeditio in Sinas,* libro 1, cap. 3.
[1334] «Fue miserable en vez de afortunado y quejoso en vez de alegre, porque, al preocuparse del temor de aquellas cosas que hubiese podido evitar espontáneamente, provocó aquello de lo que huía», Heins.
[1335] [Luciano], tom. 4, dial. 8, Cataplo.
[1336] Ibidem.
[1337] Adriano.
[1338] «Como Aglauros había visto el misterioso secreto de Minerva», Ovidio, Metamorfosis, 2.
[1339] [Eusebio], *Liber contra Philosophos,* cap. 61.
[1340] Matthew Paris.
[1341] Séneca.
[1342] J. Escalígero, in *Gnomis.*
[1343] «Mujer virtuosa, corona del marido» (Pr 12, 4).
[1344] [Séneca], *Epístolas,* libro 17, 105.
[1345] Se entizona, se candelabrea, etc.
[1346] Samuel Daniel, en *The Complaint of Rosamund.*
[1347] Chalonerus, *De republica Angl.,* libro 9.
[1348] Pr 10, 1.
[1349] [Botero], *De origine urbium, earum excellentia et augendi ratione,* libro 3, cap. 3.

[1350] Humphrey Lluyd, *Epistola ad Abrahamum Ortelium.* Mr. Vaughan en su *Golden Fleece.* «Disputan en pleitos y controversias hasta consumir todos los bienes».
[1351] [Plinio], libro 36, cap. 5.
[1352] «Nada es tan amargo como estar indeciso durante mucho tiempo: algunos hacen que se corte su esperanza por completo, arrastrada por su tendencia a comparar», Séneca (Sobre los beneficios, libro 2, cap. 5), Virgilio, Platter (*Observationes,* libro 1).
[1353] Una injuria despreciable.
[1354] «Es vergonzoso ser abandonado», Horacio.
[1355] [Cicerón], *A Ático,* libro 12.
[1356] [Cicerón], *A Bruto.*
[1357] [Eurípides], en *Phoeniss.*
[1358] [Sinesio de Cirene], *Elogio de la calvicie.*
[1359] Ovidio.
[1360] *E Grec.* [Cortesana griega, muy célebre, citada en toda nuestra tradición literaria].
[1361] Horacio, *Odas,* libro 3, oda 27.
[1362] [Polibio], *Historia,* libro 3.
[1363] No me bastarían cien lenguas y cien bocas para poder enumerar todos los nombres de las causas.
[1364] L. Ricchieri, libro 17, cap. 2.
[1365] [Cardano], *Liber de gemmis.*
[1366] Parte 1, sección 2, subsección 3.
[1367] Juvenal, *Sátiras,* 3.
[1368] Las chispas están ocultas en los cuerpos.
[1369] Ga 5.
[1370] «Como por las afecciones del alma, el cuerpo languidece; así, vemos que el alma se debilita por los vicios corporales y la mayoría de los dolores de las enfermedades», Galeno.
[1371] [Lemnio], libro 1, cap. 16.
[1372] Las enfermedades corporales actúan sobre el alma por consenso, por la ley de la comunidad, y, aunque instigan muchos movimientos turbulentos en el hombre, sin embargo constituye la causa principal en el corazón, los humores y espíritus, etc.
[1373] Horacio.
[1374] Los malos humores ofuscan la mente.
[1375] A menudo es evidente que un hombre se vuelve melancólico en la fiebre o después de la fiebre u otra enfermedad. La destemplanza caliente es innata o se contrae por la fiebre.
[1376] «Es raro que si alguien enferma de un mal prolongado, no se vuelva melancólico», Mercurial, *De affect. capitis,* libro 1, cap. 20, «de melancholia».
[1377] [Arculano], *Ad nonum librum Rhasis ad Almansor,* cap. 16.
[1378] Surge del bazo, el hígado, el útero y otras partes.
[1379] «A menudo se produce por el cerebro caliente o el cuerpo que recoge la melancolía», Lepois.
[1380] «Ya sea por la propia afección, ya por consenso, cuando exhalan los vapores al cerebro», Montalto, cap. 14.
[1381] Scholtz, epíst. 209.
[1382] Queman la sangre por sí mismas.
[1383] [Montalto], cap. 13.
[1384] [Cristóbal de Vega], *De arte medendi,* libro 3, cap. 24.
[1385] Joannes Magirus.
[1386] [Al-Razí], libro 1, cap. 13, «de melancholia».
[1387] [Hércules de Sajonia], *Tractatus posthumus de melancholia,* libro 3.
[1388] Se asa por el calor interno.
[1389] [Al-Razí], libro 1, cap. 13.
[1390] Los que beben vinos fuertes y están a menudo bajo el sol.
[1391] Las curas enérgicas copiosas en vino y el uso de aromas.
[1392] Al estar afectado el estómago y privado de alimentos el resto de los miembros, la fuerza del cuerpo disminuye, etc.
[1393] Hildesheim.
[1394] Tuvo síntomas violentos del alma que le impidieron la digestión, etc.
[1395] Lepois, Altomari, Guianerius.
[1396] El alimento que produce este humor genera principalmente la melancolía, que procede de la abundancia de este humor en todo el cuerpo.
[1397] Ausonio.
[1398] Séneca, *Controversias,* libro 10, cont. 5.
[1399] [André du Laurens], libro 1, de risu, fol. 17.
[1400] Timothy Bright, cap. 20.
[1401] «Este humor se ennegrece a veces cuando se calienta demasiado, a veces cuando se enfría demasiado», Melanelio, siguiendo a Galeno.
[1402] Traducido por M. F. Calvo.
[1403] Virgilio, *Eneida.*
[1404] Altomari, Bruel, Lepois, Montalto.
[1405] [Al-Razí], *Continens,* libro 1, tr. 9.
[1406] [Hércules de Sajonia], *Pantheon,* cap. «de melancholia».
[1407] Los vientres secos, sin expulsar nada, capaces para el alimento, sin embargo están debilitados.
[1408] Nicholas Lepois. «Dilatación de las carótidas», etc.
[1409] Andreas Dudith, Raphano epíst., libro 3. Crato, epíst.
[1410] Timothy Bright, cap. 20.
[1411] «Después de los cuarenta años», dice Jacchinus *(In 15, 9 Rhasis);* idem Mercurial (consil. 86), Trincavelli (tomo 2, cons. 17).
[1412] Gordon: «Ora ríen, o lloran, o callan», etc.

1413 Fernel (consil. 43 y 45), Montano (consil. 230), Galeno (*De locis affectis,* libro 3, cap. 6).

1414 [André du Laurens], *Aphorismi et Liber de melancholia.*

1415 [Galeno], *De locis affectis,* libro 2, cap. 6.

1416 [Hércules de Sajonia], *Tractatus posthumus de melancholia,* editado en Venecia, en 1620, por Francesco Bolzetta.

1417 [Aristóteles], *Problemas,* libro 3.

1418 [Giambattista della Porta], *Physognomica,* libro 1, cap. 8. «Aquéllos que tienen una atrabilis muy fría, son tontos y tímidos; y los cálidos, son ingeniosos, amantes, están estimulados por un espíritu excelente», etc.

1419 Aecio, *Tetrabiblos,* libro 2, sec. 2, cap. 9.

1420 «Muchos temen a los demonios, los ladrones, las insidias», Avicena.

1421 «Algunos, a ser quemados; otros al rey», Al-Razí.

1422 Gordon.

1423 Forest.

1424 «Unos temen a los criados, otros a todos», Aecio.

1425 Celio Aureliano, *De morb. chron.,* libro 1, cap. 6.

1426 Éste teme a los más queridos, aquél a todos sin distinción.

1427 Virgilio.

1428 Este teme mostrarse a la luz y busca las tinieblas; por el contrario, aquél huye de la oscuridad.

1429 «Algunos creen estar expuestos a fantasmas, malos espíritus o envenenamientos por sus enemigos», Hipócrates. «Creen que les han dado una poción venenosa, y que por esto su cerebro se ha vaciado de tanto eructar». Idem Montalto (cap. 21), Aecio (libro 2), y otros. Alejandro de Tralles, libro 1, cap. 16.

1430 [Felix Platter], *Observationes,* libro 1. «Cuando nada les perjudica más que lo que a las mujeres melancólicas».

1431 «Tengo miedo, e ignorando la causa del miedo, la causa es el miedo», Heins.

1432 [Jacchinus], *In 9 Rhasis,* cap. 15. «He visto en muchos que siempre temen algo de forma irracional, sin embargo en lo demás se comportan muy bien, y no hacen nada indigno».

1433 Altomari, cap. 7. Areteo.

1434 Baptista Mantuanus, *Egl.,* 1.

1435 Ovidio, *Metamorfosis,* 4.

1436 Horacio, *Odas,* libro 3, 1.

1437 Virgilio.

1438 Menedemo, en [Terencio], *Heautontimorumenos,* acto 1, escena 1.

1439 Altomari.

1440 Séneca.

1441 [Suetonio], cap. 31.

1442 Areteo.

1443 «Ira sin causa, ligereza de ira», Savonarola, *Pract. major.* «La ligereza de la ira es una señal», Avicena, libro 3, fen. 1, tr. 4, cap. 18.

1444 «La sospecha o desconfianza son síntomas», Crato, *Ep. Julio Alexandrino,* cons. 185 Scholtz.

1445 Horacio.

1446 Persio, *Sátiras,* 3.

1447 En su grabado.

1448 Howard, *Preservative against the Prison,* cap. 7.

1449 [Hércules de Sajonia], *Tractatus posthumus de melancholia,* cap. 2.

1450 Altomari.

1451 Bodin.

1452 John Major, *Vitis patrum,* fol. 202. «Pablo, abad eremita, persevera tanto en la soledad, que no puede soportar ni la ropa ni la cara de una mujer», etc.

1453 [Frambesarius], *Consultationes,* libro 1, cons. 17.

1454 Normalmente, según se les agrade o desagrade, así son sus pensamientos continuos, agradables o desagradables.

1455 «A todos les atormentan los pensamientos vanos e intensos (N. Lepois, Bruel), y de forma asidua».

1456 Areteo.

1457 [Fracastoro], *De intellectione,* libro 2.

1458 Cicerón, *Sobre la vejez.*

1459 [Brunner], *Consil. Med. pro hypocondriaco.*

1460 [Crato], consil. 43.

1461 [André du Laurens], cap. 5.

1462 [Fracastoro], *De intellectione,* libro 2.

1463 [Frambesarius], consult. 15 y 16, libro 1.

1464 Virgilio, *Eneida, 6.*

1465 [Homero], *Ilíada,* 6.

1466 Si son irritados por el mal, odian a los hombres y buscan lugares solitarios.

1467 Demócrito suele consumir el tiempo, día y noche, en su casa y sobre todo en las cuevas.

1468 «Se alegra con las tinieblas, se alimenta con el dolor». Sal 102. «He estado vigilante y me he vuelto como un búho en su guarida, un pájaro solitario en el templo».

1469 [L. Vives], *De Civ. Dei, libro* 10, cap. 18.

1470 J. Velcurio, libro 4, cap. 5.

1471 Sección 2, miembro 1, subsección 4.

1472 [Giovanni Pontano], *De rebus cœlestis,* libro 10, cap. 13.

1473 Johann von Hagen, Goclenio.

1474 Horacio, *Arte poética.*

1475 [Hércules de Sajonia], *Tractatus posthumus de melancholia,* 7.

1476 Húmedo, cálido, frío, seco.

1477 [Clavio], *Commentarium in I cap. Johannis de Sacrobosco.*

1478 Y extáticos y solitarios.

[1479] [Hércules de Sajonia], *Tractatus posthumus de melancholia,* cap. 7 y 8.

[1480] Las señales de la melancolía proceden de la destemplanza y la agitación de los espíritus sin materia.

[1481] Timothy Bright, *Treatise of Melancholy*, cap. 16.

[1482] [Arculano], *In 9 Rhasis,* cap. 16.

[1483] Bright, cap. 16.

[1484] [Savonarola], *Practica Major.*

[1485] [Melanchthon], *De anima,* cap. «de humor».

[1486] «La indolencia procede del color pálido y blanco», Hércules de Sajonia.

[1487] Savonarola.

[1488] «Esos temen que los muros se les caigan encima o se hundan, son torpes y lentos, y les gustan los ríos», Alejandro de Tralles, libro 1, cap. 16.

[1489] Libro 1, cap. 16.

[1490] André du Laurens.

[1491] Cap. 6, «de melancholia».

[1492] «Si las venas de los ojos están rojas, mira si le ha precedido el uso de vino y aromas, y el baño frecuente», Alejandro de Tralles, libro 1, 16, o «si le ha precedido la estancia prolongada bajo el sol».

[1493] [Hércules de Sajonia], *Tractatus posthumus de melancholia,* cap. 2.

[1494] Horacio, *Epístolas,* libro 2.

[1495] [Aristóteles], *Liber de reb. mir.*

[1496] [Guianerius], tr. 15, cap. 4.

[1497] Si procede de la melancolía adusta, son tristes, sueñan con sepulcros, temen estar embrujados, piensan que están muertos y no quieren que se les vea.

[1498] Pensaba que alguna noche había copulado con el demonio.

[1499] Antoine de Verdeur.

[1500] Un barón imitaba el mugido de las vacas, el relincho de los asnos y las voces de otros animales.

[1501] [Alejandro de Tralles], libro 1, cap. 16.

[1502] Otros temen que se caiga el cielo.

[1503] [Guianerius], cap. 1, tr. 15.

[1504] Alejandro de Tralles.

[1505] [André du Laurens], *De melancholia, cap.* 7.

[1506] Antoine de Verdeur.

[1507] [André du Laurens], *De melancholia,* cap. 7.

[1508] André du Laurens, cap. 6.

[1509] [Cristóbal de Vega], libro 3, cap. 14.

[1510] [Ateneo], *Deipnosophistæ.*

[1511] [Marcelo Donato], *De hist. med. mirab.*, libro 2, cap. 1.

[1512] Gordon.

[1513] «Hay quien se dedica a las causas judiciales y no piensa más que en arrestos y escritos de súplicas; otro no piensa más que en hacer versos», P. Forest.

[1514] Gordon.

[1515] Alejandro de Tralles, libro 1, 16. «Algunos tienen intervalos durante los que se comportan como de costumbre, otros están en un delirio continuo», etc .

[1516] [Faventino], *Pract. Mag.*

[1517] [Galeno], *Liber de humoribus.*

[1518] Guianerius.

[1519] [Platter], *De mentis alienatione,* cap. 3.

[1520] Levino Lemnio, Jason Pratis.

[1521] Horacio.

[1522] «Es fácil el descenso al Averno».

[1523] Virgilio.

[1524] Sal 67: «Tengo la cara carcomida por la enfermedad del alma».

[1525] [Al-Razí], *Ad Almansorem,* libro 9.

[1526] Con la práctica mayor.

[1527] [Gordon], cap. 19, partic. 2. «Habla consigo mismo y con otros, como si estuvieran presentes de verdad». Agustín, *Liber de cura pro mortuis gerenda,* cap. 11. Al-Razí.

[1528] Lavater, *De spectris,* part. 3, cap. 2.

[1529] Wier, libro 3, cap. 31.

[1530] Michael, músico.

[1531] [Sprenger], *Malleus maleficarum.*

[1532] [Prosper Calano], *Liber de atra bile.*

[1533] Parte 1, subsección 2, miembro 2.

[1534] [Hildesheim], *De delirio, melancholia et mania.*

[1535] Nicholas Lepois.

[1536] [Hércules de Sajonia], *Tractatus posthumus de melancholia,* cap. 13, etc.

[1537] Tienen la cara roja y pálida, y a veces les aparecen pústulas.

[1538] [Hércules de Sajonia], *Pantheon,* cap. «de melancholia».

[1539] André du Laurens, cap. 5.

[1540] Pues estos dos miembros se transmiten mutuamente la afección.

[1541] Si hay menos molestias en torno al ventrículo o al vientre, tienen afectado de forma primaria el cerebro, y conviene curar esta afección por medio de alimentos que expulsen el flato y que sean fáciles de digerir, etc. Rara vez se ve afectado el cerebro sin el ventrículo.

[1542] [Galeno], *Liber de locis affectis,* cap. 6.

[1543] [André du Laurens], cap. 6. [Autor del célebre discurso de la melancolía (1597), Laurens repite las opiniones antiguas pero se adecua a las nuevas preocupaciones, como la que recoge Cervantes en *El licenciado vidriera*].

[1544] Hildesheim, *Spicilegia,* 1, de melancholia.

[1545] [Hércules de Sajonia], *Tractatus Posthumus de melancholia,* editado en Padua, en 1620 por Bolzetta, cap. 2.

[1546] Hipócrates *(Liber de melancholia),* Ga-

leno, Melanelio *(E Ruffo et Aetio),* Altomari, Lepois, Montalto, Bruel, Wecker, etc.

[1547] Se quejan de la inflamación constante en el diafragma y de un sudor inoportuno por todo el cuerpo, y a menudo padecen de articulaciones frías y sufren indigestiones, tienen miedo a sus violentos eructos, tienen dolores viscerales.

[1548] Montalto (cap. 13), Wecker, Fuchs (cap. 13), Altomari (cap. 7), Laurens (cap. 73), Bruel, Gordon.

[1549] [Savonarola], *Pract. Major.*

[1550] Los hipocondríacos desean mucho copular, y en ellos el coito se multiplica, del mismo modo que se multiplican las ventosidades en los hipocondrios, y el coito a menudo alivia estas ventosidades.

[1551] [Al-Razí], *Continens,* libro 1, tr. 9.

[1552] Wecker.

[1553] Montalto, cap. 22.

[1554] [Trincavelli], libro 1, cap. 16.

[1555] Son negros por naturaleza, al adquirir el color de todo el cuerpo; a veces son rojos.

[1556] Montalto, cap. 22. Lepois.

[1557] Apuleyo, libro 1. «Siempre hay especies de muertos que les salen al paso; en alguna parte hay una sombra, aparecen ante sus ojos lemures y fantasmas; se imaginan todas las apariciones nocturnas, todos los espíritus terroríficos del crematorio, todos los espectros de los sepulcros».

[1558] Con un delirio secreto, y dolores en alguna parte interna, completamente ocupadas la espalda, los hipocondrios, la región del corazón y las mamas, etc.

[1559] Pusilanimidad, consideración perversa de las cosas, juicio trastornado. Cansados, lánguidos, aburridos, faltos de consejo, llorosos, temerosos, tristes, con gran desesperanza de cosas mejores, no se deleitan con nada, les gusta la soledad, etc.

[1560] No quieren descubrir la molestia que sufren, sino que se quejan mucho de la cabeza, el corazón, los pechos, etc. Y los maníacos desean arrojarse a un pozo o estrangularse, no rezan ni una oración con la esperanza de recuperar la salud, etc., y no se preocupan de los familiares, no hablan, no responden, etc., y es más grave si, etc.

[1561] Mattiolo, alaba mucho los enemas y el eléboro.

[1562] [Kemnisius], *Examen Conc. Trident. de cœlibatu sacerd.*

[1563] [Mercurial], capítulo «De satyr. et priapis.»

[1564] Parte 3, sección 2, miembro 5, subsección 5.

[1565] «Los vapores crasos y negros van del ventrículo al cerebro», Felix Platter.

[1566] «Los vapores melancólicos, mezclados con los espíritus, son las causas de las tinieblas», [Fracastoro, *De intellectione*], cap. 1.

[1567] Constantino, *Liber de melancholia.*

[1568] Altomari, cap. 7. «El humor negro junta la causa del temor con la materia de la pasión, y los espíritus negros inspiran la noche perpetua del alma en su sede».

[1569] [Fracastoro], *De intellectione,* libro 2. Laurens, 5.

[1570] [Hércules de Sajonia], *Tractatus posthumus de melancholia,* cap. 7.

[1571] *In pro. lib. de cœlo.*

[1572] «Todos los melancólicos son inteligentes. Son los mejores hombres de las artes y los estudios, o los que están en torno a la administración imperial o la república», Aristóteles.

[1573] [Fracastoro], *De intellectione,* libro 2.

[1574] Aecio.

[1575] André du Laurens, cap. 13.

[1576] [Aecio], *Tetrabiblos,* 1, ser. 2, cap. 10.

[1577] A. Lodovicus, *Prob.,* libro 1, sec. 5, «de atrabilariis».

[1578] La modestia inmoderada, el pudor vergonzoso.

[1579] [Fracastoro], *De symp. et antip.,* cap. 12.

[1580] [Dandini], *Commentarius in Aristotelis de anima.*

[1581] Alexander Aphrodisiensis considera el rubor una virtud. Y dice que lo ha experimentado en sí mismo, aunque sea muy anciano.

[1582] [Dandini], *Commentarius in Aristotelis de anima.*

[1583] A menudo, después de una comida, somos más propensos al rubor, tras beber vino, a veces por el temor, y por el hígado caliente, el cerebro caliente, etc.

[1584] [Cicerón], *De oratore,* 2.

[1585] Joannes de Laet, *Descriptio Indiæ Occidentalis,* libro 13, cap. 2.

[1586] [Luis Mercado], libro 1, cap. 17, cap. «de melancholia».

[1587] [Boissard], *De spirituum apparitionibus,* cap. 10.

[1588] [Lemnio], *De occulta natura mirac.*

[1589] Séneca.

[1590] «Sangre de abubilla arreglada con miel y centaurea», etc. Alberto Magno.

[1591] [Agrippa], *Filosofía oculta,* libro 1. «Los hombres inexpertos creen que ven imágenes de demonios y sombras, cuando no son más que simulacros inanimados».

[1592] Las pitonisas, fingiendo variedad de voces con el vientre y la garganta, forman voces humanas, lejanas o próximas, según les parece, como si los espíritus hablasen con el hombre, y fingen sonidos animales, etc.

[1593] [La catedral de Gloucester].

[1594] Oyen soplar los fuelles, golpear los martillos, si ponen el oído en los acantilados.

[1595] Miembro 1, subsección 3 de esta parte.
[1596] [Arculano], *In 9 Rhasis,* cap. 16.
[1597] «Los signos del demonio no son sino que hablan lo que antes desconocían, como el alemán u otro idioma», etc.
[1598] [Hércules de Sajonia], *Tractatus posthumus de melancholia,* cap. 12.
[1599] [Guianerius], tr. 15, cap. 4.
[1600] [Montalto], cap. 9.
[1601] Una fuerza maravillosa conmueve los humores y un ardor vehemente agita la mente cuando, etc.
[1602] [Marsilio Ficino], Prefacio a Jámblico, *De mysteriis Ægyptiorum.*
[1603] [Joubert], cap. 10, «de quartana».
[1604] Porque ya se ha convertido en naturaleza.
[1605] «Todo delirio que surge de la escasez del cerebro es incurable», Hildesheim, *Spicilegia,* 2, «de mania».
[1606] La curación más difícil es la de lo que procede de la imperfección de todo el cuerpo y el cerebro.
[1607] Es un peligro que degenere en epilepsia, apoplejía, convulsión y ceguera.
[1608] Montalto, cap. 25; Laurens; N. Lepois.
[1609] Hércules de Sajonia, Aristóteles, Capivaccio.
[1610] Faventino. «El humor frío es causa única del delirio; el humor cálido, del furor».
[1611] Heurne llama a la locura «progenie de la melancolía».
[1612] Alejandro de Tralles, libro 1, cap. 18.
[1613] [Daniel Sennert], libro 1, part. 2, cap. 11.
[1614] Montalto, cap. 15.
[1615] [Hipócrates], *Liber de insania,* traducido por Fabio Calico.
[1616] Lucrecio, libro 3.
[1617] [Fracastoro], *De intellectione,* libro 2. «A menudo se decretan la muerte por temor y tristeza, afectados por el cansancio vital, por el furor y la desesperación. Pues así, torturados constantemente, odian la vida, se precipitan al vacío para librarse de estos males, o se matan, o realizan cosas semejantes».
[1618] Sal 107, 10
[1619] Jb 3.
[1620] Jb 6, 8.
[1621] Casi reducido a la locura por el dolor y la tristeza.
[1622] Séneca.
[1623] «En la desesperanza de la salvación, se proponen el deseo de la muerte», Octavio Horaciano, libro 2, cap. 5.
[1624] [Hipócrates], *Liber de insania.* «Así, así manda ir por las sombras».
[1625] [F. Platter], *De mentis alienatione,* cap. 3.
[1626] Arculano, *In 9 Rhasis,* cap. 16. «Se ha de tener precaución de que no se lancen desde lo alto o hieran a otros».
[1627] «¡Oh, mal inconcebible en la opinión de todos!», Luciano. «Comete mil muertes y mil asesinatos mientras vive, y muere», Heins.
[1628] «Reina de las enfermedades, a quien todos sirven y obedecen», Cardano.
[1629] Séneca, *Hércules en el Eta,* acto 4.
[1630] Silius Italicus.
[1631] [Amiano Marcelino], libro 29.
[1632] «En esto consiste toda maldad y toda aspereza, por usar las palabras de Tertuliano», *Orat. ad Martyr.*
[1633] Plauto.
[1634] [Lilio Giraldi], *Vit. Herculis.*
[1635] Persio.
[1636] «¿Qué hay más miserable en la vida que querer morir?», Séneca.
[1637] [Máximo de Tiro], tomo 2. En un librillo sobre las pasiones más graves, etc.
[1638] Terencio.
[1639] «La salida está abierta: si no queréis luchar, está permitido huir. ¿Quién os retiene contra vuestra voluntad?», [Séneca], *De la providencia,* cap. 8.
[1640] Séneca, *Epístolas,* 26, y *De ira,* 3, cap. 15; y epístola 70 y 12.
[1641] [Plinio], libro 2, cap. 83. «La madre tierra se apiada de nosotros».
[1642] [Séneca], *Epístolas,* 24, 71, 82.
[1643] 2 M 14, 42.
[1644] [Lemmichus], *Vindicatio Apoc. Liber.*
[1645] Como ocurre entre los turcos y otros.
[1646] J. Bohemus, *De moribus gent.*
[1647] Eliano, libro 4, cap. 1.
[1648] [T. Moro], *Utopía,* libro 2. [También se refiere a esta misma opinión John Donne, *Biathanatos,* 1608].
[1649] «Pues, ¿quién, al vaciar el ánfora, se tragaría los posos?» (Séneca, *Epístolas,* 58). «¿Quién viviría con penas y risueño? Es de necios permanecer en vida cuando se es desdichado».
[1650] [M. Ricci], *Expeditio ad Sinas,* libro 1, cap. 9.
[1651] Como lo hicieron Antonio, Galba, Vitelio, Oto, el mismo Aristóteles, etc; Áyax en la desesperación; Cleopatra para salvar su honor.
[1652] Quinto Curcio, libro 8.
[1653] Laqueus præcisus, contr. 1, libro 5. «Tras ocurrir un naufragio, y perder a tres hijos y la mujer, se ahorcó. Un transeúnte le cortó la cuerda y se convirtió en responsable de una felonía, según el liberado», Séneca.
[1654] Véase Lipsio, *Manuduc. ad stoicam philosophiam,* libro 3, dissert. 22; la decimocuarta conferencia del doctor King sobre Jonás; la sexta conferencia del doctor Abbot sobre el mismo profeta.
[1655] Plauto.

[1656] Marcial.

[1657] Como el ser enterrado fuera del entierro cristiano con una estaca. Idem Platón, *Leyes,* 9: «los que se procuran la muerte, quieren que se les entierre por separado», etc., pierden sus bienes, etc.

[1658] [P. Forest], *Observationes.*

[1659] Séneca, tr. 1, libro 8, cap. 4. «Debe ser contradicha la ley que manda abandonar sin sepultura a quien se mata a sí mismo. Ya que su mano fue coaccionada por males asiduos, su gran infelicidad le indujo a hacerlo, pareciéndole lícito morir al ser desdichado».

[1660] Buchanan, *Eleg. liber.*


S.N.C.